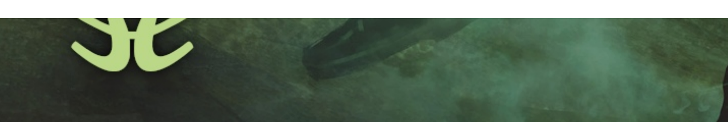
NACIDOS DE LA BRUMA (MISTBORN)-V

BRANDON SANDERSON

SOMBRAS DE IDENTIDAD



NACIDOS DE LA BRUMA (MISTBORN) · V
BRANDON SANDERSON
SOMBRAS DE IDENTIDAD



La sociedad de Nacidos de la Bruma ha evolucionado en una fusión de magia y tecnología en la que la economía se expande, la democracia se enfrenta a la corrupción y la religión se convierte en una potencia cultural cada vez más influyente, con cuatro fes distintas enfrentadas por la captación de conversos.

Esta sociedad tan animada y optimista, aunque todavía tambaleante, se enfrenta ahora a su primera amenaza de terrorismo, crímenes cuyo objetivo es fomentar el descontento de la clase trabajadora y avivar las llamas de los conflictos religiosos. Wax y Wayne, con la asistencia de la adorable y brillante Marasi, deberán dar al traste con la conspiración antes de que las revueltas civiles frenen por completo el progreso de Scadrial.



Brandon Sanderson

Sombras de identidad

Nacidos de la Bruma - 5

ePub r1.4
Titivillus 20.01.2023

Título original: *Shadows of Self (Mistborn 5)*
Brandon Sanderson, 2015
Traducción: Manuel de los Reyes
Ilustración de portada: Marc Simonetti

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



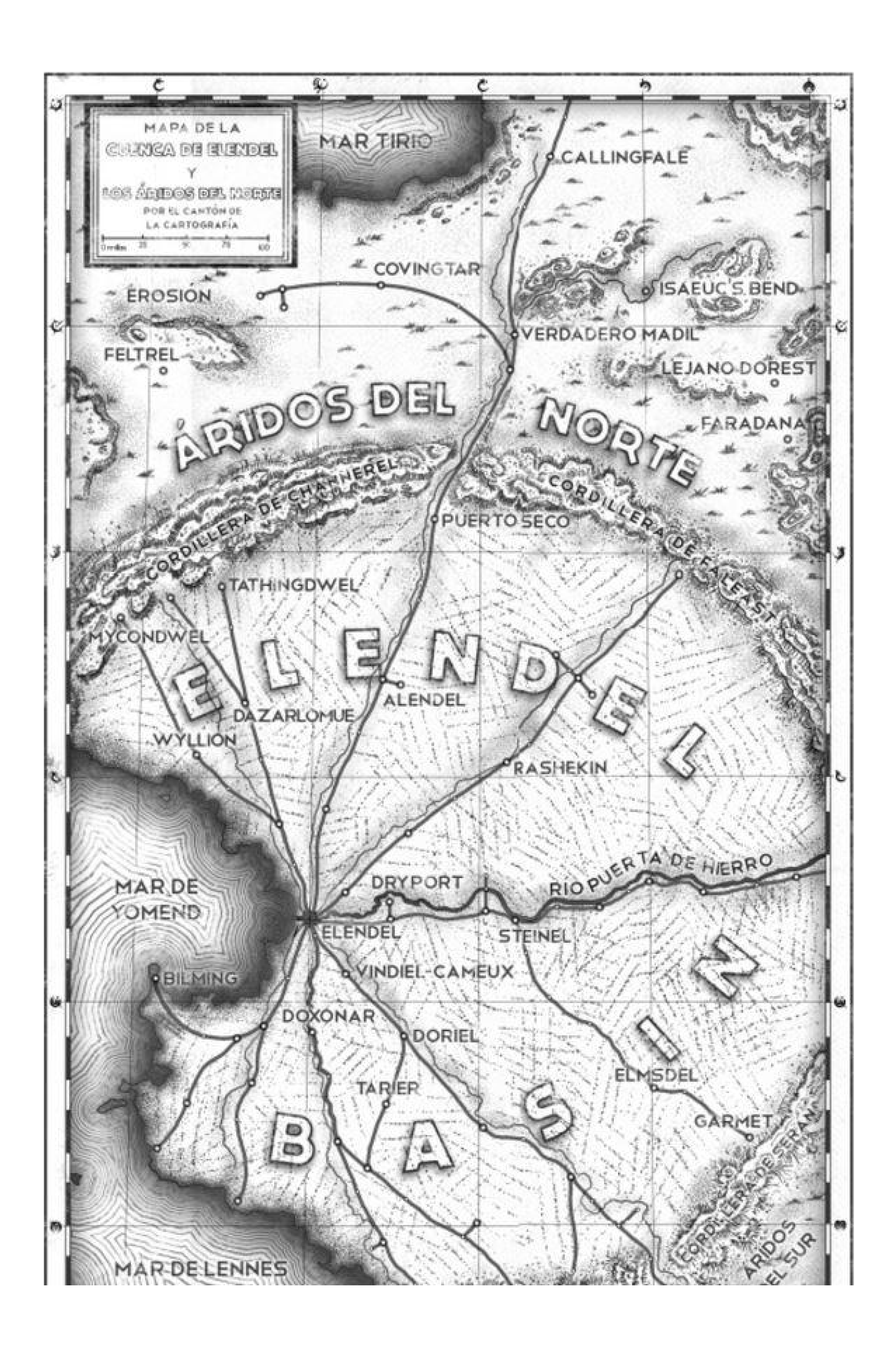


PARA MOSHE FEDER,

que apostó por mí

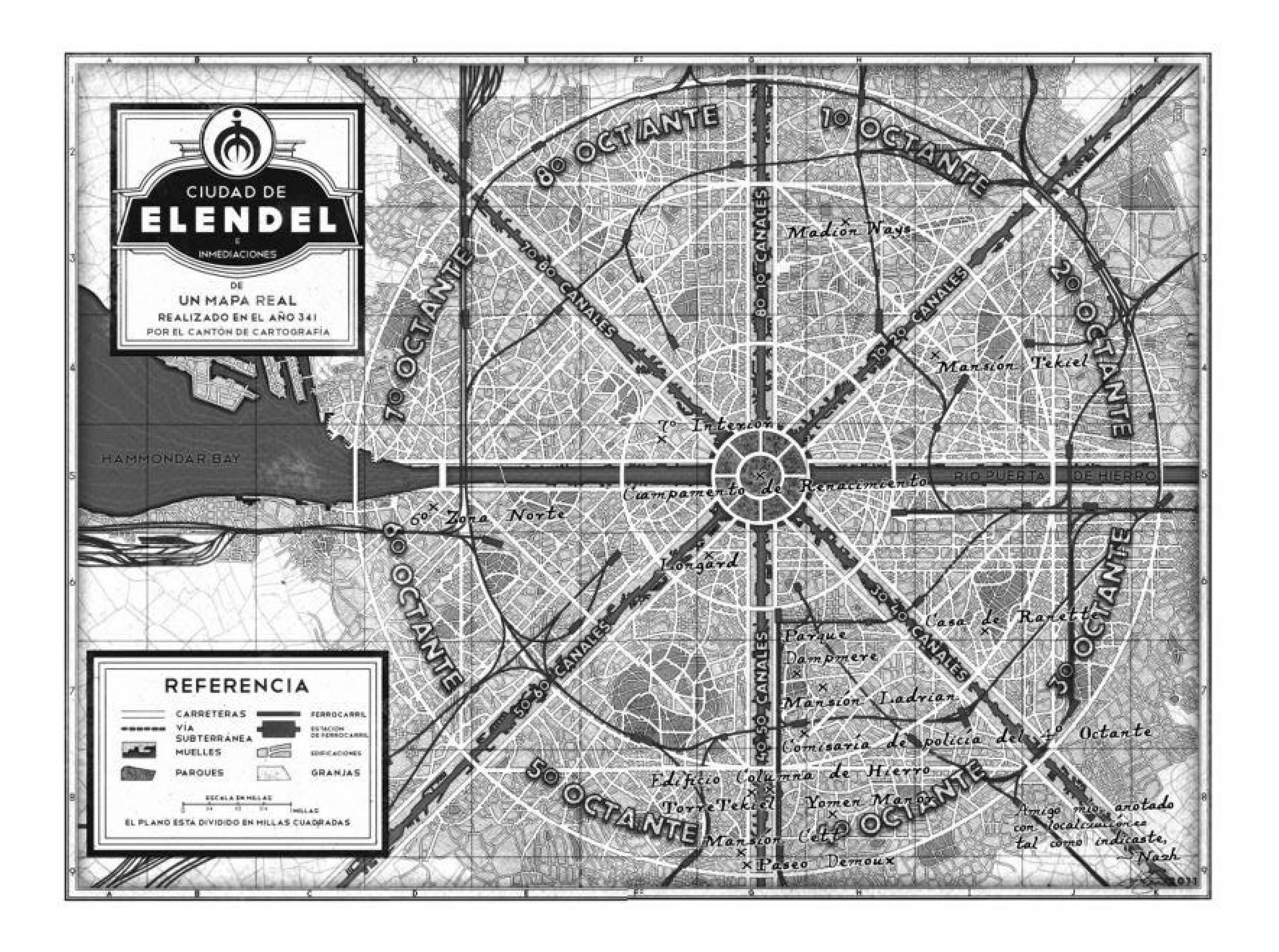


BRANDON SANDERSON

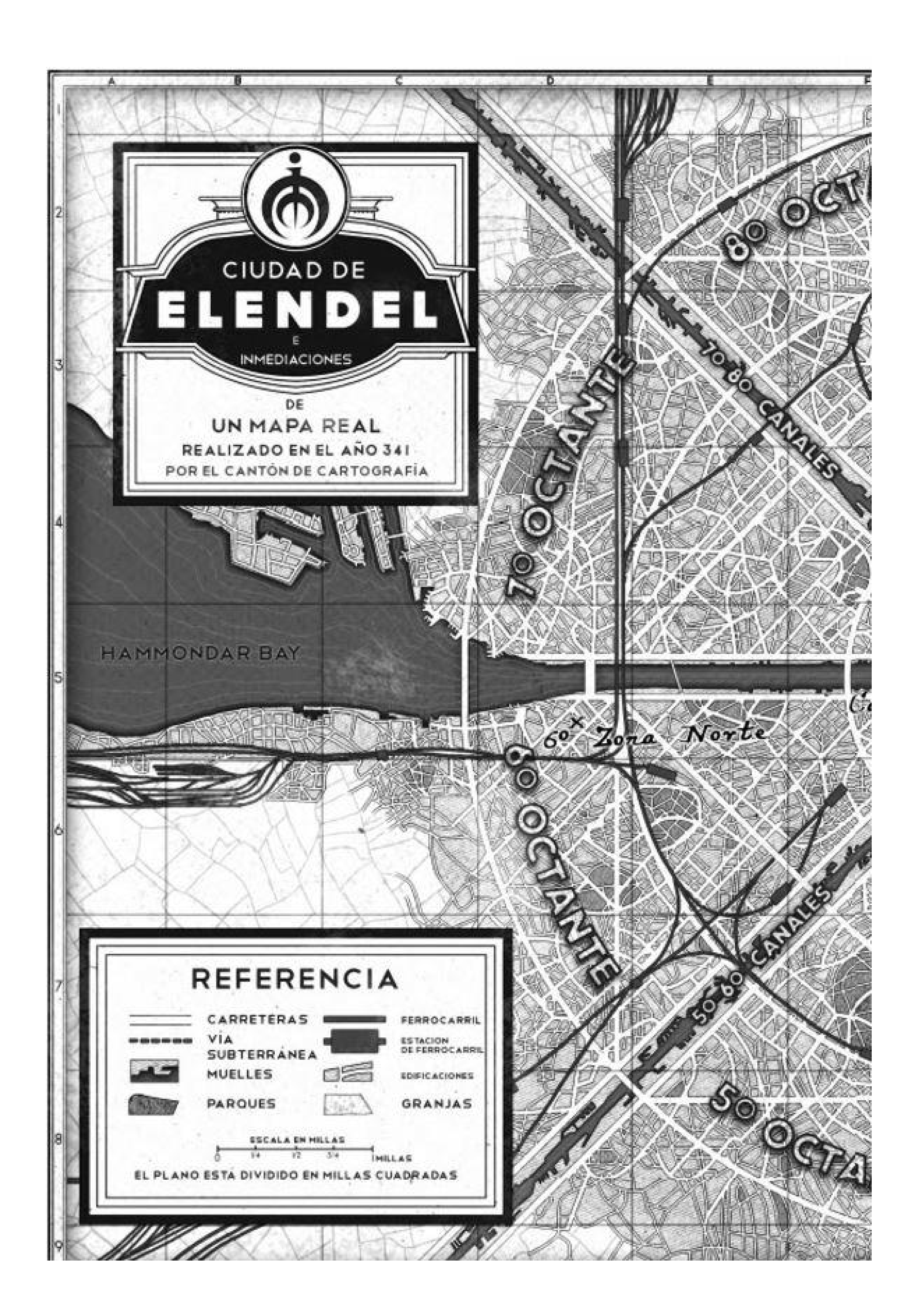


MAPA DE LA
CUENCA DE ELENDEL
Y
LOS ÁRIDOS DEL NORTE
POR EL CANTÓN DE
LA CARTOGRAFÍA
MAR TIRIO
CALLINGFALE
COVINGTAR
EROSIÓN
ISAEUC'S BEND
VERDADERO MADIL
FELTREL
LEJANO DOREST
ÁRIDOS DEL NORTE
FARADANA
CORDILLERA DE CHANNEREL
CORDILLERA DE FALEAST
PUERTO SECO
TATHINGDWEL
MYCONDWEL
ELENDEL
ALENDEL
DAZARLOMUE
WYLLION
RASHEKIN
RÍO PUERTA DE HIERRO
DRYPORT
MAR DE YOMEND
ELENDEL
STEINEL
BILMING
VINDIEL-CAMEUX
DOXONAR
DORIEL
BASIN
TARIER
ELMSDEL
GARMET
CORDILLERA DE SERAN
ÁRIDOS DEL SUR
MAR DE LENNES





CIUDAD DE
ELENDEL
E
INMEDIACIONES
DE
UN MAPA REAL
REALIZADO EN EL AÑO 341
POR EL CANTÓN DE CARTOGRAFÍA
HAMMONDAR BAY
1º OCTANTE
2º OCTANTE
3º OCTANTE
5º OCTANTE
6º OCTANTE
7º OCTANTE
8º OCTANTE
7º 8º CANALES
8º 1º CANALES
1º 2º CANALES
3º 4º CANALES
4º 5º CANALES
5º 6º CANALES
RÍO PUERTA DE HIERRO
Madion Ways
Mansión Tekiel
7º Interior
Campamento de Renacimiento
6º Zona Norte
Longard
Casa de Ranette
Parque Dampmere
Mansión Ladrian
Comisaría de policía del 4º Octante
Edificio Columna de Hierro
Torre Tekiel
Yomen Manor
Mansión Cett
Paseo Demoux
Amigo mío, anotado con localizaciones tal como indicaste, —Nash
REFERENCIA
CARRETERAS
VÍA SUBTERRÁNEA
MUELLES
PARQUES
FERROCARRIL
ESTACIÓN DE FERROCARRIL
EDIFICACIONES
GRANJAS
ESCALA EN MILLAS
MILLAS
EL PLANO ESTÁ DIVIDIDO EN MILLAS CUADRADAS



CIUDAD DE
ELENDEL
E
INMEDIACIONES
DE
UN MAPA REAL
REALIZADO EN EL AÑO 341
POR EL CANTÓN DE CARTOGRAFÍA
HAMMONDAR BAY
8º OCT
7º 8º CANALES
7º OCTANTE
6º Zona Norte
6º OCTANTE
5º 6º CANALES
5º OCTA
REFERENCIA
CARRETERAS
FERROCARRIL
VIA SUBTERRÁNEA
ESTACION DE FERROCARRIL
MUELLES
EDIFICACIONES
PARQUES
GRANJAS
ESCALA EN MILLAS
EL PLANO ESTA DIVIDIDO EN MILLAS CUADRADAS

A B C D E F


1º OCTANTE
Madion Ways
8º 1º CANALES
1º 2º CANALES
2º OCTANTE
Mansión Tekiel
7º Interior
Campamento de Renacimiento
RIO PUERTA DE HIERRO
Longard
3º OCTANTE
3º 4º CANALES
Casa de Ranette
Parque Dampmere
Mansión Ladrian
4º 5º CANALES
Comisaría de policía del 4º Octante
Edificio Columna de Hierro
Torre Tekiel
Yomen Manor
OCTANTE
Mansión
Paseo Demoux
Amigo mío, anotado
con localizaciones
tal como indicaste,
—Nazh

Agradecimientos

El pasado de este libro fue accidentado, puesto que una tercera parte del mismo surgió a la vez que escribía otra obra. (Había enviado una lista de observaciones a la editorial y estaba esperando a recibir su respuesta; creo que se trataba de la última entrega de *La Rueda del Tiempo*). Me vi obligado a dejar de trabajar en este volumen para sumergirme en el otro.

Para cuando lo retomé, mi visión original de una nueva trilogía protagonizada por Wax, Wayne y Marasi había cambiado, de modo que el primer tercio requirió una ingente cantidad de retoques y modificaciones para encajar con los otros dos, al tiempo que los escribía. Deposité una confianza tremenda en el excelente ojo crítico de mi editor, Moshe Feder; mi agente, Joshua Bilmes, y mi asistente editorial, Peter Ahlstrom, alias *el Instantáneo*. Un agradecimiento muy especial también para mi editor en el Reino Unido, Simon Spanton.

Además, mi grupo de escritura resultó ser —como siempre— imprescindible. En él se incluyen Emily Sanderson, Karen y Peter Ahlstrom, Darci y Eric James Stone, Alan Layton, Ben «por favor, a ver si esta vez escribes bien mi nombre» Olsen, Danielle Olsen, Kathleen Dorsey Sanderson, Kaylynn ZoBell, Ethan e Isaac Skarstedt, y Kara e Isaac Stewart.

Organizamos una lectura beta relámpago, y fueron varias las personas atentas que aportaron sus extraordinarios comentarios. Entre ellas: Jory Phillips, Joel Phillips, Bob Kluttz, Alice Arneson, Trae Cooper, Gary Singer, Lyndsey Luther, Brian T. Hill, Jakob Remick, Eric James Stone, Bao Pham, Aubree Pham, Steve Godecke, Kristina Kugler, Ben Olsen, Samuel Lund, Megan Kanne, Nate Hatfield, Layne Garrett, Kim Garrett, Eric Lake, Karen Ahlstrom, Isaac Skarstedt, Darci Stone, Isaac Stewart, Kalyani Poluri, Josh Walker, Donald Mustard III, Cory Aitchison y Christi Jacobsen.

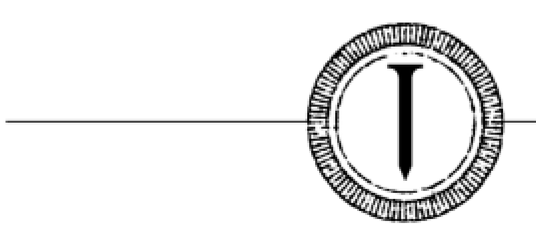
Ha sido increíblemente satisfactorio asistir al desarrollo del apartado artístico de mis novelas a lo largo de los años. Siempre he soñado con el descabellado plan de incluir muchas más imágenes de lo que suele ser habitual; todas las que me dejen, básicamente. Son tres los maravillosos ilustradores que lo han hecho posible en este volumen. La cubierta es obra de Chris McGrath, y me encanta su interpretación de los personajes. Mi buen amigo y ahora director artístico a tiempo completo, Isaac Stewart, se encargó de los mapas y de los símbolos, además de la esmerada maquetación del pasquín. Los dibujos que salen en él son obra del siempre excelente Ben McSweeney.

Para la gente de JABberwocky, mi agencia, gracias a Eddie Schneider, Sam Morgan, Krystyna Lopez y Christa Atkinson. Ya en el Reino Unido, se merece una ovación John Berlyne, de Zeno Agency.

Para Tor Books, muchísimas gracias a Tom Doherty, Linda Quinton, Marco Palmieri, Karl Gold, Diana Pho, Nathan Weaver, Edward Allen y Rafal Gibek. Ingrid Powell se encargó de las labores de corrección. La revisión de galeradas recayó sobre Terry McGarry, y el narrador del audiolibro no es otro que mi lector predilecto, Michael Kramer. Otros profesionales de ese formato que se merecen mi agradecimiento son Robert Allen, Samantha Edelson y Mitali Dave. Para Adam Horne, mi nuevo asistente adjunto, esta es la primera vez que su nombre sale mencionado en un libro. ¡Bien hecho, Adam!

Por último, gracias de corazón a mi familia, como siempre. Una esposa maravillosa y tres niños pequeños que todavía no entienden muy bien por qué los libros que escribe papá tienen tan pocos dibujos.

Prólogo



Waxillium Ladrian, vigilante de la ley de alquiler, pasó una pierna sobre la grupa de su caballo para bajar al suelo y giró sobre los talones a fin de encarar la cantina.

—Hala —dijo el chiquillo, desmontando de un salto a su vez—. No se te ha enganchado la espuela en la silla, ni has tropezado, ni nada.

—Aquello pasó solo una vez —replicó Waxillium.

—Ya, pero es que fue supergracioso.

—Quédate con los caballos —le ordenó Waxillium, arrojándole las riendas—. No ates a *Devastadora*. A lo mejor me hace falta.

—Vale.

—Y no robes nada.

El muchacho —de facciones aniñadas pese a sus diecisiete años de edad, con las mejillas teñidas apenas por una sombra de pelusilla a pesar de llevar semanas intentando dejarse crecer la barba— asintió con gesto solemne.

—Prometo no mangarte nada, Wax.

Este exhaló un suspiro.

—No es eso lo que te he dicho.

—Pero…

—Tú quédate con los caballos y procura no hablar con nadie. —Wax sacudió la cabeza mientras entraba en la cantina, sintiéndose como si flotara. Estaba llenando un ápice su mente de metal, reduciendo en torno al

diez por ciento de su peso. Práctica habitual para él de un tiempo a esta parte, desde que se quedara sin peso almacenado en el transcurso de una de sus primeras cacerías, hacía unos meses.

La cantina en cuestión, ni que decir tiene, era un tugurio cochambroso. En los Áridos prácticamente todo estaba cubierto de polvo, roto o raído. Cinco años llevaba ya allí, y seguía sin acostumbrarse. Cierto, había dedicado la mayor parte de esos cinco años a intentar ganarse la vida como oficinista, alejándose cada vez más de los centros de población en un intento por evitar que lo reconocieran. Pero, en los Áridos, incluso las principales zonas habitadas eran más sucias que Elendel.

Y aquí, en la frontera con la civilización, el término «suciedad» se quedaba corto para describir el estilo de vida reinante. Los hombres con los que se cruzó en el interior del local, encorvados en sus asientos, apenas si alzaron la vista a su paso. Esa era otra particularidad de los Áridos. Tanto las plantas como las personas daban la impresión de estar cubiertas de espinas y crecer sin querer despegarse del suelo, achaparradas y hostiles.

Apoyó las manos en las caderas y paseó la mirada por la estancia, esperando llamar la atención. No tuvo éxito, lo cual le produjo un alfilerazo de irritación. ¿De qué servía ponerse un elegante traje de ciudad, pañuelo de color lavanda incluido, si después nadie lo miraba siquiera? Por lo menos tampoco cuchicheaban a sus espaldas, como los de la última cantina.

Con la palma de la mano encima de la culata, Wax encaminó sus pasos hasta la barra. El camarero era un individuo alto por cuyas venas debía de correr sangre terrisana, a juzgar por sus rasgos y por el color de su piel, aunque a sus refinados primos de la Cuenca les daría un soponcio si lo viesen ahora, royendo el grasiento muslo de pollo que empuñaba con una mano mientras utilizaba la otra para servir una jarra. Wax se esforzó por contener un arrebato de náusea; el concepto de higiene que imperaba en aquellos pagos era otra particularidad de los Áridos a la que no terminaba de acostumbrarse. Allí se consideraba pulcro y atildado a todo el que se acordara de restregarse las manos contra los pantalones en el momento que mediaba entre hurgarse la nariz y tenderte la mano para que se la estrecharas.

Wax se quedó esperando. Esperó un poco más. Transcurridos unos instantes, carraspeó. El cantinero se acercó a él, al cabo, sin apresurarse.

—¿Sí?

—Busco a un hombre —dijo Wax en voz baja—. Se hace llamar *Granito* Joe.

—No lo conozco.

—¿Que no…? Pero si es el forajido más célebre de los alrededores, por no decir el único.

—Pues no lo conozco.

—Pero…

—Se vive más seguro sin conocer a la gente como Joe —lo interrumpió el camarero, antes de pegarle otro bocado al muslo de pollo—. Pero tengo un amigo.

—Menuda sorpresa.

El camarero lo fulminó con la mirada.

—Ejem. Perdón. Continúe.

—Mi amigo podría estar dispuesto a conocer a alguna que otra persona de la que otros no querrían saber nada, aunque llegar hasta él quizá lleve algo de tiempo. ¿Vas a pagar?

—Soy un vigilante de la ley —respondió Wax—. Actúo en nombre de la justicia.

El cantinero parpadeó. Muy despacio, metódico, como si semejante gesto, para él, fuese algo que requiriera un esfuerzo consciente.

—Entonces… ¿vas a pagar?

—Le pagaré, sí —suspiró Wax, repasando para sus adentros todo lo que seguirle la pista a *Granito* Joe le había costado ya. No podía permitirse el lujo de volver a quedarse sin blanca. *Devastadora* necesitaba una silla nueva, y a él aquí los trajes le duraban un suspiro.

—Bien —celebró el camarero, indicándole por señas que lo siguiera. Recorrieron el interior del establecimiento en zigzag, sorteando mesas y rodeando el piano (cuyas teclas daban la impresión de llevar una eternidad sin experimentar el contacto de ningún dedo) hasta llegar a una pequeña habitación sita al fondo de la cantina.

Olía a polvo.

—Espera —dijo su guía, antes de salir y cerrar la puerta a su espalda.

Wax se cruzó de brazos mientras echaba una ojeada a la única silla que había en el cuarto. La pintura blanca, desportillada, había empezado a pelarse; no le cabía la menor duda de que si intentaba sentarse terminaría al menos con la mitad pegada a los pantalones. De modo que se limitó a dejar que sus pasos vagaran por la habitación sin rumbo fijo.

Después de cinco años en este páramo, comenzaba a sentirse cada vez más cómodo con los habitantes de los Áridos, ya que no con sus particulares costumbres. Había buenas personas aquí, muchas. Distaba de ser el nido infestado de proscritos y bribones que le habían contado.

Sin embargo, emanaba de todos ellos una obstinada aura de fatalismo. Desconfiaban de la autoridad y a menudo rechazaban a los vigilantes, aunque eso conllevara permitir que alguien como *Granito* Joe continuase arrasándolo todo y saqueando a placer. Sin las recompensas que ofrecían el ferrocarril y las empresas mineras, nada…

Se estremeció la ventana. Wax se detuvo, cerró los dedos en torno a la culata de la pistola que colgaba de su cinto y quemó acero. El metal propagó una tibieza punzante por su interior, como si acabase de beber algo que estuviera demasiado caliente. A su alrededor se extendieron varias líneas azules que, desde su pecho, señalaban la ubicación de las fuentes de metal más cercanas, varias de las cuales se encontraban justo al otro lado de la ventana con postigos. Otras apuntaban hacia abajo. Esta cantina disponía de sótano, algo poco habitual en los Áridos.

Podría empujar contra esas líneas en caso de necesidad, apoyándose así en el metal con el que estaban conectadas. De momento, se limitó a observar mientras una varilla se deslizaba entre las maderas que cubrían los cristales por fuera de la ventana y ascendía para forzar el pestillo que los sujetaba. Se hizo a un lado para evitar que lo viese quienquiera que, en esos instantes, comenzaba a manipular el marco tras haber abierto los postigos. La hoja de la ventana se levantó con un traqueteo.

Una muchacha vestida con pantalones oscuros entró en el cuarto de un salto, rifle en mano. Enjuta, de facciones angulosas y con un puro sin encender entre los dientes, a Wax le sonaba de algo. Se incorporó, satisfecha, y se giró para cerrar la ventana. Al darse la vuelta, lo vio.

—¡Diablos! —exclamó mientras trastabillaba de espaldas, dejando caer el puro y levantando su rifle.

Wax desenfundó la pistola y preparó su alomancia, deseando haber encontrado alguna manera de repeler las balas. Podría empujar el metal, sí, pero no era tan rápido como para detener los disparos, a menos que empujase contra la pistola antes de que apretara el gatillo.

—Oye —dijo la mujer—. ¿No eres tú el que mató a Peret *el Negro*?

—Waxillium Ladrian —respondió Wax—. Vigilante de alquiler.

—Me tomas el pelo. ¿Eso es lo que dices para presentarte?

—Pues claro. ¿Por qué no?

En vez de contestar, la mujer levantó la cabeza de la mirilla del rifle y se quedó un momento observándolo.

—¿Un pañuelo? —dijo, al cabo—. ¿En serio?

—Va con mi estilo de caballero cazarrecompensas.

—Pero ¿qué utilidad tiene el «estilo» para un cazarrecompensas?

—Es importante labrarse una reputación —replicó Wax, levantando la barbilla—. Fíjate en todos esos forajidos. De uno a otro confín de los Áridos, la gente ha oído hablar de hombres como *Granito* Joe. ¿Por qué no iba a hacer yo lo mismo?

—Porque es como pintarse una diana en la frente.

—El riesgo merece la pena —se justificó Wax—. Aunque, hablando de dianas… —Agitó el arma en el aire e inclinó la cabeza en dirección a la de la muchacha, que dijo:

—Vas tras la recompensa que ofrecen por Joe.

—En efecto. ¿Tú también?

La joven asintió con la cabeza por toda respuesta.

—¿Nos la repartimos? —preguntó Wax.

Su interlocutora suspiró al tiempo que bajaba el rifle.

—Vale. Pero habrá porción doble para el primero que le meta una bala en el cuerpo.

—Pensaba capturarlo con vida…

—Bien. Así tendré más oportunidades de cargármelo antes. —La muchacha sonrió de oreja a oreja mientras se acercaba a la entrada de la

habitación, furtiva—. Me llamo Lessie, por cierto. Entonces, ¿Granito está aquí, en alguna parte? ¿Lo has visto?

—No. —Wax se reunió con ella en la puerta—. Le pregunté al dueño del local, y este me ha conducido hasta aquí.

Lessie se volvió hacia él.

—¿Le preguntaste al dueño del local?

—Claro. He leído las historias. Los cantineros siempre lo saben todo, y… Y estás meneando la cabeza.

—En este tugurio todos están al servicio de Joe, míster Pañoleta —dijo Lessie—. Diablos, la mitad de los vecinos de esta ciudad lo están. ¿Y tú le preguntas al camarero?

—Creo que ya he respondido a esa pregunta.

—¡Herrumbre! —La muchacha entreabrió la puerta y se asomó al exterior—. En el nombre de Ruina, ¿cómo te las apañarías para cargarte así a Peret *el Negro*?

—Ya será para menos. Es imposible que toda la cantina esté…

Dejó la frase inacabada, flotando en el aire, al espiar a su vez por la rendija de la puerta. El grandullón que atendía la barra no se había ido corriendo a buscar a alguien. Antes bien, se hallaba en la sala principal del local, gesticulando en dirección a la puerta mientras instaba a los distintos bellacos y bribones a levantarse y desenfundar las armas.

—Maldición —susurró Lessie.

—¿Nos largamos por la ventana? —sugirió Wax.

La respuesta de la muchacha consistió en cerrar de nuevo la puerta con sumo sigilo, apartarlo de un empujón y escabullirse gateando en dirección a la ventana como una exhalación. Se agarró al alféizar con la intención de impulsarse y atravesarla de un salto, pero comenzaron a restallar detonaciones a su alrededor y una porción del marco de la ventana se volatilizó en medio de una lluvia de astillas.

Lessie masculló una invectiva y se tiró al suelo de la habitación. Wax siguió su ejemplo y aterrizó junto a ella mientras exclamaba:

—¡Un francotirador!

—¿Siempre eres tan perspicaz, míster Pañoleta?

—No, solo cuando practican el tiro al blanco conmigo. —Wax se asomó por encima del quicio de la ventana; el francotirador podría haber elegido uno cualquiera de la docena de escondites que se divisaban en los alrededores—. Tenemos un problema.

—Y he ahí de nuevo esas agudísimas dotes de observación. —Lessie empezó a arrastrarse por el suelo en dirección a la puerta.

—Me refería a que tenemos un problema en más de un sentido. —Wax siguió a la muchacha, agazapado—. ¿Cómo les ha dado tiempo a apostar un francotirador? Debían de estar al corriente de mi llegada. La ciudad entera podría ser una trampa.

Lessie maldijo entre dientes cuando Wax llegó a la puerta y la entreabrió de nuevo. Sin dejar de gesticular en dirección a ella, los matones estaban deliberando en voz baja.

—Se ve que me toman en serio —dijo Wax—. ¡Ja! Mi reputación está dando sus frutos. ¿Lo ves? ¡Están asustados!

—Enhorabuena —replicó la muchacha—. ¿Crees que me darán alguna recompensa si te pego un tiro?

—Tenemos que llegar a la planta de arriba —dijo Wax, con la mirada fija en la escalera que se hallaba justo al otro lado de la puerta, en la habitación principal.

—¿Qué conseguiríamos con eso?

—Bueno, para empezar, todos los individuos armados que quieren matarnos están aquí abajo. Preferiría cambiar de aires, y esa escalera será más fácil de defender que este cuarto. Aparte de eso, quizás encontremos una ventana por la que escapar en la otra cara del edificio.

—Ya, si te apetece saltar desde un segundo piso.

Saltar no constituía el menor problema para un lanzamonedas como Wax, que podría lanzar al aire un trozo de metal y empujar contra él para frenar su caída y aterrizar sano y salvo. También era feruquimista, con lo cual, si la ocasión lo exigía, siempre podría valerse de sus mentes de metal para aligerar considerablemente su peso.

Sus habilidades estaban en boca de todos, no obstante, y el propio Wax esperaba que continuasen estándolo. Los rumores sobre su milagrosa supervivencia habían llegado hasta sus oídos, y le gustaba el aura de

misterio que los envolvía. Se especulaba con que era un nacido del metal, cierto, pero siempre y cuando la gente ignorase lo que realmente era capaz de hacer, la ventaja seguiría estando de su parte.

—Mira, voy a intentar llegar corriendo a las escaleras —informó a la mujer—. Si tú prefieres quedarte aquí abajo y abrirte paso a balazos, estupendo. Me proporcionarás la distracción ideal.

Lessie le lanzó una miradita de reojo y sonrió de oreja a oreja antes de replicar:

—De acuerdo. Lo haremos a tu manera. Pero como nos acribillen a tiros, me debes un trago.

«Sí que me suena de algo», pensó Wax. Asintió con la cabeza, contó hasta tres en voz baja, cruzó la puerta corriendo y apuntó con la pistola al matón que tenía más cerca. El hombre saltó de espaldas cuando Wax disparó tres veces… y falló. Las balas se incrustaron en el piano, provocando una nota discordante con cada impacto.

Lessie salió gateando tras él y se dirigió a la escalera. El heterogéneo repertorio de bellacos levantó sus armas entre gritos de sorpresa. Wax apuntó con la pistola hacia atrás, alejándola de la dirección de su alomancia, y se impulsó en las líneas azules que, partiendo de él, señalaban a los hombres que había en la sala.

Estos abrieron fuego, pero el empujón había desviado sus armas lo suficiente como para que su puntería se viera alterada. Wax subió por las escaleras detrás de Lessie; no tardó en perder de vista la tormenta de disparos que se había desencadenado a su paso.

—Por todos los diablos —jadeó Lessie cuando hubieron llegado al primer rellano—. Estamos vivos. —Lo miró, con las mejillas encendidas, y Wax recordó de repente dónde la había visto antes, como si se acabara de abrir el candado que pesaba sobre sus pensamientos.

—Yo a ti te conozco —dijo.

—Te equivocas —replicó ella, apartando la mirada—. Sigamos…

—¡El Toro Llorón! —exclamó Wax—. ¡La bailarina!

—Ay, Dios del Más Allá. —La muchacha reanudó el ascenso, encabezando la marcha—. Lo recuerdas.

—Sabía que solo estabas fingiendo. Ni siquiera Rusko contrataría a alguien con semejante descoordinación, por muy bonitas que tuviera las piernas.

—¿Podemos ir a tirarnos ya por alguna ventana, por favor?

—¿Qué haces tú aquí? ¿Vas detrás de alguna recompensa?

—Bueno, algo así.

—¿Y en serio que no sabías lo que te iban a…?

—Doy esta conversación por finalizada.

Una vez en la planta de arriba, Wax aguardó un momento a que asomara la primera cabeza tras ellos. Disparó de inmediato, fallando de nuevo, pero obligando al hombre a retroceder. Oyó imprecaciones y discusiones procedentes de abajo. Quizá los parroquianos de esta taberna estuviesen a sueldo de *Granito* Joe, pero tampoco eran de los que anteponían la lealtad a cualquier otra consideración. Los primeros en subir por esos escalones recibirían un balazo, seguro, y a ninguno de ellos le apetecía arriesgarse.

Eso le proporcionaría a Wax un respiro. Lessie se coló en una de las habitaciones, pasó junto a una cama vacía junto a la que alguien había dejado un par de botas abandonadas y, de golpe, abrió la ventana, que daba al lado contrario del edificio en relación con la posición estimada del francotirador.

Ante ellos se extendía la ciudad de Erosión, una solitaria colección de comercios y hogares que parecían esperar agazapados —en vano— el día en que al ferrocarril por fin se le antojase extender sus dedos tan lejos. No demasiado lejos, unas pocas jirafas se dedicaban a mordisquear las hojas de los árboles; el único indicio de vida en una planicie, por lo demás, desolada.

La caída desde la ventana era vertical, sin tejados a los que agarrarse. Lessie observó el vacío con suspicacia. Wax se metió los dedos en la boca y emitió un estridente silbido.

No pasó nada.

Volvió a silbar.

—Pero ¿se puede saber qué diablos estás haciendo?

—Llamar a mi yegua —respondió Wax a la pregunta de la muchacha, antes de silbar otra vez—. Podemos dejarnos caer en la silla y escapar al galope.

Lessie se lo quedó mirando fijamente, sin parpadear.

—Y lo dices en serio.

—Pues claro. Lo hemos estado ensayando.

Una figura solitaria apareció en la calle, a sus pies; el joven que había estado siguiendo a Wax.

—Esto, ¿Wax? —lo llamó el chico—. Que *Devastadora* no se despega del abrevadero.

—Diablos.

Lessie volvió a mirarlo.

—¿Le has puesto a tu yegua el nombre de…?

—Vale, a lo mejor es un poquito demasiado mansa —la atajó Wax, desabrido, mientras se encaramaba al alféizar—. Se me ocurrió que llamarla así podría servirle de inspiración. —Ahuecó la mano para formar una bocina y, dirigiéndose al muchacho, exclamó—: ¡Wayne! ¡Tráela hasta aquí! ¡Vamos a saltar!

—Y un cuerno —protestó Lessie—. ¿O te crees que esa silla de montar es mágica y va a impedir que le partamos el espinazo a tu yegua cuando le caigamos encima?

Wax titubeó.

—Bueno, he leído que hay gente que lo hace…

—Ya. Mira, se me ocurre una idea. ¿Por qué no vuelves ahí abajo, hablas con toda esa gente, salís para plantaros ahí en medio del camino y libráis un bonito duelo con el sol en lo alto, a la antigua usanza?

—¿Crees que daría resultado? Me…

—No, no daría resultado en la vida —lo interrumpió la muchacha—. Eso no lo hace nadie, porque es una idiotez. ¡Ruina! En serio, ¿cómo conseguiste cargarte tú a Peret *el Negro*?

Se sostuvieron la mirada durante unos instantes.

—Pues… —empezó Wax.

—Ay, rayos. Lo pillaste haciendo de vientre, ¿verdad?

Wax esbozó una sonrisa radiante.

—Eso mismo.

—¿Y no le dispararías también por la espalda, por casualidad?

—Más valientemente de lo que nunca haya disparado un hombre a otro por la espalda.

—Ja. Quizás aún tengas remedio.

Wax inclinó la cabeza en dirección a la ventana.

—¿Saltamos?

—Venga. ¿Qué más da partirse las piernas antes de que la acribillen a una? Ya que hemos empezado esto, míster Pañoleta, sigamos hasta el final.

—Creo que no nos pasará nada, miss Liguero Rosa.

Lessie enarcó una ceja.

—Si tú puedes identificarme por mi gusto en el vestir —dijo Wax—, no veo por qué no iba a poder hacer yo lo mismo.

—Ni una palabra más al respecto, jamás. —Lessie respiró hondo—. En fin, ¿ya?

Wax asintió con la cabeza mientras encendía sus metales, preparándose para sujetarla y ralentizar su caída; tan solo lo justo para dar la impresión de que habían sobrevivido al salto de milagro. En el proceso, sin embargo, se percató de que una de sus líneas azules —bastante gruesa, pero de intensidad reducida— estaba moviéndose y apuntaba al otro lado de la calle.

«La ventana del molino». En su interior había algo a lo que el sol estaba arrancando destellos.

De inmediato, Wax agarró a Lessie y se tiró al suelo con ella. Una fracción de segundo después restalló una detonación; la bala pasó silbando sobre sus cabezas y fue a incrustarse en la puerta, en la otra punta de la habitación.

—Otro francotirador —siseó la muchacha.

—Tus dotes de observación son…

—Silencio —lo atajó Lessie—. ¿Por qué habrá esperado tanto para disparar contra nosotros? Formabas un blanco perfecto desde hacía rato.

Wax frunció el ceño mientras le daba vueltas al interrogante. ¿Estaría esperando el francotirador a que ocurriera algo en particular? ¿A que saltaran? ¿Por qué…?

Levantó la cabeza para contemplar el impacto del proyectil que había atravesado la ventana. Demasiado alto. El francotirador se había propuesto

disparar por encima de su cabeza.

«Para abatirme en pleno vuelo —comprendió—, en cuanto saliera volando por la ventana». Sabían que era un lanzamonedas.

Oyó pasos procedentes de la escalera, pero no vio ninguna línea azul. Hombres armados con cuchillos de obsidiana o ballestas sin componentes metálicos. ¡Herrumbres! El edificio entero era una trampa. Estaban preparados para que saltara. Estaban preparados para que intentase escapar por las escaleras. No podía hacer ni lo uno ni lo otro.

Agarró a Lessie del brazo.

—¿Tu informador te dijo que *Granito* Joe se encontraba en este edificio?

—Sí —respondió la muchacha—. Casi con toda seguridad. Suele andar cerca cuando se reúne la banda; le gusta tener controlados a sus hombres.

—Este edificio dispone de sótano.

—¿Y…?

—Espera un momento.

Volvió a agarrarla del brazo e incrementó su peso. Reservaba una gran cantidad del mismo en su mente de metal; se movía, por lo general, con el peso reducido, imperceptible salvo por el hecho de que así aparentaba ser un poco más ágil de reflejos. Podía recurrir cuando lo juzgase necesario a todo aquel peso extra, el cual se almacenaba en el brazalete que siempre llevaba encima.

Ganó peso de una forma increíble, aumentando su masa y aplastándose contra el suelo, antes de tirar de Lessie para subirla a su espalda.

—Pero ¿te has vuelto lo…? —comenzó a protestar la muchacha, pero se interrumpió cuando el suelo empezó a resquebrajarse antes de desplomarse de repente bajo el cuerpo de Wax.

Al caer, el elegante atuendo de este se desgarró cuando se giró en el aire y arrastró a Lessie consigo. Un empujón contra los clavos del suelo los propulsó hacia abajo, destrozando el piso del nivel inferior y abriendo así una vía hasta el sótano.

Aterrizaron en medio de una lluvia de polvo y astillas, con Wax empujando contra los mismos clavos de antes para frenar su descenso. Lessie y él cayeron con fuerza, a pesar de todo, y se estrellaron contra la

mesa que había en la cámara del sótano, rodeada de maderas nobles y lámparas moldeadas a semejanza de voluptuosas mujeres. Adornaba el mueble que habían golpeado un impecable mantel de color blanco.

Había un hombre presidiendo la mesa. Wax consiguió incorporarse en medio de los escombros y apuntar con una pistola al interfecto, de facciones amazacotadas y oscura tez gris azulada; señal inconfundible de que por sus venas corría sangre de koloss. *Granito* Joe. Debían de haber interrumpido su cena, a juzgar por la servilleta que llevaba encajada en el cuello de la camisa y la sopa derramada que empapaba la mesa hecha añicos delante de él.

Con un gemido, Lessie se dio la vuelta y se sacudió las astillas que le cubrían la ropa. Waxillium, por su parte, empuñaba la pistola con firmeza sin perder de vista a los dos guardaespaldas que, embozados en sendos gabanes, se hallaban detrás de *Granito* Joe, un hombre y una mujer; hermanos, según tenía entendido, y tiradores de primera.

Si disparaba contra su líder, lo abatirían en un abrir y cerrar de ojos. Ya tenían las manos en las caderas, listos para desenfundar. Quizá no hubiera planificado esta caída todo lo bien que cabría esperar.

Joe hundió una cuchara en su cuenco, el cual reposaba inclinado ahora sobre la mesa, con el mantel salpicado de líquido rojo a su alrededor. Volvió a levantarla y se la acercó a los labios.

—Tú —dijo tras sorber la sopa— deberías estar muerto.

—Deberías plantearte la posibilidad de cambiar de matones a sueldo —replicó Wax—. Los de ahí arriba no valen gran cosa.

—Esto no va con ellos —continuó Joe—. ¿Cuánto tiempo llevas ya aquí, en los Áridos, causando problemas? ¿Dos años?

—Cinco —contestó Wax, aunque tampoco es que llevara «causando problemas», por emplear las palabras de Joe, desde el primer día.

Granito Joe chasqueó la lengua.

—¿Te crees que nunca había pasado nadie como tú por aquí, hijo? ¿Con la mirada cargada de asombro, el cinturón abrochado bajo sobre la cadera y las espuelas nuevecitas, relucientes aún? Llegado para rescatarnos de nuestro bárbaro modo de vida. Vemos a decenas como tú todos los años.

Solo que los otros tienen la decencia de aprender a dejarse sobornar o palmarla antes de estropear demasiado las cosas. Pero tú, no.

«Está intentando ganar tiempo», pensó Wax. ¿Sería capaz de eliminar a Joe antes de que esos dos guardaespaldas lo hirieran? Probablemente. Pero ¿y después, qué?

«No hay líneas de metal en la de la derecha», pensó Wax. Apostaría lo que fuera a que en esa funda llevaba una bonita ballesta. Diseñada para exterminar lanzamonedas. Aun con su alomancia, Wax nunca podría acabar con los tres sin que le dispararan.

Una gota de sudor comenzó a resbalar por su sien.

—Aquí no pintas nada. —Joe se inclinó hacia delante, con los codos apoyados en la mesa destrozada—. Vinimos a este lugar para escapar de la gente como tú. De vuestras reglas. De vuestros prejuicios. Aquí somos libres. No sois bienvenidos.

—Si eso fuese cierto —replicó Wax, sorprendido por la firmeza de su voz—, nadie acudiría a mí llorando porque has matado a sus hijos. Nadie me suplicaría que cambiara las cosas, que te parase los pies. Quizá no necesitéis las leyes de Elendel aquí arriba, pero eso no significa que podáis prescindir de las normas. Como tampoco significa que los hombres como tú podáis hacer lo que os apetezca.

Granito Joe sacudió la cabeza y se incorporó.

—Estás fuera de tu elemento, hijo. Aquí todo el mundo tiene un precio. De lo contrario, no encaja. Sufrirás una muerte lenta y dolorosa, igual que le ocurriría a un león en esa ciudad vuestra. Lo que voy a hacer hoy es un acto de misericordia.

Asintió con la cabeza para darles una señal a sus guardaespaldas.

Wax actuó de inmediato y se impulsó contra las lámparas de la pared que tenía a su derecha. No podían moverse, atornilladas a la pared como estaban, por lo que su empujón alomántico lo lanzó hacia la izquierda. Giró la pistola, apretó el gatillo y empujó con todas sus fuerzas.

La bala surcó el aire sin desviarse, para variar, e impactó en la mujer, que ya había desenfundado su ballesta. Se desplomó. El impulsivo empujón de Wax arrancó el arma de la mano del otro guardia y arrojó a *Granito* Joe de espaldas contra la pared.

También provocó que la pistola de Wax se le escurriera entre los dedos. Golpeó la pared mientras la mujer caía envuelta en una nube de gotitas de sangre. El arma de Wax, orientada por el movimiento involuntario de su brazo, voló por los aires hasta estrellarse contra el rostro del segundo guardaespaldas, que salió disparado contra la pared a su vez.

Wax recuperó el equilibrio y miró a Joe, que, al otro lado de la habitación, parecía haberse quedado estupefacto por la eliminación de sus escoltas. No había tiempo para pensar. Con paso tambaleante, Wax se acercó al fornido descendiente de los koloss. Si consiguiera encontrar una fuente de metal con la que reforzar su ofensiva, tal vez…

A su espalda resonó el chasquido de un arma. Wax se frenó en seco y miró atrás, por encima del hombro, a Lessie, que lo apuntaba con una pequeña ballesta de mano.

—Aquí todo el mundo tiene un precio —repitió *Granito* Joe.

Wax contempló fijamente la flecha, con su punta de obsidiana. ¿Dónde llevaba escondido algo así? Tragó saliva despacio, con dificultad.

«¡Pero si se puso en peligro al subir conmigo por la escalera a toda velocidad! —pensó—. ¿Cómo podría estar…?».

Joe estaba al corriente de lo de su alomancia, no obstante. De modo que ella también. Lessie era consciente de que Wax podría empujar las balas para repelerlas, por lo que, al sumarse a él en su fuga escalones arriba, sabía que no corría peligro. Había sido una trampa desde el principio.

—Te lo advertí —observó Lessie—, la cantina entera estaba a sueldo de Joe.

—Me… —Wax volvió a tragar saliva con dificultad—. Sigo pensando que tus piernas son muy bonitas.

La muchacha lo miró a los ojos. A continuación, exhalando un suspiro, movió la ballesta y disparó a *Granito* Joe en el cuello.

Wax parpadeó mientras el gigantesco descendiente de los koloss se desplomaba en el suelo, gorgoteando mientras se desangraba.

—¿Ya? —dijo Lessie, fulminando con la mirada a Waxillium—. ¿Eso es todo lo que se te podía ocurrir para hacerme cambiar de opinión? «Tus piernas son muy bonitas…». ¿En serio? Ay, Pañoleta, qué mal vas a pasarlo por estos lares.

Wax exhaló un suspiro de alivio.

—Armonía… Pensé que me ibas a disparar de verdad.

—Debería haberlo hecho —refunfuñó la muchacha—. Me parece increíble que…

Interrumpió a Lessie el clamor de unos pasos sobre sus cabezas. La caterva de bellacos por fin había reunido el valor necesario para bajar en tromba por la escalera. Al menos media docena de ellos irrumpieron en la habitación, armas en ristre.

Lessie se abalanzó sobre una de las pistolas del suelo.

Sin darse apenas tiempo a pensar, Wax hizo lo que le pareció más natural y adoptó una pose melodramática en medio de los escombros, rodilla en alto, con *Granito* Joe sin vida a su lado, abatidos los dos guardaespaldas. Aún caía una fina llovizna de polvo procedente del boquete practicado en el piso de arriba, iluminada por el sol que entraba a raudales por una de las ventanas ubicadas sobre sus cabezas.

Los matones se lo quedaron mirando, boquiabiertos, antes de contemplar el cadáver de su líder. A continuación, como chiquillos a los que hubieran descubierto intentando llevarse las galletas de la despensa, bajaron las armas. Los más adelantados intentaron escabullirse abriéndose paso a empujones entre los que tenían detrás y, batiéndose en atropellada huida, todos a una volvieron a subir estruendosamente las escaleras. El cantinero, que se había quedado solo, fue el último en retirarse.

Wax se giró para tenderle la mano a Lessie, la cual permitió que tirara de ella para ponerse de pie y dirigió la vista al hueco de la escalera, tras la estampida de bandidos acobardados, cuyas botas retumbaban en el suelo, sobre sus cabezas, mientras se apresuraban a huir. Instantes después, en el edificio volvía a reinar el silencio.

—Ja —dijo la muchacha—. Eres como un asno que supiera bailar, míster Pañoleta. No gana una para sorpresas contigo.

—Tener una cosita ayuda —observó Wax.

—Ya. ¿Crees que también yo debería hacerme con una cosita?

—Conseguir una cosita fue una de las decisiones más importantes que tomé al llegar a los Áridos.

Lessie asintió con la cabeza, despacio.

—No tengo ni la más remota idea de qué estamos hablando —dijo, contemplando de reojo la figura de *Granito* Joe, inerte a espaldas de Wax —, pero empieza a sonarme a cochinada. —Tras sus últimos estertores, el difunto líder de los forajidos yacía con la mirada vidriosa clavada en el charco que formaba su propia sangre.

—Gracias —dijo Wax—. Por no asesinarme.

—Je. Pensaba cargármelo tarde o temprano, y llevarme la recompensa por su cadáver.

—Ya, bueno, pero me extrañaría que planearas hacerlo delante de toda su banda, atrapada en un sótano sin vías de escape.

—Cierto. Eso ha sido una idiotez, y de las gordas.

—Entonces, ¿por qué lo hiciste?

—En nombre de Joe he hecho muchas cosas de las que me arrepiento —respondió la muchacha, sin dejar de observar el cadáver—, pero, que yo sepa, nunca he disparado contra nadie que no se lo mereciera. Si te hubiera matado…, en fin, habría sido como acabar también con aquello que representas. ¿Lo pillas?

—Me parece que voy captando el concepto.

Lessie se masajeó el cuello, donde un trozo de madera rota le había dejado un jirón de piel ensangrentado al caer.

—Para la próxima, eso sí, estaría bien no armar semejante estropicio. Me gustaba esta cantina.

—Se hará lo que se pueda —prometió Wax—. Pretendo cambiar las cosas aquí. Si no en todos los Áridos, por lo menos en esta ciudad.

—En fin —dijo Lessie, acercándose al cadáver de *Granito* Joe—, estoy segura de que, si algún malvado pensaba atacar la ciudad, ahora se lo pensará dos veces, teniendo en cuenta tu pericia con esa pistola.

Waxillium hizo una mueca.

—Te… te diste cuenta, ¿verdad?

—Semejante proeza no se ve todos los días. —La muchacha se arrodilló y registró los bolsillos de Joe—. Tres disparos, tres notas distintas, y sin rozar ni a un solo bandido. Hace falta destreza. A lo mejor deberías dedicarle menos tiempo a tu cosita y más a tu pistola.

—Eso sí que ha sonado a cochinada.

—Bien. Detesto ser grosera sin proponérmelo. —Con una sonrisa, Lessie sacó la cartera de Joe, la lanzó al aire y la agarró al vuelo. Sobre ellos, por el agujero que Wax había practicado en el edificio, asomó una cabeza equina, seguida de otra más pequeña, adolescente y cubierta por un bombín.

Devastadora los saludó con un resoplido.

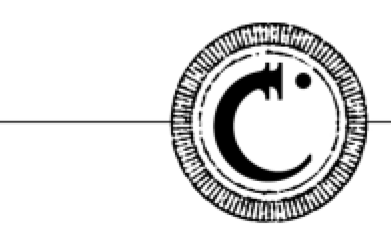
—Ahora vienes, claro que sí —se lamentó Wax—. Qué yegua más tonta.

—En realidad —replicó Lessie—, si sabe que no le conviene andar cerca cuando te metes en un tiroteo, yo diría que es la yegua más lista del mundo.

Wax esbozó una sonrisa y le tendió una mano a Lessie. Cuando la muchacha se la estrechó, la atrajo hacia sí y, siguiendo una línea de luz azul, se elevó con ella por los aires, lejos de los escombros.


PRIMERA PARTE

1



DIECISIETE AÑOS DESPUÉS

Winsting sonrió para sus adentros mientras contemplaba la puesta de sol. Hacía una noche estupenda para sacarse a subasta.

—¿Está cerca la habitación de seguridad? —preguntó, apoyado ligeramente en la barandilla del balcón—. Por si acaso.

—Sí, mi señor. —Flog llevaba puesto un ridículo sombrero de los Áridos, a juego con el guardapolvo que lo cubría, pese a no haber puesto un pie fuera de la cuenca de Elendel en toda su vida.

A pesar de su deplorable gusto en el vestir, el hombre era un guardaespaldas extraordinario. Winsting se aseguraba de tirar de sus emociones de todas formas, no obstante, potenciando así sutilmente la lealtad de su empleado. Toda precaución era poca.

—¿Mi señor? —preguntó Flog, lanzando una mirada de soslayo a la cámara que tenía a su espalda—. Ya han llegado todos, mi señor. ¿Estás preparado…?

Sin perder de vista el sol que se ocultaba tras el horizonte, Winsting levantó un dedo para silenciar a su guardaespaldas. El balcón, sito en el cuarto octante de Elendel, daba al centro del Campo del Renacimiento. Las estatuas de la Guerrero Ascendente y el Último Emperador proyectaban sombras alargadas en el exuberante parque, donde, según las más

disparatadas leyendas, se habrían descubierto sus cuerpos sin vida después del Gran Catacendro y la Ascensión Final.

El aire estaba cargado, aunque la brisa helada que soplaba procedente de la bahía de Hammondar, un par de millas al oeste, atemperaba en parte el bochorno. Winsting tamborileó con los dedos en la barandilla del balcón, expectante, irradiando pulsos de energía alomántica para moldear las emociones de los ocupantes de la habitación a su espalda.

«De un momento a otro…».

Comenzaba a levantarse la niebla, condensándose en motas del tamaño de cabezas de alfiler en el aire y propagándose como la escarcha sobre una ventana, como una enredadera cuyos zarcillos no dejasen de extenderse y entrelazarse unos con otros. Los zarcillos devenían en venas, y estas a su vez en ríos de actividad, fluctuantes y agitadas sus márgenes, cubriendo la ciudad como un manto. Envolviéndola. Consumiéndola.

—Noche de bruma —observó Flog—. Mal augurio.

—No seas necio —replicó Winsting mientras se ajustaba el pañuelo del cuello.

—Está vigilándonos —insistió Flog—. Las nieblas son sus ojos, mi señor. Voto a Ruina que es cierto.

—Majaderías supersticiosas. —Winsting se giró y entró en la habitación andando a zancadas. Tras él, Flog cerró las puertas del balcón antes de que la niebla pudiera infiltrarse en la fiesta.

La veintena aproximada de personas —junto con los inevitables guardaespaldas— que se entremezclaban y conversaban en la sala adyacente pertenecían a un grupo selecto. No eran solo importantes, sino que diferían extraordinariamente entre sí, pese a sus sonrisitas calculadas y su inane palabrería. Winsting prefería rodearse de rivales en ocasiones así. Que se vieran los unos a los otros, y que, por separado, comprendieran cuál era el precio de perder la puja por su favor.

Se paseó entre ellos, sondeándolos para inflamar su desconfianza. Algunos de ellos llevaban sombreros, por desgracia, y estos estarían revestidos de aluminio para proteger a sus portadores de la alomancia emocional. Winsting había asegurado personalmente a cada uno de los invitados que nadie traería aplacadores ni encendedores consigo. También

había omitido hacer mención alguna a sus propias habilidades, por supuesto. Que los demás supieran, él no era alomántico.

Lanzó una mirada de soslayo al fondo de la habitación, donde Blome estaba atendiendo la barra. El hombre sacudió la cabeza. Ninguno de los presentes estaba quemando metal. Excelente.

Winsting se acercó a la barra, se dio la vuelta y levantó las manos para rogar silencio a la congregación. El gesto dejó al descubierto los relucientes gemelos de diamantes que lucía en los puños de su almidonada camisa blanca. Los engarces, ni que decir tiene, eran de madera.

—Damas y caballeros —comenzó a decir cuando el grupo se hubo callado—, bienvenidos a esta subasta. La puja empieza ahora mismo, y terminará cuando haya escuchado la oferta que más me satisfaga.

No dijo nada más; el exceso de cháchara perjudicaría el dramatismo de la ocasión. Winsting se adentró en la sala y aceptó la copa que le ofrecía uno de sus criados. Se disponía ya a mezclarse con la multitud, pero titubeó mientras paseaba la mirada por los congregados.

—Edwarn Ladrian no ha venido —musitó. Se negaba a llamarlo por su ridículo sobrenombre, «míster Elegante».

—No —corroboró Flog.

—¡Me dijiste que habían llegado todos!

—Todos los que confirmaron su asistencia —replicó Flog, que cambió el peso de su cuerpo de un pie a otro, incómodo.

Winsting frunció los labios, pero, por lo demás, disimuló su desilusión. Estaba convencido de que su oferta había intrigado a Edwarn. Quizás este hubiera comprado a otro de los señores del crimen de la ciudad. Una posibilidad a tener en cuenta.

Se dirigió a la mesa del centro, sobre la cual reposaba el motivo principal de la reunión de esta noche: el cuadro de una mujer reclinada, enmarcado en cristal. Lo había pintado Winsting con sus propias manos; cada vez se le daba mejor. Se le distinguía la cara. Más o menos. El cuadro carecía de valor, pero, a pesar de todo, las personas que llenaban la sala le ofrecerían ingentes sumas de dinero a cambio de él.

El primero en abordarlo fue Dowser, quien dirigía casi todas las operaciones de contrabando en el quinto octante. Ensombrecía la barba de

tres días que le cubría las mejillas un bombín que, sospechosamente, había omitido dejar en el guardarropa. El elegante traje y los complementos que lucía Dowser hacían poco por adecentar a alguien como él. Winsting arrugó la nariz. La mayoría de los invitados se ajustaban a la definición de escoria indeseable, pero al menos los demás tenían el decoro de esforzarse por disimularlo.

—Es más feo que pegarle a un padre —dijo Dowser, con la mirada fija en el cuadro—. Me cuesta creer que vayas a obligarnos a «pujar» por esto. Es un pelín descarado, ¿no te parece?

—¿Preferiría usted que fuese totalmente franco, míster Dowser? —preguntó Winsting por toda respuesta—. ¿Le gustaría que expresase mi opinión a los cuatro vientos, sin tapujos? Págueme, y a cambio recibirá un año de votos favorables por mi parte en el Senado.

Dowser miró de reojo a los lados, como si temiera que los alguaciles pudieran irrumpir en la habitación de un momento a otro.

—¿Se ha fijado en los tonos de gris de esas mejillas? —preguntó Winsting, con una sonrisa—. Representan la naturaleza cenicienta de la vida en un mundo precatacéndrico, ¿humm? La mejor de mis obras hasta la fecha. ¿Tiene ya alguna oferta? ¿Para iniciar la subasta?

Dowser optó por no decir nada. Ya pujaría, tarde o temprano. Hasta el último de los presentes en la sala había dedicado semanas a hacerse de rogar antes de aceptar la invitación a este encuentro. La mitad de ellos eran señores del crimen, como Dowser. Los demás eran sus polos opuestos, lores y damas pertenecientes a las casas más nobles, aunque no por ello menos corruptos.

—¿No tienes miedo? —preguntó la mujer que acompañaba a Dowser, colgada de su brazo.

Winsting arrugó el entrecejo. No la reconocía. Cimbreña, de cortos cabellos dorados y grandes ojos que le conferían una expresión aniñada.

—¿Miedo, querida? —preguntó Winsting—. ¿De la gente de esta habitación?

—No. De que tu hermano descubra… a qué te dedicas.

—Me conoce perfectamente —replicó Winsting—. Te lo aseguro.

—El mismísimo hermano del gobernador —insistió la mujer— aceptando sobornos.

—Si en verdad te sorprende eso, querida, debes de haber vivido muy recluida. En este mercado se han vendido peces mucho más gordos que yo. Quizá te des cuenta cuando llegue la siguiente remesa.

Aquel comentario suscitó el interés de Dowser, pero Winsting se alejaba ya, sonriendo mientras veía girar los engranajes tras la mirada del hombre. «Sí —pensó Winsting—, acabo de insinuar que mi propio hermano podría ser susceptible de dejarse sobornar». Quizás eso impulsaría a Dowser a pujar con más brío.

Winsting se acercó a un criado para seleccionar uno de los diminutos quiches de gambas que portaba en su bandeja.

—La acompañante de Dowser es una espía —susurró para Flog, que nunca se apartaba de su lado—. Quizás esté al servicio del alguacil.

—¡Mi señor! —se sobresaltó Flog—. Hemos comprobado hasta en dos ocasiones el historial de todos los asistentes.

—El de todos menos el suyo —insistió Winsting, aún en voz baja—. Me apostaría toda mi fortuna. Síguela al término de la reunión. Si se separa de Dowser, por el motivo que sea, asegúrate de que sufra un accidente.

—Sí, mi señor.

—Y, Flog, otra cosa —añadió Winsting—: procura ser eficiente. No quiero que pierdas el tiempo intentando encontrar un lugar donde la niebla no tenga ojos. ¿Entendido?

—Sí, mi señor.

—Excelente —dijo Winsting, sonriendo de oreja a oreja mientras encaminaba plácidamente sus pasos hacia donde lo esperaba lord Hugues Entrone, primo y confidente del gran señor con el que compartía apellido.

Dedicó una hora a socializar, y las pujas comenzaron a llegar de forma gradual. Algunos de los asistentes se mostraban reacios. Habrían preferido entrevistarse con él de uno en uno y transmitirle sus respectivas ofertas en la intimidad antes de regresar a los bajos fondos de Elendel.

Dowser no era el único al que incomodaba la falta de sutileza de Winsting. Señores del crimen y nobles por igual, estas eran la clase de personas que preferían soslayar los temas sin abordarlos de frente, sin decir

a las claras lo que pensaban. Realizaron sus ofertas, no obstante, y sin racanear. Al término de la primera ronda de conversaciones, Winsting hubo de esforzarse por disimular la emoción que lo poseía. Se acabó el tener que depender de su hermano para obtener su sustento. Se acabó el tener que soportar la amenaza de que le cortaran el suministro como no redujera sus gastos. Si su hermano pudiera…

La detonación fue tan inesperada que, al principio, achacó el estruendo a que alguno de los criados debía de haber roto algo. Sin embargo, ninguna bandeja que se estrellara contra el suelo podría producir un estampido tan violento, tan brusco, tan… doloroso. Nunca antes había oído un disparo entre cuatro paredes; ignoraba el efecto tan desorientador que podía llegar a ejercer.

Se quedó boquiabierto. La bebida se escurrió entre sus dedos mientras intentaba encontrar el origen de la detonación. Se produjo otro disparo, y otro más. No tardó en estallar una tormenta de ellos; las distintas facciones comenzaron a atacarse entre ellas, envueltas en una cacofonía letal.

Sin darle tiempo a gritar para pedir ayuda, Flog lo agarró del brazo y tiró de él hacia las escaleras que descendían a la cámara de seguridad. Uno de sus guardaespaldas se desplomó, estrellándose contra la puerta que tenía ante él, con la mirada desorbitada fija en la sangre que le empapaba la camisa. La mancha dejó a Winsting hipnotizado, hasta que Flog logró ponerlo en marcha de nuevo y lo empujó en dirección al hueco de la escalera.

—¿Qué ocurre? —preguntó Winsting, al cabo, mientras otro de sus guardias cerraba la puerta de golpe tras ellos y giraba la llave en la cerradura. Apretaron el paso para bajar por el lóbrego pasadizo, iluminado por lámparas eléctricas espaciadas a intervalos regulares—. ¿Quién ha disparado? ¿¡Qué ha sucedido!?

—No hay forma de averiguarlo —respondió Flog. Sobre sus cabezas continuaban restallando las detonaciones—. Ha sido muy rápido.

—Alguien empezó a disparar —dijo uno de los guardaespaldas—. Quizá fuese Dowser.

—No, fue Darm —lo corrigió otro—. Oí un estampido procedente del grupo con el que estaba.

Fuera como fuese, era un desastre. Winsting vio que su fortuna agonizaba cubierta de sangre en el suelo. Le sobrevino una arcada cuando por fin llegaron al pie de las escaleras, que desembocaban en una puerta semejante a la de las cámaras acorazadas. Flog lo empujó al otro lado y dijo:

—Tengo que volver arriba, a ver si consigo solucionar algo. Averiguar quién ha sido el responsable.

Winsting asintió con la cabeza; cerraron la puerta y echaron la llave. Se sentó, dispuesto a esperar, atemorizado. La habitación, un búnker de pequeñas dimensiones, contaba con vino y otras comodidades, pero ahora no estaba de humor para ellas. Se retorció las manos. ¿Qué diría su hermano? ¡Herrumbres! ¿Qué iban a decir los periódicos? Tendría que silenciar lo ocurrido, aunque no sabía cómo.

Transcurridos unos instantes, alguien llamó a la puerta con los nudillos; cuando Winsting se asomó a la mirilla, vio a Flog. Tras él, un reducido equipo de guardaespaldas vigilaba el hueco de la escalera. El tiroteo de la planta superior había cesado ya, al parecer, aunque desde allí abajo los disparos no sonaban más que como suaves chasquidos.

Winsting abrió la puerta.

—¿Y bien?

—Han muerto todos.

—¿¡Todos!?

—Hasta el último de ellos —reiteró Flog mientras entraba en la cámara.

Winsting se quedó arrumbado en la silla.

—Quizá sea lo mejor —murmuró, buscando algún hilo de luz en todo eso—. Así nadie podrá incriminarnos. ¿No podríamos escaquearnos, sin más? ¿Ocultar nuestras huellas de alguna manera?

Difícil empresa. Este edificio era propiedad suya. Lo relacionarían con todas esas muertes. Necesitaba una coartada. Diablos, al final sí que iba a tener que acudir a su hermano. Esto le costaría el escaño, sin duda, aunque la población no se enterase nunca de lo que había ocurrido. Se recostó contra el respaldo de la silla, frustrado.

—¿Y bien? —preguntó—. ¿Tú qué opinas?

Unas manos hicieron presa en su pelo, por toda respuesta, tiraron de su cabeza hacia atrás y le rajaron la garganta expuesta, de oreja a oreja, con extraordinaria eficiencia.

2



Supongo que debería escribir una de estas cosas, decía el libro. *Para que se sepa mi versión de la historia, no solo la que cuenten los historiadores por mí. Me extrañaría que dieran en el clavo, de todas formas. Y, la verdad, creo que preferiría que no lo hicieran*.

Wax tamborileó con la punta del lápiz encima del libro. Transcurrido un instante, garabateó una nota para sí mismo en una página aparte.

—Estaba pensando en invitar a los hermanos Boris a la boda —anunció Steris desde su sillón, ubicado frente al que ocupaba Wax.

Este contestó con un gruñido y reanudó la lectura.

Sé que Saze no aprueba mis actos, continuaba el libro. *Pero ¿qué esperaba que hiciera? Sabiendo lo que sé…*

—Los hermanos Boris —insistió Steris—. Son conocidos tuyos, ¿verdad?

—Disparé a su padre —respondió Wax, sin levantar la cabeza—. Dos veces.

No podía dejar que muriera, añadía el libro. *No habría estado bien. Supongo que ahora la hemalurgia es algo positivo. Ahora Saze está en ambos lados, ¿verdad? De Ruina ya no queda ni rastro*.

—¿Cabe la posibilidad de que intenten matarte? —preguntó Steris.

—Boris Júnior juró beberse mi sangre —dijo Wax—. Boris Tercero… y sí, es hermano de Boris Júnior, a mí no me mires…, juró… ¿cómo era? ¿Comerse los dedos de mis pies? No es el tipo más listo del mundo.

Podemos utilizarla. Deberíamos. ¿O no?

—En tal caso —replicó Steris—, los pondré en la lista.

Wax suspiró y levantó la mirada del libro.

—Vas a invitar a mis enemigos declarados —dijo con aspereza— a nuestra boda.

—Tenemos que invitar a alguien. —Steris, que llevaba el pelo rubio recogido en un moño, estaba rodeada de los papeles que contenían sus preparativos nupciales, ordenados como acusados ante un tribunal. Su vestido azul con estampados florales era moderno, pero sin rayar ni por asomo en lo atrevido, y su recatado sombrero se aferraba a sus cabellos con tanta firmeza que parecía sujeto con clavos.

—Seguro que hay alternativas mejores que quienes desearían verme muerto —repuso Wax—. Por lo que tengo entendido, lo tradicional es invitar a la familia.

—En honor a la verdad —dijo Steris—, creo que a los miembros de tu familia que quedan también les gustaría verte muerto.

Ahí lo había pillado.

—Bueno, pero a los de la tuya no. Que yo sepa, al menos. Si necesitas rellenar algún hueco para la fiesta, envíales más invitaciones a ellos.

—Ya he invitado a todos los miembros de mi familia que dicta el decoro —replicó Steris—, y a todos mis conocidos merecedores de tal cortesía. —Estiró el brazo para coger una hoja de papel—. Tú, sin embargo, solo me has proporcionado dos nombres: el de Wayne y una tal Ranette, la cual, según tus propios apuntes, «probablemente» procuraría no pegarte ningún tiro en nuestra boda.

—Sumamente improbable, sí —corroboró Wax—. Hace años que no intenta eliminarme. O, por lo menos, no en serio.

Su prometida exhaló un suspiro y soltó la hoja.

—Steris… Lo siento, no pretendía frivolizar. Ranette se portará bien. Le tomamos mucho el pelo, pero es una buena amiga. Ella no va a estropear la ceremonia. Te lo prometo.

—Entonces, ¿quién?

—¿Perdona?

—Hace ya casi un año que nos conocemos, lord Waxillium —dijo Steris —. Puedo aceptar lo que eres, pero no soy ninguna ilusa. En nuestra boda va a pasar algo. Irrumpirá un villano pegando tiros a diestro y siniestro, o descubriremos que alguien ha plantado explosivos en el altar, o quizá surja un asesino de entre las sombras, sin previo aviso, para atentar contra tu vida. Algo, lo que sea. Tan solo intento evitar que me pille desprevenida.

—Lo dices en serio, ¿verdad? —Wax esbozó una sonrisa—. Es cierto que piensas invitar a alguno de mis enemigos, así estarás preparada cuando estalle la conmoción.

—Los he catalogado según su accesibilidad y el nivel de amenaza que representan —respondió Steris, barajando sus papeles.

—Espera. —Wax se levantó, se acercó a ella y se agachó para inspeccionar los documentos por encima de su hombro. Cada una de las hojas contenía una pormenorizada semblanza biográfica—. Ape Manton… los chicos de Dashir… ¡Herrumbres! Rick *Extraño*. Ya me había olvidado de él. ¿De dónde has sacado estos nombres?

—Tus hazañas son de dominio público —dijo Steris—, y la gente se muestra cada vez más interesada por ellas.

—¿Cuánto tiempo has dedicado a esta tarea? —se interesó Wax mientras ojeaba el montón de papeles.

—Mi objetivo era ser minuciosa. Este tipo de cosas me ayudan a pensar. Además, quería saber a qué has dedicado tu vida.

En cierto modo, era un detalle adorable. A la siempre extraña manera de Steris.

—Invita a Douglas Venture —sugirió Wax—. Se le podría considerar un amigo, más o menos, pese a su nula tolerancia al alcohol. Con él puedes estar segura de que se armará una buena en la fiesta.

—Excelente. ¿Y las otras treinta y siete sillas de tu sección?

—Invita a los representantes de los estibadores y las costureras de mi casa. Y a los comisarios generales de las distintas jurisdicciones. Será un gesto de cortesía.

—De acuerdo.

—Si quieres que te siga echando una mano con los preparativos…

—No, aunque necesito que firmes la carta para el padre Demoux, en la que le pregunto si accedería a oficiar la ceremonia. Por lo demás, sabré apañármelas sola; esta es la actividad perfecta para mantenerme ocupada. Dicho lo cual, algún día me gustaría saber de qué va ese librito que hojeas tan a menudo.

—Pues…

Oyeron cómo se abría de golpe la puerta principal de la mansión, en la planta de abajo, y el golpeteo de unas botas recias que subían los escalones. Instantes después, la puerta del estudio corrió la misma suerte que la de la entrada, precediendo la arrolladora entrada de Wayne en la habitación. Tras él se encontraba Darriance, el mayordomo de la casa, con gesto apesadumbrado.

Nervudo y de mediana estatura, Wayne tenía las facciones redondeadas, sin sombra de barba, y —como de costumbre— lucía su antiguo atuendo de los Áridos, a pesar de que Steris se había tomado la molestia de enviarle ropa nueva hasta en tres ocasiones.

—Wayne —dijo Wax—, deberías probar a tocar el timbre algún día.

—Nah, eso solo sirve para alertar al mayordomo.

—Precisamente.

—Sabandijas rastreras —mascculló Wayne, cerrándole la puerta en las narices a Darriance—. No puede uno fiarse de ellos. Mira, Wax, tenemos que salir ya. ¡El Tirador ha dado señales de vida!

«¡Por fin!», pensó Wax.

—Deja que coja el abrigo.

Wayne asintió y le lanzó una miradita de soslayo a Steris.

—Hola, locuela —dijo, saludándola con una inclinación de cabeza.

—Hola, cretino —dijo ella a su vez, devolviéndole el gesto.

Wax se abrochó el cinto por encima de su elegante traje de ciudad, con chaleco y pañuelo, y se echó el gabán por encima.

—En marcha —dijo, mientras comprobaba la munición.

Wayne abrió la puerta de un empujón y bajó en tromba por las escaleras. Wax se acercó al asiento de Steris.

—Me…

—Todo el mundo necesita un *hobby* —lo interrumpió ella, antes de coger otra hoja de papel para inspeccionarla—. Acepto el tuyo, lord Waxillium, pero procura que no te peguen ningún tiro en la cara. Esta tarde hemos quedado con el artista que va a pintar nuestros retratos de compromiso.

—Lo tendré muy presente.

—Y échale un ojo a mi hermana ahí fuera —añadió Steris.

—Esta persecución será peligrosa —dijo Wax, mientras apretaba el paso camino de la puerta—. Me extrañaría que Marasi quisiera verse implicada.

—Si en verdad piensas eso, es como para poner tus dotes de investigación en entredicho. Marasi hará lo imposible por verse implicada, precisamente porque de una persecución peligrosa se trata.

Wax se detuvo en la puerta y la observó de reojo. Steris levantó la cabeza para sostenerle la mirada. Flotaba en el aire la sensación de que su despedida debería contener algo más. Buenos deseos, tal vez. Cariño.

También Steris parecía notarlo, pero ninguno de los dos dijo nada. La suya era una relación de conveniencia. Eso era todo.

Wax echó la cabeza hacia atrás, trasegó un chupito de whiskey en el que flotaban copos metálicos, cruzó la puerta corriendo y saltó por la balaustrada. Aminoró su caída empujando contra las incrustaciones plateadas del suelo de mármol del recibidor; sus botas aterrizaron sobre la roca con un golpe seco. Cuando Darriance le hubo abierto la puerta principal, salió a la calle de un salto para reunirse con Wayne junto a la diligencia que habría de transportarlos a…

Wax se quedó petrificado en la escalinata.

—¿Qué diablos es eso?

—¡Un motocarro! —exclamó Wayne, sentado en la parte de atrás del vehículo.

Con un gemido, Wax se apresuró a terminar de bajar por los escalones y se acercó al vehículo. Al volante del artefacto se encontraba Marasi, ataviada con un elegante vestido de color lavanda, cubierto de encajes. Parecía mucho más joven que su hermanastra Steris, pese a mediar tan solo cinco años entre ambas.

Ahora era alguacil, en teoría. Asistente del comisario general de este octante. A Wax nunca había llegado a explicarle del todo por qué renunció a su carrera como procuradora para unirse al cuerpo de alguaciles, pero al menos estaba contratada como ayudante y analista, no como agente de campo. Su papel no debería exponerla a demasiados peligros.

A pesar de lo cual, hela allí. Un destello de impaciencia brillaba en sus ojos cuando se volvió hacia él.

—¿No piensas montar?

—¿Qué haces tú aquí? —quiso saber Wax mientras abría la puerta a regañadientes y subía al vehículo.

—Conducir. ¿Preferirías que se encargara Wayne?

—Preferiría estar en un carro enganchado a un buen tiro de caballos.

—No seas tan anticuado —lo reconvino Marasi, al tiempo que movía un pie y provocaba que el endiablado armatoste se encabritara—. El Tirador ha atracado el Primera Unión, tal y como dedujiste que haría.

Wax se sujetó con fuerza. Creía que el Tirador intentaría asaltar el banco hacía tres días. Cuando no pasó nada, dio por sentado que el hombre debía de haberse refugiado en los Áridos.

—El capitán Reddi sospecha que el Tirador se dirige a su guarida del séptimo octante —informó Marasi, maniobrando el volante para esquivar un coche de caballos.

—Reddi se equivoca —dijo Wax—. Pon rumbo a las Evasiones.

Marasi no opuso objeción. El motocarro avanzó dando tumbos y trompicones hasta que llegaron a la nueva sección de adoquines, donde el vehículo aceleró aprovechando la uniformidad del terreno. Se trataba de uno de los últimos modelos, cuyas virtudes no dejaban de enumerarse en los pasquines, dotado de neumáticos de goma y con motor de gasolina.

La ciudad entera estaba experimentando una transformación para amoldarse a ellos. «Cuántas molestias, tan solo para que la gente pueda conducir estos artefactos», pensó Wax, desabrido. A los caballos les daba igual lo liso que estuviera el terreno. No obstante, hubo de reconocer que el vehículo reaccionó asombrosamente bien cuando Marasi decidió tomar una curva a toda velocidad.

Pero seguía siendo una abominable herramienta de destrucción carente de vida.

—No deberías haber venido —dijo Wax, aferrándose al interior de la máquina mientras Marasi doblaba otra esquina.

La mujer no apartó la vista de la calzada. En la parte de atrás, Wayne, que había asomado medio cuerpo por la ventanilla, se sujetaba el sombrero en la cabeza con una mano mientras sonreía de oreja a oreja.

—Eres abogada —insistió Wax—. Deberías estar en el juzgado, no persiguiendo asesinos.

—He demostrado más de una vez que sé defenderme. Nunca te habías quejado.

—En todas las ocasiones anteriores, pensé que cada una de ellas constituía una excepción. Sin embargo, aquí estás de nuevo.

Marasi operó la palanca que tenía a su derecha, para cambiar la marcha del motor o algo por el estilo. Wax nunca había conseguido entender los entresijos de ese mecanismo. La mujer aceleró mientras rodeaba un grupo de caballos, provocando que uno de los jinetes les lanzara una retahíla de improperios a su paso. La fuerza del movimiento empujó a Wax contra el lateral del vehículo. Se le escapó un gruñido.

—¿Y a ti qué mosca te ha picado últimamente? —inquirió Marasi—. Te quejas del motocarro, de mi presencia…, del té del desayuno, que esta mañana estaba demasiado caliente. Cualquiera diría que lamentas con toda tu alma haber tomado una decisión espantosa que podría afectar a toda tu vida, o algo por el estilo. Me pregunto de qué podría tratarse.

Wax mantuvo la mirada fija al frente. En la parte de atrás, Wayne regresó al interior del vehículo y arqueó las cejas; Wax podía verle la cara en el espejo.

—No le falta razón, compañero —dijo el muchacho.

—No me estás ayudando.

—Tampoco era mi intención —replicó Wayne—. Por suerte, sé a qué «decisión espantosa que podría afectar a toda tu vida» se refiere. En serio, deberías haberte comprado el sombrero que vimos la semana pasada. Poseo un quinto sentido para ese tipo de cosas.

—¿«Quinto»? —se extrañó Marasi.

—Pues sí, porque resulta que tengo menos olfato que una saca de alubias. Me…

—Ahí —los atajó Wax, inclinándose hacia delante mientras escudriñaba a través del panel de cristal que coronaba el salpicadero del motocarro. De una de las calles laterales surgió una figura de un salto, planeó por los aires, aterrizó en la calzada y emprendió la carrera por delante de ellos.

—Tenías razón —dijo Marasi—. ¿Cómo lo supiste?

—A Tira le gusta dejarse ver. —Wax desenfundó a *Vindicación*—. Se las da de forajido caballeroso. Mantén estable este armatoste, si puedes.

La respuesta de Marasi se vio interrumpida cuando Wax abrió la puerta de improviso y saltó a la calle. Disparó y empujó contra la bala, impulsándose hacia arriba. Otro empujón, en esta ocasión contra un carruaje con el que se cruzaron, dejó el vehículo tambaleándose y propulsó a Wax a un costado, de modo que, al descender, aterrizó en el techo de madera del motocarro de Marasi.

Se agarró al borde del techo con una mano, levantando el revólver junto a la cabeza, con los faldones de su gabán de bruma ondeando al viento tras él. Al frente, Tira brincaba por la carretera en una serie de pulsos de acero. En su interior, Wax sintió la reconfortante combustión del metal.

Salió despedido de lo alto del vehículo y sobrevoló la carretera. Tira, aficionado a cometer sus atracos a plena luz del día, siempre escapaba por las vías más transitadas que podía encontrar. Le gustaba llamar la atención. Debía de considerarse invencible. La alomancia podía inspirarle esos sentimientos a uno.

Wax avanzaba encadenando un salto tras otro, dejando atrás motocarros y diligencias a sus pies, y viviendas a los costados. El viento en la cara, la altura y la perspectiva contribuían a despejar su mente, le aclaraban las ideas y sosegaban sus emociones con más eficacia que el contacto de cualquier aplacador. Disueltas sus preocupaciones, por ahora, toda su concentración se volcó en la persecución.

El Tirador vestía de rojo, con el rostro cubierto por una vieja máscara de buscavidas: negra con colmillos blancos, como los demonios que surgían de la Profundidad en los cuentos populares. Y estaba relacionado con el Grupo, según la agenda que Wax le había sustraído a su tío. Después de

tantos meses, la utilidad de aquella libreta empezaba a mermar, pero aún contenía un puñado de joyas que podían aprovecharse.

Tira se empujó en dirección al distrito industrial. Wax lo siguió rebotando de motocarro en motocarro, sin posarse nunca en el suelo, sobrevolando el aire al atardecer. La seguridad que lo embargaba cuando surcaba el cielo era asombrosa, en comparación con lo atrapado que se sentía en el interior de aquellas espantosas cajas motorizadas.

En el aire, Tira se giró en redondo y soltó un puñado de algo que Wax no llegó a distinguir. Con una maldición, empujó contra una farola y se impulsó a un costado de golpe. Una lluvia de monedas cayó sobre el motocarro que circulaba a sus pies, impactando en el capó y el volante. El vehículo se desvió bruscamente en dirección al canal.

«Herrumbre y Ruina», pensó Wax, irritado, mientras se empujaba de regreso al vehículo. En un abrir y cerrar de ojos, sondeó su mente de metal para multiplicar por veinte su peso y aterrizó en el techo del coche.

Con fuerza.

El impacto aplastó contra el suelo la parte frontal del vehículo, deteniéndolo en seco antes de que cayera al canal. Las ruedas salieron disparadas en todas direcciones. Entrevió a sus aturdidos ocupantes —uno de ellos tenía la frente cubierta de sangre— antes de liberar su mente de metal, elevarse con un empujón y reemprender la persecución. La figura embozada de rojo del atracador se recortaba en las alturas, con uno de los rascacielos más pequeños de la ciudad como telón de fondo. Wax acertó a atisbar a Tira, justo antes de que este se empujara para colarse por una de las ventanas de la última planta del edificio, y se propulsó por los aires a su vez. Como una mancha borrosa, las ventanas se sucedieron ante sus ojos a una velocidad vertiginosa.

A su alrededor se extendía la ciudad de Elendel, envuelta en el humo que expulsaban los cientos de chimeneas de sus fábricas, refinerías y hogares. Se acercó a la ventana que estaba a la izquierda de la que había utilizado Tira y, tras posarse con delicadeza en la cornisa de piedra, lanzó una moneda hacia el marco por el que se había colado su objetivo.

Rebotó en el cristal. Una lluvia de balas atravesó la ventana. Al mismo tiempo, Wax aumentó su peso e irrumpió en el edificio, a una habitación de

distancia de Tira. Mientras patinaba sobre los cristales rotos, apuntó con *Vindicación* hacia la pared de madera que lo separaba del forajido.

A su alrededor se extendieron varias líneas azules translúcidas, que, apuntando en mil direcciones distintas, pusieron de manifiesto distintos trocitos metálicos. Los clavos del escritorio que tenía a su espalda, tras el que se acobardaba un hombre trajeado. Los cables de las paredes, unidos a las lámparas apagadas.

Unas cuantas de esas líneas señalaban a la habitación del otro lado de la pared. Esas eran las más tenues; algo obstaculizaba los sentidos alománticos de Wax. Una de ellas sufrió un estremecimiento, no obstante, cuando alguien giró sobre los talones en el cuarto adyacente. Se levantó una pistola.

Wax giró el tambor de *Vindicación* hasta encajarlo en su sitio.

Munición mataneblinos.

Disparó y empujó, encendiendo el metal para impulsar la bala hacia delante con todas sus fuerzas. Atravesó la pared como si estuviera hecha de papel.

El metal de la habitación contigua cayó al suelo. Wax pegó un salto, incrementando todavía su peso, y se arrojó contra el tabique, agrietándolo. Otra embestida con el hombro bastó para derribar las delgadas planchas de madera; irrumpió en el cuarto de al lado, revólver en ristre, buscando a su objetivo.

Tan solo encontró una mancha de sangre y una pistola abandonada. La habitación era algún tipo de oficina. Había varias personas tumbadas bocabajo en el suelo, temblando. Una mujer levantó el dedo y apuntó con él en dirección a una puerta. Wax asintió con la cabeza, pegó la espalda a la pared y se asomó al otro lado.

Un archivador surcó el pasillo, volando hacia él. Wax se apresuró a apartarse para dejarlo pasar; cuando se hubo estrellado contra el muro del fondo, cruzó la puerta de un salto y apuntó.

De improviso, su revólver dio un brinco hacia atrás. Lo agarró con las dos manos, sujetándolo con firmeza, pero un segundo empujón sacó la otra pistola de la funda que llevaba al costado. Sus pies empezaron a resbalar, el arma tiraba de él hacia atrás, y se le escapó un gruñido; terminó soltando a

Vindicación, al final. El revólver rodó por el pasillo hasta impactar en la pared del fondo, junto al archivador.

En el otro extremo del pasillo se hallaba Tira, perfilado por las delicadas luces eléctricas de la pared. Oculto tras la máscara blanca y negra, sangraba por una herida en el hombro.

—En esta ciudad hay mil criminales peores que yo —protestó una voz amortiguada tras la máscara—, pero te has empeñado en darme caza a mí, vigilante. ¿Por qué? Soy un héroe del pueblo.

—Dejaste de ser un héroe hace semanas —dijo Wax mientras avanzaba con paso largo, envuelto en el susurro de su gabán de bruma—. Cuando mataste a aquella niña.

—No fue culpa mía.

—Tú apretaste el gatillo, Tira. Quizá no apuntases a la pequeña, pero el arma la disparaste tú.

El ladrón dio un paso atrás. La saca que colgaba de su hombro mostraba un desgarrón, practicado por el proyectil de Wax o por algún fragmento de metralla, por el que escapaban billetes de banco. Ninguna moneda contra la que Wax pudiera empujar.

Tira lo fulminó con la mirada a través de la máscara, apenas visibles sus ojos a la luz eléctrica; a continuación, con un gruñido, se hizo a un lado de un salto y, sujetándose el hombro lastimado con una mano, entró corriendo en otra habitación.

Wax se impulsó contra el archivador que tenía a su espalda, abalanzándose por el pasillo a toda velocidad. Frenó con un resbalón y empujó contra la lámpara del fondo, doblándola contra la pared y entrando en el cuarto detrás de Tira.

La ventana estaba abierta. Wax agarró un puñado de estilográficas que encontró en un bote encima del escritorio antes de saltar por la ventana, a doce pisos de altura. Una estela de billetes aleteaba en el aire, señalando la trayectoria de la caída del Tirador. Wax incrementó su peso en un intento por precipitar el descenso, pero no tenía nada contra lo que empujar y la resistencia del aire limitaba la eficacia del lastre añadido. Tira llegó al suelo antes que él, a pesar de todo, con un fuerte impacto, y apartó de un empujón la moneda que había utilizado para frenarse.

Un par de estilográficas —con la punta metálica— soltadas a tiempo bastaron, por los pelos, para amortiguar la caída de Wax.

Tira se alejó de un salto, empleando esas mismas puntas para ganar altura y sobrevolar unas cuantas farolas. No llevaba nada de metal en el cuerpo, que Wax detectara, pero se movía mucho más despacio que antes y estaba dejando un rastro de sangre.

Wax lo siguió. El Tirador se dirigiría a Evasiones, una barriada cuyos habitantes aún estaban dispuestos a ofrecerle refugio. Les traía sin cuidado que sus tropelías hubieran adquirido un tinte violento; celebraban que robase a quienes se lo merecían.

«No puedo permitir que se ponga a salvo», pensó Wax, empujándose por encima de una farola y empujando contra ella a continuación para ganar velocidad. Le pisaba los talones a su presa, que no dejaba de mirar atrás por encima del hombro, desesperado. ¿Cómo detenerlo? Wax levantó una de las estilográficas y sopesó cuán arriesgado sería intentar golpear a Tira en la pierna. No deseaba asestarle un golpe letal. Ese hombre sabía algo.

Ya se divisaban los suburbios frente a ellos.

«Un bote más». Wax cerró los dedos con fuerza alrededor de la pluma. Las calles habían comenzado a llenarse de curiosos, atentos a la persecución de los alomantes. No podía arriesgarse a que alguien resultase herido. Debía…

Le pareció reconocer una de aquellas caras.

Wax perdió el control de su empujón. Conmocionado por lo que acababa de ver, evitó a duras penas romperse todos los huesos al golpear la calzada y rodar por los adoquines. Se detuvo con el cuerpo enredado en los faldones de su gabán de bruma.

Se incorporó a cuatro patas.

«No. Imposible. NO».

Cruzó la calle tambaleándose, ajeno al caballo que estuvo a punto de arrollarlo. El jinete le lanzó una invectiva mientras Wax escudriñaba los rostros que se alineaban en la orilla de la carretera.

«Esa cara… ¡Esa cara!».

La última vez que había visto a su propietario fue cuando le metió una bala entre las cejas. *Sangriento* Tan.

El asesino de Lessie.

—¡Había aquí un hombre! —se desgañitó Wax, abriéndose paso a empujones entre la multitud—. Con los dedos muy largos y el pelo ralo. Cadavérico. ¿Lo habéis visto? ¿Alguien lo ha visto?

La gente lo miraba como si le faltase un tornillo. Quizá fuera así. Wax se llevó una mano a la sien.

—¿Lord Waxillium?

Se giró sobre los talones. Marasi, que había detenido el motocarro cerca de allí, desmontó al mismo tiempo que Wayne. ¿En serio había sido capaz de seguirlo durante toda la persecución? No… no, le había dicho cuál sospechaba que sería el destino de Tira.

—Wax, compañero —empezó Wayne—. ¿Estás bien? ¿Qué ha pasado? ¿Te derribó en pleno vuelo?

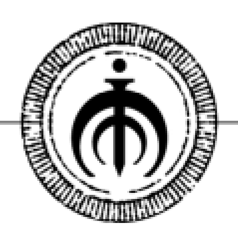
—Algo así —musitó Wax mientras, con disimulo, echaba un último vistazo a su alrededor.

«Herrumbres —pensó—. El estrés acumulado comienza a pasarme factura».

—Así que ha conseguido escapar —resopló Marasi, cruzándose de brazos, con gesto de contrariedad.

—No —dijo Wax—, todavía no. Está dejando un rastro de sangre y dinero. Podemos seguirlo. En marcha.

3



—Necesito que te quedes atrás cuando entremos en esos suburbios —estaba diciendo Wayne, decidido a imprimir un timbre de solemnidad a su voz—. No es que no quiera tu ayuda. De verdad. Lo que pasa es que esas barriadas son demasiado peligrosas para ti. Preferiría que te quedaras donde sepa que estás a salvo. Sin rechistar. Lo siento.

—Wayne —lo llamó Wax al pasar por su lado—, deja de hablar con tu sombrero y acércate aquí.

El muchacho exhaló un suspiro, le dio unas palmaditas al bombín y se obligó a dejarlo en el motocarro. Wax era una persona decente y cabal, pero había muchas cosas que escapaban a su comprensión. Las mujeres, por ejemplo. Y los sombreros.

Wayne se reunió al trote con Wax y Marasi, que tenían la mirada fija en Evasiones. El suburbio parecía un mundo distinto, como si no perteneciera en absoluto a la misma ciudad. Dentro de la barriada, el cielo estaba surcado de cuerdas cargadas de ropa tendida, prendas de vestir que colgaban como ahorcados desamparados. El viento que soplaba parecía alegrarse de escapar de allí, cargado de olores indiscernibles. Alimentos a medio cocinar. Cuerpos a medio lavar. Calles a medio limpiar.

Los altos y compactos conjuntos de viviendas proyectaban sombras intensas, incluso al sol del atardecer. Como si este fuese el lugar al que acudía el ocaso para tomar algo y charlar antes de ir a desempeñar sus nocturnos quehaceres.

—¿Sabéis? —dijo Marasi mientras los tres se adentraban en la barriada —, el lord Nacido de la Bruma no quería que hubiese suburbios en la ciudad. Hizo todo lo posible por evitar que proliferaran. Construyó bonitos edificios para los pobres, intentó que duraran…

Wax asintió con la cabeza, distraído, mientras caminaba y hacía girar una moneda sobre los nudillos. Parecía haber perdido sus pistolas en alguna parte. ¿Le habría gorroneado ya dinero a Marasi? Nunca era justo. Cuando Wayne pedía prestado, lo increpaban. Cierto era que se le olvidaba preguntar, a veces, pero siempre ofrecía un trato justo a cambio, así que, ¿dónde estaba el problema?

Conforme se internaban en Evasiones, Wayne se quedó rezagado con respecto a sus dos compañeros. «Necesito un buen sombrero», pensó. El sombrero era importante.

De modo que aguzó el oído, atento al menor indicio de tos.

«Ah…».

Encontró al tipo recostado junto a uno de los portales, con las rodillas cubiertas por una manta andrajosa. Siempre había alguien así en los arrabales. Individuos decrépitos, aferrándose a la vida como quien pende de una cornisa, con los pulmones encharcados de fluidos ignominiosos. El anciano soltó un esputo en su mano enguantada mientras Wayne se sentaba a su lado en los escalones.

—Bueno, a ver —dijo el hombre—. ¿Y tú quién eres?

—Bueno, a ver —repitió Wayne—. ¿Y tú quién eres?

—Yo no soy nadie. —El hombre giró la cabeza para lanzar otro escupitajo—. Cochino forastero. Yo no he hecho nada.

—Yo no soy nadie —repitió Wayne mientras sacaba una petaca del bolsillo de su guardapolvo—. Cochino forastero. Yo no he hecho nada.

El acento era bueno. Farfullante, un auténtico clásico, revestido de una pátina histórica. Wayne cerró los ojos, abrió bien los oídos y se imaginó que podía escuchar cómo sonaba la gente hacía años.

Le ofreció la petaca de whiskey.

—¿Qué te propones, envenenarme? —preguntó el hombre. Las palabras brotaban entrecortadas de sus labios, omitida la mitad de las sílabas.

—¿Qué te propones, envenenarme? —repitió Wayne, moviendo la mandíbula como si estuviera masticando un puñado de grava. Abrió los ojos y le tendió el whiskey al anciano, que lo olisqueó antes de probar un sorbito. Un trago, después. Y otro, más largo.

—Bueno —dijo el hombre—, ¿qué eres, imbécil? Tengo un hijo que es como tú. De los de verdad, de nacimiento. Anda mal de la cabeza. En fin, por lo menos tú no lo aparentas.

—En fin, por lo menos tú no lo aparentas. —Wayne se puso de pie. Estiró el brazo para coger la raída gorra de algodón que cubría la cabeza del viejo y señaló la petaca de whiskey con un ademán.

—¿Trueque? Chaval, al final va a resultar que sí que eres imbécil.

Wayne se caló la gorra.

—¿Te importaría decirme alguna palabra que empiece por jota?

—¡Ja!

—Herrumbrosamente maravilloso. —Wayne regresó de un salto a la calle y embutió su guardapolvo en un recoveco; junto con sus bastones de duelo, por desgracia. Se quedó con los nudillos de madera, no obstante.

El atuendo que lucía bajo el abrigo era propio de los Áridos, pero no difería en exceso de lo que se llevaba en esa barriada: camisa con botones, pantalones, tirantes. Se enrolló las mangas sobre la marcha. Su ropa, vieja y desgastada, lucía numerosos zurcidos. No la cambiaría por nada del mundo. Había tardado años en conseguir algo que le gustara. Se veía usada porque había vivido.

Desconfía de todo aquel cuyo atuendo sea demasiado atildado. El trabajo honrado y los trapitos nuevos y limpios no suelen ir de la mano.

Wax y Marasi, que se habían detenido algo más adelante, estaban hablando con un grupo de ancianas con pañuelos en la cabeza y bultos en los brazos. A Wayne no le costó nada imaginarse la conversación.

No sabemos nada.

Pero si pasó corriendo por aquí hace un momento, diría Wax. *Seguro que…*

No sabemos nada. No hemos visto nada.

Wayne encaminó sus pasos hacia un corrillo de hombres que, sentados bajo un sucio toldo de tela, estaban comiendo fruta medio pasada.

—¿Quiénes son esos forasteros? —preguntó, imitando el acento que acababa de escuchar por boca del anciano.

Ni siquiera se extrañaron al verlo. En los suburbios de este tipo vivían muchas personas, demasiadas para conocerlas a todas, pero uno sabía si alguien encajaba en los alrededores o no. Era fácil. Y Wayne encajaba.

—Guripas, seguro —respondió uno de los lugareños, cuya cabeza parecía un cuenco vuelto del revés, excesivamente plana y sin un solo pelo.

—Andan detrás de alguien —añadió otro. Herrumbre y Ruina, el tipo tenía la nariz tan ganchuda que se podría usar para arar un sembrado—. Los guripas solo se pasan por aquí cuando quieren detener a alguien. Ni les hemos importado nunca, ni nunca les importaremos.

—Si les importáramos —dijo Cabeza Cuenco—, harían algo con todas esas fábricas y centrales energéticas que no paran de echarnos hollín por encima. No deberíamos seguir viviendo entre cenizas. Así lo dijo Armonía, con todas las letras.

Wayne asintió con la cabeza. El hombre llevaba su parte de razón. Las paredes de los edificios se veían tiznadas de gris. ¿Le importaba eso a la gente de fuera? No. Siempre y cuando no fuesen ellos los que tuvieran que vivir aquí, no. Tampoco se le escapaban las miradas furibundas que atraían Wax y Marasi, lanzadas por aquellos con los que se cruzaban o cerraban los postigos de sus ventanas en las plantas más altas.

«Esto es peor —pensó el muchacho—. Peor que de costumbre». Tendría que hablar con Wax al respecto, pero, por ahora, había trabajo pendiente.

—Buscan algo, eso está claro.

—Mantente al margen —le aconsejó Cabeza Cuenco—, sea lo que sea.

Wayne soltó un gruñido antes de replicar:

—A lo mejor hay dinero en juego.

—¿Delatarías a uno de los tuyos? —preguntó Cabeza Cuenco, con el ceño fruncido—. Te conozco. El hijo de Edip, ¿a que sí?

Wayne apartó la mirada, sin confirmar ni desmentir nada.

—Escúchame bien, niño —insistió Cabeza Cuenco, con el ceño fruncido—. No te fíes de los guripas. Y no seas soplón.

—Yo no soy ningún soplón —repuso Wayne, irritado. No lo era. Solo que, a veces, a uno le venía bien el dinero—. Van detrás de Tira. Los oí

antes. Ofrecen una recompensa de mil billetes por su cabeza, ni más ni menos.

—Se crio aquí —intervino Cara de Arado—. Es uno de los nuestros.

—Se cargó a una cría.

—Mentira —le espetó Cabeza Cuenco—. Ni se te ocurra irte de la lengua con los guripas, hijo. Lo digo en serio.

—Vale, vale. —Wayne hizo ademán de incorporarse—. Me voy a…

—Te vas a volver a sentar ahora mismo —lo atajó Cabeza Cuenco—. Como no quieras llevarte el pescozón de tu vida.

Wayne obedeció con un suspiro.

—Los mayores siempre estáis criticándonos, pero no sabéis cómo funciona el mundo hoy en día. No sabéis lo que es trabajar en una de esas fábricas.

—Sabemos más de lo que te imaginas. —Cabeza Cuenco le ofreció una manzana cubierta de machucones—. Cómete esto, no te metas en líos, y no te vayas donde yo no pueda verte.

Wayne refunfuñó una protesta, pero se sentó y le pegó un bocado a la manzana. Tampoco sabía tan mal. Se la zampó entera y se sirvió otro par de ellas sin que nadie lo invitara ni se lo impidiera.

Poco después, el grupo de aficionados a la fruta se disolvió, dejándolo con una cesta llena de rumiajos. Los cuatro hombres se despidieron tras intercambiar unas cuantas pullas cordiales, afirmando tener asuntos importantes de los que ocuparse.

Wayne se guardó una manzana en cada bolsillo, se levantó y siguió los pasos de Cabeza Cuenco. Anduvo tras él sin llamar la atención en exceso, saludando en ocasiones con la cabeza a la gente, que le devolvía el gesto como si lo conociera de algo. Era la gorra. Se ponía uno el sombrero de alguien, envolvía la mente en su forma de pensar y cambiaba. Se cruzó con quien debía de ser un estibador, a juzgar por su atuendo; el hombre caminaba encorvado, silbando una triste tonada. Wayne se quedó con la melodía. Era duro, trabajar en los muelles. Había que realizar un largo trayecto a diario a bordo de los botes del canal; eso, o buscar alojamiento cerca de la orilla, en la bahía, donde lo más probable era que lo apuñalaran a uno antes de desayunar.

Había sufrido esa vida en sus años mozos y conservaba las cicatrices que lo atestiguaban. Pero, cuando uno se hacía mayor, aspiraba a ocupar sus días con algo más que peleas en cada esquina y mujeres incapaces de recordar su nombre a la mañana siguiente.

Cabeza Cuenco se metió en un callejón. En fin, en este herrumbroso lugar todas las vías daban la impresión de ser callejuelas. Digamos que Cabeza Cuenco se metió en el callejón de una callejuela. Wayne se acercó a la boca del angosto pasadizo y quemó bendaleo. La alomancia era de lo más práctico, vaya que sí. Quemar el metal generaba una bonita burbuja de tiempo acelerado a su alrededor. Dobló la esquina inmerso en la esfera; la burbuja no se movía con él, pero él sí podía moverse entre sus confines.

Pues sí. Allí estaba el hombre, Cabeza Cuenco en persona, agazapado tras un montón de basura, esperando a ver si lo seguía alguien. Wayne había estado a punto de crear una burbuja demasiado grande y atrapar al hombre dentro de ella.

«Mal, mal, muy descuidado», se reconvino el muchacho. Semejante error, en los muelles, podía costarle a uno la vida. Sacó una manta raída de la parte del montón de desperdicios que estaba dentro de la burbuja, volvió sobre sus pasos y dejó que se disolviera.

En el interior de la burbuja de velocidad, sus movimientos eran tan rápidos que Cabeza Cuenco no habría visto nada más que una mancha borrosa, en el mejor de los casos. No le concedería la menor importancia, Wayne estaba seguro de eso. Si se equivocaba, se comería el sombrero. Bueno… uno de los sombreros de Wax, por lo menos.

Encontró unos escalones y se sentó. Se caló la gorra sobre los ojos, se recostó contra la pared hasta ponerse cómodo y se tapó con la manta. Ya era otro borracho sin techo.

Cabeza Cuenco era precavido. Se quedó esperando en el callejón cinco minutos enteros antes de volver a salir a hurtadillas, mirar a un lado y a otro y cruzar la carretera corriendo. Llamó a la puerta de un edificio, susurró algo, y le franquearon el paso.

Wayne bostezó, se desperezó y dejó la manta tirada en el suelo. Cruzó la calle hasta el edificio en el que había entrado Cabeza Cuenco y empezó a examinar las ventanas cerradas. Los postigos eran tan viejos que habría

bastado un buen estornudo para derribarlos. Hubo de tener cuidado para evitar que se le clavaran astillas en las mejillas mientras pegaba la oreja a las hojas de madera, una por una.

Los habitantes de los suburbios se regían por una ética extraña. Jamás entregarían a uno de los suyos a los alguaciles. Ni siquiera a cambio de una recompensa. Pero, por otra parte, había que comer. ¿No le gustaría a alguien como el Tirador escuchar lo leales que eran sus amigos?

—… pareja de guripas, seguro —oyó Wayne al otro lado de uno de los postigos—. Mil billetes es mucho dinero, Tira. Un montón. Ahora bien, no estoy diciendo que no puedas fiarte de los muchachos; no hay ni un solo garbanzo negro en el lote. Lo que digo, no obstante, es que un pequeño incentivo contribuiría a que su lealtad les supiera mejor.

Delatar a un amigo: de todo punto impensable.

Extorsionar a un amigo: a ver, eso no era más que tener buen ojo para los negocios.

Y si Tira no se mostraba tan agradecido como cabría esperar, en fin, quizás eso significara que, después de todo, tampoco era tan buen amigo. Sonriendo de oreja a oreja, Wayne introdujo los dedos en su juego de nudillos de madera. Dio un paso atrás y cargó contra el edificio.

Golpeó las contraventanas con un hombro, atravesándolas, y lanzó una burbuja de velocidad en cuanto tocó el suelo, por el que rodó hasta ponerse de pie delante de Tira… el cual estaba dentro de la esfera. Aún llevaba puestos los pantalones rojos, aunque se había quitado la máscara y estaba vendándose el hombro. Levantó la cabeza de golpe, revelando unas cejas pobladas, unos labios carnosos y una expresión de sorpresa.

Herrumbres. Así se explicaba que el tipo soliera taparse la cara.

Wayne conectó un gancho con su barbilla, derribándolo de un solo puñetazo. Se giró en redondo a continuación, en guardia, pero la otra media docena de ocupantes de la habitación, Cabeza Cuenco incluido, se hallaban paralizados justo al filo de la burbuja de velocidad. Eso sí que era un golpe de suerte.

Su sonrisa se ensanchó mientras se cargaba al Tirador sobre un hombro. Se quitó la nudillera, se la guardó en el bolsillo y sacó una manzana. Le dio un suculento mordisco, se despidió con la mano de Cabeza Cuenco —cuyos

ojos vidriosos estaban fijos al frente, petrificados—, arrojó a Tira por la ventana y saltó detrás de él.

Una vez rebasados los confines de la burbuja de velocidad, esta se desmoronó de forma automática.

—¿Qué diablos ha sido eso? —oyó que gritaba Cabeza Cuenco desde el interior.

Wayne volvió a cargarse al hombro al Tirador, aún inconsciente, y, comiéndose su manzana, desanduvo el camino que lo había llevado hasta allí.

—Déjame hablar a mí con los próximos —dijo Marasi—. Tal vez yo consiga sonsacarles algo.

Sintió sobre ella el peso de la mirada de Waxillium, que debía de pensar que solo intentaba demostrarle su valía. En otro momento habría tenido razón, pero ahora ella era una letrada, con todas sus credenciales en regla y al servicio de la ciudad. Este era su trabajo. Quizá Waxillium no estuviera de acuerdo con sus decisiones, pero los actos de Marasi no dependían de su aprobación.

Juntos, se acercaron a un grupo de jóvenes maleantes que estaban sentados en los escalones de la barriada. Los tres muchachos los observaban con suspicacia, cubierta de mugre su piel, sujetos con cuerdas sus pantalones, demasiado holgados, a la altura de los tobillos y la cintura. Ese era el estilo, al parecer, que causaba furor entre los chicos de la calle. Olían al incienso que habían estado fumando en sus pipas.

Marasi se adelantó para decirles:

—Buscamos a un hombre.

—Si necesitas a un hombre —respondió uno de los muchachos mientras la miraba de arriba abajo—, aquí mismo lo tienes.

—Ay, por favor. Si no levantas ni medio palmo del suelo.

—¡Anda, pero si sabe lo que me mide y todo! —repuso con una carcajada el rapaz, agarrándose la entrepierna—. ¿No habrá estado espiándome usted, señorita?

«Hala, ya me he puesto como un tomate —pensó Marasi—. Menuda profesional».

Por suerte, llevaba tiempo en compañía de Wayne y sus ocasionales metáforas, de lo más coloridas. A veces era inevitable ruborizarse. Insistió.

—Pasó corriendo por aquí hace menos de una hora. Herido, dejando un rastro de sangre y vestido de rojo. Seguro que sabéis de quién os hablo.

—¡Claro que sí, del hombre de las horas! —exclamó uno de los muchachos, riéndose, haciendo referencia al protagonista de un antiguo cuento infantil—. ¡Lo conozco!

«Trátalos como si no fueran más que testigos beligerantes —se dijo Marasi—. Como si estuvieran en el estrado. Que sigan hablando». Necesitaba aprender a lidiar con este tipo de personas en el mundo real, no solo en las estériles salas de ensayo.

—Eso, el hombre de las horas. ¿Adónde se fue?

—Al filo de la puesta de sol —respondió el muchacho—. ¿No conoce usted las historias?

—Las historias me chiflan. —Marasi sacó unas cuantas monedas de su bolso de mano. Se las enseñó. Sobornarlos sería como hacer trampas, pero…, en fin, no estaban en el juzgado.

Los tres muchachos se quedaron mirando el dinero, iluminados de repente sus ojos por un destello voraz. No tardaron en disimularlo, pero quizá pasearse por este sitio alardeando de riqueza no fuese la idea más sensata del mundo.

—Contadme una historia —continuó Marasi—. Acerca del posible paradero de este… hombre de las horas. Dónde se pone el sol, por así decirlo. Aquí, en estos pagos.

—Quizá nos la sepamos —contestó uno de los chicos—. Pero, ya sabe, las historias cuestan mucho dinero. Más que eso.

Marasi oyó un tintineo a su espalda. Waxillium había sacado un puñado de monedas a su vez. Los muchachos las observaron, codiciosos, hasta que Wax lanzó una al aire y la empujó hasta perderse de vista.

El grupito enmudeció de inmediato.

—Hablad con la señorita —dijo Waxillium, con un timbre amenazador en la voz—. Dejad de hacernos perder el tiempo.

Marasi se volvió hacia él; tras ella, los muchachos tomaron su decisión y huyeron en desbandada. Estaba claro que no les apetecía vérselas con ningún alomante.

—Eso ha sido muy útil —dijo Marasi, cruzándose de brazos—. Muchísimas gracias.

—Iban a contarte cualquier embuste —repuso Waxillium, echando un vistazo de reojo a su espalda—. E íbamos a llamar la clase de atención que no nos conviene.

—Ya sé que querrían intentar engañarme. Me proponía pillarlos en falta. A menudo, desmontar el falso testimonio de una persona puede convertirse en uno de los métodos de interrogatorio más eficaces.

—En realidad —dijo Waxillium—, el método de interrogatorio más eficaz consiste en presentarle un cajón a los dedos de alguien.

—En realidad —dijo Marasi—, eso no es cierto. Los estudios demuestran que los interrogatorios por la fuerza arrojan información falseada en la mayoría de las ocasiones. En cualquier caso, ¿qué mosca te ha picado a ti hoy, Waxillium? Ya sé que últimamente te gusta presumir de «implacable vigilante de los Áridos», pero…

—No es verdad.

—Sí que lo es. Y entiendo por qué. En los Áridos, representabas el papel de vigilante caballeroso. Tú mismo me dijiste que te aferrabas a la civilización a fin de llevarla contigo allá donde fueras. Pues bien, aquí estás rodeado de nobles en todo momento. Es como si te ahogaras en un mar de civilización. Así que lo que haces ahora es exagerar tu faceta de vigilante de los Áridos… para traer a la ciudad un poco de justicia a la antigua usanza.

—Veo que has estado dándole vueltas a esto. —Waxillium le volvió la espalda para escudriñar la calle.

«Herrumbre y Ruina». Creía que estaba encaprichada de él. «Será arrogante, patán… ¡mentecato!». Marasi hinchó los carrillos, indignada, y comenzó a alejarse.

Ella no estaba encaprichada de nadie. Waxillium le había dejado muy claro que jamás podría haber nada entre ellos, por no mencionar el hecho de que se iba a casar con su hermana. Fin de la historia. ¿Tanto les costaba establecer una relación profesional de una vez?

Vio a Wayne recostado en los escalones de la entrada de un edificio cercano, observándolos mientras devoraba una manzana con gesto indolente.

—¿Y tú dónde te habías metido? —preguntó Marasi mientras se dirigía hacia él.

—¿Quieres una? —preguntó Wayne a su vez, ofreciéndole otra manzana—. Esta casi no está magullada.

—No, gracias. Algunos hemos estado dedicándonos a buscar a un asesino, no a quitar el hambre.

—Ah, eso. —Wayne le dio un puntapié al bulto que yacía junto a él, en el suelo, oculto a la sombra de los escalones—. Bueno, ya me he encargado yo por vosotros.

—Que ya… ¡Wayne, pero si hay una persona a tus pies! ¡Herrumbres! ¡Y se está desangrando!

—Ya lo creo. Pero eso no es culpa mía. Reconozco que le he arreado un porrazo, eso sí.

Marasi se tapó la boca con la mano. ¡Era él!

—Wayne, ¿dónde…? ¿Cómo…?

Waxillium la apartó con delicadeza; no lo había visto acercarse. Se arrodilló para examinar las heridas de Tira, miró a Wayne y asintió con la cabeza; los dos compartían una expresión que intercambiaban a menudo. Hasta donde alcanzaban las dotes deductivas de Marasi, significaba algo a medio camino entre «buen trabajo» y «serás bellaco, eso lo quería hacer yo».

—Llevémoslo a comisaría. —Waxillium incorporó la figura inconsciente del Tirador.

—Sí, vale —dijo Marasi—. Pero ¿no vas a preguntarle cómo lo ha hecho? ¿Dónde estaba?

—Wayne tiene sus recursos. En lugares como este, superan con mucho a los míos.

—Lo sabías —protestó Marasi, apuntándolo con un dedo acusador—. ¡Sabías que no íbamos a conseguir nada preguntando por ahí!

—Lo sospechaba —matizó Waxillium—. Pero Wayne necesita espacio para poner en práctica sus métodos…

—… habida cuenta de lo increíble que soy y todo eso —añadió Wayne.

—… así que hice cuanto pude por encontrar a Tira por mis propios medios…

—… habida cuenta de que le cuesta aceptar que estas cosas se me dan mil veces mejor que a él…

—… por si acaso Wayne fracasaba.

—Cosa que no ocurre nunca. —Wayne sonrió de oreja a oreja, le pegó otro mordisco a la manzana y bajó los escalones de un salto para situarse a la par de Waxillium—. Menos una vez. Y aquella otra. Solo que esas no valen, habida cuenta de que, con la de golpes en la cabeza que me he llevado, ni siquiera me acuerdo de ellas.

Marasi suspiró para sus adentros y acompasó la marcha a la de sus compañeros. Llevaban tanto tiempo juntos que coordinaban sus movimientos de forma inconsciente, como una pareja de baile que hubiera ensayado los mismos pasos en innumerables ocasiones. Todo lo cual le complicaba lo indecible la vida al recién llegado que intentara compartir el escenario con ellos.

—Bueno —dijo Marasi, dirigiéndose a Wayne—, por lo menos podrías contarme cómo lo has hecho. A lo mejor aprendo algo de tus métodos.

—Nah. Tú no obtendrías ningún resultado. Eres demasiado guapa. Dentro de lo nada atractiva que me resultas, aclaro. No volvamos a confundir las cosas sin necesidad.

—Wayne, a veces me dejas completamente desconcertada.

—¿Solo a veces? —preguntó Wax.

—No puedo poner toda la carne en el asador con ella, compañero —dijo Wayne, con los pulgares enganchados en los tirantes—. Hay que reservar algo para los demás. Me gusta repartir lo que tengo sin hacer distinciones de privilegio, clase, género ni aptitudes mentales. Un herrumbroso santo, eso es lo que soy.

—Pero ¿cómo? —insistió Marasi—. ¿Cómo diste con él? ¿Conseguiste que hablara alguna de estas personas?

—Nah. Conseguí que no hablaran. Es lo que mejor se les da. Cuestión de práctica, supongo.

—Deberías tomar ejemplo —sentenció Waxillium.

Marasi exhaló un suspiro mientras se acercaban a la entrada de Evasiones. Los despojos humanos que antes atestaban las escaleras y los callejones se habían evaporado ya, incomodados tal vez por el exceso de atención que les estaban prestando tantos agentes de la ley. Se…

El cuerpo de Waxillium se crispó de repente, en tensión. Y el de Wayne.

—¿Qué…? —empezó a preguntar Marasi, justo antes de que Wax soltase el cuerpo del Tirador y metiera una mano en el bolsillo de su gabán de bruma. Wayne la embistió con el hombro, apartándola de un empujón al tiempo que algo surgía del aire con un silbido y repicaba en los adoquines que acababan de desalojar ellos. La lluvia de proyectiles arreció, aunque Marasi en realidad no vio nada. Tras permitir que Wayne tirase de ella hasta ponerla a cubierto tras una esquina, ambos estiraron el cuello para escudriñar el contorno de los edificios, en busca de quienquiera que fuese el autor de los disparos. Waxillium se impulsó por los aires tras soltar una moneda, envuelto en el remolino oscuro de los ondeantes faldones de su gabán de bruma. En ocasiones así adquiría un aspecto se diría casi que primitivo, como si de uno de los antiguos nacidos de la bruma que poblaban las leyendas se tratara. Más que un agente de la ley, parecía un jirón de la noche misma que se abalanzara sobre su presa.

—Ay, rayos —dijo Wayne, inclinando la cabeza en dirección a Tira. El cuerpo yacía ahora inerte en medio de la carretera, con una prominente varilla de madera sobresaliendo de él.

—¿Una flecha? —preguntó Marasi.

—El virote de una ballesta —respondió el muchacho—. Hacía años que no veía uno de esos. En realidad, solo se utilizan para combatir alomantes. —Levantó la cabeza. Waxillium, que ya había emprendido la persecución del francotirador, planeaba en dirección a la azotea de uno de los edificios —. Quédate aquí —dijo Wayne, y se adentró corriendo en un callejón.

—Espera… —lo llamó Marasi, levantando una mano.

Pero ya se había ido.

«Vaya dos», pensó la muchacha, irritada. En fin, era evidente que alguien no quería que Tira cayese en manos de la justicia y desembuchara cuanto sabía. Quizá pudiera obtener algún tipo de información del virote o del mismo cadáver.

Se arrodilló junto al cuerpo y se cercioró de que no respiraba; con la esperanza, quizá, de que el proyectil de la ballesta no hubiese cumplido su cometido. Lamentablemente, sí que estaba muerto. El virote se había incrustado con firmeza en su cráneo. ¿Quién habría sospechado que una ballesta pudiera atravesar el hueso con tanta facilidad? Marasi sacudió la cabeza y rebuscó en su bolso para sacar su libreta, dispuesta a apuntar la postura en la que se había desplomado el cuerpo.

«¿Sabes? —pensó—. El asesino ha tenido suerte, en realidad. Ha huido tan deprisa que no pudo darle tiempo a comprobar si había asestado un golpe mortífero. Si yo quisiera asegurarme de que Tira está muerto, sin duda…».

Oyó un chasquido a su espalda.

«… volvería sobre mis pasos para cerciorarme».

Marasi se dio la vuelta, despacio, y se encontró con un hombre de aspecto harapiento que salía de un callejón, ballesta en ristre. Inspeccionándola con ojillos siniestros.

A partir de ahí, los acontecimientos se precipitaron. Antes de que Marasi pudiera dar ni un solo paso, el desconocido se abalanzó sobre ella. Disparó con la ballesta hacia atrás, por encima del hombro —del callejón brotó un gritito de dolor que, a juzgar por el sonido, podría haber brotado de la garganta de Wayne—, y agarró a Marasi del hombro cuando la muchacha intentó huir.

La giró en redondo y le acercó al cuello algo helado. Una daga de cristal. En ese momento, Waxillium aterrizó de improviso ante ellos, con el gabán de bruma desplegado a su alrededor.

Los dos se quedaron mirándose fijamente. Waxillium sostenía una moneda en la mano derecha. La acarició con el pulgar.

«¡Recuerda tu entrenamiento para casos de secuestro, mujer! —pensó Marasi—. En la mayoría de los casos, quien toma rehenes lo hace por pura desesperación». ¿Le daría tiempo a utilizar la alomancia? Era capaz de ralentizar el tiempo a su alrededor, acelerándolo así para todo el que estuviese fuera de su burbuja de velocidad. Lo opuesto de lo que podía hacer Wayne.

Pero no había ingerido nada de cadmio. ¡Estúpida! Un error que sus dos compañeros no habrían cometido nunca. Tenía que dejar de sentirse avergonzada por sus poderes, por débiles que fueran estos. Ya los había empleado con eficacia en más de una ocasión.

La respiración del hombre sonaba entrecortada; tenía la cabeza pegada a la suya. Marasi sintió en la piel la aspereza de la barba hirsuta que le cubría el mentón y las mejillas.

«Quienes toman rehenes no quieren matar a nadie —pensó—. No forma parte del plan. Puedes razonar con él, apaciguarlo, buscar un interés común y utilizarlo en tu provecho».

No hizo nada de eso. Lo que hizo, en cambio, fue sacar la mano del bolso, empuñando la pequeña pistola de un solo tiro que guardaba en su interior. Sin pararse siquiera a pensar, presionó el cañón contra la barbilla del hombre, apretó el gatillo…

Y le voló la tapa de los sesos.

4



Wax bajó la mano, contemplando el nuevo cadáver que yacía junto a Marasi. El disparo le había arrancado una buena porción de la cara. Identificarlo sería poco menos que imposible.

Lo habría sido de todas formas. Los secuaces de Elegante eran célebres por lo difícil que resultaba seguirles la pista.

«No te preocupes ahora por eso», pensó, sacando un pañuelo mientras se acercaba para ofrecérselo a Marasi. Esta se había quedado paralizada, sin pestañear siquiera, con el rostro salpicado de sangre y trocitos de carne. Tenía la mirada fija al frente, como si se negara a bajarla. Había dejado caer la pistola.

—Eso… —dijo la muchacha, aún sin mover la cabeza—. Eso ha… —Se llenó los pulmones de aire—. Eso ha sido inesperado, ¿verdad?, viniendo de mí.

—Hiciste lo que debías —la tranquilizó Wax—. La gente asume que un cautivo está a su merced. A menudo, la mejor forma de escapar pasa por rebelarse.

—¿Cómo? —Marasi aceptó por fin el pañuelo.

—Detonaste la pistola pegada a tu oído —dijo Wax—. Tardarás un momento en recuperarte de la sordera. Herrumbres… es probable que te hayas causado daños permanentes. Esperemos que no sean demasiado graves.

—¿Qué?

Wax señaló su rostro con un gesto, y Marasi contempló el pañuelo como si estuviese viéndolo por vez primera. Parpadeó y bajó la mirada. Se apresuró a apartar la vista del cadáver y empezó a limpiarse la cara.

Refunfuñando y tambaleándose, Wayne salió del callejón con un agujero nuevo en la ropa, a la altura del hombro, y un virote de ballesta en la mano.

—Menos mal que queríamos interrogarlo —se lamentó Marasi, haciendo una mueca.

—No te preocupes —la consoló Wax—. Sobrevivir era más importante.

—¿Cómo?

Wax la tranquilizó con una sonrisa mientras Wayne avisaba por señas a otro grupo de alguaciles, que por fin habían llegado a la escena y estaban abriéndose paso hacia el interior de la barriada.

—¿Por qué no dejan de pasarme a mí estas cosas? —se lamentó Marasi —. Sí, ya sé que no voy a oír tu respuesta. Es que esta es… ¿qué, la tercera vez que alguien intenta utilizarme como rehén? ¿Qué pasa, que exudo indefensión o algo?

«Pues sí, así es —pensó Wax, aunque se abstuvo de decirlo en voz alta —. Eso está bien. Hace que los demás te subestimen». Marasi era fuerte. Mantenía la cabeza fría en los momentos de estrés y hacía lo que tuviera que hacer, por desagradable que fuese. Sin embargo, también era muy aficionada a maquillarse y ponerse elegante.

Lessie no habría hecho eso ni loca. Wax solo la había visto con vestido las contadas ocasiones en que viajaban a Covingtar para visitar los jardines de los caminantes. Sonrió al recordar la vez en que había llegado a ponerse pantalones debajo del vestido.

—¡Lord Ladrian! —El enjuto alguacil Reddi se acercó trotando, luciendo el uniforme de capitán de la comisaría y un fino bigote, lánguido y recortado.

—Reddi —lo saludó Wax, asintiendo con la cabeza—. ¿Ha venido Aradel?

—El comisario general está ocupado con otra investigación, señor —respondió Reddi, en tono seco y formal. ¿Por qué sería que a Wax siempre le daban ganas de pegarle un sopapo a este hombre cuando hablaba con él?

El caso es que nunca se mostraba insultante; antes bien, hacía gala de una cortesía impecable. Quizá fuera precisamente por eso.

Wax apuntó con un dedo a los edificios.

—En fin, tenga la bondad de pedirles a sus hombres que acordonen la zona. Deberíamos interrogar a los vecinos, a ver si, por algún milagro, conseguimos averiguar la identidad del hombre que acaba de abatir lady Colms.

Reddi se cuadró al despedirse, a pesar de que no era necesario, en teoría. Wax gozaba de un rango especial en la comisaría, el cual le permitía hacer cosas como…, en fin, como saltar por toda la ciudad pegando tiros a diestro y siniestro. Pero no formaba parte de la cadena de mando.

A pesar de todo, los alguaciles se dispusieron a cumplir con sus órdenes. Mientras observaba al Tirador de soslayo, Wax se obligó a refrenar el enfado que sentía. A este paso, jamás conseguiría localizar a su tío Edwarn, cuyo objetivo era algo que él apenas si acertaba a intuir.

«Puede convertir en alomante a cualquiera… Si no lo utilizamos nosotros, lo hará otro».

Palabras del libro que le había dado Ojos de Hierro.

—Un trabajo excelente, mi señor —dijo plácidamente Reddi, inclinando la cabeza en dirección al cadáver del Tirador. Su vestimenta era inconfundible—. Otro bellaco menos del que preocuparse, y con su acostumbrada eficiencia.

Wax guardó silencio. El «excelente trabajo» de hoy no era más que otro callejón sin salida.

—¡Anda, mirad! —exclamó Wayne, cerca de ellos—. ¡Creo que me he encontrado un diente del tipo ese! Eso trae buena suerte, ¿verdad?

Marasi, que parecía mareada, fue a sentarse en unos escalones, no muy lejos de allí. Wax se sintió tentado de ir a consolarla, pero ¿lo malinterpretaría ella acaso? No quería que viera fantasmas donde no había nada.

—Mi señor, ¿podemos hablar? —preguntó Reddi, mientras continuaba la afluencia de alguaciles en la zona—. Antes he mencionado que el comisario general estaba ocupado con otro caso. Lo cierto es que me dirigía

a buscarle cuando nos enteramos de la persecución que estaba teniendo lugar aquí.

Wax se volvió hacia él, alerta de inmediato.

—¿De qué se trata?

Reddi torció el gesto en un alarde de expresividad impropio de él.

—Ha ocurrido algo grave, mi señor —respondió, bajando la voz—. Hay política de por medio.

En tal caso, cabía la posibilidad de que Elegante también estuviera implicado.

—Continúe.

—Es…, en fin, está relacionado con el gobernador, mi señor. Su hermano, veréis, celebró anoche una subasta y…, en fin, deberíais verlo con vuestros propios ojos.

Marasi no pasó por alto el modo en que Waxillium agarraba a Wayne por el hombro y apuntaba con el dedo a uno de los carros de la comisaría que estaba allí estacionado. No se dirigió a ella. ¿Cuánto tardaría en aceptarla el muy condenado, si no como igual, al menos como colega?

Frustrada, dirigió sus pasos hacia el carro. Por desgracia, se topó con el capitán Reddi por el camino. Cuando el hombre le dijo algo, Marasi tuvo que aguzar los oídos, que aún le pitaban, y echarle algo de imaginación para averiguar lo que le estaba diciendo.

—Alguacil Colms. No va usted de uniforme.

—En efecto, señor. Es mi día libre, señor.

—A pesar de lo cual, hela aquí —insistió el hombre, con las manos enlazadas a la espalda—. ¿Cómo es posible que consiga meterse una y otra vez en esta clase de situaciones, aunque ya se le haya dicho explícitamente que su cometido no es este, habida cuenta de que no es usted un agente de campo?

—Por pura casualidad, señor —replicó Marasi—, estoy segura.

Reddi hizo una mueca al escuchar su respuesta. Curioso. Por lo general las reservaba para Waxillium, cuando este no estaba mirando. El hombre dijo algo más, que ella no consiguió distinguir, e inclinó la cabeza para

indicar el motocarro en el que habían venido; propiedad de la comisaría, en teoría. Le habían pedido que aprendiera a conducir ese tipo de vehículos e informara de su eficacia al comisario general, el cual aspiraba a utilizarlos para sustituir los carros tirados por caballos.

—¿Señor?

—Es evidente que ha pasado usted un trago muy duro en el día de hoy, alguacil —repitió Reddi, más alto—. No me lo discuta. Márchese a casa, aséese y persónese mañana en su puesto.

—Señor —dijo Marasi—, preferiría informar al comisario Aradel de la persecución del Tirador y su subsiguiente fallecimiento antes de que los detalles se tornen difusos. Estoy segura de que se mostrará interesado, dado que lleva tiempo siguiendo el caso en persona.

Miró a Reddi a los ojos. Era su superior, cierto, pero no su jefe. Ese papel lo representaba Aradel para los dos.

—El comisario general —repuso Reddi, visiblemente reacio— no se encuentra en su despacho en estos momentos.

—Bueno, en tal caso, iré a buscarlo y dejaré que sea él mismo el que me mande a casa, señor. Si así lo desea.

Reddi rechinó los dientes; parecía disponerse a añadir algo más, pero lo distrajo la llamada de otro alguacil. Agitó la mano en dirección al motocarro, señal con la que Marasi interpretó que le daba permiso para actuar con libertad. Así, cuando la carreta en la que viajaba Waxillium se puso en marcha, ella lo siguió al volante del motocarro.

Empezó a recuperarse antes de que finalizara el trayecto, frente a una elegante mansión con vistas al Eje de la ciudad. Aunque todavía perduraba la impresión, esperaba que no se le notase; además, su oído izquierdo permanecía intacto, ya que no el otro, contra el que había disparado el revólver.

Al desmontar del motocarro, se descubrió enjugándose la mejilla de nuevo con el pañuelo, pese a hacer tiempo que se había limpiado toda la sangre. El vestido, sin embargo, había quedado completamente arruinado. Sacó su abrigo de alguacil del maletero del vehículo, se lo echó por encima para ocultar las manchas y apretó el paso para reunirse con Waxillium y los demás, que ya habían empezado a bajar del carruaje.

«Un carro cualquiera de la comisaría», pensó, inspeccionando el vehículo. Aun sin saber qué era lo que aquí había transpirado, era evidente que Aradel no quería llamar la atención. Mientras Waxillium se dirigía a la puerta principal, escudriñó en rededor de reojo, la vio y le hizo señas para que acudiera a su lado.

—¿Sabes de qué podría tratarse? —le preguntó en voz baja, aprovechando que Reddi y otro grupo de alguaciles se habían quedado charlando cerca del carro.

—No —respondió Marasi—. ¿No te han informado?

Waxillium sacudió la cabeza y bajó la mirada para observar el vestido ensangrentado, que asomaba bajo la recia chaqueta marrón. Se abstuvo de hacer comentarios, no obstante; seguido de Wayne, subió los escalones a largas zancadas.

Dos alguaciles, hombre y mujer, custodiaban la puerta de la mansión. Se cuadraron cuando Reddi dio alcance a Waxillium —ignorando ostentosamente a Marasi— y encabezaron la comitiva al interior del edificio.

—Hemos procurado mantener esto estrictamente controlado —dijo Reddi—, pero tarde o temprano se correrá la voz, con lord Winsting implicado. Herrumbres, esto va a ser una pesadilla.

—¿El hermano del gobernador? —se extrañó Marasi—. ¿Qué ha pasado?

Reddi apuntó con el dedo hacia una escalera.

—Deberíamos encontrar al comisario general Aradel en el salón principal. Se lo advierto, el espectáculo no es apto para estómagos delicados. —Miró de soslayo a Marasi, que enarcó una ceja y repuso:

—Hace menos de una hora que la cabeza de un hombre literalmente explotó encima de mí, capitán. Creo que sabré apañármelas.

Sin añadir nada más, Reddi los condujo escaleras arriba. Marasi vio que, de pasada, Wayne se guardaba una ornamentada cajita de puros —de la marca Magistrados ciudadanos— en el bolsillo y la sustituía por una manzana cubierta de machucones. Tendría que asegurarse de que volviera a dejar la caja en su sitio antes de irse.

En la planta de arriba, el salón de baile estaba sembrado de cadáveres. Marasi y Waxillium se detuvieron en la puerta, con la mirada fija en el caos. Los difuntos, hombres y mujeres por igual, iban vestidos de gala, refinados vestidos de noche o trajes negros de corte ceñido. Los sombreros yacían desperdigados, lejos de sus cabezas, sobre la elegante alfombra leonada, teñida de rojo en grandes parches que se extendían alrededor de los caídos. Era como si alguien hubiese lanzado una cesta llena de huevos por los aires, los hubiera dejado caer, y su contenido estuviera filtrándose ahora por todo el suelo.

Claude Aradel, comisario general del cuarto octante, estaba examinando la escena. En varios sentidos, su aspecto no era el de un alguacil ordinario. Una hirsuta barba rojiza de varios días ensombrecía su mentón anguloso; solo se afeitaba cuando le apetecía. Su piel correosa, surcada de arrugas, daba fe de sus días a pie de calle, lejos del escritorio. Debía de rondar los sesenta años, pero se negaba a divulgar su edad exacta; incluso en los registros del octante tan solo figuraba un signo de interrogación junto a su fecha de nacimiento. Lo único que se sabía con seguridad era que por las venas de Aradel no corría ni una gota de sangre azul.

Había abandonado la comisaría hacía alrededor de diez años, sin aportar ninguna explicación oficial para ello. Se rumoreaba que había alcanzado el techo implícito de los ascensos a los que uno podía aspirar sin ser noble. En una década podían cambiar muchas cosas, no obstante, y cuando Brettin se jubiló —poco después de la ejecución de Miles *Cienvidas*, hacía ya casi un año—, la búsqueda de un nuevo comisario general arrojó como resultado el nombre de Aradel. Este había abandonado su retiro para aceptar el cargo.

—Ladrian —dijo, levantando la mirada del cadáver que estaba examinando—. Bien. Ha venido. —Cruzó la estancia y observó de reojo a Marasi, que se cuadró. No le ordenó que se fuera.

—Oooh —se lamentó Wayne, que acababa de llegar, mientras echaba un vistazo por los alrededores—, qué rabia, la fiesta ya ha terminado.

Waxillium entró en la sala y estrechó la mano que le tendía Aradel.

—¿Ese de ahí no es Chip Erikell? —preguntó, inclinando la cabeza en dirección al cadáver más próximo—. ¿El presunto contrabandista del tercer octante?

—En efecto.

—E Isabaline Frellia —dijo Marasi—. ¡Herrumbres! Tenemos una montaña de documentación sobre ella más alta que Wayne, pero la fiscalía nunca ha sido capaz de acusarla de nada.

—Siete de estos cuerpos pertenecen a personas de notoriedad parecida. —Aradel apuntó con el dedo a varios de los cadáveres—. Pertenecientes a sindicatos del crimen, en su mayoría, aunque también hay unos cuantos miembros de casas nobles de… dudosa reputación. Los demás eran representantes destacados de otras facciones importantes. Tenemos casi una treintena de fiambres de renombre, junto con un puñado de guardaespaldas por cada uno de ellos.

—La mitad de la elite criminal de la ciudad —musitó Waxillium, agachándose junto a uno de los cuerpos—. Por lo menos.

—Todas ellas personas a las que nunca habíamos podido echarles el guante —dijo Aradel—. Y no porque no lo intentáramos, se lo aseguro.

—¿Entonces a qué vienen esas caras tan largas? —preguntó Wayne—. Deberíamos celebrar una fiesta por todo lo alto, ¿no? ¡Alguien nos ha ahorrado el trabajo! Nos podríamos tomar un mes libre.

Marasi sacudió la cabeza.

—Un golpe de autoridad tan violento en el ámbito de los bajos fondos puede ser peligroso, Wayne. Esto ha sido un atentado tremendamente ambicioso, con el que alguien pretendía eliminar a todos sus rivales de un plumazo.

Aradel la observó de reojo y asintió con la cabeza para indicar que estaba de acuerdo con ella. Le sobrevino a Marasi un arrebato de satisfacción. El comisario general la había contratado, en persona, tras seleccionar su solicitud entre decenas de candidaturas. Todos los demás aspirantes poseían años de experiencia como alguaciles. Sin embargo, Aradel había elegido a una estudiante de derecho recién graduada. Era evidente que había visto en ella algo prometedor, y Marasi estaba decidida a demostrarle que su intuición no se equivocaba.

—No entiendo quién querría hacer algo así —dijo Waxillium—. Eliminar a tantas figuras de los bajos fondos de la ciudad a la vez no beneficiará en nada a los responsables; eso es un mito alimentado por las

novelas de misterio. En cuanto se corra la voz, con un atentado de semejante magnitud solo habrán conseguido llamar la atención y unir en su contra a todas las demás bandas y facciones supervivientes.

—A menos que lo hiciese alguien de fuera —observó Marasi—. Un elemento impredecible desde el principio, alguien a quien le convenga que se desmorone todo el sistema.

Aradel soltó un gruñido; Waxillium mostró su conformidad asintiendo con la cabeza y murmuró:

—Pero ¿cómo? ¿Quién podría orquestar algo así? Las medidas de seguridad de estas personas debían de rivalizar con las mejores de la ciudad. —Comenzó a deambular de un lado a otro, utilizando sus pasos para calcular la distancia que mediaba entre los cadáveres; fijándose en unos, primero, después en otros, agachándose a intervalos sin dejar de susurrar para sí.

—¿Ha dicho Reddi que el hermano del gobernador estaba implicado, señor? —le preguntó Marasi a Aradel.

—Lord Winsting Innate.

Lord Winsting, portavoz de la Casa Innate. Ocupaba un escaño en el Senado de Elendel, puesto al que había accedido después de que su hermano ascendiera a gobernador. Era un corrupto. Marasi y los demás alguaciles lo sabían. En retrospectiva, no la sorprendía descubrirlo envuelto en algo como eso. La cuestión era que Winsting siempre le había parecido un bellaco de poca monta a Marasi.

El gobernador, en cambio… En fin, quizá la carpeta que ocultaba en su despacho —repleta de teorías, deducciones y pistas— resultara ser relevante por fin. Se volvió hacia Aradel.

—Winsting. ¿Está…?

—¿Muerto? Sí, alguacil Colms. A juzgar por las invitaciones que hemos encontrado, organizó esta reunión camuflándola de subasta. Hemos localizado su cadáver en el sótano, en una sala de seguridad.

Aquellas palabras despertaron el interés de Waxillium, que se incorporó, los miró directamente, musitó algo para el cuello de su camisa y continuó midiendo sus pasos tomando como referencia otro cuerpo. ¿Qué estaría buscando?

Wayne se acercó a Marasi y Aradel. Le pegó un trago a una petaca de plata, grabada con unas iniciales que no coincidían con las de su nombre. Marasi hizo un esfuerzo por no preguntarle del bolsillo de qué cadáver la había sacado.

—Bueno —dijo el muchacho—, así que nuestro pequeño patriarca se codeaba con la más baja estofa, ¿no es eso?

—Sospechábamos desde hacía tiempo que no era trigo limpio —repuso Aradel—. El pueblo adora a su familia, no obstante, y su hermano hizo todo lo posible por evitar que los deslices cometidos por Winsting en el pasado salieran a la luz.

—Tiene razón, Aradel —convino Waxillium desde la otra punta de la sala—. De esto no puede salir nada bueno.

—No sé yo —dijo Wayne—. A lo mejor no sabía que esta gente podría traerle problemas.

—Lo dudo —repuso Marasi—. Y, aunque fuera cierto, daría igual. Cuando los pasquines se enteren de esto… ¿El hermano del gobernador, muerto en una casa atestada de criminales reconocidos, en circunstancias de lo más sospechosas?

—Por lo que estoy escuchando —dijo Wayne, pegando otro trago—, andaba muy desencaminado. La fiesta todavía no ha terminado.

—Muchas de estas personas se dispararon las unas a las otras —anunció Waxillium.

Todos se giraron hacia él. Se arrodilló junto a otro cuerpo, inspeccionando el modo en que había caído, y levantó la mirada hacia unos agujeros de bala que había en la pared.

Para convertirse en vigilante, sobre todo en los Áridos, Waxillium se había visto obligado a aprender un amplio abanico de habilidades. Era en parte detective, en parte agente de la ley, en parte líder y en parte científico. Marasi había leído una docena de informes distintos sobre él, elaborados por varios expertos; todos ellos tenían por objetivo analizar la mentalidad de un hombre que se estaba convirtiendo en una leyenda viviente a pasos agigantados.

—¿A qué se refiere, lord Ladrian? —preguntó Aradel.

—En esta pelea hubo múltiples bandos —explicó Waxillium, señalando con el dedo—. Si se hubiera tratado de un golpe inesperado, organizado por alguien de fuera… y lady Colms tiene razón, esa teoría sería la más plausible… cabría esperar que las víctimas hubieran sucumbido ante los disparos de quienquiera que hubiese irrumpido en la sala. Los cadáveres, sin embargo, nos cuentan otra historia distinta. Esto fue cuerpo a cuerpo. Caótico. Las víctimas se dispararon las unas a las otras, sin orden ni concierto. Sospecho que todo empezó cuando alguien abrió fuego desde el centro del grupo hacia fuera.

—De modo que el instigador fue alguno de los invitados —aventuró Aradel.

—Tal vez —dijo Waxillium—. La información que nos proporcionan la posición de los cuerpos y las marcas de sangre es limitada. Pero hay algo extraño en todo esto, muy extraño… ¿Fueron todos abatidos a tiros?

—Curiosamente, no. Algunos de los asistentes murieron apuñalados por la espalda.

—¿Han identificado a todos los presentes en la sala?

—A la mayoría. Queríamos evitar moverlos demasiado.

—Déjenme ver a lord Winsting —dijo Waxillium. Su gabán de bruma emitió un susurro cuando se incorporó.

Aradel llamó con un gesto a una joven alguacil, que los condujo fuera del salón de baile a través de un portal. ¿Algún tipo de pasadizo secreto? La escalera mohosa que se extendía al otro lado era tan estrecha que les obligó a desfilar de uno en uno, con la alguacil al frente, sosteniendo una lámpara.

—Señorita Colms —dijo en voz baja Waxillium—, ¿qué luz arrojan sus estadísticas sobre esta clase de violencia?

«Ah, conque ahora nos tratamos de usted, ¿no?».

—Muy poca. Los casos como este se pueden contar con los dedos de una mano. Lo primero que haría yo es buscar cualquier tipo de conexión entre las víctimas. ¿Se dedicaban todas al contrabando, comisario Aradel?

—No —respondió él, a su espalda—. Además de contrabandistas, había extorsionistas y magnates de las apuestas.

—De modo que no se trató de un intento específico por consolidar la hegemonía sobre una actividad criminal en concreto. —La voz de Marasi

despertaba ecos en los húmedos escalones de piedra—. Necesitamos establecer esa conexión, averiguar qué convertía en objetivos a esas personas. El principal sospechoso está muerto.

—Lord Winsting —dijo Waxillium—. ¿Insinúas que planeó su ejecución, los atrajo hasta aquí y algo salió mal?

—Es una teoría.

—No era tan retorcido —observó Wayne, que cerraba la comitiva.

—¿Conocías a Winsting? —preguntó Marasi, lanzándole una mirada por encima del hombro.

—No personalmente, no. Pero se dedicaba a la política. Los políticos pueden ser muy retorcidos, aunque de otra manera.

—Debo mostrarme de acuerdo —convino el comisario Aradel—. Si bien yo lo habría expresado con otras palabras. Sabíamos que Winsting estaba metido en asuntos turbios, pero solía atenerse a operaciones de poca monta. Vender espacio de almacén a los contrabandistas cuando le convenía, alguna que otra compraventa irregular de terrenos aquí y allá… Dinero en efectivo a cambio de favores políticos, en su mayoría.

»En los últimos tiempos, se rumoreaba que pensaba ofrecer su escaño en el Senado al mejor postor. Estábamos investigándolo, hasta la fecha sin pruebas. Fuera como fuese, asesinar a quienes estaban dispuestos a pagarle sería como dinamitar una mina de plata con la esperanza de encontrar oro.

Llegaron al fondo de la escalera, donde encontraron cuatro cadáveres más. Los guardaespaldas, al parecer, todos ellos con sendos balazos en la cabeza.

Waxillium se puso en cuclillas.

—Los disparos se produjeron por la espalda —musitó—. Los cuatro, en rápida sucesión.

—¿Ejecutados? —se extrañó Marasi—. ¿Cómo se las apañó el asesino para que se quedaran inmóviles y aceptaran su suerte?

—No fue eso lo que ocurrió —replicó Waxillium—. Se movía tan deprisa que no les dio tiempo a reaccionar.

—Un feruquimista —murmuró Wayne—. Maldición.

Los feruquimistas, también denominados mensajeros de acero, eran capaces de acumular velocidad. Tras ralentizar sus acciones durante un

momento, podían recurrir a esa reserva más tarde. Waxillium levantó la cabeza. Marasi vio algo en sus ojos, un destello feral. Sospechaba que su tío estaba implicado. Era lo que pensaba cada vez que un nacido del metal cometía algún crimen. Cada vez que se volvía, Waxillium veía sobre su hombro la sombra de Elegante, el espectro de la única persona a la que no había conseguido frenar.

Que ellos supieran, la hermana de Waxillium todavía obraba en poder de Elegante. Marasi ignoraba los detalles. El vigilante no hablaba de ellos.

Waxillium se incorporó, con expresión torva, y caminó con paso decidido hasta la puerta que había detrás de los cuerpos diseminados por el suelo. La abrió de golpe y la cruzó, seguido de cerca por Wayne y Marasi; en el centro de la habitación adyacente descubrieron un cadáver solitario arrumbado en un sillón. Le habían rebanado el pescuezo; la sangre que le empapaba la pechera se veía coagulada, seca como la pintura.

—Degollado con algún tipo de cuchillo largo o espada pequeña —dijo Aradel—. Lo más llamativo es que también le han cortado la lengua. Hemos solicitado la presencia de un cirujano para que nos proporcione algo más de información sobre la herida. No sé por qué el asesino no utilizó una pistola.

—Porque los escoltas aún estaban con vida —musitó Waxillium.

—¿Cómo?

—Dejaron pasar al responsable —dijo Waxillium, con la mirada fija en la puerta—. Confiaban en él, quizá se tratara incluso de uno de los suyos. Permitieron que el asesino accediera a la sala de seguridad.

—Quizás acelerara sus movimientos para abrirse paso entre ellos —sugirió Marasi.

—Es posible —convino Waxillium—. Pero esa cerradura solo se abre desde dentro, y no la ha forzado nadie. Hay una mirilla en la puerta. Winsting dejó pasar al asesino, y no lo habría hecho si sus guardaespaldas hubieran estado muertos. Está plácidamente instalado en su silla… un rápido tajo por la espalda, sin forcejeos. O bien ignoraba que aquí dentro había alguien más, o bien confiaba en él. A juzgar por el modo en que cayeron los guardias ahí fuera, todavía estaban concentrados en los escalones, esperando a que llegase el peligro. Seguían vigilando este sitio.

La intuición me dice que fue uno de los suyos, alguien al que permitieron entrar, quien eliminó a Winsting.

—Herrumbres —refunfuñó en voz baja Aradel—. Pero… ¿un feruquimista? ¿Está seguro?

—Pues sí —dijo Wayne desde la puerta—. Esto no fue ninguna burbuja de velocidad. No se puede disparar desde dentro de ellas, amigo. Estos muchachos fueron abatidos antes de que pudieran darse la vuelta. Wax tiene razón. O bien fue obra de un feruquimista, o bien alguien ha descubierto el secreto para disparar desde dentro de una burbuja de velocidad… secreto que ojalá divulgara.

—Si el asesino se hubiera movido a velocidad feruquímica, eso explicaría las víctimas de apuñalamiento de arriba. —Waxillium se puso de pie—. Ejecuciones furtivas en medio de la confusión, aprovechando el tiroteo generalizado. Con rapidez y precisión quirúrgica, sin que el asesino corriera el menor peligro a pesar del aire cargado de plomo. Comisario Aradel, le sugiero que elabore una lista de nombres con los acompañantes y el personal de servicio de Winsting. Compruebe que no haya ningún cadáver que no debería estar aquí. Yo investigaré la posible implicación de un nacido del metal… Los mensajeros de acero son poco frecuentes, incluso entre los feruquimistas.

—¿Y la prensa? —quiso saber Marasi.

Waxillium miró a Aradel, que se encogió de hombros y dijo:

—No puedo mantener esto en secreto, lord Ladrian. Hay demasiada gente involucrada. Saldrá a la luz tarde o temprano.

—Que salga —suspiró Wax—. Aunque sospecho que esa era la verdadera finalidad.

—¿Perdona? —se extrañó Wayne—. Creía que la finalidad era cargarse a un montón de gente.

—Precisamente, Wayne —dijo Waxillium—. Un cambio de poder en la ciudad. ¿Serían el objetivo principal las personas de arriba? ¿O habrá sido un atentado contra el mismo gobernador, un ataque disimulado contra su casa, un mensaje de alguna clase? Con la intención de informar al gobernador Innate de que ni siquiera él está a salvo…

Inclinó hacia atrás la cabeza de Winsting y se asomó a la boca mutilada. Marasi apartó la mirada.

—Le cortaron la lengua —musitó Wax—. ¿Por qué? ¿Qué te traes entre manos, tío?

—¿Cómo? —preguntó Aradel.

—Nada. —Waxillium soltó la cabeza, que volvió a quedar colgando sobre el pecho de Winsting—. Tengo que ir a posar para un retrato. ¿Le importaría enviarme el informe cuando hayan tomado nota de todo esto?

—Cómo no —dijo Aradel.

—Bien. —Waxillium encaminó sus pasos hacia la puerta—. Ah. ¿Comisario?

—¿Sí, lord Ladrian?

—Prepárese para la tormenta que va a desatarse. Esto no se ha hecho con discreción, sino para que todo el mundo se entere. Es un desafío. Quienquiera que sea el responsable, me extrañaría que se detuviera aquí.



SEGUNDA PARTE

5



Wayne se ajustó su sombrero de la suerte, un tocado de cochero; parecido a un bombín de ala ancha, solo que sin tres onzas de perifollos amontonadas en la parte de atrás. Asintió para sí mismo frente al espejo y se restregó la nariz. Mocos. Había empezado a almacenar salud el día antes, justo después de descubrir todos esos cadáveres.

Disponía ya de un bonito colchón de curación al que recurrir, oculto en sus brazaletes de mente de metal. De un tiempo a esta parte no había necesitado mucha, y los días de resaca siempre los sobrellevaba tan fastidiado como le era posible, puesto que iba a pasarlo fatal de todas maneras. Pero lo mal que pintaban ahora las cosas, con todas esas personas tan importantes asesinadas, lo había puesto sobre aviso. Pronto iba a necesitar curación. Le convenía expandir al máximo ese colchón.

Hoy se lo estaba tomando con calma, no obstante. Porque hoy era el día en que iba a necesitar una pizca de suerte. Se sentía tentado de llamarlo el peor día de su vida, pero sin duda eso sería una exageración. El peor día de su vida sería el día en que muriera.

«Aunque a lo mejor muero hoy», pensó mientras se abrochaba el cinturón, deslizaba los bastones de duelo en sus trabas y volvía a limpiarse la nariz con la mano. «Nunca se sabe». Todos morían, tarde o temprano. Siempre le había llamado la atención que tantas personas lo hicieran de viejas, cuando, por lógica, su avanzada edad daba fe de la práctica que tenían evitando palmarla.

Wayne deambuló por un pasillo alfombrado que olía a madera pulida y a criados con demasiado tiempo libre. La mansión era bonita, pero, la verdad, nadie debería vivir en un sitio tan grande; le recordaba a uno lo insignificante que era. Él sería feliz en unos confines mucho más reducidos y atestados. Así se sentiría como un rey, rodeado de cosas por todas partes.

Titubeó frente a la puerta del estudio de Wax. ¿Qué era eso que había encima del aparador, junto al marco? Un candelabro nuevo, de oro puro, con un tapete de encaje blanco debajo. Justo lo que necesitaba.

Metió la mano en el bolsillo. No había quien entendiera a los ricos. Ese candelabro debía de costar una fortuna, y Wax iba y lo dejaba abandonado por ahí, sin vigilancia. Wayne hurgó en otro bolsillo, buscando algo adecuado por lo que cambiarlo, y encontró un reloj.

«Anda, es verdad —pensó, sacudiéndolo y oyendo cómo traqueteaban los engranajes en su interior—. ¿Cuándo fue la última vez que dio bien la hora este trasto?». Levantó el candelabro, se guardó el mantelito de debajo y volvió a dejar el candelabro en su sitio, con el reloj de bolsillo colgando de él. Era un trato justo, en su opinión.

«Hacía tiempo que necesitaba cambiar de pañuelo», pensó, sonándose la nariz con el tapete. A continuación, abrió la puerta y entró.

Wax se hallaba frente a un atril, contemplando el enorme cuaderno de dibujo que había llenado de planes intrincados.

—Llevarás toda la noche en vela, ¿a que sí? —bostezó Wayne—. Herrumbres, compañero, contigo no hay manera de espabilarse.

—No entiendo qué relación guarda mi insomnio con tu holgazanería, Wayne.

—Me deja en mal lugar, eso es todo. —Wayne echó un vistazo por encima del hombro de Wax—. Para relajarse en condiciones se necesita compañía. Cuando uno se dedica a no hacer nada, es un vago; pero si los que no hacen nada son dos, ya se puede considerar una «pausa para el almuerzo».

Wax sacudió la cabeza mientras se dirigía a consultar unos documentos. Wayne se acercó e inspeccionó a su vez los papeles. Contenían largas listas de ideas, algunas de ellas conectadas con flechas, más un diagrama del

modo en que habían caído los cadáveres del salón de baile y la sala de seguridad.

—Bueno, ¿y qué es todo esto? —preguntó Wayne, cogiendo un lapicero y dibujando con cuatro rayas un muñeco armado con una pistola que se dedicaba a disparar contra todos los cuerpos. Le temblaba un poco el pulso, pero, por lo demás, el monigote le había quedado de lo más apañado.

—La prueba de que hubo un mensajero de acero implicado —respondió Wax—. Fíjate en el patrón que siguen las muertes del salón de baile. Cuatro de los invitados más poderosos fueron asesinados con la misma pistola, los únicos que cayeron abatidos con ella…, la misma que se utilizó para eliminar a los guardias del exterior de la sala de seguridad. Me apuesto lo que sea a que los cuatro de arriba cayeron primero, muertos en un abrir y cerrar de ojos, tan deprisa que debió de sonar como una sola detonación prolongada. La cuestión es que, a juzgar por las heridas, cada uno de los disparos se realizó desde un emplazamiento distinto.

Wayne no sabía gran cosa de armas de fuego, de resultas de su incapacidad para empuñar una sin que su brazo imitara los vaivenes de un carricoche que circulara por una carretera llena de baches, pero le concedió el beneficio de la duda a Wax. Empezó a dibujar más monigotes, esta vez de mujeres desnudas, en el centro del diagrama, pero Wax le arrebató el lápiz de entre los dedos.

—¿Qué es eso? —preguntó el muchacho, señalando el centro del cuaderno, donde Wax había trazado un puñado de líneas rectas.

—Los movimientos del asesino me desconciertan —dijo Wax—. Las cuatro personas contra las que disparó en la fiesta cayeron enfrascadas en sendas conversaciones, sin relación aparente. Mira cómo se quedaron tendidas. Todas las demás víctimas sucumbieron al tiroteo generalizado, pero estas cuatro murieron cuando la fiesta aún seguía su curso. La cuestión es, ¿por qué disparó el asesino desde direcciones distintas? Veamos, por lo que he podido deducir, atacó en primer lugar desde aquí, matando a lady Lentin. La copa de esta recibió varios pisotones en el transcurso de los minutos siguientes. Pero, después, el asesino utilizó su velocidad para trasladarse rápidamente aquí y disparar en otra dirección. A continuación,

volvió a cambiar de posición, aquí y aquí. ¿Por qué cuatro disparos, desde otros tantos sitios distintos?

—¿Con quién estaba cuando actuó?

—Con sus víctimas, evidentemente.

—No, lo que quiero decir es, ¿quién estaba a su lado cuando apretó el gatillo? No me refiero a las personas contra las que disparó, sino a las que tenía cerca cuando lo hizo.

—Ahh…

—Correcto. Me da la impresión de que su intención era alertarlos a todos. —Wayne sorbió por la nariz—. Conseguir que los invitados empezaran a dispararse unos a otros. ¿Lo ves? Es igual que cuando quieres empezar una pelea en el bar, le lanzas una botella al tipo que más rabia te dé y después te vuelves hacia la persona que tienes al lado y gritas: «¡Oye, ¿por qué le has lanzado una botella a ese buen hombre?! Herrumbres, con lo grande que es. Mira, ya viene a por ti, y…».

—Ya he captado el concepto —lo atajó Wax, desabrido. Tamborileó con los dedos sobre el cuaderno de dibujo—. Quizá tengas algo…

—Te aseguro que no es contagioso.

Wax sonrió mientras tomaba unos apuntes en el margen de la hoja.

—Así que el asesino quería sembrar el caos… Inició un tiroteo saltando por toda la sala, dando la impresión de que varias facciones habían empezado a agredirse entre sí. Debían de estar en tensión de antemano, suspicaces…

—Pues sí. Soy un genio.

—Si te has dado cuenta es porque el asesino obligó a los demás a hacer el trabajo sucio por él, tu especialidad.

—Lo dicho. Un genio. Bueno, ¿y cómo vas a encontrarlo?

—Pensaba enviarte a la Aldea a…

—Hoy no —se apresuró a interrumpirlo Wayne.

Wax se volvió hacia él, enarcando las cejas.

—Es el primer día del mes.

—Ah. Se me había olvidado. No es imprescindible que vayas todos los meses.

—Sí que lo es.

Wax se quedó observándolo, como si esperara un comentario añadido o alguna agudeza. Wayne no dijo nada. Esto iba en serio. Wax asintió con la cabeza, despacio.

—Entendido. Entonces, ¿por qué no te has ido ya?

—Bueno, ya sabes —respondió Wayne—. Como me gusta decir…

—¿«Saluda a cada nuevo día con una sonrisa, así no sospechará lo que planeas hacerle»?

—No, eso no, lo otro.

—¿«Ante la duda, compórtate con cada nueva mujer que conozcas como si tuviera un hermano mayor que fuese más fuerte que tú»?

—No, tamp… Espera, ¿yo he dicho eso?

—Sí. —Wax volvió a concentrarse en sus notas—. En un arrebato de galantería.

—Herrumbres. Debería apuntar estas cosas.

—Creo recordar que eso también te gusta decirlo a menudo. —Wax garabateó algo—. Por desgracia, antes tendrías que aprender a escribir.

—Oye, eso es injusto. —Wayne se acercó a la mesa de Wax y empezó a husmear en los cajones—. Sí que sé escribir… ¡Ya me sé cuatro letras, y una de ellas ni siquiera sale en mi nombre!

—¿No vas a contarme qué es eso que te gusta decir? —preguntó Wax, con una sonrisa.

Wayne encontró una botella en el último cajón y la levantó, soltando el tapete de encaje que había cogido antes para reemplazarla.

—Si debes acometer una tarea ingrata, pásate antes por el cuarto de Wax y llévate el ron.

—Creo que eso no lo habías dicho nunca.

—Acabo de hacerlo. —Wayne empinó la botella.

—Me… —Wax arrugó el entrecejo—. Me dejas sin palabras. —Exhaló un suspiro y soltó el lapicero—. Sin embargo, como veo que vas a estar indispuesto, supongo que seré yo el que tenga que ir a la Aldea.

—Lo siento. Sé que aborreces ese lugar.

—Sobreviviré —dijo Wax, haciendo una mueca.

—¿Te apetece escuchar un consejo?

—¿De ti? Probablemente, no. Pero, por favor, no te prives.

—Deberías pasarte por tu cuarto antes de salir —dijo Wayne, camino ya de la puerta—, y llevarte el ron.

—¿El mismo que me acabas de birlar?

Wayne titubeó antes de meter la mano en el bolsillo y sacar la botella.

—Ay, compañero. Te compadezco. Ya es mala pata. —Sacudió la cabeza. Pobrecito. Tiró de la puerta para cerrarla al salir, pegó otro trago de ron y prosiguió su camino, escaleras abajo, hasta abandonar la mansión.

Marasi se levantó el cuello de la chaqueta, agradeciendo la brisa marina que soplaba a su alrededor. Podía llegarse a pasar mucho calor con el uniforme, integral en esta ocasión, con una blusa blanca con botones y una falda marrón a juego con el abrigo.

Junto a ella, el vendedor de periódicos no estaba disfrutando tanto del viento. Masculló una maldición mientras dejaba caer un pesado pedazo de hierro —por su aspecto, el componente de un eje viejo— encima de su montón de pasquines. En la calle, el tráfico aminoró en un momento de congestión. Los conductores de motocarros y los cocheros se imprecaban a voces.

—Que Ruina se lleve a ese tal Tim Vashin —refunfuñó el vendedor, contemplando el atasco—. Y a sus máquinas.

—Él no tiene la culpa de nada —dijo Marasi, mientras hurgaba en su monedero.

—Claro que la tiene. Los motocarros estaban bien, nada que objetar a conducirlos por el campo o en una tarde de verano. ¡Pero ahora son tan baratos que todo el mundo quiere tener uno de esos herrumbrosos cacharros! Es imposible pasear dos manzanas a caballo sin que te atropellen media docena de veces.

Marasi dejó unas monedas a cambio del pasquín. El griterío amainó conforme se disolvía la congestión en la carretera y los caballos y las máquinas volvían a discurrir con normalidad sobre los adoquines. Levantó el periódico y empezó a ojear las noticias.

—Oiga —dijo el vendedor—. ¿No había venido usted ya por aquí?

—Necesitaba la edición vespertina —respondió Marasi, distraída, mientras se alejaba.

«¡Indignación en las calles!», rezaba el titular.

> Un grito, como el chirrido de un amasijo metálico, resuena por toda Elendel cuando la ciudadanía toma las calles, indignada por la corrupción del gobernador. Una semana después de que este vetara la ley 775, el denominado manifiesto por los derechos de los trabajadores, su hermano, Winsting Innate, ha sido hallado sin vida tras un aparente encuentro con criminales reconocidos.
>
> Winsting fue asesinado en su mansión, posiblemente víctima de la acción de los alguaciles contra los antedichos elementos delictivos. Entre los fallecidos se cuenta el célebre Dowser Maline, de quien se sospechaba desde hacía tiempo que dirigía las operaciones de contrabando de materias primas en la ciudad, en detrimento del esfuerzo de los honrados obreros. Aunque los alguaciles no asumen la responsabilidad por las muertes, las sospechas que rodean las misteriosas circunstancias en que estas se produjeron han provocado un clamor popular.

Marasi rebuscó en su bolso y sacó la edición matinal del mismo diario, en cuyo titular se podía leer: «¡Misterio en la mansión de lord Winsting!».

> Los alguaciles han desvelado que lord Winsting, hermano del gobernador, fue encontrado en su mansión anoche, sin vida. Poco se sabe de las misteriosas circunstancias que rodean esta muerte, aunque se rumorea que ocurrió en presencia de varios miembros de la alta sociedad.

Todos los demás artículos del periódico eran idénticos en ambas ediciones, a excepción hecha del informe sobre las inundaciones del este, que contenía una línea extra con la actualización del número estimado de víctimas mortales. La historia de Winsting había sacado a otras dos de la página, en parte debido al tamaño del titular. El *Diario de Elendel* distaba de ser la fuente de información más fiable que había en la Cuenca, pero sabía cuál era su público. Las noticias que más ejemplares vendían eran las más sobrecogedoras y aquellas con las que todo el mundo podía mostrarse de acuerdo.

Marasi se detuvo en los escalones de la comisaría del cuarto octante. Las aceras eran un hervidero de personas atareadas, nerviosas, cabizbajas.

Otros holgazaneaban en los alrededores, hombres cuyas chaquetas oscuras los señalaban como conductores de diligencias, con las manos hundidas en los bolsillos y la mirada velada por sus sombreros con visera.

«Desocupados —pensó Marasi—. Hay demasiados profesionales sin nada que hacer». Los motocarros y las luces eléctricas estaban alterando tan deprisa la vida de Elendel que la gente de a pie no tenía la menor oportunidad de mantener su ritmo. Personas cuyas familias llevaban tres generaciones desempeñando la misma labor de repente se encontraban sin empleo, y con las protestas de los trabajadores de las refinerías…

El gobernador había pronunciado recientemente varios discursos políticos ante esos hombres, arengas cargadas de promesas. Más líneas de diligencias, que llegarían adonde no podía ir el tren, para competir con los tendidos ferroviarios. Aranceles más elevados sobre los productos importados de Bilming. Propuestas sin fundamento, la mayoría, pero quienes comenzaban a perder la esperanza se aferraban a ellas. La muerte de Winsting podría volatilizar esas promesas. ¿Cómo reaccionaría la gente cuando empezara a preguntarse si el gobernador, Replar Innate, era tan corrupto como su hermano?

«Amenaza con desatarse un incendio en la ciudad», pensó Marasi. Casi podía sentir el calor que emanaba de las páginas del periódico que tenía en las manos.

Se giró y entró en la comisaría, preocupada porque lord Winsting pudiera perjudicar a Elendel más muerto que en vida, lo cual no era moco de pavo.

Wax desmontó del carruaje e inclinó la cabeza en dirección al cochero, indicándole que regresara a casa en vez de esperar a su señor.

Se puso el sombrero forrado de aluminio, de ala ancha, al estilo de los Áridos, a juego con su guardapolvo, aunque debajo llevaba una camisa elegante y un pañuelo para el cuello. El sombrero y el gabán de bruma hacían que destacase como quien se presenta con una escopeta a un duelo a cuchillo. Las personas que pasaban por su lado eran obreros con gorras y

tirantes, banqueros con chalecos y monóculos, alguaciles con cascos o bombines y abrigos de corte militar.

Nada de sombreros de los Áridos. Quizá Wayne llevara razón en ese aspecto; nunca se cansaba de subrayar lo importante que era un sombrero. Wax respiró hondo y se adentró en la Aldea.

En su día debía de haber sido tan solo otra calle más de la ciudad. Amplia, pero calle, al fin y al cabo. Después llegaron los árboles. Proliferaban aquí, abriéndose paso entre los adoquines, creando un tupido dosel de follaje que se extendía a lo largo de toda la avenida.

Era un lugar que daba la impresión de que no debería existir. No se trataba de un simple parque: esto era un auténtico bosque, ajeno a todo diseño y control, espontáneo y feral. No había coche ni motocarro capaz de entrar en la Aldea; aun sin los árboles, el terreno era demasiado escabroso, abrupto e irregular. Los edificios que flanqueaban la calle habían sido absorbidos y convertidos en propiedad de la Aldea. Wax no pudo por menos que preguntarse si sería este el aspecto que ofrecería toda Elendel sin la intervención de la mano del hombre. Armonía había imprimido una fecundidad asombrosa a la Cuenca; más que cultivar, aquí había que luchar para recoger la cosecha lo suficientemente aprisa.

Avanzó a largas zancadas, pertrechado como si se dirigiera a la guerra. Con *Vindicación* y su Sterrion en las caderas, una escopeta de cañones recortados en su funda sobre el muslo y el metal ardiendo en su interior. Se caló el ala del sombrero y entró en otro mundo.

Había niños jugando entre los árboles, vestidos con sencillas camisolas de color blanco. Los mayores lucían el tinningdar, una túnica terrisana con una V en la pechera. Estos lo observaban desde los escalones de los edificios en los que estaban sentados. Aquí el aire olía a… suavidad. Aire suave. Se trataba de una metáfora estúpida, pero, sin embargo, así era. La fragancia le recordaba a su madre.

Los murmullos brotaban alrededor de Wax, como capullos en primavera. Mantuvo la vista fija al frente mientras hollaba el terreno, excesivamente mullido. No había rejas en los accesos a la Aldea, pero nadie podía entrar ni salir sin que lo identificaran. Instantes después de su

aparición, de hecho, una muchacha de largos cabellos dorados se le había adelantado corriendo con el cometido de difundir la noticia de su llegada.

«Aquí han encontrado la paz —pensó Wax—. Se la han ganado. No deberías mostrarte resentido con ellos por eso».

Tras un breve paseo, emergió de una arboleda para encontrarse con tres terrisanos que lo estaban esperando, con los brazos cruzados, todos ellos ataviados con el manto que los identificaba como brutos, feruquimistas capaces de incrementar su fuerza. Sus facciones eran lo suficientemente variadas como para que nadie pudiera pensar que estaban emparentados. Dos de ellos exhibían una altura que a menudo se veía en los descendientes de Terris, si bien había uno cuya tez parecía más oscura; algunos de los Originadores de la antigua Terris eran morenos de piel. El bronceado de Wax seguramente provenía del mismo linaje. Ninguno de los presentes, sin embargo, ostentaba los estilizados rasgos que describían los cuadros antiguos. Eso era un mito.

—¿Qué necesitas, forastero? —lo saludó uno de los hombres.

—Quiero hablar con el sínodo —respondió Wax.

—¿Eres alguacil? —preguntó su interlocutor mientras lo observaba de arriba abajo. Había niños escondidos tras los árboles cercanos, espiándolo.

—Algo por el estilo.

—Los terrisanos hacen cumplir la ley por sí mismos —dijo otro de los hombres—. Tenemos un acuerdo.

—Conozco el pacto —replicó Wax—. Solo necesito hablar con el sínodo, o al menos con la anciana Vwafendal.

—No deberías estar aquí, vigilante —dijo el portavoz de los terrisanos —. Me…

—No pasa nada, Razal —intervino una voz cansada desde las sombras que proyectaba un árbol próximo.

Los tres hombres se giraron y ensayaron una rápida reverencia ante la llegada de una terrisana entrada en años. Con el pelo blanco y de porte majestuoso, su piel era más oscura que la de Wax y caminaba con un bastón que no parecía necesitar. La mujer, Vwafendal, observó a Wax. Este descubrió que había empezado a sudar.

Razal, todavía inclinado, habló con voz obstinada.

—Hemos intentado expulsarlo, anciana.

—Tiene derecho a estar aquí —replicó Vwafendal—. Por sus venas corre tanta sangre de Terris como por las tuyas, más que por las de la mayoría.

El bruto terrisano se sobresaltó, enderezó la espalda y observó a Wax de reojo.

—¿Insinúas…?

—Sí —lo atajó Vwafendal, con aspecto cansado—. Es él. Mi nieto.

Wayne empinó la botella de ron y esperó a que cayeran en su lengua las últimas gotas antes de volver a guardarla en el bolsillo de su abrigo. Era buena. No debería costarle nada cambiarla por otra cosa.

Desmontó de un salto del bote del canal y se despidió con la mano de Red, el barquero. Un tipo majo. Le dejaba viajar a cambio de historias. Wayne escupió la moneda que llevaba guardada en la boca, contra la cara interior del carrillo, y se la lanzó a Red, que la atrapó al vuelo.

—¿Por qué está mojada? ¿Qué hacías, chuparla?

—¡Ningún alomante podrá empujar contra mi moneda si la escondo en la boca!

—Estás como una cuba, Wayne —se carcajeó Red mientras utilizaba la pértiga para separarse del embarcadero.

—No tanto como me gustaría. ¡El muy rácano de Wax ni siquiera había tenido la decencia de guardar una botella llena!

Red maniobró el bote para adentrarse en las aguas del canal, con la capa ondeando al viento. Wayne dio la espalda al poste que señalaba el amarradero y se enfrentó a la imagen más intimidante que podría echarse nadie a la cara. La Universidad de Elendel.

Había llegado el momento de las tres pruebas de Wayne.

Agarró la botella de ron, justo antes de recordar —ligeramente aturdido— que ya se lo había bebido todo.

—Herrumbre y Ruina —murmuró. Tal vez no debería habérsela pimplado entera. Por otra parte, así era más fácil olvidarse de los mocos. Bebido en condiciones, podría encajar uno o dos puñetazos en la cara sin

inmutarse, como si lo envolviese un aura de invencibilidad. Un aura estúpida, vale, pero Wayne no era de los que se ponían exquisitos con esas cosas.

Se acercó a las puertas de la universidad con las manos hundidas en los bolsillos del abrigo. Sobre el dintel, en alto imperial, las letras cinceladas rezaban: siempre saciando esa sed de saber. Profundas palabras. Había oído que podían interpretarse como: «El conocimiento es el eterno deseo del alma con hambre». Cuando el alma de Wayne tenía hambre, el cuerpo le pedía matarla con bollos, pero este sitio estaba repleto de gente muy lista, y los cerebritos tenían sus manías.

Había dos hombres apoyados indolentemente en las puertas, embozados en sendos abrigos negros. Wayne titubeó. Conque esta vez lo estaban esperando en la entrada, ¿eh? La primera de las tres pruebas se cernía sobre él. Herrumbrosamente maravilloso.

En fin, fiel a la naturaleza de los grandes héroes que protagonizaban todas las leyendas, se proponía hacer cuanto estuviera en su mano para evitar esa prueba en particular. Wayne saltó a un lado para ponerse a cubierto antes de que los dos hombres lo divisaran y siguió la pared. Pared que rodeaba toda la universidad, como si esta fuese una especie de búnker. ¿Temerían acaso que se pudiera escapar todo su conocimiento, escurriéndose como el agua de las orejas de un nadador?

Wayne estiró el cuello, buscando una vía de acceso. Habían tapiado el boquete por el que se había colado la última vez. Y habían talado el árbol al que se había encaramado en una ocasión anterior. ¡Mecachis, qué avispados que eran! Decidió cumplir con otra tradición asentada entre los héroes que se enfrentaban a alguna gran prueba. Empezó a pensar cómo podría hacer trampas.

Encontró a Luces en una esquina cercana. El joven lucía un bombín y una pajarita, pero a su camisa le habían arrancado las mangas. Era el líder de una de las pandillas callejeras más importantes de la zona, aunque nunca se pasaba con las puñaladas cuando atracaba a alguien y se mostraba cortés con la gente a la que extorsionaba. Le faltaba poco para ser un ciudadano ejemplar.

—Hola, Luces —lo saludó Wayne.

Luces le lanzó una mirada.

—¿Vienes de guripa hoy, Wayne?

—No.

—Ah, bien. —Luces se sentó en unos escalones y sacó algo de uno de sus bolsillos; una cajita metálica.

—Vaya, vaya —dijo Wayne, restregándose la nariz—. ¿Y eso qué es?

—Chicle.

—¿Chicle?

—Sí, es para mascar. —Luces le ofreció un trozo. Estaba enrollado como una pelota, era blando al tacto y estaba recubierto de un fino polvillo.

Wayne observó al muchacho con suspicacia, pero decidió probarlo. Masticó un momento.

—Sabe bien —dijo, y se lo tragó.

Luces se echó a reír.

—¡No se traga, Wayne! Solo se mastica.

—¿Y dónde está la gracia?

—En que es agradable. —Luces le lanzó otra pelotita.

Wayne se la metió en la boca y preguntó:

—¿Cómo van las cosas con los Remendones?

Los Remendones eran la banda rival de la zona. Luces y sus compañeros iban por ahí sin mangas. Los Remendones se paseaban descalzos. A los chicos de la calle, muchos de los cuales eran hijos de sin techo, les parecía la cosa más normal del mundo. A Wayne le gustaba mantener el contacto con ellos. Eran buena gente. Él había sido igual en su día.

Hasta que la vida lo condujo en la dirección equivocada. A los chicos como esos les venía bien que alguien les indicara cuál era la dirección adecuada.

—Bueno, ya sabes —respondió Luces—. Es un tira y afloja.

—No iréis a meteros en líos, ¿o sí?

—¡Dijiste que hoy no venías de guripa!

—Y no vengo —replicó Wayne, adoptando por instinto la jerga de Luces—. Te lo pido como amigo.

Luces arrugó el entrecejo y apartó la mirada, pero su respuesta, cuando por fin la musitó, sonó sincera.

—No somos tontos, Wayne. Mantendremos la cabeza fría. Tú ya lo sabes.

—Bien.

Luces volvió a observarlo de reojo mientras Wayne se sentaba.

—¿Has traído el dinero que me debes?

—¿Te debía dinero?

—Lo de las cartas —dijo Luces—. ¿Hace dos semanas? Herrumbres, Wayne, ¿has bebido? ¡Pero si todavía no es ni mediodía!

—He bebido —dijo Wayne, sorbiendo por la nariz— porque estoy investigando estados alternativos a la sobriedad. ¿Cuánto te debo?

Luces no respondió de inmediato.

—Veinte.

—Bueno, veamos. —Wayne rebuscó en su bolsillo—. Recuerdo con toda claridad que te pedí cinco prestados. —Sacó un billete. De cincuenta.

Luces arqueó una ceja.

—Deduzco que quieres algo de mí.

—Necesito entrar en la universidad.

—Las puertas están abiertas.

—No puedo acceder por ahí. Me conocen.

Luces asintió con la cabeza. Esa era una queja habitual en su mundo.

—¿Qué necesitas de mí?

Instantes después, una figura ataviada con el abrigo, el sombrero y los bastones de duelo de Wayne intentó cruzar las puertas principales de la universidad. Al ver a los dos hombres vestidos de negro, giró sobre los talones y emprendió la huida, perseguido por ellos.

Wayne se ajustó los anteojos mientras los veía alejarse. Sacudió la cabeza. ¡Rufianes intentando colarse en la universidad! Escandaloso. Traspuso las puertas con un montón de libros bajo el brazo y luciendo una pajarita. Otro de esos hombres —apostado en un lugar más recogido, atento a cómo sus compañeros perseguían a Luces— apenas si le prestó atención a Wayne.

Anteojos. Eran algo así como un sombrero para la gente lista. Wayne se desembarazó de los libros en el interior de la plaza, pasó junto a una fuente con una estatua de una señora indecorosamente vestida —solo se entretuvo un momento— y encaminó sus pasos hacia la Sala de Pashadon, el dormitorio femenino. El edificio se parecía un montón a una cárcel: tres plantas de pequeñas ventanas, arquitectura de piedra y rejas de hierro que parecían decir: «Alejaos, chicos, si valoráis vuestras partes nobles».

Se abrió paso a través de las puertas principales, donde se preparó para la segunda de sus tres pruebas: la Tirana de Pashadon. Estaba sentada a su mesa, una mujer con la constitución de un buey y las facciones a juego. Incluso su cabello se rizaba como dos cuernos. Era una institución en la universidad, o eso le habían contado a Wayne. Quizá viniera con los candelabros y los divanes.

Levantó la cabeza tras su escritorio, en la entrada, y se puso en pie de un salto, desafiante.

—¡Tú!

—Hola —saludó Wayne.

—¿¡Cómo has burlado la seguridad del campus!?

—Les lancé una pelota —dijo Wayne, guardándose los anteojos en el bolsillo—. A casi todos los perros les encanta tener algo detrás de lo que correr.

La tirana rodeó pesadamente su lado del escritorio. Era como ver un carguero intentando navegar por los canales de la ciudad. Lucía un sombrero diminuto, en un intento por estar a la moda. Le gustaba considerarse parte de la alta sociedad de Elendel, y más o menos lo era. Del mismo modo que los bloques de granito que componían los escalones de la mansión del gobernador formaban parte del gobierno civil.

—Tú —repitió, clavando un dedo en el pecho de Wayne—. Pensaba que te había dicho que no volvieras a aparecer por aquí.

—Pensaba que no te había hecho caso.

—¿Estás borracho? —La mujer le olisqueó el aliento.

—No —dijo Wayne—. Si lo estuviera, no me parecerías tan fea.

La mujer le dio la espalda con un resoplido.

—Tu atrevimiento me parece increíble.

—¿En serio? Porque estoy seguro de que ya he sido igual de atrevido antes. Todos los meses, de hecho. Por consiguiente, debería parecerte de lo más creíble, viniendo de mí.

—No pienso dejarte pasar. Esta vez, no. Eres una sabandija.

Wayne suspiró. En las historias, los héroes nunca tenían que enfrentarse dos veces a la misma bestia. Se le antojaba injusto que él debiera vérselas con esta todos los meses.

—Mira, solo quiero ver cómo está.

—Está bien.

—Tengo dinero —dijo Wayne—. Para ella.

—Puedes dejárselo aquí. Alteras a la muchacha, bellaco.

Wayne dio un paso adelante y cerró los dedos sobre el hombro de la tirana.

—Preferiría no tener que hacer esto.

La mujer lo miró. Y, para sorpresa de Wayne, hizo crujir los nudillos. «Caray». El muchacho se apresuró a meter la mano en el bolsillo y sacó un trozo de cartulina.

—Una entrada —explicó atropelladamente— para dos para la fiesta de primavera y discurso del gobernador que tendrá lugar durante una velada en el ático de lady ZoBell esta noche. Esta invitación de aquí no está a ningún nombre en concreto. Quien la presente podrá pasar.

Los ojos de la tirana se abrieron de par en par.

—¿A quién se la has robado?

—Por favor —dijo Wayne—. Llegó a mi casa.

Lo cual era rigurosamente cierto. Iba dirigida a Wax y Steris, pero estos eran tan importantes que las invitaciones que les enviaban no especificaban su nombre, para que pudieran delegar en algún emisario si lo deseaban. Cuando de alguien tan célebre como Wax se trataba, incluso conseguir que un pariente o un amigo suyo asistiera a tu fiesta podía resultar ventajoso.

La tirana no era ni lo uno ni lo otro, pero Wayne supuso que Wax se alegraría de no tener que ir a la condenada fiesta, de todas formas. Además, le había dejado una hoja muy bonita a cambio. Herrumbrosamente preciosa, era esa hoja.

Al ver que la tirana titubeaba, Wayne agitó la invitación ante ella.

—Supongo —empezó la mujer— que podría dejarte pasar una última vez. Sin embargo, los varones que no guarden ningún parentesco no pueden acceder a la sala de visitas.

—Soy prácticamente de la familia —replicó Wayne.

En ese sitio estaban obsesionados con mantener separados a los chicos y las chicas, lo cual le resultaba curioso. Con toda la gente tan lista que había en los alrededores, ¿no debería haber descubierto ya alguien que lo que querían los chicos y las chicas era estar juntos?

La tirana le franqueó el acceso a la sala de visitas y encargó a una de las muchachas de su mesa que fuese a buscar a Allriandre. Wayne se sentó, pero era incapaz de dejar de tamborilear con los dedos. Lo habían despojado de todas sus armas, el dinero para los sobornos e incluso el sombrero. Se sentía prácticamente desnudo, pero había conseguido llegar a la última prueba.

Allriandre llegó instantes después. Traía refuerzos con ella, en forma de otras dos jovencitas más o menos de su edad, al filo de la veintena. «Chica lista», pensó Wayne, orgulloso. Se levantó.

—Madame Penfor dice que estás borracho —declaró a modo de saludo Allriandre, sin moverse de la puerta.

Wayne sondeó su mente de metal para extraer una dosis de curación. En un abrir y cerrar de ojos, su organismo consumió todas las impurezas y restañó sus lesiones. Reaccionaba ante el alcohol como si fuese veneno, lo cual daba fe de que uno no siempre se podía fiar de su cuerpo, pero hoy no se quejó. También le quitó los mocos, por el momento, aunque esos regresarían. Por alguna razón, era difícil curar las enfermedades con una mente de metal.

En cualquier caso, la sobriedad cayó sobre él como un ladrillazo. Respiró hondo, sintiéndose aún más desnudo que antes.

—Es solo que me gusta tomarle el pelo —dijo Wayne, ya sin rastro de pastosidad en la lengua, concentrados sus ojos.

Allriandre lo sometió a un intenso escrutinio. Asintió con la cabeza, pero no entró en la sala.

—Te he traído la asignación mensual. —Wayne sacó un sobre y lo dejó encima de la superficie de cristal de la mesita de centro que había a su lado.

Enderezó los hombros y se rebulló en el sitio, cambiando el peso del cuerpo de un pie a otro.

—¿Es él de verdad? —le preguntó a Allriandre una de las muchachas —. Dicen que va con Disparo al Amanecer. De los Áridos.

—El mismo —respondió Allriandre, sin dejar de mirar a Wayne—. No quiero tu dinero.

—Tu mamá me encargó que te lo diera.

—No es necesario que lo traigas en persona.

—Sí que lo es —replicó Wayne en voz baja.

Se quedaron callados, inmóviles. Al cabo, Wayne se aclaró la garganta.

—¿Cómo van los estudios? ¿Te tratan bien aquí? ¿Te hace falta alguna cosa?

Allriandre metió la mano en el bolso y sacó un camafeo de gran tamaño, que abrió para desvelar el evanotipo, asombrosamente nítido, de un hombre bigotudo con un brillo especial en la mirada. Poseía unas facciones alargadas y amables, y comenzaba a ralearle el cabello. Su padre.

Se lo enseñaba a Wayne cada vez que venía.

—Cuéntame lo que hiciste —dijo. Esa voz… podría haber sido la que utilizara el mismísimo invierno.

—No…

—Que me lo cuentes.

La tercera prueba.

—Maté a tu padre —dijo Wayne, en voz baja, contemplando la imagen —. Lo asalté en un callejón para quitarle la cartera. Disparé a un hombre que valía más que yo, y por eso no merezco vivir.

—Sabes que no estás perdonado.

—Lo sé.

—Ni lo estarás nunca.

—Lo sé.

—Entonces, aceptaré tu dinero manchado de sangre —dijo Allriandre —. Mis estudios van bien, si tanto te interesa saberlo. Estoy pensando en meterme en derecho.

Wayne esperaba que, algún día, podría mirar a la muchacha a los ojos y ver en ellos alguna emoción. Odio, quizá. Lo que fuera antes que ese vacío.

—Lárgate.

Wayne agachó la cabeza y se fue.

No debería haber ninguna cabaña de troncos con el techo de paja en plena Elendel y, sin embargo, allí estaba. Wax se inclinó para entrar, abrumado por la impresión de estar retrocediendo en el tiempo siglos enteros. Olía a pieles y cuero viejo.

El apacible clima de Elendel evitaría que alguna vez fuera necesaria la enorme fosa para fogatas que había en el centro. Hoy se había encendido en ella un pequeño fuego sobre el que burbujeaba un cazo de agua para el té. Sin embargo, las piedras chamuscadas denotaban que, en ocasiones, se utilizaba la fosa en todo su esplendor. Esta, las pieles, las pinturas de estilo antiguo de la pared —de vientos y lluvia congelada y diminutas figuras representadas con sencillos trazos inclinados—… fragmentos todo ello de un mito.

La Vieja Terris. Un legendario dominio de nieve y hielo, poblado por bestias de blanco pelaje y espíritus que acechaban en las tormentas heladas. Durante los primeros días posteriores al Catacendro, los refugiados de Terris, puesto que ya no quedaba ningún guardián, habían plasmado por escrito los recuerdos de su tierra natal.

Wax se sentó junto a la fogata de su abuela. Había quienes decían que la Vieja Terris aguardaba a esta gente, oculta en algún lugar en este nuevo mundo diseñado por Armonía. Para los fieles, bien pudiera tratarse del paraíso; un paraíso congelado y hostil. Vivir en una tierra de exuberancia natural, con frutos en abundancia, donde apenas si se requería cultivar la tierra, podía distorsionar la perspectiva de uno.

La abuela V se acomodó frente a él, pero no avivó el fuego.

—¿Te has quitado las pistolas antes de entrar en la Aldea esta vez?

—No.

—Qué insolente eres —resopló la anciana—. En tu prolongada ausencia, a menudo me he preguntado si los Áridos habrían conseguido atemperar tu carácter.

—Me han vuelto más terco, lo único.

—Una tierra de muerte y calor —dijo la abuela V. Estrujó un puñado de hierbas, cuyos fragmentos cayeron en un colador para el té sobre su taza. Vertió agua hirviendo encima de ellos y bajó la tapa con una mano sarmentosa—. Todo cuanto te rodea apesta a muerte, Asinthew.

—Ese no es el nombre que me puso mi padre.

—Tu padre no tenía derecho. Te exigiría que soltaras las armas, pero no serviría de nada. Seguirías siendo capaz de matar con una moneda, o con un botón, o con este cazo.

—La alomancia no es tan perversa como la pintas, abuela.

—Ningún poder lo es, por sí solo. Es en su combinación donde reside el peligro. Tú no tienes la culpa de que tu naturaleza sea así, pero no puedo por menos de verla como una señal. Otro tirano que se cierne sobre nuestro futuro, demasiado poderoso. Ese camino conduce a la muerte.

Sentado en esa cabaña, envuelto en la fragancia del té de la abuela, los recuerdos agarraron a Wax por las solapas y lo arrojaron de bruces contra su pasado. Un joven que nunca había sabido decidir lo que era. ¿Alomante o feruquimista, noble de la ciudad o humilde terrisano? Su padre y su tío tiraban de él en una dirección; su abuela, en la otra.

—Un feruquimista asesinó anoche a varias personas en el cuarto octante, abuela —dijo Wax—. Era un mensajero de acero. Sé que sigues la pista de todos los que poseen sangre feruquímica en la ciudad. Necesito una lista de nombres.

La abuela V removió el té.

—Has visitado la Aldea en… ¿qué, apenas tres ocasiones desde que volviste a la ciudad? Casi dos años, y antes de hoy solo has sacado tiempo otras tantas veces para tu abuela.

—¿Puedes culparme por ello, sabiendo cómo suelen terminar estas reuniones? Con franqueza, abuela, sé lo que piensas de mí. Así que, ¿para qué torturarnos?

—Te aferras a la imagen de mí que tenías hace dos años, muchacho. La gente cambia. Hasta yo. —La anciana probó un sorbo de té, añadió más hierbas al colador y volvió a sumergirlo en el agua. No se lo tomaría hasta que no estuviera en su punto—. Pero alguien como tú, no, al parecer.

—¿Intentas provocarme, abuela?

—No. Se me dan mejor los insultos que eso. No has cambiado nada. Sigues sin saber quién eres.

La misma discusión de siempre. Le había dicho lo mismo las dos ocasiones anteriores que se habían visto en el último par de años.

—No pienso empezar a vestirme con mantos de Terris, hablar como si estuviera afónico ni ir por ahí citando proverbios.

—Prefieres ir por ahí pegando tiros.

Wax respiró hondo. En el aire flotaba una mezcla de olores. ¿Del té? La fragancia le recordaba a la hierba recién cortada. Al césped de los jardines de su padre, en los que, sentado, escuchaba cómo discutían él y su abuela.

Había vivido aquí, en la Aldea, un solo año. Su padre no había accedido a prolongar esa estancia. Incluso esa concesión fue sorprendente; el tío Edwarn quería que Wax y su hermana se mantuvieran lejos de allí. Antes de que su heredero oficial, el difunto Hinston Ladrian, naciera cuando Wax contaba dieciocho años, Edwarn básicamente se había apropiado de los hijos de su hermano y había intentado criarlos. Incluso ahora, en su cabeza, a Wax le costaba distinguir la voluntad de sus padres de la de Edwarn.

Un año entre estos árboles. A Wax le habían prohibido practicar la alomancia durante su estancia en la Aldea, pero aprendió algo mucho más importante. Que, incluso en la idílica Terris, existían los criminales.

—Solo he sabido realmente quién soy —dijo Wax, levantando la cabeza para mirar a su abuela a los ojos— cuando me he puesto el gabán de bruma, me he ceñido las pistolas a la cintura y he dado caza a personas que se habían vuelto rabiosas.

—No te debería definir lo que haces, sino lo que eres.

—Somos aquello que hacemos.

—¿Has venido en busca de un feruquimista asesino? Solo necesitas mirarte al espejo, muchacho. Si un hombre es lo que hace… piensa en todo lo que has hecho tú.

—Nunca he matado a nadie que no se lo mereciera.

—¿Puedes estar absolutamente seguro de eso?

—No, pero sí razonablemente seguro. Si he cometido errores, pagaré algún día por ellos. Así no conseguirás distraerme, abuela. Luchar no está reñido con las tradiciones de Terris. También Armonía mataba.

—Solo exterminaba monstruos y bestias. Nunca a los suyos.

Wax dejó escapar una exhalación. ¿Otra vez esto? «Herrumbres. Debería haber obligado a Wayne a venir en mi lugar. Él le cae bien, o eso dice».

Percibió una nueva vaharada aromática. Flores machacadas. En la penumbra que reinaba en la cámara, volvió a recordarse, en pie, entre los árboles de la Aldea de Terris. Con el rostro vuelto hacia arriba, contemplando una ventana rota, sintiendo la bala que sostenía en la mano.

Y sonrió. Antes, esa imagen le reportaba dolor; el dolor de la soledad. Ahora solo veía a un vigilante en ciernes, y recordaba la sensación de finalidad que lo había embargado.

Wax se incorporó y recogió su sombrero, envuelto en el vuelo de los faldones de su gabán de bruma. Sospechaba que la fragancia que flotaba en el aire, los recuerdos, eran obra de su abuela. ¿Quién sabía lo que le habría echado a ese té?

—Voy a dar caza a un asesino —dijo—. Si debo hacerlo sin tu ayuda, si vuelve a matar antes de que lo detenga, en parte será culpa tuya. A ver lo bien que consigues dormir por las noches entonces, abuela.

—¿Lo matarás? —preguntó la anciana—. ¿Apuntarás a su pecho cuando dispares, en vez de a su pierna? La gente muere a tu alrededor. No lo niegues.

—No lo hago. Nadie debería apretar el gatillo si no está dispuesto a matar. Y, si mi rival está armado, apuntaré al pecho. Así, cuando la gente muere a mi alrededor, sé que se lo merece.

La abuela V clavó la mirada en el cazo.

—La persona que buscas se llama Idashwy. Y no es ningún hombre.

—¿Mensajera de acero?

—Sí. No es una asesina.

—Pero…

—Es la única mensajera de acero que conozco que podría estar implicada en algo así. Desapareció hace aproximadamente un mes, cuando su conducta se había vuelto… muy errática. Afirmaba estar recibiendo las visitas del espíritu de su difunto hermano.

—Idashwy —murmuró Wax, utilizando la pronunciación terrisana. «Ai-dash-güii». Las sílabas le dejaron un regusto pastoso en la boca, otro recordatorio de su estancia en la Aldea. La lengua de Terris había estado muerta una vez, pero constaba en los archivos de Armonía, y ahora muchos terrisanos aprendían a hablarla desde pequeños—. Juraría que me suena ese nombre.

—La conociste —dijo la abuela V—, hace tiempo. Estabas con ella aquella noche, de hecho, antes de…

«Ah, sí». Esbelta, con el cabello dorado, tímida y de pocas palabras. «Ignoraba que fuese feruquimista».

—Ni siquiera tienes la decencia de mostrarte avergonzado —lo reprendió la abuela V.

—No me avergüenzo de nada —replicó Wax—. Ódiame si quieres, abuela, pero venir a vivir contigo me cambió la vida, como siempre prometiste que ocurriría. Que la transformación no fuese la que esperabas no es ninguna vergüenza.

—Tan solo… intenta traerla de vuelta, Asinthew. No es ninguna asesina. Se siente confusa.

—Como todos. —Wax salió de la cabaña. En el exterior lo aguardaban los tres hombres de antes, cuyas torvas miradas rezumaban desaprobación. Wax inclinó el ala del sombrero en su dirección, soltó una moneda y se impulsó por los aires, entre dos árboles, atravesando el frondoso dosel hacia el cielo.

Marasi sentía el mismo alfilerazo de trepidación cada vez que entraba en las instalaciones de la comisaría.

Era una trepidación fruto de sus expectativas frustradas, de un futuro denegado. Aunque esta sala no tuviera el aspecto que ella se había imaginado —como centro logístico y administrativo de los alguaciles del octante, parecía más un conjunto de oficinas que otra cosa—, el mero hecho de estar aquí la emocionaba.

Esta no era la vida que debería llevar. Se había criado leyendo historias de los Áridos, de vigilantes y forajidos. Soñaba con revólveres de seis balas

y diligencias. Incluso había aprendido a montar a caballo y a disparar con el rifle. Pero, al final, la realidad se había cruzado en su camino.

Había nacido rodeada de privilegios. Era ilegítima, cierto, pero el generoso estipendio de su padre les había procurado un bonito hogar a su madre y a ella. El dinero necesario para su educación nunca había supuesto ningún problema. Con ese tipo de promesas —y con el empeño de su madre porque Marasi ingresara en la alta sociedad y le demostrara su valía a su padre—, decantarse por una profesión tan modesta como la de alguacil era algo impensable.

Sin embargo, aquí estaba. Era maravilloso.

Recorrió la sala, repleta de personas sentadas ante sus escritorios. Aunque había una cárcel adosada al edificio, esta disponía de su propia entrada, y Marasi rara vez la visitaba. Muchos de los alguaciles con los que se cruzó mientras atravesaba la cámara principal eran de los que pasaban la mayor parte del tiempo detrás de una mesa. Su propio puesto ocupaba un cómodo rincón junto al despacho del capitán, el cual parecía un trastero; Aradel rara vez se dejaba ver por allí. Prefería deambular por la cámara principal como un león enjaulado, siempre en movimiento.

Marasi dejó el bolso encima de su escritorio, junto a un montón de denuncias recopiladas a lo largo del último año; dedicaba su tiempo libre a intentar evaluar hasta qué punto los delitos de poca monta de una región presagiaban crímenes de mayor importancia. Mejor eso que leer las cartas de su madre, diplomáticamente enfadadas, ocultas debajo. Se asomó al despacho del capitán y vio su chaleco tirado encima de la mesa, justo al lado de la pila de partidas de gastos que debería estar aprobando. Marasi sonrió y sacudió la cabeza. Tras sacar el reloj del bolsillo del chaleco de Aradel, emprendió la búsqueda.

Las oficinas eran un hervidero de actividad, pero el bullicio distaba de alcanzar los niveles de la sede de la fiscalía. En el transcurso de las prácticas que había realizado allí, bajo la supervisión de Daius, siempre le había parecido que todo el mundo estaba de los nervios. La gente trabajaba de día y de noche, y cada vez que se ofertaba algún caso nuevo, los procuradores más jóvenes se abalanzaban sobre el tablón de anuncios en

una avalancha de papeles, abrigos y faldas, esforzándose por ver antes que nadie quién había publicado el caso y cuántos ayudantes necesitaba.

Abundaban las oportunidades de adquirir prestigio, e incluso de enriquecerse. Sin embargo, nunca había podido librarse de la impresión de que, en realidad, nadie hacía nada. Los casos que podrían marcar alguna diferencia languidecían porque carecían de la notoriedad necesaria, mientras que todo lo que estuviera relacionado con algún noble prominente recibía prioridad absoluta. Si había prisa era, más que por solucionar los problemas de la ciudad, por garantizar que los procuradores más veteranos vieran que le ponías mucho más entusiasmo que tus colegas.

Seguiría allí todavía, probablemente, si no hubiera conocido a Waxillium. Habría hecho lo que quería su madre, la cual aspiraba a resarcirse por mediación de Marasi. Demostrar, tal vez, que podría haberse casado con lord Harms si hubiera estado escrito en las cartas, pese a sus humildes orígenes. Marasi sacudió la cabeza. Quería a su madre, pero esta sencillamente tenía demasiado tiempo libre.

Las oficinas de los alguaciles eran muy distintas de las de los procuradores. Aquí se respiraba una genuina atmósfera de determinación, pero calculada, contemplativa incluso. Los alguaciles se retrepaban en sus sillas mientras describían a sus compañeros las pruebas que estaban examinando, buscando ayuda con algún caso. Los agentes más jóvenes deambulaban por la sala llevando tazas de café, recogiendo archivos o haciendo cualquier otro recado. La competitividad que exudaban los procuradores era mucho menos acusada aquí, quizá debido a que había mucho menos prestigio —y riqueza— en juego.

Encontró a Aradel remangado y con un pie encima de una silla, incordiando a la teniente Caberel.

—No, no —estaba diciendo el comisario—. Hazme caso, necesitamos más gente en las calles. Junto a los *pubs*, por la noche, donde se congregan los obreros de la fundición cuando se disuelve el piquete. De nada sirve vigilarlos durante el día.

Caberel asintió plácidamente con la cabeza, pero puso los ojos en blanco para Marasi al ver que estaba acercándose. Era cierto que Aradel acostumbraba a controlarlo todo en exceso, hasta el último detalle, pero por

lo menos se tomaba las cosas en serio. Marasi sabía, por experiencia, que casi todos lo estimaban, con caritas de exasperación o sin ellas.

Cogió una taza de té de la bandeja de un cabo que deambulaba por allí, repartiéndolas entre las mesas. El muchacho prosiguió su camino sin dejar de mirar al frente, pero Marasi prácticamente sintió cómo la golpeaba con su rencor. En fin, ella no tenía la culpa de haber aterrizado en este puesto, con el rango de teniente, sin necesidad de pasar antes por el servicio de cafetería.

«Vale —reconoció para sus adentros mientras probaba el té y se situaba junto a Aradel—. A lo mejor sí que hay un poquito de competitividad también por aquí».

—¿Te encargarás de esto, entonces? —preguntó Aradel.

—Cuente con ello, señor —respondió Caberel, una de las pocas personas de la oficina que trataban a Marasi con un mínimo de respeto. Quizá porque ambas eran mujeres.

Había menos féminas en la comisaría que en el gremio de los procuradores. Podría pensarse que esto se debía a que la violencia no interesaba a las damas, pero, tras haber desempeñado ambos oficios, Marasi creía saber qué profesión era la más encarnizada. Y no se trataba de aquella en la que sus representantes portaban armas de fuego.

—Bien, bien —dijo Aradel—. Tengo una reunión con el capitán Reddi dentro de… —Se palpó el bolsillo.

Marasi le tendió su reloj, que Aradel agarró y utilizó para consultar la hora.

—… quince minutos. Ja. Más de lo que me esperaba. ¿De dónde has sacado ese té, Colms?

—¿Quiere que le traiga una taza?

—No, no. Puedo hacerlo yo solo. —Aradel se puso en marcha y, tras inclinar la cabeza en dirección a Caberel, Marasi salió corriendo tras él.

—Señor —dijo—, ¿ha visto los periódicos de la tarde?

Aradel extendió una mano, en la que Marasi depositó el pasquín. El comisario se acercó el fajo de papeles a la cara, y a punto estuvo de arrollar a tres alguaciles distintos camino de la lumbre y del té.

—Mala cosa —masculló—. Esperaba que lo utilizaran en nuestra contra.

—¿En nuestra contra, señor? —se sorprendió Marasi.

—Claro. Un noble muerto, los alguaciles que escatiman detalles con la prensa… Según se desprende de esto, parece que empezaron a achacar la muerte a los alguaciles, pero después se lo pensaron mejor. Al final, el tono es más de indignación contra Winsting que contra nosotros.

—¿Y eso es peor que acusarnos a nosotros de encubrir la verdad?

—Mucho peor, teniente —dijo Aradel, con una mueca, mientras buscaba una taza—. La gente está acostumbrada a odiar a los guripas. Somos un imán para eso, como un pararrayos. Mejor nosotros que el gobernador.

—A menos que el gobernador se lo merezca, señor.

—Peligrosas palabras, teniente —repuso Aradel, utilizando la jarra de gran tamaño que descansaba encima de la estufa de carbón para llenarse su taza—. Además de sumamente fuera de lugar.

—Ya sabe que se rumorea que es un corrupto —protestó en voz baja Marasi.

—Lo único que sé es que estamos al servicio de la ciudadanía. Ahí fuera hay gente de sobra con la disposición y la talla moral necesarias para controlar lo que haga el gobierno. Nuestro cometido es velar por la paz.

Marasi frunció el ceño, pero no dijo nada. El gobernador Innate era un corrupto, estaba segura casi por completo de ello. Eran demasiadas las casualidades, las pequeñas irregularidades que rodeaban sus decisiones políticas. Nada demasiado flagrante, de ninguna manera, pero las pautas eran la especialidad de Marasi, y su pasión.

No es que se hubiera propuesto descubrir que el líder de Elendel intercambiaba favores con la elite de la ciudad, pero, una vez detectados los indicios, se había sentido obligada a seguir escarbando. Sobre su mesa, precavidamente oculto bajo un montón de informes anodinos, yacía una libreta en la que había reunido toda la información. Nada concreto, pero la imagen que bosquejaba se le antojaba evidente… aunque comprendía que a cualquier otro le pareciera de lo más inocente.

Aradel la estaba observando.

—¿Discrepa usted de mi opinión, teniente?

—No se cambia el mundo evitando las preguntas difíciles, señor.

—En tal caso, siéntase libre de preguntar lo que quiera. En su cabeza, teniente, y no en voz alta… y menos fuera de esta comisaría. No sería de rigor que las personas para las que trabajamos pensaran que intentamos socavar su autoridad.

—Tiene gracia, señor —dijo Marasi—. Creía que trabajábamos para la ciudadanía, no para sus líderes.

Aradel se quedó petrificado, con la taza de té humeando a medio camino de los labios.

—Supongo que me está bien empleado. —Pegó un trago y sacudió la cabeza. El calor no consiguió que se inmutara. Entre el personal de la oficina corría la sospecha de que debía de haberse abrasado las papilas gustativas hacía años—. En marcha.

Mientras atravesaban la sala en dirección al despacho de Aradel se cruzaron con el capitán Reddi, que estaba sentado a su mesa. El hombre, alto y desgarbado, se levantó, pero Aradel le indicó por señas que volviera a sentarse y sacó su reloj de bolsillo.

—Todavía me quedan… cinco minutos antes de tener que lidiar contigo, Reddi.

Marasi le dirigió una sonrisita contrita. Por toda respuesta, el capitán arrugó el entrecejo.

—Algún día —se lamentó la muchacha— averiguaré por qué me odia ese hombre.

—¿Hmmm? Ah, porque le robó el trabajo —replicó Aradel.

A Marasi se le enredaron los pies y tropezó con el escritorio del teniente Ahlstrom.

—¿Cómo? —preguntó, apretando el paso para alcanzar a Aradel—. ¿Señor?

—Reddi iba a ser mi asistente —le explicó el comisario cuando llegaron a su despacho—. Tenía todas las papeletas para entrar en el puesto. Me disponía ya a contratarlo, de hecho, cuando recibí su solicitud.

Las mejillas de Marasi se volvieron incandescentes.

—¿Por qué querría Reddi ser su asistente, señor? Es agente de campo, un detective ya veterano.

—Todo el mundo piensa que para ascender hay que pasar más tiempo en la oficina y menos en la calle —dijo Aradel—. Tradición estúpida donde las haya, aunque en los demás octantes la respeten. No quiero que mis mejores hombres y mujeres se apoltronen detrás del escritorio. Lo que quiero es que la posición de asistente sirva para exprimir el potencial de alguien prometedor, y no para que a un alguacil de probada experiencia le salgan raíces.

Sus palabras consiguieron que muchas piezas encajaran por fin para Marasi. La hostilidad que percibía en los demás no se debía a que se hubiera saltado los rangos inferiores; muchos agentes con títulos nobiliarios lo hacían. Se debía a que habían cerrado filas para apoyar a Reddi, su amigo, víctima de una injusticia.

—Entonces… —Marasi respiró hondo y pugnó por no sucumbir a un ataque de pánico—. Entonces, ¿considera usted que yo soy alguien prometedor?

—Por supuesto que sí. De lo contrario, ¿por qué la habría contratado? —El cabo Maindew pasó junto a ellos en ese momento e hizo ademán de cuadrarse; Aradel le tiró el periódico a la cara—. Nada de saludos formales entre estas cuatro paredes, Maindew. Si tienes que pegarte en la frente cada vez que te cruces conmigo, te acabarás dejando inconsciente tú solo.

Miró de reojo a Marasi mientras Maindew musitaba una disculpa y se apresuraba a alejarse.

—Tiene algo, Colms —le dijo Aradel—. Algo ajeno a la impecable brillantez de su solicitud. No me interesan sus notas, ni lo que pensaran de usted los lenguas de cinc de la fiscalía. Las palabras que escribió acerca de cambiar la ciudad eran sensatas. Me impresionaron.

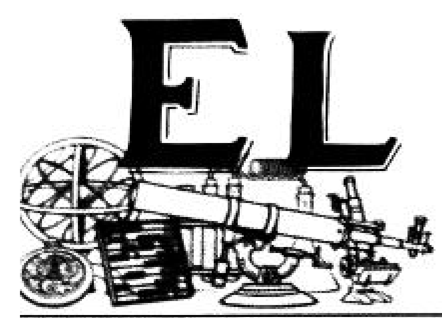
—Me… Gracias por el cumplido, señor.

—No me gustan las lisonjas, Colms. Pero sí la verdad. —El comisario apuntó con el dedo hacia la puerta—. Ese pasquín decía que el gobernador planea dirigirse a la ciudad esta misma tarde. Seguro que los alguaciles del segundo octante nos piden ayuda para controlar el gentío; siempre lo hacen. Así que voy a enviar una patrulla de agentes de calle. Acompáñelos, abra

bien los oídos e infórmeme de todo lo que diga el gobernador Innate. Y fíjese en la reacción de la multitud.

—Sí, señor —respondió Marasi, conteniéndose para no cuadrarse antes de recoger el bolso y salir corriendo a cumplir con sus órdenes.

EL ARCH



Apertura de mercado

Acciones de EBSE +0.5
Mercancías -2.1

1.º de Doxil, 342
Edición matinal

EL DIARIO DE LA CIVILIZA

"EL CABALLERO JAK EN LA CIUDAD DE LAS FUENTES"

Parte seis

"¡La velada siniestra!"

No tengo que recordar a mis atos lectores sobre la precaria tación en la cual me encontré final de la columna de la sena pasada, pero para aquellos vosotros cuyos agudizados tidos acaban de llevarles de entrañas del periodismo más gonzoso a las nobles págis de *El Archivo Local*, dejad e os presente una breve recaulación.

Gracias a mi habilidosa labia y ni veloz mente de estaño, conqui acceder a la fiesta privada lady Lavont en Nueva Seran nde ella planeaba subastar los icos botones que quedan del batín preferido del lord Nacido de la Bruma. Handerwynn, mi fiel acompañante terrisano consiguió cierta información en la que los Remendones planeaban robar los botones al intercambiarlos con indistinguibles falsificaciones durante la noche.

Mientras Handerwynn observó los botones de estaño desde la mesa de los entrantes, yo me codeaba con lady Lavont y su círculo privado, a los cuales les pareci realmente encantador. Entonces fue cuando el hombre vestido con un traje blanco a rayas me apuntó con un arma. *(¡Continúa abajo!)*

ELENDEL SIENTE DE LA INUNDACIÓ

El precio elevado de las mercancías a

Mientras una de las regiones de la cuenca clave en producción de grano se esfuerza en reconstruir la presa cerca de Corbeau, preguntas sin respuesta todavía acechan el confort de aquellos en el corazón de la cuenca. El círculo financiero Argien-Ohr, el mayor y más prestigioso comité de banqueros y otros líderes financieros de Elendel, ha convocado una reunión de emergencia para determinar si envían auxilio al área afectada por la inundación. La gran pregunta que acecha al círculo es la inversión en arquillas y recursos será suficiente para afectar el mercado de mercancías, el cual acaba de empezar a irse a pique bajo las predicciones de que las cosechas de grano serán la mitad de las del año pasado.

«Hay suministros de sobra en reserva para cubrir la mayor parte de las demandas de los cuatro próximos meses», dice lord Chapmot Heviers, un miembro del círculo con fuertes lazos al Corbeau. «Pero después, la mayor parte del grano irá al mayor postor. Si eres dueño de pastelerías, te lo pensarás dos veces antes de vender barras de pan a cinco recortes cuando podrías vender whisky por cuarenta recortes la botella».



EDITORIAL INVITADO: ¡LA MOLESTA NEGLIGENCIA DE LOS LANZAMONEDAS!

En los últimos dieciséis meses he reparado tres farolas, una ver-

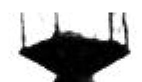
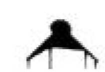
VISITANTES de otros MUNDOS





¡La velad siniest

Describí a mi asalta

ja de hierro, y dos campanarios de aguja; todo ello en mi casa Madison Ways. Mi residencia en



do un traje blanco a
eso no es del todo esp
Elendel, alguien vestic

6



Wax surcaba los aires sobre la ciudad de Elendel, con las correas de su sombrero sujetándoselo al cuello y el gabán de bruma ondeando como un estandarte a su espalda. A sus pies, la ciudad fluctuaba y bullía, congestionadas de gente las arterias de sus carreteras. Algunos le lanzaban miraditas de soslayo, pero la mayoría no le prestaba atención. Aquí los alomantes no eran tan exóticos como en los Áridos.

«Toda esta gente…», pensó Wax, empujando contra una fuente moldeada para simbolizar unas brumas que se condensaban en una estatua de cobre verdoso que representaba a Armonía, en cuyos brazos levantados resplandecían sus brazaletes dorados. Había mujeres sentadas en el borde de piedra; niños jugando en sus aguas. La sorteaban motocarros y vehículos tirados por caballos que se desviaban a los lados y tomaban infinidad de rumbos distintos, enfrascados en el siempre importante ajetreo que caracterizaba la vida en la urbe.

Tantas personas… y aquí, en el cuarto octante, un sobrecogedor porcentaje de ellas eran responsabilidad suya. Él pagaba sus sueldos, para empezar, o supervisaba a quienes se encargaban de ello; la solvencia de su casa constituía los cimientos que sustentaban la estabilidad económica de miles y miles de hogares. Pero eso solo era una parte, ya que, mediante su escaño en el Senado, representaba a todos cuantos trabajaban a su servicio o vivían en sus propiedades.

El Senado se dividía en dos bandos. El primero, formado por los representantes gremiales, se constituía mediante elecciones e iba y venía según cambiaban las necesidades del pueblo. El segundo, que aglutinaba los escaños de las casas nobles, era rígido e inmutable, inmune a la impredecibilidad de las urnas. Y sobre todos ellos presidía el gobernador, elegido por el conjunto del Senado en su totalidad.

Como sistema no estaba mal, solo que obligaba a Wax a velar por el bienestar de decenas de miles de individuos a los que no conocería jamás. Le entró un tic en el ojo. Viró, empujando contra los barrotes del armazón de una vivienda que sobresalían descuidadamente de una de sus paredes.

Prefería las comunidades de los Áridos, donde uno podía ponerles cara a todos sus vecinos. Así era más fácil preocuparse por ellos y se tenía la impresión de estar haciendo algo práctico. Marasi replicaría que, según las estadísticas, dirigir su casa aquí era un método más eficaz en lo que a garantizar la satisfacción general de sus congéneres respectaba, pero Wax no era un hombre de números; era un hombre que confiaba en su instinto. Y su instinto echaba de menos conocer a la gente a la que servía.

Aterrizó en un enorme depósito de agua próximo a la cúpula de cristal que coronaba el recinto de la Iglesia del Superviviente más importante del octante. Ya había fieles asistiendo al servicio que se oficiaba en su interior, aunque acudirían en mayor número al anochecer, para reverenciar las brumas. La Iglesia las veneraba y, sin embargo, con esa cúpula de cristal se aislaban de ellas. Wax sacudió la cabeza y se impulsó, siguiendo el curso del canal que discurría cerca de allí.

«Habrá terminado ya —pensó—. Estará en uno de los embarcaderos, escuchando el rumor de las aguas…».

Continuó trazando el canal, cubierto de embarcaciones. El paseo de Tindwyl, que se extendía en paralelo a la corriente, estaba atestado; más incluso que de costumbre. Un hervidero de vida. Costaba no sentirse abrumado por la gran ciudad, engullido, apabullado, insignificante. En los Áridos, Wax no se limitaba a hacer cumplir la ley; también la interpretaba y la revisaba cuando era preciso. Él era la ley.

Aquí debía andarse con pies de plomo para sortear todo tipo de secretos y egos.

Mientras buscaba el muelle adecuado, descubrió el motivo de que hubiera tanta gente colapsando el paseo. La confluencia estaba apelotonada, intentando abrirse paso a través de un nutrido grupo de personas que enarbolaban pancartas. Wax pasó sobre sus cabezas y se sorprendió al distinguir a un reducido grupo de alguaciles del octante local entre los manifestantes; la vociferante aglomeración los presionaba desde todos los frentes, esgrimiendo sus consignas en una actitud incómodamente agresiva.

Wax se dejó caer desde las alturas y empujó contra los clavos de las tablas del paseo, con delicadeza, para frenar su descenso. Aterrizó agazapado en una zona despejada que había cerca de allí, extendidos los faldones de su gabán de bruma; sus pistolas emitieron un tintineo.

Los manifestantes se quedaron observándolo durante unos instantes interminables antes de disolverse, desbandándose en todas direcciones. Wax ni siquiera tuvo que decir nada. Los angustiados alguaciles resurgieron instantes después, como piedras después de que un violento aguacero barriera el suelo de la llanura.

—Gracias, señor —dijo su capitana, una mujer mayor cuyos cabellos sobresalían formando un lacio ribete rubio de aproximadamente dos dedos de ancho bajo el ala de su sombrero de alguacil.

—¿Se han puesto violentos? —preguntó Wax, viendo cómo se disgregaban los últimos restos del piquete.

—No les hizo gracia que les pidiéramos que despejasen el paseo, Disparo al Amanecer. —La mujer sufrió un estremecimiento—. No esperaba que la cosa se pusiera tan fea, tan deprisa…

—No puedo decir que los culpe —intervino otro de los alguaciles, un individuo cuyo cuello recordaba el cañón alargado de una pistola. Hundió los hombros cuando sus compañeros se volvieron hacia él—. Mirad, no me digáis que no tenéis ningún amigo entre ellos. Seguro que los habéis oído refunfuñar muchas veces. En esta ciudad tiene que cambiar algo, eso es lo único que digo.

—No tienen derecho a bloquear una vía pública —dijo Wax—, da igual contra qué agravios deseen protestar. Volved a vuestra comisaría y aseguraos de traer más agentes la próxima vez.

Asintieron en silencio y se retiraron. Wax meneó la cabeza, preocupado, mientras la madeja de peatones que bloqueaba el paseo comenzaba a desenmarañarse de forma paulatina. Los manifestantes que formaban los piquetes tenían motivos para quejarse. Las mismas condiciones conflictivas que les afectaban las había identificado él en algunas de las contadas fábricas que poseía —los horarios interminables, la falta de seguridad en el entorno laboral— y, a causa de ello, se había visto obligado a despedir a unos cuantos supervisores. Estos habían sido reemplazados por otros que recibían instrucciones de contratar a más gente y reducir la duración de los turnos; al fin y al cabo, en la ciudad no escaseaba la mano de obra desocupada de un tiempo a esta parte. Pero después Wax había tenido que subirles el sueldo para que pudieran subsistir con lo que ganaban en esas jornadas más cortas, todo lo cual había terminado encareciendo la producción. Corrían tiempos difíciles. Y él no tenía la respuesta a esos problemas.

Anduvo un momento por el paseo, atrayendo no pocas miradas indiscretas de la gente con la que se cruzaba, pero no tardó en encontrar lo que buscaba: a Wayne, sentado en uno de los estrechos embarcaderos. Se había quitado los zapatos y los calcetines, tenía los pies en el agua y la mirada perdida en el canal, sobre el horizonte.

—Hola, Wax —dijo, sin levantar la cabeza, cuando se acercó el vigilante.

—¿Ha ido mal?

—Como siempre. Qué extraño. La mayoría de los días no me importa ser yo. Hoy, sí.

Wax se puso en cuclillas y apoyó una mano en el hombro del joven.

—¿Alguna vez te preguntas si no deberías haberme pegado un tiro, sin más? —preguntó Wayne—. Cuando me encontrasteis Jon y tú.

—No tengo por costumbre disparar contra nadie que no pueda apretar el gatillo a su vez —replicó Wax.

—Podría haber estado fingiendo.

—No. No podrías.

Wayne era un crío de dieciséis años cuando Jon *Dedomuerto* —antiguo alguacil y mentor de Wax por aquel entonces— y él lo descubrieron hecho

un ovillo en el entresuelo de una casa, con las manos en las orejas, rebozado de tierra y sollozando desconsolado. Wayne había tirado sus pistolas y su munición al fondo de un pozo. Mientras Dedomuerto lo sacaba a rastras, el muchacho no dejaba de quejarse del ruido de los disparos. Un tiroteo cuyos ecos solo oía él, resonando en aquel pozo…

—Todos los chicos que nos hemos cargado —dijo Wayne—. Cualquiera podría ser como yo. ¿Por qué me diste una segunda oportunidad a mí, y a ellos no?

—Suerte.

Wayne se giró para mirarlo a los ojos.

—También les daría una segunda oportunidad a esos chicos si pudiera —continuó Wax—. Quizás hayan experimentado momentos de duda, remordimientos. Pero aquellos contra los que disparamos, a esos no los encontramos desarmados, escondidos, dispuestos a entregarse. Los encontramos asesinando. Si te hubiera descubierto en pleno atraco a mano armada, hace ya tantos años, también habría disparado contra ti.

—No me engañas, ¿verdad?

—Por supuesto que no. Te habría metido un balazo entre ceja y ceja, Wayne.

—Eres un buen amigo. Gracias, Wax.

—No conozco a nadie más que se alegre cuando alguien promete matarlo.

—Tú no has prometido matarme —replicó Wayne mientras se ponía los calcetines—. Has prometido que me habrías matado. Pretérito perfecto, se llama eso.

—Tus nociones gramaticales me dejan anonadado —dijo Wax—, sobre todo por lo a menudo que te dedicas a descuartizar el idioma.

—Nadie conoce a la vaca mejor que el carnicero.

—Supongo que no te falta razón. —Wax se puso de pie—. ¿Te suena de algo una tal Idashwy? Feruquimista.

—¿Mensajera de acero?

Wax asintió con la cabeza.

—Nunca me he cruzado con ella —dijo Wayne—. Me echan a patadas siempre que voy de visita a la Aldea. Son muy poco hospitalarios.

Que Wax supiera, eso no era verdad. De vez en cuando Wayne se echaba por la cabeza una túnica terrisana, imitaba su acento y se infiltraba entre ellos para pasar unos días. Tarde o temprano se metería en problemas por decirles alguna vulgaridad a las muchachas, pero no lo expulsarían con cajas destempladas. Los dejaría desconcertados y despertaría su curiosidad, como ocurría con la mayoría de la gente, hasta que él solito se aburriera y decidiera largarse.

—A ver qué conseguimos averiguar —dijo Wax, mientras llamaba por señas a una de las góndolas del canal.

—¡Cinco billetes por una cesta de manzanas! ¡Eso es un robo!

Marasi se había quedado parada en la calle, indecisa. Tras conducir el motocarro hasta el Eje para asistir al discurso del gobernador lo había dejado aparcado con los cocheros que, a cambio de un módico precio, se encargaban de vigilar y repostar los vehículos, con la intención de cubrir a pie el resto del trayecto. El Eje era un lugar bullicioso.

Así había llegado hasta aquí, un mercadillo callejero con puestos de fruta. Sin poder dar crédito a sus ojos, había visto que una de las vendedoras, efectivamente, ofrecía sus manzanas a cinco billetes la cesta. Su precio no debería superar la media arquilla por cesta, a lo sumo. Las había visto incluso por un puñado de recortes.

—¡En el puesto de Elend las encontraría por una fracción de ese precio! —siguió protestando el cliente.

—Bueno, ¿y por qué no va a ver si le queda alguna? —repuso la vendedora, impertérrita. El cliente se marchó, enfurruñado, dejando a la propietaria del puesto con su cartel, el cual seguía proclamando orgullosamente aquel ridículo precio. Marasi frunció el ceño y contempló de reojo la hilera de puestos, barriles y carros.

«Está todo sospechosamente desabastecido», pensó mientras se acercaba a la mujer cuyos precios eran tan desorbitados; esta se enderezó de repente, sacudiendo las trenzas, y metió las manos en los bolsillos de su delantal.

—Agente —dijo.

—Cinco es más bien tirando a alto, ¿no le parece? —preguntó Marasi, cogiendo una manzana—. Ni que estuvieran bañadas en atium.

—¿He hecho algo malo?

—Tiene derecho a fijar los precios que quiera. Me extraña, eso sí, que parezca usted saber algo que todos los demás ignoramos.

La mujer no dijo nada.

—¿Va a retrasarse algún cargamento? —insistió Marasi—. ¿Se ha estropeado alguna cosecha?

La mujer exhaló un suspiro.

—Sí, pero no de manzanas, agente. Los cargamentos de cereales del este. Sencillamente no van a llegar. Las inundaciones han arrasado los cultivos.

—Un poquito pronto para empezar a especular con los precios, ¿no cree?

—Con el debido respeto, agente, pero ¿sabe usted lo que se come en esta ciudad? Estamos a un cargamento fallido de la inanición, como se lo digo.

Marasi volvió a observar de reojo la hilera de puestos. Los alimentos estaban vendiéndose aprisa, casi todos ellos —según pudo ver— al mismo grupo de personas. Especuladores que hacían acopio de fruta y sacos de grano. La ciudad no estaba tan al borde de la inanición como aseguraba la propietaria del carro —había reservas de emergencia a las que se podría recurrir—, pero las malas noticias volaban más deprisa que la brisa apacible. Además, siempre cabía la posibilidad de que la mujer estuviera en lo cierto y consiguiera vender sus manzanas a precio de oro antes de que se apaciguaran los ánimos, en cuestión de unos días.

Marasi sacudió la cabeza, soltó la manzana y reemprendió la marcha en dirección a su destino. Aquí siempre había aglomeraciones, paseantes a orillas del canal, vehículos en las calles intentando abrirse paso hasta el anillo que rodeaba el Eje. La afluencia de gente era aún mayor hoy; la multitud que atraía el discurso estaba provocando embotellamientos añadidos en el tráfico habitual. Aun estirando el cuello para ver mejor en medio de la muchedumbre, Marasi hubo de esforzarse para distinguir las

gigantescas estatuas de la Guerrero Ascendente y su marido en el Campo del Renacimiento.

Se reunió con otro grupo de alguaciles que acababa de llegar, con instrucciones de Aradel; sus vehículos tirados por caballos no habían podido competir con la velocidad del motocarro de Marasi. Juntos, emprendieron la marcha en dirección a la mansión del ejecutivo. Al gobernador le gustaba dirigirse a la ciudadanía desde su escalinata, en el segundo octante, a escasas calles de distancia del Eje.

No tardaron en llegar a la enorme plaza que había frente a la mansión. Transitar por aquí era más complicado, pero, por suerte, los alguaciles de este octante ya habían hecho acto de presencia para acordonar varias zonas cerca del frente y los laterales. Una de ellas contenía las gradas desde las que los nobles y los dignatarios se disponían a escuchar el discurso. En otra, desde los escalones de los Archivos Nacionales, un grupo de alguaciles del segundo octante vigilaba que ningún carterista estuviera haciendo de las suyas entre la multitud. También había más agentes entre el público, fácilmente reconocibles por los penachos azules de sus sombreros.

Marasi y el teniente Javies, al mando del equipo de campo, se dirigieron a los Archivos Nacionales, donde sus compañeros del segundo octante les franquearon el paso. Dirigía allí las operaciones un alguacil veterano, con bigote, cuyo casco —que llevaba bajo el brazo— lucía las dos plumas que lo identificaban como capitán. Al ver a Marasi, Javies y el resto del equipo, al hombre se le iluminó la cara.

—¡Ah, conque Aradel me ha enviado refuerzos, después de todo! —exclamó—. Herrumbrosamente maravilloso. Chicos, vosotros iréis a controlar el flanco oriental de la plaza, en la calle Longard. Se están congregando los trabajadores de la fundición, y tienen cara de pocos amigos. Este no es lugar indicado para montar un piquete, me parece a mí. A lo mejor ver a unos cuantos alguaciles uniformados les baja los humos.

—Señor —se cuadró Javies—. La muchedumbre presiona contra la escalinata de la mansión. Con el debido respeto, señor, ¿no preferiría que subiéramos ahí?

—Esa es la jurisdicción de los guardias del gobernador, teniente —dijo el veterano capitán—. Nos echan para atrás cada vez que intentamos poner

un pie en los terrenos de la mansión. Malditos gorilas pescuezos de peltre. Nunca nos avisan con tiempo cuando al gobernador le da por dirigirse a la ciudadanía, pero después nos cargan a nosotros con el mochuelo de evitar que las aguas se salgan de madre.

Javies se despidió, tocándose el ala del sombrero con los dedos, y se fue con su equipo.

—Señor —dijo Marasi, que se había quedado atrás—. El comisario general Aradel me ha pedido que le presente un informe detallado del discurso. ¿Cree que podría escucharlo desde las gradas?

—Mala suerte —replicó el capitán—. Hasta la última sobrina y niñera de un noble ya ha reservado su sitio; me arrancarán la piel a tiras como mande allí a alguien más.

—Gracias de todas formas, señor. A ver si consigo abrirme paso hasta la primera fila. —Marasi empezó a alejarse.

—Espera, alguacil —la detuvo el anciano—. ¿Te conozco de algo?

Marasi volvió la vista atrás, ruborizándose.

—Me…

—¡La hija de lord Harms! —exclamó el veterano capitán—. La bastarda. ¡Eso es! Bueno, no te pongas colorada, chiquilla. No lo decía como un insulto. Es lo que eres y ya está, no tiene mayor importancia. Me cae bien tu padre. Se le daban fatal las cartas, lo justo como para que jugar contra él tuviera su gracia, pero procuraba no apostar en exceso y así no me remordía la conciencia cuando ganaba.

—Señor. —La noticia de sus orígenes, antaño discreta, ya había corrido como la pólvora entre las altas esferas. Era innegable que codearse con Waxillium, el cual no dejaba indiferente a nadie, tenía sus inconvenientes. Y las incendiarias misivas de su madre no estaban del todo injustificadas.

Marasi comenzaba a aceptar lo que era. Eso no significaba que le hiciera gracia que se lo restregasen por la cara. Los ancianos oficiales de noble linaje como este, sin embargo…, en fin, provenían de una época en la que pensaban que podían decir lo primero que se les pasara por la cabeza, sobre todo a sus subordinados.

—Queda un hueco donde los reporteros, pequeña Harms —señaló el hombre, apuntando con el dedo—. Allí arriba, en la cara norte. Como

mirador deja bastante que desear, puesto que te encontrarás escalones en medio, pero lo podrás escuchar todo. Cuando llegues al cordón, dile al alguacil Wells que vas por indicación mía, y saluda a tu padre de mi parte.

Marasi se cuadró, debatiéndose aún entre una mezcla de vergüenza e indignación. Los comentarios del hombre no pretendían ser hirientes, pero, Herrumbre y Ruina, se había pasado la mayor parte de su vida como un despojo barrido bajo la alfombra, esforzándose sin nada más que un puñado de monedas en su haber, con su padre negándose a reconocerla públicamente. Entre los alguaciles, al menos, ¿no podría destacar por sus logros profesionales en vez de por las circunstancias que rodeaban su nacimiento?

No podía dejar escapar la oportunidad de conseguir un sitio mejor, en cualquier caso, de modo que empezó a rodear la plaza en dirección a la zona especificada por el veterano.

«¿Qué ha sido eso?», pensó Wax, girándose sobre los talones y desviando su atención del grupo de mendigos a los que estaba interrogando.

—¿Wax? —lo llamó Wayne, dando la espalda a otro corrillo—. ¿Qué…?

Sin hacerle caso, Wax se abrió paso a empujones entre la multitud, hacia aquello que le había parecido ver. Una cara.

«No puede ser».

Sus frenéticos movimientos suscitaron gritos airados en algunas personas, pero solo expresiones furibundas en otras. Los días en que un noble, incluso un alomante, podía imponer su voluntad con una simple mirada comenzaban a tocar a su fin. Al cabo, Wax encontró un hueco despejado y escudriñó los alrededores. «¿Dónde?». Febril, forzando al máximo los sentidos, dejó caer un casquillo de bala y empujó contra él, elevándose tres metros por los aires de inmediato. Describió un giro completo, sin dejar de buscar, desplegados por la maniobra los faldones de su gabán de bruma.

La nutrida afluencia de personas que atestaban el Paseo de Tindwyl proseguía su marcha hacia el Eje, cerca del cual el gobernador, al parecer,

se disponía a pronunciar un discurso. «Esa es una multitud peligrosa», detectó una parte de él. Había demasiados hombres embozados en abrigos tan curtidos como la expresión que portaban. El conflicto laboral estaba convirtiéndose en un problema cada vez mayor. La mitad de la ciudad trabajaba un número excesivo de horas a cambio de un salario insuficiente. La otra mitad sencillamente no tenía trabajo. Extraña dicotomía.

No dejaba de ver cada vez a más gente holgazaneando por las esquinas. Ahora, esas mismas personas convergían en tromba. La afluencia no tardaría en desbordarse y convertirse en un rápido arrollador, como un auténtico río mal contenido por las rocas. Wax aterrizó con el corazón martilleando en su pecho como un tambor durante un desfile. Esta vez no le cabía la menor duda. Había visto a *Sangriento* Tan en medio de aquel tropel de personas. Apenas un atisbo de un rostro familiar, el enterrador asesino, la última persona a la que Wax había dado caza en los Áridos antes de venir a Elendel.

El responsable de la muerte de Lessie.

—¿Wax? —Wayne llegó corriendo a su lado—. Wax, ¿estás bien? Tienes cara de haberte comido un huevo encontrado en la cuneta.

—No es nada —respondió Wax.

—Ah. Entonces, esa expresión… Será que estabas pensando en tu inminente boda con Steris, supongo.

Wax suspiró y le volvió la espalda al gentío. «Imaginaciones mías. Lo habré soñado».

—Te agradecería que dejases a Steris en paz. No es tan mala como la pintas, ni de lejos.

—Lo mismo dijiste de aquella yegua que compraste una vez… ¿Recuerdas, la que solo me mordía a mí?

—*Rosalinda* tenía buen gusto. ¿Has averiguado algo?

Wayne asintió con la cabeza mientras abría la marcha, alejándose de la muchedumbre.

—Doña Mensajera de Acero vive en los alrededores —dijo—. Trabaja llevándole las cuentas a un joyero cuya tienda está calle abajo. Hace una semana que no pisa el trabajo, sin embargo. El joyero ha enviado a alguien a su apartamento, pero no le abrieron la puerta.

—¿Tienes la dirección?

—Pues claro que sí. —Wayne adoptó una expresión ofendida mientras metía las manos en los bolsillos de su guardapolvo—. También he encontrado un reloj nuevo. —El instrumento que sacó era de oro macizo, con incrustaciones opalinas en la tapa.

Wax suspiró. Tras un breve desvío para devolverle el reloj de bolsillo al joyero (Wayne alegó haber pensado que estaba disponible para cambiarlo por cualquier otra cosa, tras verlo encima del mostrador sin más protección que la vitrina que lo rodeaba), emprendieron el ascenso de la carretera que conducía al distrito de Bournton.

Se trataba de un barrio elegante, lo cual significaba que también le faltaba personalidad. No había ropa tendida enfrente de los edificios, ni gente sentada en los zaguanes de sus casas. En vez de eso, la calle estaba ribeteada de residencias de color blanco e hileras de edificios de apartamentos con puntiagudas rejas de hierro por toda decoración en las ventanas más altas. Consultaron la dirección con uno de los vendedores de periódicos de la zona y, al cabo, se encontraron ante el bloque de pisos en cuestión.

—Algún día me gustaría vivir en un sitio tan bonito como este —declaró Wayne, con expresión soñadora.

—Wayne, ya vives en una mansión.

—Pero no es bonita, sino opulenta. La diferencia es considerable.

—¿En qué sentido?

—Tiene que ver, sobre todo, con la clase de vasos que se utilizan para beber y el tipo de cuadros que se pueden colgar en las paredes —le explicó Wayne, con gesto indignado—. Ya deberías saber estas cosas, Wax, ahora que te sale el dinero por las orejas y esas cosas.

—Wayne, tú también te volviste rico tras recibir la recompensa por el caso de los desvanecedores.

Wayne se encogió de hombros. No había tocado su parte, consistente principalmente en aluminio recuperado de manos de Miles y su banda. Wax se adelantó para subir por la escalera que discurría por el exterior del edificio. Idashwy vivía arriba del todo, en un pequeño apartamento ubicado en la parte de atrás, sin más vistas que las paredes de los demás edificios.

Wax sacó a *Vindicación* de su funda, llamó con los nudillos y se situó junto a la puerta, por si acaso a alguien se le ocurría acribillarla a balazos.

No obtuvo respuesta.

—Bonita puerta —musitó Wayne—. Me gusta la madera. —Le pegó una patada.

Wax niveló la pistola y Wayne entró agazapado, deslizándose contra la pared a fin de evitar que la claridad recortara su silueta. Tras encontrar un interruptor, instantes después, encendió las luces eléctricas de la habitación.

Wax levantó la pistola junto a su cabeza, apuntando al techo, y entró. El apartamento no era gran cosa. El montón de mantas dobladas que había en un rincón debía de hacer las veces de cama. Su vista de acero no detectó ningún trozo de metal en movimiento. Todo estaba en silencio y en calma.

Wax se asomó al aseo mientras Wayne se acercaba a la otra habitación del apartamento, una cocina. Tuberías en el cuarto de baño, electricidad… Sí que era un sitio elegante. La mayoría de los terrisanos preferían llevar una vida sencilla. ¿Qué la habría empujado a pagar por algo como eso?

—Ay, rayos —dijo Wayne desde la cocina—. Menuda gracia.

Wax encaminó sus pasos hacia la voz, sin enfundar la pistola, y se asomó a la cocina. Esta era apenas lo bastante grande como para que cupiera una persona tumbada en el suelo, como evidenciaba el cadáver bañado de sangre que yacía allí, con un gigantesco boquete en el pecho y la mirada vidriosa perdida en el aire.

—Me parece que vamos a necesitar a otro sospechoso principal, Wax —dijo Wayne—. Se ve que este le ha cogido cariño a su condición de fiambre.

La posición de Marasi durante el discurso resultó ser tal y como le habían prometido: encajonada en la estrecha brecha en la multitud que formaban los escalones laterales del patio delantero de la mansión. A su alrededor, los representantes de la prensa, lapiceros y libretas en ristre, aguardaban dispuestos a anotar aquellas citas entresacadas del mensaje del gobernador que pudieran constituir los titulares más suculentos. Marasi era la única alguacil entre ellos, y sus galones de teniente no contribuyeron a granjearle el cariño de los periodistas.

Entorpecía su vista, además de la posición de la amplia escalinata de piedra, la guardia del gobernador; una hilera de mujeres y hombres con sombreros y uniformes oscuros que, plantados con las manos enlazadas a la espalda, se distribuían a lo largo del graderío. Tan solo un par de dibujantes, ubicados en un extremo del cúmulo de reporteros, disfrutaban de algo parecido a una vista privilegiada de la plataforma del gobernador, erigida sobre los escalones.

A Marasi no le importaba. No necesitaba ver a Innate para digerir y regurgitar sus palabras. Además, esta posición le confería una vista inmejorable de la masa de espectadores, que para ella revestía mayor interés. Había hombres manchados de hollín, empleados de las factorías. Mujeres cansadas que, con la llegada de la electricidad, ahora podían verse obligadas a trabajar muchas más horas, hasta bien entrada la noche, con la amenaza del despido encadenándolas a sus telares. Sin embargo, había esperanza en sus ojos. La esperanza de que el gobernador tuviera aliento que ofrecerles, la promesa de que la creciente tensión que atenazaba la ciudad pronto tocaría a su fin.

«Las Reglas de Mirabell», pensó Marasi, asintiendo para sí con la cabeza. Mirabell había sido una estadista y psicóloga del siglo III que había analizado el porqué de que algunas personas trabajaran con más empeño que otras. Sus investigaciones arrojaron el resultado de que uno tenía más probabilidades de esmerarse si se implicaba en su labor, si se sentía dueño de lo que hacía y podía constatar que importaba. Los estudios que llevó a cabo, a título personal, demostraron que la criminalidad descendía cuando la gente se identificaba con su comunidad y se consideraba una pieza relevante de ella.

Ahí radicaba el problema, puesto que la sociedad moderna estaba socavando esos conceptos. La vida daba la impresión de ser menos estable ahora, cuando ya no era tan infrecuente que uno se mudara y cambiara de empleo varias veces en el transcurso de los años; prácticas casi inexistentes hacía un siglo, impuestas por el progreso. En la actualidad, Elendel sencillamente necesitaba menos cocheros y más mecánicos de motocarros.

Había que adaptarse. Moverse. Cambiar. Todo lo cual era positivo, pero también podía poner en peligro la identidad, la conexión y la motivación de

uno. Los guardias del gobernador observaban a la multitud con hostilidad, mascullando invectivas contra los bellacos, como si para ellos los asistentes fuesen poco menos que malhechores mal contenidos en busca de la menor excusa para rebelarse y saquearlo todo.

Estas personas, por el contrario, lo que buscaban era estabilidad, algo que les permitiera sustentar a sus comunidades o forjar otras nuevas. Los levantamientos populares rara vez nacían de la codicia; antes bien, con frecuencia eran fruto de la frustración y la falta de esperanza.

El gobernador salió de la mansión, haciendo así acto de presencia por fin. Marasi acertó a verlo como pudo entre las piernas de los guardias. Innate era alto y apuesto, al contrario que su hermano, quien siempre le había parecido regordete a Marasi. Con las mejillas rasuradas, el cabello entrecano ondulado y un elegante par de anteojos, Innate se había convertido en el primer gobernador en posar con gafas para su retrato oficial.

¿Lo entendería? ¿Sabría cómo apaciguar a estas personas? Era un corrupto, cierto, pero la suya era una corrupción discreta: pequeños favores destinados a engrosar sus arcas o las de sus amistades. Cabía por entero la posibilidad de que le importasen los habitantes de su ciudad, sin que por ello quisiera dejar de lucrarse. Subió al estrado, donde una mujer diminuta con un vestido verde correteaba sin cesar de un lado a otro, ajustando unos instrumentos abocinados, como conos gigantes, cuya parte más ancha apuntaba a los asistentes. Marasi pensó que le sonaba esa chica, poco más que una niña, de largos cabellos dorados y facciones estilizadas. ¿Dónde la había visto antes?

Tras hacer memoria durante unos instantes, se arrimó a una de las reporteras para leer sus notas por encima del hombro. *Un día ventoso… blablablá… aire de violento suspense, a saber a qué querría referirse con eso… ¡Ahí! Con la meticulosa asistencia de miss Sophi Tarcsel, la hija del inventor*.

Sophi Tarcsel. Había dado mucho que hablar con los artículos de opinión que le habían publicado en algunos pasquines, todos ellos relacionados con su padre, se suponía que un gran inventor… aunque

Marasi nunca hubiera oído hablar de él ni hubiese visto siquiera su nombre antes de leer esos reportajes.

—Pueblo de Elendel —comenzó a decir el gobernador Innate, y a Marasi le sorprendió el modo en que resonaba su voz por toda la plaza, alta y clara. Algo relacionado con aquellos aparatos, al parecer—. Los periódicos quieren haceros creer que esta noche nos encontramos al borde de la crisis, pero ese riesgo es inexistente, os lo aseguro. Mi hermano no era ningún criminal, como lo están retratando.

«Ay, Innate —pensó Marasi, suspirando para sus adentros mientras escribía—. No han venido por eso». Nadie estaba allí para seguir oyendo hablar de Winsting. ¿Qué pasaba con los problemas reales de la ciudad?

—No toleraré que se difame la personalidad de mi querido hermano —prosiguió Innate—. Era una buena persona, un hombre de estado y un filántropo. Quizás hayáis olvidado el proyecto de renovación del Eje que abanderó hace apenas tres años, pero yo no…

Continuó en esa línea. Marasi siguió tomando apuntes cumplidamente para el comisario Aradel, pero sin dejar de menear la cabeza. El objetivo de Innate era comprensible. Aspiraba a salvaguardar la reputación de su familia a los ojos de la nobleza y los inversores más importantes, y quizá también, de paso, aplacar las iras de la población en la medida de lo posible. No iba a dar resultado. En realidad, a la ciudadanía Winsting le importaba un comino. Eran la corrupción, tan arraigada, y la sensación de impotencia las que estaban destruyendo la ciudad.

Conforme avanzaba el discurso, prolijo en explicaciones sobre lo buen hombre que había sido Winsting, Marasi se deslizó hacia el lateral en un intento por obtener una vista mejor. ¿Cómo estaría respondiendo Innate a la multitud? Era un líder carismático; lo denotaba incluso su forma de hablar. Quizá su oratoria estuviera surtiendo algún efecto positivo por sí sola, aunque el mensaje careciera de substancia.

—Se ordenará a los alguaciles que realicen una investigación concienzuda —estaba diciendo Innate—. No me convence su hipótesis, según la cual mi hermano habría sido asesinado. Mis fuentes sugieren que todo esto podría ser el resultado de una operación mal ejecutada, en la que se habría intentado utilizar a mi hermano como cebo voluntario para

capturar a varios criminales. Si eso resulta ser cierto, si pusieron en peligro a mi hermano y ahora lo están encubriendo, los responsables pagarán por ello.

Marasi se echó más hacia el costado, pero le tapó la vista uno de los guardias, que se colocó delante de ella. Irritada, la muchacha volvió a cambiarse de sitio, y el guardia se movió a su vez. Si no hubiera estado de espaldas a ella, Marasi habría pensado que lo hacía a propósito.

—En cuanto a las inundaciones del este, enviaremos ayuda. Auxiliaremos a los amigos y a los familiares que tengáis allí. Nos solidarizamos con ellos frente a esta catástrofe.

«Mala cosa —apuntó Marasi—. La gente no quiere oír que se va a mandar ayuda fuera de la ciudad, da igual lo necesaria que sea, no mientras la situación continúe empeorando aquí cada vez más…». Se movió de nuevo. Aradel le había pedido que juzgara la reacción del público, pero para ello necesitaba una atalaya mejor.

Su constante ir y venir le granjeó un exabrupto por parte de uno de los reporteros, molesto con ella, pero al final consiguió colocarse donde podía ver bien a Innate en su podio. El gobernador se enfrascó en una interminable diatriba contra la prensa. Quizás eso explicara la irascibilidad del periodista. Sin duda ella se…

Marasi frunció el ceño. El guardia que antes siguiera sus movimientos y le bloqueara la vista había regresado, y la muchacha detectó que lucía una expresión muy extraña, como un rictus de dolor. Estaba susurrando algo…, sus labios se movían, al menos. Nadie más parecía haberse percatado de ello, absortos como estaban todos en el discurso.

De modo que Marasi fue la primera en lanzar un grito cuando el guardia sacó un revólver de debajo de su abrigo y apuntó con él al gobernador.

Wayne se paseó por la habitación de la difunta. Demasiado limpia. Un cuarto habitado debería ostentar una saludable cantidad de desorden. Doña Mensajera de Acero no pasaba mucho tiempo allí.

En la estancia contigua, Wax continuaba inspeccionando el cadáver. Wayne había optado por dejarlo a su aire; no le interesaba en absoluto

toquetear los higadillos de un fiambre, por mucho que Wax se empeñase en que era importante. En vez de eso, el muchacho buscaba algo más interesante: indicios de vida. Su primer hallazgo consistió en un pequeño alijo de botellas, guardadas en el armario que había debajo del lavabo en el cuarto de baño. Contenían distintos tipos de alcohol de alta graduación, y todas ellas se veían empezadas. Menos una, que estaba vacía. Wayne la olisqueó. Vino dulce.

«Menuda sorpresa», pensó. Agarró la botella de whiskey y le pegó un buen trago. *Puaj*. Demasiado fuerte, y demasiado caliente. Bebió un poco más mientras deambulaba por la habitación principal. Estos vecindarios tan coquetos eran demasiado tranquilos. Deberían oírse voces en la calle. Era lo que se esperaba de la ciudad. Echó un vistazo al baúl que había junto al catre y encontró en su interior tres conjuntos, todos ellos limpios y escrupulosamente doblados. La túnica terrisana estaba en el fondo. Sus arrugas tenían ya tiempo; no se las ponía a menudo. Las otras dos prendas eran de diseño moderno, más atrevida la de arriba del todo que la de debajo.

Empinó la botella de nuevo y regresó a la cocina, donde estaba el cadáver. Wax, que se había quitado el sombrero y el abrigo, estaba de rodillas junto al cadáver en chaleco y pantalones.

—Veo que ya has encontrado el alcohol —dijo—. Qué raro.

Wayne sonrió de oreja a oreja y le tendió la botella a Wax, que probó un sorbo.

—*Puaj* —observó mientras se la devolvía—. Este asesinato me desconcierta, Wayne.

—Seguro que ella estaría de acuerdo.

—Demasiados interrogantes. ¿Por qué se fue de la Aldea? ¿Por qué eligió este sitio para vivir? No da la impresión de ser muy terrisano.

—Bueno —replicó Wayne—. Te puedo decir qué hacía aquí.

—¿Y bien?

—Imagínate que eres una cuarentona recluida de Terris. La posibilidad de convertirte en una joven alocada ya queda muy lejos, y empiezas a arrepentirte de no haber hecho algo más atrevido con tu vida.

—Los terrisanos no son alocados —dijo Wax, tomando apuntes en una libreta mientras inspeccionaba las heridas de la mujer—. Ni atrevidos. Son

gente tranquila.

—¿No somos terrisanos nosotros?

—Somos la excepción que confirma la regla.

—Todo el mundo es una excepción que confirma alguna regla, Wax. Esta mujer salió de la Aldea y se encontró con que ahí fuera había todo un mundo nuevo esperándola. Seguro que tenía una vena aventurera.

Whiskey.

—Cierto —admitió Wax—. No la conocía bien, pero sé que de joven le daba por escaparse de la Aldea. Hace mucho.

—Y continuó haciéndolo —explicó Wayne—. Comprensible, si tenemos en cuenta que la Aldea es tan aburrida que dejaría dormido a un escriba. Rayos, pero si hasta Steris aborrecería ese sitio.

—Wayne…

—Nuestra damisela —dijo Wayne, agitando la botella en dirección al cadáver— al principio procuró mantenerse fiel a su naturaleza conservadora y se colocó de oficinista, una ocupación aceptablemente terrisana. Se convenció de que merecía la pena invertir en un apartamento bonito, donde estaría a salvo de los supuestos horrores de los barrios más humildes. Cosas sencillas.

»Pero luego algún compañero de la joyería la invitaría a salir, y probó la bebida. Le gustó. Quizá reavivara el recuerdo de los tragos que había tomado a escondidas cuando era joven. Quería más, así que se compró un caótico surtido de mejunjes de alta graduación, con la intención de probarlos todos. Su preferido era el vino dulce, por cierto.

—Lógico —dijo Wax.

—Ahora la encontramos vestida de forma cada vez más desenfadada, enseñando más carne y pasando casi todas las noches fuera de casa. Unos cuantos meses más y se habría convertido en la chica perfecta con la que pasar un buen rato.

Whiskey.

—No le dieron unos cuantos meses más —dijo Wax, en voz baja. Sacó algo del bolsillo y se lo tendió a Wayne. Un volumen de pequeñas dimensiones, con tapas de cuero—. Échale un vistazo a esto.

Wayne lo cogió y empezó a hojearlo.

—¿Qué es?

—El libro que me regaló la Muerte.

El grito de Marasi se perdió en medio del clamor general cuando el gobernador hubo concluido el discurso. Diplomáticos aplausos por parte de la nobleza, abucheos e invectivas de la mayoría de los trabajadores. El tumulto ahogó su voz como un chapoteo engullido por el romper de las olas.

Rebuscó en el bolso mientras el guardia del abrigo oscuro apuntaba con su pistola al gobernador. No. No le daría tiempo a sacar el arma. Tendría que hacer otra cosa.

Se abalanzó sobre el hombre y aminoró el tiempo.

Portaba metal en su interior esta vez; se había asegurado de ello, tras el apuro de esa mañana. Su alomancia creó una burbuja de tiempo extraordinariamente ralentizado que la envolvió a ella, al asesino en potencia y a unos cuantos espectadores.

Se abrazó a las piernas del hombre, pero la burbuja de velocidad hizo casi todo el trabajo, apresándolo dentro al tiempo que todas las personas que estaban fuera se transformaban en una mancha borrosa. El guardia apretó el gatillo, y el estampido de la detonación se mezcló con la extraña amalgama de sonidos de fuera, distorsionados en el interior de la esfera. Otro de los escoltas, atrapado a su vez en la burbuja, profirió un grito, alarmado.

La trayectoria del proyectil se desvió al traspasar el perímetro de la burbuja de velocidad, del que salió disparada por encima de la mancha borrosa de la multitud mientras el gobernador se desvanecía, supuso que arrastrado a toda prisa lejos de allí. Puesto que el salto de Marasi carecía del ímpetu necesario para derribar al asesino en potencia, la muchacha se quedó medio tumbada encima de los escalones, abrazada a las piernas del hombre y sintiéndose como una mema, hasta que otro de los guardias cargó contra su compañero, ya con más fuerza, y precipitó su caída.

Marasi dejó que la burbuja de velocidad se disolviera y retrocedió de un brinco, bañada por el repentino rugido de la multitud. El cautivo forcejeó,

desgañitándose, mientras los demás guardias se amontonaban encima de él.

—Así que, básicamente, con esta… hemalurgia —dijo Wax—, se pueden crear nacidos del metal.

Wayne sorbió por la nariz mientras echaba un somero vistazo a las páginas del libro; en sus mejillas comenzaba a formarse una especie de sarpullido. «Está almacenando salud», pensó Wax. Era habitual que a Wayne le salieran extrañas erupciones en la piel cuando hacía eso. Se habían sentado en la habitación principal del apartamento de Idashwy, lejos del cadáver, al que habían tapado con una sábana. Tan solo habían interrumpido brevemente la inspección de la vivienda para pedirle al vendedor de periódicos que fuese a avisar a los alguaciles de la zona.

Wax rechinó los dientes. La herida de Idashwy… era tal y como se describía en el libro. Alguien había matado a esa mujer atravesándole el pecho con un arma punzante, arrebatándole su talento feruquímico en el proceso. El volumen describía el proceso como la acción de «arrancarle a alguien un trozo de su alma». Valiéndose del punzón, uno podía injertar esa porción de alma ajena en la propia, apropiándose así de los poderes del fallecido.

En la antigüedad, los inquisidores traspasaban el cuerpo de la víctima con el punzón y, sin detenerse, lo clavaban directamente en el cuerpo de quien fuese a recibir sus poderes. Así lograban que no se perdiera ni un ápice de energía. Al parecer, recubriendo de sangre el punzón recién creado se podía obtener un resultado similar.

«Lo sabía —pensó Wax—. Ojos de Hierro sabía que algo así iba a pasar». El lord Nacido de la Bruma había escrito ese libro hacía tiempo, para que quedara constancia del arte que se denominaba hemalurgia. En él, Lestibournes tildaba de crimen que las *Palabras de Instauración*, los mismísimos archivos de Armonía, omitieran toda referencia a aquella práctica arcana.

—Entonces —dijo Wayne—, ¿nuestro asesino sabe hemalurgia?

—Sí —respondió Wax—. Utilizó un punzón para robar el talento feruquímico de Idashwy y, a continuación, se valió de su nueva habilidad

para atentar contra lord Winsting y sus invitados. Debemos asumir que nuestro objetivo podría tener muchos más poderes a su disposición: cualquier combinación de habilidades alománticas y feruquímicas… o todas.

Wayne emitió un silbidito.

—¿Has averiguado algo más mientras registrabas el cuarto? —preguntó Wax.

—Poca cosa.

—Entiendo cuál fue el móvil en este caso —dijo Wax, lanzando una mirada de soslayo en dirección a la cocina—, pero todavía ignoro qué podría haber motivado el asesinato de Winsting. O, mejor dicho…, en fin, se me ocurren demasiadas teorías. Me falta el incentivo correcto, eso es todo.

—¿Qué has encontrado en los bolsillos del fiambre?

Wax no contestó de inmediato.

—¿No le has registrado los bolsillos? —preguntó Wayne, consternado —. ¡Wax, eres el peor saqueador de tumbas del mundo!

—Me distrajo el modo en que se produjo la muerte —se justificó Wax, levantándose—. Habría terminado haciéndolo tarde o temprano.

El término «distracción», en realidad, se quedaba corto para describir las emociones que lo atenazaban: la profunda conmoción, el abatimiento. Durante meses, aquel libro no había suscitado en él nada más que un moderado interés académico; ahora, sin embargo, de golpe y porrazo, su contenido había cesado de ser una mera sucesión de palabras sobre la página para transformarse en el móvil de un asesinato.

«Esto nos queda muy grande —pensó Wax mientras regresaba a la cocina—. Nos estamos metiendo en el terreno de las deidades. Armonía, Ojos de Hierro, el lord Nacido de la Bruma…».

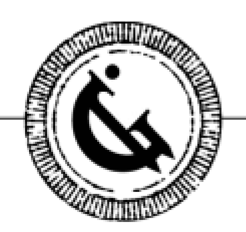
Wayne apartó la sábana, dejando al descubierto el boquete que lucía la mujer en el pecho; justo a la altura del esternón. ¿Quién sabría hacer algo así? ¿A quién permitiría Armonía que supiera hacer algo así?

—Aquí —dijo Wayne, que había empezado a hurgar en los bolsillos de la falda de la mujer. Sacó un pliegue de papel. Lo desdobló y se le escapó un gruñido—. Vaya. Es para ti.

A Wax le pegó un vuelco el estómago. Wayne dio la vuelta a la hoja, despacio. Estaba cubierta de números y operaciones aritméticas; alguien la había arrancado de un libro de cuentas. Garabateada encima, con una caligrafía distinta, se veía una frase; una frase que le resultaba familiar. Las mismas palabras que había pronunciado *Sangriento* Tan justo antes de empujar a Lessie para interponerla en la trayectoria de la bala de Wax, convirtiéndolo así en el artífice de la muerte de su amada.

«Alguien más nos mueve, vigilante».

7



—Mira, Wax —dijo Wayne mientras entraban en la Mansión Ladrian—. Vi el cadáver de Tan. Le volaste la tapa de los sesos. El tipo estaba más muerto que los leones disecados que se exhiben en las salas de los trofeos. No es él.

—¿Y si, en secreto, fuera un nacido del metal? —preguntó Wax—. Miles podría haber sobrevivido a un disparo en la cabeza.

—No funciona así, compañero. —Wayne cerró la puerta y le lanzó el abrigo a Darriance. El mayordomo lo paró con la cara—. Incluso los hacedores de sangre solo podrían restañar una lesión de ese tipo en el momento mismo de producirse. Una vez el herido pasa a estar muerto, no hay poder… ni alomántico ni feruquímico… capaz de traerlo de vuelta.

—Lo he visto, Wayne. Dos veces. —«La primera, mientras perseguía al Tirador; y la segunda, hoy mismo».

—Señor —dijo Darriance, mientras doblaba el abrigo de Wayne—. Ha llegado equipo nuevo para usted, de parte de la señorita Ranette. Me pidió que le preguntara si estaría usted dispuesto a probarlo.

—¡Ay, Ruina! —exclamó Wayne—. ¿Me la he perdido? ¿No me ha dejado ningún mensaje?

—Me… encargó que le pegara un cachete —confesó Darriance.

—Oooh… Cómo se acuerda de mí. ¡Lo ves, Wax, se acuerda de mí!

Wax asintió con la cabeza, distraído, mientras Wayne intentaba convencer a Darriance para que le diese una palmadita en el trasero; le

extrañaría que fuera aquello lo que había querido decir Ranette.

—Señor —dijo Darriance, volviendo la espalda a las posaderas que le ofrecía Wayne—. Además del paquete, lady Harms lo espera en la sala de estar.

Wax titubeó, impaciente por subir las escaleras. Necesitaba tiempo para pensar, a ser posible con su pendiente puesto en la oreja, y revisar el paquete de Ranette. Siempre eran interesantes.

Pero no podía ignorar a Steris sin más.

—Gracias, Darriance. Envíale una nota a mi abuela, en la Aldea, en la que ponga que hemos encontrado a la terrisana desaparecida, aunque alguien la descubrió… y, lamentablemente, asesinó… antes de que llegáramos. Dile que los alguaciles le explicarán el resto, y que quizá deseen hacerle algunas preguntas.

—Muy bien, mi señor.

Wax empujó la puerta de la sala de estar y besó la mano de Steris cuando esta se levantó para recibirlo.

—No dispongo de mucho tiempo, Steris.

—Así que ya te has metido en harina —replicó ella, observándolo de arriba abajo—. Quizás esto sea útil, supongo. Atrapar al asesino del hermano del gobernador podría redundar en ventajas políticas.

—A menos que saque a la luz unos cuantos cadáveres.

—Bueno, tal vez podamos prepararnos para esa eventualidad. La fiesta de lady ZoBell. ¿Sigue en pie la idea de acompañarme?

Herrumbres. Se le había olvidado por completo.

—Nuestra invitación ha desaparecido… sospecho que por culpa de Wayne… pero da igual. Eres el lord de una Gran Casa. No nos denegarán el acceso.

—Steris. No sé si tengo tiempo para…

—El gobernador estará allí —lo interrumpió su prometida—. Podrías hablar de su hermano con él.

«Más conversaciones estériles —pensó Wax—. Más bailes y juegos políticos». Necesitaba ponerse a trabajar, comenzar la cacería.

Sangriento Tan. Le entró un tic en el ojo.

—Se rumoreaba que el gobernador no pensaba asistir —añadió Steris —, después de los acontecimientos de la jornada. Sin embargo, sé de buena tinta que estará allí. En estos tiempos tan comprometidos que corren, no quiere dar la impresión de que tiene algo que ocultar.

Wax frunció el ceño.

—Espera. ¿Qué «acontecimientos de la jornada»?

—El intento de asesinato —respondió Steris—. ¿De verdad que no te has enterado?

—He estado liado. ¡Herrumbres! ¿Alguien ha intentado cargárselo? ¿Quién?

—Un perturbado —dijo Steris—. Alguien que no estaba en su sano juicio. Tengo entendido que ya lo han capturado.

—Necesito hablar con el sospechoso. —Wax se dirigió a la puerta—. Quizás exista alguna conexión.

—No constituía ninguna amenaza, en realidad —dijo Steris—. Según todas las versiones, el hombre tenía una puntería espantosa. Ni siquiera rozó a su objetivo. ¿Waxillium?

—¡Wayne! —Wax abrió la puerta de otro empujón—. Tenemos que…

—Ya estoy en ello —dijo Wayne, levantando un pasquín de la mesa. La edición vespertina; Wax estaba suscrito. El titular de la primera plana rezaba: «¡Osada agresión contra el gobernador a plena luz del día!». Wayne descolgó el sombrero de Wax del perchero, se lo lanzó y chasqueó los dedos en dirección al mayordomo… que se disponía a colgar el abrigo de Wayne en el armario del guardarropa. Con un suspiro, Darriance lo descolgó de nuevo y se lo llevó.

—Intentaré llegar a la fiesta —le prometió Wax a Steris mientras se ponía el sombrero—. Si no he vuelto a tiempo, siéntete libre de marcharte sin mí.

Steris cruzó los brazos.

—¿Ah, sí? ¿Y con quién voy entonces, con el mayordomo?

—Si quieres.

—Pero ándate con ojo, Steris —añadió Wayne—. Los mayordomos de Wax son propensos a saltar por los aires.

Wax lo fulminó con la mirada. Instantes después, abrieron al unísono la puerta principal y encaminaron sus pasos hacia el coche de caballos.

—¿Sigues necesitando intimidad para enfrascarte en esas cavilaciones tuyas? —preguntó Wayne.

—Sí.

—Yo prefiero evitarlas. Me producen dolor de cabeza. Oye, Hoid. ¿Te importa que me siente en el pescante contigo?

El cochero nuevo se encogió de hombros y le hizo sitio a su lado. Wayne se encaramó al asiento, y Wax entró en el vehículo. Estas no eran las condiciones idóneas, pero tendría que conformarse. Bajó los visillos de las ventanas y se puso cómodo mientras el carruaje emprendía la marcha.

Metió la mano en el bolsillo para sacar un pendiente de la religión del Camino. El suyo era especial. Se lo habían entregado en mano, en misteriosas circunstancias. De un tiempo a esta parte, sin embargo, evitaba ponérselo, puesto que el libro despejaba cualquier posible duda sobre su naturaleza. Hacía tiempo, los pequeños pinchos de metal como este habían permitido a la gente comunicarse con Ruina y Conservación, deidades del antiguo mundo. Hemalurgia.

¿Sería este pendiente, entonces, el fruto de un asesinato?

Dubitativo, se lo puso en la oreja.

Por desgracia, resonó una voz en su mente, *tus sospechas sobre el pendiente están fundadas. Es un punzón hemalúrgico*.

Wax dio un respingo, utilizó su alomancia para abrir de golpe la puerta del coche, disponiéndose a huir, y desenfundó a *Vindicación*. ¡Herrumbres! Había oído esa voz como si hubiera alguien sentado a su lado.

Creo que apretar ese gatillo no surtiría el efecto deseado, dijo la voz. *Aunque pudieras verme, disparándome solo conseguirías destrozar el interior del vehículo, cuya reparación costaría exactamente ochenta y cuatro arquillas cuando la señorita Grimes lo llevase al taller la semana que viene. Te quedarías con un panel de madera nuevo en la carrocería, justo detrás de mí, que nunca terminaría de encajar del todo con los demás*.

Wax tomó aire y volvió a soltarlo, despacio.

—Armonía.

¿Sí?, dijo la voz.

—Estás aquí, en el coche.

Técnicamente hablando, estoy en todas partes.

Wax, que temblaba de la cabeza a los pies, sintió como si se le secara la boca. Se obligó a cerrar la puerta y volvió a sentarse.

Dime, resonó la voz dentro de su cabeza, *¿qué esperabas que ocurriese cuando te pusieras el pendiente, aparte de esto?*

—Pues… —Wax devolvió a *Vindicación* a su funda—. No me imaginaba que la respuesta sería tan… fulminante. Y últimamente tengo los nervios a flor de piel, su… esto… su deidad.

Puedes llamarme Armonía, o «señor», si lo prefieres. La voz sonaba risueña. *Veamos. ¿De qué deseas hablar?*

—Ya lo sabes.

Será mejor oírtelo decir.

—¿Mejor para ti —dijo Wax— o para mí mismo?

Las dos cosas.

—¿Me he vuelto loco?

Si se diera ese caso, conversar con un producto de tu imaginación no serviría para verificar el diagnóstico.

—No me estás ayudando.

Plantea mejor tus preguntas, Waxillium.

Wax se inclinó hacia delante.

—Me… —Enlazó las manos ante él—. Eres real.

Has oído mi voz; has seguido mi Camino.

—Unas pocas palabras susurradas cuando atravesaba un momento de extrema ansiedad, malherido como estaba —replicó Wax—. Palabras que desde entonces he llegado a dudar si realmente las habría escuchado. Esto es distinto. Esto es… más real.

Entonces, necesitas oírlo, ¿verdad?, dijo la voz. Sonaba tan nítida y corriente como si hubiera alguien normal allí sentado, alguien invisible, hablando con él. *De acuerdo. Soy Armonía, el Héroe de las Eras, antes llamado Sazed. Al término de un mundo me arrogué los poderes de la protección y la destrucción, y al hacerlo me convertí en el guardián del nuevo mundo que habría de llegar. Estoy aquí, Waxillium, para decirte que no te has vuelto loco*.

—*Sangriento* Tan está vivo.

No exactamente.

Wax arrugó el entrecejo.

Hay… seres en este mundo que no son ni humanos ni koloss. Algo relacionado con ambos. Puedes llamarlos los Inmortales Sin Rostro.

—Kandra —murmuró Wax—. Como TenSoon, el Guardián. O la persona que me dio este pendiente.

Ocupan los cadáveres y utilizan sus huesos para imitar los movimientos en vida de esas personas; visten los cuerpos ajenos como haces tú con tu ropa, alternándolos a su antojo. Los creó el lord Legislador, valiéndose de la hemalurgia.

—Tus textos sagrados no proporcionan muchos detalles sobre su organización —dijo Wax—, pero todo el mundo sabe que los Inmortales Sin Rostro son tus siervos. No asesinos.

Todos los seres tienen capacidad de elegir, dijo Armonía. *Incluso los koloss. Este… el ser que viste en el cuerpo de* Sangriento *Tan… ha tomado una serie de decisiones desafortunadas*.

—¿Quién es este hombre?

Es miembro de la Tercera Generación, pero no cometas el error de pensar que, por tratarse de alguien peligroso, sea un hombre. La llamábamos Paalm, pero ha elegido el nombre de Sangradora para sí misma. Waxillium, Sangradora es antigua, más que la destrucción del mundo… casi tanto como el Imperio Final. Es más antigua que yo, de hecho, aunque no tanto como mis poderes. Es artera, precavida y brillante. Y me temo que podría haber perdido la cordura.

El carruaje dobló una esquina.

—Una de tus antiguas sirvientes —dijo Wax— se ha vuelto loca y es una asesina.

Sí.

—¡Pues párala!

No es tan sencillo.

—¿Libre albedrío? —preguntó Wax, irritado.

No, no en este caso. Puedo controlar directamente a un ser que se haya imbuido de demasiada hemalurgia. Actuaría en este caso, puesto que

Sangradora ha desobedecido su Contrato conmigo, exponiéndose así a mi intervención. Algo anda mal, por desgracia.

—¿Qué?

La deidad tardó en responder.

Aún no lo sé.

Wax sintió un escalofrío.

—¿Es posible tal cosa?

Eso parece. De alguna manera, Sangradora ha descubierto cómo esconderse de mí. Puedo entreverla, en ocasiones, pero solo cuando actúa de forma directa y flagrante.

Se ha quitado una de sus Bendiciones, lamentablemente; una de las dos púas que los kandra deben retener en su interior si desean conservar la cognición. La controlaría por la fuerza si pudiera, pero una púa no atraviesa el alma lo suficiente como para franquearme el acceso.

—«Cognición» —repitió Wax—. Los kandra necesitan dos púas para pensar, pero ella se pasea por ahí con una sola. ¿Lo cual significa…?

Locura, dijo Armonía, más baja su voz en los oídos de Wax. *Pero lo que anda mal va más allá de eso. Se esconde de mí, y aunque pueda hablar con ella, no está obligada a escuchar… y no puedo rastrear su paradero*.

—¿No habías dicho que estabas en todas partes?

Mi esencia lo está, matizó Armonía. *Pero esta cosa que soy… es más compleja de lo que te imaginas*.

—¿La complejidad de ser una divinidad excede la capacidad de comprensión de los mortales? Menuda sorpresa.

Armonía soltó una risita.

«Espera —pensó Wax—. ¿Acabo de ponerme sarcástico con el Mismísimo Dios?».

Ni más ni menos, dijo Armonía. *No pasa nada. Pocos actúan con tanta naturalidad en mi presencia, ni siquiera los kandra. Me agrada. Es como en los viejos tiempos. Desde que no está Kelsier…, en fin, no abundan las ocasiones así*.

—¿Puedes oír mis pensamientos?

Cuando llevas puesto el pendiente, sí. Conservación me confiere la facultad de escucharte, y Ruina la de comunicarme contigo. Cada uno de

ellos solo tenía una mitad. Siempre me ha parecido desconcertante.

En cualquier caso, sé que has estado leyendo el libro del joven Lestibournes. No me hizo gracia que lo escribiera, pero no podía impedírselo. Confiaré en que Marsh obrara bien confiándotelo. Sangradora puede usar la hemalurgia, pero de un modo que debería estarle vetado. Los kandra carecen de poderes alománticos o feruquímicos. Ha aprendido a usurparlos y utilizarlos para conservar su forma de kandra.

Con limitaciones, por suerte. Solo puede emplear las púas de una en una, de lo contrario se expondría a mi control. Si desea alternarlas, debe arrancarse una y empalarse en la otra para digerirla y que le devuelva así el raciocinio.

Ignoro por qué ha elegido esta ciudad, pero me alarma. Ha estudiado la conducta humana durante siglos. Algo trama.

—Habrá que pararle los pies, en tal caso.

Te enviaré ayuda.

—Doy por sentado que, dadas las circunstancias, será espectacular.

Armonía exhaló un delicado suspiro. En su mente, Wax lo vio de repente plantado con las manos enlazadas a la espalda, contemplando la eternidad que se extendía ante Él hasta confundirse en la lejanía con las tinieblas. Alto, embozado en una túnica, de espaldas a Wax, casi visible y discernible, pero, de alguna manera, al mismo tiempo completamente inefable.

Waxillium, dijo Armonía, *he intentado explicártelo antes, pero sospecho que no he sido lo bastante conciso. Tengo las manos atadas y mi libertad de movimientos es limitada.*

—¿Quién puede atarle las manos a Dios?

Me las até yo mismo.

Wax frunció el ceño.

Contengo tanto a Ruina como a Conservación, añadió Armonía. *El peligro de portar estos poderes enfrentados es que puedo ver ambas posturas: la necesidad de la vida y la necesidad de la muerte. Represento el equilibrio. Y, hasta cierto punto, la neutralidad.*

—Pero Sangradora antes era una de los Tuyos, y ahora actúa en Tu contra.

Era de Conservación. Se ha pasado al bando de Ruina. Ambos son necesarios.

—Entonces, los asesinos son necesarios —sentenció Wax, tajante.

Sí. No. Lo necesario es que exista el potencial de que se produzcan asesinatos. Waxillium, yo… la personalidad con la que estás hablando… comparto tu indignación. Pero los poderes que encarno, la esencia de mi ser, me impiden decantarme a favor o en contra de una sola postura.

Temo haber allanado ya en exceso el camino para los hombres. Esta ciudad, el clima perfecto, la tierra que se renueva… Estaba previsto que descubrierais la radio hace un siglo, pero entonces no la necesitabais, de modo que no perseverasteis en esa línea. Ignoráis aún la aviación, y seguís siendo incapaces de doblegar la naturaleza porque no os tomáis la molestia de estudiar en serio ni los sistemas de riego ni los métodos de fertilización.

—¿La… radio? ¿Qué es eso?

No exploráis, prosiguió Armonía, haciendo caso omiso del desconcierto de Wax. *¿Para qué? Aquí tenéis todo cuanto podríais desear. Apenas si habéis avanzado, tecnológicamente hablando, merced a lo que os legué en mis libros. Otros, sin embargo, que estuvieron a punto de ser destruidos…*

Cometí un error con vosotros, lo sé. Y sigo cometiéndolos, muchos. ¿Se tambalea ahora tu fe, Waxillium? ¿Te preocupa que tu Dios no sea infalible?

—Nunca afirmaste ser infalible, que yo recuerde.

No. Cierto.

Sobrevino a Wax una sensación de calidez, un fuego, como si el interior del coche estuviera convirtiéndose en un horno en el que reinaran temperaturas extremas.

Aborrezco el sufrimiento, Waxillium. Detesto que a los seres como Sangradora se les permita actuar como actúan. Yo no puedo detenerlos. Tú, sí. Hazlo, te lo suplico.

—Lo intentaré.

Bien. Ah, Waxillium.

—¿Sí, mi señor?

Procura no ser tan duro con Marasi Colms. No eres mi único agente en los asuntos de la humanidad; me costó mucho trabajo colocar a Marasi en

una posición desde la que podría hacer algo por el bien de la ciudad. Es frustrante ver cómo te empeñas en menospreciarla porque su admiración te incomoda.

Wax tragó saliva con dificultad.

—Sí, mi señor.

Te enviaré ayuda.

La voz se desvaneció. La temperatura regresó a la normalidad. Wax se recostó en el asiento, empapado de sudor, sintiéndose exhausto.

Sonaron unos golpecitos en la ventana. Titubeante, Wax apartó el visillo. Allí estaba Wayne, colgando bocabajo, aguantándose el sombrero en la cabeza con una mano.

—¿Has terminado ya de hablar solo, Wax?

—Me… Sí, ya he terminado.

—A mí también me dio por oír voces una vez, ¿sabes?

—¿Sí?

—Pues sí. No veas qué susto me llevé. Me aporreé la cabeza contra la pared hasta perder el conocimiento. ¡No he vuelto a oírlas! Ja. Les di una buena lección. Ante una invasión de alimañas, lo mejor es prenderle fuego al nido y largarlas con viento fresco.

—Y el nido… era tu cabeza.

—Correcto.

Lo más triste de todo era que, casi con toda seguridad, Wayne no se lo estaba inventando. Ser imposible de matar, siempre y cuando se tuviera el suficiente poder curativo en reserva, podía hacer cosas raras con el instinto de conservación de una persona. Por otra parte, lo más probable era que Wayne hubiera estado borracho en aquella ocasión en concreto. También eso hacía cosas raras con el instinto de conservación de la gente.

—En fin, cambiando de tema —dijo Wayne—. Ya casi hemos llegado a la comisaría. Hora de retomar el papel de sucios guripas. Por lo menos tendrán bollitos.

Marasi esperaba en el interior de la comisaría con los brazos cruzados, en parte para disimular el hecho de que le temblaban las manos. Era injusto. Ya

había estado en muchos tiroteos. Debería haberse acostumbrado a esto… pero, a pesar de todo, cuando se pasaba el susto —el momento de acción y emoción— por lo general se quedaba agotada. Seguro que, tarde o temprano, se convertiría en algo normal.

—Llevaba esto puesto, señor —dijo Reddi, soltando un par de brazaletes de golpe encima de la mesa—. No llevaba nada más de metal encima, salvo por la pistola y un puñado de balas. Hemos llamado a la sanguijuela de la comisaría del primer octante para cerciorarnos de que no hubiera ingerido metal, pero no lo sabremos con seguridad hasta que llegue.

Aradel cogió uno de los brazaletes y lo giró entre las manos. La habitación, en penumbra, era una especie de galería con vistas a la sala de interrogatorios que tenían a sus pies, donde el asesino que había detenido Marasi se encontraba arrumbado en una silla. Se llamaba Rian; no tenía casa, aunque habían localizado a su familia. Lo inmovilizaban unas cuerdas atadas a la roca de gran tamaño que se elevaba tras el respaldo del asiento. No había nada de metal en la estancia, diseñada para contener sin peligro a lanzamonedas y atraedores. El suelo era de piedra; los muros, de recias tablas ensambladas con virotes de madera. La apariencia del conjunto era tosca, casi primitiva. Las paredes de cristal de la galería les permitían observarlo sin que nadie los pudiera oír desde abajo.

—Así que es un nacido del metal —dijo la teniente Caberel, la última ocupante del cuarto. La fornida mujer cogió el otro brazalete—. ¿Por qué no usó sus habilidades en el atentado? Si mató a Winsting con velocidad feruquímica, como asegura el viejo Waxillium Disparo al Amanecer, hoy debería haber hecho lo mismo.

—Quizá no sea el asesino de Winsting —repuso Aradel—. Cabe la posibilidad de que los ataques no estén relacionados.

—Sin embargo, señor, encaja con el perfil —dijo Reddi—. Los guardaespaldas de Winsting no habrían sospechado de un miembro de confianza de la escolta personal del gobernador. Podría haberse abierto paso entre ellos con buenas palabras antes de cometer el delito.

—Me cuesta imaginar que los guardias de Winsting permitieran que alguien así se quedara a solas con su protegido, capitán —replicó Aradel—.

¿Tras un tiroteo que ya se había cobrado varias vidas? Estarían en tensión. Suspicaces al máximo.

Abajo, el sospechoso comenzó a mecerse hacia delante y atrás en la silla. Las rejillas de ventilación que les permitirían escuchar lo que decía estaban cerradas, pero a Marasi le dio la impresión de que había empezado de nuevo a musitar para sí.

—Bueno, pues se lo preguntamos a él —sugirió Caberel.

—¿Otra vez? —dijo Reddi—. Ya lo ha oído antes. Lo único que hace es farfullar.

—Incentívalo —replicó Caberel—. Eso se te da muy bien, Reddi.

—Supongo que a su cara no le vendrían mal unos cuantos moratones.

—Sabe que no puede hacer eso —intervino Marasi desde su posición, junto a la ventana.

Reddi se volvió hacia ella.

—No me cite las estadísticas, Colms. Está comprobado que le puedo sonsacar la verdad a cualquiera, se ponga como se ponga.

—En esta ocasión no es cuestión de estadísticas —dijo Marasi—. Si tortura a ese hombre, invalidará el juicio antes de que empiece. Sus abogados lo sacarán de aquí sin problemas.

Reddi arrugó el entrecejo.

—Ordenemos que traigan a su hija. —Caberel estaba revisando la ficha del hombre—. La amenazaremos delante de él, aunque no vayamos a hacerle ningún daño. Hablará.

Marasi se frotó la frente con una mano.

—Eso es literalmente ilegal, Caberel. ¿No han oído hablar nunca del artículo 89? Lo amparan unos derechos.

—Es un delincuente —dijo Reddi.

—Un presunto delincuente. —Marasi exhaló un suspiro—. No pueden seguir actuando como en el pasado, Reddi. Las leyes han cambiado. Seguirán volviéndose cada vez más estrictas, del mismo modo que los abogados defensores son cada vez más astutos.

—Los procuradores se han pasado al otro bando —dijo Caberel, asintiendo con la cabeza—. Tiene razón.

Marasi optó por reservarse su opinión al respecto. No era cuestión de pasarse o no al otro bando, por supuesto; en absoluto. Sin embargo, se conformaría con que los alguaciles aprendieran a respetar las normas, fuera cual fuese su razonamiento.

—Opino —dijo Reddi— que es una lástima que entre nosotros haya alguien que parezca estar más a favor de los procuradores que de la justicia. Conoce mejor su forma de actuar que la nuestra.

—Es posible —observó Aradel, en tono grave pero apacible—. Podría pensarse que precisamente por eso decidí introducirla en el equipo, capitán Reddi. Colms está familiarizada con los códigos legales contemporáneos. Si prestases más atención a las leyes que juraste defender, quizá Daughnin no hubiera vuelto a la calle el mes pasado.

Reddi se ruborizó y agachó la cabeza. Aradel se situó junto a Marasi, contemplando al prisionero.

—¿Qué tal se le da interrogar a testigos hostiles, teniente?

—Tengo menos práctica de lo que me gustaría —respondió la muchacha, haciendo una mueca—. Estoy dispuesta a intentarlo, pero haríamos bien en esperar unos minutos.

—¿Por qué?

Sonó un portazo a lo lejos.

—Por eso —dijo Marasi.

Instantes después, la puerta de la cámara de observación se abrió de golpe, empujada por Waxillium sobre la marcha. ¿Ese hombre no podría tomarse la molestia de mover un dedo de vez en cuando? Entró como una exhalación, seguido de cerca por Wayne, que, por alguna razón, llegaba puesto el sombrero de la alguacil Terri.

Waxillium echó un vistazo al cautivo. Entornó los ojos y observó de soslayo los brazaletes que tenía cerca de él, encima de la mesa. Uno de ellos dio un brinco y se cayó al suelo, empujado por su invisible habilidad alomántica.

—No son mentes de metal —dijo con un gruñido—. Ese hombre es un señuelo. Les han engañado. —Se giró, dispuesto a marcharse. Wayne se repantigó en una de las sillas, apoyó los pies junto a los brazaletes y no tardó nada en empezar a roncar.

—Espere, ¿eso es todo? —dijo Reddi, observando a Waxillium de reojo —. ¿Ni siquiera piensa interrogarlo?

—Hablaré con él. Podría proporcionarnos alguna pista que nos ayude a encontrar al asesino de Winsting. Pero no es nuestro hombre.

—¿Cómo puedes estar tan seguro, Waxillium? —preguntó Marasi.

—Empujar contra unas mentes de metal de verdad requiere más esfuerzo. —Wax apuntó con el dedo—. Y ese hombre es demasiado evidente. Quienquiera que esté detrás de esto se ha adelantado a nuestra teoría de que el asesino podría ser uno de los guardias de Innate y quiere que nos apresuremos a culpar a este hombre. Quieren que asumamos que el asesino ya está en nuestro poder. Pero ¿por qué? ¿Planearán hacer algo esta noche…? —Sus pasos lo acercaron a la puerta, contemplativo—. Voy a hablar con el prisionero. Marasi, no me vendría mal otro par de oídos.

La muchacha dio un respingo. ¿Estaba pidiéndole ayuda? ¿¡A ella!? Menudo cambio, después de que la hiciera sentirse culpable cada vez que se personaba en el escenario de un crimen. Miró de reojo a Aradel, que le dio permiso para marcharse, y salió corriendo en pos de Waxillium.

Una vez en la escalera, este se detuvo y se volvió hacia ella. Llevaba puesto el sombrero de los Áridos, cosa que solo hacía cuando le daba por ponerse en plan «vigilante implacable».

—Tengo entendido que la detención fue obra tuya.

—Así es.

—Buen trabajo.

Esas palabras no deberían haberle producido el estremecimiento de placer que acababa de experimentar. No necesitaba su aprobación.

Era agradable, no obstante.

Waxillium seguía observándola, como si se dispusiera a decir algo más.

—¿Qué? —preguntó Marasi.

—He hablado con Dios camino de aquí.

—Vaaale… Me alegra que seas tan devoto como para elevar una plegaria de vez en cuando.

—Ya. El caso es que me respondió.

La muchacha ladeó la cabeza mientras intentaba desentrañar el enigmático significado de esas palabras. Por otra parte, Waxillium Ladrian

no tenía fama de críptico. Herrumbres, la mayoría de las veces se pasaba de directo.

—De acuerdo —replicó Marasi—. ¿Y qué te ha dicho?

—Que nuestra asesina es una Inmortal Sin Rostro —respondió Waxillium, reemprendiendo el descenso de las escaleras—. Una criatura que se hace llamar Sangradora. Puede cambiar de forma usurpando los huesos de los difuntos, y se ha vuelto loca. Ni siquiera Armonía conoce sus intenciones.

Mientras lo seguía, Marasi intentó digerir aquella información. Espectros de la bruma y kandra… esas cosas pertenecían al ámbito de la Historia, no de la vida real. Por otra parte, en su momento habría pensado que los hombres como Miles *Cienvidas* y Waxillium *Disparo al Amanecer* también eran personajes históricos. Habían demostrado estar a la altura de su leyenda, y con creces.

—Entonces, ese podría ser ella —dijo Marasi, indicando con un gesto la pared que los separaba del prisionero—. ¡Podría adoptar cualquier forma, cualquier rostro! ¿Por qué estás tan seguro de que este no es el asesino?

—Porque el gobernador todavía está vivo —respondió en voz baja Waxillium—. La criatura que está detrás de esto asesinó a Winsting como si tal cosa en una cámara de seguridad, rodeado de guardias, después de provocar intencionadamente un tiroteo en la sala de arriba. No se dejaría atrapar con tanta facilidad. Es una triquiñuela. —Miró a Marasi—. Pero es imposible estar seguro, no por completo. Por eso necesito que sepas a qué nos enfrentamos.

Marasi asintió con la cabeza; Waxillium le devolvió el gesto y abrió la marcha. Tras abandonar la escalera, dobló una esquina en dirección a la sala de interrogatorios. A Marasi la complació el hecho de que el cabo que estaba de guardia solicitara su autorización antes de abrirle la puerta a Waxillium.

Dentro, el desventurado cautivo aguardaba sentado con los brazos inmovilizados con ligaduras, contemplando fijamente la mesa que tenía delante mientras musitaba algo ininteligible. Waxillium se acercó a él sin pensárselo dos veces, cogió la otra silla, se sentó y dejó el sombrero encima de la mesa. Marasi se quedó algo apartada, donde —si erraban en sus

suposiciones acerca del detenido— no correría ningún peligro y podría intervenir para prestar ayuda en caso de necesidad.

Waxillium tamborileó con el índice encima de la mesa, como si no supiera muy bien cómo empezar. Transcurridos unos instantes, el prisionero, Rian, levantó la cabeza y murmuró:

—Me avisó de que vendrías a hablar conmigo.

—¿Quién?

—Dios.

—¿Armonía?

—No. Me dijo que tenía que matar al gobernador. Que debía agredirlo. Intenté no hacerle caso…

Waxillium entornó los párpados.

—¿La has visto? ¿Qué aspecto tenía? ¿Cómo era su cara?

—No puedes salvarlo —susurró Rian—. Lo matará. Me prometió libertad, pero aquí estoy, maniatado. Ay, Ruina. —Respiró hondo—. Hay algo para ti. En mi brazo.

—En tu… —La aprensión de Waxillium no parecía fingida. Marasi avanzó un paso de forma involuntaria; también ella acababa de fijarse por primera vez en el pequeño bulto que lucía el prisionero en el brazo.

Sin darle tiempo a enumerar los problemas legales que podría reportarle su acción, Waxillium se levantó, agarró el brazo en cuestión y practicó un rápido corte en la piel. Extrajo un objeto diminuto, cubierto de sangre. ¿Una moneda? Marasi avanzó otro paso mientras el prisionero levantaba el brazo ensangrentado hasta su cabeza y empezaba a tararear para sí.

Waxillium limpió la moneda con el pañuelo. Tras inspeccionar una cara, le dio la vuelta. Se quedó petrificado de repente, muy pálido. Se levantó de un salto.

—¿De dónde has sacado esto?

Rian se limitó a seguir canturreando.

—¿Dónde? —insistió Wax, agarrando al hombre por la pechera de la camisa.

—Waxillium —dijo Marasi, corriendo hasta él para apoyarle una mano en el brazo—. Para.

Wax la miró y soltó a Rian.

—¿Qué es esa moneda? —preguntó Marasi.

—Un mensaje —respondió Waxillium, mientras se la guardaba en el bolsillo—. Este hombre no va a proporcionarnos ninguna información útil. Sangradora sabía que íbamos a capturarlo. ¿Tienes planes para esta noche?

La muchacha frunció el ceño.

—¿Qué…? ¿Por qué lo preguntas?

—El gobernador está invitado a una fiesta. Steris opina que no va a cancelar su asistencia, a pesar de lo ocurrido, y suele acertar con este tipo de cosas. Querrá reforzar su imagen y evitar que sus adversarios políticos piensen que tiene algo que ocultar o temer. Debemos acudir a esa fiesta. Porque Sangradora estará allí, te lo aseguro.

8



El joven Waxillium, con doce años, observa una moneda, primero, y después la otra. Ambas lucen en el anverso la efigie del lord Nacido de la Bruma, enhiesto y con el brazo izquierdo extendido hacia la cuenca de Elendel. Al dorso, las dos mostraban una imagen del Primer Banco Central, del cual su familia poseía una gran parte.

—¿Y bien? —preguntó Edwarn. Sus facciones eran tan estrictas como impecable su cabello. Portaba su traje como si hubiera nacido con él; para él, era un uniforme de combate.

—Pues… —La mirada del joven Waxillium volvió a saltar de la una a la otra.

—Es comprensible que no puedas encontrar las diferencias —dijo Edwarn—. Haría falta ser un experto, motivo por el cual se han descubierto tan pocas. Quizás haya más en circulación; no podemos aventurar cuántas. Una de ellas es una moneda corriente y moliente; la otra presenta un defecto muy especial.

El carruaje continuó recorriendo las calles, traqueteante, mientras Waxillium examinaba las monedas. Desenfocó la vista. Era un truco que le había enseñado un amigo en una fiesta hacía poco; se usaba para que dos dibujos cobraran vida al solaparse entre sí.

Desenfocada la mirada, con las monedas delante, bizqueó intencionadamente y dejó que la imagen de una se superpusiera a la otra. Cuando hubieron encajado en su sitio, el elemento discordante —una de las

columnas del edificio del banco— se tornó difuso, incapaces sus ojos de concentrarse en ese punto en concreto.

—El error se produjo —continuó el tío Edwarn— porque se empleó un troquel defectuoso. Uno de los guardacuños se llevó a casa un puñado de estas curiosidades, las cuales no deberían haberse puesto nunca en circulación. Tú no podrás detectarlo, pero el fallo…

—Está en las columnas —lo interrumpió Waxillium—. En el lado derecho de la imagen del banco. El espacio que las separa es demasiado escaso.

—Sí. ¿Cómo lo sabes? ¿Quién te lo ha dicho?

—Lo he visto. —Waxillium le devolvió las monedas.

—Bobadas —protestó el tío Edwarn—. Tu mentira no resulta creíble, pero respeto que desees ocultar tus fuentes. —Sostuvo en alto una de las piezas metálicas—. Esta es la moneda defectuosa más valiosa de toda la historia de Elendel. Vale tanto como una casa. Estudiarla me ha enseñado una lección importante.

—¿Que la gente rica es tonta y está dispuesta a pagar por una moneda más de lo que en realidad vale?

—Todos somos un poco tontos, cada uno a nuestra manera —dijo el tío Edwarn, sin inmutarse—. Esa lección la aprendí en otra parte. No, esta moneda me enseñó una verdad desagradable, pero de incalculable valor: que el dinero no tiene la menor importancia.

Aquello despertó el interés de Waxillium.

—¿Cómo?

—Únicamente las expectativas poseen algún valor como moneda de cambio, Waxillium —afirmó el tío Edwarn—. Esta moneda vale más que las demás porque la gente cree que lo vale. Espera que lo valga. Las cosas más importantes del mundo únicamente valen lo que la gente esté dispuesta a pagar por ellas. Si puedes alimentar las expectativas de alguien… si consigues que necesiten algo… esa es la fuente de toda riqueza. Poseer cosas de valor es secundario cuando se puede imprimir valor a cosas que antes no tenían ninguno.

El carruaje se detuvo. En el exterior, una impresionante escalinata de piedra conducía al mismo banco impreso en las monedas. El tío Edwarn

esperó a que el cochero abriera la puerta, pero Waxillium desmontó de un salto.

El tío Edwarn se reunió con él en los escalones.

—Tu padre es un desastre para las finanzas. Llevo años esforzándome con él, pero no puede o no quiere aprender. Tengo grandes esperanzas depositadas en ti, Waxillium. La banca no es la única de tus opciones para servir a tu casa. Sin embargo, después de hoy sospecho que te darás cuenta de que es la mejor.

—No pienso convertirme en banquero —replicó Waxillium, mientras subía por la escalera.

—¿Ah, no? ¿Has decidido convertirte en administrador de las caballerizas, al final?

—No —dijo Waxillium—. Seré un héroe.

Su tío optó por no responder de inmediato mientras se acercaban a lo alto de la escalinata.

—Ya tienes doce años —dijo en voz baja, al cabo—, ¿y todavía estás emperrado con eso? Me esperaría semejantes bobadas de tu hermana, pero tu padre debería haberte quitado ya la tontería a guantazos.

Waxillium se volvió hacia su tío, desafiante.

—La época de los héroes ya es historia —continuó Edwarn—. Las leyendas en las que la gente hace cosas fuera de lo normal pertenecen a otro mundo. Hemos llegado a una era de modernismo, más estruendosa y discreta al mismo tiempo. Presta atención. Donde antes los reyes y los guerreros moldeaban el mundo a su antojo, ahora hacen lo mismo las personas calladas desde sus despachos… y con mucha, muchísima más eficiencia.

Entraron en el recibidor del banco, con el techo bajo y una hilera de cubículos con barrotes parecidos a jaulas en cuyo interior los empleados, con el espinazo encorvado, recibían y repartían dinero entre los clientes que esperaban su turno. El tío de Waxillium lo condujo a la parte de atrás. El mobiliario, de madera oscura, y la moqueta de color mohoso conferían un aire crepuscular a la estancia, aun con las ventanas abiertas y las lámparas de gas encendidas.

—Hay dos citas concertadas para hoy a las que quiero que asistas —dijo el tío Edwarn mientras entraban en una habitación rectangular, sin adornos. Las sillas apuntaban a la pared; era una sala de observación, un lugar desde el que espiar las reuniones que se celebraban en el banco. Su tío le indicó por señas que se sentara y apartó uno de los paneles deslizantes de la pared, revelando así la rendija de cristal que les permitiría ver a los dos ocupantes del cuarto contiguo. Uno de ellos era un banquero, vestido con chaleco y pantalones. Estaba sentado a una mesa imponente, hablando con un hombre de mediana edad y ropas cubiertas de polvo que sostenía una gorra en las manos.

—El préstamo nos facilitaría la mudanza —estaba diciendo el hombre mugriento—. Saldríamos de los suburbios. Tengo tres varones. Trabajaremos como burros, se lo prometo.

El banquero contempló al hombre desde lo alto del puente de su nariz y empezó a consultar un montón de papeles. El tío Edwarn cerró la mirilla, sorprendiendo a Waxillium con lo abrupto del movimiento. Su tío se levantó y Waxillium lo siguió, trasladándose a otro conjunto de sillas junto a la misma pared. Una segunda ventana espía les permitió asomarse al interior de otra habitación similar a la primera. Había una banquera con falda y chaleco sentada a una mesa igual de imponente que la anterior. El cliente, sin embargo, alto y atildado, se veía tranquilo.

—¿Está usted seguro de que necesita otro barco, lord Nikolin? —preguntó la banquera.

—Pues claro que lo estoy. ¿Me molestaría en venir hasta aquí de lo contrario? En serio, deberían dejar que se encargara mi mayordomo de estas gestiones. Para eso están los mayordomos, al fin y al cabo.

El tío Edwarn cerró la mirilla con un suave chasquido y se volvió hacia Waxillium.

—Eres testigo de una revolución.

—¿Una revolución? —repitió Wax, extrañado. Había estudiado economía; bueno, sus tutores le habían obligado a estudiarla—. Pero si es lo mismo que pasa a diario en todos los bancos.

—Ah —dijo el tío Edwarn—. Así que ya te sabes esta lección. ¿Y a cuál de estas personas vamos a concederle su crédito?

—Al rico —respondió Waxillium—. Siempre y cuando no esté mintiendo o sea un impostor.

—No, la fortuna de Nikolin es legítima. Ha hecho numerosos negocios con nosotros en el pasado y nunca incumple sus pagos.

—Por eso le concederéis el préstamo a él y se lo denegaréis al otro.

—Te equivocas —lo corrigió el tío Edwarn—. Se los concederemos a ambos.

—¿Utilizaréis el buen historial de créditos del rico para minimizar el riesgo de ayudar al pobre?

—Los tutores se han aplicado contigo —celebró el tío Edwarn, sorprendido.

Waxillium se encogió de hombros, pero, para sus adentros, descubrió que aquello le interesaba. Quizás esta fuese otra manera de convertirse en héroe. Quizás el tío Edwarn tuviera razón y la frontera estuviera encogiéndose, eliminando la necesidad de hombres de acción. Quizás este nuevo mundo no se pareciera en nada al que habían conocido la Guerrero Ascendente y el Superviviente.

Waxillium podría sopesar cuidadosamente los riesgos y prestar dinero a quienes más lo necesitaran. Si las personas trajeadas gobernaban el mundo algún día, ¿acaso no podrían convertirlo también ellas en un sitio mejor?

—Tu estimación es correcta, por una parte —dijo Edwarn, ajeno a los derroteros que habían tomado las cavilaciones de su sobrino—, y errónea, por otra. Concederemos el préstamo al pobre, sí… pero no correremos ningún riesgo en el proceso.

—Pero…

—Los documentos que nuestro empleado le está presentando ahora al obrero lo ligarán a una deuda de la que le resultará imposible escapar. Si incumple algún pago, la firma que estampe en esos papeles nos permitirán acudir directamente a su empleador y llevarnos un porcentaje de su sueldo. Si la suma continúa sin satisfacer la deuda, podremos hacer lo mismo con sus hijos. El rico ha pactado con nosotros en multitud de ocasiones, y su casa negoció unas condiciones favorables. Obtendremos un rédito de apenas el tres por ciento de lo que le prestemos. El trabajador, sin embargo,

está desesperado y sabe que ninguna otra entidad estará dispuesta a negociar con él. Le cobraremos el doce por ciento.

El tío Edwarn se inclinó hacia delante.

—Los demás bancos todavía no se han dado cuenta. Solo conceden préstamos seguros, exclusivamente seguros. No han cambiado, como ha hecho el resto del mundo. Ahora los trabajadores ganan más que nunca y se mueren por comprar todo aquello que antes no estaba a su alcance. En los últimos seis meses hemos apostado agresivamente por conceder préstamos a los ciudadanos de a pie. Acuden en tropel a nosotros, y pronto nos volverán muy, muy ricos.

—Los convertiréis en esclavos —dijo Waxillium, horrorizado.

Su tío sacó la moneda defectuosa y la depositó encima del mostrador, junto al muchacho.

—Esta moneda es un error. Una deshonra. Y vale más que miles de sus compañeras juntas. Valor creado donde antes no había ninguno. Cogeré a los pobres de esta ciudad y haré lo mismo con ellos. Como te decía antes, una revolución.

Waxillium sintió que se le revolvía el estómago.

—La moneda es para ti —dijo el tío Edwarn, poniéndose en pie—. Desearía que te sirviera de recordatorio. El regalo que te…

El muchacho recogió la moneda del mostrador y salió corriendo por la puerta.

—¡Waxillium! —lo llamó su tío.

El banco era un laberinto, pero Waxillium supo orientarse. Irrumpió en la pequeña habitación en la que el humilde obrero estaba hablando con el prestamista. El trabajador levantó la mirada del fajo de papeles; no debía de saber ni leer. Ni siquiera sabría lo que estaba firmando.

Waxillium plantó la moneda encima de la mesa, ante él.

—Esto es una moneda mal acuñada, codiciada por los coleccionistas. Llévesela, véndasela a una tienda de curiosidades… No acepte menos de dos mil a cambio de ella… e invierta el dinero en sacar a su familia de los arrabales. No firme esos documentos. Sería como ponerse una soga al cuello.

Wax hizo un alto en su relato. Sostuvo la moneda ante él, estudiándola, mientras el carro los conducía a la fiesta a Steris y a él.

—¿Y bien? —preguntó la muchacha, sentada frente a él en el interior del vehículo—. ¿Qué hizo tu tío?

—Se puso furioso, por supuesto —dijo Wax—. El trabajador firmó los papeles; no podía creerse que realmente le hubiera dado algo tan valioso. Mi tío llegó, le contó una sarta de bonitas mentiras y obtuvo los documentos que quería.

Le dio la vuelta a la moneda, contemplando la efigie del lord Nacido de la Bruma impresa en el envés.

—El trabajador… Jendel era su nombre… se suicidó tirándose desde lo alto de un puente ocho años después. Sus hijos aún están endeudados con la entidad, aunque la Casa Ladrian ya no posee ningún vínculo con el Primer Banco Central; mi tío vendió nuestra parte a cambio de capitales antes de desvalijar la casa y fingir su muerte.

—Lo siento —murmuró Steris.

—Esa es, en parte, la razón de que me marchase de allí —continuó Wax—. Ese tipo de cosas… y lo que ocurrió en la Aldea, por supuesto. Me dije que partía en busca de aventuras; nunca se me había pasado por la cabeza convertirme en vigilante. Creo que, en el fondo, sabía que no conseguiría cambiar nada en Elendel. Era demasiado grande, demasiado astutos los hombres trajeados. En los Áridos, una sola persona armada con sus pistolas podía marcar la diferencia. Aquí es poco más que una reliquia.

Steris frunció los labios, sin saber qué decir. Wax no la culpaba. Había pensado a menudo en lo acontecido en aquel banco, y aún ignoraba qué —o «si»— podría haber hecho para que las cosas fuesen de otra manera.

Dejó que la moneda rodara entre sus dedos. Grabadas en el dorso, en caracteres diminutos, se podían leer las palabras: «¿Por qué te fuiste, Wax?».

—¿Cómo llegaría esa moneda a manos de Sangradora? —preguntó Steris.

—No se me ocurre ninguna explicación. La vendí antes de llegar a los Áridos. Mi padre me había desheredado ya a esas alturas, y necesitaba dinero para preparar el viaje.

—¿Y esas palabras?

—Ni idea —replicó Wax, volviendo a guardarse la moneda en el bolsillo—. El caso es que rememorar esa historia me inquieta. En su día me dije que intentaba ayudar a aquel hombre, pero sospecho que no es cierto. En retrospectiva, creo que solo intentaba irritar a mi tío.

»Sigo siendo el mismo, Steris. ¿Por qué fui a los Áridos? Porque quería ser un héroe… Quería que todos me vieran y me conocieran. Podría haber hecho muchas cosas positivas aceptando una posición en mi casa aquí, en Elendel, pero habría tenido que ser en la sombra. Al irme, primero, e intentando después forjarme un nombre como vigilante, en última instancia pequé de egoísta. Incluso unirme a los alguaciles en esta ciudad a veces se me antoja un acto de orgullo insufrible.

—Dudo que te importe —dijo Steris, inclinándose hacia delante—, pero yo, al menos, considero que tus motivos son irrelevantes. Salvas vidas. Salvaste la mía. Lo que se te pasara por la cabeza mientras lo hacías no influye en mi gratitud.

Wax la miró a los ojos. Steris era propensa a sufrir estos arrebatos de pura franqueza, en los que se despojaba de todo artificio y se exponía tal y como era.

El carruaje aminoró la marcha, y Steris apuntó hacia la ventana con la mirada.

—Hemos llegado ya, pero tardarán en dejarnos pasar. Tenemos muchos vehículos por delante del nuestro.

Wax arrugó el entrecejo, abrió la ventana y sacó la cabeza. En efecto, una fila de carruajes e incluso unos cuantos motocarros abarrotaban el camino de acceso a las cocheras de la Torre ZoBell. Las veinte plantas del rascacielos se elevaban hacia el firmamento nocturno, hasta perderse de vista entre las nieblas oscuras.

Se recostó de nuevo en el asiento, envuelto en los jirones de bruma que entraban ahora por la ventanilla abierta a su lado. Steris la observó de reojo, pero no le pidió que corriera el visillo.

—Supongo que llegaremos tarde —musitó Wax.

A menos, claro está, que improvisara algo.

—Es la primera fiesta que se celebra en lo alto de la torre —dijo Steris, sacando una pequeña libreta de su bolso—, y los encargados de las cocheras no están acostumbrados a vérselas con semejante afluencia.

Wax sonrió.

—Habías previsto esta demora, ¿verdad?

Steris localizó la página que buscaba y giró la libreta. Allí, anotada con su pulcra caligrafía, podía leerse un pormenorizado esquema de cómo iba a ser su noche en la fiesta. La tercera entrada rezaba: *8.17. Acceso al edificio probablemente bloqueado por el tráfico. Lord Waxillium usa su alomancia para transportarnos a la azotea, algo por completo inapropiado y, al mismo tiempo, arrebatadoramente romántico*.

Wax enarcó una ceja mientras consultaba su reloj de bolsillo, el cual portaba en el cinto, en vez de en el chaleco, para poder soltarlo con facilidad junto con el resto de los metales que llevaba encima.

—Las ocho y trece. Me estás fallando.

—Encontramos menos tráfico de lo esperado en el paseo.

—¿De veras quieres hacerlo por las bravas?

—Esta será la forma más sencilla, en realidad —dijo Steris—. Aunque por completo inapropiada.

—Por completo.

—Tienes fama de hacer ese tipo de cosas, por suerte, y nadie esperaría de mí que te cortase las alas. He elegido ropa interior oscura, en cualquier caso, para que no resulte tan visible desde abajo mientras volamos.

Wax sonrió, metió la mano bajo el asiento y sacó el paquete que le había enviado Ranette. Se lo colocó bajo el brazo y empujó la puerta.

—La gente te subestima, Steris.

—No —dijo ella, bajando a la acera cubierta de niebla. Wax vio que los zapatos que se había puesto no saldrían despedidos de sus pies con facilidad. Bien—. Dan por sentado que me conocen cuando en realidad no es así, eso es todo. Entender los convencionalismos sociales y plegarse a ellos son dos cosas distintas. Y ahora, ¿qué tenemos que…? ¡Hala!

Esto último lo dijo mientras Wax la estrechaba contra su cuerpo, desenfundaba a *Vindicación* y disparaba una bala contra el suelo —entre tres adoquines— a sus pies. Sonrió de oreja a oreja cuando las ventanillas de todos los carruajes que estaban esperando su turno se llenaron de cabezas. Tendría que dejar que Wayne y Marasi se las apañaran por su cuenta para pasar por aquí, pero seguramente sería mejor así. Quizá desviara la atención de esos dos.

Wax redujo su peso, se orientó en el ángulo adecuado con relación a la bala, sin soltar a Steris, y empujó. Despegaron trazando una trayectoria inclinada, sobrevolando la hilera de carruajes. Aterrizó en uno de los salientes decorativos del rascacielos, a varias plantas de altura. Steris se aferraba a él con la desesperación de una gata que colgase sobre el océano, con los ojos como platos. A continuación, con cautela, lo soltó y pisó la cornisa de piedra; se asomó para escudriñar la neblinosa caída. Titilaban luces al fondo: carruajes, farolas y lámparas sostenidas por los criados. La bruma lo reducía todo a burbujas y sombras.

—Me siento como si flotara en un mar de humo y niebla —dijo. Las brumas se arremolinaban y fluctuaban como si estuvieran dotadas de vida, formando vórtices y remolinos cuya dirección parecía ir en contra de las corrientes de aire, en movimiento perpetuo.

Wax abrió el paquete de Ranette y extrajo de su interior un rollo de cuerda firmemente trenzada. Volvió el rostro hacia arriba. En su nota, Ranette le pedía que, la próxima vez que utilizara su alomancia para saltar, experimentase con un punto de sujeción y le presentara su informe.

—Estabas ansioso por venir esta noche —dijo Steris—. No se trata tan solo de encontrarte con el gobernador. Estás de servicio. Se nota a la legua.

Wax sopesó la cuerda —rematada en uno de los extremos por un garfio de acero—, calculando la fuerza necesaria para lanzarla.

—Y se nota, ¿sabes? —insistió Steris—, porque estás completamente despierto. Eres un depredador, Waxillium Ladrian.

—Cazo depredadores.

—Pero también eres uno. —Steris lo miró a través del velo translúcido de las brumas que danzaban entre ellos. En sus ojos se reflejaba el fulgor del mar de niebla que se extendía a sus pies—. Eres como un león. La

mayor parte del tiempo solo estás presente a medias, conmigo. Holgazaneando, aletargado. Siempre cumples con tus obligaciones, te ocupas de los quehaceres domésticos… pero eso no te llena. Entonces aparece la presa. Despiertas. El estallido de velocidad, la furia y la energía; la fulgurante y palpitante emoción de la cacería. Esa es tu auténtica naturaleza, Waxillium Ladrian.

—Si lo que dices es cierto, entonces todos los vigilantes son depredadores.

—Los de verdad, es posible. Creo que no conozco a ningún otro. —Siguió la dirección de su mirada, que apuntaba hacia arriba—. En fin, mi pregunta: ¿qué vas a cazar esta noche?

—Sangradora estará aquí.

—¿La asesina? ¿Cómo lo sabes?

—Planea atentar de nuevo contra el gobernador —dijo Wax—. Quiere ponerme a prueba, ver si consigue acercarse, analizar mi reacción.

—Te comportas como si se tratara de algo personal entre vosotros dos.

—Ojalá fuese así. —«Alguien más nos mueve»—. Ojalá conociera a Sangradora lo suficiente como para convertirlo en algo personal, porque así la ventaja estaría de mi parte. Pero está interesada en mí, eso es indudable, lo que significa que no me puedo perder esta fiesta. De lo contrario, podría tomárselo como una señal para atacar.

Wax terminó de preparar la cuerda y la sostuvo, dejando que el extremo engarfiado colgara libre. Le tendió la otra mano a Steris, que de inmediato se acercó a él.

Investigó la línea metálica que apuntaba a una de las vigas de acero que había en la piedra, bajo sus pies. Con tanta roca de por medio, la sujeción no sería tan firme como cabría esperar, pero el anclaje era grande y sólido; serviría para hacer lo que necesitaba. Se abrazó a Steris, empujó y salió disparado hacia el firmamento nocturno. Los rascacielos como este suponían un problema para él, puesto que se ahusaban conforme ascendían. Por si eso fuera poco, muchos de los salientes en los que apoyaba los pies eran cornisas muy estrechas, lo cual dificultaba impulsarse directamente en vertical; muchos de esos empujones a menudo lo proyectaban en diagonal, lejos del edificio. Fuera como fuese, cuanto más alto subía, más se

distanciaba de la pared. En condiciones normales, podría contrarrestar este inconveniente con la escopeta y con su habilidad para reducir su peso. Ahora que cargaba con Steris, eso quedaba fuera de la ecuación.

Quizá pudiera compensarlo con la cuerda y el garfio de Ranette. Alcanzó una altura en la que empezó a ir más despacio; su anclaje quedaba ya demasiado lejos como para seguir proporcionándole impulso. Como de costumbre, se había alejado unos tres metros del edificio. Así pues, mientras frenaba, arrojó el extremo ganchudo en dirección a un balcón y empujó sobre él, disparando el garfio contra la estructura. El punzón curvo se coló entre los barrotes metálicos del balcón, pero volvió a soltarse. Wax flotó hasta detenerse por completo, en precario equilibrio, a punto de desplomarse de costado en dirección contraria al edificio. Masculló una maldición y probó suerte de nuevo; esta vez consiguió que el garfio encajara en su sitio.

Tiró de ellos hacia la torre, como un pez que intentara escapar del agua utilizando el mismo sedal que lo sujetaba, y consiguió llegar al balcón. Depositó a Steris en el suelo y volvió a enrollar la cuerda, con la mirada vuelta hacia arriba.

—Una actuación de primera.

—Demasiado lento —musitó Wax, distraído.

—Ay, cielo.

Wax sonrió, la abrazó de nuevo y empujó para dejar atrás el balcón. En esta ocasión, cuando ya habían cubierto aproximadamente la mitad de la distancia que los separaba del lugar donde se estaba celebrando la fiesta, lanzó el garfio contra uno de los balcones con los que se cruzaron, a gran velocidad. Tras afianzarlo, continuó impulsándose hasta rebasar el balcón que tenía a su derecha. La cuerda se tensó de golpe, haciéndole pivotar en pleno vuelo, y Wax se balanceó hacia el edificio.

Golpeó la pared con las botas por delante, sujetando la cuerda con una mano mientras aguantaba a Steris rodeándola con el otro brazo, y se dejó caer los escasos palmos que faltaban para aterrizar en el balcón. Mejor, mucho mejor. La principal desventaja de un lanzamonedas como él era que solo podía empujar para alejarse de las cosas, no tirar hacia ellas. Una cuerda como esta podía resultar sumamente útil.

Tironeó del garfio para soltarlo. Esto era muy poco práctico. ¿Y si le hiciera falta desprenderlo en pleno vuelo, o en mitad de un combate? ¿Podría proporcionarle Ranette un garfio capaz de desprenderse a voluntad, de alguna manera? Empujó contra el balcón, propulsándolos otra vez por los aires. Steris le clavó los dedos en los hombros. La bruma fluctuaba con parsimonia a su alrededor. A los lanzamonedas no les incomodaban las alturas; daba igual que se precipitara al vacío, soltar un trozo de metal y empujar contra él con cuidado le permitiría aterrizar sano y salvo.

—Se me olvidaba lo desorientador que puede ser esto —dijo Wax, ralentizando su ascenso—. Cierra los ojos.

—No. —Parecía que a Steris le faltase el aliento—. Esto es… esto es maravilloso.

«Sospecho que nunca conseguiré entender a esta mujer», pensó Wax. Habría jurado que estaba aterrada. La siguiente sucesión de saltos transcurrió sin contratiempos, ahora que empezaba a acostumbrarse a la cuerda. «Es demasiado aparatosa —reflexionó—. Cargar con esto de acá para allá sería un engorro». Además, el garfio se podría quedar atascado con facilidad. Si estuviera utilizando la cuerda y se enzarzase en una pelea, lo más probable era que se viese obligado a desembarazarse de ella después del primer salto.

Esta noche les estaba dando buen resultado, no obstante; instantes más tarde, una última maniobra los depositó en el balcón de la última planta en medio de un remolino de volantes y faldones de gabán de bruma. Su aparición provocó que el corrillo de invitados que se encontraban allí prorrumpieran en exclamaciones de sorpresa; a alguien se le cayó una copa. Wax se enderezó y dejó a su prometida en el suelo. Pese a lo accidentado del viaje, Steris no tardó en recuperar la compostura, alisándose la falda y atusándose el cabello para recolocar sus alborotados mechones mientras decía en voz baja:

—Me parece que acabamos de realizar una entrada digna de nuestra reputación.

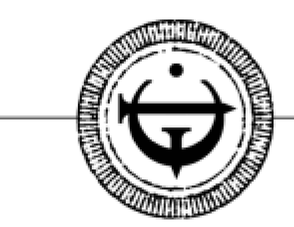
—Por lo menos hemos alertado a los guardias, eso seguro —replicó Wax, inclinando la cabeza en dirección a los hombres que, apostados a los flancos del balcón, no los perdían de vista. Estaban haciendo su trabajo, lo

cual ya de por sí era buena señal. Ningún lanzamonedas podría colarse en la fiesta sin que lo detectaran. No le dieron el alto, sin embargo. Era demasiado importante como para importunarlo.

Wax recogió la cuerda con el garfio y se la enrolló a la cintura, bajo el abrigo, lo cual le granjeó un gesto de exasperación por parte de Steris antes de que esta apoyara una mano en su brazo. Antes de salir de la Mansión Ladrian le había dado instrucciones precisas sobre el modo en que debía caminar y comportarse; era la sexta de tales lecciones que le impartía en el tiempo que llevaban juntos. Quizá porque Wax nunca actuaba como debía. Esta noche, por ejemplo, la tomó del brazo con mucha más confianza de la recomendada. Estaban prometidos, herrumbres; qué menos que pasear juntos del brazo.

Aunque Steris le lanzó una miradita de reojo, no dijo nada mientras Wax abría las puertas del balcón con un empujón alomántico. Entraron en la fiesta.

9



Al pie de la Torre ZoBell, Wayne vio cómo las brumas engullían a Steris y a Wax. Sacudió la cabeza mientras sacaba una pella de chicle de la latita que llevaba en el bolsillo. Se había agenciado un surtido de la substancia aquella. Mascarla tenía su gracia.

Se metió la bola en la boca y pensó en lo herrumbrosamente tonto que era su amigo. Saltaba a la vista que si Wax insistía en seguir adelante con todo ese enredo de ir a casarse con Steris era porque extrañaba muchísimo a Lessie. Wax había elegido un compromiso que no le exigía ninguna implicación emocional. Wayne lo veía con tanta claridad como el fondo del vaso en un *pub* en el que sirvieran cerveza aguada.

Extendió la mano para ayudar a Marasi a bajar de su carro.

—Tienes buen aspecto —comentó la muchacha—. Me sorprende que accedieras a ponerte eso.

Masticando distraídamente, Wayne bajó la mirada a su elegante traje hecho a medida. A Marasi la asombraba el hecho de que poseyera algo así, complementado por el refinado bombín que llevaba en la cabeza y un pañuelo de color verde oscuro en el cuello. ¿Por qué iba a faltar este disfraz en su repertorio? Los tenía de mendigo, de alguacil…, incluso de señora mayor. Uno debía ser capaz de confundirse con el entorno. En los Áridos, eso conllevaba tener un disfraz de vaquerizo moreno; en la ciudad, de petimetre emperifollado.

La estúpida cola de espera era tan larga que hasta al aluminio le daría tiempo a oxidarse en lo que tardarían ellos en cubrir la mitad del camino. «Herrumbroso Wax y sus trampas», pensó Wayne. Por lo menos podría habérselo llevado a él en vez de a Steris.

Al frente, curiosamente, a una pareja le fue denegado el acceso; se vieron obligados a volver a su carruaje después de todo el tiempo que habían estado esperando. «¿Qué pasa aquí?». A las personas así de finas no les cerraban las puertas de ninguna fiesta, ¿o sí? Todo el mundo tenía una invitación, aunque fuese falsa; como la suya, que era idéntica a la que le había dado a la vieja tirana de la escuela.

En fin, habría que llegar al punto de control para averiguarlo. Y la cola seguía siendo muy leeeeennnntaaaaaa.

—¿Ha dicho algo de provecho el tipo aquel que pillasteis? —le preguntó a Marasi.

—No —respondió la muchacha—. Ni siquiera está presente del todo, mentalmente hablando. Aunque sí que descubrimos, no obstante, que por lo visto tiene un punzón hemalúrgico alojado en el cuerpo.

—Herrumbres. ¿También estás al corriente de eso?

—He leído el libro —replicó Marasi, sin concederle mayor importancia —. La Muerte me lo dio a mí primero, en realidad, y Waxillium me autorizó a hacer una copia. El prisionero presentaba una laceración en el pecho. Se tranquilizó cuando se la quitamos, pero sigue negándose a hablar.

Al cabo, en el tiempo que debieron de necesitar siete tierras de labranza distintas para dar sus frutos y marchitarse de nuevo, aproximadamente, llegaron por fin a la cabeza de la fila. Una vez allí, el portero los miró de arriba abajo, con gesto sombrío.

—Me temo que nos han ordenado rechazar todas las invitaciones sin nombre que no nos presenten sus legítimos destinatarios. Tras el atentado contra la vida del gobernador, solo pueden pasar los invitados cuyo nombre esté en nuestra lista.

—Pero… —empezó a decir Marasi.

—A ver —terció Wayne—. Somos gente importante. ¿No ves lo elegante que es mi pañuelo?

Junto a la puerta, unos hombres uniformados de negro dieron un paso al frente, amenazadores. Herrumbrosa seguridad del gobierno. Los alguaciles eran gente auténtica; cierto, de vez en cuando se les iba la mano y podían partirle a alguien el cuello, pero venían de la calle, como todo el mundo. Estos fantoches, en cambio, eran unos desalmados.

—Hoy le he salvado la vida al gobernador —protestó Marasi—. Ahora no irán a impedirme pasar.

—Me temo que yo no puedo hacer nada —dijo el portero, inmutable por completo, con sus facciones adustas.

Sí, definitivamente aquí estaba pasando algo. Wayne agarró a Marasi del brazo y se hizo a un lado con ella.

—Nos vamos. Herrumbrosos cretinos.

—Pero…

Wayne miró de reojo por encima del hombro y, en el momento preciso, lanzó una burbuja de velocidad.

—Bueno, pues nada —dijo—. ¡Cambio de planes!

—Pareces emocionado. —Marasi echó un vistazo a los bordes de la esfera. Era más nítida que de costumbre, puesto que la niebla continuaba moviéndose y fluctuando en su interior, mientras que fuera flotaba congelada en el aire como un velo de gasa.

—Soy muy impresionable. —Wayne se apresuró a volver junto al estrado en el que estaba el portero. Había conseguido capturar el primero dentro de la burbuja, dejando fuera al segundo. Menuda puntería tenía. Encima del pedestal había una lista de nombres.

—Creo que renunciaste con demasiada facilidad a entrar por las buenas —dijo Marasi, cruzándose de brazos.

—Aquí están nuestros nombres —murmuró Wayne, sin dejar de moverse mientras leía—. En una columna que especifica a quién tienen que cerrarle el paso. Habría dado igual cómo te pusieras.

—¿Qué? —Marasi se pegó a él—. Maldición. Después de que le salvase la vida, será hijo de perra.

—¡Marasi! —exclamó Wayne, sonriendo de oreja a oreja—. Empiezas a hablar como una persona normal.

—Por tu culpa —dijo la muchacha. Hizo una pausa—. Hijo de perra.

La sonrisa de Wayne se ensanchó.

—Le salvaste la vida al gobernador, sí —dijo, masticando ruidosamente el chicle—, pero deben de ser sus guardaespaldas los que quieren dejarte fuera, no él. Les ha caído una buena mancha en el historial después de que uno de los suyos resultara no ser trigo limpio, y los dejaste en evidencia al ser la primera en fijarte.

—¡Eso es mezquino! ¡Están jugando con la vida del gobernador!

—La gente es mezquina. —Wayne dio un saltito lateral.

—¿Por qué te mueves tanto?

—Podrían verme si me quedo demasiado tiempo en el mismo sitio, incluso con la velocidad aumentada del interior de la burbuja. Si seguimos moviéndonos solo seremos una mancha borrosa, y ahí fuera, con la niebla que se ha levantado, eso no debería llamar la atención.

A regañadientes, Marasi empezó a moverse a su vez.

Wayne repasó la lista y reconoció otro nombre.

—Formidable. Esto dará resultado.

—Wayne, nos vas a meter en un lío, ¿verdad?

—¡Solo si nos pillan! —El muchacho señaló con el dedo—. Tienen dos listas: una para la gente a la que tienen que echar para atrás por todos los medios y otra para la gente con permiso para pasar. ¿Ves las notas? ¿El cuarto nombre? Pone que avisó de que quizá no vendría y deben asegurarse de que nadie más utilice su invitación.

—Wayne —dijo Marasi—, ese es el profesor Hanlanaze. Un genio de las matemáticas.

—Hmm. —Wayne se frotó la barbilla—. De la universidad.

—No, de Nueva Seran. Está detrás de varios descubrimientos en el ámbito de la tecnología de combustión.

Wayne se animó al escuchar eso.

—De fuera de la ciudad. Así que nadie debe de saber cuál es su aspecto.

—Su reputación lo precede.

—Pero ¿es una persona sociable?

—Más bien todo lo contrario —dijo Marasi—. Suelen invitarlo a este tipo de acontecimientos, aunque rara vez asiste a ellos. Wayne, no pongas esa cara. Jamás conseguirías hacerte pasar por él, te lo aseguro.

—¿Qué es lo peor que podría ocurrir?

—Que nos pillen —respondió Marasi, sin dejar de caminar con él alrededor de la burbuja de velocidad—. Que nos metan en la cárcel, acusados de conspiración, y dejemos en evidencia a Waxillium.

—Ese —dijo Wayne, regresando al punto en el que se encontraba cuando aceleró el tiempo— es el mejor argumento a favor de intentarlo que podría esgrimir nadie. Vuelve aquí para que pueda soltar la burbuja de velocidad. Después tendremos que buscar algún arma.

Marasi palideció mientras se reunía con él.

—Como se te ocurra colar una pistola en…

—Nada de pistolas —sonrió Wayne—. Otro tipo de arsenal. Matemáticas.

—Así que esa kandra está aquí —murmuró Steris, cogida del brazo de Wax, mientras dejaba vagar la mirada alrededor de la sala en la que se estaba celebrando la fiesta—. En alguna parte.

Un cerco de ventanas rodeaba el ático de la Torre ZoBell, que englobaba toda la última planta. La luz de una docena de tenues candelabros se reflejaba en las copas de vino, los diamantes y las lentejuelas de los estilizados vestidos. Esta moda era nueva. ¿Tan desconectado estaba de lo que ocurría en las esferas sociales como para que se le pasara por alto un cambio tan drástico?

El atuendo de Steris era más tradicional: un vestido blanco de pliegues satinados, entallado y con polisón. Lucía, no obstante, ribetes de lentejuelas en el cuello y los puños, y era más vaporoso, más ligero que lo que solía ponerse; lo cierto era que estaba muy guapa con él. Merced a las lentejuelas, compartía algo en común con estos modelos modernos.

Los invitados deambulaban entre las distintas barras con bebidas y las numerosas exposiciones repartidas por el suelo enmoquetado de rojo. Steris y Wax pasaron frente a una de ellas, un pedestal con una vitrina que contenía una pepita de cobre sin refinar tan grande como la cabeza de una persona. Su superficie resplandecía.

«Metales alománticos», pensó Wax mientras caminaban por delante de la siguiente. Decenas de ejemplares, cuyas placas detallaban dónde se había encontrado la pepita o la veta en cuestión. Suscitaban conversaciones por toda la sala; los corrillos de invitados cuchicheaban mientras la luz arrancaba destellos a las coloridas bebidas que sostenían sus dedos.

—Estás llamando la atención —dijo Steris—. Sospecho que ponerte ese abrigo no fue la decisión más acertada.

—El gabán de bruma es un símbolo —replicó Wax—. Un recordatorio. —Se había dejado convencer para prescindir del sombrero, pero en esto se había mostrado inflexible.

—Pareces un rufián.

—De eso se trata. A lo mejor así se lo piensan dos veces antes de mentirme; no me apetece entrar en su juego.

—Ya has entrado en su juego, lord Waxillium.

—Motivo por el cual no me gusta asistir a este tipo de fiestas. —Levantó la mano para atajar su respuesta—. Ya lo sé. Es importante que esté aquí. Vayamos a hablar con los invitados que tengas planeado abordar.

Steris siempre llevaba encima una lista, meticulosamente elaborada. Era la única persona de la que Wax tuviera conocimiento que se llevaba la agenda a las fiestas de gala.

—No.

—¿No?

—Eso es lo que solemos hacer —dijo Steris, esbozando una sonrisita calculada (ensayaba varias de ellas en casa) para lady Mulgrave mientras se cruzaban con ella—. El objetivo de esta noche es todo tuyo. Pongamos manos a la obra y busquemos a esa asesina.

—¿Estás segura?

—Sí —respondió Steris, saludando con la mano a otra pareja—. Le corresponde a una esposa mostrar interés, ya que no implicarse, en las pasiones de su cónyuge.

—No es necesario que hagas eso, Steris. Me…

—Por favor —lo interrumpió ella, con delicadeza—. Sí que lo es.

Wax desistió de intentar convencerla de lo contrario. Lo cierto era que le agradaba. De todas formas, ante la posibilidad de que Sangradora

estuviera allí, oculta en alguna parte, le resultaría imposible relajarse.

¿Cómo encontrar a esa criatura? Más importante aún, ¿cómo derrotar a alguien que era capaz de moverse a una velocidad tan vertiginosa? Al contrario que la alomancia —la cual quemaba los metales a un ritmo relativamente estándar—, los poderes feruquímicos podían consumirse todos a la vez. Sangradora podría drenar sus mentes de metal en un estallido de velocidad… y probablemente eliminar a decenas de personas en un abrir y cerrar de ojos. Cientos, tal vez. Sin que Wax pudiera hacer nada para evitarlo.

Por otra parte, cabía la posibilidad de que no le quedara suficiente energía para hacer algo así. No podía engullir más metal, como un alomante, y reponer sus reservas. Tendría que confiar en la velocidad que hubiera conseguido acumular, y hacía poco que había recuperado su púa. Asesinar a los invitados a la fiesta de Winsting debería haber consumido una buena parte de lo que, en teoría, habría logrado amasar en las últimas semanas.

De modo que tenía dos opciones. Acabar con ella antes de que actuara o, de alguna manera, conseguir que dilapidara sus reservas feruquímicas sin lastimar a nadie.

Se acercó a la barra, pidió dos bebidas y se volvió para observar a la multitud. Hacía dos décadas que no formaba parte de la alta sociedad, y en los dos años transcurridos desde su regreso a Elendel no le había dado tiempo aún a desoxidarse. Envolvía un aura parecida a todos los presentes en la sala, que conversaban con calculada jovialidad mientras, en secreto, perseguían sus propios fines. Qué mejor sitio que ese para que una asesina pasara inadvertida.

Copas en mano, Wax se apartó de la barra y activó su burbuja de acero.

No era algo que hubiera sido capaz de hacer siempre, y seguía sin estar del todo seguro de conocer su funcionamiento. La mecánica elemental era evidente, claro: quemar acero y empujar ligeramente hacia fuera, tomándose a sí mismo como epicentro, en todas direcciones a la vez. Pero ¿cómo había aprendido a dejar exentos los demás metales que llevaba encima? Seguía siendo un misterio. Era algo que había ocurrido, sin más, con el paso del tiempo.

Con la burbuja activada, su instinto alomántico rastreaba todos los trozos de metal que se movían hacia él a gran velocidad y empujaría contra ellos, cada vez más con más fuerza a medida que se acercaran. Comenzaba a dominar la técnica, algo a lo que había contribuido plantarse delante de Darriance y dejar que este le disparara en el pecho, protegido por unos treinta centímetros de armadura y relleno. No podía esquivar las balas, pero la burbuja ayudaba.

—¿Qué acabas de hacer? —preguntó Steris cuando llegó junto a ella—. Mi brazalete quiere escaparse volando.

—Quítatelo —dijo Wax—. Si se produce una pelea entre alomantes, no quiero que lleves nada metálico encima.

Steris enarcó una ceja, pero se quitó el brazalete y lo guardó en el bolso. Wax añadió mentalmente una excepción para él.

—No sé yo si servirá de algo —murmuró Steris—. Este sitio está infestado de objetos metálicos. ¿Qué haces con la bebida?

Wax levantó la cabeza. Acababa de echar discretamente un pellizco de polvo marrón en su copa.

—Es agua —dijo—. Los polvos son para que parezca que estoy tomando brandy. Así podré fingir que estoy borracho más tarde, me concederá algo de ventaja.

—Fascinante. —Steris parecía impresionada de veras.

Pasaron bajo un candelabro al reanudar su paseo por la sala. Los trocitos de cristal, sujetos con alambres, se apartaron sutilmente de Wax, como la aguja de una brújula frente al polo del mismo signo de un imán. Tiró una de las pepitas al suelo sin querer al caminar por delante de un pedestal. Herrumbres. Aunque la prudencia le aconsejaba lo contrario, rebajó la intensidad de la burbuja de acero.

—Busquemos al gobernador —sugirió Steris.

Wax asintió con la cabeza. No lograba sacudirse de encima el presentimiento de que, daba igual en qué dirección se girara, siempre encontraría una pistola apuntada a su espalda.

«Alguien más nos mueve, vigilante».

Los ladrillos, teñidos de rojo. Lessie en sus brazos, sin vida. Sus manos manchadas de sangre…

No. Ya lo había superado. Había llorado su pérdida. No iba a caer de nuevo en esa espiral. Mientras seguían recorriendo la fiesta, una pareja de nobles poco influyentes, vestidos con colores oscuros, hicieron ademán de abordarlos, pero Wax les lanzó una mirada iracunda que bastó para repelerlos.

—Lord Waxillium… —suspiró Steris.

—¿Qué? Dijiste que íbamos a buscar al gobernador.

—Eso no significa que puedas gruñir al resto de los invitados.

—Yo no he gruñido. ¿O sí?

—Para la próxima, déjame a mí. —Steris los guio alrededor de un pedestal en el que, curiosamente, no se exhibía nada. La placa rezaba: atium, el metal perdido.

Cuando se acercaban al gobernador —que estaba recibiendo en audiencia a sus invitados junto a las ventanas de la cara norte—, un hombre con una chillona pajarita amarilla se fijó en Wax. Estupendo. Lord Stenet. Querría sacar otra vez el tema de las tarifas de la industria textil. Pero, evidentemente, no de inmediato. Aquí la gente nunca hablaba a las claras.

—¡Lord Waxillium! —exclamó Stenet—. ¡En usted estaba pensando ahora mismo! ¿Cómo marchan los preparativos de su próximo enlace? ¿Recibiré pronto la invitación?

—Pronto, pero todavía no —respondió Steris—. Acabamos de elegir sacerdote. ¿Y usted? ¡Su compromiso es la comidilla de toda la ciudad!

Lord Stenet adoptó una expresión demudada.

—Ay, eso… —Carraspeó. Steris quiso insistir, pero Stenet no tardó nada en encontrar una excusa, cambió de tema y se batió en diplomática retirada.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Wax.

—Ha estado engañando a su prometida —replicó distraídamente Steris—. De modo que el tema lo incomoda, como cabría esperar.

—Buen trabajo —celebró Wax—. Esto se te da de maravilla.

—Se me da bien.

—Eso he dicho.

—Existe una sutil diferencia. —Steris sacudió la cabeza—. En esta sala hay verdaderos maestros de la interacción personal. Yo no me cuento entre

ellos. He estudiado los convencionalismos sociales, los he investigado, y ahora los pongo en práctica. Otra mujer podría haber hilado esa misma conversación de tal manera que el hombre se hubiese quedado preocupado, pero contento. Yo he tenido que recurrir a la fuerza bruta, por así decirlo.

—Eres una persona extraña, Steris.

—Dijo el único hombre en la sala con pistolas en las caderas —replicó ella—. El mismo que, sin darse cuenta, está intentando arrancarles los pendientes de las orejas a todas las mujeres con las que se cruza. No te has percatado de que a lady Remin se le cayó un anillo en la copa, ¿verdad?

—Me lo perdí.

—Lástima. Fue muy entretenido. Ven, por aquí; evitemos entablar conversación con lord Bookers. Es tremendamente aburrido.

Wax bajó tres escalones detrás de ella, pasando junto a una vitrina en la que relucían unas pepitas de estaño que cascabelearon ante su proximidad; junto a ellas había algunas imágenes de ojos de estaño de renombre, incluidos varios bocetos del lord Nacido de la Bruma, quien había sido uno de ellos antes del Catacendro. «Tiene gracia que Steris califique a alguien de aburrido…».

—Estás pensando —dijo Steris— que resulta irónico que precisamente yo califique a alguien de aburrido, cuando tengo fama de adolecer de ese mismo defecto.

—No lo habría expresado yo con esas palabras.

—No pasa nada —lo tranquilizó Steris—. Como ya te he dicho muchas veces, estoy al corriente de mi reputación. Debo abrazar mi naturaleza. Reconozco a los pelmazos igual que podrías reconocer tú a un maestro alomante… como un colega cuyas artes no es que me apetezca especialmente probar.

Wax se descubrió sonriendo.

—Hablando de todo un poco —musitó Steris mientras lo guiaba hacia el gobernador, que en aquellos momentos conferenciaba con el portavoz de la Casa Erikell—, si encuentras a la asesina, empújame en su dirección. Haré todo lo posible por embelesarla con los pormenores de nuestra economía doméstica. Con un poco de suerte se quedará dormida, se caerá encima de

su bebida y se ahogará, y podré decir que ya me he cobrado mi primera víctima.

—¡Steris! Ahí sí que has estado inspirada.

La muchacha se ruborizó.

—He hecho trampas —confesó, adoptando una expresión conspiratoria—, para tu información.

—¿Trampas?

—Sé que te gustan los diálogos ingeniosos, así que he venido preparada. Preparé una lista de cosas que podría decir para suscitar tu interés.

A Wax se le escapó una carcajada.

—Tienes un plan para cada ocasión, ¿verdad?

—Me gusta ser concienzuda. Aunque reconozco que, a veces, puedo serlo tanto que termino necesitando planear cuál sería la mejor manera de urdir mis planes. Mi vida termina pareciéndose a una bonita embarcación en el dique seco, diseñada con dieciocho timones apuntando en direcciones distintas para garantizar que haya al menos un mecanismo de dirección en su sitio. —Tras unos instantes de vacilación, volvió a sonrojarse—. Sí. Esa broma estaba en mi lista.

Wax se rio de todos modos.

—Steris, creo que nunca te había visto comportándote con tanta naturalidad.

—Solo que todo está calculado. Preparé las líneas con antelación. En realidad, no estoy siendo natural en absoluto.

—Te sorprendería saber cuántos hacen lo mismo —dijo Wax—. Además, esta es tu forma de ser. De modo que es genuina.

—En tal caso, lo soy a todas horas.

—Me lo imagino. Es tan solo que hasta ahora no me había dado cuenta.

Se acercaron a Innate, lo suficiente como para que el gobernador se percatase de que estaban esperando. Recibieron miraditas disimuladas de parte de otras parejas y corrillos que había en las inmediaciones. Como representante de una de las grandes casas, Wax superaba en estatus prácticamente a todos los demás presentes en la sala. Los antiguos títulos nobiliarios no dejaban de depreciarse a marchas forzadas, pero, con el respaldo de la fortuna de Steris, Wax había conseguido saldar muchas

deudas. Eso, a su vez, le había permitido evitar la expropiación de sus bienes y aguantar hasta haber cosechado el fruto de otras inversiones. La Casa Ladrian volvía a ser una de las más acaudaladas de la ciudad, y eso, cada vez más, era más importante que cualquier pedigrí.

Le parecía lamentable, aunque no sorprendente, cuán a menudo la alta alcurnia iba de la mano de la influencia económica y política. Se suponía que las leyes del lord Nacido de la Bruma, basadas en los ideales del Último Emperador, deberían dejar el poder en manos de la gente de a pie. Los que mandaban, sin embargo, siempre eran los mismos. Ahora Wax era uno de ellos. ¿Hasta qué punto debería sentirse culpable?

«Temo haber allanado ya en exceso el camino para los hombres…».

Drim, el líder de los guardaespaldas y jefe de seguridad del gobernador, se acercó a Wax.

—Supongo que ahora te toca a ti —rezongó el hombre, cuyo cuello recordaba al de un toro—. Tengo entendido que mis hombres te dejaron conservar las pistolas en la puerta.

—Créeme, Drim —dijo Wax—. Como el gobernador corra siquiera un ápice de peligro, querrás que tenga mis pistolas a mano.

—Me lo imagino. De todas formas, una pistola no significa nada para ti, ¿verdad? Podrías matar con la calderilla que lleves en el bolsillo.

—O con un par de grilletes. O con las chinchetas que sujetan la moqueta al suelo.

Drim soltó un gruñido.

—Siento lo de tu ayudante.

Wax se tensó de repente.

—Wayne. ¿Qué pasa con él?

—Es una amenaza para la seguridad —dijo Drim—. Tuvieron que echarlo para atrás ahí abajo.

Wax se tranquilizó.

—Ah. Bueno, no pasa nada.

Drim sonrió, sintiéndose sin duda como si hubiera obtenido algún tipo de victoria con esa conversación. Regresó a su puesto, junto a la pared, desde donde vigilaba a todos los que se acercaban para hablar con el gobernador.

—¿No te preocupa lo de Wayne? —preguntó Steris en voz baja.

—Ya no. Me preocupaba que la fiesta le pareciese tan aburrida que decidiera irse a otra parte. Ahora, en cambio, ese buen hombre ha tenido la amabilidad de plantearle un desafío.

—Entonces… ¿insinúas que intentará colarse?

—Si Wayne no está ya aquí dentro, en alguna parte —respondió Wax—, me como tu bolso e intento quemarlo para alimentar mi alomancia.

Reanudaron la espera. La actual interlocutora del anfitrión, lady Shayna, era una fanfarrona sin medida, pero después de todo el respaldo político y económico que le había prestado al gobernador, ni siquiera este podía despedirla con viento fresco. Wax paseó la mirada a su alrededor, preguntándose dónde estaría Wayne.

—Lord Waxillium Ladrian —sonó una voz femenina—. Había oído hablar de usted. Es más apuesto de lo que dan a entender las historias.

Wax arqueó las cejas en dirección a quien así había hablado, una mujer muy alta que también estaba esperando para ver al gobernador. Excepcionalmente alta; le sacaba unos cuantos centímetros. De labios carnosos y generoso busto, tenía la piel blanca como la leche y el cabello del color de la pólvora; al vestido rojo que ceñía su figura parecía que le faltase casi toda la parte de arriba.

—Creo que no nos han presentado —terció Steris, con voz glacial.

—Me llamo Milan —dijo la mujer, sin molestarse en mirar a la acompañante de Wax; a él, en cambio, lo inspeccionó de arriba abajo con la mirada, con una misteriosa sonrisita dibujada en los labios—. Lord Waxillium, asiste usted a una fiesta de gala con sus armas reglamentarias y un gabán de bruma de los Áridos. Qué atrevido.

—Hacer lo que uno ha hecho siempre no tiene nada de atrevido —replicó Wax. «Coquetear con un hombre cuando su prometida está justo a su lado, en cambio…».

—Lo precede una reputación interesante —prosiguió Milan—. ¿Es cierto todo lo que cuentan de usted?

—Sí.

Milan frunció los labios, sonriendo, como si esperase algo más. Wax se limitó a sostenerle la mirada y esperar. La mujer se rebulló incómoda; al

cabo, se cambió la copa de mano, musitó una disculpa y se alejó.

—Caray —dijo Steris—. Luego soy yo la que pone nerviosa a la gente.

—El truco de mirar fijamente se aprende enseguida. —Wax volvió a concentrarse en el gobernador. Para sus adentros, sin embargo, decidió no perder de vista a esa tal Milan. ¿Habría sido Sangradora disfrazada, tanteándolo? ¿O tan solo otra invitada sin dos dedos de frente, con demasiado vino en el cuerpo y una opinión exagerada de cómo deberían reaccionar los hombres ante ella?

«Herrumbres, qué noche más larga me espera».

Con su diminuta bandeja cargada con la montaña de comida más alta que había sido capaz de reunir, Wayne se dedicaba a pasear tranquilamente por la fiesta. ¿Por qué utilizarían siempre estos platos tan pequeños en las fiestas de gala? ¿Para evitar que la gente se pusiera las botas? Herrumbres. No había quien entendiera a los ricos. El alcohol más caro de toda la ciudad lo regalaban, pero después les preocupaba que la gente se pusiera morada de salchichitas.

Wayne era un rebelde. Se negaba a acatar las reglas, claro que sí. No tardó nada en trazar un plan de batalla. Las señoritas de las salchichas salían de detrás de la barra oriental, mientras que en el mostrador occidental era donde se preparaban los canapés de salmón. Al norte, sándwiches diminutos; y al sur, un surtido de postres. Si tardaba trece minutos exactos en hacer una batida por toda la sala, tocaría cada punto de interés justo cuando el servicio entregaba las bandejas repletas.

Sus esfuerzos le granjearon alguna que otra miradita indignada. Así sabía uno que estaba haciendo bien su trabajo, cuando comenzaban a lloverle las caras de enfado.

Marasi estaba cerca de allí, representando el papel de asistente del profesor Hanlanaze. Wayne se rascó la mejilla. No le gustaban las barbas, pero, según Marasi, el profesor Hanlanaze la lucía en los escasos evanotipos con su efigie que se conocían. Hanlanaze, además, era mucho más grueso en la cintura que Wayne, lo cual era estupendo. Se podían esconder todo tipo de cosas en ese relleno.

—Sigo sin poderme creer que llevaras todo eso en el carruaje —susurró Marasi, antes de robarle una salchicha. Directamente de su bandeja. ¡Descarada!

—Mi queridísima amiga —dijo Wayne, rascándose la cabeza cubierta por un colorido gorro terrisano, orgulloso emblema del linaje de Hanlanaze —. Ser un académico cualificado depende, sobre todo, de una correcta preparación. ¡Jamás saldría de casa sin el equipo apropiado para afrontar cualquier posible imprevisto, como tampoco trabajaría en mi laboratorio sin las medidas de seguridad adecuadas!

—Lo que realmente borda el disfraz es la voz, ¿sabes? ¿Cómo lo consigues?

—Nuestro acento es el ropaje de nuestros pensamientos, querida —respondió Wayne—. Sin él, todo cuanto dijéramos estaría desnudo, y lo mismo podríamos comunicarnos a voces y gritos. Ay, mira. ¡La chica de los postres tiene pastitas de chocolate otra vez! Me resultan irresistibles.

Dio un paso hacia ellas, pero lo detuvo una pregunta:

—¿Profesor Hanlanaze?

Wayne se quedó petrificado.

—¡Eres tú de verdad! —dijo la voz—. Me parece increíble que hayas venido al final. —Se acercó a él un hombre espigado, vestido con tanta tela de cuadros que, colgado de un mástil, podría haber pasado por un estandarte de guerra.

Wayne se alegró, por una parte. Solo había contado con la descripción de Marasi para improvisar el disfraz de Hanlanaze, por lo que el hecho de que hubiera conseguido engañar a alguien que evidentemente había visto la imagen del profesor era impresionante.

Por otra… maldición.

Wayne le pasó la bandejita a Marasi, con una grave mirada de advertencia que decía: «No te las comas». A continuación, estrechó la mano del recién llegado. La tela de ese traje era impresionante, en serio. El telar del que hubiera salido debía de haber cumplido con su cuota de rayas para todo el año.

—¿Y tú eras? —preguntó Wayne, atiplando la voz. Había descubierto que los hombres corpulentos, como el profesor Hanlanaze, a menudo hacían

gala de un timbre que sonaba más menudo que ellos. Se alegró de haber estado estudiando los acentos sureños. Ni que decir tiene, le imprimió también un dejo universitario y apuntaló ambas características sobre los pilares de las fricativas thermolianas, en una de cuyas remotas aldeas se había criado el profesor.

Conseguir un buen acento era como mezclar distintas pinturas para conseguir la que ya estaba en la pared. Si no se hacía bien, los defectos quedarían mucho peor que si hubieras elegido un color completamente distinto.

—Rame Maldor —dijo el hombre, estrechando la mano de Wayne—. Ya sabes… ¿el ensayo sobre el efecto de Higgens?

—Ah, sí. —Wayne le soltó la mano y dio un paso atrás. Probó a imitar cómo se sentiría alguien que se pusiera nervioso rodeado de tantas personas, y Maldor se lo tragó más deprisa que una de esas bebidas a dos peniques que vendían el día después de Ciertayuno. Estaba más que dispuesto a concederle espacio de sobra al supuesto ermitaño.

Lo cual le permitió a Wayne acelerar el tiempo alrededor solo de Marasi y de él.

—Por las muñecas de Armonía —siseó—, ¿a qué se refiere?

Marasi sacó de su bolso el libro que había comprado en una tienda de los alrededores mientras Wayne se ponía el disfraz. No tardó en encontrar la página que buscaba.

—El efecto de Higgens. Tiene algo que ver con la influencia de los imanes sobre los campos de espectro. —Pasó unas cuantas hojas—. A ver, prueba con esto… —Empezó a farfullar un galimatías ininteligible, ante lo cual Wayne asintió con la cabeza, soltó la burbuja de velocidad y exclamó:

—¡El efecto de Higgens ya es agua pasada! Me interesa mucho más el modo en que los campos de electricidad estática producen un resultado parecido. ¡Deberías ver el estudio que estamos a punto de completar, asombroso!

Rame palideció.

—Pero… pero… ¡pero si ese efecto iba a estudiarlo yo!

—¡Pues llegas por lo menos con tres años de retraso!

—¿Por qué no mencionaste nada en nuestra correspondencia?

—¿Y desvelar mi próximo hallazgo?

Rame se alejó con paso tambaleante, primero, y después echó a correr en dirección al ascensor. Wayne nunca había visto moverse tan deprisa a un científico. Cualquiera diría que regalaban batas de laboratorio en el recibidor.

—Ay, cielos —dijo Marasi—. ¿Te das cuenta del caos que podría sembrar esto en su profesión?

—Pues sí. —Wayne recuperó la bandejita de comida—. Les vendrá bien. A ver si así aprenden a pasarse menos tiempo sentados, devanándose los sesos.

—Wayne, son científicos. ¿Ese no es su trabajo?

—Que me aspen si lo sé —replicó Wayne, metiéndose una salchicha en la boca—. Pero si lo fuera, herrumbres, eso explicaría un montón de cosas.

El gobernador Innate terminó su conversación y se volvió hacia Wax. Drim, el guardaespaldas, les indicó por señas que se acercaran. Wax no le caía bien, pero, por lo que sabía de él, Drim era íntegro, leal y de confianza. Sabía que Wax no constituía ninguna amenaza.

Por desgracia, ignoraba la gravedad del peligro al que se enfrentaban. Un kandra… podría adoptar cualquier apariencia. Wax no se habría fiado de nadie.

«¿No? —pensó mientras estrechaba la mano del gobernador—. ¿Y si el kandra fuese el propio Drim? ¿Te has parado a pensarlo?».

Al fin y al cabo, así había conseguido Sangradora asesinar a lord Winsting, usurpando el aspecto de alguien en quien sus escoltas confiaban. «Laderas de hierro oxidado —pensó Wax—. Esto va a ser muy, pero que muy complicado».

—¿Lord Waxillium? —preguntó Innate—. ¿Se encuentra usted bien?

—Disculpe, mi señor. Me he dejado llevar por mis divagaciones. ¿Cómo está lady Innate?

—Ha sufrido un mareo pasajero. —El gobernador besó la mano de Steris—. Se ha ido a casa, a tumbarse. Le diré que ha preguntado por ella. Lady Harms, está usted radiante esta velada.

—Siempre tan galante —replicó Steris, dedicándole una sonrisa sincera. Le caía bien el gobernador, pese a sus diferencias políticas; ella era moderadamente progresista, como se suponía que correspondía a las nuevas fortunas con ánimo de prosperar, mientras que Innate era conservador. Pero eso no molestaba a Steris. Le gustaban las personas cuyas motivaciones fuesen coherentes y, en su opinión, el historial político de Innate era intachable—. Espero que lady Allri se ponga bien pronto.

—Se trata de nervios más que nada —dijo Innate—. No le ha sentado bien lo que pasó hoy.

—Usted, en cambio, parece haberlo encajado con una serenidad admirable —observó Wax—. Dadas las circunstancias.

—El aprendiz de asesino era una de las últimas incorporaciones a nuestra escolta, un desequilibrado. Su puntería era atroz, y lo más probable es que ni siquiera intentase matarme. —El gobernador soltó una risita—. Ojalá todos los adversarios que me envíe el Superviviente sean así, y que lo haga siempre en época de elecciones.

Wax esbozó una sonrisita forzada y lanzó una mirada furtiva al costado. La mujer de antes, la belleza que tenía los ojos tan grandes, se encontraba en los alrededores. ¿Quién más estaba sospechosamente cerca?

«Sangradora no será tan fácil de localizar —pensó—. Los Inmortales Sin Rostro cuentan con siglos de práctica mezclándose con la sociedad humana».

—¿Y usted qué opina de todo esto, lord Waxillium? —preguntó Innate—. ¿Cuál era el móvil del hombre?

—Atacó por provocación —respondió Wax—. Era una cortina de humo. El asesino de su hermano fue otro; intentarán atentar contra usted otra vez.

Drim enderezó la espalda en su puesto, observándolo de reojo.

—Interesante —dijo Innate—. Por otra parte, tiene usted fama de sacar conclusiones precipitadas, ¿no es cierto?

—Todos los vigilantes siguen una pista errónea alguna vez en la vida.

—Creo que comprobará usted que lord Waxillium acierta más a menudo de lo que se equivoca, mi señor —intervino Steris—. Si le advirtiera de que corre peligro, yo en su lugar lo escucharía.

—Así lo haré —le aseguró Innate.

—Me gustaría reunirme con usted —dijo Wax—, para hablar de asuntos importantes. Mañana, como muy tarde. Necesita saber a qué nos enfrentamos.

—Lo incorporaré a mi agenda. —Viniendo de Innate, aquello era una promesa—. Lady Harms, ¿cómo se encuentra su prima? Aún debo darle las gracias por lo que hizo esta mañana, aunque el hombre tuviera tan mala puntería y no hubiese podido pasarme nada de todas maneras.

—Marasi está bien —contestó Steris—. Debería personarse aquí esta noche para…

Fíjate en ellos.

El pensamiento se abrió camino en la cabeza de Wax. Steris y el gobernador seguían hablando, pero él se quedó paralizado.

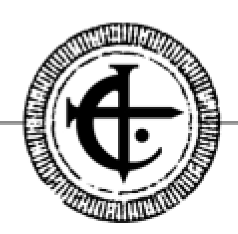
Se visten con cuentas de colores. Se atiborran de vino. Ríen, sonríen, juegan, bailan, comen y matan sin llamar la atención. Todo forma parte del plan de Armonía. Actores sobre un escenario, hasta el último de ellos. Tú también, Waxillium Ladrian. Es lo que sois todos los hombres.

Le sobrevino a Wax un escalofrío, como si una columna de hormigas estuviera paseándose por toda su piel. Los pensamientos que resonaban dentro de su cabeza eran una voz, como la de Armonía, solo que ronca y áspera. Brutal. Un susurro espantoso.

Todavía llevaba puesto el pendiente. Sangradora había descubierto cómo comunicarse con quien portara una púa hemalúrgica.

La asesina había penetrado en su mente.

10



Wayne se giró al paso de la señorita de las salchichas. Su intención era agarrar otro puñado. En vez de eso, lo que se llevó fue un manotazo.

Parpadeó, asumiendo que los criados debían de haberse hartado por fin de que los ridiculizara con su superioridad estratégica. Pero el golpe no se lo había dado ninguno de ellos, sino una niña. Clavó la mirada en la jovencita mientras Marasi se apresuraba a acudir a su lado. Caray, pero si esta mocosa no podía tener más de quince años. ¡Y menudo guantazo le acababa de arrear!

—Usted —dijo la pequeña— es un monstruo.

—Me…

—¡Remmingtel Tarcsel! —lo atajó la muchacha—. ¿Cree usted que en esta fiesta hay alguien que haya oído ese nombre?

—Pues…

—No, nadie. He preguntado. Aquí están todos, utilizando las luces incandescentes de mi padre… que trabajó sin descanso durante años para crearlas… y nadie conoce su nombre. ¿Sabe por qué, míster Hanlanaze?

—Sospecho que no…

—Porque usted le robó sus diseños, y con ellos, la vida. Mi padre murió sin un recorte en el bolsillo, sumido en la precariedad y la depresión, por culpa de personas como usted. Da igual lo que afirme, míster Hanlanaze, usted no es un científico. Ni un inventor. Es un ladrón.

—Eso es cierto. Me…

—Me las pagará —siseó la pequeña, plantándose delante de él y lanzándole un directo a la barriga, justo casi donde Wayne había escondido los bastones de duelo—. Tengo planes. Y, a diferencia de mi padre, yo sí sé que en este mundo lo importante no es tener ideas, sino saber comercializarlas. Encontraré inversores y cambiaré esta ciudad. Y cuando usted se revuelque por el suelo llorando, en la ruina y desacreditado, recordará el nombre de mi padre y lo que le hizo.

La muchacha giró sobre los talones —cruzándole la cara con su larga melena, rubia y lacia, en el proceso— y se fue hecha una furia.

—¿Qué diablos ha sido eso? —musitó Wayne.

—El precio de usurpar identidades ajenas, supongo —dijo Marasi. ¡Sonriendo, la muy herrumbrosa de ella!

—Su padre. Ha dicho… que maté a su padre…

—Sí. Me da en la nariz que el pasado de Hanlanaze podría ser algo turbio.

Hanlanaze. Cierto. Hanlanaze. El profesor.

—He leído ya varios artículos de opinión firmados por ella —añadió Marasi—. Lástima, si es cierto que esos diseños fueron robados.

—Sí —dijo Wayne, masajeándose la mejilla—. Lástima. —Echó un vistazo a la bandeja de salchichitas que pasaba junto a él en esos momentos, pero no supo hallar la motivación necesaria para abalanzarse sobre ellas. Por el motivo que fuera, la diversión se había acabado.

En vez de eso, se propuso encontrar a Wax.

—Con permiso —se disculpó Wax ante Steris y el gobernador.

Los dos se quedaron mirando cómo se alejaba con la misma cara de pasmo. Era una falta de respeto, pero no le importaba. Llegó al centro de la sala impulsado por sus instintos, que lo alertaban a voces.

¡Desenfunda!

¡Va a producirse un tiroteo!

¡A cubierto!

Corre.

No hizo nada de eso, pero el tic que se había instalado en su ojo se negaba a remitir. Tras quemar el acero, un abanico de finas líneas azules translúcidas lo conectaban a las fuentes de metal más cercanas. Se había acostumbrado a no prestarles mucha atención.

Ahora, sin embargo, se concentró en ellas. Temblores, fluctuaciones; el ritmo y las pulsaciones de un centenar de personas distintas encerradas en la misma habitación. Bandejas de comida, joyas, anteojos. Remaches en las sillas y mesas. La cantidad de metal que enmarcaba la vida de todos los hombres y mujeres era extraordinaria. Si el ser humano había sido siempre la musculatura de la civilización, ahora el acero era su esqueleto.

Así que entiendes lo que soy, resonó la misma voz de antes dentro de su cabeza. Femenina, pero grave.

No, ¿qué eres?, proyectó Wax a su vez, a modo de prueba.

Armonía ha hablado contigo. Lo sé.

Eres un koloss, dijo Wax, empleando el término equivocado a propósito.

Bailas al son de Armonía, replicó la voz. *Saltas y te contoneas a su antojo, sin importarte que, como deidad, deje tanto que desear*.

Wax no se atrevería a jurarlo —resultaba imposible saberlo con seguridad—, pero no parecía que Sangradora pudiera leerle la mente. El kandra solo podía enviar pensamientos. ¿Qué había dicho Armonía? ¿Que Conservación le había conferido la facultad de escuchar, y Ruina la de comunicarse?

Wax se paseó despacio por la sala, atento a esas líneas. Sangradora no llevaría nada de metal encima. Quienes eran metálicamente conscientes se mostraban más precavidos con ese tipo de cosas. Los guardaespaldas del gobernador, por ejemplo. La mitad de ellos portaba armas de fuego; los demás, únicamente bastones de duelo.

¿Cómo lo soportas, Wax?, preguntó Sangradora. *Vivir entre ellos tiene que ser como hacerlo sumergido hasta las rodillas en un agua inmunda*.

—¿Por qué mataste a Winsting? —preguntó Wax, en voz alta.

Lo maté porque debía morir. Lo maté porque nadie más estaba dispuesto a hacerlo.

—Así que eres una heroína. —Wax describió una vuelta completa sin moverse del sitio. «Está cerca —pensó—. Observándome. ¿Quién? ¿Cuál

de todos ellos?».

Y si creía averiguarlo… ¿se atrevería a ser el primero en disparar?

El rayo que se abate sobre la tierra no es ningún héroe, dijo Sangradora. *Los terremotos no son héroes. Son cosas que ocurren, sin más*.

Wax reanudó su deambular por la sala. Quizá Sangradora intentase seguirlo. Dejó los brazos colgando a los lados, con una moneda apretada en cada puño. Nada de pistolas, aún. Eso desataría una estampida.

—¿Por qué el gobernador? —preguntó—. Es un buen hombre.

Los buenos hombres no existen, replicó Sangradora. *El libre albedrío es una ilusión, vigilante. Están quienes fueron creados para ser egoístas y quienes lo fueron para ser generosos. Eso no los convierte ni en malvados ni en bondadosos, como tampoco se aplican esos calificativos al fiero león y al manso conejo*.

—Has comparado a la gente con un agua inmunda.

El agua inmunda no es malvada. Eso no significa que sea deseable nadar en ella.

En su mente, la voz de Sangradora parecía estar adoptando cada vez más carácter a medida que hablaba. Delicada, provocadora, morosa. Como la de *Sangriento* Tan.

«Alguien más nos mueve…».

—¿Y tú? —preguntó Wax—. ¿Cuál eres tú? ¿El león o el conejo?

El cirujano.

Lo seguía la mujer escultural vestida de rojo. Procuraba pasar inadvertida revoloteando de corrillo en corrillo, cruzando unas pocas palabras con todos ellos, pero se movía en paralelo a Wax. No era la única. Un hombrecillo menudo, uniformado como uno de los criados, portando una bandeja de aperitivos. Parecía estar haciendo su ronda, pero los demás sirvientes se movían en el sentido de las agujas del reloj. Al contrario que Wax.

¿Se hallaban lo bastante cerca como para escuchar lo que decía? No si sus sentidos fuesen normales. Quizá Sangradora pudiera quemar el estaño. Quizá fuera ese el poder que había decidido utilizar esa noche.

Tú también eres un cirujano, continuó Sangradora. *Te llaman señor, te sonríen, pero no eres uno de ellos. Ojalá pudieras ser realmente libre.*

Ojalá…

—Yo acato la ley —susurró Wax—. ¿A qué obedeces tú?

Sangradora no respondió a eso. Quizás el susurro le hubiera resultado inaudible.

El gobernador es un corrupto. Se ha pasado años encubriendo a su hermano, aunque, en realidad, más le valdría haberse encubierto mejor a sí mismo.

Wax miró a un lado. Llegado ese punto, había rodeado prácticamente toda la sala; volvía a encontrarse cerca del punto de partida. El criado llevaba siguiéndolo desde el principio.

Me queda mucho por hacer, dijo Sangradora. *Necesito liberar a todos los habitantes de esta ciudad. La mano de Armonía aplasta esta sociedad, asfixiándola. Asegura no interferir, pero nos mueve como a fichas sobre un tablero de juego*.

—¿Por eso quieres matar al gobernador? ¿Crees que, de alguna manera, con eso conseguirás liberar a los habitantes de esta ciudad?

Sí, así es, respondió Sangradora. *Aunque, por supuesto, todavía no puedo matarlo, Wax. Ni siquiera he asesinado aún a tu padre*.

A Wax se le heló la sangre en las venas. Pero si su padre ya estaba muerto. Se giró sobre los talones de repente, con la mano en la culata de su pistola, y miró al criado a los ojos. El hombre se quedó paralizado, con la mirada desorbitada.

Y echó a correr.

Mascullando una maldición, Wax emprendió la persecución y arrojó una moneda delante de él. Mientras giraba en el aire, el camarero se puso a cubierto tras un grupo de gente. Wax rechinó los dientes y dejó que la moneda cayera al suelo sin empujar contra ella. Desenfundó a *Vindicación*. Los invitados a la fiesta prorrumpieron en gritos de preocupación. El sirviente continuó escondiéndose detrás de los distintos corrillos, esquivando a Wax.

Por suerte, el hombre —o la mujer, o lo que fuera— no había previsto la llegada de Wayne, que apareció entre dos mujeres rollizas que sostenían sendas copas de vino y se abalanzó sobre el camarero. Los dos rodaron por el suelo en un remolino de brazos y piernas. Wax aminoró el paso, levantó

la pistola y apuntó. No podía concederle a Sangradora la menor oportunidad de poner en práctica ni su alomancia ni su feruquimia, sobre todo si se había equivocado al conjeturar que estaba quemando estaño en estos momentos. Una bala en la cabeza no mataría al kandra, dedujo, pero debería frenarlo. Tan solo debía cerciorarse de que no lastimaba a Wayne en el…

Sangradora y Wayne quedaron sepultados bajo un alud de escoltas del gobernador. Wax maldijo y se lanzó hacia delante, con *Vindicación* levantada junto a su cabeza y los faldones del gabán de bruma ondeando a su espalda. Saltó por encima de los atemorizados invitados —empujando contra algunas de las tachuelas del suelo para ganar altura— y aterrizó junto al grupo de forcejeantes guardaespaldas.

Wayne, disfrazado con una barba postiza y maldiciendo como un estibador con dolor de cabeza, pataleaba sujeto por cinco empleados de seguridad distintos.

—¡Soltadlo! —ordenó Wax—. Es mi ayudante. ¿Dónde está el otro?

Los guardias se separaron, tambaleándose; todos menos uno, que se quedó tendido en el suelo. Desangrándose por la herida que presentaba en el vientre.

Wax levantó la cabeza de golpe y divisó a un hombre a no mucha distancia, con el uniforme de los camareros, que se abría paso a empujones hacia la pared exterior de la sala. Levantó a *Vindicación* y apuntó.

Quiero que sepas, dijo Sangradora, *que lamenté el fallecimiento de tu amada. Detesté que fuera imprescindible*.

La mano de Wax se quedó paralizada. Lessie. Muerta.

«¡Maldición! ¡Ya lo he superado!». Apretó el gatillo de todas formas, pero Sangradora lo esquivó deslizándose por el suelo. La bala practicó un boquete en la ventana, sobre la cabeza del hombre.

Sangradora arrojó una silla contra la ventana resquebrajada para terminar de romperla y, cuando Wax disparó de nuevo, la atravesó de un salto.

Más de veinte plantas de altura.

Wax cargó en dirección a la ventana con un bramido, pero Wayne lo interceptó agarrándolo del brazo.

—Me sujetaré bien, compañero. Vamos allá.

—Tú quédate —dijo Wax, obligándose a imponer orden en la caótica vorágine de sus pensamientos—. Protege al gobernador. Podría tratarse de una distracción, como el atentado de esta mañana.

Sin darle tiempo a protestar a Wayne, Wax se zafó de su presa y, de un salto, se arrojó a los brazos de la bruma que flotaba en el aire.

VO LOCAL



El tiempo

Vientos suaves del oeste soplarán al atardecer.

N, LA SOCIEDAD, Y LA CULTURA

3¢/Número
20¢/Semanal

S EFECTOS E CORBEAU

desarrollo del mercado.



Árido imprudente arrestado, asesina a un Tirador

Ha pasado un año de la impopular decisión de la comisaría del cuarto octante de poner como representante al controvertido policía árido, lord Waxillium Ladrian, y el octante continúa incrementando la lista de bochornos que el hombre ha causado.

Más importantes son los temerarios intentos de Waxillium "Wax" Ladrian por arrestar al tristemente célebre Tirador, el cual ha robado de instituciones esenciales para el comercio de nuestra gran ciudad y que se llevó la vida de un niño inocente.

La última travesura de "Wax", aunque funcionó, también terminó con la muerte del acusado (además de un testigo no identificado), arrebatando a la ciudad la oportunidad de ver la justicia llevada a cabo en un juicio justo. En el proceso, Ladrian destruyó el carricoche de lady Dorise Chevalle, la cual estaba disfrutando de un viaje de ocio, y tiró las oficinas de contabilidad de Linville & Lyons, provocando alrededor de 400 arquillas en daños. Ambos tienen abogados de oficio.



Lord Waxillium "Wax" Ladrian

ALBOROTO en la casita de campo de Winsting Innate— *Ver reverso, columna 8.*

BRUMA DE CADMIO ralentiza el tiempo en una aburridísima reunión directiva— *Ver reverso, columna 4.*

FAMOSO PASTELERO decora tartas exquisitas con copos de atium— *Ver reverso, columna 5.*

Las "carreras callejeras" amenazan el gran deporte antiguo

¿Qué es lo que más se escucha una vez llegas al Eje y se empieza a hacer tarde? Motores de carricoches rugiendo como bestias áridas y el chirriar de los neumáticos derrapando en las calles. Ha pasado media década por lo menos desde que uno pudiera escuchar el ruido de golpear de cascos nocturno en el empedrado y el canto de los grillos. En los últimos seis meses, las jóvenes damas y los jóvenes lores —¡algunos de ellos los hijos de nuestros lectores!— se han puesto a retarse en carreras en algunas de nuestras calles más conocidas. Las apuestas y el intercambio de arquillas no tardaron en aparecer, y los jóvenes empezaron a pagar a bandas de niños callejeros para que alejaran deliberadamente a los agentes de estas carreras callejeras a ciertas horas predeterminadas.

El lugar más concurrido es el tercer octante con sus fangosas calles paralelas y sus largas rectas, y en poco menos de un mes la joven lady Carmine Feltry abrirá un circuito exclusivo para carricoches en la antigua feria contigua al río Puerta de Hierro.

(Continúa detrás.)

primero en contar de nuevo historias sobre las laderas de Monteceniza, ahora cubiertas de verde y vegetación? ¿Acaso no fui yo el que domesticó los legendarios caballos cuellilargos de las Llanuras de Kaermeron?

«No bajaré el arma», dijo el hombre, «hasta que pagues por tus crímenes».

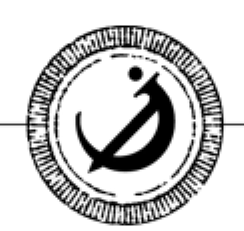
Mis sentidos aumentados captaron un leve temblor en las pa-





labras del hombre. Noté los movimientos casi imperceptibles de sus ojos de derecha a izquierda.

11



Caer era algo natural para un lanzamonedas. El violento instante de aceleración que encogía el estómago al tiempo que levantaba el ánimo. La caricia del aire. El helor de la niebla en la piel.

Al abrir los ojos vio un remolino blanco sobre fondo negro, con los vaporosos jirones danzando entusiasmados a su alrededor, incitantes. Todos los alomantes compartían un vínculo con la bruma, pero las demás variedades no experimentaban nunca el torrente de emoción que provocaba surcarla. Prácticamente fundirse con ella. En momentos así, Wax comprendía a la Guerrero de la Ascensión. Vin. Rara vez la llamaba alguien por su nombre hoy en día. Su título, al igual que el de los otros Preservadores, se utilizaba como símbolo de veneración.

La Histórica, una sección de las *Palabras de Instauración*, decía que Vin se había fusionado con las brumas. Les había abierto las puertas de su ser, transformándose en su guardiana al tiempo que ellas se convertían en su esencia. Mientras que el Superviviente velaba por todo el que afrontaba un desafío, Vin custodiaba a aquellos sobre los que se cernía la noche. En ocasiones, a Wax le parecía discernir su figura en los dibujos que formaba la niebla: cimbreña, con el cabello corto agitado por sus movimientos, ondeante el manto de bruma a su espalda.

Espejismos… ¿o no?

Wax apretó el gatillo de *Vindicación*. Cuando la bala se hubo incrustado en el suelo, empujó contra ella para frenar su descenso. Flexionó una rodilla

al aterrizar en la calle, frente al recibidor del edificio. Junto a unos cuantos invitados que, inaccesibles al desaliento, esperaban aún con la esperanza de que les dejasen entrar en la fiesta.

—¿Dónde? —les preguntó Wax—. Ha caído alguien antes que yo. ¿Por dónde se ha ido?

Ni siquiera he asesinado aún a tu padre…

Herrumbres. ¿Se referiría al padre de Steris, quien pronto habría de convertirse en su suegro?

—No… no ha caído nadie —dijo un hombre trajeado de negro—. Solo eso. —Apuntó con el dedo a los restos de una silla destrozada.

A lo lejos, un motocarro cobró vida con un rugido y aceleró en medio de un chirrido ensordecedor.

«Sangradora podría ser una lanzamonedas ahora —pensó Wax mientras corría en dirección al sonido, esperando que se tratase de ella—. Pero, en tal caso, no necesitaría ningún motocarro». Quizás hubiera elegido el poder feruquímico de alterar su peso, para descender flotando sin más sostén que el del viento.

Se fijó en las líneas de acero sobre la marcha, atento al menor indicio de movimiento. El sentido de la vista natural resultaba poco práctico cuando había niebla, pero las líneas azules de la vista de acero la perforaban como flechas. No le costaría encontrar un motocarro que se alejase a gran velocidad, pero tampoco estaba seguro de que Sangradora viajara en su interior. Se concedió unos instantes para fijarse en los otros vehículos de los alrededores. Un carruaje se detuvo a una calle de distancia. Lo supo por el modo en que temblaron las líneas; serían las molduras de los arneses de los caballos. Varios paseantes caminaban plácidamente por el paseo de Tindwyl. Nada sospechoso.

Tomada su decisión, empujó contra unas farolas cercanas para impulsarse en pos del motocarro a la fuga. Rebotó de una lámpara en otra hasta salvar de un salto la azotea de un edificio en el preciso instante que un motor doblaba una esquina. Wax coronó la construcción como una exhalación de niebla arremolinada, rebasándola por unos palmos apenas. El grupo de niños que estaban jugando en la azotea lo vieron pasar con las mandíbulas desencajadas de asombro. Wax aterrizó en el extremo más

lejano del tejado, desplegados a su alrededor los faldones de su gabán de bruma, y se arrojó al vacío cuando el motor pasó por debajo.

«Esto —pensó—, no va a salirte tan bien como te esperabas, Sangradora».

Wax aumentó su peso y empujó contra el motor desde lo alto.

No quiso aplastar al ocupante del vehículo; ignoraba si había capturado a la presa correcta. La presión meticulosamente calculada, sin embargo, reventó los neumáticos como si de tomates se tratara; a continuación, empujó contra el techo lo justo para deformar las puertas metálicas en sus armazones. Aunque Sangradora tuviera acceso a la velocidad aumentada, no saldría de allí fácilmente.

Wax aterrizó junto al motocarro, *Vindicación* en mano, y apuntó a través de la ventanilla al desconcertado conductor, que llevaba puesta una gorra de cochero. ¿Chóferes para motocarros? ¿Cuándo había empezado a pasar eso?

—¡Se ha ido! —dijo el hombre—. Hace dos calles. Me ordenó que siguiera conduciendo. ¡Ni siquiera me dejó frenar antes de apearse en marcha!

Wax se quedó inmóvil como una estatua, apuntando con la pistola a la frente del conductor. Quizá se tratase de Sangradora. Podía cambiar de rostro.

—P-por favor… —tartamudeó el conductor, sollozando—. Me…

«¡Maldición!». Wax necesitaba más información. «Armonía. ¿Es él?».

Recibió una vaga sensación de incertidumbre por toda respuesta. Armonía tampoco lo sabía.

Wax soltó un gruñido, pero decidió confiar en su instinto y apartó el cañón del atemorizado conductor.

—¿Dónde lo has dejado?

—En la calle Tage.

—Ve a la comisaría del cuarto octante —ordenó Wax—. Espérame allí, o a los alguaciles que envíe en representación mía. Querremos hacerte algunas preguntas. Si me convencen las respuestas, te pagaré un motor nuevo.

Wax se empujó por los aires hasta la esquina de Tage con Guillem, lo cual lo dejó al borde del laberinto de callejuelas industriales que

comunicaba los almacenes con los muelles donde descargaban los barcos del canal. Activó su vista de acero, creó una burbuja y se adentró sigilosamente en la bruma, aunque sin hacerse ilusiones. Sería complicado encontrar a alguien allí, en la oscuridad.

Lo único que debía hacer Sangradora era buscar un escondrijo y quedarse en él, sin moverse. Sin embargo, muchos criminales tomaban la decisión equivocada en este tipo de situaciones. Costaba permanecer absolutamente inmóvil, sin manipular el metal, mientras un alomante merodeaba tras tu pista por los alrededores.

Wax persistió en su empeño y, mientras recorría uno de los lóbregos callejones, tanteó la cuerda que llevaba en la cintura; quería cerciorarse de que podría desenrollarla con rapidez en caso de que Sangradora fuese una lanzamonedas o una atraedora y él necesitara desembarazarse de sus metales. Pronto, las brumas que se cerraban a su paso hicieron que se sintiera como si caminase por un pasillo interminable cuyos extremos se desvanecían en la nada. También sobre su cabeza había tan solo oscuros remolinos de niebla. Wax se detuvo en una intersección desierta; en cada una de las cuatro esquinas, al fondo, se cernían otros tantos depósitos como leviatanes aletargados. Solo en uno de ellos había una farola adosada. Miró en rededor con su vista de acero, expectante, contando los latidos de su corazón.

Nada.

O bien el chófer de antes era Sangradora disfrazada, o su presa había conseguido burlarlo. Con un suspiro, Wax bajó la pistola.

La gigantesca puerta de uno de los almacenes se desplomó con estruendo en la calle. En el hueco apareció una docena de hombres. Sobrevino a Wax una oleada de alivio. No había perdido a su presa, tan solo lo habían conducido a una trampa.

Espera.

«Maldición», pensó Wax, levantando a *Vindicación* al tiempo que desenfundaba el Sterrion. Aprovechó la maniobra para empujar contra los hombres e impulsarse hacia atrás, hasta el parapeto de un edificio en construcción.

Los hombres abrieron fuego antes de que pudiera ponerse a cubierto. La burbuja de acero de Wax desvió varios de los proyectiles, que cortaron el aire, inofensivos, practicando surcos en la niebla. Una de las balas, sin embargo, le rozó el brazo.

Wax se quedó sin respiración cuando su empujón lo estampó contra un muro incompleto. Disparó contra el suelo, empujó contra la bala y dio un salto con voltereta hacia atrás. Su acción lo situó al amparo de la pared de ladrillos.

Estos comenzaron a volar en pedazos ante el asalto de una nueva tanda de disparos mientras Wax soltaba una de las pistolas y se llevaba la mano izquierda a la cara interior del brazo derecho. Un estallido de sangre y dolor lo cegó momentáneamente. Los hombres redoblaron su asalto al otro lado del parapeto, y algunas de las balas no presentaban líneas azules. Munición de aluminio. Sangradora estaba mucho mejor preparada de lo que Wax se esperaba.

¿Por qué persistían en su ataque indiscriminado? ¿Intentarían derribar la pared con la fuerza de sus disparos? «No. Lo que intentan es acaparar mi atención para flanquearme».

Empuñó a *Vindicación*, sosteniéndose el brazo ensangrentado mientras levantaba el arma —¡dolía!— justo cuando un grupo de sombras, sin rastro de metal encima, se agazapaba al otro lado del edificio en obras. Wax eliminó a la primera de un tiro en la cabeza; a la segunda, de un balazo en el cuello. Aún quedaban tres más, que hincaron la rodilla en el suelo y esgrimieron las ballestas que portaban.

Algo tiró hacia atrás de una de ellas, que desapareció engullida por la bruma. Wax oyó un *urk* de dolor justo antes de abatir a la segunda. Al apuntar con el arma a la tercera descubrió que esta se había desplomado en el suelo y de su cabeza sobresalía algo que no alcanzó a distinguir. ¿Un cuchillo?

—¿Wayne? —preguntó Wax, apresurándose a recargar a *Vindicación* con los dedos manchados de sangre.

—No exactamente —respondió una voz femenina. De entre la niebla salió gateando una figura muy alta, sorteando un montón de ladrillos para llegar hasta él. Al acercarse, Wax distinguió unos ojos grandes, una

cabellera negra como el carbón y un elegante vestido ceñido cuya parte inferior había desaparecido por debajo de las rodillas. La mujer de la fiesta que había coqueteado con él.

Wax hizo girar a *Vindicación*, recargó, se incorporó con un movimiento fluido y apuntó a la cabeza de la mujer. Al otro lado de la pared había cesado el martilleo de las balas contra los ladrillos. El silencio resultaba mucho más ominoso.

—Venga ya —dijo la mujer, aplastándose contra la pared junto a él—. ¿Por qué te habría salvado si quisiera hacerte daño?

«Porque podrías ser Sangradora», pensó Wax. Cualquiera podría serlo.

—Hmm… estás herido —observó la mujer—. ¿Es grave? Porque deberíamos empezar a correr ahora mismo, y rápido. Vendrán a la carga de un momento a otro.

«Maldición. No hay mucho donde elegir». Confiar en ella y posiblemente morir, o no confiar en ella y morir casi con toda seguridad.

—Ven. —Wax agarró a la mujer y la estrechó contra él. Apuntó al suelo con *Vindicación*.

—Tienen francotiradores apostados en cinco azoteas distintas, esperando a que te empujes hacia las brumas. Armados con balas de aluminio.

—¿Cómo lo sabes?

—Se lo oí decir en voz baja a los tipos de las ballestas mientras se desplegaban para rodearte.

Wax soltó un gruñido.

—¿Quién eres? —preguntó, apretando los dientes.

—¿Importa eso en este preciso momento?

—No.

—¿Puedes moverte?

—Sí. No es tan grave como parece. —Wax se puso en marcha, con la mujer corriendo a su lado. La herida le producía un dolor de mil demonios, pero había algo en la niebla… Se sentía más fuerte con ella. No debería ser así —no era ningún brazo de peltre—, pero así era.

Lo cierto era que recibir un balazo era malo, pero no tanto como solía pintarlo la gente. El proyectil había traspasado limpiamente la piel y el

músculo bajo su brazo, provocando que le costase levantarlo, pero no se desangraría. Las balas, por lo general, rara vez detenían a alguien por sí solas; lo más perjudicial era el pánico, el bloqueo resultante de haber recibido un disparo.

Los dos salieron en tromba por la parte trasera del edificio, pasando junto al hombre con el cuchillo en la cabeza. Sonaron gritos tras ellos, amortiguados por la bruma; algunos de sus perseguidores realizaron varios disparos a ciegas mientras intentaban entrar en el edificio.

La mujer corría bien pese a llevar puesto un vestido. Se le había desgarrado la parte de abajo, sí, pero sus gráciles movimientos la impulsaban con sospechosa facilidad; no daba la impresión de estar sudando, ni respirando entrecortadamente siquiera.

Líneas azules. Al frente.

Wax agarró del brazo a Milan y tiró de ella hacia el interior de un callejón mientras un cuarteto de hombres salía de una calle transversal, pistolas en ristre.

—¡Herrumbres! —masculló Wax, asomándose por la esquina. El callejón en el que se encontraban desembocaba en una tapia. Los habían acorralado—. ¿Cuántos hombres tiene Sangradora? —preguntó tras proferir otra maldición, en voz baja.

—Esos no pueden ser esbirros de Sangradora —replicó Milan—. ¿Cómo habría reclutado semejante ejército? Hasta ahora siempre había actuado en solitario.

Wax la observó fijamente. ¿Hasta qué punto estaría informada de todo eso?

—No nos queda más remedio que luchar —dijo Milan, mientras las voces sonaban cada vez más cerca a su espalda. Se llevó una mano al pecho, donde su vestido dejaba al descubierto un escote considerable.

Waxillium había sido testigo de muchas cosas extrañas a lo largo de su vida. Había visitado campamentos de koloss en los Áridos, e incluso lo habían invitado a unirse a sus filas. Había visto al mismo Dios e incluso había hablado con Él, y había recibido un regalo personal de la Muerte. Pero nada de aquello lo había preparado para presenciar cómo el torso de aquella joven escultural se tornaba casi transparente por completo antes de

que uno de los senos se desgajara y, en la abertura, apareciese la empuñadura de un pequeño revólver.

Milan cerró los dedos en torno a la culata y desenfundó el arma.

—Estos chismes son de lo más prácticos —comentó—. Cabe de todo dentro de ellos.

—Pero ¿¡quién eres tú!?

—MeLaan —respondió la mujer, incorporándose y empuñando el arma con las dos manos. En esta ocasión había utilizado una entonación ligeramente distinta para pronunciar su nombre—. El Padre te prometió ayuda. Aquí la tienes.

Una Inmortal Sin Rostro. En cuanto ella hubo dejado de hablar, Wax oyó un susurro en su mente. *Puedes fiarte de ella*. La voz de Armonía, acompañada de una sensación de infinitud, la misma visión que ya había tenido antes. Era toda la confirmación que necesitaba para creer que quien se alzaba ante él no era Sangradora.

Entornó los párpados de todas formas, con suspicacia.

—Espera. Me parece que te conozco.

La sonrisa de MeLaan se ensanchó.

—Habíamos coincidido una vez antes de esta noche. Me halaga que lo recuerdes. ¿Prefieres los de delante o los de detrás?

Se cernía sobre ellos casi una docena de perseguidores, cuatro de los cuales encabezaban el pelotón. Alguna vez tendría que aprender a fiarse de alguien.

—Los de detrás.

—Siempre tan caballeroso —ronroneó MeLaan—. A propósito, se supone que no debería matar a nadie. Me… esto… me parece que ya me he saltado esa norma esta noche. Si sobrevivimos, por casualidad, hazme un favor y no le cuentes a TenSoon que me he vuelto a cepillar a un puñado de gente. Se llevaría un disgusto.

—Cómo no. Cuenta con ello.

La mujer sonrió; quienquiera que fuese, esta faceta suya estaba en las antípodas de la actitud que había manifestado hasta entonces.

—A tu señal.

Wax se asomó a la esquina. Unas siluetas avanzaban en medio de la niebla tras ellos, acercándose a su posición. Si MeLaan estaba en lo cierto y esto no era obra de Sangradora, entonces quién…

Munición de aluminio. Francotiradores atentos a su vía de escape habitual.

Su tío. De alguna manera, Wax había caído en su trampa. Ay, Armonía… Como se hubieran aliado Sangradora y el Grupo…

Lanzó un casquillo de bala a un lado, contra la pared que tenía a su derecha, y la retuvo en el sitio con un suave empujón alomántico. Flexionó el brazo lastimado y levantó las pistolas.

—En marcha.

Sin esperar a ver qué hacía MeLaan, Wax empujó contra el casquillo y salió como una exhalación a la calle, envuelto en un remolino de niebla. Los hombres abrieron fuego de inmediato. Wax aumentó su peso y empujó con todas sus fuerzas, liberando una ráfaga de energía alomántica que barrió varias de las armas, impulsándolas hacia atrás y deteniendo incluso algunas balas al vuelo. Los hombres gruñeron cuando su acción los lanzó por los aires.

Las armas de dos de ellos no se habían visto afectadas por el empujón, sin embargo. Wax disparó contra ellos primero. En cuanto se hubieron desplomado, sin darles tiempo a sus compañeros a recoger las pistolas de aluminio, redujo su peso de golpe y empujó contra los hombres que tenía a su espalda. Esperaba que su maniobra beneficiara a MeLaan.

El empujón lo depositó en medio de sus contrincantes. Al aterrizar, le propinó un puntapié a una de las pistolas de aluminio para enviarla a las brumas, apuntó con *Vindicación* hacia abajo y perforó la cabeza de uno de los matones, justo a la altura de la oreja. Los ecos de la detonación retumbaron en la oscuridad.

Wax siguió disparando, abatiendo adversarios a su alrededor mientras giraba en medio de la niebla. Algunos se abalanzaron sobre él esgrimiendo bastones de duelo; otros se quedaron atrás para armar sus ballestas. No había ningún alomante a la vista. Al amparo de la noche, el gabán de bruma por fin tendría ocasión de demostrar su valía. Mientras fintaba entre sus agresores —y aprovechaba, de paso, para alejar de una patada la otra pistola

de aluminio que se había quedado abandonada en el suelo—, los faldones de su abrigo se arremolinaron en el aire, dando la impresión de fundirse con las brumas. Los hombres cargaron sobre su posición para descubrir que ya no estaba allí, confundidos por los volantes de tela que removían la niebla.

Se contorsionó entre dos de los matones, levantó una pistola a cada lado y apretó un gatillo con cada mano, enviándolos al suelo. A continuación, tras girarse en redondo, apuntó con ambos cañones al hombre que intentaba pillarlo desprevenido por la espalda.

«Descargadas, me temo». Apretó los gatillos de todas formas. Las dos pistolas emitieron sendos chasquidos.

El hombre, aterrado, trastabilló de espaldas, pero no tardó en reponerse.

—¡Se ha quedado sin munición! ¡Moveos! ¡Está indefenso! —Lo embistió como un toro.

Wax soltó las pistolas.

«¿Exactamente por qué pensarán que necesito armas para defenderme?».

Buscó bajo el abrigo y desenrolló la cuerda que llevaba en la cintura, soltándola y deslizándola entre los dedos. El garfio de Ranette golpeó el suelo con un tintineo.

El hombre que tenía delante titubeó al oír aquello, empuñando su bastón de duelo con manos temblorosas.

—Así —dijo Wax— es como se hacían antes las cosas.

Tiró de la cuerda, impulsando el extremo metálico por los aires, y empujó el garfio contra el pecho del hombre, dejando que la cuerda se escurriera entre sus dedos. El impacto se abrió paso entre varias costillas, destrozándolas; Wax tiró hacia atrás de la cuerda, tensándola y desviando la trayectoria del garfio en el aire. Un nuevo empujón y el metal alcanzó a otro hombre, que lo apuntaba en esos momentos con una ballesta.

Wax giró la cintura y se arrodilló, descargando un latigazo con la cuerda. Esta se retorció ante él, trazando un gran arco que agitó la bruma; soltó un poco más de cuerda, empujó, y el garfio pasó volando junto a otro de los hombres para impactar en el pecho de uno de sus compañeros. Wax tiró para enviar el extremo metálico hacia atrás, golpeando al hombre de

antes en el muslo y haciéndole perder el equilibrio mientras se precipitaba sobre él armado con un bastón de duelo.

Detuvo el garfio con una mano y se dio la vuelta para empujarlo contra el hombro de un atacante emboscado, lo soltó de un tirón y lo arrojó directamente contra el rostro del hombre.

«Uno más», pensó mientras giraba sobre los talones con el garfio de nuevo en la mano, escudriñando los alrededores.

El último de los hombres que quedaba en pie se arrojó al suelo, tanteando en busca de algo. Cuando levantó la cabeza, empuñaba una de las pistolas de aluminio perdidas.

—El Grupo te envía recuerdos, vigilan…

Dejó la frase inacabada, flotando en el aire, cuando la sombra que acababa de materializarse tras él le clavó un cuchillo en la espalda.

—Te daré un consejo, muchacho —dijo MeLaan—: ahórrate las frasecitas ingeniosas hasta que tu rival esté muerto. Así. ¿Ves qué fácil? —Le pegó una patada en la cara al cadáver.

Wax paseó la mirada sobre el grupo de hombres que se retorcían por los suelos, gimoteantes. Afianzó su presa sobre la cuerda. Los francotiradores apostados en los tejados podrían reajustar su posición y empezar a disparar en cualquier momento.

—Tenemos que darnos prisa. Creo que Sangradora va detrás de lord Harms, el padre de mi prometida.

—Maldición —dijo MeLaan—. ¿Quieres que intente subir ahí arriba y me encargue de los francotiradores?

—No hay tiempo —musitó Wax. Señaló calle abajo—. Tú ve por ahí, yo tomaré el otro camino. Cuando los hayas despistado, dirígete a la Copa del Consejero, una taberna que hay en el camino de Edden. Me reuniré allí contigo cuando haya visto a lord Harms. Cuando me dirija a ti, yo o alguien que diga ir en mi nombre, antes de nada pronuncia las palabras «pantalones todos amarillos».

—Cuenta con ello.

—Buena suerte.

—No soy yo la que necesita ayuda, vigilante —repuso MeLaan—. Prácticamente estoy hecha a prueba de balas. —Se cuadró en una especie de

saludo burlón y se alejó corriendo calle abajo, hasta perderse de vista entre las brumas.

Wax recogió a *Vindicación*, pero no la devolvió a su funda. En vez de eso, agarró uno de los cadáveres que tenía más cerca, se lo cargó al hombro y le llenó un bolsillo de balas. A continuación, se quitó el cinto. Cabía la posibilidad de que esos francotiradores fueran nacidos del metal y estuvieran atentos a la aparición de líneas de metal en las brumas.

Por si acaso, levantó el cadáver sobre su cabeza y empujó, proyectándolo por los aires a través de la niebla. Después empujó sobre el cinto, enviándolo volando frente a él, calle abajo.

Por último, echó a correr detrás del cinturón, usando su alomancia para levantarlo e impulsarlo hacia delante de nuevo cada vez que empezaba a perder altura. Restalló un disparo en la noche, pero no pudo precisar su origen. Ignoraba si el francotirador intentaba acertarle al cadáver, al cinto o a él. Sonó otra detonación.

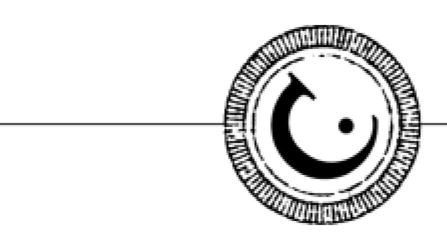
Salió del callejón sin aminorar la marcha, recogió el cinturón del suelo y saltó, salvando limpiamente la pasarela para sumergirse en la helada oscuridad del canal. Envuelto en las aguas tenebrosas, las pistolas lo remolcaron hacia el fondo mientras el gabán de bruma ondeaba a su espalda.

Agitó las piernas para impulsarse, buscando el lecho del canal. Al cabo, sumergido aún, empujó contra las argollas de amarre que había a ambos lados del embarcadero, tras él. Casi todo el mundo, incluso los pistoleros más avezados, subestimaban el poder amortiguador de un buen palmo de agua. Wax surcaba las aguas como un pez que nadara a favor de la corriente, sin dejar de empujar contra todas las argollas que le salían al paso, ateniéndose al centro del canal y sin romper la superficie. Rozó la quilla de un bote con la cabeza, pero siguió empujando, rezando para no estrellarse contra nada en las profundidades.

Para cuando se le hubo agotado el aliento debía de haber recorrido ya varias manzanas. Salió a la superficie de golpe y, tosiendo, braceó hasta la orilla del canal y se izó a pulso a lo alto de la pasarela. Le temblaban las piernas cuando se puso de pie, pero nadie disparó contra él, lo cual era buena señal.

Se detuvo lo imprescindible para recuperar el aliento y aplicarse un torniquete improvisado en el brazo antes de elevarse una vez más por los aires, surcando el cielo en dirección a la mansión de los Harms.

12



—Así me gusta —dijo Wayne, bloc de notas en mano—. Entonces, ¿seguro que el hombre no actuaba de forma sospechosa? ¿No notó usted nada extraño?

La doncella, sentada y abrazada a sí misma, negó con la cabeza. Por fin habían conseguido bajar de la última planta, siguiendo el despavorido éxodo de los ricachones. Una burbuja de guardaespaldas rodeaba al gobernador a la izquierda de Wayne, y una instalación de potentes focos eléctricos iluminaba la noche brumosa.

El césped que lindaba con la fachada del rascacielos parecía desierto, ahora que tantas personas ya se habían ido. Pensó que eso no tardaría en cambiar, cuando Marasi regresara con unos cuantos alguaciles más. La muchacha se había marchado corriendo para llamarlos y presentar un informe. Lo cual significaba que Wayne era el único representante de la ley presente en la zona. Escalofriante.

—Me gustaría hacerle otra pregunta —le dijo Wayne a la mujer.

—¿Sí, agente?

—¿Dónde ha comprado esos zapatos?

La mujer parpadeó; bajó la mirada.

—Esto… ¿Mis zapatos?

—Sí, sus zapatos —insistió Wayne—. Tienen toda la pinta de ser comodísimos. Nunca se tienen suficientes zapatos de tacón negros. Pegan con herrumbrosamente todo.

La mujer levantó la cabeza.

—Pero si usted es un hombre.

—Doy fe —replicó Wayne—. Tuve ocasión de volver a comprobarlo la última vez que eché un pis. ¿Los zapatos?

—En Rousseau's. Tercer octante, calle Yomen. —La mujer hizo una pausa—. Estaban de oferta la semana pasada.

—¡Maldición! —exclamó Wayne—. Estupendo, gracias. Puede irse.

La doncella le lanzó una de esas miradas que la gente parecía reservar exclusivamente para él; aún no sabía muy bien cómo interpretarlas. En fin. Apuntó el nombre de la tienda. Ni loco pensaba volver a ponerse, ni tan siquiera una sola vez más, los espantosos zapatos de tacón que guardaba en el baúl de los disfraces.

Se metió una bolita de chicle en la boca y, mientras repasaba sus notas, se dirigió a la montaña de guardaespaldas. «El criado de ahí arriba —pensó, tamborileando en la libreta con el lapicero— no era ningún kandra». Wayne había hablado con una docena de siervos. Todos conocían al hombre y aseguraban que no se había comportado de forma extraña, en absoluto. A ninguno de ellos les caía bien, sin embargo. Era un rufián, y a nadie le sorprendía que hubiera vuelto a las andadas.

Un aficionado podría pensar que disfrazarse como el chico nuevo era buena idea, pero Sangradora podía hacerse pasar por cualquiera. ¿Por qué habría elegido al último mono, a alguien que se había unido al servicio hacía tan solo unas pocas semanas? Cierto, ser nuevo proporcionaba la excusa perfecta para no saber cómo se llamaba todo el mundo, pero, según las declaraciones, al tipo no se le había olvidado el nombre de nadie esta noche. Además, escogiendo a un delincuente de poca monta habitual que gozaba de mala reputación solo se conseguiría que todos desconfiaran y estuviesen alerta. Para un imitador, era una elección lamentable.

De modo que el tipo debía de haber sido una especie de topo. Wayne sacudió la cabeza.

—¿Dónde está Drim? —preguntó a los escoltas—. Quiero enseñarle lo que he averiguado.

El guardia se agachó para echar un vistazo a la libreta de Wayne.

—Ahí solo hay garabatos.

—Para aparentar —dijo Wayne—. A la gente se le suelta la lengua si cree que estás apuntándolo todo. Ignoro por qué. A mí no me gustaría que nadie reprodujera punto por punto las majaderías que suelto, lo tengo clar… —Se interrumpió, apartó al guardia de un empujón y se asomó al interior del corrillo. Drim no estaba allí; ni el gobernador—. ¿Qué habéis hecho con él? —preguntó, encarándose con los otros—. Hatajo de retorcidos hijos de perra.

—Era aconsejable que todo el mundo creyera que todavía estaba aquí —dijo el guardaespaldas—. En realidad, Drim y él se fueron a un lugar seguro hace siglos. Si hemos conseguido engañarte a ti, espero que hayamos conseguido engañar también al asesino.

—Engañado… ¡Se supone que debía protegerlo!

—Bueno, y estás haciendo un trabajo herrumbrosamente excelente, amigo, ¿a que sí? —replicó el escolta, con una sonrisita burlona.

Ante aquello, Wayne tomó la única decisión razonable. Escupió el chicle y se abalanzó sobre el guardaespaldas.

Wax rara vez valoraba tanto la ciudad como cuando necesitaba llegar lo antes posible a algún sitio.

A los ojos de alguien que estaba quemando acero, Elendel resplandecía y era un hervidero de actividad, aun embozada en la oscuridad y la niebla. Metal. En cierto modo, esa era la auténtica marca de la civilización. La humanidad doblegaba la roca, los huesos que constituían el armazón de la tierra; doblegaba además el fuego, esa efímera llama vital que todo lo consumía. Y, al combinar ambos elementos, exprimía el tuétano de la misma piedra y creaba herramientas fundidas.

Wax surcaba el aire entre los rascacielos como un susurro, dejando que el movimiento le secase la ropa. Se convirtió en una corriente más de las que agitaban las brumas, el eje de un majestuoso entramado de líneas azules que, como un millón de dedos extendidos, señalaban la ubicación de los anclajes que jalonaban su trayectoria. Cuando incluso un caballo al galope resultaba demasiado lento, a Wax le quedaba el recurso del acero. Ardía dentro de él, regresando al fuego que le había dado su forma.

De él extraía poder. A veces no era bastante.

Pero esta noche atravesó como una bala las ventanas iluminadas de la última planta de la residencia de los Harms. Rodó por el suelo y se incorporó, con una pistola en cada mano. Lord Harms se giró en la silla de su escritorio, volcando el tintero. Entrado en años y rubicundo, el hombre ostentaba una generosa barriga, plácidos modales y un mostacho que competía con sus carrillos por ver cuál llegaba antes al suelo. Al ver a Wax, se sobresaltó e intentó meter una mano en el cajón de la mesa.

Wax paseó la mirada por la habitación. No había nadie más allí dentro. Ningún adversario apostado en los rincones, ni rastro de metal en movimiento en los armarios ni en el dormitorio. Había llegado a tiempo. Con un suspiro de alivio, enderezó la espalda mientras lord Harms conseguía abrir por fin el cajón y sacaba una pistola, uno de los modernos modelos semiautomáticos que gozaban de tanta popularidad entre los alguaciles. Harms se levantó de un salto y corrió a reunirse con Wax, empuñando el arma con ambas manos.

—¡¿Dónde están?! —exclamó Harms—. Les daremos su merecido, ¿eh, chico?

—Tienes una pistola —observó Wax.

—Y tanto que sí, ya lo creo. Después de lo que ocurrió el año pasado, comprendí que un hombre no puede estar indefenso. ¿Cuál es la emergencia? ¡Yo te cubro!

Con cuidado, Wax empujó el cañón de la pistola de lord Harms hacia abajo, por si acaso el arma iba equipada con una bala en la recámara… porque, por suerte, el hombre no había encajado el cargador en su sitio. Echó un vistazo de reojo a su espalda, hacia las ventanas. Las había abierto de par en par con un empujón al aproximarse a ellas, pero estaban diseñadas para abatirse hacia fuera, no hacia dentro. Ambas habían saltado de sus goznes de cuajo; una se había desplomado directamente, mientras que la otra colgaba aún de una esquina. Esta última cedió ahora, por fin, estrellándose contra el suelo; el cristal se resquebrajó dentro del marco de madera.

La niebla entraba a raudales por la abertura, extendiéndose por el piso. ¿Dónde estaba Sangradora? ¿En algún rincón de la casa? ¿Haciéndose pasar

por una criada? ¿Un vecino? ¿Un alguacil de ronda por la calle?

¿En esa misma habitación, a su lado?

—Jackstom —dijo Wax, mirando a lord Harms—, ¿recuerdas cuando nos conocimos y Wayne fingió que era mi mayordomo?

Harms arrugó el entrecejo.

—Querrás decir tu tío.

«Bien», pensó Wax. Un impostor no sabría eso, ¿o sí? Herrumbres… Tendría que desconfiar de todo el mundo.

—Corres peligro. —Wax enfundó las pistolas. La inmersión en el canal le había estropeado el traje sin remisión, y se había desembarazado ya del pañuelo para el cuello, pero el recio gabán de bruma había superado ya trances peores—. Voy a sacarte de aquí.

—Pero… —Lord Harms dejó la frase inacabada, flotando en el aire. Palideció—. ¿Y mi hija?

Como si solo tuviera una.

—Steris está bien —respondió Wax—. Wayne se ha quedado cuidando de ella. En marcha.

Pero ¿adónde?, ese era el problema. Wax tenía un centenar de lugares a los que podría llevar a Harms, pero Sangradora podría estar al acecho en cualquiera de ellos. Las probabilidades estaban a su favor, y sin embargo…

«*Sangradora es antigua*, había dicho Armonía. *Más que la destrucción del mundo. Es artera, precavida y brillante… Ha estudiado la conducta humana durante siglos*».

Cualquier opción por la que se decantase Wax podría ser la que Sangradora hubiera previsto que elegiría. ¿Cómo anticiparse a alguien tan antiguo, poseedor de tantísima información?

La solución parecía sencilla. Sin intentarlo.

Steris salió de la Torre ZoBell para encontrar a Wayne sentado al otro lado de la calle, frente a un corrillo de hombres magullados y visiblemente enfadados. El muchacho estaba comiéndose un sándwich.

—Ay, Wayne. —La mirada de Steris saltó de él a los hombres, vapuleados y hostiles, y de nuevo a él—. Esos son los guardias del

gobernador. Le harán falta esta noche.

—No es culpa mía —dijo Wayne—. Estaban siendo poco cooperativos. —Le pegó un mordisco al emparedado.

Steris exhaló un suspiro, se sentó junto a él y elevó la mirada hacia la torre que se alzaba entre las brumas. Distinguió las luces de varias plantas refulgiendo como fantasmas sobre sus cabezas, extendiéndose hasta la misma azotea.

—Así es como va a ser, ¿verdad?, con él —murmuró—. Abandonada siempre de sopetón en medio de algo. Sintiendo siempre que solo formo parte de su vida a medias.

Wayne se encogió de hombros.

—Podrías tomar la salida más noble, Steris, y renunciar a la boda. Dejarlo libre para que encuentre a alguien que realmente le guste.

—¿Y lo que ha invertido mi familia en él y en su casa?

—Bueno, sé que esto te sonará transgresor, Steris, pero se le puede prestar dinero a un hombre sin esperar que luego este te encame para darte las gracias, no sé si me explico.

Bendito Armonía, qué zafio podía llegar a ponerse. No era así con nadie más. Grosero y estrafalario, sí, pero rara vez directamente insultante. Eso lo reservaba para ella. ¿Esperaría que se defendiera, que le demostrase su valía de alguna manera? Steris nunca había logrado descifrar a este hombre. Pensar en lo que podría decirle solo parecía volverlo más vulgar todavía.

—¿Dijo adónde iba? —preguntó, esforzándose por no perder los estribos.

—Nah —replicó Wayne, pegándole otro bocado al sándwich—. Anda tras la pista de Sangradora. Lo que significa que podría estar en cualquier parte, así que intentar encontrarlo no serviría de nada. Volverá a buscarme en cuanto pueda. Si me marcho, podríamos cruzarnos sin vernos por el camino.

—Ya veo. —Steris se sentó de nuevo, cruzó los pies encima de la acera y contempló fijamente las luces de la torre—. ¿Me odias por lo que represento, Wayne? ¿Por las responsabilidades a las que lo he devuelto?

—Yo no te odio —respondió Wayne—. Me pareces repulsiva, eso es todo. Hay una diferencia fundamental.

—Pero…

Wayne se puso de pie y se metió el resto del emparedado en la boca.

A continuación, se acercó a los escoltas que lo observaban con cara de pocos amigos y se sentó con ellos. La implicación era evidente.

Prefiero estar aquí antes que contigo.

Steris cerró los ojos, apretando con fuerza los párpados, e intentó imaginarse que era otra persona por unos instantes. Al cabo, el repicar de unas campanas anunció la llegada de los carruajes de los alguaciles. Steris se incorporó y se alisó el vestido, aliviada al ver que Marasi desmontaba de uno de los vehículos y se acercaba a ella corriendo.

—¿Waxillium?

Steris sacudió la cabeza.

—Sube —dijo Marasi, señalando uno de los carruajes—. Te llevarán a un lugar seguro.

—Creo que aquí ya ha pasado el peligro —replicó Steris—. A menos que Wayne empiece otra trifulca.

—No. El peligro acaba de empezar.

Steris detectó algo en el tono de la muchacha que le dio que pensar. De los carruajes no había salido ningún tropel de alguaciles. Parecían estar esperando a Marasi, de hecho. No habían venido para investigar qué ocurría con el hombre al que Waxillium había puesto en fuga.

—Ha pasado algo, ¿verdad? —preguntó Steris.

—Sí —dijo Marasi—. ¡Wayne, ven aquí! Tenemos trabajo que hacer.

Wax ocultó a lord Harms en lo más alto de la Torre Feder. Había elegido su ubicación en el mapa de la ciudad escogiendo números al azar; con suerte, Sangradora no sería capaz de adelantarse a un plan tan poco premeditado. Harms tenía instrucciones de pasar inadvertido, ocultarse en la oscuridad y esperar en silencio. Aunque Sangradora pudiese empujar el acero y rastrear la noche, las probabilidades de que se tropezara con Harms eran extraordinariamente escasas, rayanas en lo imposible. Lo cual no evitaba que Wax se preocupase. El padre de Steris era un hombrecillo extravagante, pero bienintencionado y cordial.

Era todo cuanto podía hacer, puesto que necesitaba localizar al gobernador. La cacería estaba llevándole más tiempo de lo que había estimado, lo cual en realidad era buena señal. Significaba que Drim, pese a la aversión que le profesaba, estaba cumpliendo en condiciones con su deber. Que Wax supiera, de la Torre ZoBell habían salido al menos tres carruajes sin distintivos: dos señuelos más otro, en cuyo interior viajaba el gobernador. Encontró uno en la avenida de Stanton, pero enseguida lo descartó. Demasiado llamativo, con los escoltas montados en lo alto. Tras deducir que otro habría partido hacia el este, lo divisó dando vueltas sin rumbo por el tercer octante, también intentando llamar la atención. Circulaba demasiado despacio.

Además, el gobernador no escogería esa vía. Innate era un luchador. No querría que lo vieran escondiéndose. Así, Wax terminó encaramado a lo alto de un edificio colindante con el paseo de Hammond, a pocas calles de la mansión de Innate. Regresaría allí, evitando los pisos francos repartidos por la ciudad. Preferiría estar en su centro de poder y autoridad.

Las brumas parecían refulgir aquí, en la ciudad, iluminadas por un millar de lámparas, cada vez más de ellas eléctricas. El carruaje tardó tanto en llegar que Wax empezaba ya a dudar de su intuición, pero llegó: un carricoche cerrado, de techo alto, con cortinas rojas. Muy sutil, sí. Los caballos, sin embargo, pertenecían a la selecta caballeriza del gobernador. Al igual que los que había visto antes, tirando de los señuelos.

Wax sacudió la cabeza mientras saltaba y se empujaba hasta lo alto de los arcos de piedra que había frente al Primer Banco de Seguros. El carruaje avanzaba a paso rápido y no transportaba ninguna escolta visible. Los guardaespaldas debían de haber dado un rodeo, si estaban tardando tanto en llegar. Wax saltó de la fachada del banco y empujó contra una farola, impulsándose en pos del vehículo del gobernador. Aterrizó en el techo y saludó con un cabeceo al sorprendido cochero antes de descolgarse por el costado y llamar con los nudillos a la puerta, colgando de un brazo sobre la mancha borrosa de los adoquines a sus pies. Estaban apremiando a los animales, sin duda.

El visillo se hizo a un lado transcurridos unos instantes, revelando las asombradas facciones de Drim.

—¿Ladrian? ¿Qué diablos haces tú aquí?

—Ser educado —respondió Wax—. ¿Puedo pasar?

—¿Y si me niego?

—Entonces dejaré de ser educado.

Drim le enseñó los dientes con una mueca mientras miraba de reojo a su lado, donde el gobernador viajaba con el sombrero en el regazo. El hombre asintió con la cabeza; Drim exhaló un suspiro y se volvió hacia la puerta.

No detuvieron el carruaje, de modo que Wax tuvo que soltarse, dejar caer un casquillo de bala y regresar de un empujón al vehículo en el momento en que Drim abría la puerta. Se agarró a la manilla, empujó contra una farola con la que se cruzaron y se propulsó al interior del coche, donde terminó sentado frente a Drim y el gobernador.

El guardaespaldas sería la persona perfecta por la que hacerse pasar. Al igual que el conductor del vehículo y prácticamente cualquiera que tuviese acceso al gobernador, como su esposa o el resto de su familia.

—Lord Ladrian —suspiró Innate—. ¿No le bastó con estropearme la fiesta? ¿Es preciso que también me acose durante el trayecto de vuelta a mi hogar?

Wax se encogió de hombros y se levantó, disponiéndose a salir de nuevo del carruaje. Ya había entreabierto la puerta cuando Innate le espetó, farfullando:

—Pero ¿qué hace ahora, insensato?

—Marcharme —respondió Wax—. Hay mil sitios distintos en los que podría estar ahora mismo, casi todos más agradables que este. —Tras titubear durante unos instantes, desenfundó un Sterrion, le dio la vuelta y se lo ofreció al gobernador con la culata por delante—. Ahí va.

El gobernador puso los ojos como platos.

—¿Para qué quiero yo una pistola? Tengo mis guardaespaldas.

—También su hermano los tenía —replicó Wax—. Cójala. Me sentiré culpable si no he intentado hacer algo, al menos, cuando le peguen un tiro.

—¿Un tiro? —Innate palideció—. Mi hermano fue asesinado por culpa de sus escarceos con los bajos fondos de Elendel. A mí no se atreverían a tocarme.

—Seguro que no —dijo Wax, con medio cuerpo ya fuera del carruaje. Titubeó y volvió a asomarse al interior—. Sabrás reconocer a un kandra cuando lo veas, ¿verdad, Drim?

—¿Un qué? —preguntó el musculoso guardaespaldas.

—Leyendas —terció lord Innate.

—¿Sí? El que he visto esta noche debía de ser un impostor, en tal caso. Lo que no sé es cómo se las apañó para que su piel se volviera transparente. Bueno, en fin. Supongo que lo tiene usted todo controlado.

—¿Insinúa —preguntó Innate, deteniendo a Wax con un ademán antes de que volviera a intentar salir por la puerta— que uno de los Inmortales Sin Rostro ha estado en mi fiesta esta noche?

—Dos, en realidad. Una de ellas quería ayudar. Se la presentaría y le pediría que le desvelara su naturaleza, pero parece que usted ya lo tiene todo pensado. La otra que ha estado en su fiesta era la que asesinó a su hermano. ¿Seguro que no quiere esa pistola? ¿No? Vale. Pues me…

—Usted gana, lord Waxillium —claudicó Innate, contrariado. Volvió a acomodarse junto a la lámpara del carruaje, cuyo potente resplandor se alimentaba del gas que estaba consumiendo.

—Mi señor —protestó Drim, mirando a Innate—. Esto es una sandez. ¿Inmortales Sin Rostro? Cada dos por tres sale alguien que afirma haber visto alguno, todo con tal de que su nombre salga en los pasquines. No irá a creerse esta historia, ¿verdad?

Innate observó a Wax, que dijo:

—Claro que sí. Porque sabe que a su hermano le ocurrió algo extraño. Asesinado en una cámara inexpugnable, con sus escoltas eliminados por la espalda a manos de alguien en quien confiaban… y Winsting Innate se tomaba la seguridad muy en serio. Sospecho que más incluso que usted, míster gobernador.

—¿Podría presentarme a una de estas criaturas? —preguntó Innate—. ¿Ofrecerme alguna prueba de su existencia?

—Sí.

—Pero ¿por qué? —insistió Drim—. ¿Por qué querría un siervo de Armonía asesinar a lord Winsting?

—Este kandra se ha vuelto loco —respondió Wax en voz baja—. Desconocemos todavía cuáles son sus intenciones, pero al parecer quiere verlo a usted muerto, míster gobernador. Mi trabajo consiste en mantenerlo con vida.

—¿Qué hacemos? —preguntó Innate—. ¿Cómo nos preparamos?

—Bueno —dijo Wax—, para empezar, a partir de ahora seré yo el que se encargue de velar por su seguridad.

—¡Y un cuerno! —exclamó Drim.

—Me temo que eso es imposible —le dio la razón Innate—. Drim lleva años prestándome un servicio impecable. Se… ¿Adónde va usted?

Wax se giró desde la puerta.

—Hay una obra que quería ver esta noche —dijo, gesticulando—. Aún podría llegar a tiempo para el último acto mientras ustedes dos se ponen de acuerdo.

—¿Y si esta criatura viene a por mí en su ausencia?

—No me cabe la menor duda de que su encargado de seguridad sabrá ocuparse de ella —dijo Wax—. Sabrá ya que el kandra estuvo en la fiesta esta noche, ¿verdad? Además, seguro que tampoco se le ha pasado por alto que Wayne se coló utilizando un disfraz. Y…

—Tiene usted permiso para revisar mis protocolos de seguridad —claudicó Innate, exhalando un suspiro—. Y para asesorarme.

—De acuerdo. —Wax cerró la puerta del carruaje mientras este doblaba una esquina y se acercaba a la mansión del gobernador—. Pero deberán hacer una cosa ahora mismo. Voy a darles una contraseña a cada uno, y quiero que ambos prometan no compartirla con nadie. Ni siquiera entre ustedes, ni con lady Innate. También ustedes me proporcionarán a mí una contraseña. Cuando nos encontremos, nos las susurraremos al oído para demostrar que nadie ha usurpado nuestra identidad.

—¿De veras cree que no sabría reconocer a mi propia esposa? —preguntó Innate, con aspecto cansado.

—Seguro que sí —replicó Wax, suavizando su tono—. Pero este requisito es imprescindible para obtener mi ayuda, si la desea. Me servirá para tranquilizar la conciencia.

En los parientes cercanos radicaba el mayor de los riesgos. Sangradora se había mostrado muy confiada, como si tuviera al gobernador al alcance de la mano, lo cual llevaba a Wax a pensar que la criatura ya había capturado a alguien de la familia. Lady Innate no había asistido a la fiesta, pero, según Armonía, Sangradora era capaz de cambiar de cuerpo a su antojo. Herrumbre y Ruina, qué atolladero tan desagradable. Sangradora podría haber matado a alguno de los sobrinos del gobernador, a un bebé, incluso, y planear hacerse pasar por él para llegar hasta Innate. En la Histórica, los kandra imitaban a los animales. Cualquier mascota era una amenaza en potencia.

Wax observó de soslayo al gobernador, cuya actitud denotaba una honda preocupación; enlazadas las manos, ausente la mirada, como si vagara a mil millas de allí… Comenzaba a asimilar las implicaciones de lo que estaba ocurriendo. Innate no era ningún idiota. Tan solo un ególatra probablemente corrupto.

El carruaje se detuvo frente a la mansión, y Drim desmontó. Cuando Wax se disponía a imitarlo, el gobernador le agarró el brazo.

—Necesitaré que me enseñes esas pruebas, arideño.

—Concertaré un encuentro para mañana.

—Esta noche.

Wax asintió con la cabeza.

—Si todo esto es cierto —dijo el gobernador, aún sin soltarle el brazo—, ¿qué hacemos? He leído las *Palabras de Instauración*. Sé de lo que son capaces los Inmortales. Ruina… esta criatura podría ser cualquiera. No bastará con un par de contraseñas. Ni de lejos.

—No —reconoció Wax—. Señor, la criatura también tiene acceso a las artes metálicas. En cualquier momento podría imitar las propiedades tanto de un pulsador como de un archivero. Aunque solo sea capaz de manifestar sus poderes de uno en uno, so pena de perder el control, puede alternarlos a voluntad.

—Gran Armonía —musitó el gobernador—. ¿Cómo se detiene algo así?

—La verdad, no lo sé. Usted probablemente ya debería estar muerto, en realidad.

—¿Y por qué no lo estoy? —preguntó el gobernador mientras ahuyentaba con un ademán a Drim, que había vuelto a asomarse al interior del vehículo para ver qué ocurría—. Esta criatura podría haber acabado conmigo con tanta facilidad como con mi hermano.

—Parece ser que persigue otro fin. Un objetivo más importante que usted. Tal vez se resista a eliminarlo antes de que su desaparición pueda dar al traste con el gobierno de Elendel por completo. —Tras unos instantes de pausa, Wax se acercó un poco más al gobernador—. Señor, quizá le conviniera abandonar la ciudad.

—¿Ahora? —replicó Innate—. Pero ¿usted ha visto el descontento que impera en las calles?

Wax asintió con la cabeza.

—Me…

—Los trabajadores se ponen en huelga —prosiguió Innate, como si no lo hubiera escuchado—. El precio de los alimentos está por las nubes. Por una parte, hay demasiados profesionales desocupados; por otra, los que están en activo reclaman mejores condiciones. Herrumbres, pero si prácticamente se produce un tumulto tras otro. Por no hablar del escándalo… No puedo marcharme. Mi carrera habría terminado.

—Mejor una carrera que la vida.

El gobernador le lanzó una mirada de reojo. No parecía verlo del mismo modo.

—No voy a irme, imposible —reiteró Innate—. Daría la impresión de estar abandonando a mi pueblo… Pensarían que intento ocultarme para huir de la polémica. Quedaría como un cobarde. No. De ninguna manera. Tomaré medidas para poner a salvo a lady Innate y a los niños, pero yo debo quedarme. Y usted debe acabar con esta criatura, sea lo que sea. Párele los pies antes de que vuelva a dar ni un paso más.

—Lo intentaré. —Wax se inclinó hacia delante—. Dígame una contraseña con la que identificarme. Algo que sea fácil de recordar, pero extravagante.

—Aligerar por la arena.

—Bien. La mía para usted es «huesos sin caldo». ¿Dispone de alguna cámara de seguridad?

—Sí —respondió Innate—. En el sótano de la mansión, bajo la sala de estar.

—Instálese allí —le aconsejó Wax mientras bajaba del carruaje— y, si cierra la puerta con llave, no se la abra a nadie hasta que llegue yo y le diga la contraseña.

Nada más apearse, Wax se descubrió desenfundando a *Vindicación*.

Apuntó con la pistola antes incluso de ver qué lo había alertado. Gritos de alarma, pero no de dolor. Una criada salió corriendo de la mansión del gobernador, dejando atrás las columnas de la entrada, blancas como una hilera de fémures relucientes.

—¡Mi señor! —exclamó la mujer—. Hemos recibido un telegrama, ha pasado algo espantoso. ¡Debería redactar un comunicado!

—¿De qué se trata? —preguntó Wax, mientras el gobernador desmontaba del carruaje.

La criada titubeó, impresionada por el arma de Wax. Llevaba puesto un elegante uniforme negro, con la falda hasta los tobillos, y un pañuelo rojo en el cuello. El ama de llaves, o quizás incluso una de las consejeras de Innate.

—Soy alguacil —la tranquilizó Wax—. ¿Cuál es la emergencia?

—Se ha producido un asesinato.

«Armonía, no…».

—Que no se trate de lord Harms, por favor. ¡Dígame, ¿quién?! —¿Habría firmado la sentencia de muerte del padre de Steris en su precipitación por encontrar al gobernador?

—¿Lord qué? —se extrañó la mujer—. No, alguacil, no se trata de ningún noble. —Miró de reojo a Drim, que asintió con la cabeza para indicarle que podía fiarse de Wax—. Es el padre Bin —declaró la criada—. El sacerdote.

Marasi contempló fijamente el cadáver, clavado a la pared como una cortina vieja. Un punzón en cada ojo. La sangre que bañaba las mejillas del hombre le había empapado también el hábito blanco, formando un chaleco carmesí. Casi como una uve terrisana. La sangre teñía asimismo la pared a ambos

lados del cuerpo, esparcida sin duda por los aspavientos y los forcejeos de la víctima. Marasi se estremeció. El sacerdote aún respiraba cuando ocurrió.

Pese a los alguaciles que registraban e inspeccionaban la gran nave de la iglesia, Marasi se sentía sola, plantada frente a aquel cadáver y sus ojos de acero. Únicamente ella y el cuerpo, componiendo una escena tan reverencial que resultaba perturbadora. Se parecía a algo que había leído en la Histórica, aunque no acertaba a recordar qué.

El comisario Aradel se puso a su lado.

—He recibido noticias de su hermana. La hemos trasladado a uno de nuestros pisos francos más seguros.

—Gracias, señor.

—¿Qué opina de esto? —preguntó Aradel, inclinando la cabeza hacia el cadáver.

—Me parece espeluznante, señor. ¿Qué ha ocurrido exactamente?

—Los conventicalistas no están siendo de ayuda. Ignoro si es que están conmocionados o si consideran que nuestra intromisión aquí constituye una ofensa.

Le indicó por señas que caminara delante de él y se cruzaron con Wayne, que estaba sentado en uno de los bancos, mascando chicle con la vista fija en el cuerpo. Marasi y Aradel salieron de la nave abovedada y entraron en un pequeño recibidor con más bancos, ocupados estos por una hilera de personas cariacontecidas: conventicalistas, quienes asistían al sacerdote en las iglesias supervivencialistas.

A la cabeza del grupo se encontraba una mujer de cabellos canosos, vestida con el atuendo oficial de las matronas eclesiásticas. Se enjugó los ojos, y varios jóvenes se acurrucaron contra ella, apuntando hacia el suelo con la mirada. El capitán Reddi observaba en pie en las proximidades, tan enjuto como siempre, con su tablilla con sujetapapeles bajo el brazo. Se cuadró al ver a Aradel. En condiciones normales, este no era el tipo de caso que requería la presencia de un comisario, pero Aradel había ejercido de detective durante años.

—¿Dirigirá usted el interrogatorio, señor? —preguntó Reddi. Los conventicalistas se crisparon visiblemente ante la palabra «interrogatorio».

A Marasi le dieron ganas de abofetear al capitán por el tono que había empleado.

—No —respondió Aradel.

—De acuerdo, señor. —Reddi se arregló el nudo de la pajarita, preparó la carpeta y se acercó a los conventicalistas.

—En realidad —dijo Aradel—, pensaba darle una oportunidad a la teniente Colms.

Marasi se apresuró a sofocar el arrebato de pánico que le sobrevino. No la asustaba un mero interrogatorio, y menos cuando los testigos no eran hostiles. Pero el modo en que lo había anunciado Aradel, tan serio, provocó que de repente se sintiera como si esto fuese un examen. Estupendo.

Respiró hondo y se abrió paso junto a Reddi, que había bajado la tablilla y estaba observándola. El grupo consistía en ocho personas arracimadas, con los hombros hundidos. ¿Cuál sería la mejor manera de abordarlas? Ya le habían descrito a un dibujante de la comisaría lo que habían visto, pero en los detalles estaba la clave que mediaba entre Ruina y Conservación.

Marasi se sentó en el banco, entre dos de ellos.

—Permítanme darles el pésame —dijo en voz baja—, y ofrecerles también mis disculpas. Hoy la comisaría les ha fallado.

—No es culpa suya —dijo la matrona, abrazada con fuerza a uno de los pequeños—. ¿Quién iba a imaginarse…? Santo Superviviente, sabía que los caminantes eran un hatajo de bellacos. Lo supe desde el primer momento. ¿Sin reglas? ¿Sin preceptos que guíen sus vidas?

—Caos —intervino un hombre con la cabeza afeitada, sentado en el banco de atrás—. Solo buscan el caos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Marasi—. Ya he leído el informe, por supuesto, pero… herrumbres… no logro imaginarme…

—Aguardábamos la celebración nocturna —respondió la matrona—. ¡Las brumas habían hecho una aparición espectacular! Debían de haberse reunido como mil personas en la cúpula para adorarlas. De repente, esa sabandija caminante se acercó al púlpito con toda la pachorra del mundo.

—¿Lo reconoció usted?

—Claro que sí —contestó la mujer—. Era Larskpur, uno que se deja caer por todas las funciones de la comunidad. La gente se siente obligada a

invitar a los sacerdotes caminantes, para no mostrar favoritismos, aunque en realidad nadie quiera ni verlos.

Tras ella, el consacerdote asintió con la cabeza.

—Un individuo raquítico, casi no le da el cuerpo para llenar la sotana —dijo—. Nada elaborado. Apenas un manto. Ni siquiera se arregla para adorar.

—Empezó a dirigirse a la congregación —continuó la matrona—. ¡Como si se dispusiera a dar él el sermón de brumalba! Aunque de sus labios solo salían vilezas.

—¿A qué se refiere? —quiso saber Marasi.

—Blasfemias —dijo la matrona—. Pero eso ahora es irrelevante. Mire, alguacil. ¿Por qué nos pregunta a nosotros? Lo vieron mil pares de ojos. ¿Por qué nos trata como si hubiéramos hecho algo malo? Debería estar ahí fuera, intentando detener a ese monstruo.

—Ya hay agentes tras su pista. —Marasi apoyó la mano en el hombro de una de las niñas, que se aferró a su brazo, sollozando—. Atraparemos y castigaremos al que haya hecho esto, se lo prometo. Pero todos los detalles que recuerden nos ayudarán a meterlo entre rejas.

La matrona y el consacerdote se miraron de reojo, pero fue uno de los otros —un monaguillo veinteañero, alto y desgarbado— el que habló.

—Larkspur dijo —susurró el muchacho— que el Superviviente era un dios falso. Que Kelsier había fracasado en su intento por ayudar a la humanidad. Que su muerte no había sido ni para protegernos ni para ascender, sino fruto de su insensatez y su fanfarronería.

—Es lo que siempre habíamos pensado —añadió la matrona—, aunque no dijéramos nada. Esos caminantes… aseguran aceptar a todo el mundo, pero basta con rascar la superficie para desvelar la verdad. Se burlan del Superviviente.

—Solo buscan el caos —repitió el consacerdote—. Les da rabia que el Superviviente goce de tantos seguidores. No soportan que nos guiemos por unos estándares. Ellos no celebran reuniones, ni van a la iglesia, ni obedecen ningún mandamiento. Más que una religión, el Camino es una oda a la indiferencia.

—Le confieso que nos quedamos de piedra —dijo la matrona—. Al principio creí que el padre Bin debía de haber invitado a Larkspur para que pronunciara un sermón. ¿Por qué si no cometería el atrevimiento de subir al púlpito? Sus palabras me dejaron tan horrorizadas que tardé un buen rato en fijarme en la sangre.

—Yo sí que la vi —intervino el consacerdote—. Pensé que llevaba guantes. Me quedé mirando fijamente aquellos dedos teñidos de rojo, relucientes, que no paraban de moverse. Y después reparé en las gotas que salpicaban el suelo y el púlpito cada vez que gesticulaba.

Todos guardaron silencio durante unos instantes.

—No hay nada más que añadir —concluyó la matrona—. Larkspur ensayó un último aspaviento, y las cortinas del fondo se vinieron abajo. Allí estaba él, nuestro bendito padre, clavado como una espantosa parodia de la efigie del Superviviente. El pobre padre Bin llevaba… colgando todo ese tiempo. Quizás estuviera aún con vida, desangrándose y agonizando, mientras todos los demás escuchábamos aquellas blasfemias.

Marasi lo dudaba. Si bien era evidente que el sacerdote se había resistido al principio, los punzones no habrían tardado en poner fin a sus forcejeos.

—Gracias —dijo, dirigiéndose a la afligida congregación—. Han sido de gran ayuda. —Apartó de su brazo las manitas de la niña, con delicadeza, y se la pasó a la matrona.

Marasi se levantó y regresó junto a Aradel y Reddi, que se encontraban en la otra punta de la habitación.

—¿Qué les parece? —preguntó en voz baja.

—¿La información —dijo Reddi— o sus aptitudes para el interrogatorio?

—Cualquiera de las dos cosas me vale.

—Yo lo habría enfocado de otra manera —refunfuñó el capitán—, pero supongo que ha sabido tranquilizarlos.

—Tampoco es que hayan dicho gran cosa —intervino Aradel, acariciándose la barbilla.

—¿Qué esperaba? —preguntó Marasi—. Comisario, tiene que haber sido la misma persona que mató a Winsting.

—No saquemos conclusiones precipitadas —la reprendió Aradel—. ¿Cuál sería el móvil?

—¿Se le ocurre otra explicación? —dijo Marasi, indicando con un gesto la habitación en la que estaba el difunto sacerdote—. ¿Un caminante? ¿Asesino? Señor, esos sacerdotes son las personas menos violentas del planeta. He visto bebés más agresivos.

Aradel continuó frotándose la barbilla.

—Reddi —dijo—, vaya a conseguirles algo de beber a esos conventicalistas. Sospecho que les vendría bien una jarra de algo caliente en estos momentos.

—¿Señor? —preguntó el capitán, sorprendido.

—¿Acaso se ha quedado usted sordo de tanto disparar con la pistola pegada a la oreja? En marcha, capitán. Necesito hablar con la alguacil Colms.

La mirada que le lanzó Reddi a Marasi habría bastado para hacer que rompiera a hervir un cazo con agua, pero el hombre transigió y se fue a cumplir con sus órdenes.

—Señor —dijo Marasi, mientras lo veía alejarse—, empiezo a sospechar que se ha empeñado usted en que el resto de la comisaría me odie.

—Bobadas —replicó el comisario—. Solo intento que el muchacho espabile. Se transforma en un inútil integral cuando no está esforzándose por impresionarme. Aquellas semanas en que pensaba que el puesto de adjunto era suyo fueron para olvidar. Es mejor agente cuando tiene con quien competir.

Tomó a Marasi del hombro y la apartó de los conventicalistas sentados, junto a los que acababa de materializarse un joven cabo, portando mantas y jarras de té caliente. Con suerte, Reddi no se enfadaría en exceso al ver que también ese papel se lo habían robado.

—Yo no puedo enfrentarme a espectros de la bruma y espíritus de la noche —continuó Aradel, capturando de nuevo la atención de Marasi—. Soy vigilante, no exorcista.

—Lo entiendo, señor —dijo Marasi. En el camino en carruaje hasta allí le había contado lo que sabía Waxillium acerca de Sangradora. No iba a

ocultarle semejante información a su superior—. Pero, si el delincuente es una criatura sobrenatural, ¿qué opción nos queda?

—No lo sé —suspiró Aradel—, y eso me frustra como no se imagina. Tengo una ciudad más seca que un montón de hojas en otoño, teniente; solo hace falta una chispa para que sea pasto de las llamas. Carezco de los medios necesarios para dar caza a un inmortal caído; necesito alguaciles en las calles, intentando evitar que esta ciudad se consuma a sí misma.

—Señor, ¿y si ambas cosas estuvieran relacionadas?

—¿Los dos asesinatos?

—Los asesinatos y el descontento de la población, señor.

Marasi cerró los ojos, rememorando la capilla con su cúpula y sus bancos de madera, e intentó imaginarse lo que había ocurrido. Larkspur en pie, agitando las manos frente a la horrorizada congregación antes de que esta huyera despavorida, propagando la noticia de que un líder caminante había asesinado a un sacerdote supervivencialista…

—Sangradora, o quienquiera que esté detrás de esto, ha distraído al gobierno con un escándalo —dijo la muchacha, abriendo los ojos—. ¿Y ahora atenta contra un líder religioso usurpando el aspecto de otro? Señor, sean cuales sean sus verdaderos motivos, es evidente que se propone acabar con Elendel. Quiere que esta ciudad se haga pedazos.

—Quizás esté sobrestimando a una sola persona, teniente.

—No una persona —repuso Marasi—. Un semidiós. Señor, ¿cómo empezaron las huelgas de trabajadores?

—Que me aspen si lo sé. —Aradel rebuscó en un bolsillo y sacó su pitillera. Cuando la abrió, tan solo encontró una nota doblada. Con una mueca, se la enseñó a Marasi. «Encontrarás un plátano en el cajón»—. Dichosa mujer, conseguirá acabar conmigo. En fin, sospecho que las huelgas llevaban tiempo fraguándose. Sabe Armonía que simpatizo con esos pobres diablos. Deslomándose por una miseria con los señoritos de las casas nobles apoltronados en sus áticos y sus mansiones.

—Pero ¿por qué ahora? —insistió Marasi—. Se trata de la comida, ¿verdad? Los precios se han disparado y se rumorea que, aunque terminen las huelgas, no habrá comida suficiente que comprar.

—Eso no ha ayudado, está claro —convino Aradel—. Las inundaciones van a ser un problema.

—Un dique roto. ¿Hemos investigado eso a fondo?

Aradel hizo una pausa mientras volvía a guardarse la nota en el bolsillo, a medio doblar.

—¿Cree que podría haber sido un sabotaje?

—Quizá merezca la pena comprobarlo —dijo Marasi.

—Quizá, sí. Veré si puedo prescindir de algunos hombres. Pero, si tiene razón, ¿cuál es el objetivo de esta criatura?

—¿El caos generalizado?

Aradel negó con la cabeza.

—Tal vez para los espectros de la bruma sea distinto, pero las personas que hacen algo así intentan demostrar algo. Quieren que los demás sepan lo listas que son, o detener alguna injusticia. Quizá persiga acabar con la carrera de alguien. ¿El gobernador no es caminante?

—Me parece que sí.

—Por lo tanto, el asesinato de esta noche podría ser un intento por desacreditar su religión —murmuró Aradel, asintiendo con la cabeza—. Matar a su hermano, exponer un escándalo, socavar su fe, provocar disturbios durante su mandato… Herrumbres, quizá no se trate de que Innate muera sin más, sino de que lo haga pisoteado y arrastrado por el suelo.

Marasi asintió despacio a su vez.

—Señor. Creo… que podría tener pruebas de que el gobernador es un corrupto.

—¿Cómo? ¿Qué tipo de pruebas?

—Nada concluyente —respondió la muchacha, ruborizándose—. Se trata de algo relacionado con sus políticas, el modo en que ha cambiado de parecer acerca de algunas propuestas, la irregularidad de algunos de sus votos tras haber recibido la visita de alguna que otra personalidad influyente… Señor, usted mismo ha dicho que me contrató, en parte, por mi capacidad para interpretar las estadísticas. Le enseñaré lo que averigüe cuando haya reunido todas las piezas, pero, de momento, la historia que

cuenta el currículo del gobernador es la de alguien cuya integridad está en venta.

Aradel se pasó una mano por los rojos cabellos, jaspeados de gris.

—Armonía… Que esto quede entre nosotros, teniente. Nos ocuparemos de ello en otra ocasión. ¿Entendido?

—Sí, señor. Y estoy de acuerdo.

—Buen trabajo, no obstante —apuntó el comisario, antes de alejarse a toda prisa para continuar tomando declaraciones en el escenario del crimen. Marasi no pudo por menos de sentir un alfilerazo de emoción ante el hecho de que Aradel la hubiera escuchado, aunque lo único que podía ofrecerle ella no eran más que explicaciones a medias. Al mismo tiempo, sin embargo, la asaltó una idea inquietante. ¿Y si, de alguna manera, Aradel fuese el kandra en secreto? ¿Cuánto daño podría hacer Sangradora si tuviera a sus órdenes a los alguaciles de todo un octante?

No. Aradel estaba rodeado de gente cuando asesinaron al sacerdote. Herrumbres… aquella criatura iba a conseguir que Marasi terminara asustándose hasta de su propia sombra, preguntándose si todo aquel con el que se cruzaba era un kandra. Fue a servirse una taza de té, con la esperanza de que la ayudara a desterrar de su mente la imagen del desventurado padre Bin, clavado a la pared. No había cubierto ni la mitad de la distancia que la separaba de la mesa en la que se encontraban las bebidas cuando las puertas del recibidor se abrieron de par en par, con estruendo, y Waxillium entró como una exhalación.

Los faldones de su gabán ondeaban tras él como jirones de bruma arremolinada, mientras sus poderosas zancadas animaban a los alguaciles de menos graduación a apartarse en desbandada de su camino. ¿Cómo podía encarnar tan a la perfección todo cuanto los vigilantes deberían ser y, sin embargo, no eran? Noble sin mostrarse arrogante, contemplativo pero protector, inaccesible al desaliento e inquisitivo.

Marasi sonrió y se apresuró a caminar tras sus pasos. Solo cuando hubieron llegado a la capilla, con su gigantesca cúpula de cristal y el cadáver del sacerdote colgado en la pared del fondo, se dio cuenta de que se había olvidado del té por completo. Entre las paredes de su cráneo comenzaba a fraguarse una incipiente jaqueca.

Aradel se hallaba en el interior de la nave, en compañía de dos jóvenes alguaciles.

—Lord Ladrian —dijo, volviéndose hacia Waxillium—. El informe forense estará listo en…

—Examinaré el cadáver yo mismo —lo atajó Wax—. Gracias. —Soltó un casquillo de bala y se elevó por los aires, sobrevolando las filas de bancos que se extendían bajo el techo abovedado hasta aterrizar en el púlpito.

Aradel exhaló un suspiro, masculló una maldición entre dientes y se giró hacia uno de los cabos.

—Encárgate de que su señoría tenga todo lo que necesite. A ver si él consigue arrojar algo de luz sobre este condenado embrollo… siempre y cuando no le dé por hacerlo saltar todo en pedazos.

El joven alguacil asintió con la cabeza y corrió a reunirse con Waxillium, el cual estaba diciéndole algo a Wayne, que se había levantado para salir a su encuentro. El vigilante dijo algo que envió a su ayudante de inmediato a la calle, quién sabía con qué cometido.

El comisario zangoloteó la cabeza con una mueca de contrariedad cincelada en los labios.

—¿Señor? —dijo Marasi—. ¿Está usted enfadado con lord Waxillium?

Aradel dio un respingo, como si no la hubiera visto allí plantada, junto a él, ni hubiese reparado en su presencia siquiera.

—Nada importante, teniente. Su señoría es un valioso aporte para este departamento.

—Señor, eso ha sonado a respuesta ensayada.

—Bien —dijo Aradel—, porque no vea lo que me costó aprender a recitarlo de corrido sin mentar a la madre de nadie.

—¿Podría escuchar la versión no ensayada?

Aradel la observó de reojo.

—Dejémoslo en que tiene que ser puñeteramente agradable, teniente, saber que siempre hay alguien detrás de uno para limpiar los estropicios que cause. —El comisario inclinó la cabeza y salió de la habitación con cara de pocos amigos.

Herrumbres. ¿Así era como Aradel veía a Waxillium? ¿Como a un señorito excéntrico, acostumbrado a salirse siempre con la suya y más directo de lo que Aradel podría serlo en su vida? El comisario no era ningún noble, por lo que debía estar siempre pendiente de los presupuestos, de los politiqueos y del futuro de sus hombres. Waxillium, en cambio, podía hacer acto de aparición cuando se le antojara, sin más, pegando tiros a diestro y siniestro con la certeza de que su estatus —como alomante y como portavoz de una casa influyente— bastaría para sacarlo de cualquier aprieto en el que se metiera.

Visto desde esa perspectiva, Waxillium era un problema. Conveniente, por cuanto sus métodos daban resultado, pero casi tan grave como los problemas que resolvía. Durante una fracción de segundo, a Marasi no le pareció tanto un aliado como una tormenta para la que uno debía prepararse antes de que se desatara y cuyos estragos habría que reparar cuando amainara.

Preocupada, cruzó la habitación para reunirse con él junto al cadáver.

—Las líneas que emanan de esos punzones son fuertes —observó Waxillium, indicando el rostro mutilado del sacerdote—. Para mis sentidos alománticos, quiero decir. Por lo que he leído, creo que eso significa que no se trata de púas hemalúrgicas, las cuales supuestamente son difíciles de percibir y de empujar contra ellas, como las mentes de metal.

—¿Qué sentido tendría clavarlo a la pared? —preguntó Marasi.

—Ni idea —admitió Waxillium—. En cualquier caso, cuando bajéis el cuerpo, enviadme una muestra de metal de cada punzón. Me gustaría analizar su composición.

—De acuerdo.

—Tendríamos que habernos dado cuenta antes. Intenta sembrar la discordia entre los caminantes y los supervivencialistas.

—El gobernador es caminante —dijo Marasi—. Sospechamos que Sangradora intenta llegar hasta él.

—Correcto —murmuró Waxillium, entornando los párpados—, pero ese no es su verdadero objetivo. Se propone destruir la ciudad. La muerte del gobernador podría ser el detonante de todo, pero ¿qué tiene que ver eso conmigo?

—No todo tiene por qué estar relacionado contigo, ¿sabes?

—No, todo no —convino Waxillium—. Solo esto.

Por irritante que fuera, lo más probable era que anduviese en lo cierto. ¿Por qué si no se pasearía Sangradora por toda la ciudad luciendo el aspecto del asesino de la esposa de Wax? Este dio la espalda al cadáver y salió del edificio por la puerta de atrás, desde la que un estrecho pasadizo conducía a la calle. Marasi lo siguió y se reunió con él en medio de la oscuridad y la niebla.

—¿Qué haces?

—Nadie planea cometer un asesinato tan melodramático como este sin preparar una ruta de escape —dijo Waxillium—. A juzgar por los pañuelos y los bolsos que he visto desperdigados por el suelo, la sala debía de estar repleta cuando Sangradora desveló el cuerpo. Los feligreses salieron corriendo por las puertas principales, como la asesina habría previsto. Ella debió de esfumarse por la parte de atrás, aprovechando que todo el mundo estaba ocupado huyendo o conmocionado para escabullirse sin que nadie la viera.

—De acuerdo…

—Esta callejuela es muy estrecha —murmuró Waxillium, arrodillándose para inspeccionar la pared—. Mira esto.

Marasi guiñó los ojos para fijarse mejor en los ladrillos, contra los que alguien parecía haberse rozado, dejando atrás una sustancia viscosa.

—Parece algo metálico. Plateado.

—Pintura, diría yo —aventuró Wax—. De dónde ha salido es una pregunta intrascendente, por desgracia, comparada con otras más importantes. Para empezar, ¿por qué ha matado al sacerdote? Me advirtió que se disponía a hacerlo. Pensé que se refería a tu padre. No al padre Bin.

—Waxillium —dijo Marasi—, necesitamos más información. Tanto sobre lo que es capaz de hacer esta criatura como sobre sus intenciones.

—Estoy de acuerdo. —Waxillium se incorporó y dejó vagar la mirada por el callejón—. Me gustaría hacerle unas cuantas preguntas a Dios. Dudo que esté disponible en estos momentos, no obstante, así que tendré que conformarme con planteárselas a otro.

—¿A quién?

—He recibido ayuda esta noche. De origen inesperado. Presiento que entrevistarme con esa persona podría arrojar algo de luz sobre todo este asunto. ¿Te apuntas?

—Desde luego que sí —respondió Marasi—. ¿Por qué no iba a hacerlo?

—Bueno —dijo Waxillium—, me preocupa que interactuar con ella pueda resultar… complicado, desde un punto de vista teológico.

13



Wayne no se consideraba especialmente religioso. Opinaba que Armonía no debía de prestar mucha atención a los fulanos como él, por la misma razón que un maestro de la pintura tampoco debía de preguntarse muy a menudo qué habría hecho su madre con los monigotes que solía dibujar de pequeño.

Dicho lo cual, de vez en cuando le gustaba visitar el templo de la gente de a pie. Le hacía sentir mejor y se olvidaba de los problemas, siquiera por unos instantes. Por eso conocía el sitio al que Wax le había pedido que se acercase para echar un vistazo.

El santuario —un señorial edificio antiguo, achaparrado y tenaz— se agazapaba en la esquina de una intersección. Lo flanqueaban modernos bloques residenciales, algunos hasta de seis plantas de altura, pero el templo exudaba el aire de un anciano gruñón instalado en su sillón favorito, predispuesto a no levantar la mirada por encima de las rodillas de quien se le acercara. Tal y como cabía esperar, la puerta estaba abierta en actitud acogedora, bañada todavía de luz, pese a lo avanzado de la hora. Wayne recorrió la avenida con paso indolente y saludó con la cabeza al portero, uniformado con su gorra y su guardapolvo; empuñaba un bastón ceremonial en cuyo extremo parecían entreverse restos de pelo, restos seguramente de haber aporreado en la cabeza a algún alborotador.

Wayne se tocó el ala del sombrero a modo de saludo y recitó la consigna que habría de franquearle el acceso al lugar.

—Hola, Blue. ¿Estará muy aguada la cerveza esta noche?

—Procura no montar jaleo en la tasca, Wayne —entonó el hombre en respuesta—. A ver si se me van a hinchar las narices.

—¿«Narices»? —repitió Wayne mientras pasaba por su lado—. Bonito eufemismo, compañero. En fin, mientras las chicas no se confundan de parte del cuerpo con tanto cambio de nombre, quién soy yo para meter ahí la cuchara.

Concluidas así las tradicionales presentaciones de rigor, Wayne accedió en el templo propiamente dicho. Dentro había mujeres y hombres en actitud recogida, encorvados y absortos en la contemplación de los insondables entresijos del cosmere. Sus plegarias adoptaban la forma de murmullos que intercambiaban con sus amigos, y su incienso era el humo que exhalaban las cazoletas de sus pipas. Presidía el altar un retrato del Viejo Ladrian en persona, un hombre de oronda barriga que enarbolaba en alto una copa, como si quisiera llamar la atención.

Wayne se quedó en el umbral, con la cabeza respetuosamente agachada; mojó los dedos en el rastro de cerveza que goteaba en una mesa cercana y se ungió la frente y el ombligo, la señal de la lanza.

El olor lo marcaba como un peregrino en esa tierra santa, y se abrió paso entre los penitentes que buscaban perdón, camino del altar. Flotaba en el aire un ambiente extraño esa noche. Solemne. Sí, el templo era un lugar de recogimiento, pero también debería serlo de festividad. ¿Dónde estaban los himnos, entonados con voz pía y pastosa? ¿Dónde las risas, la gozosa algarabía de la celebración?

«Mala cosa», pensó mientras se sentaba en uno de los bancos, en este caso ante una burda mesa circular con escrituras grabadas en ella, desde «*Mic es tonto de remate*» a «*Las salchichas son una porquería*». Siempre le había gustado esa. Destilaba hondas connotaciones teológicas. Si lo que comían era basura, ¿no serían ellos basura a su vez, en última instancia? ¿Acaso podía uno ser algo cuando todo acababa? ¿O deberíamos ver la basura más bien como algo a lo que aspirar, puesto que el Dios del Más Allá la había creado igual que había creado todo lo demás?

Wayne se acomodó en su asiento, atrayendo unas cuantas miradas de las mesas cercanas. Cuando una lozana conventicalista de hábito

vertiginosamente escotado pasó junto a él, cargada de jarras, la detuvo agarrándole el brazo.

—*Voyahh tommarrsh*… —Parpadeó—. *Tomarún güisshqui* —declaró, al cabo, empleando el acento y el tono de quien ya llevaba toda la noche siendo suma y extraordinariamente pío.

La doncella sacudió la cabeza y prosiguió su camino. Los feligreses de las inmediaciones hicieron como si no hubieran visto nada. Wayne cerró los ojos y escuchó sus plegarias.

—Dejarán que nos muramos de hambre. Ya oíste al gobernador, Ren. Lo único que le importa es su herrumbrosa reputación.

—Íbamos a vivir como reyes. Armonía creó esta tierra para todos nosotros. Pero ¿podemos disfrutar de ella? No. Sus riquezas solo están ahí para que los nobles tengan ropajes cada vez más elegantes y casas cada vez más grandes.

—En esta ciudad tienen que cambiar las cosas. A mí no me falta el trabajo, como a esa gente de la fundición, pero Armonía…

—Turnos de dieciséis horas. Todas las mañanas salgo de casa antes de que se haya levantado la peque, y cuando vuelvo por la noche ya se ha acostado. La veo una vez a la semana, no más.

—Nos matamos a trabajar para que los mismos de siempre se queden con todo. El edificio en el que vivimos es propiedad suya. ¿No es el timo perfecto? Nos pasamos el día entero deslomándonos para ellos, y por la noche renunciamos a todo a cambio del privilegio de haber sobrevivido una jornada más para poder seguir trabajando.

Poderosas plegarias.

Con un repullo, Wayne se levantó de la mesa y se acercó al altar alargado, tras el cual resplandecía un estante cargado de botellas. Las lámparas eran de gas. Un templo de lo más tradicional, este. Se instaló frente al sagrario, entre un parroquiano con tirantes y otro con los brazos tan velludos que por sus venas debía de correr sangre de oso. Desde hacía no muchas generaciones.

—Whhiskey —saludó Wayne al sacerdote que presidía el altar.

El hombre le sirvió una jarra de agua en la que flotaba una rodaja de limón. Herrumbres. Quizás hubiera exagerado demasiado el acento. Wayne

se repantigó y probó su bebida.

Aquí, en el altar, la gente no se quejaba. Todos se limitaban a contemplar el vacío, aferrados a sus copas. Wayne asintió con la cabeza. Sus plegarias eran silenciosas, de las que podían leerse en los ojos. Alargó el brazo, agarró la bebida del hombre que tenía más cerca y la olisqueó. Ron, a palo seco. ¿Dónde estaría la gracia?

Se volvió hacia Brazos de Oso, le arrebató la copa de entre los dedos a su vez y husmeó en su interior. Los dos hombres se giraron hacia él mientras apuraba el agua y utilizaba el recipiente, ya vacío, para combinar las bebidas en su interior. Añadió unas gotas de limón exprimido y una pizca de azúcar de detrás del altar, echó hielo a la mezcla, tapó la jarra con un posavasos y empezó a sacudirla como si su vida dependiera de ello. Quizá no anduviera tan desencaminado, puesto que el tipo de los felpudos por brazos acababa de ponerse de pie y estaba haciéndose crujir los nudillos.

Antes de que se pusiera a aporrearlo, Wayne deslizó una copa hacia cada uno de los hombres y se volvió a sentar, pensativo. El silencio reinaba en el altar cuando se detuvieron los cálices. Titubeantes, los feligreses recogieron sus bebidas y probaron un sorbo. Tirantes fue el primero.

—Hala —murmuró el hombre—. ¿Qué has hecho?

En lugar de responder, Wayne tamborileó sobre la mesa con un dedo mientras Brazos de Oso paladeaba el combinado a su vez, asintiendo con la cabeza en señal de aprobación. Codearse con tantas personas refinadas le había enseñado un par de cosas a Wayne, entre ellas que eran incapaces de hacer nada de forma normal. Su conducta era tan extraña, sospechaba, para que nadie pudiera confundirlos con la gente de a pie.

Pero sabían emborracharse. Eso había que reconocerlo.

El sacerdote se acercó para investigar a qué venía aquel alboroto, pero sus dos parroquianos tan solo querían más de lo que acababa de preparar Wayne. Tras escuchar sus explicaciones, el capellán asintió con la cabeza; debía de haber trabajado en alguna que otra fiesta de alto postín, o quizás entre sus clientes se contase algún que otro noble.

Wayne depositó algo encima del ara: dos casquillos de bala.

—¿Qué es esto? —preguntó el sacerdote, soltando la copa que estaba enjuagando—. ¿No será… aluminio?

Wayne se puso de pie, recogió unos cuantos enseres de detrás del altar y los amontonó en los brazos del sacerdote. Había hielo, por suerte, recibido en una remesa reciente. De un tiempo a esta parte era cada vez más barato, merced a las caravanas que bajaban de las montañas. El tipo contaba, además, con una bonita colección de licores de alta graduación y alguna que otra bebida no alcohólica. Suficiente como para que Wayne se las apañara.

Por señas, le indicó al hombre que lo siguiera y empezó a cruzar la sala, deteniéndose ante cada una de las mesas para retocar las bebidas posadas en ellas. Los que estaban tomando cerveza recibieron zumo o agua carbonatada, mezclada con esmero hasta obtenerse la transformación deseada. Siempre los dejaba con algo parecido a aquello con lo que habían empezado, pero nuevo. Fresco. En algunos añadía jengibre, que maridaba de fábula con el limón; en otros, algo amargo. Procuraba utilizar algo de cada mesa, y no le imprecaron más que en un par de ocasiones. Tardó un santiamén en convertir el templo en un lugar mucho más acogedor. Había conseguido atraer una pequeña multitud, incluso, para cuando hubo acabado.

El grupo lo jaleó cuando se sentó frente a una mujer despampanante, alta y muy guapa, de ojos enormes y dedos estilizados. La bebida que le preparó no era nada del otro mundo, en realidad —ginebra con lima, más algo de agua carbonatada y un toque de azúcar—, pero el ingrediente secreto… en fin, eso sí que era especial. En la fiesta, esa misma noche, había encontrado una bolsita llena de polvos azules. Se la había quedado a cambio de un puñado de arena.

Disolvió disimuladamente los polvos en la bebida con un juego de dedos, la agitó y, por último, añadió un chorro de lima. Mientras deslizaba la copa frente a la mujer, el líquido azul se arremolinó, fluctuante, y se oscureció hasta adquirir un oscuro tono violáceo por el que discurrían hebras de distintos colores, como jirones de niebla a punto de condensarse.

Los curiosos que los rodeaban enmudecieron de asombro, y la mujer lo felicitó con una sonrisa. Wayne le devolvió el gesto. Estaba comprometido,

sí, pero necesitaba seguir practicando el arte de la seducción, so pena de que Ranette dejara de interesarse por él.

En ese instante, sin embargo, las mejillas de la mujer se tornaron azules, primero, y después violáceas, tal y como acababa de suceder con la bebida. Wayne se apartó de la mesa de un salto. La piel de la desconocida recuperó la normalidad. Aceptó la bebida con una sonrisita enigmática y probó un sorbo.

—Está rico —dijo—, pero prefiero las cosas con un poco más de pegada.

En el templo, los demás feligreses comenzaban a volver a sus bancos. Se lo habían pasado bien con el espectáculo, pero les apetecía disfrutar del licor. Nadie parecía haberse percatado de lo que acababa de suceder con la piel de la mujer. Quizás a Wayne le hubiera engañado la vista. Titubeante, regresó a su asiento y miró a la mujer a los ojos, los cuales —tan claros como la luz del día— cambiaron del azul al violeta, y de nuevo al azul.

—Caray, que me aspen —murmuró Wayne—. Eres la inmortal esa, ¿verdad?

—La misma. —La mujer bebió un trago y le tendió la mano para que se la estrechara—. Me llamo MeLaan. Waxillium me pidió que dijera «pantalones todos amarillos» para demostrarlo. Has obrado un milagro aquí, esta noche. Cuando llegué, temía que el sitio fuese a saltar por los aires, con tanta rabia contenida como flotaba en el aire. Es muy posible que hayas evitado un disturbio.

—Solo es una taberna —replicó Wayne, sacudiendo la cabeza mientras se repantigaba en la silla—. Una de cientos. Como sea cierto que se está fraguando un disturbio, sospecho que ninguna bebida de chicas podrá detenerlo.

—Supongo que en eso llevas razón.

—Lo que estaría bien —añadió Wayne— es que la ciudad entera acabase como una cuba.

—O, no sé, que se aprobaran unos derechos laborales que reduzcan las jornadas de los trabajadores, mejoren sus condiciones y garanticen un salario mínimo digno.

—Ya, vale. Eso también. Pero si pudiera conseguir que todo el mundo se emborrachara, imagínate la felicidad que se respiraría en esta ciudad.

—Mientras consigas emborracharme a mí antes, me parece estupendo. —Le tendió la copa—. Ten la bondad de llenársela a esta damisela.

Wayne frunció el ceño.

—No, aquí hay algo que no encaja. ¿Tú no eras una especie de semidiosa o algo por el estilo? Deberías aleccionarme.

—Escucha, oh, mortal —entonó MeLaan, agitando su copa—, vierte en el ánfora de tu deidad otro dulce amanecer azulado… con extra de ginebra… y gozarás de mi bendición eterna.

—Eso está en mi mano, seguro —dijo Wayne—. Diablos, a ver si al final voy a ser más devoto de lo que pensaba.

La semidiosa inmortal pegó un largo trago de cerveza y descargó la jarra de golpe contra la mesa, sonriendo de oreja a oreja como una niña de cuatro años a la que hubieran sobornado con galletas para delatar a su hermana. Wax la observó mientras ella, a su vez, miraba a Wayne a los ojos y soltaba un eructo capaz de despertar a los muertos. El muchacho asintió con la cabeza en señal de aprobación, mostrándose impresionado. A continuación, empinó su jarra y replicó el eructo de MeLaan, imprimiéndole fácilmente el doble de extensión y sonoridad.

—¿Cómo lo haces? —preguntó ella.

—Años de práctica y experiencia —fue la respuesta de Wayne.

—Mi existencia abarca más de medio milenio —dijo MeLaan—. Estoy segura de que poseo más experiencia que tú.

—Pero careces de la voluntad necesaria, no obstante —repuso Wayne, amonestándola con el dedo—. Querer es poder. —Apuró el resto de la cerveza y soltó un eructo sostenido, interminable.

Marasi, sentada junto a Wax en el reservado de la taberna, asistía a la conversación con espanto indisimulado. Wax le había permitido conducir hasta allí, tan solo para que él pudiera volver a vendarse la herida y comprobar cuál era su estado. Los analgésicos estaban surtiendo efecto, al menos. Apenas si notaba el dolor.

Tras el breve trayecto, Marasi y él se habían encontrado con estos dos en medio de su… ¿concurso de eructos? Wax no estaba seguro de que se tratase de ninguna competición, parecía más bien una muestra de admiración mutua, como dos virtuosos que intentaran halagarse el uno al otro tocando sus temas preferidos.

MeLaan se acabó la cerveza y, con gesto melodramático, extendió una mano. La palma de esta se desgajó, formando unos labios, los cuales soltaron un suave eructito.

—Eso es trampa —protestó Wayne.

—Me limito a usar los dones que me otorgó Padre —se defendió MeLaan—. No me digas que tú no eructarías con otras partes del cuerpo si pudieras.

—Pues, ahora que lo mencionas, la verdad es que me salen unos ruidos superinteresantes del…

Wax se aclaró la garganta.

—No es por desviar la conversación sobre qué partes del cuerpo de Wayne pueden emitir más o menos sonidos, pero debo confesar que no sois como esperaba, Vuestra Gracia.

—Por todos los demonios —dijo MeLaan—. No me llames así.

—Eres sierva de Armonía —insistió Wax.

—Pertenezco a una de las últimas generaciones. En términos kandra, sigo siendo prácticamente una niña.

—Viviste el Catacendro en persona. Conociste a los Originadores.

—Me pasé el Catacendro bajo tierra —dijo MeLaan—. Era una adolescente, no llegué a verlo todo cubierto de ceniza. No hace falta que os sintáis intimidados por mí, de verdad.

—Tienes más de seiscientos años —intervino Marasi.

—Como el polvo. —MeLaan se inclinó hacia delante—. Mirad, estoy aquí para ayudar. Si queréis hacerle la pelota a alguien, puedo pedirle que venga a VenDell, o a cualquier otro de los realmente antiguos. Les encanta. Yo solo quiero detener y ayudar a Paalm.

Wax se acodó en la mesa. Por el modo en que MeLaan sonreía a la gente que pasaba por su lado o tamborileaba con el dedo al compás de la canción tabernaria que estaba entonando un grupo de borrachos en el

rincón, se notaba que le caían bien los seres humanos. Le gustaba estar allí, rodeada de ellos. No se mostraba altanera, como cabría esperar, ni reservada. Ni siquiera parecía tan rara, salvando el hecho de que le acabase de salir una boca en la mano.

—Fuiste tú la que me trajo el pendiente —dijo Wax, acariciando el pincho diminuto que le perforaba el lóbulo de la oreja—. Hace ya tantos años.

La sonrisa de MeLaan se ensanchó.

—Llevaba puesto el mismo cuerpo, pero, aun así, me sorprende que lo recuerdes.

—¿Y de quién es dicho cuerpo, por cierto? —preguntó Marasi—. ¿De dónde has sacado estos huesos?

—Los hice yo —respondió MeLaan, levantando la barbilla. Su rostro se volvió transparente de improviso, revelando el cráneo que había debajo: de cristal tallado y de un vívido color esmeralda—. Prefiero los Cuerpos Verdaderos, aunque puedo adoptar más formas, si es preciso. Os lo advierto, no obstante: pese a ser un kandra, como imitadora dejo mucho que desear.

—¿Y nuestro objetivo? —preguntó Wayne, que había empezado a construir algo parecido a una casa con los finos posavasos de madera diseminados por toda la taberna, equilibrándolos de costado.

—¿Paalm? —Las facciones de MeLaan recuperaron la normalidad—. Era una de las mejores. De todos los kandra que conozco, solo TenSoon la supera.

—Pero cabe esperar que se muestre errática —dijo Wax—. Ha enloquecido. Eso debería ayudarnos a desenmascararla, ¿verdad?, por mucho que se disfrace.

—Es posible —repuso con una mueca MeLaan. Cogió unos cuantos posavasos y empezó a levantar una torre a su vez—. Paalm es buena, y la imitación… en fin, para nosotros es algo innato, sobre todo para los kandra más antiguos, los que estaban en activo durante los últimos días del Imperio Final. Algunos de ellos carecen incluso de personalidad propia; no saben vivir si no es bajo la apariencia de otra persona.

—Lo dices como si esa idea te pareciera inquietante —replicó con curiosidad Wax.

—Soy joven —dijo MeLaan, encogiéndose de hombros—. Nunca tuve que trabajar a las órdenes del lord Legislador. Siempre he estado al servicio de Armonía, que, por lo general, parece un tipo decente.

Curiosa manera de referirse a una divinidad. Wax miró de reojo a Marasi, que se limitó a enarcar una ceja y encogerse de hombros. A su alrededor, las conversaciones de los clientes de la taberna formaban un murmullo ronco, cargado de vitalidad y entusiasmo. Wax y los demás se habían instalado en un compartimento algo apartado del resto. La cálida luz de gas era más acogedora, de alguna manera, más animada que la iluminación eléctrica de la mansión.

—De acuerdo —le dijo Wax a MeLaan—. Hablemos de lo que puede hacer Sangradora. Y de cómo matarla.

—No hace falta matarla —se apresuró a matizar MeLaan, que estaba construyendo la segunda planta de su torre. Lanzó una miradita de soslayo a Wayne, el cual ya había terminado el tercer nivel de su construcción—. Bastaría con quitarle el punzón que le queda, con lo que básicamente la dejaríais inmovilizada. Está desorientada; podremos encargarnos de ella cuando la tengamos bajo nuestra custodia.

—¿«Desorientada»? —dijo Wax—. Asesinó a un sacerdote clavándolo a la pared por los ojos.

La sonrisa de MeLaan se borró de sus labios.

—Solo tiene una púa. No piensa con claridad.

—Ya —insistió Wax—, pero la otra se la quitó por voluntad propia, ¿no?

—Eso creemos —reconoció MeLaan—. Somos más débiles que otras criaturas hemalúrgicas. Basta con dos púas para someternos. Así que eliminó una.

—Quería libertad para asesinar. No está «desorientada», MeLaan. Es una psicópata con un potencial devastador. Dime cómo puedo acabar con ella.

MeLaan exhaló un suspiro.

—El ácido funciona, pero es muy poco práctico. Si le aplastas el esqueleto, le costará moverse, así que esa podría ser una opción. Las balas no servirán de nada, como tampoco casi cualquier otra forma de daño

físico. La púa es la clave. Extraedla y revertirá a su estado original. Será lo más eficaz.

—Su estado original —repitió Marasi—. Un espectro de la bruma.

MeLaan asintió con la cabeza.

Wax tamborileó con los dedos encima de la mesa, pensativo.

—Para sacarle el punzón, seguramente antes tendría que inmovilizarla. Pero, si ya está maniatada, ¿de qué serviría extraer esa púa?

—Waxillium —dijo MeLaan, inclinándose hacia delante—, ¿eres consciente de la amenaza a la que te enfrentas? Paalm fue adiestrada por los antiguos y sirvió al mando del lord Legislador en persona. A sus órdenes sofocó rebeliones y arrasó reinos enteros, y está íntimamente familiarizada con los entresijos de la hemalurgia. Según tus propias palabras, ha aprendido a utilizar los punzones para conferirse la habilidad de practicar tanto la alomancia como la feruquimia… algo que creíamos que era imposible. Si la capturas, lo más probable es que no consigas retenerla por mucho tiempo. Extrae esa púa.

Wax sintió un escalofrío.

—Vale —dijo—. Lo haré.

—Herrumbres —musitó Marasi—. Pensaba que no querías intimidarnos.

—¿Yo? —dijo el kandra—. Pero si soy inofensiva. —Llamó por señas a la camarera y señaló su jarra—. Estoy mucho menos loca que Paalm.

—Estupendo. —Wax miró a Wayne de reojo—. Pareces preocupado.

—¿Quién, yo? —El muchacho completó el cuarto nivel de su torre—. Perdona. Estaba pensando en cuál sería la mejor manera de conseguir que todos los habitantes de la ciudad se emborracharan.

—Me… No voy ni a preguntar. —Al ver que todos estaban jugando con los posavasos, Wax agarró unos cuantos cuando una de las posaderas soltó otro puñado encima de la mesa y empezó a construir su propia torre—. Bueno, lo de extraer el punzón. ¿Cómo?

—Lo más fácil sería avisarme —dijo MeLaan—. Yo puedo quitárselo. Pero si no estoy disponible, no me esperéis. Partidle los huesos, empezad a sacárselos y, tarde o temprano, encontraréis la púa. No apto para estómagos sensibles, eso sí.

«Genial».

—¿Existe alguna manera de distinguir a los kandra? ¿Marcas de heridas? ¿Muestras de sangre?

MeLaan rebuscó en uno de sus bolsillos.

—Cuando cambiamos de forma, encajamos en ese cuerpo y somos esa persona. Sangramos si nos cortan, y si nos arrancáis un dedo, nuestras huellas dactilares seguirán siendo la del ser al que estemos imitando. Incluso a otro kandra le costaría detectar a un duplicado. ¿No has leído la Histórica?

—Varias veces —dijo Wax—, pero las secciones que hablan sobre los kandra son bastante aburridas.

—Sospecho que debería sentirme ofendida por eso.

—Eso es porque no has bebido lo suficiente —terció Wayne. Cinco pisos. Wax sacudió la cabeza y se concentró en la construcción de su segundo nivel.

—En cualquier caso —continuó MeLaan—, localizar a otros kandra antes era un problema. Así que decidimos hacer algo al respecto, por si las moscas. Los más dotados para la ciencia de entre nosotros desarrollaron esto.

Deslizó algo encima de la mesa. Un par de agujas, aproximadamente tan largas como ancha es la palma de la mano de una persona, acopladas a unas jeringas metálicas. Wax cogió una.

—Inyéctale eso a un kandra —explicó MeLaan—, y el líquido de su interior provocará que su forma se tambalee durante unos instantes. La piel se transparenta fugazmente, desvelando quién es en realidad.

—Chachi —dijo Wayne.

—Solo hay un problema —continuó MeLaan—. Si pincháis con esto a alguien que no sea un kandra, morirá.

—Qué inoportuno —dijo Marasi, examinando la otra.

—Pues sí. Estamos puliendo esa parte. Esto es como último recurso, evidentemente, pero la dejará incapacitada un momento. Si queréis descubrir a Paalm antes de utilizar el suero, podéis probar a pillarla en una mentira. No poseerá los recuerdos de la persona a la que esté imitando. Y a

la inversa, si veis que alguien que no sea un nacido del metal utiliza alguna habilidad, eso también lo delatará.

—Sospecho —dijo Wax— que si emplea sus poderes en mi presencia, puedo darme por muerto.

El grupo guardó silencio. Wax recogió las dos jeringuillas y las guardó en la bolsa de su canana. Marasi garabateó algo en una libreta, transcribiendo la conversación; tendría que pedirle una copia. La camarera dejó otra ronda encima de la mesa, sin pedirles ningún pago a cambio. ¿Qué habría hecho Wayne aquí antes de que ellos llegaran? A Wax le daba miedo preguntarlo.

«¿De qué sirve esto?», pensó, frustrado, dejando que su torre de posavasos se desmoronara. ¿Un arma que solo podría utilizar cuando supiera sin sombra de duda quién era el impostor? Se le antojaba insuficiente. Sangradora podía ser cualquiera. Sangradora podía manifestar todos los poderes. Sangradora era anciana, brillante y artera…

—Tiene un plan —dijo Wax—. No está «loca», sin más. Hay algo más.

—Sigues empeñado en cargártela —suspiró MeLaan.

—Si no me deja otra alternativa. ¿Por qué dudas tanto? Pensaba que los kandra, más que nadie, estarían decididos a resolver este problema por todos los medios.

—No es un «problema» —dijo MeLaan—. Es una persona. Sí. Quiero detenerla. Es imprescindible pararle los pies. Pero… —Se recostó contra el respaldo de la silla y le dio un golpecito con el dedo a su pequeña torre de posavasos para derribarla—. Quedamos muy pocos. Diablos, nunca fuimos más de quinientos o seiscientos, y perdimos a muchos en los días previos a la Ascensión Final. Imagínate que toda tu especie consistiera en trescientos individuos, vigilante. Quizá tú también dudarías un poco más antes de eliminar a uno de ellos.

—La especie a la que pertenezca uno es irrelevante —se encrespó Wax —. Me da igual que quedéis trescientos o tres. Cuando uno de los vuestros empieza a clavar a la gente a la pared en mi ciudad, me…

—Wax —lo interrumpió Wayne, cuya torre de posavasos presumía ya de ir por la sexta planta—. Controla esa taquicardia, compañero.

Wax respiró hondo.

—Lo siento —dijo.

—¿A qué viene eso de la taquicardia? —preguntó Marasi, utilizando el lapicero para apuntar a Wayne, primero, y después a Wax.

—A veces —le explicó el muchacho—, a Wax se le olvida que es una persona y empieza a comportarse como si fuese una roca.

—Cosas de Wayne —dijo Wax, cogiendo unos cuantos posavasos y empezando otra torre—. En su idioma, significa que debería mostrar más empatía.

—Reconoce que a veces te vuelves un poco obsesivo.

—Dijo el que una vez se propuso coleccionar ochenta botellas de cerveza distintas.

—Ah, sí. —El recuerdo dibujó una sonrisa beatífica en los labios del joven—. Aunque aquello lo hice más que nada por fastidiarte, ¿sabes?

—Me tomas el pelo.

Wayne sacudió la cabeza.

—Llegó un momento en el que ya no podía ni ver aquellas herrumbrosas botellas, pero todas las mañanas te deshacías en juramentos cuando tropezabas con otra caja de ellas, y se te pone una voz tan melodiosa cuando maldices…

—¿Sabéis? —MeLaan pegó un trago de cerveza—. Vosotros dos sí que no sois para nada como dan a entender las historias.

—Dímelo a mí —convino Marasi.

—Para empezar —añadió el kandra—, ignoraba que Wayne *el Niño* tuviera tanto talento para erigir estructuras con posavasos.

—Ha hecho trampa —protestó Wax—. Los de la base están pegados con lo que sea esa cosa que le ha dado por mascar a todas horas.

Marasi y MeLaan se volvieron al unísono hacia Wayne, que esbozó una sonrisa de oreja a oreja mientras levantaba su torre. Solo los niveles superiores se desmoronaron, desvelando que los tres primeros estaban, en efecto, unidos entre sí.

—Wayne —dijo Marasi, patidifusa—. ¿Tanto te importa impresionarnos?

—No se trata de impresionar a nadie —le explicó Wax—. La competición no consistía en ver qué altura alcanzaban las torres… sino en

que yo me diera cuenta de que nos estaba engañando. Siempre hace trampas, de un modo u otro. Volviendo a lo de antes, MeLaan, tu amiguita kandra desbocada está tramando algo. Como su plan coja velocidad, nos apisonará y arrasará la ciudad.

—Estoy de acuerdo —dijo MeLaan—. ¿Qué vamos a hacer?

—Ser más listos que ella. Necesito conocer sus fines. ¿Por qué hace esto? ¿Qué la impulsó a arrancarse el punzón?

—Ojalá lo supiera. Nosotros también hemos intentado averiguarlo.

—Háblame de ella, entonces —dijo Wax, tamborileando con los dedos sobre su vaso de chupito vacío—. ¿Cómo es? ¿Cuáles son sus pasiones?

—Paalm era la pizarra en blanco definitiva —comenzó MeLaan—. Un kandra a la antigua usanza. Como decía antes, ha pasado tanto tiempo embarcada en una u otra misión que, al final, apenas si le queda personalidad propia. Eso le planteó serios problemas cuando llegó el amanecer de un nuevo mundo. A los de las antiguas generaciones les gusta pasar todo el tiempo posible en la Tierra Natal, solo se van cuando los obligan sus órdenes. Pero Paalm, no. Era uno de los kandra reservados específicamente para cumplir la voluntad del lord Legislador. —Titubeó antes de continuar—. Él podría haberle enseñado cosas. Cosas que a los demás no nos ha contado nadie. Creo que, en ocasiones, su señor podría haberle ordenado incluso que suplantara a algún inquisidor para actuar como topo entre ellos.

»Fuera como fuese, jamás habría conseguido hacerse pasar por uno de los inquisidores sin poseer un dominio más que aceptable de la alomancia y la feruquimia. Por tanto, quizá sea ese el origen de sus conocimientos. Era leal al lord Legislador, y cuando este desapareció, se convirtió en leal a Armonía. Fanáticamente leal. Insistía en llevar a cabo una misión tras otra y no pasaba nada de tiempo con el resto de nosotros. Era muy reservada. Siempre estaba metida en su papel. Hasta que…

—Hasta que le dio por cometer una carnicería indiscriminada —murmuró Wayne—. Es lo que pasa siempre con los más calladitos. Bueno, y con los psicópatas. Con ellos también pasa a menudo.

«Bueno, ¿qué puede extraerse de esto? —pensó Wax, abandonando su pequeña torre con tres plantas de altura—. ¿Cómo abordaría este caso si me

enfrentara a cualquier otro delincuente?».

MeLaan se quedó recostada un momento, como si estuviera absorta en sus pensamientos, y lanzó un posavasos contra la torre de Wax, que se desmoronó. Soltó un gruñido.

—¿Qué? —dijo Wax.

—Sentía curiosidad por saber si tú también estabas haciendo trampas.

—Wax nunca hace trampas —replicó Wayne, con media cara hundida en su jarra. Wax no había conseguido averiguar todavía cómo se las apañaba para beber y hablar al mismo tiempo, sin atragantarse.

—Eso es incorrecto. Sí que las hago, pero rara vez. Por eso nadie se lo espera. —El vigilante se puso de pie—. ¿Se te ocurre alguna razón por la que Sangradora haya escogido ensañarse con el gobernador en particular?

MeLaan negó con la cabeza.

—¿Alguno de los otros kandra la conoce mejor que tú?

—Quizás entre los antiguos… Intentaré que uno de ellos hable contigo.

—Bien. Pero antes quiero que vigiléis al gobernador, los tres.

—Antes de personarme en la comisaría —dijo Marasi—, quiero acabar unos asuntos pendientes.

—De acuerdo. Wayne, dirígete primero a la mansión del gobernador.

—Me dio esquinazo la última vez.

—No volverá a hacerlo —le aseguró Wax—. Lo he convencido para que escuche, aunque necesitaremos que se reúna con MeLaan lo antes posible.

—Vale, está bien —dijo Wayne—. Tampoco es que tuviera otros planes para esta noche, como, no sé, dormir ni nada de eso.

—Me temo que el sueño va a convertirse en un bien escaso a partir de ahora.

—¿Quieres que lo acompañe, Disparo al Amanecer? —preguntó MeLaan.

—Depende. Marasi, ¿quieres refuerzos?

—Sí, por favor —respondió la muchacha.

—Vigílala —dijo Wax, inclinando la cabeza en dirección a Marasi—. Tampoco estaría de más que Aradel entreviese tu verdadera naturaleza. Ya va siendo hora de que sepa a qué nos enfrentamos.

—Ya presiente algo —observó Marasi—. Aunque estoy segura de que agradecería cualquier prueba para respaldarlo.

Wax soltó un gruñido. Él no le había ordenado que hiciera eso.

—Date prisa con los recados —le pidió—. Y reúnete con el gobernador. Quiero más de un par de ojos pendientes de él. Y, antes de que nos separemos, intercambiaremos una contraseña por cada pareja, individual y desconocida para los demás, para que podamos identificarnos los unos a los otros. He hecho lo mismo con el gobernador y su personal de confianza. —Armonía, esto iba a ser una pesadilla.

—Vigilar al gobernador no será suficiente, Wax. —Marasi se levantó de la mesa—. Tú mismo lo has dicho. No se muestra muy participativo. ¿Qué más podríamos hacer?

—Ya se me ocurrirá algo.

Cuando todos se hubieron puesto de pie, Wax agarró a Wayne por el brazo y se lo llevó a rastras hasta la barra, para cerciorarse de que no hubiera ninguna cuenta pendiente con el dueño del local. Le sorprendió comprobar que Wayne había pagado todo cuanto le correspondía. Camino de la puerta, Wax le explicó a su amigo la idea que se le había ocurrido para proteger al gobernador.

Se dirigieron a la entrada de la taberna, donde MeLaan los esperaba mientras Marasi arrancaba su mole de motocarro. Wayne se alejó en busca de un carricoche que lo llevara a la mansión del gobernador, y Wax tomó al kandra del brazo.

—Odio esto —murmuró, bajando la voz para evitar que lo oyera el portero—. Ser incapaz de confiar en las personas en las que siempre debería poder hacerlo. Tener que poner incluso mis propias decisiones en tela de juicio.

—Ya… Pero saldrás de esta. Él no habría apelado a ti sin motivo. —MeLaan se acercó un poco más. Herrumbres, sí que era atractiva; por otra parte, dadas las circunstancias, lo extraño sería que no lo fuera—. Tú y yo no somos los únicos que andamos tras el rastro de Paalm, vigilante. Todos los kandra de la ciudad le siguen la pista. La cuestión es que sospecho que no todos mis hermanos y hermanas van a sernos de ayuda. Se muestran reacios a lastimar a los otros, sobre todo después de lo que TenSoon se vio

obligado a hacer durante la Insigne Duplicidad. Además, aparte de eso, forman un grupo… heterogéneo.

—Son los siervos de Dios.

—Sí, y han tenido siglos y más siglos para refinar sus excentricidades. Envejecer no lo suele volver más normal a uno, permite que te lo diga. No pensamos como asesinos. Nuestro contacto con Armonía ha sido demasiado estrecho. Nos desconciertan las acciones de Paalm. Atentan contra todo aquello en lo que hemos creído y por lo que hemos vivido durante siglos. Me extrañaría que consiguiéramos encontrarla a tiempo. Pero tú… tú sí que puedes.

—Porque pienso como un asesino.

—No es lo…

—No te preocupes —dijo Wax, soltándole el brazo—. Soy lo que soy. —Descolgó su gabán de bruma del perchero que había junto a la puerta y se lo puso antes de salir a la noche—. Gracias, por cierto —añadió.

—¿Por?

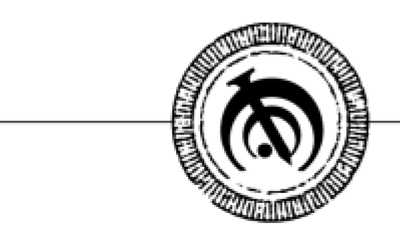
Wax se dio un golpecito con el dedo en el lóbulo de la oreja, perforado por su pendiente.

—Por esto.

—Hice de chica de los recados, nada más.

—No importa. Era lo que necesitaba. Cuando lo necesitaba. —Wax soltó un casquillo de bala, que empezó a rodar por el suelo. Le puso un pie encima para detenerlo—. Os veré a todos en la mansión del gobernador.

14



Si quieres conocer a una persona, escarba en los rescoldos de su fogata.

Era un dicho de los Áridos, casi con toda seguridad de origen koloss. Significaba, a grandes rasgos, que lo que alguien tiraba servía para hacerse una buena idea de cómo era su vida… o de lo que estaba dispuesto a quemar con tal de no pasar frío.

El reloj de un campanario dio las once con estruendo mientras Wax recorría las brumas a grandes saltos, impulsándose con su alomancia. El sonido despertó ecos en la noche, aun oculta en la oscuridad como estaba la iglesia. Las once no era una hora intempestiva en los tiempos que corrían, y menos en el corazón de la ciudad, pero para la mayoría de la gente debería señalar el momento de acostarse. A la mañana siguiente habría que madrugar mucho para ir al trabajo.

Solo que, de un tiempo a esta parte, una considerable proporción de los habitantes de la ciudad carecían de trabajo al que acudir a diario. Esto se reflejaba en las calles, bulliciosas, y en las tabernas, aún más llenas de gente; por no mencionar los salones de aplacimiento que le salían al paso, abiertos hasta altas horas de la madrugada. Allí era donde los corazones afligidos buscaban otro tipo de consuelo, en forma de alomantes que —por un módico precio— les borraban temporalmente las emociones, insensibilizándolos.

Los salones de encendido eran harina de otro costal. Allí, uno podía elegir la emoción que quisiera y pedir que se la infundieran. Esos locales

debían de estar bastante más solicitados, a juzgar por la cola que vio ante la puerta de uno de ellos.

Wax se demoró en una azotea, a la escucha, y reemprendió la marcha tras oír unos gritos. Cruzó el tejado corriendo, empujó contra los clavos de las tablillas y se impulsó sobre un conjunto de apartamentos, sobrevolándolo sin hacer ruido antes de aterrizar en la calle.

Allí encontró un pequeño santuario caminante. No era la iglesia cuya campana había oído antes; las estructuras de los caminantes eran demasiado pequeñas para eso. Construidas a imagen y semejanza de las antiguas cabañas de Terris, a menudo estaban vacías salvo por un par de sillas. Una para el creyente; otra, supuestamente, para Armonía. La religión prohibía adorar a su Dios de forma convencional, pero animaba a sus fieles a conversar con Él.

Esta noche, el santuario estaba siendo asediado.

Vociferaban y lanzaban piedras: un grupo de sombras en la niebla, probablemente borrachos. Wax podía distinguirlos sin problemas; las noches de bruma nunca eran demasiado oscuras en la ciudad, no con toda la luz ambiental que se reflejaba en los vapores.

Desenfundó a *Vindicación* y avanzó con sigilo, ondeando tras él los faldones de su gabán de bruma. Su perfil fue suficiente. El primero de los asaltantes que lo divisó surgiendo de entre la niebla avisó al resto con un alarido y los hombres se dispersaron, abandonando tras ellos los detritos de su diminuto disturbio. Piedras desperdigadas por el suelo. Unas cuantas botellas. Wax se fijó en las líneas de metal para cerciorarse de que nadie intentara dar la vuelta y acercarse a él por la espalda. Uno de los alborotadores se detuvo a escasa distancia, pero no se aproximó.

Sacudió la cabeza mientras entraba en el santuario. Encontró a la misionera, una terrisana con el cabello intrincadamente trenzado, acobardada en un rincón. El clero caminante era muy peculiar. Por una parte, la religión enfatizaba la conexión personal de cada uno de sus adeptos con Armonía: hacer el bien, sin formalidades. Por otra, la gente necesitaba una guía. Alguien que pudiera explicárselo todo. Los misioneros caminantes —denominados sacerdotes por los profanos, aunque ellos rara vez emplearan ese término— se instalaban en sitios como ese para iluminar

el Camino a todo el que lo deseara. Un clero, sí, pero no en el sentido tradicional que entendían los supervivencialistas.

Siempre le había parecido curioso que los pequeños santuarios de los caminantes —con grandes puertas en sus ocho laterales— permitieran que entrasen las brumas, mientras que en las iglesias de los supervivencialistas se observaban tras cúpulas de cristal, desde la comodidad de sus ornamentadas salas repletas de estatuas doradas y bancos de madera noble. La mujer levantó la cabeza cuando Wax se arrodilló junto a ella; olía a aceite. Había una lámpara rota en el suelo, cerca de allí.

—¿Está bien?

—Sí… sí. Gracias.

La mirada de la mujer se posó en la pistola. Fiel a sus principios, Wax se resistió a enfundarla.

—Lo mejor sería que se retirase ya para pasar la noche.

—Vivo en el ático, arriba.

—Entonces vaya a la Aldea. Mejor aún, reúna a todos los colegas suyos que pueda y lléveselos también. Ha fallecido un sacerdote supervivencialista, asesinado brutalmente por alguien que se hace pasar por misionero caminante.

—Dulce Armonía —murmuró la mujer.

Wax la dejó recogiendo sus cosas y, con suerte, dispuesta a seguir su consejo. Volvió a internarse en la noche, siguiendo un puñado de líneas de metal que apuntaban al escondite del hombre al que había ahuyentado antes. Al amparo de las brumas, escudriñó el lóbrego callejón, dejó caer un casquillo y se impulsó por los aires. Un empujón calculado lo depositó justo enfrente de la persona que allí se ocultaba, contra cuya cabeza apuntó la pistola en cuanto hubo aterrizado.

El desconocido se ensució los pantalones de inmediato, a juzgar por la peste que emanaba de él y por el charco que empezaba a formarse a sus pies. Wax levantó a *Vindicación* con un suspiro. El joven trastabilló de espaldas y tropezó con una caja de desperdicios, por si aún no hubiera sufrido humillación suficiente.

—Dejad en paz a la misionera —dijo Wax—. Ella no tiene nada que ver con el asesinato.

El muchacho asintió con la cabeza. Wax soltó un nuevo casquillo de bala y se dispuso a elevarse de nuevo por los aires.

—¿Q-qué asesinato? —preguntó el joven.

—El de… —Wax se quedó pensativo—. Espera. ¿Por qué estabais atacando el santuario?

—Entraron en la taberna —sollozó el muchacho—, dos personas vestidas con el manto de los caminantes, y se pusieron a lanzar maldiciones contra el Superviviente y contra nosotros.

—¿Dos? —Wax se acercó al joven, provocando que este diera un respingo—. ¿Había más de uno?

El muchacho asintió con la cabeza, llorando; retrocedió atropelladamente y se perdió corriendo en la noche. Wax dejó que se fuera.

«Tendría que habérmelo imaginado —pensó mientras se elevaba por los aires—. Era imposible que la noticia del asesinato se hubiera extendido tan deprisa». Aquella muerte formaba parte de un complot más ambicioso. Herrumbres. ¿Correrían peligro más sacerdotes?

Dos personas. ¿Sangradora y alguien más? ¿O dos cómplices? MeLaan se había mostrado segura de que Sangradora actuaba en solitario, pero esto parecía demostrar lo contrario. Además, el anterior intento de asesinato dirigido contra Wax, la maquinación en la que había participado el criado de la Torre ZoBell, encajaba demasiado bien con sus sospechas como para tratarse de una mera coincidencia. Alguien estaba ayudando a Sangradora, posiblemente el tío de Wax. Lo investigaría más tarde. Por ahora, sin embargo, quería seguir otra pista.

No tardó en llegar al sitio que buscaba: Carruajes y Diligencias Fornalla, un descampado sito en la vertiente septentrional del octante, donde se almacenaba una flota de modelos de distintos vehículos. Lujosos landós descapotables. Calesas convencionales, de tapicería y maderas menos refinadas, orientadas a la clientela más modesta. Unos cuantos faetones con el toldo de volantes.

El vehículo más habitual, con diferencia, de todo el aparcamiento era el carruaje convencional: de cuatro ruedas, habitáculo completamente cerrado para los pasajeros y pescante en la parte delantera superior para el conductor. En la ciudad los llamaban *barringtons*, en honor de lord

Barrington, y si bien los colores que lucían variaban enormemente de uno a otro, su estilo se regía por unos estándares bien definidos. Los carruajes que utilizaba Wax, por ejemplo, también eran barringtons.

Contó siete aparcados en fila, todos ellos iluminados por lámparas eléctricas montadas en unos puntales tan altos que iluminaban el descampado entero y los edificios adyacentes, grandes y achaparrados. Los establos, por supuesto, como constató enseguida su olfato. Todos los carruajes de la compañía Fornalla estaban pintados de un negro lustroso, el color habitual de los taxis de la ciudad, y el escudo circular que ostentaban en los laterales los proclamaba como legado de la familia Cett.

Un escudo plateado. El mismo tono que las rozaduras habían impreso en los ladrillos del callejón que había junto a la iglesia. Lo más probable era que Sangradora hubiese huido en un carricoche idéntico a estos; un carricoche cuyo conductor tendría órdenes de esperar mientras el kandra asesinaba al sacerdote.

Wax inspeccionó todos los vehículos, uno por uno, deslizando los dedos por los escudos pintados de plata de los laterales. Ni un rasguño.

—¿En qué puedo ayudarle? —atronó una voz seca.

La vista de acero de Wax detectó que una persona se aproximaba siguiendo la fila de vehículos. Aunque no empuñaba ningún arma, iluminaban su figura los botones de su abrigo, el cambio que llevaba en el bolsillo y el reloj de su chaleco. Los alfileres del cuello de su camisa —unos trazos breves y finos— contribuyeron a que Wax estimara aproximadamente su altura.

Se volvió hacia el sonido. El hombre resultó ser un tipo rechoncho, uniformado con un traje de largos faldones que lo identificaba como el dueño del negocio. Wax había conocido a varios Cett en su época. Nunca había hecho buenas migas con ninguno de ellos. Gordos o flacos, sin blanca o adinerados, todos lucían la misma expresión calculadora, como si estuvieran esforzándose por adivinar de cuánto dinero estaría dispuesto a deshacerse su interlocutor.

Los ojos de este Cett se posaron en la vestimenta de Wax, arrugada, pasada por agua y sin el pañuelo para el cuello de rigor. Eso, combinado con su guardapolvo, no debía de conferirle un aspecto muy distinguido; las

facciones del hombre se endurecieron. Después reparó en los faldones de su gabán.

Su porte experimentó un cambio instantáneo. Su lenguaje corporal pasó del «aparta tus sucias manos de mis carruajes» al «tiene usted pinta de no importarle pagar un suplemento a cambio de que los cojines sean de terciopelo».

—Mi señor —dijo, con una inclinación de cabeza—. ¿Desea alquilar un coche para esta noche?

—¿Me conoce?

—Waxillium Ladrian, creo.

—Bien. —Wax rebuscó en el bolsillo y extrajo una tarjeta de acero, grabada por una cara. Sus credenciales, prueba de que era alguacil—. Estoy realizando una investigación para la comisaría. ¿Cuántos carruajes como estos posee? —Inclinó la cabeza en dirección a los vehículos aparcados.

Cett se quedó demudado al darse cuenta de que no era probable que Wax fuese a pagarle por nada esta noche.

—Veintitrés —respondió el hombre, al cabo.

—Muchos deben de estar aún de servicio —dijo Wax—. Con lo tarde que es.

—Trabajamos mientras haya personas que quieran viajar de un sitio a otro, alguacil. Y, esta noche, a la gente le apetece salir.

Wax asintió con la cabeza.

—Necesito una lista con todos los conductores que estén aún de servicio, sus rutas y el nombre de los clientes que hubieran acordado recoger hoy.

—Por supuesto. —Cett pareció tranquilizarse mientras guiaba a Wax hasta un pequeño edificio ubicado en el centro del descampado. En ese momento llegó un carruaje (sin rasguños en los laterales), tirado por un par de caballos empapados de sudor, cabizbajos y con el bocado salpicado de espumarajos. También los animales debían hacer horas extra, al parecer.

Una vez dentro del edificio, Cett levantó unos informes del escritorio. «Demasiado solícito», pensó Wax mientras el hombre se apresuraba a ofrecérselos. Cada vez que alguien se mostraba excesivamente ávido por colaborar con las autoridades, a Wax le entraba el tic en el ojo. De modo

que se tomó su tiempo en revisar las listas, sin perder a Cett de vista mientras lo hacía.

—¿Qué porcentaje de sus recogidas son espontáneas y qué porcentaje se reservan con antelación?

—Para los coches negros, mitad y mitad —dijo Cett—. Los vehículos descubiertos funcionan más bien sobre la marcha. —Tenía cara de saber jugar a las cartas, pero estaba inquieto por algo. ¿Qué ocultaba?

«Siempre sospechas de todo el mundo —se reconvino Wax, pasando las páginas—. Concéntrate en lo que tienes entre manos».

Volcó toda su atención en la lista, esperando que Sangradora hubiese decidido alquilar un vehículo para que la recogiera a fin de garantizar su huida, en vez de confiar en detener uno de paso a tiempo en la calle. De uno u otro modo, encontrar a quien la hubiera llevado le sería de utilidad. Revisó los informes, fijándose en los conductores que aún no hubieran terminado el turno de noche. Todos habían realizado alguna carrera contratada de antemano a lo largo de la jornada, pero solo tres lo habían hecho a la hora aproximada del asesinato. Y dos de ellos habían transportado a sendos clientes habituales que contaban con un largo historial de viajes en su haber.

Eso los eliminaba a todos salvo a uno. Alguien había solicitado que lo recogieran en el cuarto octante para dar «un paseo a discreción», lo que significaba que el vehículo debería circular durante tanto tiempo como deseara el cliente. El nombre que figuraba en la lista era Shanwan. Un término terrisano. Significaba «secreto».

—Necesito hablar con este conductor —dijo Wax, señalando con un dedo el nombre que figuraba en la lista. «Si es que todavía está vivo».

—Coche dieciséis —murmuró Cett, frotándose la barbilla—. Ese es el de Chapaou. A saber cuándo regresará; yo en su lugar no me quedaría esperándolo. Le puedo dejar un mensaje para cuando vuelva.

—Bueno —replicó Wax, sin moverse del sitio.

La puerta se abrió de golpe e irrumpió como una exhalación una chica vestida con pantalones y tirantes.

—¡Jefe! —exclamó—. ¡Partida de madrugada en Bonnweather! Necesitarán vehículos.

—Ya hemos enviado coches a esa dirección.

—No habrá suficientes —dijo la joven—. Jefe, hay un montonazo de gente en las calles. Gente de a pie, de la que pone nerviosa a los ricos. Los jugadores querrán volver a casa en coche.

Cett asintió con la cabeza.

—Despierta a Jake y a Forgeron. Mándalos a ellos y a todos los demás que consigas levantar de la cama. ¿Algo más?

—Podrías enviar más vehículos, eso está claro, sobre todo cerca de las tabernas.

—Lanzamonedas —dedujo Wax de repente, fijándose en la bolsa de trocitos metálicos (chatarra, probablemente) que portaba la joven—. Utilizas mensajeros alomantes para rastrear las zonas más bulliciosas y enviar allí a tus conductores.

—¿Sorprendente? —preguntó Cett.

—Caro.

—Para ganar dinero, alguacil, antes hay que invertirlo. Y, como puede usted ver, estoy teniendo una noche de lo más ajetreada. Quizá podría dejar que me ocupe de mis asuntos, si le prometo…

—Lanzamonedas —repitió Wax, dirigiéndose a la muchacha en esta ocasión—. ¿Has visto el coche número dieciséis por ahí fuera? Supongo que tu jefe te habrá pedido que controles a los conductores y te asegures de que están haciendo su trabajo.

—¿Cómo…?

—Nadie contrata los servicios de una alomante para recibir simples informes de tráfico —la atajó Wax—. ¿El coche número dieciséis?

La muchacha lanzó una mirada de soslayo a Cett, que asintió con un ademán. Fuera lo que fuese que estaba ocultando, seguramente no estaba relacionado con este conductor en concreto. De hecho, lo más probable era que no tuviera nada que ver con Sangradora. Tan solo otra infracción de poca monta, de las de toda la vida.

«Al menos una alomante en nómina», pensó Wax.

—No he visto el dieciséis en las calles —dijo la joven, volviéndose hacia Wax—. Pero eso es porque Chapaou está en un salón de aplacimiento, en la calle del Decano. Su carruaje está aparcado en la esquina.

—¿¡En un salón de aplacimiento!? —se encrespó Cett—. ¡Pero si está de servicio!

—Ya lo sé —replicó la alomante—. Supuse que te interesaría saberlo.

—Hmm, vale —dijo Wax—. ¿Y qué hay del encendedor del equipo? ¿También está allí?

—Qué va —respondió la muchacha—. Está… —Dejó la frase inacabada, flotando en el aire, mientras palidecía. El silencio se apoderó de la estancia.

—Utilizando su alomancia emocional —concluyó Wax por ella— para alterar el ánimo de los clientes. Para encender a los transeúntes con los que se cruce, imprimiéndoles una sensación de fatiga o de apremio, predisponiéndolos a montar en el carruaje oportunamente aparcado justo en la acera de enfrente.

Cett puso cara de circunstancias. Sí, eso era. Uso flagrante de un encendedor para favorecer el negocio, contraviniendo el Acuerdo Alomántico del 94. La administración contaba con departamentos enteros que se encargaban de regular ese tipo de infracciones. Por suerte, si bien se trataba de un delito tipificado como de peligro, no era algo que preocupase a Wax en esos momentos.

—No tiene pruebas de… —empezó a justificarse Cett, pero se lo pensó mejor—. Hablaré con mi abogado. Para su información, nadie puede interrogar a mis empleados sin una orden judicial que…

—Cuénteselo al comisario —lo interrumpió Wax—. Seguro que no tarda nada en recibir noticias de él. De momento, necesitaré la descripción de este conductor suyo, junto con el nombre de cualquier animal de compañía que tenga a su cargo.

Marasi recorrió el mostrador cubierto de rifles, todos ellos acompañados por un casco de acero redondeado, una recia chaqueta plegada y una caja de munición. ¡Herrumbres! Ignoraba que la comisaría tuviera acceso a esta clase de arsenal.

—Bueno —dijo, volviendo la mirada atrás hacia MeLaan, que seguía sus pasos—, si algún señor de la guerra koloss decide volver a invadirnos,

estaremos preparados.

Un par de cabos, ambos varones, se encargaban de examinar las armas una por una para comprobar que se encontrasen en buen estado. Aunque a Marasi le pareció entrever más de un par de rostros ojerosos, la comisaría era un hervidero de actividad. No paraban de llegar cada vez más alguaciles, convocados para realizar horas extra. Conforme entraban por la puerta, la mayoría de ellos se detenían, al igual que había hecho ella, para contemplar el despliegue de rifles. Quizá fuera ese el motivo de que Aradel hubiera ordenado esa exhibición, a modo de sucinto recordatorio gráfico de lo peligrosa que estaba volviéndose la ciudad.

Marasi rodeó el mostrador principal y se internó en el espacio de oficinas que había detrás. Se cruzó con una muchacha que lucía los galones de cabo, la cual le ofreció una taza de té caliente. Olía fuerte, hervido al máximo para potenciar la concentración de teína. Probó un sorbo.

Como cabía esperar, sabía asqueroso. A pesar de todo, bebió un poco más. No iba a ponerse en ridículo solicitando una cucharadita de miel cuando todos los demás se dedicaban a trasegar aquel mejunje como si de una competición se tratase. MeLaan, convertida en su sombra, paseaba la mirada por la sala con genuino interés. El voluptuoso kandra atraía numerosas miraditas disimuladas. Bueno, y sin disimular. No era habitual que una despampanante mujer de metro ochenta se paseara por la comisaría vestida con pantalones y una camisa ceñida. Parecía disfrutar con la atención, a juzgar por las sonrisas que prodigaba a todos los hombres con los que se cruzaban.

«Pues claro que le gusta la atención —pensó Marasi—. De lo contrario, no habría elegido un cuerpo tan exquisitamente proporcionado». Estaba más claro que el agua. Después de todo, a efectos prácticos, MeLaan ni siquiera era humana.

—No esperaba encontrar tantas mujeres uniformadas aquí —observó el kandra—. Pensaba que serías una excepción.

—La comisaría es muy igualitaria —repuso Marasi—. La Guerrero de la Ascensión es un ejemplo a seguir para todas nosotras. No verás tantas como en, no sé, las oficinas de los procuradores, pero la profesión de alguacil no se considera poco femenina ni nada por el estilo.

—Claro, claro, lo entiendo. —MeLaan sonrió a un joven teniente mientras se dirigían a la parte de atrás de la comisaría, donde se guardaban los archivos—. Los seres humanos siempre me habían parecido bastante machistas, eso es todo. Consecuencia natural de vuestro dimorfismo sexual, por lo que dice VenDell.

—¿Y los kandra no son machistas? —preguntó Marasi, ruborizándose.

—¿Hmm? Bueno, teniendo en cuenta que el kandra macho con el que uno habla hoy podría decidir transformarse en mujer de la noche a la mañana, sospecho que tenemos un punto de vista distinto acerca de todo ese asunto.

El rubor de Marasi se intensificó.

—Exageras.

—No, en serio. Caray, sí que te pones colorada con facilidad, ¿no? Creía que esto te parecería algo natural, considerando que tu dios es prácticamente un hermafrodita a estas alturas. Bondadoso y malvado a la vez, Ruina y Conservación, luz y oscuridad, masculino y femenino. Etcétera, etcétera.

Llegaron a la puerta de la sala de los archivos, y Marasi se dio la vuelta para ocultar la turbación que la atenazaba. Ojalá pudiera encontrar la manera de superar su mojigatería.

—Armonía no es mi dios. Soy supervivencialista.

—Ah, claro —dijo MeLaan—, mucho más lógico. Adorar al que murió en vez de al que salvó el mundo.

—El Superviviente trascendió la muerte —replicó Marasi, mirando hacia atrás por encima del hombro, con la mano en el pomo de la puerta pero sin entrar todavía—. Sobrevivió incluso cuando lo asesinaron, adoptando el manto del Ascendente entre la muerte de Conservación y la Ascensión de Vin.

Herrumbres… ¿De veras iba a discutir sobre teología con una semidiosa?

MeLaan, sin embargo, se limitó a ladear la cabeza.

—¿Qué? ¿De verdad?

—Esto… pues sí. El mismo Armonía lo escribió de su puño y letra en las *Palabras de Instauración*.

—Vaya. Me las tendré que leer algún día.

—Pero ¿no has…? —Marasi parpadeó, perpleja, esforzándose por desentrañar los misterios de un mundo en el que los Inmortales Sin Rostro desconocían su propia doctrina.

—No dejo de proponérmelo. —MeLaan se encogió de hombros—. Pero nunca consigo encontrar un momento, no sé.

—Tienes más de seiscientos años.

—Esa es la pega de la eternidad, niña —dijo MeLaan—. Al final terminas convirtiéndote en una experta en el arte de procrastinar. Bueno, ¿vamos a entrar en esa habitación o no?

Exhalando un suspiro, Marasi se adentró en una sala repleta de archivadores y mesas enterradas bajo montañas de carpetas y pasquines. Obra de Aradel: el comisario aspiraba a estar al corriente de todo cuanto se decía y se escribía en la ciudad. Hasta la fecha, no había utilizado aquella colección más que para rastrear cualquier posible actividad delictiva que a sus hombres se les hubiera pasado por alto, pero Marasi tenía sus propios planes.

Lamentablemente, el alguacil Miklin —encargado de custodiar el registro— era amigo íntimo de Reddi. Cuando entraron MeLaan y Marasi, Miklin y las otras dos personas que trabajaban allí levantaron la cabeza, tan solo un instante, para volver a concentrarse de inmediato en los archivos que acaparaban toda su atención.

—¿Quién es la civil? —preguntó Miklin desde la esquina en la que estaba ubicada su mesa. ¿Cómo conseguiría ese hombre llevar el pelo tan tieso? Parecía casi una mata de hierba que brotara en vertical de una maceta.

—Una investigadora especial de otra jurisdicción —respondió Marasi —. La envía lord Ladrian.

Miklin aspiró con fuerza por la nariz.

—Intuyo que esta cacería de rumores infundados es obra tuya, ¿verdad? No había hecho más que llegar a la oficina esta noche cuando me enviaron aquí para buscar información sobre la rotura de la dichosa presa de las narices.

—¿Qué has averiguado? —preguntó Marasi, nerviosa, deslizándose entre dos grandes archivadores (apostados como centinelas por Miklin) para llegar a la mesa.

—Nada. Es un callejón sin salida. Una pérdida de tiempo.

—Me gustaría ver lo que hayas encontrado, de todas formas. Si no es demasiada molestia.

Miklin apoyó las manos encima de la mesa y, con voz meliflua, preguntó:

—¿Por qué estás aquí, Colms?

—Pensaba que Aradel te lo habría dicho. La rotura de la presa podría…

—No me refiero a eso, sino a qué haces aquí. En esta comisaría. Recibiste una oferta para unirte a la fiscalía del octante en calidad de adjunta, con carácter permanente, acompañada de una carta de recomendación firmada por el bufete. He visto los papeles. Y ahora… ¿qué? ¿De repente te dedicas a perseguir criminales? ¿Con una pistola de seis tiros al cinto como si vinieras de los herrumbrosos Áridos? La policía no funciona así aquí.

—Ya me he dado cuenta —replicó con aspereza Marasi—. Pero gracias por la información. ¿Qué has encontrado?

El hombre suspiró y usó el dorso de la mano para darle un golpecito a una de las carpetas.

—Herrumbrosa pérdida de tiempo —refunfuñó.

Marasi cogió la carpeta y se retiró entre los archivadores. Ojalá fuese Miklin el único al que debía enfrentarse, pero también los otros dos alguaciles dejaron clara su opinión sobre ella con sendos mohines de desdén. Marasi notó sus miradas furibundas clavadas en ella mientras salía con MeLaan de la estancia, abrazada a la carpeta.

—¿Por qué te tratan así? —preguntó el kandra.

—Es difícil de explicar.

—Suele pasar con la gente. Pero ¿por qué dejas tú que te traten así?

—Estoy trabajando en ello.

—¿Quieres que haga algo al respecto? Podría curarles todo ese cinismo de un susto, enseñarles que tienes amigos que…

—¡No! —dijo Marasi—. No, por favor. No es la primera vez que me enfrento a algo así.

MeLaan la siguió mientras apretaba el paso en dirección a su escritorio, frente al despacho de Aradel. Allí encontró a una alguacil desgarbada, con un pie plantado en su silla, con una taza de té en la mano y charlando con el hombre de la mesa de al lado. Marasi hubo de carraspear hasta en dos ocasiones antes de que la mujer —se llamaba Taudr, ¿no?— por fin se dignase mirarla, pusiera los ojos en blanco y se quitase de en medio.

Marasi se sentó. MeLaan acercó otra silla.

—¿Seguro que no quieres que…?

—No —se apresuró a atajarla Marasi, con los dedos clavados en la carpeta. Respiró hondo—. Por favor, no.

—Estoy convencida de que a tu amigo Waxillium no le importaría venir, pegar un par de tiros al aire y obligarles a dejar de ser tan vinagres.

«Ay, Superviviente, no», pensó Marasi, mareándose nada más que de imaginarse la escena. Era evidente, sin embargo, que MeLaan no pensaba dejar correr este asunto sin algún tipo de explicación.

—Empiezo a darme cuenta de que Waxillium es, en parte, el motivo de que me traten como lo hacen —dijo mientras abría la carpeta que había preparado Miklin—. La vida en la comisaría se rige por un sistema jerárquico. Los sargentos empiezan siendo cabos y se dedican a patrullar las calles durante diez o quince años, hasta que reciben su ascenso. Los capitanes empiezan siendo tenientes y, por lo general, pertenecen a nobles linajes. Muy de vez en cuando aparece algún sargento que consigue escalar hasta lo más alto, pero todos esperan que uno pase el tiempo que le corresponde en la base.

—Y tú…

—Me salté todo eso. Solicité… y me dieron… un puesto importante, como ayudante principal del comisario Aradel. Waxillium empeora las cosas, puesto que se me asocia con él. Es como un torbellino que lo deja todo patas arriba a su paso. Pero también es muy bueno en lo que hace y un noble de alta alcurnia, por lo que nadie se queja en voz alta. Yo, en cambio…

—No eres noble.

—No lo suficiente —admitió Marasi—. La estirpe de mi padre es modesta, y yo soy su hija ilegítima. Lo cual me convierte en el objetivo más accesible, puesto que Waxillium es intocable.

MeLaan se repantigó en la silla y paseó la mirada por la habitación.

—Fantasma siempre estaba con la misma cantinela, venga a repetir que la sangre que corriera por las venas de uno no debería tener más peso que sus aptitudes. La gente no debería sentirse amenazada por tus logros, sino impresionada. Diablos, tú misma has dicho hace un momento que la comisaría era muy igualitaria.

—Y lo es. De lo contrario, no habría conseguido la plaza. Pero eso no impide que mis compañeros me guarden rencor. Para ellos simbolizo el modo en que está cambiando el mundo, MeLaan, y a muchos el cambio los intimida.

—Hmm —musitó el kandra—. ¿Y en los escalafones más bajos también opinan lo mismo? Debería gustarles que hayas demostrado que los obstáculos están para sortearlos.

—La naturaleza humana no es tu fuerte, ¿verdad?

—¡Cómo que no! He estudiado e imitado a decenas de personas.

—Sospecho que, en tal caso —dijo Marasi—, tus conocimientos se limitan a algunos individuos en particular. Lo interesante de las personas es que, aunque parezcan únicas, en realidad siguen unas pautas muy amplias. En términos históricos, los integrantes de la clase obrera a menudo han demostrado ser más reticentes al cambio que la clase que los oprime.

—¿En serio?

Marasi asintió con la cabeza. Empezó a buscar unos libros en la pequeña estantería que había junto a su mesa, pero se detuvo. Este no era el momento oportuno. De hecho, cabía la posibilidad de que estuvieran siendo testigos de una de esas excepciones que confirman la regla ahí fuera, en las calles. Y la violencia, como casi siempre que el orden establecido da un vuelco, es inevitable. Como la caldera de una máquina de vapor taponada, sin vía de escape posible para la presión hasta que… todo salta por los aires.

A nadie le hacía gracia reconocer que le habían tomado el pelo. Los habitantes de Elendel creían estar viviendo de maravilla; siempre les habían contado que Armonía los había bendecido con una tierra fértil y rebosante

de riquezas. Pero, tarde o temprano, uno no podía por menos de preguntarse por qué todos aquellos cultivos tan asombrosos tenían que ser propiedad siempre de otro, mientras que tú debías deslomarte durante turnos interminables para alimentar a tus hijos.

Marasi se concentró en el contenido de la carpeta, donde se enumeraban las circunstancias que rodeaban las inundaciones del este. MeLaan se quedó recostada en la silla. Qué criatura tan fascinante, allí inmóvil, con la cabeza orgullosamente erguida, sosteniendo la mirada de todos cuantos se cruzaban con ella sin preocuparse en absoluto por lo que nadie pudiera pensar de su persona.

Miklin era irritante, pero no había dejado que sus prejuicios influyeran en su trabajo, el cual era meticuloso y pormenorizado. Había incluido varios informes policiales sobre la rotura de la presa y un parte firmado por el ingeniero contratado para investigar el problema, además de numerosos recortes de los periódicos de Elendel que se habían hecho eco de la catástrofe.

Y, lo más importante, una transcripción del reciente juicio contra el granjero responsable de la inundación, ya ejecutado. El saboteador afirmaba haber querido arruinar la cosecha de su vecino con un «accidente», pero se le había ido la mano con la dinamita.

El boquete que practicó en la presa era tan grande que había terminado por provocar el derrumbamiento de toda la estructura. El resultado: decenas de muertos y cultivos arrasados a lo largo y ancho de la región, provocando la actual escasez de trigo y otros cereales.

La defensa había llamado a declarar a varios testigos, según los cuales el acusado, un tal Johnst, llevaba algún tiempo exhibiendo una conducta errática. Aseguraban que estaba visiblemente trastornado. Y, cuanto más leía Marasi, mayor era su certeza de que, en efecto, aquel hombre estaba loco… porque en realidad se trataba de Sangradora.

—Fíjate en esto —dijo, pasándole una hoja a MeLaan.

Cuando hubo terminado de leer, el kandra refunfuñó:

—¿No recordaba el nombre de sus hijos durante el juicio?

—Prueba fehaciente de que alguien había suplantado a Johnst, ¿no te parece?

—Sí y no —respondió MeLaan—. A los de la vieja guardia se les da excepcionalmente bien interrogar a la gente y documentarse antes de adoptar una nueva forma. Ahora ya no hace falta que nos tomemos tantas molestias, puesto que casi todas las identidades que asumimos son de nuestra propia cosecha. Si esto fue obra de Sangradora, debía de tener mucha prisa. —El kandra señaló uno de los párrafos que ocupaban la parte inferior de la hoja—. Para prueba fehaciente, en mi opinión, esta de aquí.

Marasi se inclinó hacia delante para leer la sección indicada.

> Informe de la ejecución. El prisionero fue ahorcado hasta la muerte. Rehusó disfrutar de una última comida y exigió «acabar cuanto antes». Su tumba fue profanada dos noches después; las sospechas recaen sobre los familiares de quienes perdieron la vida en la inundación.

—Caray —musitó Marasi mientras recogía el informe. Todavía no había llegado a esa parte—. Pues sí. Conque escapó de su tumba, entonces. ¿En serio dejó que la enterraran?

—Sin lugar a dudas. Paalm es una perfeccionista.

—Entonces, ¿cómo se le olvidaría el nombre de los niños?

MeLaan sacudió la cabeza.

—Ni idea.

Fuera como fuese, esto debería bastar para convencer a Aradel.

—En marcha —dijo Marasi.

15



Si algo había aprendido Wax durante su estancia en los Áridos era que todo era susceptible de comercializarse. Aún recordaba su sorpresa la primera vez que vio a alguien vendiendo agua. ¿Quién era capaz de sacar dinero de algo que caía literalmente del cielo?

Ahora, más de veinte años después, lo que le parecía asombroso era que nadie en toda Elendel hubiera ideado aún la manera de aplicarles un impuesto a las colectas pluviales. Y lo mismo, pero multiplicado por dos, valía para la alomancia, aunque entre los más conservadores ya hubieran comenzado a alzarse algunas voces en contra de la creciente comercialización de las artes metálicas. Los feruquimistas de alquiler eran aquí mucho más escasos que los alomantes, debido tal vez a la veneración que profesaba a sus poderes la tradición terrisana.

Wax subió los escalones de un edificio que, en solitario, señoreaba sobre la calle de uno de los barrios más bonitos de la ciudad, aunque este fuese el lado oscuro de la avenida, por así decirlo. La construcción, de dos plantas, tenía las persianas bajadas, si bien las luces del interior les prestaban un cálido resplandor. En el camino de entrada, a su derecha, aguardaba un coche negro aparcado; el escudo plateado que lucía en uno de sus laterales estaba cubierto de rasponazos.

El aplacimiento lo bañó como una ola en cuanto hubo llegado a la puerta. Una sensación de placidez y serenidad, como si le estuvieran

anestesiando las emociones. Como si alguien intentara asfixiarlas empujando con un cojín contra ellas.

«Otro descuido —se reconvino—. Debería haberme puesto el sombrero». Su forro de aluminio podría servirle de ayuda en caso de que Sangradora tuviera acceso a una púa que le permitiese aplacar las emociones o inflamarlas a voluntad. En fin, tendría que ir a buscarlo más tarde. Empujó la puerta del edificio y entró en una habitación tenuemente iluminada por lámparas equipadas con fanales de color rojo. Varios hombres y mujeres languidecían recostados en los cojines que había desperdigados por el suelo, fumando puros o pipas de incienso, con la mirada perdida en el techo, pintado como una cristalera de relajante diseño abstracto.

La mayoría de los negocios habían cerrado ya, pero no los salones de aplacimiento. Visitarlos salía más caro que pasarse toda la noche en una taberna, pero sin efectos secundarios. O, para ser precisos, con otros efectos secundarios. Una mujer madura y corpulenta se acercó a él —tocada con un sombrero que, casi con toda seguridad, estaría revestido de aluminio—, probablemente para recaudar el precio de la entrada, pero Wax se limitó a mostrarle sus credenciales.

—Si crees que con eso puedes pasar gratis —dijo la dueña del establecimiento—, es que debes de ser nuevo en el cuerpo.

Wax respondió con una sonrisita adusta mientras guardaba la placa. El salón que regentaba la mujer era de segunda categoría. Aunque la actividad en sí no incumpliese ninguna ley —curiosamente, estaba permitido manipular las emociones de la gente siempre y cuando esta pagase por ello —, debía de estar acostumbrada a que los alguaciles se dejaran caer por allí de vez en cuando. Por una parte, este tipo de lugares solían atraer a quienes huían de algo; por otra, no era descabellado que los propietarios con menos escrúpulos se aprovecharan de sus clientes.

Ninguno de los presentes encajaba con la descripción de Chapaou, pero en los salones de aplacimiento acostumbraba a haber más de una habitación.

—Bajito —dijo Wax—, calvo. Se llama Chapaou, pero podría haber dado otro nombre.

La dueña del local asintió con la cabeza y, por señas, indicó a Wax que la siguiera mientras cruzaba la estancia, esquivando a las personas que haraganeaban recostadas en el suelo. El ambiente, lóbrego y cargado de humo, debería crisparle los nervios a Wax —esta clase de sitios eran terreno abonado para los accidentes o las emboscadas—, pero costaba sacudirse de encima el aplacimiento que flotaba en el aire, disolviendo las capas más superficiales de su inquietud para dejar al descubierto la sensación subyacente: su preocupación por Wayne y Marasi. Y, debajo de esta, una sorprendente frustración… rabia, incluso… dirigida contra Dios. Al cabo, también esas emociones se esfumaron aleteando, evanescentes, dejándolo hueco por dentro. No solo en calma, sino completamente vacío.

Nada le apetecía más que instalarse en uno de aquellos cojines, cerrar los ojos y exhalar un hondo suspiro de relajación. Sangradora podía esperar. Seguro que no intentaba matar a nadie más esa noche. Además, ¿qué más daba que lo hiciera? Lo más probable era que, de todas formas, Wax no llegase a tiempo para impedírselo.

Descubrió que aborrecía esa sensación. Estas emociones eran suyas: formaban parte integral de su ser. Eliminarlas no lo alegraba ni le ayudaba a olvidar nada. Tan solo le revolvía el estómago.

Apretó el paso, en un intento por animar a la dueña del establecimiento a darse prisa mientras salían de la sala de los cojines y se adentraban en un largo pasillo. Pasaron por delante de varias habitaciones más: una sala completamente blanca, con gente sentada en el suelo, con las piernas cruzadas. Otra sumida en la oscuridad, sin el menor atisbo de luz, apenas visibles sus ocupantes. Había incluso un cuarto con árboles pintados en las paredes, con el suelo cubierto de paja, a semejanza de las cabañas en las que se reunían los terrisanos. En esta vio a un solo hombre, sentado en la única silla que había, con los ojos cerrados.

La propietaria condujo a Wax a la planta de arriba. Quizás el ocupante de la habitación terrisana fuese uno de los aplacadores; era de esperar que el salón contase al menos con uno, en alguna parte, proyectando una pequeña burbuja de aplacimiento. En teoría, las paredes de este tipo de establecimientos deberían estar revestidas de aluminio, a fin de que las emanaciones de alomancia emocional no se propagaran por todo el

vecindario, pero el cumplimiento de esta normativa no se regulaba de forma estricta.

Ya en el segundo piso, la mujer lo llevó a una habitación de reducidas dimensiones, sin más decoración que el diván de relajación que ocupaba el centro de la estancia. Chapaou no estaba tumbado en él, sino deambulando de un lado a otro frente a los postigos cerrados de la ventana que había al fondo, para visible contrariedad de la masajista que, cruzada de brazos, lo observaba a escasa distancia. Sentado en una silla, junto a la pared, había un anciano. Las redomas metálicas que llevaba en el bolsillo —visibles para Wax en forma de finas líneas difusas que apuntaban a las motas en suspensión— lo delataban como alomante.

Wax arqueó una ceja. Chapaou había pagado por un pase privado. ¿De dónde habría sacado el dinero? El cochero se detuvo de repente y lo miró. Sus ojos se posaron en las pistolas que colgaban sobre las caderas de Wax. A continuación, el hombre se desplomó, cayendo de rodillas al suelo, y se echó a llorar.

Las articulaciones del veterano aplacador emitieron un sonoro chasquido cuando se puso en pie.

—He hecho lo que he podido, ama Halex —dijo, dirigiéndose a la dueña del establecimiento—. Pero este hombre no necesita alomancia, sino atención médica.

—Todo suyo —sentenció el ama Halex, volviéndose hacia Wax—. Lléveselo de aquí. Está molestando a mis empleados.

Wax cruzó el cuarto y se arrodilló junto a Chapaou. El hombrecillo no dejaba de temblar, abrazado a sus piernas.

—Chapaou —dijo Wax—. Mírame.

El cochero se volvió hacia él.

—¿Cómo se llama tu perro?

—Mi… Hace años que no tengo ningún perro. Murió.

Tendría que conformarse con eso. No se trataba de Sangradora disfrazada, a menos que se le hubiera ocurrido interrogar acerca de sus mascotas a un cochero al azar antes de asesinarlo y suplantar su identidad.

—¿Qué ocurre? —preguntó Wax—. ¿Qué haces aquí?

—Olvidar lo que he visto.

—El aplacimiento no funciona así. No te borra los recuerdos.

—Pero debería hacerme sentir mejor, ¿no?

—Depende de las emociones que sientas —dijo Wax—, y de la habilidad del aplacador. —Le apoyó una mano en el hombro—. ¿Qué has visto, Chapaou?

El hombre parpadeó, con los ojos enrojecidos.

—Me he visto… a mí mismo.

Aradel no estaba en su despacho, por supuesto. Ese lugar tan solo existía, según sus propias palabras, «para que los nobles tengan donde sentarse cuando vienen a presentarme sus lamentaciones».

Marasi lo encontró en la azotea de la comisaría, escuchando las exposiciones de dos lanzamonedas del distrito a los que había ordenado peinar la ciudad. La muchacha se quedó esperando diplomáticamente, en compañía de MeLaan y varios tenientes, y pudo escuchar la mayor parte del último informe. *Miles de personas aún en las calles, señor. Están congregándose en las tabernas. No vuelven a sus hogares…*

Aradel escuchaba los informes con una bota apoyada encima del murete que rodeaba la azotea. La bruma se arremolinaba en torno a cada uno de los lanzamonedas, formando un vórtice inconfundible, en respuesta al uso de la alomancia. Al cabo, el comisario les dio permiso para retirarse. No eran alguaciles propiamente dichos, sino más bien agentes a sueldo. Leales tan solo a sus respectivas casas. O, en algunos casos, a sus libros de cuentas.

Cuando se hubieron marchado —arrojándose al vacío desde lo alto del edificio—, el comisario se volvió hacia los expectantes tenientes.

—Decidles a los hombres que se preparen para desalojar las tabernas —anunció.

—¿Señor? —preguntó una de las mujeres.

—Vamos a cerrarlas todas —continuó Aradel, apuntando con el dedo—. Primero las de los paseos marítimos, después seguiremos con las de las calles más pequeñas. No podremos empezar hasta que el gobernador me haya autorizado a declarar la ley marcial en el octante, pero quiero que los alguaciles estén preparados para actuar en cuanto les dé la señal.

Los tenientes se alejaron corriendo, dispuestos a cumplir con sus órdenes. Aradel lanzó una mirada de reojo a Marasi, a la que le pareció vislumbrar una sombra de su antepasado, un soldado cuya muerte lo había transformado en mártir en tiempos de la Guerrero Ascendente. En otra época, ¿habría sido general de campo este hombre, en vez de agente de policía?

—¿Qué tiene para mí, teniente Colms? —dijo Aradel, indicándole por señas que se acercara. MeLaan se quedó atrás, junto al hueco de la escalera, con las manos en los bolsillos del pantalón.

—A nuestra asesina, señor. —Marasi le entregó la carpeta—. Escapó de su propia tumba después de que la ejecutaran, acusada de haber provocado las inundaciones del este. Encontraron sus huesos no muy lejos del cementerio, días más tarde, y se dictaminó que alguien debía de haber profanado la sepultura. Al fin y al cabo, ¿quién iba a imaginarse que una Inmortal Sin Rostro había ocupado el cuerpo de un saboteador asesino?

Aradel, que estaba conteniendo el aliento, lo expulsó con un siseo. En el paseo marítimo, a su espalda, pese a lo intempestivo de la hora, deambulaban algunas sombras bajo las farolas.

—Entonces, ¿todo esto es obra suya?

—Con el debido permiso, señor —respondió Marasi—, yo le echaría la culpa a las deplorables condiciones laborales que imperan en la actualidad. Dicho lo cual, es indudable que Sangradora está añadiendo leña a la hoguera. Desde el primer momento, su intención era empujar la ciudad al borde del abismo.

—Ruina… —murmuró el comisario—. En vista de lo cual, es como si el hecho de que el gobernador sea un corrupto o no careciera de importancia, ¿verdad?

—Supongo que dependerá de a quién se lo pregunte.

Se oyeron gritos procedentes de abajo, en la calle; un grupo de hombres caminaban siguiendo el canal, hablando a voces airadas. Marasi no acertó a distinguir sus palabras, tan solo el tono acalorado de su conversación.

—Sigo necesitando pruebas —dijo Aradel—. No pretendo restar importancia a su investigación, teniente. Pero tampoco voy a dejarme asustar por ningún espectro de la bruma a menos que lo vea con mis propios

ojos. Eso vale también para el gobernador. Mantenga los ojos abiertos. Si encuentra algo concreto, lo utilizaremos cuando se hayan calmado las aguas. Y quiero algo que me demuestre de una vez por todas que esa asesina sobrenatural existe.

—Lo entiendo, señor. —Marasi inclinó la cabeza en dirección a MeLaan, iluminada por las lámparas que colgaban de sus ganchos junto a la puerta de la escalera—. Por eso he venido a verlo con pruebas. Pero sería aconsejable que pudiéramos seguir hablando en privado.

Aradel echó el cuerpo lentamente hacia atrás, bajando el pie del parapeto en el que estaba apoyado. Miró de reojo a Marasi, que asintió con la cabeza.

—Abajo —ordenó el comisario a los dos alguaciles que todavía lo acompañaban. Novatos, encargados de mensajería. Los jóvenes cabos obedecieron y se perdieron de vista al instante. Aradel cubrió la distancia que lo separaba de MeLaan, carraspeó y dijo—: Espero que mis preguntas no le parezcan ofensivas, esto… Su Gracia.

—La curiosidad nunca ofende cuando es sincera, humano —repuso MeLaan—, pues su función es la de desentrañar la verdad. Y el camino que conduce a ella se compone de preguntas directas. —La piel del kandra vibró, tornándose transparente como antes, pero recubriéndose también de una pátina caleidoscópica. Extendió las manos a los costados y, de alguna manera, su blusa se abrió y se deslizó por sus hombros, exponiendo un torso translúcido en cuyo interior, a la luz de las lámparas, relucía un esqueleto esmeralda.

Marasi parpadeó. Caray, eso sí que no se lo esperaba. Junto a ella, Aradel boqueó bruscamente y pareció dejar de respirar por completo, hipnotizado ante aquella revelación. MeLaan ladeó la cabeza —transparente ya por completo— y, observando al comisario con actitud maternal, susurró:

—Habla.

—¿Qué…? —Aradel se aclaró la garganta—. ¿Qué hay de cierto en las palabras de la alguacil Colms? ¿Es cierto que quien está detrás de todo esto podría ser de los vuestros?

—Paalm es un alma descarriada —respondió MeLaan—, torturada por una mente rota y un espíritu retorcido. Sí, es de los nuestros, humano. Vuestra tarea no es sencilla, pero os ayudaremos en este momento de desesperación.

—Estupendo —dijo Aradel—. Supongo… supongo que esa es toda la confirmación que necesitaba. —Titubeó—. ¿Podría, por casualidad, hablarle bien de mí a Armonía?

—La bondad de tus palabras se refleja en tus actos, humano. Tu Dios está al corriente de todo. Ve y protege esta ciudad. Teme, no por ti, sino por tu prójimo.

—Claro, sí. Enseguida. A menos que desee añadir algo más…

—Roncas —dijo MeLaan— muy fuerte.

—Que… ¿qué?

—Suena como cien koloss enfurecidos —declamó el kandra— que cabalgaran a lomos de una avalancha de rocas. El clamor se diría casi capaz de despertar a los muertos.

—Ya… —musitó Aradel.

—Parte ya, humano.

—A sus órdenes. Teniente Colms, un momento. —El comisario se despidió de MeLaan con una inclinación de cabeza y se hizo a un lado, rodeándola, incapaz de apartar la mirada de ella. A Marasi le ocurría lo mismo. MeLaan resultaba impresionante de por sí, aun cuando no se volvía transparente y se quedaba medio desnuda. El kandra la animó a irse con un ademán. No hacía falta que volviera a por ella.

Cuando habían recorrido ya la mitad de las escaleras, Aradel dejó escapar un hondo resoplido.

—Bueno, eso sí que ha sido extraño.

—Se lo advertí —observó Marasi.

—Cierto. Lo de los ronquidos… una metáfora, supongo. Pero ¿de qué? ¿Llamamos demasiado la atención los alguaciles, tal vez? —El comisario asintió con la cabeza para sí—. Nuestro deber es servir a la gente, en teoría, pero todas esas denuncias sobre la brutalidad policial, todos esos agentes que se dedican a mangonear a los ciudadanos como señoritos de noble

cuna… Sí, ahora lo veo. Se impone realizar algún que otro cambio. ¿Cree usted también que se refería a eso?

—Pues —respondió precavidamente Marasi—, la verdad, no lo sé. Conocerla en persona suele afectarlo a uno de la forma más drástica.

—Muy cierto. —Aradel titubeó en los escalones, girándose como si anhelara regresar a la azotea. Se contuvo—. La incógnita que mencionaba antes sigue sin resolver. Nos enfrentamos a una asesina inmortal que podría estar intentando derrocar al gobierno. Por Conservación, ¿cómo combatir algo así?

—No será necesario —dijo Marasi—. Lord Waxillium se hará cargo del kandra. Deberíamos concentrarnos en evitar que la ciudad salte por los aires.

Aradel asintió con la cabeza.

—Necesito que me haga un favor.

—¿Señor? —Aún estaban en el hueco de la escalera, iluminados por la solitaria lámpara eléctrica que brillaba sobre sus cabezas.

—Acaba de mencionar a lord Ladrian —dijo Aradel—. Parece confiar en usted, teniente.

—Nos hemos vuelto buenos amigos en el transcurso del último año.

—Es impredecible, teniente —le advirtió el comisario—. Valoro el trabajo que hace, pero sus métodos… digamos que no me importaría disponer de algo más de información sobre qué hace y cuándo lo hace.

—Está pidiéndome que lo espíe.

Aradel se encogió de hombros. Cualquier otro se habría mostrado azorado ante semejante franqueza, pero a él no parecía importarle.

—No voy a mentirle, Colms. Creo que puede ser una baza importante para este departamento, en más de un sentido. Mi objetivo es garantizar que se cumpla la ley en el octante, y me sentiré endiabladamente mejor si sé a qué se dedica lord Ladrian. Siquiera para tener preparadas a tiempo las órdenes de registro oportunas… y las disculpas, cuando sea preciso.

—Ya veo —dijo Marasi.

Aradel esperaba algo más. La muchacha prácticamente podía escuchar el mensaje implícito en sus palabras. *Es usted alguacil, teniente. Este es su trabajo. Haga lo que se le ordene*.

—También podría preguntárselo a él, sin más. Le han dado una placa. Técnicamente, está bajo su jurisdicción.

—¿Cree que no lo he intentado? Siempre promete presentarme un informe. Con suerte, este consiste en una nota con el paradero de un sospechoso al que ha dejado colgando por los tobillos… ¿Se acuerda de esa? O en la somera descripción de una fiesta a la que piensa asistir para perseguir a algún sospechoso, pidiéndome que le preste recursos. No quiero que se convierta usted en su carabina, pero, la verdad, sería maravilloso disponer de un poco más de información.

Marasi exhaló un suspiro.

—Le presentaré un parte todas las semanas. Antes, cuando haya alguna investigación en curso, como ahora. Pero también lo informaré a él de mis intenciones.

—Bien. Fabuloso. —Aradel reanudó el descenso de las escaleras, caminando a buen ritmo y hablando casi igual de deprisa—. Vaya a ver al gobernador y dígale que necesito su autorización para implantar la ley marcial esta misma noche, a fin de cerrar las tabernas. Sugiérale que redacte una para cada distrito. Después busque a su amigo, Ladrian, y cuénteme todo lo que haya averiguado acerca de esa inmortal que se cree que puede destruir nuestra ciudad.

Una vez en la planta baja, salió a la cámara central como una apisonadora, exigiendo a gritos que se presentaran ante él todos los alguaciles que hubieran respondido a la llamada para realizar el turno extra de esa noche. Marasi lo siguió, pero más despacio; se sentía como si le hubieran colocado sendas férulas de cien kilos en las piernas.

Puede ser una baza importante para este departamento, en más de un sentido…

Llegó al nivel inferior y salió de la comisaría por la puerta de atrás. Siempre había sabido que su relación con Waxillium le había ayudado a conseguir este puesto. Si no se hubiera sumado a la cacería de Miles *Cienvidas*, jamás habría adquirido la reputación necesaria. Dicho lo cual, también siempre había dado por sentado que sus conocimientos de los índices de criminalidad a lo largo de la historia, sus cartas de

recomendación y sus entrevistas habrían desempeñado un papel mucho más importante.

¿Sería realmente así? ¿Le habría dado Aradel el puesto a ella, en vez de a alguien como Reddi, porque conocía a Waxillium? ¿Acaso su expediente académico no contaba para nada?

Se quedó con la espalda apoyada en la pared, esperando a MeLaan. Herrumbres… ¿Por qué tenía que girar siempre todo alrededor de Waxillium? Como cabía esperar, pensar así solo consiguió que se sintiera como una chiquilla, celosa porque alguien tenía más canicas que ella.

MeLaan apareció caminando con parsimonia por el callejón instantes después, agitando la niebla a su paso.

—¿Y bien? —preguntó—. ¿Qué tal lo he hecho?

—¿«Os ayudaremos en este momento de desesperación»?

—Bueno, es lo que él esperaba escuchar.

—Pero no lo que esperaba escuchar yo.

MeLaan aspiró con fuerza por la nariz.

—Puedo ponerme de lo más divina cuando me empeño. He tenido tiempo de sobra para ensayar.

—Entonces, ¿por qué no representas el mismo papel con nosotros?

—¿Cómo sabes que no estoy representando un papel? —MeLaan miró a Marasi a los ojos—. Quizá mi deber, como sierva de Armonía, consista en enseñar a la gente lo que necesita ver, aquello que más la reconforte.

Sobrevino a Marasi un escalofrío, de repente. No por las miradas de MeLaan, sino por sus ojos, que se habían desdibujado hasta volverse delicadamente translúcidos. ¿Un recordatorio, quizá?

De improviso, el kandra echó la cabeza hacia atrás y empezó a reírse a mandíbula batiente.

—Que no, niña, solo estaba herrumbrándote el pelo. Si no os muestro esa faceta mía es porque me cuesta demasiado aguantarme la risa con tanta palabrería y grandilocuencia.

—¿De ahí el comentario sobre los ronquidos?

—Claro. Tuve que ir a verlo cuando Armonía empezó a buscar a Paalm. Ronca como una locomotora, en serio. En fin, ¿adónde vamos ahora?

—A la mansión del gobernador —respondió Marasi.

—Pues en marcha —dijo MeLaan, encaminando sus largas zancadas hacia la boca del callejón.

—Nos detuvimos —estaba diciendo Chapaou, encorvado junto a su carruaje en medio de las brumas, frente al salón de aplacimiento—. Llevaba un rato oyendo ruidos procedentes del interior del vehículo. No me había gustado cómo salió de aquella iglesia, con las manos enteras teñidas de rojo.

Wax se arrodilló detrás del carruaje, escuchando mientras, con cuidado, desenrollaba un fardo de tela negra. Aunque la lámpara que colgaba del lateral del vehículo le proporcionaba algo de claridad, también convertía la niebla en un enjambre de destellos. Todavía notaba el toque del aplacador del edificio cercano, pero ya era mucho menos pronunciado. Volvía a ser el mismo de siempre, o casi. Esto tenía sus ventajas y sus inconvenientes, puesto que nada pudo amortiguar la sensación de repugnancia que le sobrevino al desenvolver la maza que había introducido los clavos en el cuerpo del padre Bin.

—No debería haberme asomado —continuó Chapaou—. Me ordenó que no mirara, ¿sabes? Pero no pude evitarlo. Así que me giré sin hacer ruido y escudriñé por la mirilla de los cocheros, la que utilizamos para comprobar que ningún pasajero esté dedicándose a destrozar la tapicería o quién sabe qué.

»Descubrí que no transportaba a ningún hombre, sino a un monstruo. Un espectro de la bruma, con los huesos y los tendones expuestos, todo músculos tirantes y dientes desnudos. Me miró, sonriendo de oreja a oreja, y se acercó a la abertura. Pegó aquel ojo sin párpado a la rendija y… cambió. ¡Cambió! Su cara empezó a cubrirse de piel, como la mía. Como una versión rota y deformada de la mía.

Se rindió al llanto de nuevo. Wax extrajo los huesos del fardo, pertenecientes al cadáver del caminante al que Sangradora había suplantado para asesinar al padre Bin. Pálidos, pelados, y debajo, otro bulto de tela. ¿Hábitos caminantes? Sí, los colores encajaban.

—Las manos enteras de rojo… —murmuró Chapaou.

—¿Huiste, después de aquello? —preguntó Wax, mientras ordenaba minuciosamente los huesos.

—No, aceleré. Hice restallar la fusta sobre los caballos para que apretaran el paso, con aquel engendro demoníaco en mi coche. Un conductor digno del mismísimo Ojos de Hierro. ¿De qué habría servido intentar escapar? Ya tenía mi alma. Armonía… aún tiene mi alma.

—No —dijo Wax—. Es una impostora, Chapaou, una farsante. ¿Dices que viste una versión deformada de tu rostro? —Según MeLaan, los kandra más antiguos a menudo eran capaces de imitar aproximadamente una cara sin contar con los huesos adecuados, pero el resultado siempre era incompleto.

—Sí. —El hombre se replegó sobre sí mismo en el callejón, furtivo—. Sé lo que estás pensando, vigilante. Que fui yo el que mató al sacerdote esa noche, ¿verdad? Que me volví loco y lo asesiné, que las manos manchadas de sangre eran las mías. Debería haberme suicidado, podría haber saltado desde aquel puente…

—No —lo interrumpió Wax—. Te ha engañado una embaucadora, Chapaou. No fuiste tú.

El hombre se limitó a sollozar por toda respuesta.

Wax continuó ordenando metódicamente las pruebas, aunque una parte de él se preguntaba de qué serviría. ¿Tenía sentido el trabajo de detective convencional en la lucha contra una criatura como esta? ¿Cómo se combatía la mitología con un microscopio? Armonía… ¿Y si encontraba alguna pista? ¿Y si conseguía encontrarla? ¿Sería capaz de derrotar a algo así?

Se quedó contemplando los huesos, sin parpadear, y sacudió la cabeza. Le pediría a un equipo de criminalística que examinara todo esto. Él necesitaba llegar a la mansión del gobernador y comprobar que a este no le hubiera ocurrido nada.

«Espera», pensó. Se inclinó hacia delante. Ahí, en el dobladillo del manto. ¿Qué era eso? Tapó la lámpara con una mano para reducir el brillo, provocando que Chapaou soltara un gemido y se encogiera un poco más.

Atenuado el resplandor, Wax pudo verlo mejor. La esquina del borde del manto relucía con una suave luz azul, fácil de pasar por alto. Estiró el brazo,

tocó la sustancia y la frotó entre los dedos. ¿Algún tipo de polvo? Pero ¿qué clase de polvo emitía su propia luz, por tenue que fuera?

—¿Te llamó la atención algún destello extraño, Chapaou? —preguntó, volviéndose hacia el cochero. Tuvo que descubrir la lámpara para conseguir que reaccionara. Así y todo, la única respuesta que obtuvo fue una desconcertada negativa con la cabeza—. ¿Adónde llevaste el carruaje? —insistió Wax.

—A la plaza de Lestib —murmuró Chapaou—. Donde me habían encargado que dejase a la criatura. Después cerré los ojos con fuerza y esperé. La… la cosa se encaramó al pescante antes de irse. Sus manos en mis hombros, su cabeza junto a la mía, nuestras mejillas tocándose… Podía sentir la sangre, aunque no me manchó la camisa. Me… me susurró algo, vigilante. «Te liberaré». Cuando volví a abrir los ojos ya se había marchado, dejando esos huesos en el habitáculo de los pasajeros junto con un montoncito de monedas. Pensé que me había vuelto loco de remate.

Wax apuró una redoma extra de metales para reponer sus reservas, secó bien el envase y tomó una muestra del polvo. La plaza de Lestib, llamada así en honor del lord Nacido de la Bruma. Se hallaba preocupantemente cerca de la mansión del gobernador.

—No te preocupes. Ando tras la pista de esa criatura. Me propongo detenerla.

—Dijo que me liberaría —repitió Chapaou—. Si no estoy loco, eso significa… significa que esa cosa era real.

—Lo es.

—Sinceramente, señor, preferiría estar loco.

—Eh —dijo Wax, levantándose y empujando al cochero hacia su carruaje—. De todas formas, lo más probable es que esa criatura no quisiera matarte.

—¿Lo más probable?

—Es imposible saberlo con certeza. —Wax comprobó su munición—. Pero apostaría a que no… al menos, no más de lo que quiere matar al resto de la ciudad. A lo mejor. Todavía no sé muy bien a qué juega.

Chapaou parecía mareado. Maldición. Estaba seguro de que conseguiría reconfortarlo con esa última parte.

—Vete a casa. —Wax le lanzó un puñado de billetes—. O busca un hotel. Duerme un poco. No va a volver a por ti.

Sangradora tenía presas más importantes que cazar.

arquilla con cincuenta por dos.

por cuarenta recortes la botella».

PECTIN-ADA!

EDITORIAL INVITADO: ¡LA MOLESTA NEGLIGENCIA DE LOS LANZAMONEDAS!



En los últimos dieciséis meses he reparado tres farolas, una verja de hierro, y dos campanarios de aguja; todo ello en mi casa Madison Ways. Mi residencia en el sexto octante, mucho más cercana al Eje, ha necesitado el doble de atención debido a estar situada en la principal ruta de los mensajeros lanzamonedas. Coches a motor, carruajes, estatuas de bronce. Nada de esto está a salvo de sufrir el mismo destino. ¿Deben nuestros ilustres vecindarios verse como si hubieran vuelto al Mundo de Ceniza?

¡Dejad que recuperemos nuestra dignidad! *(Continúa detrás.)*



Y TAMBIÉN ES HORA DE IR A LA CAMA SIN CENAR

VISITANTES de otros MUNDOS



En pocas ocasiones *El Archivo Local* aporta noticias sensacionales, pero la respetable lady Nicelle Sauvage de Nueva Seran nos ha explicado algo que os asombrará.

«Estaba perdida en las montañas al sur de las Áridas del Sur», dice Sauvage. «Y mis acompañantes me habían abandonado o habían muerto. Fue entonces cuando me encontré con un lago de montaña del más perfecto azul, nutrido por la nieve derretida de los picos. Armonía, pensé que había alcanzado el paraíso.»

Mientras el crepúsculo apareció más pronto, como es costumbre en las montañas, Sauvage vio una figura encorvada sobre el lago. «Solo una sombra, todo sea dicho», dijo. «Ojos penetrantes, y un rostro como de una bestia de otro mundo de una de esas horrorosas historias sensacionalistas. Siento decir que no tuve el coraje de interactuar con el visitante. En vez de eso, su horrible rostro se me quedó clavado en el corazón. Dejé que el instinto de supervivencia tomara el control y corrí durante una hora antes de volver a acampar». *(Continúa detrás, columna 4.)*

¡La velada siniestra!

Describí a mi asaltante vistiendo un traje blanco a rayas, pero eso no es del todo específico. En Elendel, alguien vestido como he descrito destacaría como el té de la tarde con koloss, pero en Nueva Seran, los hombres circulan con tan extravagantes trajes que uno puede llegar a pensar que son artistas que llegan tarde al circo. Por lo que seré más específico. El pistolero también tenía bigotes encerados formando una larga horizontal que terminaba en una punta perfecta. Las mujeres a ambos lados del hombre se echaron atrás, no solo porque esgrimiera una pistola, sino porque además temían perder algún ojo debido al afilado y brillante cabello facial.

Quemé mis reservas de estaño. (Os acordaréis del episodio de la semana pasada en «Un deporte de espíritus» donde me vi obligado a consumir la mayor parte de mi estaño para contrarrestar los efectos de ganar el caballeroso y espontáneo concurso de cata de vinos aquella tarde.)

«Baje el arma, señor», dije, maldiciéndome por haber dejado a *Centella* en mi abrigo, el cual se llevó el servicio cuando entré a la fiesta. ¿Me había ablandado tanto desde que dejé los Áridos que me sentí cómodo sin *Centella* conmigo? ¡Jamás! Sin pensarlo demasiado supe que incluso sin mi fiel arma era un oponente a tener en cuenta para cualquier persona en la sala. ¿Acaso no había vencido a las tribus en los Pozos de Eltania? ¿Acaso no había sido el

¡UNA GUERRA PARA ACABAR CON EL MUNDO!

Sablerfils & Buissonommes

¡AMOR PARA ALCANZAR LA ETERNIDAD!

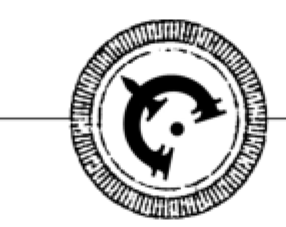
UN HÉROE PARA TODAS LAS ERAS

La Nueva Operetta histórica YA en escena en
TEATRO CLARVONNE
Calle Bonnweather, 1818





16



Encaramado a lo alto de una farola, Wax observó la mansión del gobernador: un edificio blanco, resplandeciente, brillantemente iluminado por los focos que traspasaban la bruma. No siempre alumbraban con tanta potencia; que lo hicieran esta noche denotaba la preocupación de Innate. La muchedumbre no estaba dispersándose. Los hombres seguían deambulando por las calles; parecía haber más de ellos que antes, aunque el reloj hubiera anunciado la medianoche después de que Wax saliese del salón de aplacimiento.

Había realizado una parada en casa para cambiarse el vendaje del brazo, ingerir un puñado de analgésicos y recoger unas cosas: el sombrero, la escopeta de cañones recortados y la pistolera para el muslo. Contempló la posibilidad de enviar a alguien a buscar a lord Harms, pero, la verdad, Wax prefería que estuviera a salvo donde Sangradora no pudiese utilizarlo contra él. Mejor eso que quedarse escondido en su azotea. Se había sentido tentado, de hecho, de llevar también a Steris a algún lugar más seguro. El tiempo apremiaba, por desgracia. Tendría que confiar en que los alguaciles que la vigilaban consiguieran mantenerla oculta.

Desde allí, había pasado un momento recorriendo las calles, atento. Había oído, de pasada, voces airadas contra el gobierno. Resquemor contra los caminantes. Esas protestas eran malas ya de por sí, pero las amalgamaba un hilo conductor mucho más inquietante: una rabia sin objetivo concreto. Un descontento generalizado. Los hombres refunfuñaban encorvados sobre

sus cervezas; en la calle, los jóvenes lanzaban piedras contra los gatos. Había un asesino agazapado entre todo aquello, como un león al acecho entre los altos tallos de hierba.

Al menos la mansión del gobernador parecía tranquila. Wax había llegado temiéndose lo peor, que alguien hubiera atentado contra la vida de Innate en su ausencia. «Me tiene entre la espada y la pared —pensó Wax, molesto, mientras la brisa agitaba su gabán de bruma—. No puedo quedarme y proteger al gobernador porque debo seguir las pistas que me permitirían averiguar cuál es su plan. Pero tampoco seré capaz de concentrarme en la investigación si no dejo de martirizarme por haber dejado a Innate indefenso».

¿Podría convencer al gobernador para que se escondiera? Bajo sus pies, la electricidad discurría como un río invisible por los cables en suspensión. Espíritus que se movían como alomantes por el cielo, saltando de edificio en edificio…

Ah, vigilante, penetró una voz intrusa en sus pensamientos, como un clavo que se introdujera de golpe en la madera. *Ahí estás*.

La mano de Wax voló hasta la culata de *Vindicación*. ¿Dónde? Esto debía de significar que Sangradora estaba cerca, ¿verdad? Observándolo desde alguna parte.

¿Conoces, dijo la voz, *las asombrosas defensas del cuerpo? Dentro de vosotros hay diminutos organismos que nunca habéis visto. Ni siquiera los cirujanos saben de su existencia, puesto que son demasiado pequeños. Se necesita un gusto muy refinado para distinguirlos, para apreciarlos. ¿Cómo es esa frase que le gusta tanto a tu amigo? Nadie conoce a la vaca mejor que el carnicero*.

Wax bajó de su atalaya de un salto, empujando contra el tapón de una botella para frenar su caída. Las brumas se arremolinaron en torno a él, atraídas por su alomancia.

Cuando un invasor diminuto se introduce en vuestro torrente sanguíneo, continuó la voz, *el cuerpo entero comienza a girar a su alrededor para perseguirlo, para combatirlo y eliminarlo. Como un millar de dedos de niebla, como una legión entera de soldados, tan pequeños que resultan*

invisibles. Pero la parte interesante llega cuando el cuerpo se vuelve contra sí mismo y esos soldados se sublevan, libres…

—¿Dónde estás?

Cerca, respondió Sangradora. *Espiándote. A ti y al gobernador. Necesito matarlo, ¿sabes?*

—¿Podemos hablar? —preguntó Wax, suavizando su tono.

¿No es eso lo que estamos haciendo?

Wax giró sobre los talones y se adentró en la noche. Sangradora tendría que seguirlo —lo cual le permitiría a él detectar cualquier perturbación en la bruma—, o se alejaría lo suficiente como para no poder oír su respuesta, lo cual le indicaría la dirección aproximada en la que debería buscarla.

—¿Vas a intentar matarme también a mí?

¿De qué serviría matarte?

—Así que solo quieres jugar.

No. Sangradora sonó resignada. *Nada de juegos*.

—Entonces, ¿qué? ¿A qué viene todo este teatro?

Quiero liberarlos. A todos. Cogeré a estas personas y les abriré los ojos.

—¿Cómo?

¿Qué eres, Waxillium?, preguntó a su vez Sangradora.

—Un vigilante —respondió Wax, de inmediato.

Eso dice el abrigo que llevas puesto en estos momentos, pero esa no es tu auténtica naturaleza. Lo sé. Dios es testigo de que he visto la verdad que anida dentro de ti.

—Explícamelo tú, entonces —replicó Wax, sin dejar de deambular entre la niebla.

No sé si puedo. Pero podría enseñártelo.

Sangradora no parecía estar teniendo ningún problema para escucharlo, pese a que Wax había bajado la voz. ¿Alomancia? ¿O tendría sencillamente la capacidad de crear oídos más finos que los humanos? Continuó rastreando la zona. ¿Estaría quizás en alguna de esas ventanas sin luz del edificio gubernamental que había cerca de allí? Wax encaminó sus pasos en esa dirección.

—¿Por eso te has fijado al gobernador como objetivo? ¿Para eliminarlo y liberar al pueblo de la opresión del gobierno?

Sabes que no es más que un peón.

—Primera noticia.

Ahora no estaba hablando contigo, Waxillium.

Wax se detuvo, titubeante, envuelto en un manto de jirones vaporosos. El edificio de oficinas se erguía ante él, observándolo con un centenar de ojos vacíos. La mayoría de aquellas ventanas estaban cerradas, práctica habitual durante la noche. No había necesidad de invitar a pasar a las brumas. La religión podía decir lo que quisiera, y la gente se lo creía, por lo general. Pero la niebla aún ponía nerviosas a muchas personas.

Ahí, pensó Wax, fijándose en una de las ventanas abiertas de la segunda planta.

Muy bien, dijo Sangradora, y Wax vio algo que se movía justo al otro lado de la ventana. La escasa claridad no le permitió distinguir lo que era. *Siempre tan buen detective*.

—Tengo poco de detective, en realidad —dijo Wax—. En los Áridos se resolvían más casos con un buen par de pistolas que investigando.

Bonito chiste, replicó Sangradora. *¿Se lo cuentas en las fiestas a los chicos que han leído demasiadas historias sobre los Áridos? ¿No les gusta oír hablar acerca de los familiares de los delincuentes a los que hay que interrogar? ¿De los armeros a los que hay que seguir la pista para averiguar quién ha amañado el rifle de algún forajido? ¿De las cenizas de las fogatas entre las que hay que escarbar cuando ya llevan días enfriándose a orillas del camino?*

—¿Cómo sabes todo eso?

Hago los deberes. Es una costumbre de los kandra, como sin duda te habrá explicado MeLaan. Digas lo que digas, eres buen investigador. Quizás incluso excelente. Aunque, como todo sabueso, tarde o temprano acabes persiguiendo tu propio rabo.

Wax se acercó a la base del edificio mientras se disipaba la niebla que mediaba entre él y Sangradora, la cual acechaba justo al otro lado de la ventana, a unos diez pies de altura. A Wax le pareció percibir algo fuera de lugar en su rostro, embozado todavía en las sombras. Su forma era extraña.

—¿Se lo has preguntado? —murmuró Sangradora desde las alturas, apenas audible en la noche. Su voz era áspera y seca, como la que había sonado antes en su cabeza.

—¿A quién?

—A Armonía. ¿Le has preguntado por qué no salvó a Lessie? Un susurro en el momento oportuno, sugiriéndote que no os separarais. Una advertencia en tu mente, como un eco, pidiéndote que no entraras en aquel túnel, sino que lo rodearas… Con su ayuda, salvar a Lessie habría sido lo más fácil del mundo.

—No pronuncies su nombre —siseó Wax.

—Se supone que es Dios. Podría haber chasqueado los dedos y Tan habría caído fulminado en el sitio. Pero no lo hizo. ¿No le has preguntado por qué?

Vindicación estaba en una de las manos de Wax un segundo después, apuntando a la ventana. Con la otra, tanteó el cinturón en busca de la bolsa que contenía las jeringuillas.

Sangradora se rio por lo bajo.

—Siempre tan rápido desenfundando. La próxima vez que hables con Armonía, pregúntaselo. ¿Sería consciente de la influencia que ejercía sobre ti Lessie, el verdadero motivo de que no quisieras volver de los Áridos? ¿Sabría quizá que nunca regresarías aquí, donde te necesitaba, mientras ella siguiera con vida? ¿Querría, tal vez, que muriera?

Wax apretó el gatillo.

No para herir a Sangradora. Tan solo necesitaba oír el estampido reverberando en la noche. Aquel sonido, tan familiar, que producía el aire al romperse. La bala trazó una estela en la niebla, y la pared estalló junto a Sangradora, saltando en una nube de copos de ladrillo.

Herrumbres… estaba temblando.

—Lo siento —susurró Sangradora—. Tenía que hacerlo. A menudo, limpiar la herida duele más que el corte en sí. Ya lo verás, cuando seas libre; entonces lo entenderás.

—No…

Las brumas se arremolinaron. Wax trastabilló de espaldas, apuntando con la pistola hacia algo que acababa de pasar junto a él como una

exhalación, dejando una estela de turbulencia a su paso.

Sangradora. Moviéndose a velocidad feruquímica.

Hacia el gobernador.

Con una maldición, Wax apuntó con *Vindicación* a su espalda, plantó una bala en el suelo y empujó contra ella con un poderoso estallido. Surcó las brumas en dirección al torrente de luz de los jardines del gobernador, sobrevolando las puertas de hierro y sobresaltando a una pequeña bandada de cuervos, que levantaron el vuelo asustados a su alrededor.

Resonaron dos disparos más en la noche. Mientras Wax cruzaba los jardines, divisó a Sangradora en la escalinata de la mansión, vestida con un abrigo escarlata que llegaba hasta el suelo. Los guardias apostados en la entrada yacían a sus pies, inertes. Al resplandor de las luces eléctricas, vio qué era lo que le había llamado la atención del rostro de Sangradora: llevaba puesta una máscara, blanca y negra. La máscara del Tirador, solo que deformada, rota en un lateral.

El kandra irrumpió en el edificio, pero sin utilizar la velocidad sobrehumana de antes. Wax aterrizó junto a los cuerpos —no tenía tiempo de comprobar si aún respiraban— y, con un gruñido, entró en el edificio pistola en mano, mirando a derecha e izquierda. En el recibidor, el mayordomo de la casa profirió un alarido y soltó la bandeja de té que portaba, mientras Sangradora se deslizaba por el suelo y entraba en una de las habitaciones.

Wax la siguió, arrancando del marco la puerta principal, que se perdió en la noche girando por los aires a su espalda cuando empujó contra ella y sus goznes para cruzar la habitación medio a la carrera, medio volando. Irrumpió en la cámara adyacente —una sala de estar— con *Vindicación* en la mano, girando el tambor para colocar en posición uno de los proyectiles mataneblinos. Munición contra violentos, ultrapesada, diseñada para generar el mayor impacto posible.

El cuarto en el que acababa de entrar estaba decorado con la clase de muebles perfectos que uno solo encontraba en las casas que tenían demasiadas habitaciones. Según el plano que le habían pasado, la sala de seguridad estaría debajo.

Todavía con esa pistola, dijo Sangradora en su mente mientras sorteaba un diván de un salto, dirigiéndose a la pared, en la cual se ocultaban los escalones que conducían a la sala de seguridad. *No sirve de nada. No puedes matarme con eso*.

Wax levantó a *Vindicación*, apuntó y apretó el gatillo, empujando la bala hacia delante en un estallido de velocidad extra. Golpeó a Sangradora justo al aterrizar esta.

En el tobillo.

Sangradora se desplomó cuando intentó apoyar el peso en el tobillo, reducido a un amasijo de huesos astillados, y se volvió hacia Wax, con los labios replegados en una mueca visible a través del lateral dañado de su máscara.

Wax le metió una bala en el ojo.

Esto es absurdo…

Avanzó a largas zancadas, disparándole en la mano cuando el kandra intentó levantar su propia pistola. Wax sacó la jeringuilla, listo para empujarla contra la piel de Sangradora, pero esta profirió un gruñido y se transformó en una mancha borrosa. El vigilante intentó seguir sus vertiginosos movimientos… pero en aquel momento se abrió de golpe el lateral de la habitación, revelando la escalera oculta, donde se apelotonaba desesperadamente un grupo de hombres vestidos de negro y armados con escopetas. El cuerpo de seguridad especial del gobernador.

Wax se puso a cubierto de un salto, al tiempo que los escoltas comenzaban a disparar. No vio gran cosa de lo que ocurrió a continuación, puesto que hubo de quedarse encogido, con la espalda aplastada contra el costado de un recio sillón. Sangradora se deslizaba entre los hombres, disparando, y ellos intentaban devolverle el fuego, haciéndoles más daño a sus propios compañeros que a ella.

El tiroteo acabó antes de que los ecos del primer disparo se hubieran apagado por completo en los oídos de Wax. Los hombres yacían esparcidos por el suelo, desangrándose entre gemidos; el kandra traspuso el umbral secreto y emprendió el descenso de las escaleras. Wax apretó los dientes y se empujó al otro lado del cuarto. Aterrizó, resbaló con la sangre y llegó a la

escalera de un salto. Otro empujón lo proyectó hacia abajo, sobrevolando los escalones.

Resonaron detonaciones en los estrechos confines del hueco, directamente frente a Wax, que aminoró la velocidad con un disparo al suelo y aterrizó junto al último puñado de escoltas, que se desangraban inertes.

El kandra se erguía en solitario ante la puerta de la sala de seguridad. Miró a Wax, sonrió y se convirtió en una mancha borrosa.

Pero su velocidad solo duró una fracción de segundo. Nada más empezar a sondear su mente de metal, aminoró.

Wax la vio abrir la puerta de la sala de seguridad del gobernador, empleando para ello una llave que no debería obrar en su poder. Sangradora tiró con fuerza, abrió la puerta con una floritura y lanzó una miradita de soslayo hacia atrás, por encima del hombro, sacudiendo la cabeza en dirección a Wax. Era evidente que creía ser todavía una mancha borrosa, moviéndose a una velocidad increíble. Y, en efecto, lo era.

Solo que ya no era la única.

Uno de los cuerpos derribados se revolvió, y Wayne empujó hacia atrás su sombrero, desvelando una sonrisa de oreja a oreja. Wax levantó las manos, con una pistola en cada una, y se vio recompensado por la expresión de absoluta consternación que se cinceló en las facciones de Sangradora. Aunque su ojo se había regenerado, la sangre fluía aún por toda su máscara. Desde que comenzó la persecución, cada vez que Wax hablaba con ella, el kandra había parecido controlar la situación en todo momento.

Hasta ahora.

Wax disparó a discreción, con las dos armas a la vez. Esto rara vez era buena idea, al menos si uno quería acertarle a algo, pero los separaban apenas tres metros y, además, estaba dentro de una burbuja de velocidad. Las balas se desviarían de todas formas al atravesar la barrera de tiempo acelerado, por lo que apuntar no servía de nada.

En ocasiones así, convenía anteponer la minuciosidad a la precisión. Steris se habría sentido orgullosa.

Disparó envuelto en una cacofonía de detonaciones, hasta vaciar ambos cargadores. Aprovechó el desconcierto de Sangradora para soltar las

pistolas, sacar el otro Sterrion de la funda axilar y descargarlo a su vez. Hizo lo propio a continuación con la escopeta de cañones recortados, que liberó de la funda de su muslo para vomitar una tormenta de truenos y plomo mientras sus largas zancadas lo acercaban al límite de la burbuja de velocidad.

Una vez allí, las balas se desviaban al entrar en el tiempo normal, moviéndose dolorosamente despacio. Pero entre Sangradora y el límite de la burbuja de Wayne mediaba menos de un palmo. Wax soltó la escopeta, extrajo otra jeringuilla y la arrojó contra el kandra, empujando sobre el metal con la esperanza de que, aturdida por la lluvia de proyectiles, la criatura no la viera venir.

El kandra recibió el primer impacto de bala cuando estaba dándose la vuelta, disponiéndose a huir. Las demás cayeron sobre ella como una tormenta. La mitad de los proyectiles erraron el blanco, pero Wax había apretado el gatillo casi dos docenas de veces. Fueron muchos los disparos que se estrellaron contra Sangradora, cuya velocidad feruquímica se desvaneció. Los movimientos del kandra se aletargaron ahora mientras pugnaba por zafarse de la tormenta de balas, envuelto en una nube de gotas de sangre que estallaban silenciosamente en el aire, flotando como vilanos a merced de la brisa.

La criatura trastabilló y chocó contra el marco de la puerta. Uno de los cartuchos de la escopeta la alcanzó en la nuca, practicándole un boquete en el rostro y destrozando la máscara. Se le doblaron las rodillas y se quedó sostenida tan solo por los dedos engarfiados en la madera, embozada en un manto escarlata.

La aguja volaba impulsada por el empujón de Wax, girando en el aire, pero —al igual que las balas— se había visto desviada de su trayectoria al atravesar el límite de la burbuja de velocidad. Se incrustó en la madera del marco, a escasos centímetros de Sangradora.

Esta se incorporó un segundo después, y aumentó su velocidad. Sus heridas se desvanecieron. Ni siquiera miró a Wax mientras enderezaba la espalda y cruzaba la puerta. Tan solo se detuvo para darle un golpecito a la jeringuilla, que cayó al suelo girando sobre sí misma, con parsimonia.

Wax sacó un puñado de balas de la bolsa de su cinturón y, de un salto, abandonó la burbuja de velocidad. Notó un vuelco de inmediato, como si el mundo se hubiera vuelto del revés, y oyó un chasquido amortiguado. Le sobrevino un ataque de náusea, tan contundente como un puñetazo en la cara, pero estaba preparado para aguantarlo. No era la primera vez que salía de una burbuja de velocidad.

Restalló una detonación solitaria, procedente de la sala de seguridad.

Salvó la distancia que lo separaba de la puerta a la carrera, arrojando los cartuchos ante él, listo para empujar contra los que podría necesitar para golpear a Sangradora. Una vez dentro, sin embargo, dejó que cayeran al suelo. El kandra no estaba en la habitación; en la pared del fondo vio una puerta abierta que debía de comunicar con los jardines de la superficie.

La suntuosa sala de seguridad —circular y cubierta de estanterías— contaba con un mueble bar en uno de sus extremos y estaba iluminada por cálidas lámparas de lectura. El gobernador se hallaba arrodillado en el suelo, sosteniendo en sus brazos a un Drim empapado de sangre, esforzándose desesperadamente por contener la hemorragia que el guardaespaldas presentaba en el cuello.

Wax atravesó corriendo la estancia y se detuvo ante la puerta del túnel de emergencia.

—¡Vigilante! —exclamó Innate—. Ayuda. Por favor… ay, Armonía. ¡Socorro!

Wax titubeó mientras escudriñaba aquel túnel, desierto y a oscuras. Le traía recuerdos de otro parecido, polvoriento y apuntalado con vigas a los costados. Tumba y escenario al mismo tiempo…

A su espalda, Wayne entró atropelladamente en la sala y corrió a auxiliar al gobernador. Wax se quedó junto a la puerta del túnel, haciendo rodar unos pocos casquillos de bala entre los dedos.

—Me ha salvado la vida —sollozó Innate. Llegado este punto, la sangre de Drim lo cubría de pies a cabeza. Se había quitado la camisa, en un intento por utilizarla para contener la hemorragia—. La asesina disparó y él se interpuso de un salto… Dime que puedes… Por favor…

—Está muerto, amigo —dijo Wayne, echándose hacia atrás.

—Hay más víctimas arriba, Wayne —dijo Wax, señalando con el dedo. A regañadientes, cerró la puerta del túnel. No podía emprender ninguna persecución ahora, no sin dejar desamparado al gobernador.

Wayne salió corriendo de la sala de seguridad para comprobar el estado de los hombres que habían sido agredidos arriba. Wax se acercó al gobernador, arrodillado junto al cadáver de su guardaespaldas. Nunca hasta ahora le había parecido Innate tan humano como en ese momento, con la cabeza colgando entre los hombros hundidos. Exhausto y desconsolado. ¿Podría alguien fingir algo así?

De todos modos, tenía que comprobarlo.

—Aligerar por la arena.

Innate levantó la cabeza y volvió la mirada vidriosa hacia él. A Wax el corazón le dio un vuelco en el pecho, pero el gobernador no tardó en exhalar un suspiro y decir:

—Huesos sin caldo.

Conocía la contraseña. Era el auténtico Innate.

Wax se arrodilló junto al gobernador y contempló el cadáver de Drim. Por irritante que pudiera haber sido a veces, el hombre no se merecía acabar así.

—Lo siento.

—Dejó de moverse como una mancha borrosa —dijo Innate, con voz estrangulada—. Apareció aquí dentro, empuñando su arma, pero parecía furiosa por algún motivo. Drim se puso delante de mí de un salto justo antes de que ella apretara el gatillo. Desapareció un segundo después. Podría haberme rematado, estoy seguro, en vez de irse corriendo.

—Hace tan solo dos semanas que obtuvo sus poderes feruquímicos —replicó Wax—. Ese marco de tiempo limita tremendamente la velocidad que puede haber almacenado, y moverse tan deprisa como lo ha hecho debe de haber drenado su mente de metal enseguida. Necesitaba escapar antes de que las reservas se agotaran por completo.

Podía haber otro motivo, claro está. Quizá solo hubiera querido atemorizarlos. Provocar al gobernador para que reaccionara de alguna manera. Pero ¿cómo? Había dicho que se proponía matarlo, pero no antes de tiempo.

¿Por qué? ¿Cuál era su plan?

—De modo que no es infalible —dijo Innate—. Puede ser derrotada.

—Por supuesto. —Wax contempló el cadáver postrado a sus pies. El suelo manchado de sangre. *Pero ¿a qué precio?* Se llenó los pulmones de aire—. Quiero que salga de Elendel.

—No.

—No sea estúpido —le espetó el vigilante—. Volverá.

—¿Se ha asomado usted ahí fuera, vigilante? —preguntó Innate, agitando una mano ensangrentada hacia arriba, en un movimiento impreciso —. ¿Ha visto lo que está pasando en las calles?

—Esta noche no podrá hacer nada al respecto.

—Desde luego que sí. —Innate se puso de pie—. Soy el líder de esta ciudad, no pienso esconderme. Antes bien, necesito que me vean… Necesito reunirme con los principales instigadores de esta sublevación, si consigo encontrar a alguno. Necesito dirigirme a la población, preparar un discurso…, reunir a mi gabinete y, con su ayuda, asegurarme de que la ciudad aún siga en pie cuando amanezca. —Apuntó a Wax con el dedo—. Detenga usted a esa criatura, Ladrian. Yo ya no tengo ni guardaespaldas. Estoy en sus manos.

Terminadas aquellas palabras, salió de la sala de seguridad caminando vigorosamente. Pensara lo que pensase Wax de aquel hombre, lo cierto era que Innate tenía agallas.

Detenga usted a esa criatura…

Wax lanzó una mirada de reojo a la jeringuilla, tirada aún en el suelo, junto al marco de la puerta. Había estado tan cerca… Si hubiera alcanzado a su objetivo, habría podido oprimir el émbolo metálico e inyectar el líquido en las venas de Sangradora. Preso de una sensación de impotencia, recogió la jeringuilla y regresó junto al cuerpo de Drim, abatido de un balazo en el cuello. Clavó la aguja en el brazo del cadáver y vació el contenido en sus venas.

No ocurrió nada. Tampoco esperaba que ocurriera; era muy poco probable que Sangradora hubiese conseguido suplantar a Drim y engañar así al gobernador. Pero toda precaución era poca.

Se tambaleó al incorporarse. Herrumbres, sí que estaba cansado. ¿Por qué no habría acabado Sangradora con el gobernador? Aquí había algo que se le escapaba.

—Dos de los guardias podrían salir de esta —anunció Wayne, asomándose a la habitación—. Ya hay un cirujano ayudándolos.

—Bien —dijo Wax—. Espérame arriba.

Wayne asintió con la cabeza y volvió a desaparecer. Wax se acercó a la ruta de escape y tiró de la puerta para abrirla. Encendió una vela y comenzó a ascender por la pendiente, con cautela, pistola en mano. ¿Qué relación existía entre desprestigiar al gobernador, incitar al odio contra los caminantes y la supuesta «liberación» de Wax? ¿Cuál era la pieza que faltaba en ese rompecabezas?

No encontró a Sangradora en el túnel, pero sí su capa roja, cuando ya había recorrido la mitad de la pendiente. La había tirado a un lado, empapada de sangre. Y allí, garabateado en la pared, había un tosco dibujo en forma de hombre, tallado en la madera con una uña.

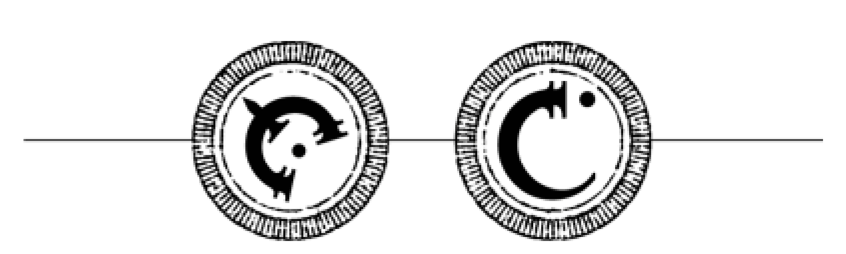
Dos manchas de sangre seca simbolizaban los ojos de la figura, y otra señalaba su boca. Wax sintió un escalofrío al leer el mensaje escrito apresuradamente debajo, también con caracteres de sangre.

Le arranco la lengua para acabar con las mentiras.

Le apuñalo los ojos para evitar su mirada.

Serás libre.

17



Alrededor de media hora después del ataque de Sangradora, Wayne entró en el elegante cuarto de baño del gobernador. Solo que, en su cabeza, no era el cuarto de baño. Pero sabía que así lo llamaban aquí.

Porque, veréis, Wayne había descifrado el código.

Los ricos tenían un código. Era como un idioma nuevo que todos ellos conocían y utilizaban para desenmascarar a quienes no fuesen de los suyos.

La gente normal llamaba a las cosas por su nombre.

Uno preguntaba:

«¿Eso qué es, Kell?».

El otro respondía:

«¿Eso? El cagadero».

Y tú replicabas:

«¿Qué se hace ahí?».

Y te contestaban:

«Caray, Wayne, ahí es donde va uno a cagar».

Tenía todo el sentido del mundo. Pero los ricos empleaban otro término para referirse al cagadero. Para ellos era el «aseo» o el «cuarto de baño». Así, cuando alguien les preguntara por el cagadero, sabrían que debían oprimir a esa persona.

Wayne acabó de limpiarse y escupió el chicle al interior de la taza antes de tirar de la cadena. Resultaba agradable volver a llevar puesto su propio sombrero, con los bastones de duelo en la cintura. Se había pasado como

dos horas con el atuendo y la falsa apariencia de uno de los guardias de Innate. Una experiencia horrorosa.

Se restregó la nariz goteante, se lavó las manos y se las secó con unas toallas que lucían las iniciales bordadas de Innate. ¿Tanto le preocupaba que la gente huyera corriendo de allí llevándose sus toallas? En fin, peor para él. A Wayne no le costaba nada conformarse con limpiarse la mugre en el nombre del gobernador. Se guardó la toalla en el bolsillo y dejó a cambio un puñado de pastillas de menta que había cogido del bar.

Una vez fuera de allí, se asomó a una habitación en la que el gobernador estaba celebrando una reunión con toda clase de personalidades importantes, de las que llamaban «aseo» al cagadero.

«A ver —se dijo—, que a lo mejor estoy yo equivocado. Quizá no se trate de ningún código. Lo que pasa es que deben de estar tan familiarizados con lo que les sale del culo que las palabras normales no les parecen suficientemente específicas». Más o menos como ocurría en Terris, cuyo idioma podía referirse al hierro hasta de siete formas distintas.

Asintió para sus adentros. Nueva teoría. A Wax esta le iba a encantar. Wayne se dirigió a la habitación de los divanes, donde habían tiroteado a los guardias. Allí encontró a Wax, con un sobre en las manos, en el que dejó caer algo pequeño y metálico. Lo selló y se lo dio a un joven mensajero perteneciente al servicio del gobernador.

—Date prisa —dijo Wax—. Aporrea la puerta. Despiértala si es necesario… y no te asustes si te insulta o amenaza con dispararte. No te hará daño.

El muchacho palideció, pero asintió con la cabeza.

—Dile que es urgente. —Wax levantó un dedo—. No permitas que lo deje a un lado y se olvide de él hasta mañana por la mañana. Quédate allí hasta que haya leído lo que he escrito, ¿entendido?

—Sí, señor.

—Buen chico. En marcha.

El joven se alejó corriendo. Wayne se acercó a Wax, cruzando la puerta abierta de la sala de seguridad. Ya habían retirado los cadáveres, aunque aún se veía la sangre.

—¿Ranette? —preguntó Wayne, esperanzado.

Wax asintió con la cabeza.

—Se me ha ocurrido algo que podría ayudarnos.

—Podría haberle llevado yo el mensaje, ¿sabes?

—A ti no se habría conformado con amenazarte.

—Pero eso es porque le gusto —sonrió Wayne. Habría agradecido cualquier excusa para ver a Ranette. Esta noche no dejaba de volverse cada vez más siniestra.

—Wayne… Sabes que en realidad no le gustas, ¿verdad?

—Eso dices tú siempre, pero es porque no ves la verdad, Wax.

—Intenta matarte.

—Para mantenerme con vida. Sabe que me dedico a una actividad peligrosa. Así, manteniéndome en guardia, se asegura de que no me ocurra ninguna desgracia. En cualquier caso, ¿era Marasi la que he visto ahí dentro, con el gobernador y toda esa gente tan importante?

Wax asintió.

—MeLaan y ella llegaron hace un rato. Aradel quiere declarar la ley marcial.

—¿Y tú no? —Wayne se sentó en uno de los bonitos divanes, el que tenía menos salpicaduras de sangre. La gente importante estaba celebrando una reunión. Creía saber lo que iba a pasar a continuación, y se proponía esperar para verlo.

Tras quedarse inmóvil en el sitio un momento, Wax sacudió la cabeza.

—Todo esto es obra de Sangradora, Wayne. Este era el resultado que buscaba. «Le arranco la lengua… le apuñalo los ojos…».

—A ver, que a mí me gustan los desmembramientos como al que más —dijo Wayne—, pero eso me parece un pelín violento para las horas que son.

—Lo escribió Sangradora en una pared, ahí abajo. Es como una especie de poema. Me dio la impresión de que no estaba acabado.

—Clavó al sacerdote a la pared por los ojos —observó Wayne.

—Y le arrancó la lengua a Winsting. —Wax rebuscó en su bolsillo, sacó algo y se lo lanzó a Wayne.

—¿Qué es esto? —preguntó el muchacho, haciéndolo girar entre los dedos. Parecía un trozo de madera pintada.

—Restos de la máscara del Tirador. La llevaba puesta Sangradora.

—¿Crees que era él todo este tiempo?

—Tal vez —respondió Wax—. Habría servido a sus fines, enardecer a los habitantes de los suburbios y recordarles el lujo en el que viven los nobles. Al eliminarlo, me gané la enemistad de las clases humildes.

—Detesto ser yo el que te lo diga, compañero, pero tampoco es que antes bebieran los vientos por ti ni nada por el estilo.

—En los Áridos soy un héroe.

—Eres un guripa —lo corrigió Wayne—. Y miembro de una casa noble, amigo. Por no mencionar el hecho de que puedes, ya sabes, volar. Esto no es Erosión. Aquí no puedes convencer a un fulano de que estás de su parte metiéndolo entre rejas y pasándote la noche jugando a las cartas con él hasta que te vea como a un tipo normal.

Wax exhaló un suspiro.

—Tienes razón, por supuesto.

—Suelo tenerla.

—Menos aquella vez, en el cumpleaños de Lessie.

—Siempre tienes que sacar eso a relucir, ¿no? —Wayne se recostó y bajó el ala de su sombrero hasta taparse los ojos—. Fue sin querer.

—Metiste dinamita en el horno, Wayne.

—Los regalos hay que esconderlos donde a nadie se le ocurriría buscarlos.

—Necesito recolocar todas las piezas —dijo Wax, empezando a caminar de un lado a otro—. Hacer un boceto. Ponerlo por escrito. Se nos está escapando algo muy importante.

Wayne asintió con la cabeza, aunque sin hacerle mucho caso. Wax se encargaría de averiguarlo todo. Él solo tenía que aprovechar para pegar una cabezadita, ahora que la ocasión era pro…

Oyó cómo chasqueaba un pestillo. Se echó el sombrero hacia atrás y se puso de pie un segundo después, corriendo hacia la puerta. Mascullando una maldición, Wax desenfundó una de sus pistolas y siguió a Wayne, que salió al pasillo como una exhalación e interceptó a una de las criadas, cargada con una bandeja repleta de canapés.

—¡Ajá! —dijo el muchacho—. ¡Creías que podías burlarme, a que sí!

La doncella observó, horrorizada, cómo Wayne hacía acopio de tres muestras de cada pieza que componía el surtido. Wax se detuvo en el umbral y bajó la pistola.

—Ay, por el amor de Armonía.

—Armonía que se busque la vida —dijo Wayne, metiéndose un pastelito en la boca. Mientras se volvía hacia Wax, la criada aprovechó para escabullirse, camino de la reunión.

Era exactamente lo que Wayne estaba esperando. En las reuniones que celebraba la gente importante siempre servían aperitivos. O «canapés», si conocías el código. Wayne se metió otro en la boca: almendra con manto de beicon caramelizado.

—¿Está rico? —preguntó Wax.

—Sabe como a algodón de azúcar —respondió Wayne, extasiado— y a bebé.

—Eso podrías habértelo ahorrado. —Wax volvió a enfundar la pistola—. Voy a tener que salir de nuevo, a ver si consigo desentrañar el plan de Sangradora. Eso significa que te toca quedarte para proteger al gobernador otra vez.

Wayne asintió con la cabeza.

—Haré lo que pueda, compañero, pero muy alto veo yo ese listón.

—Ya he pedido refuerzos —dijo Wax, encaminando sus pasos al cagadero de las señoras. Llamó a la puerta con los nudillos.

—¡Que todavía me estoy cambiando! —atronó al otro lado la voz de MeLaan.

—¿Te falta mucho?

La puerta se entreabrió una rendija, a la que se asomó un rostro femenino que no se parecía en nada al del kandra.

—No —respondió la desconocida, con la voz de MeLaan—. El pelo de esta chica era un auténtico rollo. —La mujer volvió a cerrar la puerta.

—Me suena esa cara —dijo Wayne, cruzado de brazos y apoyado en la pared.

—Una de las guardias. Fue de las primeras en recibir un balazo.

—Ah, ya. —Wayne tenía un mal presentimiento—. ¿No fue de las que intenté salvar?

—Falleció poco después. MeLaan se dejará el brazo en cabestrillo… ahí fue donde la bala impactó primero, antes de alojarse en el pulmón de la mujer. Se unirá a la escolta del gobernador y, con suerte, Sangradora estará tan ocupada buscándonos a ti y a mí que no se fijará en ella.

—Espero que sepas valorar este sacrificio —sonó la voz del kandra en el interior del cagadero—. Detesto ser tan bajita. Aparte, esta chica sabía horrible. Demasiado flaca y correosa. —De nuevo se abrió un resquicio en la puerta, revelando el mismo rostro de antes—. Para la próxima, elige un cuerpo más sedentario, ¿quieres? Con un toque añejo para potenciar su sa…

Dejó la frase inacabada flotando en el aire, mirando alternativamente a Wayne y a Wax, intentando dilucidar a qué venían aquellas caras de espanto.

—Ah, claro. Mortales. Siempre se me olvida lo remilgados que sois.

—Por favor —dijo Wax, con voz compungida—, muestra un poco de respeto por la difunta. Ya me resulta complicado dejar que utilices así su cadáver.

MeLaan puso los ojos en blanco. Herrumbres, qué extraño era verla comportándose igual que antes, solo que en un cuerpo completamente distinto.

—Si no lo hago yo, niños, lo harán los gusanos. ¿No creéis que preferiría desaparecer toda de golpe, consumida en menos de media hora, en vez de quedarse así tumbada, fundiéndose con el suelo a lo largo de…?

—No hace falta que lo describas con tanto lujo de detalles, MeLaan —la atajó Wax, con voz grave.

—Vale, vale. Ya casi he terminado; solo tengo que ponerme la ropa. ¿Cómo está el pelo?

—Bien —respondió Wayne—. Aunque me parece que se te ha olvidado una ceja.

MeLaan se palpó el rostro.

—Diablos —masculló—. Esto es lo que pasa cuando me metéis tanta prisa. —Volvió a desaparecer en el cuarto.

—Hablando de prisa —dijo Wax, a través de la puerta—, ¿es esto más o menos lo que puedo esperar de Sangradora? ¿Alrededor de media hora para cambiar de cuerpo?

Wayne asintió con la cabeza. Eso sí que sería útil saberlo.

—No, por desgracia —sonó en el interior la voz de MeLaan, amortiguada. Seguía siendo la misma que tenía con el otro cuerpo. ¿No iba a cambiarla también?—. Paalm pertenece a una generación anterior, tiene mucha práctica. No creo que haya nadie tan veloz como TenSoon, claro, pero Paalm será rápida… sobre todo si cambia a un cuerpo que haya utilizado ya antes. Sé de veteranos como ella que son capaces de cambiar de cuerpo en menos de diez minutos, y con los ojos cerrados.

—Pero ¿no les pasa factura? —preguntó Wayne—. Quiero decir… yo una vez tuve que zamparme veinte salchichas para ganar una apuesta. Me embolsé cinco billetes, pero también me tiré luego una hora retorciéndome por el suelo, gimiendo como aquel que se sienta en el trono e intenta hacer pasar un mango a través de su delicada rosquilla, no sé si me explico.

Wax reprimió apenas un gruñido, pero poco después MeLaan abrió la puerta de nuevo, y en esta ocasión iba vestida con un traje negro, como los demás guardaespaldas. También tenía una sonrisa en los labios.

—Qué lindo eres —le dijo a Wayne—. ¿Cómo ha quedado la ceja?

—Esto… bien. —¿«Lindo»?—. Pero estoy comprometido.

—En respuesta a tu pregunta —dijo MeLaan—, sí que nos pasa factura, pero no por la razón que sugieres. Podemos acelerar el proceso de consumición y eliminar cualquier exceso igual de deprisa, lo que hace que transformarse cerca de un retrete, como aquí, resulte de lo más práctico. Lo complicado es memorizar las pautas musculares a medida que las digieres. Bueno, eso y lo de los pelos. Los humanos estáis prácticamente cubiertos de ellos. Por suerte, cuando de cambios improvisados como este se trata, se puede prescindir del vello corporal que oculta la ropa.

—Entonces… espera. —Wayne se acarició la barbilla—. ¿Insinúas que podemos saber si alguien es un kandra…?

—¿Fijándoos en si tiene vello en los brazos y en las piernas? Podría funcionar, sí, pero solo si tuvo que cambiarse apresuradamente.

—Brazos y piernas, sí —dijo Wayne—. Claro. Justo en lo que yo estaba pensando, en el vello de esos sitios.

—Es la parte que más cuesta que salga bien cuando el tiempo apremia —continuó MeLaan—. No podemos generar pelo, así que tenemos que

utilizar el vuestro y colocar cada hebra en su poro. En los brazos y en las piernas hay miles de esas cosas. Es una lata. Mucho peor que cualquier bulto en la cabeza o qué sé yo.

—MeLaan —dijo Wax, rebuscando en el bolsillo de su abrigo para enseñarle una cosa—. ¿Reconoces esto?

—No tengo muchas referencias a las que recurrir, jefe, pero yo diría que es un frasco de cristal vacío.

—Llévalo adentro y apaga las luces. —Wax le lanzó la redoma mientras Wayne daba un paso adelante, esforzándose por echar un vistazo. Aquello parecía interesante.

MeLaan se retiró; un segundo más tarde, volvió a abrir la puerta de un empujón. Agarró a Wax por las solapas de su gabán de bruma, imponente aún, de alguna manera, a pesar de que ahora era más baja que cualquiera de ellos.

—¿De dónde has sacado esto?

—Estaba adherido a la ropa de Sangradora —respondió Wax—. La que se puso cuando suplantó al sacerdote.

—Esto es marchitaventura, un hongo bioluminiscente. Solo crece en un sitio.

—¿Dónde? —preguntó Wax.

—En la Tierra Natal de los kandra.

Wax pareció desinflarse.

—Vaya. Entonces, sería lógico suponer que se habrá ido allí, ¿no?

—No —replicó MeLaan—. Los kandra ya no están atrapados allí. Nos mezclamos con la sociedad…, tenemos hogares, vida propia. Si nos apetece reunirnos con otros de nuestra especie, los citamos en alguna taberna. La Tierra Natal es un monumento. Un lugar sagrado. Un repositorio de reliquias. El hecho de que haya estado allí recientemente, portando la apariencia de una de sus víctimas… —MeLaan soltó a Wax con un estremecimiento—. Es nauseabundo.

—Debería ir a echar un vistazo. Quizás haya establecido allí su guarida.

MeLaan se cruzó de brazos mientras lo recorría con la mirada de pies a cabeza.

—A Armonía le parece bien —anunció, al cabo—. Puedes acceder allí a través de las tumbas; busca el signo del atium y utiliza tus otros ojos. No usamos esa entrada muy a menudo, pero a ti probablemente te resulte más fácil. Procura no romper nada, vigilante.

—Haré lo que pueda —dijo Wax, girándose al tiempo que se asomaba un sirviente desde el pasillo, antes de acercarse con una bandejita de plata encima de la cual había una tarjeta.

—¿Lord Ladrian? —preguntó el hombre, ofreciéndole la bandeja—. Su coche está aquí.

—¿Coche? —se extrañó Wayne. Cuando estaba de cacería, Wax por lo general se ponía en plan «sobrevolar la ciudad como un buitre al acecho». ¿Para qué necesitaría un carruaje?

Wax recogió la tarjeta de la bandeja, asintió con la cabeza y respiró hondo.

—Gracias. —Se volvió hacia Wayne y MeLaan—. Mantened con vida al gobernador. Os avisaré si averiguo algo.

—¿Qué hay en el coche? —quiso saber Wayne.

—Envié una nota poco después de llegar aquí, a la mansión. Hay una persona en esta ciudad que podría tener alguna idea sobre lo que se propone hacer Sangradora. —Wax había adoptado una expresión torva mientras hablaba.

«Ah, claro», pensó Wayne. Le dio una palmadita en el hombro a Wax. Esta no iba a ser una reunión agradable.

—¿Quién? —preguntó MeLaan, cuya mirada no dejaba de alternar entre ambos—. ¿A qué te refieres?

—¿Has oído hablar —dijo Wax— de una organización llamada el Grupo?

Wax encontró a su tío esperándolo plácidamente en el interior del carruaje. Sin guardaespaldas. El conductor ni siquiera le pidió que le entregase las armas cuando se detuvo ante la puerta. Contactar con su tío había sido fácil; la agenda enumeraba varias de las cajas de seguridad de Edwarn, contratadas bajo seudónimo. Tras algunas semanas de montar guardia sobre

una de ellas, Wax había encontrado dentro una carta, sugiriéndole que probara otra cosa.

Había respondido dejando su propia misiva. Después de aquello, se entabló una especie de correspondencia. Los mensajes nunca contenían ninguna información práctica, y Wax se había vuelto loco intentando averiguar cómo llegaban allí. Edwarn, por su parte, siempre parecía conocer el momento exacto en el que recibía alguna nota de Wax.

Se armó de valor y montó en el carruaje. Edwarn era un hombre fornido, caracterizado por una barbita recortada con meticulosa precisión, un elegante traje hecho a medida y un pañuelo para el cuello tan fino y estrecho que colgaba fláccido, como una pajarita desanudada al término de una noche muy larga. Sus manos reposaban con indolencia en la ornamentada cabeza de su bastón, con las facciones iluminadas por una amplia sonrisa.

—¡Sobrino! —exclamó mientras Wax se acomodaba en su asiento—. No te imaginas lo que me alegré al recibir tu nota, y con la promesa de que no ibas a intentar arrestarme. ¡Qué pintoresco! No pude por menos de acudir de inmediato. Me temo que últimamente nos hemos vuelto un poquito distantes.

—¿Distantes? Casi consigues que me maten.

—¡Y tú intentaste devolverme el favor! —dijo Edwarn, golpeando el techo con el bastón para que el carruaje se pusiera en marcha—. Míranos ahora, sin embargo, aquí sentados, vivos y gozando de buena salud. No veo por qué no íbamos a poder tratarnos con cordialidad. Somos rivales, cierto, pero también somos familia.

—Eres un delincuente, tío. Teniendo en cuenta las cosas que has hecho, disculpa si mi empatía familiar deja un poco que desear.

Edwarn exhaló un suspiro mientras extraía la pipa de su bolsillo.

—¿No puedes al menos esforzarte por ser agradable?

—Lo intentaré. —Lo cierto era que Wax necesitaba la información que pudiera poseer este hombre. Sería desaconsejable predisponerlo en su contra.

Circularon en silencio un momento, mientras Edwarn encendía la pipa y Wax intentaba imponer algo de orden en sus pensamientos. ¿Cómo abordar

este tema?

—Hace una noche peligrosa —observó Edwarn, inclinando la cabeza en dirección a la ventana mientras pasaban junto a un grupo de personas que, lámparas y antorchas en mano, escuchaban las arengas de una mujer encaramada a lo alto de una pila de cajas. La oradora estaba lanzando a las brumas una sarta de airadas soflamas que Wax no acertó a distinguir. Herrumbres, la turba estaba muy cerca de la mansión del gobernador. Esperaba que Innate y los alguaciles pudieran evitar que la situación se descontrolara.

—Me pregunto —dijo Edwarn, chupando su pipa— si aquella noche, hace ya tanto tiempo, sería como esta… la noche en que se puso en juego el Gambito del Superviviente. La caída de un régimen. El comienzo de un nuevo mundo.

—No pensarás en serio que esto es comparable. El reinado del lord Legislador se sustentaba sobre los pilares del terror y la opresión. Estas personas están molestas, sí, pero las cosas han cambiado mucho desde entonces.

—¿Cambiado? —Edwarn dejó que el humo escapara en volutas entre sus labios mientras hablaba—. Es posible. Pero las emociones humanas siguen siendo las mismas. Se diría que, no importa lo bonito que sea el cajón, mete a un hombre dentro y se rebelará. Protestará. Luchará.

—Y tú estás de parte de la gente de a pie —dijo Wax, desabrido.

—En realidad, no. Lo que quiero es poder. Riqueza. Influencia. Igual que los integrantes de la banda del Superviviente, de hecho.

—Eran héroes.

—Y ladrones.

—Eran lo que tenían que ser.

—¿Y el propio Kelsier? —preguntó Edwarn—. ¿En los años previos a su jugada maestra? ¿Qué me dices de la Guerrero de la Ascensión, viviendo en la calle, estafando a nobles y sacerdotes para subsistir? ¿Has leído las *Palabras de Instauración*, sobrino? La Histórica describe sus metas sin medias tintas. El Superviviente no aspiraba únicamente a derrocar al lord Legislador; quería apropiarse de toda la fortuna del imperio. Quería

gobernar el mundo que surgiera de entre los escombros de la caída del lord Legislador. Quería poder. Riqueza. Influencia.

—No pienso seguir por ese camino, tío.

—¿No te has preguntado nunca —musitó Edwarn, desoyendo las objeciones de Wax— si congeniarías con ellos? Si hubieras vivido por aquel entonces, ¿qué habrías visto? ¿Un hatajo de bellacos? ¿De forajidos? ¿Habrías esposado a la Guerrero de la Ascensión y la habrías metido entre rejas? La ley no es algo sagrado, hijo. Solo es un reflejo de los ideales de quienes tienen la suerte de estar al mando.

—No conozco a ningún alguacil —replicó Wax— que piense que la ley es perfecta ni que los tribunales son infalibles. Pero es lo mejor que podemos obtener en estos momentos, y no pienso abrazar la idea de que tú seas una especie de justiciero de incógnito. Ni por un puñetero segundo. Estás podrido hasta el tuétano, tío.

—Qué agradable —dijo Edwarn—. ¿Así me agradeces que haya aceptado tu invitación? ¿Con insultos y desaires? Después a la gente le extraña que nuestra casa se haya convertido en un hazmerreír. Tengo entendido que te invitan a las fiestas tan solo para ver cómo te pavoneas.

—Me puse en contacto contigo —mascculló Wax, rechinando los dientes — porque sospecho que podríamos tener un enemigo en común. Sé que quieres gobernar sobre esta ciudad. Pues bien, necesito que entres en razón. He hablado con esta criatura. Como no la detengamos, quizá te quedes sin ciudad sobre la que gobernar.

En lugar de responder, Edwarn se limitó a sostener su pipa en la mano y contemplar la niebla que se arremolinaba en la oscuridad tras el cristal de la ventana del carruaje.

—¿Sabes algo? —preguntó Wax, prácticamente implorante—. Estoy seguro de que el Grupo ha seguido el desarrollo de los acontecimientos con sumo interés. Tu último intento por asesinarme… Dime que solo intentabas aprovechar la ocasión. Dime que no te has aliado con ella. Quiere arrasarlo todo, tío. Ayúdame a pararle los pies.

Edwarn se quedó pensativo un momento, degustando su pipa.

—¿Eres consciente de lo que has conseguido con tu exagerada campaña contra nosotros, sobrino? —preguntó, al cabo de unos instantes—. Las

personalidades más influyentes de media ciudad están demasiado aterradas como para colaborar con el Grupo; temen que te presentes en su puerta y cosas a sus madres a tiros. El dinero que has incautado hasta la fecha no nos va a dejar en la ruina, pero algunos de nuestros miembros están muy, pero que muy molestos.

—Me alegro —dijo Wax.

—Porque eres un ignorante —escupió Edwarn—. Entre los miembros del Grupo, destaco por moderado. Siempre me he pronunciado en contra de actuar por impulso, de la violencia. Cuanto más nos presionas, sin embargo, más se debilita mi influencia y con más insistencia se alzan las voces que exigen venganza. A cualquier precio.

—Ay, Armonía —musitó Wax—. Sí que te has aliado con ella.

—Intentamos capear el temporal, eso es todo. Personalmente, me encantaría ver cómo te cargas a esa criatura. Eso podría desequilibrar a algunos de mis rivales y me permitiría plantear alguna medida más audaz ante el Grupo. Pero no pienso ayudarte, sobrino. Quizás esto sea lo que necesitamos.

—¿Cómo puedes hacer algo así? ¿Te vas a quedar de brazos cruzados mientras la ciudad es pasto de las llamas?

—La ceniza es un fertilizante de primera.

—A menos que forme un manto tan grueso que lo sofoque todo.

Los labios de Edwarn se tensaron hasta formar una apretada línea.

—Eres tan miope como santurrón. Siempre lo fuiste, incluso de niño. Pero te sigo queriendo, sobrino. Considera como una muestra de afecto el que no te haya matado de verdad. No pierdo la esperanza de que, algún día, veas que no somos el enemigo. Únicamente somos los ladrones y los bellacos de nuestra época, a los que tarde o temprano se ensalzará como héroes. Los hombres y mujeres que cambiarán el mundo porque… ¿cuáles fueron tus palabras? Esto es lo que necesitamos hacer para sobrevivir.

—¿Y mi hermana? —preguntó Wax—. ¿Mantenerla cautiva también forma parte de lo que necesitáis hacer para sobrevivir?

—De hecho, sí —respondió Edwarn, sosteniéndole la mirada—. Porque no me cabe la menor duda de que, algún día, me veré obligado a usarla contra ti. Elimíname, Waxillium, y tu hermana puede darse por muerta.

Volvió a golpear el techo, bajo el pescante del conductor. El carruaje aminoró hasta detenerse.

—Márchate, vamos. Sigue representando tu papel de soldadito de juguete y finge que no habrías aniquilado a toda la banda del Superviviente, de haber vivido en tiempos del lord Legislador. Sigue haciendo como si te hubieras ido a los Áridos buscando justicia y no porque te diste cuenta de que la vida en la ciudad era demasiado dura para ti.

Permanecieron sentados en silencio durante unos instantes en el interior del carruaje inmóvil. Wax no hizo el menor ademán, aunque los ojos de Edwarn se posaron en el bulto de su hombro como si esperara que fuese a desenfundar de un momento a otro. Podría hacerlo. Podría descerrajarle un tiro a este hombre ahora mismo; no sería la primera promesa que rompía, y ante personas mucho más íntegras que su tío.

Elimíname, y tu hermana puede darse por muerta…

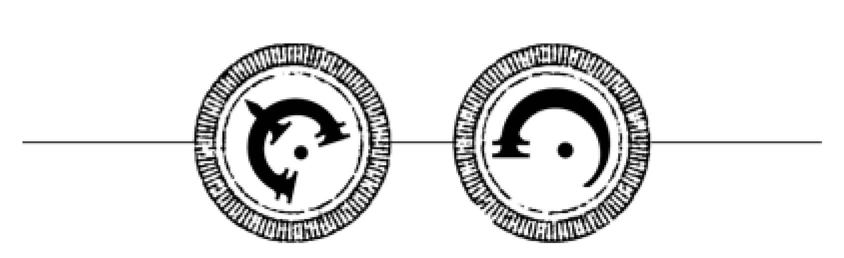
Wax abrió la puerta de una patada.

—Ahora voy a ocuparme del kandra, tío, pero ten por seguro que no pienso olvidarme de ti. Algún día me encontrarás detrás de ti por sorpresa, con el cañón de mi pistola apoyado en tu nuca, y te asaltará la escalofriante certeza de que ya no te queda nada con lo que protegerte de mí.

—¡Ardo en deseos de que llegue ese día! Pero, si no hemos vuelto a vernos antes de que llegue el verano, no dejes de acudir a la cena de Nochenvela. Habrá cerdo relleno, en tu honor.

Con un gruñido ininteligible, Wax se apeó del coche y cerró dando un portazo.

18



Marasi había pasado una buena porción de su vida adulta preparándose para ser abogada, y su madre le había deseado que, algún día, consiguiera meterse en política. Pero ella había renunciado de joven a cualquier aspiración en ese sentido, y recientemente también había abandonado la abogacía. El problema era que ambas profesiones adolecían de un grave defecto: las dos estaban infestadas de políticos y abogados.

Pese a todos sus esfuerzos por evitarlo, se encontraba ahora en una habitación llena de ellos: el estudio privado del gobernador Innate, que estaba en pie junto a la chimenea, con un brazo apoyado en la repisa. Ante él se desplegaba el abanico de hombres y mujeres que componían su equipo de dirección, un grupito dinámico que distaba de parecer tan adormilado como los alguaciles y los escoltas a los que habían sacado de la cama en plena noche.

Antes bien, los consejeros irradiaban una vitalidad palpable mientras debatían sobre la crisis. Las palabras de los unos se atropellaban sobre las de los otros en su afán por manifestar sus respectivas opiniones, como chiquillos en lid por ver quién se ganaba la aprobación de sus padres. Marasi se había apostado junto a la ventana, donde le había indicado el gobernador, con la promesa de que hablaría con ella más tarde. De modo que esperaba, escuchaba y, circunspecta, llenaba su libreta de apuntes. Si el kandra resultaba estar oculto entre ellos, dudaba que un desliz verbal pudiera ponerla sobre la pista de Sangradora, pero no se le ocurría otra

forma mejor de aprovechar el tiempo mientras no se le permitiera moverse del sitio.

—Las aguas volverán a su cauce —estaba repitiendo el director municipal de Limpieza y Recogida de Basuras, un procurador que había pasado por el mismo programa que había completado ella, aunque hacía ya muchos años. Marasi no entendía muy bien por qué se necesitaba un título de abogacía para barrer la ciudad—. Representante, está usted concediéndole a esto más importancia de la que en realidad tiene.

—¿Le concedo demasiada importancia a un atentado contra mi vida, usted cree? —preguntó Innate—. ¿A un ataque que culminó con la muerte de quien era mi amigo desde hacía años?

Sus palabras impusieron el silencio en toda la estancia, y el director de Limpieza volvió a hundirse en su asiento, con las mejillas encendidas. Innate se había cambiado la camisa manchada de sangre, pero a Marasi le constaba que todos lo habían visto antes de que lo hiciese. Sospechaba, en realidad, que el gobernador había retrasado el momento para cerciorarse de que así fuera.

—No me refería al intento de asesinato —se defendió el director de Limpieza—, sino a los alborotos. Las aguas volverán a su cauce.

—Ya han comenzado los primeros saqueos —apuntó la ministra de Comercio, una mujer con gafas que se había traído a dos ayudantes para que tomaran apuntes por ella. No los había invitado a sentarse.

—Los saqueos son inevitables —insistió el director de Limpieza y Recogida de Basuras—. Cosas que ocurren. Propongo que aguardemos y dejemos que arda lo que tenga que arder. Contener la oleada, más que frenarla.

—Bobadas —dijo la secretaria de Educación, una mujer corpulenta que se había sentado junto al fuego crepitante, con los pies en alto—. Es momento de mostrar decisión, lord gobernador. Necesita enseñarles a sus rivales que no se deja intimidar fácilmente. Ya sabe usted que los Lekal están ganando partidarios en los últimos tiempos, y el escándalo de su hermano no hará sino alimentar su ambición. Hágame caso, en las próximas elecciones presentarán una candidatura fuerte desde la oposición, y se apoyarán en lo que ocurra esta noche para desacreditarlo.

—Sí —convino el ministro de Actividades Públicas—. ¿Podrían estar ellos detrás del atentado, quizá?

El gobernador miró de reojo a Marasi; la primera vez que le prestaba un mínimo de atención desde el comienzo de la asamblea. Ya conocía la existencia de MeLaan, quien le había desvelado su verdadera naturaleza justo antes de que empezara la reunión. Innate había intentado explicarles a los miembros de su equipo de dirección que la responsable de todo era un kandra descontrolado. Sus palabras, evidentemente, habían caído en oídos sordos; y ahora todos aquellos burócratas, como tan a menudo ocurría con los de su especie, se limitaban a hacer caso omiso de cuanto Innate les había contado.

Marasi le sostuvo la mirada sin inmutarse. En tiempos, había soñado con participar en asambleas como esa. Reuniones en las que se tomaban decisiones importantes, donde se redactaban las leyes y se adoptaban estrategias políticas. Ahora, tanta palabrería solo conseguía frustrarla. Se le empezaba a contagiar el carácter de Waxillium, y quizá no de la manera más conveniente.

—No, no —dijo el director de Limpieza—. Los Lekal no están detrás de esto. ¿Una asesina? ¿Te has vuelto loca, Donton? Jamás se verían envueltos en algo tan potencialmente perjudicial.

—Estoy de acuerdo —convino la secretaria de Educación—. El responsable habrá sido alguien más desesperado. Lo reitero, lord gobernador. Decisión. Liderazgo. ¿Solicitaba antes la ley marcial? Pues bien, considero que implantarla es lo mínimo que debería hacer. Despliegue una batería de alguaciles. Aplaste a los vándalos, disperse a los alborotadores…, déjese ver protegiendo la ciudad.

La propuesta suscitó una oleada de opiniones que el gobernador se apresuró a acallar.

—Me lo pensaré. ¡Me lo pensaré! —Su tono era seco y cortante, más de lo que Marasi hubiese oído en él antes—. Afuera todos. Necesito reflexionar.

En aquellos precisos instantes, parecía agotado. Los consejeros enmudecieron y buscaron la salida. A regañadientes, Marasi se dispuso a seguirlos.

—Señorita Colms —dijo el gobernador mientras se dirigía a su mesa—, un momento.

Marasi obedeció, acercándose al escritorio mientras él se sentaba. Innate se agachó, empujó la alfombra hacia atrás y dejó al descubierto la tapa de una pequeña caja fuerte, la cual procedió a abrir distraídamente con una llave que recogió de la mesa. Introdujo una mano, sacó su sello oficial y comenzó a redactar un escrito.

—Dígale al comisario general Aradel que ya tiene su ley marcial. —La voz del gobernador denotaba cansancio—. Es el único que se ha puesto en contacto conmigo, de momento, lo cual me parece desconcertante. Por la presente le otorgo la autoridad inherente al cargo de lord alto comisario, director de todos los organismos encargados de velar por el cumplimiento de la ley en esta ciudad hasta que hayamos superado la crisis que nos ocupa. Los comisarios generales de los demás octantes deberán responder ante él.

Marasi se reservó su opinión. A los otros no iba a hacerles ni pizca de gracia. La rivalidad entre las comisarías de los distintos octantes se consideraba amistosa, en teoría, pero lo cierto era que ocultaba demasiada inquina para su gusto.

—¿Y sus instrucciones acerca de los habitantes de la ciudad? —preguntó en voz baja Marasi mientras Innate escribía—. ¿Deberían actuar los alguaciles como sugiere su secretaria de Educación?

El gobernador terminó de redactar el mensaje y la observó fijamente, como si la sopesara con la mirada.

—Tengo entendido que es usted nueva en la comisaría. ¿Prima de la prometida de lord Ladrian?

—Ignoraba que se hubiera fijado tanto en mí.

—En usted, no. En él. Un tipo endiablado.

Marasi guardó silencio, azorada por la intensidad del escrutinio de Innate.

—Los descontentos llegarán aquí tarde o temprano, ¿sabe? —dijo el gobernador, tamborileando con su pluma en la mesa—. Vendrán exigiendo respuestas. Debo hablar con ellos, cambiar las tornas.

«¿Hablar con ellos? —pensó Marasi—. ¿Como la última vez?». En aquel discurso, el gobernador no se había mostrado como un dechado de

empatía, precisamente.

Herrumbres, ¿no había sido esa misma tarde? Al consultar el ornamentado reloj de la mesa del gobernador, descubrió que eran casi las dos; técnicamente, Innate había pronunciado su discurso el día anterior. No debería haber mirado la hora; comprobar lo tarde que era no hizo más que recordarle lo agotada que estaba a su vez. Era como un acreedor enfurecido que no dejase de llamar con el puño a la puerta; no podría desoír sus protestas eternamente.

—Dígale a Aradel —musitó el gobernador— que no impida que la gente converja aquí, en la mansión, pero que actúe con contundencia para que cesen los saqueos en otras partes de la ciudad. Que teman la reacción de las fuerzas del orden. Necesitaré un destacamento de alguaciles aquí, por supuesto, para garantizar que los manifestantes no se desmanden, pero me gustaría hablar con ellos. Esta va a ser una noche histórica.

—Señor —dijo Marasi—. Sé un par de cosas sobre la mentalidad colectiva, si desea es…

Alguien llamó a Innate desde el pasillo. El gobernador se puso de pie sin dejar que Marasi terminara su frase. Empujó la carta hacia ella, la selló con su lacre y se fue a averiguar qué querían de él.

Marasi suspiró mientras lo veía alejarse. Esperaba que Wayne y aquel kandra consiguieran mantenerlo a salvo. Por lo que a ella respectaba, le encantaría ver a Innate entre rejas algún día, pero no le deseaba la muerte. Su asesinato sería, entre otras cosas, un mazazo para la moral de la ciudad.

Guardó la nota en el bolso, junto a su pistola, salió de la habitación y cruzó discretamente el pasillo, donde varios miembros del gabinete impartían órdenes a sus ayudantes y aceptaban tazas de humeante té negro de manos de los criados de la mansión. Wayne holgazaneaba en una esquina, con los pies encima de una mesa de centro, dándole vueltas entre los dedos a una cara estilográfica de oro y caoba. Sabría Armonía a quién le habría robado eso.

Su motocarro necesitaba repostar combustible, por desgracia, de modo que tendría que utilizar un método de transporte más convencional para llevarle el escrito a Aradel. Buscó al mayordomo y encargó un carruaje.

El demacrado sirviente, sin embargo, sacudió la cabeza.

—Necesitaré unos minutos, señorita, para encontrar un coche libre. El ejecutivo tiene a la mitad de los mensajeros de la ciudad corriendo de un lado a otro, y en una noche como esta, además… —Lanzó una miradita elocuente en dirección a la puerta, que, abierta como estaba, permitía ver que las luces del porche apenas si lograban traspasar la niebla. Esta danzaba y se arremolinaba en jirones diminutos, tímidos casi, que se arrastraban hasta el interior del vestíbulo para desvanecerse casi de inmediato, como el vapor de una estufa.

—Esperaré —dijo Marasi—. Gracias.

Su respuesta pareció tranquilizar al hombre; quizás otros no se hubieran mostrado tan comprensivos como ella. Cuando el mayordomo se alejó, reclamada su presencia en otro lugar, Marasi se quedó en el umbral de la entrada, ociosa, contemplando las brumas. El resplandor anaranjado que bañaba la ciudad no era normal. Había fuego en alguna parte. Con suerte, las llamas pertenecerían a linternas y antorchas, en vez de a algún edificio incendiado.

Allí en pie, la asaltó poderosamente el recuerdo insinuado de algo que no acertaba a identificar. Sacudió la cabeza y regresó al interior de la mansión, pensando en buscar a Wayne y preguntarle qué opinaba de los recientes acontecimientos. Ya en la espaciosa sala de estar que lindaba con el recibidor, se cruzó con un criado ojeroso que, cepillo en mano, se afanaba en restregar el suelo de madera. Las manchas de sangre eran obstinadas, al parecer. El hombre ya había enrollado discretamente la alfombra, que esperaba apoyada contra la pared a que alguien se deshiciera de ella.

Al pasar junto al sirviente, Marasi cambió de opinión con respecto a buscar a Wayne y, en vez de eso, bajó las escaleras que conducían a la cámara oculta. «Una ciudad se tambalea al filo de la catástrofe —pensó cuando hubo llegado al fondo—. No es la primera vez que ocurre algo así».

En aquel espacio confinado aún flotaba en el aire el olor al jabón empleado para limpiar la sangre. Reinaba en la sala de seguridad, desierta por lo demás, un aura de erudición con todos aquellos libros en las paredes. Las lámparas con fanales emitían una suave claridad entre roja y anaranjada. Marasi se paseó por la habitación, fijándose en los numerosos volúmenes integrales de las *Palabras de Instauración*. Los libros, con tapas

de cuero, parecían encontrarse en perfecto estado; sacó uno al azar y lo ojeó. Había páginas sin cortar, como sucedía a veces con los libros nuevos. Era evidente que nadie se había leído ese volumen.

Tiempo atrás, el Superviviente había llevado una ciudad al borde de la destrucción, para luego canalizar esa furia en una rebelión que había acabado con una dictadura milenaria. En todas las escuelas se enseñaba esa parte de la historia, pero Marasi había leído los informes detallados, incluidos los de la noche en que había empezado todo. No le costaba imaginarse que hubiera sido muy parecida a esta.

Solo que, en vez del Superviviente, en esta ocasión la instigadora era una asesina psicótica.

«Lo tiene que estar haciendo a propósito —pensó Marasi mientras recorría la sala—. Intentando reproducir las circunstancias que desembocaron en la caída del lord Legislador. Un pueblo al filo de la insurrección. Las casas nobles enfrentadas entre sí. Y ahora…».

Y, ahora, un discurso. El gobernador se dirigiría a la población, y esta percibiría los paralelismos, aunque no supiera precisar de qué se trataba. Llevaban oyendo hablar de aquella noche desde que eran pequeños. Lo escucharían y lo compararían con el Último Emperador, quien también había hablado la noche en que murió el lord Legislador, hacía ya tanto tiempo. Si el Último Emperador consiguió llegar al poder era precisamente por el apasionado discurso que había pronunciado entonces.

Solo que el gobernador Innate no era como Elend Venture. Ni de lejos.

Marasi se detuvo de repente y retrocedió unos pasos. Estaba caminando junto a las estanterías empotradas, sin prestarles apenas atención, pero creía haber detectado algo extraño. Allí, en una larga balda de libros impolutos, había tres seguidos cuyos lomos se veían algo raspados en la parte inferior. ¿En qué se diferenciaban esos ejemplares de los demás? Formaban parte de una colección de siete volúmenes sobre áridos tratados políticos redactados hacía mucho por el Consejero de los Dioses.

Cogió uno y lo ojeó, sin encontrar nada de interés. Quizás Innate hubiera estado estudiando últimamente. Pero ¿por qué eran los volúmenes tercero, cuarto y quinto los únicos que presentaban rozaduras? Tomó otro, lo abrió… y allí encontró la explicación. Alguien había practicado un

agujero en el centro de las páginas, y dentro había una llave. Innate no se había dedicado a leer los antiguos ensayos de Brisa. Sencillamente se le había olvidado qué volumen contenía la llave.

Con esta en la mano, Marasi lanzó una mirada de soslayo al solitario escritorio de la habitación. ¿Se atrevería?

«Pues claro que me atrevo», pensó, cruzando la estancia envuelta en un remolino de faldas. Sus credenciales como alguacil, sumadas a la preocupación por el bienestar del gobernador que sentía Aradel, la habilitaban a efectos jurídicos para efectuar un registro rápido. Conocía la ley mejor que cualquiera.

También sabía que la ley era susceptible de interpretarse de un modo u otro para los distintos jueces de la ciudad, la mayoría de los cuales tenían sangre noble en las venas y no verían con buenos ojos que alguien espiara al gobernador. Por eso le temblaban los dedos cuando intentó introducir la llave en la cerradura del cajón de la mesa. No encajaba. Se quedó pensativa, hasta que encontró un punto en el suelo que le recordaba a algo que acababa de ver arriba, cuando el gobernador había sacado su sello.

Efectivamente, había una caja de caudales escondida bajo la alfombra. Marasi giró la llave en la cerradura, y se vio recompensada por un gratificante chasquido. Tiró de la puerta para abrirla y echó un somero vistazo al contenido.

Una pistola.

Puros. No le sonaba la marca.

Un fajo de billetes amarrados con un cordel. Dinero suficiente para comprar una casa. Marasi se quedó impresionada, pero siguió buscando.

Un montón de cartas. Se las llevó a la mesa, esperando encontrar los detalles de algún romance ilícito o algo por el estilo. Les echó un vistazo, comenzó a leerlas más detenidamente, y se hundió en la silla del escritorio, llevándose los dedos a los labios.

Las cartas hablaban de una relación, sí; o, mejor dicho, de varias. Eran correspondencia privada con los líderes de las casas de toda la ciudad. Aun perfumadas con una nube de eufemismos y circunloquios, apestaban a corrupción.

A Marasi se le heló la sangre en las venas mientras repasaba las cartas, una por una. Las expresiones utilizadas eran ambiguas. *Acordamos extender ciertas cortesías*, por ejemplo, o *En función de nuestro último acuerdo, los términos son aceptables*. Pero todas estaban fechadas, y su mente no tardó en relacionarlas con los apuntes que guardaba en la comisaría. Esta era la prueba. Ojeó algunas más. Sí, coincidían con sus análisis estadísticos. Estos eran los favores políticos que había prometido Innate a cambio de sobornos.

Debido a lo rebuscado de su redacción, quizá no resultaran tan incriminatorias como una pistola humeante… pero sí al menos como una cuyo cañón aún estuviera caliente. Lo mejor de todo era que Innate había añadido varias anotaciones de su puño y letra, subrayando aquellos puntos que le parecían más importantes. Aquí, Innate prometía subir los impuestos sobre el acero refinado de fuera de la ciudad a cambio de una rebaja en el precio de los terrenos que quería comprar alguien de su familia. En otra, más reciente, se hablaba de que había quedado libre una plaza de juez, ocupada finalmente por el noble vástago de una familia hammondessa merced a la intervención de Innate.

Marasi sospechaba que el hombre era un corrupto, pero verlo expuesto tan a las claras, en negro sobre blanco, resultaba descorazonador. Barajó el mazo de cartas. No había ninguna dirigida a los Lekal, sus principales rivales. Ninguna tampoco para Waxillium, constató con alivio Marasi, ni más antiguas para Edwarn Ladrian, su tío.

Debajo de las cartas había un libro de cuentas, en el cual Marasi esperaba que constase lo que Innate creía que le debían, así como el estado de sus finanzas particulares. Tras echar un somero vistazo a sus páginas, no encontró nada que confirmara sus sospechas, pero tampoco nada que las despejara.

Se quedó un momento sentada, abrazada a todos aquellos papeles, sintiéndose abrumada. «Herrumbres. La gente hace bien en sublevarse». ¿Sería este el objetivo de los planes de Sangradora? ¿Empujar a Innate a la luz pública y socavar su reputación exponiendo su corrupción; la naturaleza corrupta, de hecho, de prácticamente todas las familias nobles de la ciudad? Al revelar estas cartas, Marasi podría estar siguiéndole el juego a la

criatura. La mera idea le revolvía el estómago. Pero, si tan corrupto era el gobernador, ¿no sería lo mejor desenmascararlo y apartarlo del cargo?

Se apresuró a guardar las cartas en el bolso. El coronel Aradel tenía que verlas. Cerró la caja fuerte, echó la llave, devolvió esta a su escondite y empezó a subir las escaleras. No quería estar en el sótano cuando el mayordomo fuese a buscarla para decirle que ya había llegado su carruaje.

«Innate alegará que fue Sangradora la que las colocó aquí —pensó mientras llegaba a la planta baja—. Sería la coartada perfecta». Aparte de eso, si se percataba de su ausencia, no le costaría nada adivinar quién se las había llevado. El mismo criado de antes seguía restregando el suelo, y había visto cómo Marasi bajaba y volvía a subir.

Pero, Herrumbre y Ruina, no pensaba hacer como si semejante bomba ni siquiera existiese.

Surcar los aires de noche le permitía a Wax constatar la inconfundible presencia de la humanidad, delimitada por unas cotas estrictas. Donde vivían había iluminación. Cabezas de alfiler en la oscuridad, hombres y mujeres que intentaban comerle terreno a la noche. Las luces se extendían como las raíces de un árbol.

Su tío lo había dejado lejos de su destino. Por suerte, para un lanzamonedas, ni siquiera la inmensidad de Elendel constituía un reto. No se dirigió de inmediato hacia el interior, sin embargo, para visitar la Tierra Natal de los kandra. Las palabras de su tío resonaban aún en su cabeza, al igual que las provocaciones de Sangradora. Lo asaltaban desde dos frentes distintos, como punzones que intentaran traspasarle las sienes.

Necesitaba pensar, estar a solas. Quizás así podría resolver ese espantoso rompecabezas. Aterrizó en un tejado que señoreaba sobre el vasto manto luminoso que refulgía ante él. Un gato lo observaba desde un macetero cercano, encendidos sus ojos. A sus pies, otra hilera de tabernas. Bullicio y escándalo. Debían de ser más de las dos de la madrugada, pero nada indicaba que los clientes tuvieran la menor intención de irse a sus casas.

Herrumbres, cómo le molestaba que uno no pudiera estar nunca realmente solo en la ciudad. Incluso en la intimidad de su mansión, el incesante paso de los carruajes que circulaban frente a ella perturbaba el silencio.

Se zambulló en la noche de un salto, asustando al gato. Se elevó trazando una larga parábola, esforzándose por alejarse lo suficiente como para dejar de oír los gritos de los borrachos. Su búsqueda lo llevó al este, hacia el borde de la ciudad. Mientras se aproximaba, algo emergió de las brumas como el espinazo descolorido de algún monstruo antiguo. El Pontoriente, una estructura gigantesca que cruzaba el río Puerta de Hierro.

Por una parte, lo maravillaba que la humanidad fuese capaz de construir algo así: un prodigio de dimensiones colosales erizado de remaches, lo bastante amplio como para permitir el tráfico de motocarros y contener incluso tendidos ferroviarios. Por otra, las brumas envolvían el puente por completo, confiriéndole una apariencia aún más esquelética. La humanidad creaba y se vanagloriaba de sus creaciones, pero la presencia de Armonía conseguía que todo pareciese trivial.

«¿Lo sabía?». Wax aterrizó en una de las torres del puente; sus botas repicaron contra el metal. «¿Podría haber salvado a Lessie?».

La respuesta era sencilla. Por supuesto que Armonía lo había sabido. Creer en Dios significaba entender que Él o Ella no iba a resolver todos tus problemas por ti. Wax nunca se había parado a pensar detenidamente en eso. Cuando vivía en los Áridos, había aprendido a aceptar que, a veces, uno sencillamente debía capear el temporal por sus propios medios. No siempre iba a haber alguien cerca para echarle una mano. Así era la vida. Resignación.

Ahora, sin embargo, era como si algo hubiese cambiado. Había hablado con Armonía. Diablos, si estaba donde estaba ahora mismo era porque el mismo Dios le había encomendado una misión. Aquello le confería a todo un carácter más personal. Dios no había salvado a Lessie, no había avisado a Wax. ¿Y ahora esperaba que este corriera a cumplir con Su voluntad?

«¿Qué vas a hacer? —se dijo Wax para sus adentros, caminando por el elevado pináculo del puente—. ¿Dejar que arda la ciudad? ¿Que Sangradora siga matando?».

No, por supuesto. También eso lo sabía Armonía. Tenía a Wax agarrado por el pescuezo.

«¿Estás ahí? —preguntó Wax, proyectando sus pensamientos—. ¿Armonía?».

Se acarició la oreja antes de recordar que se había quitado el pendiente. Por necesidad, sí, pero en ese momento se alegró de no llevarlo encima. Para que Dios no pudiera asomarse a su mente, puesto que sus pensamientos no estaban siendo particularmente puros.

Wax recorrió las brumas a largas zancadas mientras, abajo, un motocarro solitario cruzaba el puente traqueteando. Sangradora estaba jugando con él. Podía sentir sus dedos insidiosos atravesándole el cráneo, envolviéndose alrededor de su mente. Veía con claridad meridiana lo que estaba haciendo, pero no lograba desentrañar ninguna de las incógnitas que le planteaba.

Se detuvo en un extremo de lo alto de la torre. Desde allí se distinguía el filo de la ciudad, donde las luces daban paso a la oscuridad de los páramos. A su espalda, Elendel resplandecía fulgurante, con miles y miles de luces, pero los tendidos eléctricos todavía no habían llegado al otro lado del puente. En las afueras de la ciudad, se acababan las lámparas. Las últimas colgaban del puente, como faros enfrentados a la inmensa oscuridad del océano.

Anhelaba esa oscuridad. Internarse en ella de un salto, escapar de toda esta responsabilidad; no tener que preocuparse más por los cientos de miles de personas a las que no conocería jamás y volver a ayudar al puñado de ellas a las que siempre podría poner rostro.

Libertad. Pero la libertad, para Wax, no era la ausencia de responsabilidad. Estaba seguro de que, si se iba otra vez, volvería a terminar ejerciendo de vigilante. No, la libertad no era la ausencia de responsabilidad: era ser capaz de hacer lo que estaba bien, sin necesidad de preocuparse porque también pudiera estar mal.

No contemplaba en serio la posibilidad de marcharse, pero se quedó allí sentado un buen rato, contemplando la oscuridad. Esforzándose por mirar más allá de la gente, de los suburbios en sombra, y ver de nuevo la simplicidad. Herrumbres. Ojalá pudiera cambiar a todos aquellos políticos,

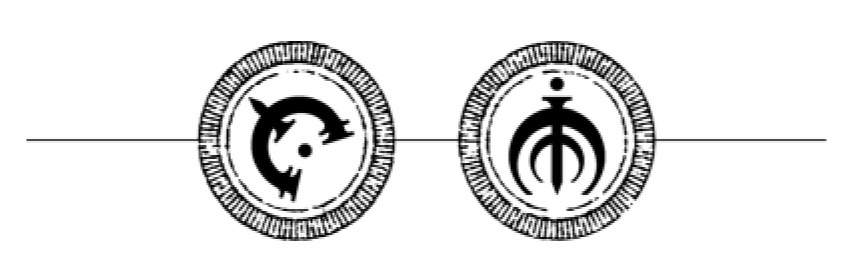
con sus juegos y sus secretos, por un honrado asesino plantado en la calle, desafiándolo a cara descubierta.

«Cobarde».

Aquella idea era propia. Ni de Armonía, ni de Sangradora. Eso hacía que le doliera más todavía, como un directo en la barriga, puesto que sabía que era verdad. Wax respiró hondo y se puso de pie, dispuesto a seguir cargando con su culpa. Le dio la espalda a la oscuridad y saltó al vacío desde lo alto del puente, empujando contra él para volver a sumergirse en la noche. Había venido aquí para disfrutar de un momento de tranquilidad. Para pensar.

Pero, al final, había descubierto que no le gustaban los derroteros que estaban tomando esos pensamientos.

19



Por más que Wayne apreciase todos los caprichos lujosos que le proporcionaba el gobernador, tenía que admitir que no acababa de conmoverse al verlo en aquel aprieto. Al fin y al cabo, la gracia de tener a alguien al mando —como el gobernador— estaba en que la gente pudiera saber con certeza cuál era el tipo al que había que matar.

Para eso estaban las elecciones, ¿no? A Innate le tocaba estar al cargo y mangonear a todo el mundo, pero cuando los sicarios se aburrían no iban a pegarle una paliza al tipo que vendía pescado en una esquina: iban a por el mandamás. Había que andar a las duras y a las maduras. Por un lado, tenía los dulces deliciosos a cualquier hora del día. Por el otro, podía encontrarse asesinos en el baño. Ahí estaba la pega.

Y el tipo este, Innate, parecía estar deseando conocer a Ojos de Hierro. ¿A quién se le ocurre no huir al campo, sabiendo que te persigue un superalomante psicópata y metamórfico? Sí, tenía claro que estaba marcado. Wayne se paseaba tras él —aprovechando para quitarle la bandeja a la camarera que retiraba los pastelillos sobrantes— cuando el gobernador se detuvo a la puerta de su estudio.

—Necesito unos minutos para pensar, para preparar mis comentarios —les dijo a Wayne y a los demás guardias—. Gracias.

—¡Pero, señor! —exclamó MeLaan—. No puede entrar solo, tenemos que protegerlo.

—¿Y qué va a hacer ninguno de vosotros —preguntó Innate— contra alguien que se mueve a la velocidad del trueno? No nos queda más que esperar que los alguaciles logren encargarse de este… ser.

—Me parece que no… —La frase de MeLaan quedó a medias al cerrarse la puerta, dejándola a ella, a Wayne y a un par de guardias más en el pasillo.

Wayne puso los ojos en blanco y se apoyó en la pared.

—Vosotros dos —llamó a los otros guardias—, vigilad la ventana desde fuera de la habitación, ¿vale? Aquí no hacéis falta.

Los dos tipos arrastraron un poco los pies, con pinta de ir a protestar, pero al final se escabulleron por el pasillo. «Me pregunto —pensó Wayne, acomodándose en el suelo, junto a la puerta—, si se estarán replanteando su futuro profesional. Como casi todo el mundo ya da al gobernador por muerto…».

—Me sorprende —musitó MeLaan, camino de la puerta— lo generosos que llegáis a ser los mortales con vuestro limitado tiempo de vida.

—Sí —dijo Wayne—. Lo más probable es que solo intente buscarme un follón.

—¿Cómo? —A MeLaan parecía hacerle gracia—. ¿Dejándose asesinar?

—Claro —respondió Wayne—. El muy imbécil ya me prohibió antes ir a esa fiesta tan elegante suya y luego se deshizo de mí. Me la tiene jurada. Va a conseguir que lo maten y luego voy a ser yo el que tenga que explicárselo a Wax: «Lo siento, colega, dejé que abriesen a tu político en canal». Y Wax me montará una buena, aunque no tenga yo la culpa.

MeLaan se sentó frente a él y sonrió.

—¿Eso fue lo que pasó con su caballo?

—¿Por qué tienes que sacar ese tema? —preguntó Wayne, revolviéndose para acomodarse y encajándose el sombrero sobre los ojos—. En realidad, no fue culpa mía. Entonces sufría una lesión debilitante.

—Debi…

—Sí —atajó Wayne—, me hacía maldecir y beber como un condenado.

Se arrellanó y cerró los ojos para escuchar. Por el edificio iban y venían los criados. Los mensajeros seguían sus rutas. Unos tipos importantes intercambiaban opiniones en una sala contigua.

Todos hablaban. Todo el mundo sentía la necesidad de hablar. A nadie le era suficiente con pensar las cosas, todos tenían que explicarlas. Wayne era igual; al fin y al cabo, él también era alguien.

Aquella asesina, aquel kandra, era alguien también y había hablado con Wax. También tenía que hablar.

Lo más probable era que Wax la atrapase. Él hacía cosas como aquella, cosas imposibles de las que nadie lo creía capaz. Pero, solo por si acaso no lo conseguía, Wayne escuchaba. Se podía saber mucho de la gente por su forma de hablar: ver su pasado, su crianza, sus aspiraciones… Todo se reflejaba en las palabras que utilizaban. Y aquel kandra… antes o después cometería un desliz y se le escaparía una palabra. Una palabra que llamaría la atención como un tipo que bebe leche en una taberna de mala muerte.

No oyó nada al principio, aunque, cosa rara, sí notó que MeLaan susurraba por lo bajo. Mientras la escuchaba, ella moduló la voz, haciendo que sonase más grave, aunque sin perder su femineidad. Repetía unas palabras para sí.

—Era una dosera —comentó Wayne, con los ojos todavía cerrados.

—¿Eh? —se extrañó MeLaan.

—Tus huesos —dijo Wayne—, la mujer que llevas puesta. Es una dosera, del segundo octante. Criada en las afueras.

—¿Eso cómo lo sabes? —preguntó MeLaan.

—La oí maldecir cuando la ayudaba —respondió Wayne, con una punzada de remordimiento. Aquella mujer solo estaba haciendo su trabajo, intentando evitar que matasen a una persona.

«Bueno, su trabajo lo sigue haciendo —pensó, entreabriendo un ojo para mirar a MeLaan—. O al menos sus huesos». De poder elegir, si él muriera intentando hacer algo importante, preferiría que sus huesos se levantaran para verlo hecho y rematado. ¡Qué diablos! Podría pasarse la mitad de la otra vida incordiando a Steris con algunos amigos kandra.

—¿Así? —preguntó MeLaan—. ¿Como del segundo octante con un toque de granjera?

—Muy bien. Arrastra el final de las frases y que suenen más graves. Que se te note bien lo dosero en la voz.

—¿Mejor así?

—Pues sí —respondió Wayne, incorporándose—. Lo has clavado.

—TenSoon estaría orgulloso —dijo MeLaan—. Todavía soy capaz de imitar bien un acento difícil cuando hace falta.

—¿Difícil? ¿El acento dosero?

—Mezclado con agavero.

—Es una mezcla frecuente —replicó Wayne—. Una vez me las vi con un tipo de la costa noroeste, criado por padres sordos, que solo hablaba de vez en cuando… y que después se fue a vivir con los fundamentalistas terrisanos de las montañas.

MeLaan arrugó el ceño. Un criado pasó con ropa de cama: algunos miembros del personal ejecutivo iban a pasar allí la noche, o lo que quedaba de ella, así que había que preparar las habitaciones de invitados.

—No sé si yo sería capaz de imitarlo —dijo MeLaan, hablando con voz lenta y pausada, con un toque de Terris y vocalizando muy poco—, pero suena divertido.

—¡Ja! —exclamó Wayne poniendo el acento, que en realidad era más entrecortado que la versión de MeLaan—. Está bien, pero lo fuerzas demasiado. Que te críen unos padres que no oyen no te va a convertir en idiota; solo te da otra perspectiva del mundo, ¿ves?

—No está mal —concedió MeLaan. Pasó otra criada que los fulminó con los ojos por obligarla a sortear los obstáculos de sus piernas, extendidas de través por el suelo del pasillo.

—Va mejor con un sombrero —sugirió Wayne.

—¿Con un sombrero?

—Claro. Los sombreros son un disfraz para el cerebro. Te ayudan a pensar como la última persona que los llevó. Si quieres conocer de verdad a alguien, ponte su sombrero.

—¿No te han dicho nunca que eres sorprendentemente sabio? —preguntó MeLaan.

—Todo el santo rato.

—Porque son idiotas. No eres sabio, los engañas. Lo haces a propósito —sonrió—. Me encanta.

Wayne se echó el sombrero hacia delante, sonriendo, y se recostó otra vez.

—Pero lo de los sombreros es cierto, sí que ayudan.

—Seguro que sí —convino MeLaan—, igual que los huesos.

—¿No te… molesta nunca —entreabrió un ojo—, saber que es posible que vivas siempre?

—¿Molestarme? ¿Por qué me iba a molestar? ¡La inmortalidad es de lo más práctica!

—No sé yo —dijo Wayne—, me da la impresión de que debe de ser agradable acabar por fin, ¿sabes? Como… como quien compite en una carrera sin saber dónde termina, pero con una idea aproximada. Y solo tienes que llegar hasta allí. Eso lo puedo hacer, diría yo. Pero tú… tú no tienes final.

—Oyéndote hablar parece que quisieras morir.

—Algún día. Mmm… Tal vez debería meterme en política.

MeLaan negó con la cabeza, aparentemente divertida.

—Pensar en la eternidad como debe de verla Armonía puede resultar abrumador —admitió al cabo de un rato—, pero cada vez que me aburro no tengo más que empezar una nueva vida.

—Ponerte un sombrero nuevo, convertirte en otra persona.

—Cambiar el patrón: ser atrevida cuando antes era tímida, ser grosera cuando antes era respetuosa. Hace la vida más interesante. Dinámica —hizo una pausa—. Y además está otra cosa. Sí que podemos morir, si queremos.

—¿Cómo? ¿Así como así?

—Más o menos —respondió MeLaan—. No sé si has leído los relatos. Son algo confusos sobre este tema, pero cuando se acercaba el final del Mundo de Ceniza, Ruina intentó dominar a los kandra; controlarlos directamente. TenSoon y los mandamases estaban aterrorizados, así que trazaron un plan y todos hablamos. Y cosa de un siglo después del Catacendro descubrimos una manera de poner fin a nuestras vidas. Requiere una cierta concentración, pero el cuerpo entra en una espiral en la que, sencillamente, terminamos.

—Eso está bien —admitió Wayne, asintiendo con la cabeza—, tiene mucho sentido contar siempre con una ruta de escape. ¡Ah! Y te siguen saliendo mal las aes, conservas las de tu acento. Son poco nasales. Alárgalas si quieres sonar como una auténtica dosera.

—Eres un despojo de ser humano.

—¡Tampoco te pases! Tal vez un poco borracho, aunque hoy no he bebido más que un par de tragos. —Wayne metió la mano en el bolsillo y tentó su petaca—. Bueno, igual un poco más.

—No, me refería a…

Wayne le sonrió y ella dejó la frase a medias y le devolvió la sonrisa. Él se tocó el ala del sombrero en un gesto cómplice y luego cerró los ojos para seguir escuchando. No había pasado mucho tiempo cuando ella se puso en pie y empezó a recorrer el pasillo, practicando las aes para sí, aunque en un tono audible.

Wayne escuchó un buen rato sin captar nada anormal, aunque estaba bastante seguro de que el tal ministro de Sanidad mentía sobre su formación. El tipo aquel no había ido a la universidad en su vida… o si lo había hecho, no se había quedado lo suficiente para que se le pegase el vocabulario. Wayne le daba vueltas a aquello cuando escuchó algo a la entrada: una voz débil pero inconfundible.

Se levantó tan a prisa que MeLaan pegó un salto.

—Me tengo que ir —dijo—. Échale un ojo a ese mendrugo.

—¡Pero…!

—Enseguida vuelvo —se despidió Wayne, agarrando el sombrero y echando a correr por el pasillo con el largo guardapolvo al estilo de los Áridos aleteándole a los costados. Dobló la esquina a toda prisa y aceleró en dirección a la entrada de la mansión.

—Me ha dicho que lo entregue aquí —le decía la mujer al mayordomo —, así que lo he traído. Era una tarea fácil, solo necesitaba que le hiciera una cosa. No valía la pena despertar…

Se volvió hacia él. Era una mujer radiante, gloriosa, con las hechuras de una buena cerca de los Áridos: con la altura justa y estrecha, pero fuerte. Tenía el pelo oscuro y él lo había comparado con el de un poni en más de una ocasión… y no tenía ella motivos para enfadarse, habida cuenta de que se lo recogía en una cola de caballo. Llevaba pantalones, porque las faldas eran ridículas, y botas, para patear lo que hiciera falta.

Ya podía estarse yendo el mundo al traste, que a él se le olvidaba todo solo con verla. Sonrió.

Ella le respondió con su ceño especial, el que reservaba para él. Así sabía que lo apreciaba. Por eso y porque cuando le disparaba intentaba apuntar a zonas en las que no doliese demasiado.

—Está conmigo —dijo Wayne, llegando a todo correr.

—¡De eso nada! —protestó Ranette, pero lo dejó apartarla del mayordomo.

—Y uno se pregunta —refunfuñó este desde atrás— cómo va a estar en peligro la vida de Su Gracia, cuando dejamos que se paseen por aquí todas las ratas polvorientas de la ciudad y…

Se interrumpió al ver que Ranette se giraba con la pistola desenfundada. Wayne la sujetó por el brazo a tiempo de impedirle disparar.

—¿Ratas polvorientas? —masculló.

—¿Hace cuánto que no te das un baño? —preguntó Wayne, y enseguida se enmendó—: Por saber, más que nada.

—A las armas les da igual que apeste, Wayne. Tengo cosas que hacer y no me gusta que me mangoneen. —Sacudió un taleguito que llevaba en la mano izquierda. A su espalda, el mayordomo se había puesto muy pálido.

Wayne la llevó a la salita de estar. No apestaba, pese a lo que había dicho, olía a grasa y a pólvora. Buenos aromas. Aromas de Ranette.

—¿Qué hay dentro? —preguntó Wayne, arrebatándole el talego en cuanto salieron de la vista del mayordomo.

—Me pidió Wax que lo hiciera —respondió Ranette—. ¿A quién han matado ahí?

Señaló la puerta secreta, todavía abierta, que conducía a la habitación de seguridad. El asesinato siempre le interesaba, aunque no fuese más que por examinar los cadáveres y comprobar si las balas habían atravesado bien la carne.

Un objeto metálico pequeño se deslizó rodando del talego a la palma de la mano de Wayne.

Era una bala.

Empezó a temblarle la mano.

—¡Por el amor de Armonía! —exclamó Ranette, arrebatándole la bala de la mano antes de que se le cayese—. No es un arma, idiota.

—Pero pertenece a un arma —replicó Wayne, metiéndose la mano en el bolsillo con la respiración agitada.

Podía coger una bala, lo hacía continuamente para Wax. El temblor no se detuvo. Aquella bala no era normal.

—O sea, ¿que si te diese una astilla y te dijese que formó parte de la culata de un rifle también te vendrías abajo?

—No sé —respondió—. ¿Te crees que sé cómo me funciona el cerebro?

—Diría que en esa afirmación hay una falacia lógica, incluso dos. —Ranette volvió a guardar la bala en el taleguito—. ¿Está Wax?

—No. Anda por ahí haciendo de detective.

—Pues entonces tendrás que quedártela tú —dijo, entregándole el talego—. Su nota dejaba claro que era importante. Mitad de pólvora, como me pidió. Una bala perforadora, forjada para que no se fracture.

Era capaz de coger una bala y la cogió. Luego se la metió enseguida en el guardapolvo. «¿Ves como puedes?».

—Pues… ¿quieres tomar algo? —preguntó—. Bueno, cuando la ciudad vuelva a ser segura. O igual antes, no me importaría nada que hubiese cierto alboroto en la cantina mientras nos tomábamos una copa.

—Sabes que antes me pego un tiro, Wayne —respondió con un suspiro—. Y, ahora que lo pienso, Misra me lo pegaría si por casualidad me diera por ir.

Wayne frunció el ceño. Aquello no se parecía en nada al veneno que recibía de ella normalmente.

—¿Qué pasa? —le preguntó.

Ella negó con la cabeza, volviendo la vista hacia la entrada.

—Las cosas andan mal ahí fuera, Wayne. La gente sigue en la calle, aglomerándose, gritando. Yo ya he visto turbas como estas en los Áridos; casi siempre justo antes de que colgasen a alguien, con la ley o sin ella. Y estamos hablando de pueblos de quinientas personas. Qué es lo que pasa cuando son cinco millones los que empiezan a comportase así…

—Probablemente el regreso del Mundo de Ceniza —aventuró Wayne—. ¿Qué mejor momento que este para confesar al fin tu amor, correspondido desde hace tanto, por cierto tío guapo al que no le importa nada que huelas como un barril de azufre?

Ella lo volvió a fulminar con la mirada. Él sonrió. Pero ella no le disparó, ni le dio un puñetazo siquiera. ¡Maldición! Era muy mala señal.

—Están empezando a reunirse ahí fuera —dijo Ranette, distraída—. Coreando consignas sobre el gobernador.

—Tengo que echarle un ojo a eso —decidió Wayne. Si el gobernador no le permitía entrar para vigilarlo de cerca, tal vez podría enterarse de parte de los planes de Sangradora en medio de aquella multitud—. Vuelve a casa, enciérrate con llave y ten las armas a mano.

Resultó revelador que ella no pusiera la más mínima objeción a aquella orden mientras él se dirigía a grandes trancos hacia la puerta y se adentraba en la niebla.

El comisario Aradel miraba el decreto del gobernador como habría mirado la última voluntad y testamento de un familiar muy querido: con una mezcla de reverencia y evidente incomodidad.

—Me nombra lord alto comisario, pero… ¡yo no soy ningún lord, herrumbres! —Aradel alzó la vista hacia Reddi y sus demás tenientes.

—Tal vez —dijo Reddi— el título venga con el nombramiento, señor.

—El gobernador no puede designar nobles directamente —replicó Marasi—. Los títulos nuevos tiene que ratificarlos un consejo con quórum de la mayoría de los escaños de la cámara municipal. —Se mordió el labio en cuanto aquellas palabras hubieron salido de su boca. No pretendía llevarle la contraria.

A Aradel no pareció importarle. Dobló el decreto con cuidado y se lo metió en el bolsillo de la chaqueta. Marasi se lo había encontrado reuniendo una fuerza considerable frente al cuartel general, preparándose para acallar las protestas y haciendo sonar las campanas de la comisaría para que la gente de las inmediaciones supiese que había alguien de patrulla aquella noche. Entre la niebla se escuchaban sonidos espectrales. Gritos distantes. Ruidos metálicos. Chillidos. Parecía que los rodease el mismo infierno, amortajado con un velo de oscuridad y neblina.

—Señor —dijo Marasi—, el gobernador ha dicho que quería que hiciera usted dos cosas. La primera, que enviase un destacamento para sofocar por

la fuerza los disturbios de la ciudad. La segunda, que llevase un pelotón para protegerlo mientras se prepara para dirigirse a la gente que se encuentra en las inmediaciones de la mansión. No debe alejar a los manifestantes que se encuentran allí, sino a los del resto de la ciudad… Señor, le aconseja que aplique mano dura. Muy dura.

—Se lo merecen, esos herrumbrosos idiotas —masculló la teniente Mereline, una mujer de pelo rubio y corto.

—No hay necesidad de pedir sangre, teniente —dijo Aradel—. Creo recordar que usted misma maldecía a la familia Hastings con frecuencia.

—Pero no por ello le voy a prender fuego a la ciudad —replicó Mereline—. Que los miembros de las casas más nobles sean unos canallas no es una excusa para comportarnos nosotros también como tales, señor.

—Bueno, la mansión no es mal centro de operaciones. Chip, ve enseguida con los mensajeros a buscar a los demás comisarios generales y pídeles que se reúnan conmigo, junto con sus oficiales, en la mansión del gobernador. Coordinaremos el bloqueo de la ciudad desde allí. Todos los demás doblaremos el turno. Si Su Gracia desea hablarle al pueblo, yo quiero que haya una barrera gruesa y sólida entre él y sus votantes. ¿Entendido?

El grupo entró en efervescencia, los encargados de las campanas partieron a la cabeza, los mensajeros se dispersaron (uno incluso salió por los aires: Chip, un lanzamonedas). El resto de los alguaciles comenzaron a marchar juntos. La marcha era desigual, pues no eran militares, pero no por ello menos resuelta.

—Señor —llamó Marasi a Aradel, apresurando el paso hasta llegar junto al comisario—, tengo que decirle una cosa más, si es que puede concederme un momento.

—¿Es importante? —preguntó Aradel, apartándose a un lado del grupo.

—Mucho.

Reddi carraspeó a sus espaldas.

—Tal vez deberían tratar el asunto mientras avanzamos hacia la mansión, señor. Si es verdad que el gobernador tiene la intención de dirigirse a la multitud…

—Sí —dijo Aradel—. Innate me ha nombrado de improviso lord alto comisario, lo cual me hace preocuparme de inmediato por la clase de decisiones impulsivas que podría llegar a tomar esta noche. Hablémoslo de camino, Colms. Reddi, traiga al resto de los alguaciles con la mayor celeridad posible. Me adelantaré hacia la mansión.

Marasi asintió. De todas maneras, las cosas que quería tratar era mejor discutirlas en la intimidad de un carruaje.

Salvo…

«Idiota», pensó mientras Aradel trotaba hacia un grupo de caballos con arreos de los alguaciles cuyas riendas sujetaba un cabo. El carruaje que ella tenía en mente había partido, con toda probabilidad cargado con el equipo. Reddi le dirigió una sonrisa arrogante.

Marasi suspiró. Tenía la esperanza de mantener el decoro aquella noche, ¡pero qué más daba! Se acercó y tomó una de las riendas.

Aradel ya estaba en su silla. La miró y se llevó una mano a la cabeza.

—¡Ah, claro! No caía en que…

Marasi se impulsó a lo alto de la silla envolviendo las faldas entre las piernas formando un fardo extraño y se sentó sobre parte del tejido, dejando al descubierto una porción generosa de pierna.

—Se me ocurre, señor —comentó— que los uniformes de las damas alguaciles podrían ser bastante más prácticos.

—Pues… lo tendremos en cuenta, teniente Colms. —Miró hacia el carruaje que se alejaba—. Si lo prefiere…

—Señor —lo cortó Marasi—, tengo entendido que la ciudad está en llamas. Tal vez podríamos dejar la charla sobre el recato femenino para otra ocasión.

—Por supuesto —asintió.

Partieron con un estrépito de cascos, seguidos por dos cabos que llevaban fusiles en las vainas de sus sillas. Cabalgando entre la bruma, los cuatro caballos adelantaron enseguida al grupo principal de alguaciles e incluso al carruaje.

Marasi agradecía la oscuridad, pues ocultaba su furioso rubor. En compensación, ahora tenía el recuerdo de la expresión asombrada de Reddi, del todo estupefacto al verla comportarse así.

¿Y por qué no iba a mostrar las piernas? Los precedentes históricos y el pragmatismo exigían que las mujeres pudieran ejercer todas las profesiones. ¿Qué lord rechazaría una violenta o una hacedora de sangre para su guardia solo por tener pechos? ¿Qué comisaría dejaría pasar la ocasión de reclutar entre sus filas a todos los ojos de estaño o lanzamonedas que pudiera? ¿Qué banco no se abalanzaría ante la oportunidad de contratar a una terrisana con mentecobre?

El problema era que también se esperaba que las alguaciles fuesen modelos del comportamiento propio de una dama. Una herencia del pasado que había sido reforzada por los discursos de lady Allrianne Ladrian no mucho después del Catacendro. Se esperaba que las mujeres se esforzasen por conservar su femineidad en el trabajo. Un doble rasero difícil de soportar. A Marasi eso no la molestaba siempre. Le gustaban los vestidos y los peinados bonitos y resolver los problemas con la palabra adecuada antes que de un puñetazo en la cara. A ella le resultaba natural ser femenina y alguacil. Pero ¿acaso tenían que preocuparse los hombres de mostrarse suficientemente masculinos en el trabajo?

«Los problemas sociales, de uno en uno, Marasi», se reprendió. Cabalgaba a la par de Aradel y pensó que se compraría unos pantalones. Montar así daba mucho frío.

—Monta bien —le dijo Aradel al aminorar un poco el paso tras la carrera inicial que los había distanciado de los demás. Había sido él quien había guiado la marcha al cruzar el puente del canal, atravesando el centro del tercer octante para llegar al segundo.

—Tengo mucha práctica —explicó Marasi.

—Hoy en día ya no se ve con frecuencia en la ciudad —señaló Aradel —. ¿Es aficionada?

—Por así decirlo —contestó Marasi, sonrojándose al recordar su fascinación juvenil por los Áridos, los vigilantes de la ley y las historias de *Alomante* Jak. Cuando sus amigos, o más bien sus conocidos, recibían un abrigo nuevo por su cumpleaños ella suplicaba que le regalasen un sombrero y un guardapolvo al estilo de los Áridos.

Una tontería pura y dura, por supuesto. Había madurado desde entonces.

—¿Qué es lo que quería decirme? —preguntó Aradel.

—¿Podríamos aminorar un poco más el paso un momento?

Él asintió y así lo hizo, hasta que los caballos marcharon a paso ligero. Marasi abrió el bolso que llevaba colgado al hombro y pasó las cartas a Aradel. No había sido consciente hasta entonces de lo mucho que deseaba entregárselas a otra persona para que la responsabilidad que representaban no recayese solo sobre ella.

Aradel las cogió.

—¿Qué es esto? —preguntó en voz baja.

—¿Recuerda que me pidió que husmease por la casa del gobernador si tenía oportunidad?

—Recuerdo haberle dicho, con gran prudencia, que tuviese los ojos abiertos, teniente.

—Y así lo hice, señor. Y las manos también, por si me caía en ellas algo condenatorio.

—¡Armonía! ¿Y qué ha encontrado?

—Cartas —dijo Marasi— de Innate a varios lores y damas de la ciudad. En ellas se acuerdan la compra de favores políticos y la supresión de leyes inconvenientes. Señor, tienen comentarios de su puño y letra, y se corresponden con mis registros de actividades sospechosas durante su legislatura como gobernador. Las he leído mientras venía a traerle el mandato y estoy convencida de que es tan corrupto como lo era su hermano.

Aradel no dejó entrever sorpresa ni indignación. Continuó montando en silencio, sujetando las cartas, con la vista al frente.

—¿Señor? —preguntó Marasi, al cabo.

—Me pone en una posición difícil, teniente.

—Señor, diría que no he sido yo quien lo ha puesto en una posición difícil, sino el gobernador.

—¿Estas cartas las ha obtenido de forma más o menos legal?

—Eso depende —respondió Marasi— de cómo interprete el tribunal su autoridad para investigar cuando existen sospechas razonables de delito y de si tenía usted justificación para autorizarme a actuar.

—En otras palabras, las ha robado.

—Sí, señor.

Aradel se las guardó.

—Eso no significa que no debamos protegerlo, señor —se le ocurrió decir a Marasi—. Hasta que se demuestre lo contrario ante un tribunal, sigue siendo el legítimo gobernador de la ciudad. Esto no son los Áridos, donde se le puede pegar un tiro a alguien y dar las explicaciones luego.

—El mero hecho de que sienta la necesidad de comentarlo —dijo Aradel— indica que pasa demasiado tiempo con su amigo el lanzamonedas, Colms. No estaba barajando la posibilidad de rehuir mi deber, sino pensando en toda la gente que se ha sublevado. Tienen razón; el sistema les está robando. ¡Ruina! Tendríamos que estar por encima de esto. ¿Y si nos viera el lord Nacido de la Bruma?

—Sospecho —aventuró Marasi— que nos diría que hiciésemos algo al respecto.

Aradel asintió, seco. Al ver que no comentaba nada más, Marasi espoleó al caballo para que volviese al trote y el lord alto comisario la siguió.

La tradición decía que el Campo del Renacimiento actual conservaba el mismo aspecto que tenía el día, tanto tiempo atrás, en que la humanidad había salido arrastrándose de las matrices de piedra creadas por Armonía. Aunque la ciudad se había adueñado de toda la zona circundante, aquel anillo central de césped agradable y colinas suaves se había respetado como monumento a otra época.

Wax caminaba por el mullido suelo, rozando las flores de voluntad de Mare con su gabán de bruma al pasar entre ellas. La tradición de que aquel lugar no había cambiado era una auténtica estupidez. Sin duda, cuando Brisa y Hammond habían salido a la luz del sol no se habían encontrado un césped impecable ni las flores crecían en cuidadas hileras. ¿Acaso la gente que hablaba de aquella tradición fingía no ver los bancos y los senderos? ¿Y las construcciones? Seguro que Armonía no había dejado unos aseos en la pradera para mayor comodidad de los visitantes.

En el centro de la colina más alta se encontraba una mezcla de museo y mausoleo que albergaba las tumbas del Último Emperador y de la Guerrero

Ascendente. Sus inmensas estatuas se alzaban sobre él, dominando el paisaje. Según se iba acercando, Wax se sorprendió al ver, en la estructura más baja, lámparas que daban luz al césped y a las flores. Un par de alguaciles custodiaban la puerta.

—Dese la vuelta y no nos cause problemas —exclamó uno de ellos al aproximarse Wax.

Wax hizo caso omiso de la orden, saliendo de entre la niebla a grandes pasos para acercarse a los guardas.

—Los custodios han pedido ayuda, imagino.

Los dos alguaciles lo estudiaron y luego lo saludaron a regañadientes. Su reputación lo precedía, aunque aquellos hombres llevasen las insignias de alguaciles del primer octante. No visitaba aquella comisaría con frecuencia, pero ¿qué otra persona correteaba por la noche enfundada en un gabán de bruma con una escopeta sujeta a la pierna?

—Les preocupan los saqueadores —dijo uno de los alguaciles, un tipo achaparrado con la boca enmarcada por una perilla—, mmm… señor.

—Hacen bien —comentó Wax al pasar entre ellos, abriéndose paso hasta el mausoleo.

—Eeehh… señor —protestó uno de los alguaciles—, nos han dicho que no dejemos… ¿Señor?

Wax cerró la puerta mientras fuera los dos alguaciles discutían si deberían impedirle el paso o no. Reconoció el vestíbulo abierto, con sus murales de los Originadores. Hammond, el lord Nacido de la Bruma, lady Verdad y Edgard Ladrian, que era antepasado de Wax. Rollizo y satisfecho de sí mismo, en el retrato sostenía una copa de vino. Siempre le había parecido a Wax el tipo de persona al que le daría un puñetazo nada más verla. De esos que, seguro, son culpables de algo.

Ignoró las diversas reliquias del Mundo de Ceniza expuestas y no entró en la cámara donde se encontraban los lugares de descanso de la Guerrero Ascendente y su marido, aunque sí alzó su arma e hizo girar el tambor hacia ellos a modo de homenaje. Una muestra de respeto por los caídos tradicional en los Áridos.

—¿Qué es esto? —Una mujer con cara de sueño salió de una sala cercana, al parecer, un pequeño apartamento para los custodios—. ¡No

tenían que dejar entrar a nadie!

—Inspección rutinaria —dijo Wax, pasando junto a ella sin mirarla.

—¿Rutinaria? ¿En plena noche?

—Usted ha pedido la participación de los alguaciles —explicó Wax— y la normativa exige, cuando se solicitan guardias de la comisaría, que se realice una inspección para comprobar que no haya contrabando.

—¿Contrabando? —preguntó la mujer—. ¡Esto es la Tumba de los Originadores!

—Me limito a cumplir órdenes —replicó Wax—. Puede salir a consultarlo con mis superiores, si lo desea.

Salió hecha una furia hacia la puerta de entrada mientras Wax llegaba a una salita desnuda del adorno de reliquias y placas. Lo único que había allí era un agujero en el suelo.

Era un foso abierto, rodeado por una barandilla para que los niños curiosos no cayesen por él. Había una escalera, pero Wax lanzó un casquillo y saltó en caída libre un trecho corto antes de frenarse y tocar el suelo oscuro y vítreo del fondo.

Del techo colgaban algunas luces, como gotas de melaza. Empujó contra un interruptor cercano y titilaron lámparas por toda la inmensa caverna. La había visitado de joven: todos los tutores llevaban a sus pupilos allí de visita y también era frecuente en las escuelas públicas, por lo que tenía entendido. Ahora parecía distinto, allí solo en la inmensa cámara de techo bajo. No había turistas que perturbasen el ambiente ni alejasen las visiones del pasado con su parloteo. Se oía mucho mejor el fluir del agua en la distancia, donde corría el río. Se suponía que con el tiempo se habían inundado partes de la caverna. Apenas conservaba un vago recuerdo de las explicaciones que había recibido durante su visita sobre por qué las demás se mantenían secas.

Se adentró en la caverna, intentando imaginarse lo que debió de ser estar apiñado en una de aquellas cuevas mientras fuera el mundo agonizaba, preguntándote si pasarías el resto de tu corta vida atrapado en aquella oscuridad. Recorría las paredes de piedra con los dedos al doblar las esquinas. Era un lugar enorme y abierto, pero también albergaba varias cámaras cóncavas, más pequeñas, en un lateral. Casi todas estaban

integradas en el museo y contenían placas con citas de los Originadores, escritas en metal. Otras describían la reconstrucción del mundo, y en otras se exhibían reliquias como réplicas de los brazaletes de Armonía y de los de Duelo.

Había toda una cámara dedicada a las *Palabras de Instauración*, los libros de Armonía, su tradición, su conocimiento y su propio relato sagrado de lo que había ocurrido en el Mundo de Ceniza. Otra cámara contenía volúmenes de distintos Originadores, varios de ellos considerados canon sagrado por un credo u otro, mientras que algunos, como el *Docksithium*, eran sin duda apócrifos. Wax había intentado leerlos una vez. Las páginas de los créditos eran más interesantes.

Se demoró en la cámara dedicada al Superviviente, que contenía cien retratos de él realizados por distintos artistas, algunos contemporáneos y otros antiguos. Era ferviente la fascinación con sus «apariciones» póstumas a algunas personas durante los últimos días, aunque el propio Armonía las atribuyese a los Inmortales Sin Rostro.

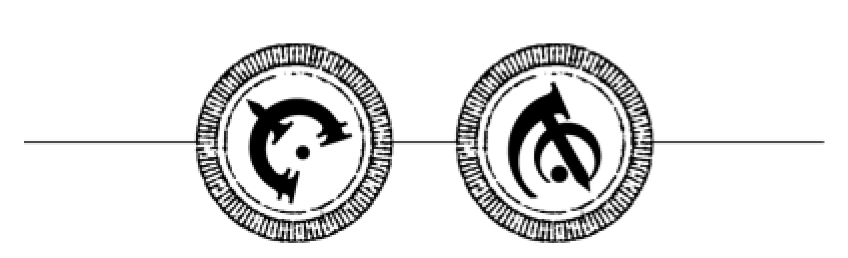
Los ecos de unas voces lo empujaron a seguir adelante. Seguramente Wayne le montaría una buena por confundir a los pobres, en lugar de decirles lo que estaba haciendo, sin más. Por supuesto, antes los habría convencido de que era el lord Legislador y les hubiera ordenado que le preparasen la cena, así que intentó no permitir que los valores morales de Wayne influyesen demasiado en él.

Wax fue contando las cámaras dedicadas a cada uno de los metales hasta llegar al símbolo del atium. En aquella pequeña cámara se guardaban los documentos y los rumores sobre el metal mitológico, pero Wax no tenía tiempo de leerlos. En lugar de ello, siguió las líneas azules que le mostraba su vista de acero. Apuntaban a una de las paredes laterales, donde pudo empujar una pieza decorativa de los paneles de madera y accionar una palanca que abrió una puerta, desvelando tras ella una caverna que se abría más allá.

Se coló dentro, descolgó una lámpara de aceite de la pared y tiró de la puerta para cerrarla antes de arrodillarse en la oscuridad total, tratando de pescar unas cerillas en su cartuchera. Las estaba sacando cuando resonó en la oscuridad una voz como un gruñido.

—Te estaba esperando.

20



Wax se quedó inmóvil en la oscuridad. Encendió su acero, buscando la guía de aquel fuego reconfortante de su interior. Las líneas azules apuntaban exclusivamente a su espalda; eran las que señalaban a la puerta oculta y a los clavos de la pared. No había nada más.

Excepto… ¿Era posible que estuviese entreviendo apenas algo? Dos líneas débiles, finas como los hilos de una telaraña. Encendió su metal, forzándolo, empujando. Las líneas se estremecieron en la oscuridad y luego desaparecieron.

Wax desenfundó el Sterrion a toda prisa, apuntó al fondo del corredor, lejos de las líneas, y disparó una rápida sucesión de tres tiros. El destello de la pólvora iluminó la sala al tiempo que apuntaba con su otra arma hacia las líneas azules y la fuente del sonido.

Los destellos le permitieron intuir algo en la oscuridad, agazapado allí cerca. Era inhumano, con ojos bestiales y dientes blancos. «¡Herrumbre y Ruina!». Con los dedos sudorosos sujetando el arma, Wax se alejó de la cosa, dispuesto a disparar.

No apretó el gatillo. No se le dispara a algo solo porque te haya hablado.

—Sí que eres asustadizo —gruñó la voz.

—¿Quién eres? —«¿Qué eres?».

—Enciende tu farol, humano —dijo la voz—, y atranca esa puerta. Alejémonos de aquí antes de que venga alguien a investigar la fuente de los

disparos.

Wax se detuvo a recuperar el aliento y calmar los nervios, pero acabó volviendo a guardar las armas en sus cartucheras. Fuera lo que fuese aquello, podría haberle atacado en lugar de hablarle. No lo quería muerto.

Encendió la lamparita, pero cuando la levantó, la criatura se había retirado por el pasillo hasta convertirse solo en una sombra. Todavía inquieto, Wax cerró los pasadores que encontró en la pared, atrancando la puerta oculta desde el interior.

—Ven —dijo la voz.

—Eres uno de ellos —susurró Wax, levantando la lámpara y siguiendo a la sombra, que caminaba a cuatro patas—, eres un kandra.

—Sí.

Wax trotó para ponerse a su altura y por fin su lámpara le permitió echar un buen vistazo a su acompañante. Un perro lobero, sin duda el más grande que había visto en su vida, de color gris moteado. El pelaje le recordaba a las brumas.

—He leído cosas sobre ti —dijo Wax.

—Qué emocionante —gruñó el kandra—. Estoy encantado de que Sazed me incluyera en su librito para que los borrachos maldigan en mi nombre.

—¿Juran en tu nombre?

—Sí. —La voz del perro lobero era un gruñido sordo en el fondo de su garganta—. También hay… peluches.

—¡Ah, sí! —dijo Wax—. Los cachorritos Soonie. Los he visto por ahí.

El gruñido se hizo más sordo y Wax volvió a ponerse nervioso. Mejor no burlarse del perro inmortal. No sabía qué parte de las leyendas sobre esta criatura eran fundadas, pero con que solo una parte lo fueran…

—Entonces, guardián, ¿esperabas mi llegada?

—Se decidió —dijo el kandra— que no era muy sabio permitir que un humano deambulase solo por estas cavernas. He venido yo, los demás están ocupados.

—¿Persiguiendo a Sangradora?

—Contrarrestando sus actos. —El kandra lo guio hasta una intersección y tomó el desvío a la derecha.

Caminaron en silencio un rato antes de que Wax se aclarase la garganta.

—¿Te importaría explicarme a qué te refieres con eso?

El perro suspiró. El sonido resultaba inquietante. Ya era raro un perro que hablase, pero el suspiro había sido de lo más humano.

—No hablo mucho últimamente —dijo el kandra—, he… perdido la práctica, al parecer. Paalm intenta instigar una revolución usando habilidades que aprendió del propio lord Legislador. Pero no es más que una kandra. Nos desprecia a los demás y, por lo tanto, nos subestima en igual medida. Somos capaces de hacer lo mismo que ella, imitar a la gente, aparecernos en las calles. Por cada «clérigo» al que ella haga cometer una atrocidad, esta noche nosotros pondremos una docena a predicar templanza y paz, a rogarle a la gente que no haga caso a los rumores.

—Sabia medida —dijo Wax.

No había tenido en cuenta lo que podrían estar haciendo los demás kandra, además de dar más o menos por sentado que perseguirían a Sangradora. Aquello tenía mucho sentido. ¿Podía servirle de algo en su investigación?

Al internarse en las cavernas, Wax percibió que en las rocas crecía una sustancia blanca, como una corteza; la fuente del polvo residual que había encontrado en las ropas de Sangradora. Era de suponer que si apagaba la lámpara vería su resplandor. Era incluso posible que ni siquiera le hiciera falta más iluminación, pero al pensar en toda la piedra que lo rodeaba (y lo separaba de la bruma de la superficie) no sentía ninguna necesidad de apagarla.

La red de túneles era mucho más extensa de lo que esperaba. Para él, aquel lugar no era más que la caverna que había bajo la tumba, pero la realidad era muy distinta. Armonía había unido muchos refugios de personas diferentes al rehacer el mundo, colocándolos todos en una misma zona, que ahora ocupaba Elendel. ¿Qué parte de la extensión de la ciudad ocupaban estos túneles? Pasó junto a varios que se hallaban inundados; ¿en qué se diferenciaban de los que permanecían secos?

En su recorrido por los túneles, pasaron junto a una abertura a otra gran caverna. Levantó la lámpara para echarle un vistazo y se quedó helado en el sitio. En lugar de más roca áspera natural, la luz iluminó mosaicos

polvorientos y columnas, y partes del suelo destrozadas. Más allá se veía, de entre todas las cosas posibles, lo que parecía una cabañita.

—¿TenSoon? —llamó, pues el kandra continuaba su camino.

—Sígueme, humano.

—¿Eso es…?

—Sí. Mucha gente se ocultó en los sótanos de Kredik Shaw, el palacio del lord Legislador. Sazed trasladó eso hasta aquí, como hizo con todas las demás cavernas de refugio.

Wax era incapaz de apartarse de allí, atónito al ver la historia (no, la mitología) tomando vida ante sus ojos. El palacio del lord Legislador. Lugares que habían pisado el Superviviente y sus seguidores.

¡Herrumbre! El mismo Pozo de la Ascensión podría estar por allí.

—Humano —dijo el kandra, insistente—, quiero enseñarte una cosa. Ven.

«En otra ocasión», pensó Wax, dejando la entrada al palacio perdido de Kredik Shaw y siguiendo a TenSoon.

—MeLaan dijo que los kandra no bajáis aquí muy a menudo. ¿Por qué no? ¿No es vuestro hogar?

—Es un lugar sagrado —contestó el lobero—. Es nuestro hogar, sí, pero también una prisión… y mucho más. Bajo el dominio del lord Legislador necesitábamos este lugar para ser libres, para ser nosotros mismos: fuera nos controlaban y nos esclavizaban los hombres.

«Amargura», pensó Wax. Incluso cientos de años después, a aquella criatura le dolía la vida que había llevado. ¿Culpaba a la humanidad? ¿Lo haría Sangradora?

—Venimos aquí —continuó TenSoon— cuando sentimos la necesidad. Casi siempre venimos solos y lo hacemos muy pocas veces. Ahora hay clubs arriba donde podemos relacionarnos, ser nosotros mismos. Hogares. Vidas. Las generaciones más jóvenes casi nunca visitan este lugar. Prefieren vivir su vida tal cual es ahora y no desean recordar el pasado. Diría que yo también soy así, aunque por diferentes motivos.

Wax asintió. Caminando junto al kandra penetraban cada vez más profundo en los túneles serpenteantes de su Tierra Natal. Dejaron atrás numerosas cámaras vacías, pero en algunas también se veían objetos

inesperados, como dos canastas viejas y algunos huesos abandonados en el suelo.

Wax había recorrido su buena extensión de túneles en los Áridos, pero la mayoría de ellos había sido alguna clase de mina hecha por el hombre. Aquellas cavernas eran distintas. Las minas olían a polvo y tierra, mientras que aquel lugar tenía un algo que le daba vida. Un algo de agua y hongos. Un algo de paciencia.

Las paredes de los túneles eran abultadas pero suaves, como la cera que se acumula bajo una vela tras largo rato encendida. Tierra sagrada. Todo el resto del mundo, al menos que él supiera, había sido remodelado durante el Catacendro, pero aquellas cavernas se remontaban a la eternidad, tan antiguas como la memoria humana. Más antiguas.

Al fin llegaron a una cámara pequeña que no parecía tan natural como las demás. ¿La habían configurado de alguna forma unas manos kandra?

TenSoon se sentó sobre los cuartos traseros a la entrada de la sala. La luz de Wax relumbró en la piedra suave y bulbosa del suelo, que se abría en una serie de hoyos como de un metro de diámetro. Parecían agujeros excavados por buscadores de los Áridos en su insensata búsqueda de metales.

Wax miró a TenSoon.

—Al pasar por aquí de camino a nuestro encuentro —dijo el kandra con su voz medio humana, medio gruñido— noté un olor raro.

¿Un olor raro? Wax no percibía nada extraño, pero para él todo el olor del lugar era desconocido. Entró en la sala y descubrió algo. Uno de los hoyos estaba lleno. ¿Eran hojas de papel?

Lo eran. Wax se arrodilló al borde del hoyo para sorprenderse al encontrarlo lleno de cientos de páginas, rasgadas en uno de los bordes, como si las hubieran arrancado de un libro. Estaban llenas con una escritura apretada en versículos numerados. Eran las *Palabras de Instauración*.

Además del texto normal, alguien había garrapateado encima con tinta de un rojo amarronado.

«Sangre», pensó Wax. «Es sangre».

Dejó la lámpara y se inclinó para coger una página. Libro octavo, versículos del veintisiete al cincuenta. Los versículos sobre la búsqueda de

Verdad de Armonía.

Alguien, con toda probabilidad Sangradora, había escrito por toda la página las palabras «Mentiras, mentiras, mentiras».

Wax rescató más hojas. En la mayoría había cosas escritas, una palabra o una frase, aunque muchas de ellas solo estaban embadurnadas de sangre. Allí había algo que a Wax no le acababa de cuadrar, algo que le molestaba a la vista. Pero no sabía decir qué.

«Yo estaba allí», decía una página. «Nadie», ponía en otra. Empezó a extenderlas. TenSoon, del que casi se había olvidado, olfateó desde la entrada.

Wax lo miró.

—¿Las has visto?

—Sí —respondió TenSoon.

—¿Y qué te parecen?

—No… no me quedé mucho rato mirándolas —respondió el kandra y luego apartó la vista—. No paso mucho tiempo en esta sala, humano. No le tengo mucho cariño.

«Esta sala…», Wax sintió un escalofrío. ¿Era aquella la prisión en la que había estado atrapado TenSoon, recluido sin huesos, esperando su ejecución?

¡Herrumbre! Estaba arrodillado en un lugar donde se había decidido el destino del mundo.

Wax se estiró para coger más hojas. Daba la impresión de que Sangradora había arrancado todas las de un ejemplar de *Palabras de Instauración*… versión íntegra. Y de una edición antigua, a juzgar por el hecho de que estaba escrita a mano, no impresa.

—La conociste en persona, ¿verdad? —preguntó Wax—. A la Guerrero Ascendente.

—La conocí —respondió TenSoon con voz suave—. Cerca del final pasé más de una hora sin mis punzones, y por eso se me han deteriorado los recuerdos, pero casi todo lo perdido se corresponde con la época inmediatamente anterior a mi caída. La mayoría de mis recuerdos de ella son vívidos.

Wax titubeó, las manos ocupadas por pilas de papel.

—¿Cómo era? Como persona, me refiero.

—Era fuerte y vulnerable a la vez —susurró TenSoon—. Fue mi última maestra y la más grande. Era capaz de entregar todo su ser en cada cosa que hacía. Cuando luchaba era la hoja. Cuando amaba era el beso. En ese aspecto era mucho más… humana que cualquiera que haya conocido.

Wax se encontró asintiendo mientras colocaba las páginas frente a él, apiladas en función de si habían escrito en ellas o no. Las que tenían huellas las colocó aparte, en su propia pila. Tal vez podrían ser de utilidad. Era probable que no, siendo Sangradora metamórfica como era.

TenSoon acabó por acercarse hasta él.

—Parece —dijo, inspeccionando las páginas— que se podría formar un mensaje si las ordenas.

—Sí —coincidió Wax, insatisfecho.

—¿Qué problema hay?

—Es demasiado —respondió, abarcando las páginas con un movimiento de la mano—. Demasiado enrevesado, demasiado espectacular. ¿Por qué iba a escribir en un montón de páginas y luego arrancarlas y dejarlas aquí?

—Porque está loca.

—No —corrigió Wax—. Su locura no es de esa clase. Su forma de trabajar es demasiado premeditada, demasiado centrada. Puede que sus motivos estén desequilibrados, pero ha sido cuidadosa en sus métodos.

¿Cómo explicar aquello? Aquel caso hacía que sus instintos se enfrentasen entre sí. Lo intentó de nuevo.

—Cuando alguien deja una cosa semejante tras de sí lo hace por uno de estos dos motivos: o bien es descuidado o pone demasiado esfuerzo. Sangradora no es descuidada, pero tampoco creo que pretenda hacerse la interesante, dejando pistas y jugando con nosotros. Cuando hablé con ella…

—¿Has hablado con Paalm? —Las orejas de TenSoon se pusieron de punta—. ¿Cuándo?

—Esta misma noche —respondió Wax—. Me dio la sensación de que sentía remordimientos. Dijo que no estaba jugando, pero esto parece un juego. ¿Nos deja mil páginas para que las recompongamos y descubramos una pista? —Negó con la cabeza—. No me lo trago. Esté loca o no, tenía que saber que esto acabaría por encontrarlo algún otro kandra.

—De acuerdo. —TenSoon volvió a sentarse—. Pero ¿habló contigo bajo su propia apariencia, sin imitar a nadie?

—Sí. ¿Es extraordinario? Tú lo estás haciendo ahora mismo y MeLaan tampoco parece estar representando ningún papel concreto.

—Nosotros no somos Paalm —replicó TenSoon—. Desde que la conozco vive sujeta a la imitación. Yo también era así hace años. No sabía quién era si no interpretaba a alguien.

Wax recorrió las páginas con la vista. En una de ellas habían garabateado «Libertad» ocupando toda la página. «Os daremos libertad tanto si», decía en otra, solo medio pensamiento.

—¿Cómo era? —preguntó Wax—. ¿Quién es, Guardián?

—No sabría decirte —replicó TenSoon—. Paalm era el kandra preferido del lord Legislador, esclava de su voluntad y del Contrato que firmamos con él. Desdeñó los acontecimientos que se produjeron durante el Mundo de Ceniza, desapareció y no regresó a la Tierra Natal. La di por muerta hasta que apareció entre los supervivientes. E incluso entonces se apartó de nosotros, aunque servía a Armonía como los demás. Hasta que… nada. Ausencia.

—Libertad —dijo Wax, dando golpecitos en la página—. Habló de eso conmigo. ¿A qué se refiere?

—No lo sé. —La voz de TenSoon sonó más que nunca como un gruñido —. Ha traicionado todo lo que somos. Aunque yo también lo hice, así que tal vez seamos tal para cual. Dos de los monstruos más antiguos que quedan en este planeta, ahora que muchos de los Segundos han optado por la evasión, poniendo fin a sus propias vidas.

—Libertad —murmuró Wax—. Alguien más nos mueve… Dejó una nota para mí en la mansión del gobernador. Le arrancó la lengua a un político para que dejase de mentir. Mató a un clérigo apuñalándole los ojos para que dejase de mirar. De ver. ¿Para quién? ¿Para qué?

Había sido el kandra del lord Legislador, se movía y bailaba a su capricho. Y luego… ¿la sirviente de Armonía? Vivía con su voz dentro de la cabeza, sabiendo en todo momento que podía controlarla. ¿Qué se sentiría en esa situación?

¿Te llevaría a arrancarte uno de los punzones? ¿Intentarías compartir esa libertad con todos los demás, ofuscada en tu locura, convencida de que debías salvar al mundo?

Wax se levantó despacio.

—Todo esto es por Armonía —dijo Wax.

—¿Por el Vigilante?

—Está intentando derrocar a Dios mismo.

—Eso es una locura.

—Sí —admitió Wax, girándose para mirar al kandra—, en efecto. —Empezó a caminar de un lado a otro por la pequeña sala—. Habla con Armonía y averigua una cosa: ¿la primera vez que Sangradora se marchó fue porque Armonía intentó controlarla en algún momento? ¿Fue aquello lo que lo desencadenó?

Hubo un momento de silencio.

—Sí —replicó TenSoon—. Armonía dice que no intentó controlarla directamente, pero que sí la sometió a mucha presión para que hiciera algo que no quería.

—Ha insistido mucho en la idea de que todos estamos controlados. —«Armonía… ¿era ella *Sangriento* Tan? ¿Llevaba su cuerpo incluso entonces? ¿Estaba allí cuando le disparé a Lessie?»—. Nos ve a todos como títeres de Armonía. A sus ojos los políticos son su boca y por eso quiere derrocar al gobierno. ¿La religión? Los ojos de Armonía, para vigilar al pueblo. Se afana en crear rivalidades entre las sectas para minar eso también.

—Sí… —dijo TenSoon—. En cierta forma, se podría ver como una continuación del Primer Contrato. Servir al lord Legislador. Derrocar a la fuerza que él tanto se esforzó por vencer. Armonía es la mitad de aquello.

—¿Y yo qué soy en todo esto? —continuó Wax, escuchando a TenSoon solo a medias—. ¿Por qué yo? ¿Por qué centrarse en…?

No, la pregunta no era esa.

¿Qué venía después? Ojos, lengua…, ¿oídos, tal vez? «Imagina que va un paso por delante de ti —se dijo—. Prepárate para lo peor».

Volvió a mirar las páginas dispersas en el suelo. Quería sacar a Wax del medio. ¿Un acertijo enmarañado? No era más que una pérdida de tiempo,

una distracción. No había arrancado aquellas hojas para jugar con él, sino con el propósito de sacarlo de la investigación durante el tiempo necesario para ejecutar la siguiente fase de su plan. Lo había guiado hasta allí con aquel polvo de sus ropas. Lo había puesto allí a propósito.

—Lo sabe —dijo Wax con voz queda—, sabe lo que vais a hacer, TenSoon. Lo que habéis hecho. —Se quedó helado, mirando a los ojos inhumanos del kandra—. Contaba con que enviaríais a vuestros kandra para intentar recuperar el ánimo y el afecto de la gente, quedando así expuestos. Su siguiente paso es acabar con los kandra.

Wayne deambulaba entre dos hogueras. Dentro de una de ellas se formaban líneas definidas que eran las patas de mesas y sillas, como sombrías extremidades de cadáveres incinerados. Las brumas no se acercaban a las piras, aunque en la oscuridad de noche el humo resultaba una buena imitación. Como si se tratase de un mendigo bien vestido, solo lo reconocías cuando te acercabas lo suficiente para que te llegase su olor.

Wayne se inclinó sobre una de las fogatas para encender un puro, aunque aquello le costó tener que curarse la piel del brazo que se le había quemado. Olía su pelo chamuscado y el aroma del fuego. Los muebles barnizados no daban un fuego limpio, pero aun así le gustaba sentir el calor. Lo hacía sentirse vivo.

Había dejado de llenar su mente de metal, con la esperanza de tener suficiente salud para lo que se avecinaba. No podía permitirse estar débil ni enfermo en aquel momento, con todo lo que estaba ocurriendo.

Se apartó de las llamas y se encajó el puro entre los dientes. Era de los buenos, de la reserva secreta del mismo gobernador. Wayne dio una calada larga antes de recordar que los odiaba. ¿Qué más daba? Tampoco lo había cambiado por nada demasiado bueno; solo por uno de los tenedores de Wax.

La muchedumbre que se había reunido en la plaza era la mayor que había visto aquella noche. Se aglomeraban en torno a la luz de la hoguera como una bandada de cuervos alrededor de una presa. Wayne se dirigió a la

retaguardia del gentío y le pasó el puro a una mujer. La dejó allí plantada, perpleja, y se sumergió entre la gente.

Cuando una multitud es tan grande no es posible atravesarla, hay que desplazarse con ella. Enfundársela como si fuera un buen abrigo, cómodo y ceñido, y luego dejar que el tejido te guíe. Wayne se movía cuando se movía la gente, gritaba en los momentos adecuados, dándoles a sus palabras el suficiente deje de borracho, devolvía los codazos cómplices cuando los recibía. Y no tardando mucho se había colocado cerca de la cabecera. Allí, por encima de todos los demás, un tipo descamisado, en pantalones y tirantes, se había subido a la estatua de una fuente y se sujetaba a la lanza del Superviviente para no perder el equilibrio, mientras alzaba el otro puño hacia la multitud.

—¡Nos sacan hasta los hígados! —gritó.

«Sí, es verdad», pensó Wayne, sumando su grito al rugido de aprobación de la gente.

—Esperan que trabajemos de sol a sol, pero cuando ya no les somos útiles, nos echan y les da igual si nos morimos de hambre.

«Exactamente, sí», pensó Wayne, uniéndose a las maldiciones y las voces.

—Se rascan la espalda los unos a los otros —bramó el hombre—. Nos chupan la sangre y luego se reúnen en fiestas fastuosas.

«En esas fiestas he estado yo —pensó Wayne—. Los bocadillos están muy buenos».

—¿Habría soportado esto el Superviviente?

«Seguramente, no», admitió Wayne. Con la turba agitándose a su alrededor, cruzó los brazos y pensó que, sin duda, era importante acabar con una metamórfica homicida, y todo eso, pero ¡herrumbres!, no estaban los tiempos para dejarse ver por ahí con guripas y nobles. Escuchar aquel discurso le daba ganas de ahorcarse, cosa de lo más perturbador, ya que por regla general solo sentía inclinaciones suicidas por la mañana.

Estaba a punto de darse la vuelta y deslizarse entre el gentío de vuelta a la mansión para hablar de todo aquello con MeLaan cuando se produjo un cambio. Se subió a la estatua una nueva figura: un hombre mayor, de cabellos ralos, con una generosidad en la zona de la cintura que resultaba

amable. Llevaba una túnica ornamentada con unos flecos en la parte inferior que recordaban a un gabán de bruma. ¿Sería un sacerdote supervivencialista?

El mayor de ambos hombres levantó la mano, pidiendo la palabra, el tipo que había estado gritando inclinó la cabeza, concediéndosela, y se echó atrás. El sacerdote se haría oír al abrigo de la imagen gigante del Superviviente. Wayne sintió agitarse en su interior una perturbación, como si su estómago descubriese que le acababa de enviar una ración de manzanas podridas. Le preocupaba la religión, porque servía para pedirles a los hombres que hicieran cosas que en otras circunstancias no harían.

—Vengo a vosotros —dijo el sacerdote a la noche— con compresión y empatía. Pero os lo imploro, no invoquéis el nombre del Superviviente para saquear y destruir. Existe una forma de defenderse y me uniré a vosotros en ella, pero ya no estamos en los días tiránicos del lord Legislador. Tenéis la posibilidad de hacer que se escuche vuestra voz. Podéis enviar representantes al gobierno.

El gentío se aplacó. Unos cuantos hombres gritaron improperios que dejaban muy claro lo que querían hacerle al gobernador, pero la mayoría guardó silencio.

—El Superviviente dijo que debíamos sonreír —rogó el sacerdote—. Nos enseñó a no permitir que nuestros sufrimientos nos hundiesen, por muy dura que se pusiese la vida.

El ánimo de la multitud iba cambiando. En vez de gritar, arrastraban los pies. Wayne se relajó. Bueno, tal vez los clérigos sirvieran para algo más que para ponerse ropas elegantes y sombreros extraños… Si aquel lograba apaciguar a aquel grupo Wayne lo invitaría a un trago. ¡Vaya que sí! E invitar a un trago a un sacerdote era fantástico, porque normalmente no se los tomaban y te quedabas tú con los dos…

Un momento. ¿Qué hacía el tío de los tirantes, el que había hablado primero, colocándose disimuladamente detrás del sacerdote? ¿Por qué levantaba la mano como si…?

—¡No! —gritó Wayne, lanzándose entre la multitud hacia la fuente.

Congeló el tiempo, cosa que causó una gran confusión entre la gente que lo rodeaba, pero no sirvió de gran cosa, más que para dejarlo allí

plantado, impotente, sabiendo que el sacerdote estaba demasiado lejos para poder salvarlo. El tipo de los tirantes estaba justo detrás del anciano, con la mano levantada y, en ella, un cuchillo que brillaba a la luz de la hoguera.

Salvo porque no era un cuchillo, sino una aguja.

Wayne dejó que su burbuja de velocidad se disolviera. La aguja cayó, clavándose en la espalda del sacerdote. Aquel hombre de cara redonda dio un respingo y su carne empezó a fundirse. Se volvió translúcida, los ojos se le salieron de las órbitas, y los huesos de cristal relumbraron a la luz de las hogueras.

—¡Mirad! —exclamó el hombre del torso desnudo—. ¿Veis lo que os envían para intentar aplacaros? Los Inmortales Sin Rostro sirven a la nobleza. Este no era ningún sacerdote, sino uno de sus esbirros. Quieren haceros creer que sois libres, que su democracia está a vuestro servicio, ¡pero la mentira os rodea por todas partes!

Wayne se quedó boquiabierto al ver al sacerdote (no, al kandra) luchando por mantenerse en pie y hablar, sin conseguir más que empeorarlo. Los manifestantes gritaron y el alboroto volvió a estallar con fuerzas renovadas, salvo en torno a Wayne, donde reinaba la confusión porque el tiempo se había detenido para quienes lo rodeaban.

Una mujer que llevaba una falda sucia se lo quedó mirando.

—¡Eh! ¿No eres tú el tipo ese de los Áridos?

Wayne sonrió al tiempo que retrocedía. Su líder, al verlo desde la fuente, interrumpió su diatriba para señalarlo:

—¡Hay uno de ellos aquí! —gritó—. ¡Envían alguaciles entre nosotros! Están por todas partes, controlándoos.

Básicamente, la muchedumbre entera se volvió para mirar a Wayne.

«La he fastidiado».

Contacta con S.T., Plaza Stranat, 15. cer, y los jóvenes empezaron a tercer octante con sus fangosas

(Continúa detrás.)



primero en contar de nuevo historias sobre las laderas de Monteceniza, ahora cubiertas de verde y vegetación? ¿Acaso no fui yo el que domesticó los legendarios caballos cuellilargos de las Llanuras de Kaermeron?

«No bajaré el arma», dijo el hombre, «hasta que pagues por tus crímenes».

Mis sentidos aumentados captaron un leve temblor en las palabras del hombre. Noté los movimientos casi imperceptibles de sus ojos de derecha a izquierda. No era un miembro de la banda de los Remendones como había creído al principio. Era un hombre buscando venganza, y no estaba del todo seguro que yo fuera de quien tuviera que cobrarla.

«Dialoguemos con tranquilidad», sugerí. Aparté con suavidad los dedos temblorosos de lady Lavona de mi brazo. «Todo se solucionará, mi señora», dije, notando un leve suspiro cuando mis dedos rozaron los suyos por un breve momento.

Bigotes se envaró. «Mataste a mi hermano hace tres años en los Áridos, cerca de Covingtar», dijo.

Necesitaba tiempo para pensar en la acusación, apor lo que di un paso adelante, levanté las manos, y dije, «Como puedes ver, voy desarmado», me di la vuelta para mostrarlo a toda la multitud que en efecto no llevaba armas. Y sí, con bravura, le di la espalda a Bigotes, confiando en que su incertidumbre respecto a mi identidad.

Cuando me volví, pensé sobre mi apuro. Era cierto que tres años atrás estuve en la zona de Covingtar. ¿Pero había matado al hermano de alguien allí? Sin duda había dejado a muchos hombres sin hermanos, pero nunca a propósito. La propia idea de matar a un hombre por el deseo concreto de dejar alguien sin hermano es altamente repugnante para mí.

«No soy el hombre que buscas», dije, levantando mi vaso para dar otro sorbo, porque, por los Sin Rostro, que si iba a morir sería bebiendo aquel estupendo Chamblis Montreau 328.

El cañón del arma se agitó más. Si mi jugada hubiera fallado, habría lucido otra cicatriz de bala en mi robusto abdomen. La piel y el músculo se curarían, pero la camisa de tan delicado tejido había sido un regalo de la hija del propietario de Gilles & Gilles —esquina de la avenida Canton con la calle Troncheau— moda o asistir a eventos sociales. No me apetecía arruinarla con sangre noble.

«¿Entonces quién eres?» preguntó Bigotes, su pistola temblando todavía más. El momento de peligro todavía no se había terminado, pero mi propia respiración se había normalizado. Mis sentidos aumentados notaron que los latidos de Bigotes se calmaban hasta llevan un ritmo razonable.

«Caballero Jak», dije con humildad. «Con toda probabilidad habrás escuchado hablar de mí».

«¿Entonces tú no eres ese tipo, Waxillium Ladrian?»

«¡Por el Superviviente, no!» Mi ira creció sin avisar. Muchos hombres han conocido el tacto de mis firmes nudillos por tales comentarios, pero aquí, en los apenas civilizados alrededores de las ciudades exteriores, sabía que no debía castigar a este poco informado paleto por su disparate.

«Buen hombre, no», dije ahora más calmado y soltando una generosa carcajada. Temblando se guardó la pistola en la funda. Una sonrisa torcida se dibujó entre los bigotes afilados. Me acerqué a él con la cautela de quien se acerca a un león, pero instantes después estaba palmeando su espalda como si fuera un antiguo amigo (y por poco esquivando que la punta de sus bigotes no atravesara el lóbulo de mi oreja derecha, un agujero que sin duda mentes de metal que podría colgarme de ahí).

«Una copa», rugí. «¡Una copa para mi amigo! ¡Porque yo también apuntaría con un arma a Waxillium Ladrian si me lo encontrara en persona!»

Evitado el peligro, lady Lavont vino de nuevo junto a mí, con una sonrisa asomando a sus labios. Entonces noté en la multitud un par de brazos levantados que reconocí al instante como los de Handerwym. Al intentar captar mi atención a través de la multitud, había agitado sus brazos con tanta exasperación que una de sus mentes de metal había salido volando de su muñeca y había aterrizado como un saltador de cataratas de una ciudad exterior en el burbujeante ponche, salpicando gotas rojas manchando el traje de noche color pastel de lady Lavont.

Las convulsiones de mi fiel acompañante solo se podían interpretar de una forma. Durante mi diversión con Bigotes, los botones únicos del lord Nacido de la Bruma habían sido robados, intercambiados por las indistinguibles copias, y ni yo, ni Handerwym habíamos estado en posición de interceptar a los perpetradores.

Necesitaba mis sentidos aumentados para rastrear a los ladrones, pero había usado mi último vial de estaño para calmar los intentos de Bigotes de llevarme cara a cara con el viejo Ojos de Hierro fuente de estaño de la sala. El broche del lord Nacido de la Bruma, que yo sabía que era falso.

—¡Continuará la siguiente semana!—

Todas las aventuras del caballero Jak de las páginas de *El Archivo Local*, recogidas por primera vez y anotadas por su fiel escriba terri-

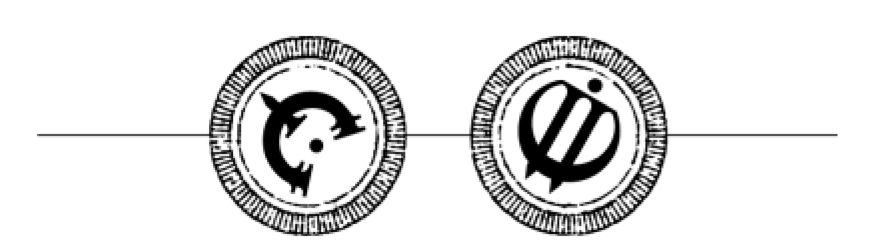
sastres de vestidos y camisas de un gusto exquisito para estar a la

hubiera provocado celos en el honorable Handerwym por las

Me abrí paso a empujones a través de la multitud hacia la única

sano. ¡Ya disponible en las mejores librerías de todos los octantes!

21



—¡Cenizas! —TenSoon corría junto a Wax por los túneles de la Tierra Natal kandra—. Le he pedido a Armonía que advierta a mis hermanos. Detendremos todas nuestras intervenciones de inmediato, pero dice que tal vez sea demasiado tarde.

Wax asintió, agarrando la lámpara y jadeando por el esfuerzo.

—Somos los oídos de Armonía —gruñó TenSoon—. Eso se ajusta a su idea, ¿verdad? Escuchamos, nos movemos entre vosotros e informamos a Dios. Va a intentar dejarlo sordo.

Wax volvió a asentir.

—¡Eso no servirá de nada! —continuó—. No puede detener a Armonía, ni siquiera con todo lo que está haciendo. Es como una niña que le lanza piedras a una montaña para intentar que se mueva.

—Ya —dijo Wax, trepando por encima de unos escombros, clara muestra de que algunas partes de la Tierra Natal de los kandra habían sufrido por el traslado de un lado a otro de la tierra durante el Catacendro. Se habían derrumbado algunos muros y allí habían quedado, caídos y rotos, durante cientos de años.

—Pero ella no pretende matar a Dios; solo quiere liberar a la gente de Él, aunque sea utilizando un método tan retorcido.

—¿Liberarlos? —TenSoon se quedó en silencio un rato—. Emoción. De eso se trata, ¿verdad? Vin liberó a los koloss haciéndoles sentir emociones

intensas que le proporcionaron un camino de entrada a sus almas y le permitieron interrumpir el control del otro y hacerse con las criaturas.

—Eso dicen las historias antiguas —replicó Wax—. Está bien confirmarlas.

—Los humanos no son creaciones hemalúrgicas como los koloss. Las emociones intensas no los «liberarán» de Armonía.

—Claro que sí —dijo Wax—, al menos a los ojos de Sangradora. Si te dejas llevar por la furia no seguirás los estudiados planes de Armonía. Estarás fuera de control. Pretende hacer que la ciudad enloquezca, es su forma perturbada de liberarla.

—¡Ruina! —gruñó TenSoon—. Creo que tengo que dejarte atrás, vigilante. Debo llegar enseguida donde está mi gente y hablar con ella sobre lo que está ocurriendo.

—De acuerdo —dijo Wax—, pero es posible que te siga el ritmo mejor de lo que crees, siempre que…

En el pasillo resonó un aullido estridente, tan escalofriante que Wax se paró en seco. Sacó a *Vindicación*, la linterna sujeta bien alto en la mano libre. A aquel primer aullido lo siguieron otros, una cacofonía terrible en la que cada sonido rechinaba contra los demás.

TenSoon se pegó al suelo y gruñó al ir desvaneciéndose los aullidos.

—¿Qué demonios ha sido eso? —preguntó Wax.

—No había oído nada semejante jamás, humano.

—¿No tienes más de mil años?

—Más o menos —respondió TenSoon.

—¡Qué demonios! —repitió Wax—. ¿Hay otra salida?

El kandra echó a correr, guiándolo de vuelta por donde habían venido. Los aullidos volvieron a empezar, esta vez más altos. Los túneles estrechos y las piedras irregulares parecían de pronto mucho más asfixiantes.

Wax corría y, a despecho de su fanfarronería anterior, le costaba mucho seguirle el ritmo a TenSoon. Las piedras que los rodeaban no contenían metales, o al menos no lo bastante puros para empujar contra ellos. Además, los túneles giraban y se retorcían demasiado para usar empujones largos.

Así que corría, aferrando la linterna con los dedos sudorosos, escuchando las cosas que los seguían, que cada vez parecían más alteradas. Lo distraían de tal forma que casi choca con TenSoon al alcanzarlo cuando el kandra se detuvo en el túnel.

—¿Qué? —preguntó Wax, jadeando por la carrera.

—Adelante huele mal —explicó—. Nos están esperando.

—Magnífico —dijo Wax—. ¿Qué son?

—Huelen a hombre —respondió TenSoon.

Desde atrás llegaban más aullidos.

—¿Eso son hombres?

—Ven. —El perro lobero se dio la vuelta y echó a correr, arañando la piedra con las uñas.

Wax lo siguió.

—¿Hay otra salida? —volvió a preguntar.

TenSoon no respondió, se limitó a guiarlo a la carrera por cavernas pequeñas, doblando esquinas, atravesando túneles. Se detuvieron en una intersección, el kandra sopesando las opciones y Wax con un dedo nervioso en el gatillo. Estaba seguro de haber visto algún movimiento al fondo del túnel que habían dejado atrás, en el que TenSoon decía haber intuido una emboscada.

—TenSoon… —dijo, nervioso.

—Por aquí —dijo este, echando a correr.

Wax lo siguió y entraron en un túnel largo. Perfecto. Se quedó atrás, con la lámpara en alto, con la intención de echar un vistazo a lo que fuera que los estaba siguiendo.

La luz se reflejó en unos ojos entre las sombras. Figuras encorvadas que caminaban a cuatro patas con movimientos claramente inhumanos. Sudando, Wax tiró un casquillo y lo lanzó con el pie a una grieta de la roca. Empujó contra él, impulsándose pasillo adelante para alcanzar a TenSoon, aterrizando justo antes de tomar una curva a gran velocidad.

—No son humanos —dijo—, al menos no del todo.

—Hemalurgia —explicó TenSoon, volviéndose—. Esto es terrible. Paalm… Ha llegado más lejos de lo que yo había supuesto. No se conforma con matar; arruina.

—Los tenemos casi encima —dijo Wax, aferrado al arma y a la lámpara —. ¿Cómo saldremos de aquí?

—No hay salida —respondió TenSoon, desviándose a un lado para entrar en una cámara pequeña—. Hay que pelear.

Wax lo siguió, pero se detuvo a la entrada, con la pistola lista para disparar. Ya habían pasado antes por aquella sala o por una semejante. Estaba llena de canastas… Al volver a mirarlas se dio cuenta de que contenían huesos.

Las cosas que los perseguían habían empezado a soltar una especie de delicados ladridos, pero los oía arañar la piedra (los oía respirar entre jadeos ansiosos) al acercarse.

Dentro de la sala, TenSoon se transformaba.

Ocurrió en un instante: la piel del kandra se desprendió de sus huesos caninos, cayendo al suelo con un chapoteo semejante al de un cubo de bazofia arrojado por la puerta de atrás de unas cocinas. Los músculos y la piel derretidos golpearon uno de los cestos, volcándolo y haciendo que se esparcieran los huesos.

MeLaan había dicho que TenSoon era rápido, pero el adjetivo se quedaba corto para describir los movimientos tan súbitos con los que absorbió los huesos. Del costado de aquella masa surgieron unos brazos que la levantaron en vilo al tiempo que bajo ella se formaban las piernas, gruesas como las de un luchador. Emergió un cráneo, que ascendió como una burbuja en la melaza, y se cubrió de músculos estirados sobre el hueso. La mandíbula se encajó en su sitio.

En cuestión de segundos había aparecido en la cámara una figura robusta. La cara, de piel y músculos estirados, le recordó a Wax a la de un koloss, pero aquellos antebrazos eran como martillos, y el pecho, de una potencia sobrehumana. Estaba desnudo, aunque en la entrepierna brillaban por su ausencia los genitales.

Wax volvió la vista al principio del corredor y levantó la pistola, sudando. Aquellas cosas se acercaron, acechantes. Surgieron unas cabezas de la oscuridad, caras cuyos rasgos humanos se habían retorcido hasta parecer caninos. Contó cinco en total. Las criaturas ya no eran bípedas, pero conservaban rastros de humanidad: los dedos eran demasiado largos, las

manos tenían pulgares oponibles…, las articulaciones de codos y rodillas no se doblaban como debieran. Los ojos estaban muertos. Negro puro.

—¿Qué os ha hecho? —susurró Wax.

Las criaturas no respondieron. O no eran capaces de pensar o no eran capaces de hablar o no se molestaban en hacer ninguna de las dos cosas. Wax disparó al aire, con cierta esperanza de que aquellas cosas se asustasen y desaparecieran en la oscuridad. En realidad, lo que más deseaba era que no escapasen para poder acabar con la mísera existencia de hasta la última de ellas.

El disparo resonó con fuerza en el túnel, pero las bestias no huyeron. En lugar de eso se lanzaron hacia delante, pasando del recelo al frenesí. Wax apuntó con *Vindicación* y vació el cargador en la cabeza de las primeras criaturas. Los fogonazos de los tiros iluminaron el túnel. Aunque las balas rasgaron la piel y dejaron surcos de sangre en los músculos, ni uno solo de los engendros cayó muerto.

Wax buscó refugio retirándose a la sala, enfundó a *Vindicación* en la cartuchera y colocó la lámpara en un saliente.

—Les ha reforzado el cráneo —le gritó a TenSoon al tiempo que agarraba su Sterrion.

El kandra se colocó delante de él, ágil y poderoso. A Wax le parecía escuchar los músculos al contraerse, atirantándose bajo aquella piel. Según entró la primera criatura, TenSoon la golpeó en la sien, inmovilizándola contra la pared con una mano. Luego dio un paso atrás y levantó el pie para aplastarle el cráneo contra las rocas.

Las demás saltaron sobre él, arrastrándolo al suelo, mordiéndole la carne. Agarró una, se la arrancó de encima por las patas traseras y la lanzó lejos. Wax disparó, apuntando a los ojos.

—Las ha creado contigo en mente —gruñó TenSoon desde el suelo, donde luchaba a brazo partido con una de las criaturas, mientras las demás le desgarraban la carne—. ¡Huye! Tus armas modernas no sirven de nada contra ellos, vigilante.

«¡Eso ya lo veremos!», pensó Wax, soltando el Sterrion y sacando la escopeta recortada de la funda larga que llevaba sujeta a la pierna. Sacó un puñado de cartuchos, los lanzó al suelo con un sonido de lluvia y se metió

en la pelea, golpeando en la cara con la escopeta al primer monstruo que se lanzó sobre él. La criatura se encogió y aulló, dejando al descubierto varias filas de dientes desiguales.

Wax le metió el cañón en la boca y disparó.

Los fragmentos de la cabeza pintaron la pared. Al caer la bestia dando tumbos volcó las cestas, esparciendo los huesos por el suelo de piedra. La muerte de la criatura captó la atención de las demás, que abandonaron al ensangrentado TenSoon y cargaron contra Wax.

La pistola era la preferencia natural de Wax. Un arma corta era una extensión de su concentración, un arma de precisión: como una moneda arrojada en los tiempos anteverdianos. El alma del lanzamonedas, la manifestación de su voluntad.

La escopeta era distinta; no era una extensión de su concentración ni de su voluntad, pero expresaba su furia a las mil maravillas.

Wax gritó, golpeando a una de las bestias en la cara con la escopeta y empujando contra el cañón, confiriéndole así un impulso terrible al golpe. El impacto lanzó a la criatura a un lado, momento que aprovechó Wax para girar sobre sí mismo mientras recargaba el arma, y luego dispararle al siguiente en la pata, arrancándosela de cuajo por la articulación y haciendo que se fuera de morros contra la piedra. Saltó por encima de la siguiente que se lanzó a por él, empujando contra una bala caída para ganar altura. Desde arriba, disparó a la espalda del engendro un cartucho que lo aturdió, y de inmediato multiplicó su peso y aterrizó sobre él con un crujido.

La cosa se revolvía y retorcía bajo sus pies cuando ya otra saltaba a por su garganta. Recargó la escopeta, le disparó a la cabeza y empujó contra el cartucho. Su peso, todavía multiplicado, aunque vaciando su mente de metal a marchas forzadas, les confirió a los proyectiles la potencia suficiente para que no se detuvieran en el cráneo como las anteriores. Fracturaron el hueso e hicieron papilla el cerebro.

Esquivó el cadáver, que cayó a su lado, y levantó la escopeta para disparar en la cabeza a la última bestia que venía a por él. Esto la lanzó en una voltereta hacia atrás que dejaba el estómago al descubierto.

Wax disparó tres veces más, vaciando la recortada. El vientre era blando, como esperaba, y la cosa cayó muerta.

Se quedó allí plantado, con la respiración alborotada, consumido por el ritmo de la pelea. A su lado, TenSoon rodaba por el suelo. Las heridas de los brazos y de los costados empezaban a cerrarse. Había matado otra cosa de aquellas partiéndola en dos. Miró a Wax con los ojos como platos, la cara ensangrentada tan inhumana como las de las criaturas con las que acababa de luchar.

El kandra contempló el desastre mientras se ponía en pie. La llama de la lámpara seguía ardiendo, impávida, iluminando los huesos desperdigados por el suelo y los bultos que habían sido horriblemente humanos, pero ahora no eran más que una masa palpitante. A Wax se le revolvió el estómago. En su mente los había clasificado como «cosas», pero ellos también habían sido personas. TenSoon tenía razón. En cierta forma, lo que Sangradora había hecho era peor incluso que los asesinatos.

—Tengo que preguntarle a Armonía —dijo TenSoon— si le he fallado al haber matado hoy.

Su voz era el mismo gruñido cavernoso de antes, cuando habitaba el cuerpo del perro lobero.

—¿Y qué más le da a él? —Wax todavía tenía el estómago revuelto—. A mí me usa para matar continuamente.

—Tú eres su Ruina —respondió—, yo soy su Conservación.

Wax guardó silencio, de pie entre los muertos y los agonizantes, y bajó la escopeta, intentando reprimir el sentimiento inmediato de indignación que lo asaltaba. ¿Acaso para Armonía no era más que eso? ¿Un asesino? ¿Un destructor?

—Pese a todo —TenSoon cruzó la habitación sorteando con cuidado aquel desastre y hablando como si no fuera consciente del insulto que acababa de proferir—, no creo que a Armonía le importe lo que he hecho. Estas pobres almas…

Se arrodilló y le dio un empujoncito a unos de los seres que había matado Wax.

Encontró una lámina de metal plateado, del largo aproximado de un dedo. ¿Tenía un cierto tono rojizo o lo parecía por la sangre? Usó la vista de acero y descubrió que, aunque veía el punzón, la línea era menos afilada de lo que correspondería. Hemalurgia.

—Un punzón —dijo TenSoon, dándole la vuelta—. Uno más y Armonía habría podido controlar a estas bestias. ¿Cómo es posible que se produzca un cambio semejante con un único punzón? Este nivel de hemalurgia escapa a mi comprensión, vigilante.

Wax negó con la cabeza mientras comprobaba en qué estado se encontraban las criaturas. No para saber si seguían siendo una amenaza, sino para asegurarse de que ninguna quedase allí sufriendo una larga agonía. Encontró una mujer que seguía con vida, paralizada por un disparo en la espalda. Lo miró con aquellos ojos que tenían la forma de los de una humana, pero eran extraños y oscuros. Por mucho que Sangradora les hubiera hecho a aquellas personas, al menos debería haberles dejado conservar los ojos.

Wax le puso la pistola en el ojo y disparó al cerebro. Luego cerró los suyos y dijo… ¿qué? ¿Una oración a Armonía? Armonía no les había ayudado.

He hecho algo para ayudar… Aquellas palabras del pasado le llegaron en un susurro. Un recuerdo de la última vez que le había hablado Armonía. *Te he enviado a ti*.

Wax no estaba seguro de que fuera suficiente en aquella ocasión.

—Dime que te encargarás de que los entierren —dijo.

—Así será. —En la distancia sonó un aullido mientras TenSoon pronunciaba esas palabras—. Vienen más. ¿Luchamos o huimos?

—¿Puedes sacarnos de aquí? —preguntó Wax, recargando la escopeta.

—Tal vez. El camino no será convencional, pero existe una posibilidad.

—Entonces, vámonos —dijo Wax—. Esto es otra distracción, TenSoon. Aquellas criaturas solo vinieron a por nosotros cuando salimos de la otra cámara.

TenSoon asintió, dejó caer su cuerpo al suelo y volvió a absorber los huesos del lobero. Apenas unos segundos después ya había recuperado su forma canina, salvo por el pelo. Este empezó a brotar de la piel mientras el kandra se dirigía a la puerta, surgiendo en oleadas que su cuerpo iba distribuyendo donde correspondía.

Wax cogió la lámpara y echaron a correr con TenSoon a la cabeza.

—¡Ahí va, chicos! —gritó Wayne, señalando hacia la oscuridad—. Ese cochino guripa está ahí delante, lo he visto. Vosotros id por ahí, yo iré por el otro lado y lo atraparemos en el medio, ¡veréis!

El grupito de hombres que lo acompañaba (armado con llaves inglesas y escobas) se escindió gritando consignas, en una masa ruidosa de esputo y venganza. Wayne los incitaba mientras salía trotando en dirección contraria. Al cabo frenó el paso, solo por fin, e hizo un gesto de alivio con la cabeza. No eran mala gente, teniendo en cuenta que entre todos apenas juntaban los sesos de un ladrillo.

Wayne hacía girar entre los dedos un bastón de duelo, mientras tomaba un callejón que lo acercaba a la mansión del gobernador. No fue directo a la fachada principal: se estaba reuniendo allí cada vez más gente enfadada y alguien podría reconocerlo de antes. Llevaba en la cabeza una gorra de repartidor de periódicos; su otro sombrero lo había dejado bien escondido en un arbusto del camino. Tampoco pasaba nada; aquel nuevo sombrero le gustaba bastante, pero se sentía desnudo en otro sentido: no le quedaba bendaleo. Estaba seco.

Mal asunto. Se había acabado lo de parar el tiempo, salvo que Wax llevase una botellita de sobra para él, cosa que solía hacer.

Se fue escabullendo hacia la mansión con la intención de alcanzar las puertas traseras y la esperanza de que los guardias lo dejasen entrar. Había desperdiciado el tiempo, demasiado, dando esquinazo a aquel gentío. La imagen de aquel pobre kandra derritiéndose ante todo el mundo lo perturbaba.

¡Herrumbre! No estaba seguro de qué lado del conflicto caía él, pero al menos no iba por ahí fundiendo a la gente para conseguir más público. Es más, de momento se inclinaba por decantarse del lado que no estaba intentando matarlo con ahínco.

Continuó deambulando y se metió una bola de chicle en la boca. Entonces le asaltó una duda. Las brumas se arremolinaban a su alrededor, la mansión se cernía sobre él como una meseta de los Áridos, blanca e iluminada. Una voz llegó hasta él.

El acento no cuadraba. Era un matiz pequeño, pero profundo.

Y de pronto supo a quién estaba suplantando Sangradora.

Los aullidos sonaban distantes, pero a Wax lo atormentaban más que durante la primera persecución, porque ahora sabía de qué procedían. Si sobrevivía a aquello se encargaría de que se hiciera algo con aquellas criaturas.

TenSoon los guiaba por los intestinos de la Tierra Natal hasta llegar a una pared llena de grietas. Wax levantó la lámpara para inspeccionarla. El perro lobero que lo acompañaba tenía calvas en el pelaje.

—¿Y bien? —preguntó, examinando aquel callejón sin salida.

—Llevamos un tiempo vigilando este lugar —respondió TenSoon—. Se agrietó hace mucho y parece que las grietas se han ensanchado con los años. Si se derrumba, se abrirá una nueva ruta a la Tierra Natal y queremos estar al corriente de todas ellas.

Wax pasó los dedos por las grietas de la pared de piedra. Pensó que dejaban pasar el aire y percibió en él una nota de algo… pútrido. Recordaba más a la ciudad que conocía. Familiar y repugnante al mismo tiempo.

Sondeó su mente de metal, incrementando su peso y luego cargó con el hombro contra la pared. Era arriesgado, porque su fuerza no se había incrementado salvo en la capacidad de elevar sus propias extremidades y manipular el peso multiplicado de sus músculos, lo cual le confería cierta habilidad, pero al fin y al cabo tenía que intentar forzar la maniobra de forma que cayese contra el muro tanto como lo empujaba.

Al final acabó encontrando el ángulo correcto y atravesó la roca agrietada, con gran alboroto. Consiguió abrirse paso hasta una quebrada angosta, semejante a un desfiladero muy estrecho de los Áridos. Las paredes rezumaban agua y eran nudosas, como tantas otras de aquel reino subterráneo.

—¿Y ahora qué? —preguntó Wax.

—Ahora a escalar, humano —replicó TenSoon.

Volvió a derretirse, dejando caer los huesos y el pelaje al suelo, transformándose en un montón de músculos. Allí, en aquellas estrecheces,

resultaba una ventaja: así podía apoyarse en ambas paredes y deslizarse quebrada arriba, llenando los huecos y las grietas con su masa y utilizando los músculos para encaramarse. Alrededor de los huesos del perro lobero había formado una bolsa, una especie de estómago, que arrastraba tras de sí.

Era grotesco a la par que fascinante. Aquel era el estado natural del kandra, una masa viscosa de músculos que en ocasiones se comportaban como un ser humano.

«Por supuesto —pensó Wax, iniciando el ascenso—, ¿qué soy, sino una masa de carne y sangre que se mantiene en pie y camina?».

La escalada era complicada, sobre todo a causa de la lámpara, aunque le resultó de gran ayuda reducir su peso. No tardó mucho en oír a las criaturas a sus pies, aullando y arañando el suelo. Se le aceleró el pulso, pero no parecía dárseles demasiado bien trepar. Continuó subiendo centímetro a centímetro hasta que, con la urgencia de encontrar un asidero, se enredó con la lámpara y se le cayó al vacío.

Botó y resonó contra la piedra antes de hacerse añicos en el fondo. La luz se apagó.

En aquel momento, Wax fue consciente de que estaba sepultado en la tierra, aferrado a unas rocas en la oscuridad. Las paredes parecían venírsele encima, y abajo aullaban unos engendros monstruosos ávidos de su sangre. Ahogó un grito en su garganta, presa del pánico.

Entonces sus ojos se adaptaron y una suave luz azul le reveló el mundo. No estaba atrapado; había una salida hacia arriba. Veía gracias a la pátina de hongos azules que crecían en las paredes, iluminando todo con una luz tenue.

—Armonía se encargó de que abundasen en esta zona —desde arriba le llegó la voz de TenSoon—, quería asegurarse de que nadie volviera a quedarse atrapado aquí, en la oscuridad.

Wax se obligó a continuar subiendo. Había reconocido el lugar de leyenda donde se encontraban. Los agujeros de las paredes que estaba utilizando como asideros habían estado en tiempos cubiertos de cristales en cuyo interior había geodas que contenían una cuenta del metal perdido. El legendario atium.

Estaba escalando los auténticos Pozos de Hathsin.

—Paz, vigilante —dijo TenSoon desde arriba—. Sigue subiendo.

¿Había oído acelerarse la respiración de Wax? Este se tranquilizó antes de continuar. Aquel lugar ya no era una prisión. Ya no cortaba ni laceraba como había hendido los brazos del Superviviente. Lo cierto es que los numerosos agujeros facilitaban mucho la escalada. Los sonidos que llegaban desde abajo sonaban cada vez más apagados.

Por fin, salió arrastrándose de la sima a un tramo de túnel hecho por hombres: una de las cloacas de la ciudad. La grieta que dejaba a su espalda no era más que una estrecha hendidura en la roca que no desvelaba su origen ancestral. Wax se estremeció al respirar la peste del albañal, pero pese a todo se alegró de estar libre. No lejos, la masa que era TenSoon se convulsionaba para volver a adoptar la forma de un perro lobero.

—Entiendo los motivos de Paalm para mantenerme distraído e incapaz de evitar que los míos caigan en su trampa —dijo—, pero lo que ha ocurrido ahí abajo no era para mí, sino para ti, humano. ¿De qué pretendía apartarte?

Wax no respondió, pero no se le ocurría más que una razón. Una vez que se encargase de los kandra, su plan estaría listo para las fases finales. Tendría que exacerbar todavía más a la gente de la ciudad para provocar la histeria, liberarlos, según ella creía, azuzándolos a amotinarse guiados por la furia y el odio y destruir Elendel.

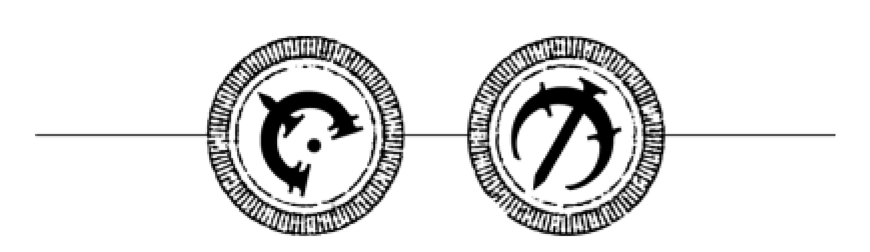
El gobernador pensaba dirigirse a los habitantes de la ciudad. Sangradora no había logrado matarlo todavía y Wax sospechaba el motivo.

Quería público presente cuando lo asesinase.



TERCERA PARTE

22



La bruma parecía arder en la noche, como arden las nubes con el sol. Wax se dejó caer a través de ella, aterrizando con un golpe en la escalinata de la mansión del gobernador y sorprendiendo a los guardias. Alguaciles, a juzgar por los uniformes, no guardias normales. Bien. Empezaban a andar escasos de estos últimos.

Wax se irguió, volviéndose para observar la multitud que se reunía frente a la mansión. Alguaciles armados con fusiles formaban una inquieta barrera entre ella y el edificio. En las proximidades, unos trabajadores levantaban un pequeño estrado en la escalinata. Aradel lo supervisaba, aunque a juzgar por su expresión, no estaba demasiado satisfecho con el plan del gobernador.

Wax estaba de acuerdo. Dirigirse al gentío significaría caer directamente en las manos de Sangradora. Agarró a uno de los alguaciles:

—Doy por hecho que no ha habido más atentados contra la vida del gobernador.

—No, señor —respondió el alguacil—. Está en su estudio, señor.

Wax asintió con la cabeza e irrumpió en la mansión dejando volutas de neblina tras de sí. Se dirigía, sigiloso, hacia la parte de atrás cuando Marasi lo interceptó y lo cogió del brazo.

—Sangre de koloss. —Era el santo y seña que él le había dado para demostrar que no era una kandra.

—Verano de noche —replicó Wax para identificarse—. Tenéis que hacer algo con esa muchedumbre, Marasi. Van a destrozar la ciudad.

—Estamos en ello. ¿Has visto a Wayne?

—No, ¿por qué?

—MeLaan dice que ha salido a inspeccionar a los manifestantes, pero eso fue hace más de media hora y desde entonces no lo ha visto nadie.

—Aparecerá —dijo Wax—. Tengo que hablar con el gobernador.

Marasi asintió, pero continuó sujetándole el brazo cuando él trató de seguir caminando hacia el estudio.

—Wax —dijo en voz baja—, es un corrupto. Y mucho. He encontrado las pruebas.

Wax dio un profundo suspiro.

—Centrémonos en sobrevivir a esta noche. Ya haremos luego algo al respecto de eso.

—Algo parecido pienso yo —dijo Marasi—, pero creo que Sangradora quiere ponernos en una situación difícil; tal vez pretenda obligarnos a dejar que maten al gobernador.

—Pues no va a ser así. Lo entregaremos a los tribunales, pero no a la turba. ¿Sabes si tu hermana está bien?

—No —respondió Marasi—, pero llevo rato queriendo saber de ella.

—Entérate —dijo Wax—. Yo veré cómo está vuestro padre después de hablar con el gobernador. No quiero que ninguno de los dos aparezca como rehén inesperado.

—Mientras no sea yo, para variar… —Marasi sonrió—. MeLaan lleva el cuerpo de la guardia de la honda. Está furiosa porque el gobernador no la deja entrar, ni a ella ni a nadie. Voy a ver si puedo dar con Wayne. No me sorprendería encontrármelo en primera fila de la multitud.

Le soltó el brazo y se dirigió a la salida.

—Marasi —dijo Wax, a su espalda.

—¿Sí?

—El uniforme. Te sienta bien. No sé si había tenido ocasión de comentártelo.

Se sonrojó (era Marasi, ¿no?) y siguió su camino. Wax se volvió y continuó por el pasillo hacia la puerta del estudio del gobernador. Allí

holgazaneaban MeLaan y los demás guardias.

—No puede entrar nadie, vigilante —le dijo uno de ellos en tono molesto—. Lleva una hora ahí metido, preparando su discurso. No…

Wax pasó por delante de él y trató de abrir la puerta, pero estaba cerrada por dentro. Oía la voz de Innate, que repasaba el discurso. Incrementó su peso e hizo saltar la puerta con alomancia, astillando el marco. Innate estaba de pie, con un cuaderno en las manos, caminando por el cuarto mientras hablaba. Se quedó congelado a mitad de un paso, se volvió hacia Wax y al verlo se relajó.

—Podría haber llamado —dijo.

—Y usted podría haber hecho caso omiso —replicó Wax, entrando en el estudio y dando un portazo. La puerta no se cerró, claro está, después de como la había dejado—. ¿Qué se cree que hace, Innate? Podrían haberle matado aquí encerrado, solo, sin ayuda, sin que nadie se enterase.

—¿Y qué habrían podido hacer? —preguntó el gobernador, lanzando el cuaderno sobre el escritorio. Se acercó a Wax y dijo en voz más baja—: El susurro del viento.

—Vapor etílico —replicó este, repitiendo las últimas frases que habían intercambiado. Era el auténtico Innate—. Ha sido una insensatez dejar a los guardias fuera. Habrían luchado por usted, le habrían protegido. La última vez la hicimos huir.

—La hizo huir usted —puntualizó Innate, dirigiéndose a su escritorio para recuperar el cuaderno—. Los demás no hicieron nada. Ni siquiera el pobre Drim.

Siguió paseando por la habitación, repitiendo las frases para sí y practicando dónde enfatizar.

Wax soltaba chispas. Sintió que lo estaba echando. ¿Y aquel era el hombre que se esforzaban en proteger? Se acercó a la ventana. Para su sorpresa, estaba abierta y por ella entraban volutas de neblina. No se desplazaban demasiado. Conocía leyendas que hablaban de brumas que llenaban habitaciones, pero rara vez ocurría.

Se apoyó en la ventana, escrutando la oscuridad, escuchando de pasada el discurso de Innate. Era inflamatorio y displicente. Aseguraba preocuparse por los problemas del pueblo, pero los llamaba aldeanos.

No haría más que empeorar las cosas. «Eso es lo que ella quiere —pensó Wax—. Quiere liberar a la ciudad de Armonía haciéndola enfurecer».

Ella sabía lo que iba a decir Innate. Claro que lo sabía, había estado conduciéndolos hacia aquel fin todo el tiempo. Todas las pistas que había encontrado Wax hasta aquel momento las había colocado cuidadosamente para que él las encontrase. ¿Qué podía hacer? ¿Detener el discurso de Innate? ¿Y si era eso lo que ella quería?

Tamborileó con el dedo en el alféizar. *Tac. Tac*.

Algo viscoso.

Bajó la vista y parpadeó. Allí había habido un pegote de chicle. Wax levantó el dedo y, mientras lo observaba, algo empezó a encajar. Algo que no había tenido en cuenta. Sangradora lo había preparado todo desde el principio.

Sus sospechas habían comenzado porque ella lo había alertado aposta al ponerse el rostro de *Sangriento* Tan. Aquello había sido parte consciente de su trama, una manera de inaugurar las fiestas. Todo estaba yendo según su programa.

Sangradora ya lo tenía todo bien atado antes de aquella noche. Llevaba mucho tiempo planificándolo. Mucho más de lo que él había supuesto.

Entonces, ¿cuál era el mejor lugar para esconderse?

¡Herrumbres!

Wax se llevó la mano a la pistola y se giró.

Se encontró de bruces con el gobernador Innate, que había sacado un arma de mano y le apuntaba con ella.

—Diablos, Wax —dijo—. Unos minutos más y lo habría conseguido. Te adelantas demasiado. Siempre te adelantas un poco de más.

Wax se quedó congelado con la mano en la pistola. Miró al gobernador a los ojos. Las palabras salieron como un siseo.

—Sabías la contraseña —susurró Wax—. Claro que la sabías, te la di yo. ¿Cuándo lo mataste? ¿Cuánto hace que la ciudad está gobernada por un impostor?

—Lo suficiente.

—El gobernador no era tu objetivo. Tú piensas a lo grande, debí haberme dado cuenta. Pero Drim… Él estaba en la habitación de seguridad

cuando entraste abajo. ¿Lo mataste por eso? No. Él ya tenía que saber que te habías ido.

—Lo sabía todo —dijo Sangradora—. Era mío. Pero esta noche lo he matado por causa tuya, Wax. Me habías disparado…

—Llevabas la ropa del gobernador bajo la capa —atajó Wax—. ¡Herrumbres! Te había hecho sangrar, por eso necesitabas una excusa para explicar por qué estaba cubierto de sangre el gobernador, una excusa para quitarte la camisa y curarte la herida.

Ella mantuvo el arma inmóvil, apuntándole. La pistola no respondía a su alomancia. Aluminio. Estaba preparada, por supuesto. Pero parecía debatirse: no quería matarlo. Por algún motivo nunca había querido matarlo.

Así que Wax pidió ayuda a gritos.

Era arriesgado, pero las cosas nunca acaban bien cuando obedeces a la persona que te apunta con un arma. Como sospechaba, Sangradora no le disparó cuando la puerta se abrió de golpe. Wax sacó su arma y le pegó un tiro para distraerla mientras rebuscaba en la cartuchera la última aguja que le había dado MeLaan.

Los guardas apuntaron a Wax y, sin pensárselo, comenzaron a dispararle.

«Imbéciles», pensó, lanzándose tras el escritorio del gobernador para cubrirse. Era lógico que hicieran eso.

—¡Quietos! —gritó—. ¡El gobernador ha caído! No…

Sangradora les disparó a los guardias. Wax rodó detrás del escritorio, pero los oía gritar estupefactos: su gobernador (o al menos eso creían ellos) les había disparado. Wax se encogió. Aquellas muertes caían sobre su conciencia.

—Supongo que el resto de los alguaciles llegarán enseguida —dijo Sangradora—. Todavía no son libres. Ni tú tampoco, pese a lo mucho que me he esforzado…

Wax se asomó por encima de la mesa, pero volvió a resguardarse al apuntarle ella con el arma. La cara del gobernador era una máscara retorcida de ira y frustración.

—¿Por qué no has podido darme un poco más de tiempo? —preguntó—. ¡Estaba tan cerca! Ahora tengo que matarte, decir que eras el kandra y cargarte las muertes de mis guardias. Así todavía podré dirigirme a la multitud y liberarlos…

Y, sin embargo, no fue a por él. Parecía perturbada. Lo mejor era aprovechar la oportunidad.

—¡Ahora, MeLaan! —gritó Wax, y luego, empujando contra los clavos del suelo, se lanzó al aire.

Uno de los cadáveres que yacían a los pies de Sangradora la agarró por las piernas.

Wax empujó contra la pared, saltando hacia ella. Sangradora soltó un gruñido y le golpeó la mano en cuanto aterrizó, arrancándole la aguja. ¡Qué fuerte era, herrumbres! Se deshizo de MeLaan a patadas mientras Wax se lanzaba a por la aguja caída.

Sangradora se convirtió en un borrón. Wax todavía estaba tratando de coger la aguja cuando ella se la arrebató y, dándose la vuelta, se la clavó a MeLaan en el hombro. En un abrir y cerrar de ojos.

Entonces se paró en seco, como si el movimiento la hubiera sacudido. Había agotado, por fin, las reservas de su mente de metal.

Wax sacó la pistola y disparó, tendido de espaldas en el suelo. Las balas perforaron la piel, pero nada más. Junto a ella, la figura de MeLaan se distorsionaba, el rostro caía y la piel se tornaba transparente.

Wax seguía en el suelo, el arma vacía apuntando a Sangradora, cuya piel se recuperaba de las heridas. Se quedaron mirándose un largo momento hasta que el sonido de botas en el pasillo obligó a Sangradora a soltar una maldición y lanzarse hacia la ventana. Wax cogió su otra arma, fue tras ella y luego se echó al suelo; afuera sonaban disparos.

Esperó un momento antes de mirar hacia arriba, pero no la vio entre los jirones de las brumas. Maldijo, girando la articulación del hombro. Herrumbres. El agujero de bala que le habían hecho horas antes sangraba otra vez y había regresado el dolor. Pensaba que había ingerido suficiente analgésico para mantenerlo a raya.

—¿Estás bien? —le preguntó a MeLaan, que había logrado incorporarse.

—Sí —respondió, aunque la palabra sonó distorsionada a causa del estado de su cara—. Esto ya me lo habían hecho una vez para probar cómo era. Me recuperaré en unos minutos.

—Gracias por salvarme —dijo Wax, examinando la habitación con su vista de acero en busca de compartimentos ocultos. Unas líneas temblorosas en el armario. ¿Sería posible que tuviera tanta suerte? Corrió a abrirlo.

Wayne, bien atado y amordazado salió tambaleándose y cayó al suelo con un ruido seco. Estaba vivo, gracias a Armonía. Wax se arrodilló, suspirando de alivio, y le soltó la mordaza. Por lo que parecía, a Wayne lo habían apuñalado en la pierna y le habían vaciado la mente de metal para que no pudiera curarse, pero estaba vivo.

—¡Wax! —exclamó—. ¡Es el gobernador! Esa sabandija hace las aes como MeLaan.

—Ya lo sé —dijo Wax—. Has tenido suerte. Seguramente quería aprovecharse de tus talentos de nacido del metal controlándote con punzones, de lo contrario te habría matado aquí mismo. ¿Por qué no avisaste a nadie?

—Tenía la intención, pero quería comprobarlo primero. Me acerqué demasiado a la ventana y salió a por mí. Me dio una paliza, me vació la mente de metal y se me echó al hombro en un abrir y cerrar de ojos. Después me drogó para que estuviera calladito. ¿La has cogido?

—No —dijo Wax mientras lo desataba—. Ha huido.

Afuera sonaban disparos.

—¿Y no la persigues?

—Antes tenía que ver cómo estabas.

—Estoy bien. Para de desatarme y saca lo que tengo en el bolsillo.

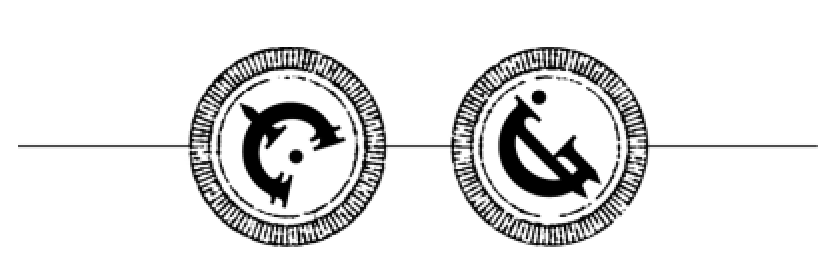
Wax metió la mano en el bolsillo de Wayne y sacó un taleguito.

—Es de Ranette —dijo Wayne.

Wax sacó un único cartucho y lo sostuvo ante sus ojos mientras se apiñaba en la habitación un grupo de alguaciles nerviosos, encabezados por Marasi.

Los recién llegados exigían una explicación. Wax los dejó interrogando a Wayne y salió en busca de las brumas una vez más.

23



Wax era una bala en la noche que atravesaba las brumas a gran velocidad y las perturbaba a su paso. La presa se había convertido en cazador, aunque tal vez la transición había sido demasiado lenta. Primero se había elevado para obtener una panorámica de la zona: una multitud creciente rodeaba la mansión del gobernador. Rugía. Exigía cambios o tal vez sangre.

¿Acabaría con Sangradora solo para encontrarla victoriosa, al fin, en una ciudad destruida?

No podía preocuparse de eso en aquel momento. Mejor buscar señales, pistas, una historia. Nadie pasaba sin dejar un rastro, ni siquiera de noche. Tal vez el rastro fuera demasiado débil para que él lo detectase, pero existía.

Allí. Un grupo de gente que se alejaba de la mansión en lugar de dirigirse hacia ella con la muchedumbre. Wax aterrizó como una tormenta, con el gabán de bruma agitándose. Estaba en los jardines de la mansión, cerca de un cobertizo grande que usaban los trabajadores. Wax estudió los movimientos de quienes se alejaban.

«Los disparos de hace un momento no pretendían matar a nadie, solo despejar el camino». Se había quedado sin velocidad feruquímica y, desesperada en su huida, había disparado al aire para desalojar aquel grupo de gente. Escuchó y le llegaron gritos de confusión; algunas voces decían que los alguaciles habían abierto fuego contra la multitud, otras que habían visto al propio gobernador huyendo, intentando salir de la mansión.

Cargó a *Vindicación* con la única bala que le había enviado Ranette, colocándola en una de las recámaras especiales que podía situar ante el percutor al instante y a voluntad. Abrió poco a poco la puerta del cobertizo, agachándose junto a la entrada para no ofrecer un perfil. Aquella noche las luces de las antorchas iluminaban las brumas, pero no penetraban en la barraca. Wax escrutó las sombras hasta ver algo.

¿Un hueso? Sí, cubierto con una pieza de ropa. Recogió un pañuelo para el cuello, una camisa blanca… la indumentaria del gobernador. Sangradora tenía otro cuerpo escondido allí y había huido para ponérselo. ¿Cómo era de rápida? MeLaan había dicho que era capaz de cambiar más rápido que ella, pero que a TenSoon no lo superaba nadie.

Eso no le daba demasiadas pistas. MeLaan había tardado minutos, TenSoon solo unos segundos. Sosteniendo a *Vindicación* junto a la cabeza, atravesó el umbral con sigilo. Si tuviera la suerte de encontrar a Sangradora en plena transformación…

—Todavía puedo liberarte a ti —susurró una voz desde la oscuridad del interior—. Puede que haya perdido la ciudad, pero no fue por ella por quien vine aquí, al menos al principio. Vine por ti.

—¿Por qué por mí? —Escudriñaba, desesperado, la oscuridad, sujetando a *Vindicación* con la mano sudorosa—. Maldición, criatura, ¿por qué por mí?

—Lo he dejado sordo —susurró Sangradora—. Le he cortado la lengua, le he perforado los ojos, pero todavía puede actuar. Tú eres sus manos, Waxillium Ladrian. Aunque esté sordo, ciego y mudo… tú le permites seguir moviendo las zarpas.

—Yo no soy de nadie, Sangradora —replicó Wax, localizando, al fin, lo que le pareció su silueta agazapada en la parte de atrás de la estancia polvorienta, al lado de un estante para palas—, aunque sirva a Armonía lo hago porque es mi deseo.

—¡Ah! —susurró ella—. ¿Acaso sabes cuánto lleva cultivándote, Wax? ¿Cuánto hace que juega contigo, que te lleva por donde quiere? ¿Sabes que te envió a los Áridos para que te endurecieses y sacarte luego de allí cuando estuvieras bien curtido, como si fueras un pedazo de cuero?

Wax levantó a *Vindicación*, pero de pronto un lateral del cobertizo salió volando, arrojando pedazos de madera por todo el jardín. Wax intentó encañonarla, pero no disparó, y Sangradora se escabulló. Aquel disparo debía hacerlo con cuidado. Ranette solo le había enviado una bala y era la única que importaba en aquella lucha.

Sangradora salió huyendo en medio de la noche y se impulsó hacia el cielo. La explosión de la pared había sido la primera señal, pero aquello lo confirmaba. Su mente de metal, vacía de la velocidad que había acumulado, ya no le servía de nada. La había abandonado en el suelo junto a los huesos del gobernador y se había convertido en una lanzamonedas.

Wax la siguió, empujando contra los mismos clavos, lanzando su cuerpo al aire. Entendía por qué había elegido ella a un lanzamonedas. Se conseguía una gran maniobrabilidad y mucha velocidad empujando contra los metales, y la lógica dictaba que así incrementaba sus posibilidades de escapar.

Sin embargo, había un problema: los metales eran dominio de él.

La pila de huesos que había en el suelo del cobertizo demostraba que al menos una persona había salido peor parada que Wayne aquella noche. Le dio una patadita con el dedo gordo del pie y se le escapó una mueca a causa de su pierna herida. Menudo inconveniente, herrumbres. Tuvo que apoyarse en la pared.

—No logro decidir —dijo, mirando a Marasi— si que el gobernador ya esté muerto significa que lo hemos hecho de pena o de maravilla.

—¿Cómo es posible —replicó Marasi, arrodillada junto al cadáver— que esto no te parezca terrible?

—Bueno, verás, es que no éramos nosotros los encargados de mantenerlo con vida cuando murió. —Wayne se encogió de hombros—. Creo que siempre que doy con un cadáver y no es culpa mía que haya muerto me siento un poco aliviado.

MeLaan entró en la cabaña, todavía en el cuerpo de la guardia, aunque había vuelto a hablar con su propia voz.

—Las cosas se están poniendo feas ahí fuera. Más nos vale volver a entrar en la mansión lo antes posible.

Marasi seguía arrodillada al lado de los huesos, que Wayne iluminaba con su farol. Todavía tenía las muñecas magulladas por las ataduras y la pierna le escocía como loca. Kandra herrumbrosa… Sabía perfectamente cómo dejarlo fuera de combate: un estallido de velocidad, atarle las piernas, amordazarlo, robarle la mente de metal… aunque estando atado tampoco importaba mucho lo rápido que pudiera curarse.

Por supuesto, tenía que haber mirado si llevaba chicle en las manos cuando lo arrastró al interior del estudio.

—El gobernador está muerto —susurró Marasi.

—Sí —corroboró Wayne—, que te arranquen el esqueleto suele producir ese efecto.

—¿Y qué significa eso? —dijo Marasi, mirando por el hueco abierto en el lateral de la barraca, en la dirección en la que habían visto escapar a Wax.

—Significa que va a faltar a la clase de claqué del…

—Wayne.

—¿Sí?

—Cierra el pico.

—Sí, señora.

Marasi cerró los ojos y Wayne se recostó contra el muro, mirando hacia la muchedumbre. Enfurecida, esperaba que el gobernador pronunciase su discurso. El discurso que tendría que poner fin a todo aquello.

—Sangradora tenía planeado indignarlos —dijo MeLaan—. Escuché parte de su discurso. ¿Sería posible hacer que se dispersen?

—No —respondió Marasi, ya de pie—, podemos hacer algo mejor. —Se volvió hacia MeLaan, empujando la calavera del gobernador con el pie—. ¿Cuánto puedes tardar en imitarlo?

—No he digerido su cadáver… No pongáis esas caras, no es culpa mía que seáis comestibles. Si os sirve de algo, sabéis fatal, incluso bien madurados. Sea como fuere, será difícil. A TenSoon se le da muy bien recrear una cara a partir de un cráneo, pero yo no tengo tanta práctica.

Wayne no dijo nada. Era capaz de cerrar el pico. Era muy capaz, cuando hacía falta. Aunque hubiese chascarrillos casi suplicando que alguien los

soltase.

—Nos tienes a nosotros para ayudarte a hacerlo bien —la animó Marasi —. Además, está oscuro. No hace falta que engañes a su madre, solo a una muchedumbre de ciudadanos furiosos, la mayoría de los cuales ni siquiera lo ha visto de cerca.

MeLaan se cruzó de brazos mientras inspeccionaba los restos mortales del gobernador.

—Está bien. Si os veis capaces de pensar algo que yo pueda decir y que vaya a apaciguar a esa multitud, lo haré.

Wayne no movió un pelo, la mandíbula apretada. «Nada de bromas con…, bueno, con lo evidente». Además, acababa de enterarse de algo mucho peor. Algo que no era cosa de risa.

Marasi se lo quedó mirando con preocupación.

—¿Qué pasa, Wayne?

Wayne se sentó, negando con la cabeza.

—Wayne. —Marasi se levantó, preocupada de verdad—. No pretendía hablarte mal, es que…

—No me ha molestado lo que has dicho —la cortó.

—¿Y entonces?

—Es que… —dijo, mirando a MeLaan— siempre había dado por sentado… no sé… que los humanos éramos deliciosos.

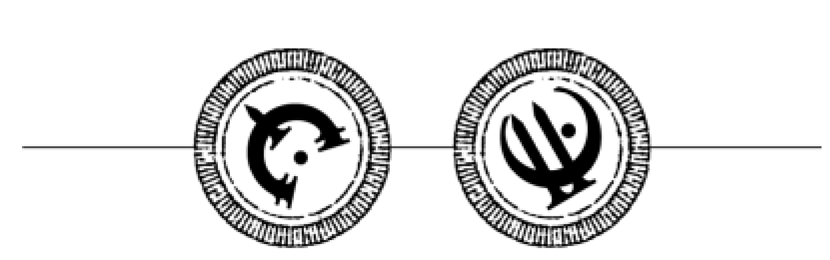
—Pues no —replicó MeLaan.

—Estás hiriendo mis sentimientos de verdad. A lo mejor yo soy distinto. ¿No quieres darme un bocadito en el brazo? Me lo curaré enseguida, al menos en cuanto averigüemos qué ha hecho ese monstruo con mi mente de metal.

Marasi soltó un gran suspiro.

—MeLaan, ponte con esos huesos. Tengo un discurso que reescribir.

24



Era evidente que Sangradora había practicado el uso de los metales. Sabía empujar contra los pestillos y las farolas que pasaban para ajustar la trayectoria. Sabía dejarse caer muy bajo antes de apoyarse en el metal de un motocarro aparcado para conferirse velocidad lateral en lugar de volver a empujarse hacia arriba. Era diestra.

Wax era mucho más que diestro. La seguía como una sombra, nunca a más de medio salto de distancia. Percibía un frenesí cada vez mayor en los movimientos del kandra, que se empujaba con los metales encendidos para intentar ponerse fuera de su alcance.

Al principio se lo permitió, con la intención de que se le agotase el acero. Recorrían la ciudad a saltos, dos corrientes de aire entre la bruma que se elevaban por encima de las calles atestadas de alborotadores enfurecidos; que dejaban atrás los vecindarios de clase media con sus postigos cerrados y sus luces apagadas; que sobrevolaban las fincas de los ricos, donde el personal de seguridad mantenía una guardia tensa ante las puertas, esperando que aquella noche infernal llegase a su fin.

En aquellos vuelos, Wax confirmó que Sangradora no había sido el Tirador. Parecía llevar una de sus máscaras (y ya lo había hecho antes), a juzgar por el rápido vistazo que le había podido echar al pasar junto a un edificio en llamas que iluminaba la noche, pero solo lo hacía para confundirlo y desesperarlo. El Tirador siempre buscaba el interior de los edificios en su huida para intentar prepararle una emboscada. Ella se

mantenía en los espacios abiertos, como si los cerrados la asustasen. No huía hacia los rascacielos, no buscaba el confinamiento ni las estrecheces de los suburbios. No, ella se encaminaba directamente hacia el este de la mansión del gobernador, hacia la libertad de las afueras.

Allí no habría tanto metal, lo que a ella le dificultaría la huida, pero también reduciría parte de la ventaja de él y eso no podía permitirlo.

Wax redobló sus esfuerzos al dejar atrás un tren nocturno. Se adelantó a un giro de su presa, que la alejaba del tren en dirección a un distrito industrial, y atajó hacia un lado, ganando unos segundos. Mientras ella saltaba por encima de un edificio achaparrado en llamas, dejando atrás a unos manifestantes que le lanzaban piedras desde abajo, Wax, surgió al otro lado gracias a un giro muy preciso con el que acortaba entre el edificio incendiado y el contiguo. Atravesó por entre el humo ardiente y apareció, con el arma desenfundada, justo en el instante en que ella aterrizaba tras realizar un arco más elegante.

Al verlo se le escapó una maldición. Se lanzó calle abajo, utilizando todas las luces que dejaba atrás para empujar, incrementando su velocidad. Lo hizo con destreza, pero Wax tenía una ventaja. Redujo su peso, llenando su mente de metal. Su velocidad aumentó, como siempre ocurría, aunque el cambio era sutil. Conseguía un repunte si reducía su peso estando en movimiento. No sabía bien por qué.

En una persecución como aquella, en la que se aprovechaba cada farola al pasar, las pequeñas ventajas eran esenciales. Cada atajo en una esquina, cada arco juzgado con acierto, cada uso de un impulso extra en el vuelo tras aterrizar un momento lo acercaba más a ella. Así llegó el momento, cuando se acercaban a los límites de la ciudad, en que ella miró hacia atrás y se lo encontró a punto de sujetarla por los talones.

Soltó un grito, una exclamación femenina de sorpresa. Se lanzó hacia un lado, pasando por encima del río, y logró aterrizar, sujetándose a uno de los cables de apoyo, en la parte del Pontoriente destinada a la carretera.

Wax aterrizó con elegancia ante ella, el arma desenfundada.

—No puedes escapar de mí, Sangradora. Déjame que te quite el punzón y te lleve presa. Tal vez alguien encuentre un día la forma de sanar tu locura.

—¿Y volver a ser una esclava? —susurró tras la máscara roja y blanca —. ¿Tú te pondrías los grilletes?

—Si hubiera hecho las cosas horribles que has hecho tú, entonces sí. Pediría que me detuvieran.

—¿Y qué pasa con el dios a quien sirves? ¿Cuándo aceptará Armonía sus castigos? Por la gente que deja morir. Por la gente que muere por su voluntad.

Wax levantó el arma, pero Sangradora se lanzó hacia arriba.

Él siguió su trayectoria con el arma, pero saltaba adelante y atrás contra las vigas de apoyo del inmenso puente, y decidió no disparar. En lugar de ello se elevó con un empujón, ascendiendo hasta llegar a la parte más alta de una de las torres de suspensión del puente, el gabán agitándose a su alrededor. Sangradora lo estaba esperando allí, sobre el pináculo, vestida con camisa roja y pantalones, la capa suelta aleteaba a su alrededor.

Wax aterrizo y apuntó.

Sangradora se quitó la máscara.

Llevaba la cara de Lessie.

Marasi no les contó la verdad sobre Innate a los demás alguaciles, ni siquiera a Aradel. ¿Qué les iba a decir? ¿«Lo siento, pero el hombre al que hemos estado protegiendo en realidad era el asesino. ¡Ah! Y la ciudad lleva a cargo de una kandra demente ni se sabe cuánto»? No tardaría en escribir un informe, cuando supiera explicar todo aquello, pero, por el momento, le faltaba el tiempo. Tenía que salvar a la ciudad.

Pese a todo, sintió una punzada de remordimiento al ver pasar al comisario Aradel por delante de la tribuna improvisada en la escalinata principal, donde ella se encontraba. El lord alto comisario tenía todo el aspecto de encontrarse mal. Lo había metido en un buen dilema: el pensar que el gobernador era un maleante lo perturbaba en lo más profundo de su ser.

No lejos de allí, MeLaan subió al estrado para dirigirse a la multitud. Pese a sus críticas a sus propias limitaciones, la imitación del gobernador era excelente, al menos en opinión de Marasi.

Se hizo el silencio entre la masa. A Marasi le extrañó. ¿Había sido cosa de los hombres de Aradel? No… los alguaciles formaban una barrera sólida entre el gentío y la mansión, pero no hacían nada para apaciguar al público.

Qué raro… Aunque se oía algún abucheo, casi todo el mundo guardaba silencio y observaba entre las brumas, que parecían haberse espesado, ahora que se habían dispuesto luces alrededor de toda la plaza. Los alborotadores querían escuchar lo que tenía que decirles el gobernador. Bueno, ¿no sería lo lógico?

Marasi percibía el ambiente de curiosidad hostil. Ella misma sentía cierta calma. Era posible que el discurso de MeLaan funcionase. Todo iba bien. ¿Por qué se había preocupado tanto? Si…

¡Herrumbres! La estaban aplacando.

Se espabiló al instante, sintiendo la tensión de repente. Sabía de multitudes, había estudiado sus dinámicas. Era su especialidad y se daba cuenta de que, a todas luces, allí había algo que no cuadraba. Pero ¿quién los estaba aplacando? ¿Por qué? ¿Cómo?

«Elegante», pensó. Waxillium había dicho que el Grupo estaba implicado. Su tío tenía contactos con alomantes y cierta inclinación por ver cumplidos los planes de Sangradora. El discurso que Marasi había escrito para MeLaan era irrelevante: cuando los hombres del Grupo descubrieran que «el gobernador» se estaba desviando del guion se encargarían de llevar a la turba al paroxismo.

De pronto, Marasi se puso frenética, sin tiempo para escuchar el inicio del discurso de MeLaan. ¿Podía llegar hasta Aradel? No; estaba en el herrumbroso escenario, al lado de MeLaan. Wayne, poniendo cara de coraje pese a su herida, los sobrevolaba a ambos, dispuesto a echar una mano en caso de necesidad.

Marasi tenía que actuar rápido y sin alboroto para no alertar al Grupo. Vio a Reddi junto a la base de la escalinata, observando a la multitud con los brazos cruzados. Llegó hasta él a toda prisa y lo agarró del brazo.

—Reddi, hay un aplacador entre la gente, no sé dónde.

—¿Cómo? —le preguntó, mirándola con aire ausente—. ¿Qué?

—Hay un aplacador —repitió—. Nos están mitigando las emociones. Seguramente también tengan un encendedor preparado para agitar a las



masas cuando escuchen el discurso.

—No sea tonta —bostezó Reddi—. Todo va bien, teniente.

—Reddi —dijo ella, sujetándolo con más fuerza—, ¿cómo se siente?

—Bien.

—¿No lo estoy molestando? —insistió—. ¿No lo enfurece que me hayan dado el cargo que le correspondía a usted? ¿No está celoso?

Se la quedó mirando, ladeó la cabeza y luego siseó, bajito.

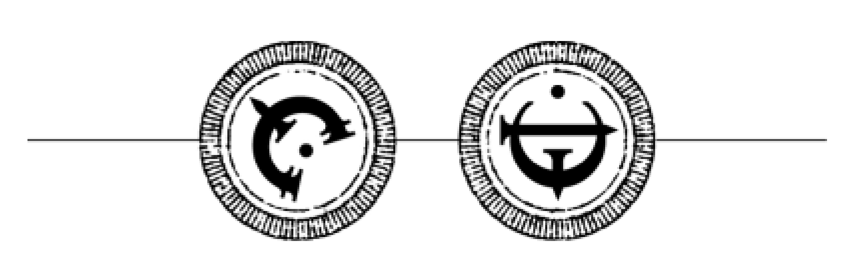
—Maldita sea, tiene razón. Normalmente la odio, pero ahora mismo solo me desagrada un poquito. Están jugando con mis emociones —titubeó —. No se ofenda.

—No podría aunque quisiera —replicó Marasi—. Me cuesta sentir cualquier emoción intensa o urgente. Pero Reddi, tenemos que neutralizarlos.

—Iré a buscar a la brigada —dijo—, pero ¿cómo vamos a encontrarlos? Podrían estar en cualquier parte.

—No. —Marasi escrutó la multitud. Sus ojos dieron con un carruaje aparcado discretamente en un pequeño callejón—. En cualquier parte, no. No quieren mezclarse con la muchedumbre que pretenden convertir en una turba asesina. Es demasiado peligroso. Venga.

25



Al ver la cara de Lessie, Wax lanzó un gruñido gutural, primario. El sonido de un hombre que encaja un puñetazo bien dado directo al estómago. Apuntaba a Sangradora con el arma, pero le temblaba la mano y se le nublaba la vista.

«No es ella. No es ella».

—Otra vez con las armas. —La voz de Sangradora era suave. ¡Herrumbres! Era la voz de Lessie—. Dependes demasiado de ellas, Wax. Eres un lanzamonedas, ¿cuántas veces tengo que decírtelo?

—¿Has desenterrado su cadáver? —preguntó Wax, con una súplica en la voz. Le costaba ver—. Monstruo. ¿¡Has desenterrado su cadáver!?

—Ojalá no me hubiera visto obligada a hacerlo —dijo Les… Sangradora—. Pero las emociones fuertes nos liberan de él, Wax. Es la única forma.

Miraba la pistola con desprecio. Claro, era una kandra. Wax tenía que obligarse a recordarlo. Para ella las armas no significaban nada.

Lessie… ¿Cuántas veces habría soñado con volver a oír aquella voz? Había llorado, deseando poder hablarle de su amor una vez más. Explicarle el agujero, grande como la herida de un disparo de recortada, que su muerte le había dejado en el corazón.

Disculparse.

«Armonía. No puedo volver a dispararle».

Al final, Sangradora se le había adelantado.

—Me preocupaba usar el cuerpo de Tan —dijo Lessie, dando un paso en su dirección—, me preocupaba que te dieras cuenta de quién era en realidad.

—Tú no eres Lessie.

Ella sonrió.

—Sí, supongo que es verdad. Nunca fui Lessie, siempre Paalm, el kandra. Pero me gustaría haber sido ella. ¿Eso cuenta?

Herrumbres… El lenguaje corporal de Lessie lo clavaba. MeLaan había dicho que era buena, ¡pero aquello era tan real, tan creíble! Wax se dio cuenta de que estaba bajando el arma. Deseando. Deseando…

—¿Armonía? —suplicó.

Pero no llevaba puesto el pendiente.

Marasi y Reddi dieron un rodeo, avanzando un bloque de edificios más de la cuenta antes de volver sobre sus pasos hasta el carruaje sospechoso. No había podido reunir una brigada tan numerosa como ella habría querido. Y no solo por temor a que el aplacador detectase sus movimientos: Reddi tampoco quería mermar demasiado los efectivos que quedaban controlando la multitud.

Los proyectores de voz amplificaban la de MeLaan de forma que Marasi seguía oyéndola incluso mientras su equipo de once alguaciles se posicionaba en un extremo del callejón en el que se encontraba el carruaje. ¿Cuánto tardaría el Grupo en darse cuenta? Marasi había conservado la parte inicial del discurso para que no sonase demasiado diferente de las palabras de Innate, pero su intervención daría un giro muy pronto.

Reddi se quitó el casco de alguacil (el de Marasi le aplastaba el pelo con su peso incómodo) y a continuación les hizo un gesto a los demás en la oscuridad. Al quitarse el casco de aluminio sintió el toque del aplacador con más fuerza que antes, cuando estaba entre la multitud. Era cierto que la fuente se encontraba en el carruaje.

Volvió a ponerse el casco. La comisaría disponía solo de una docena, todos ellos donados por Waxillium. Reddi tenía la influencia justa para solicitar la brigada que los utilizaba. Se ajustó su casco y se llevó la mano al

costado para sacar un bastón de duelo grueso, semejante a una porra larga con un pomo en un extremo. Los demás hicieron lo mismo. Nada de disparos tan cerca de una aglomeración de civiles.

—Entramos rápido y en silencio —susurró Reddi al equipo—. Quiera Armonía que no tengan un lanzamonedas con ellos. No os saquéis los cascos. No quiero que ninguno de vosotros caiga bajo el control de ese aplacador.

Marasi enarcó una ceja. Los aplacadores no podían controlar a nadie, aunque muchos tenían esa idea equivocada. Tampoco ayudaba a erradicarla que las *Palabras de Instauración* mencionasen vagamente que era posible controlar a los kandra y los koloss con el uso de la alomancia, pero entonces Marasi ya sabía que aquello solo era posible con quien llevase punzones de hemalurgia.

—Colms —le dijo Reddi, todavía en voz baja—, quédese en la retaguardia. No es agente de campo, no quiero que resulte herida, o peor, que estropee la misión.

—Como desee.

Reddi contó despacio. Al llegar a diez, todo el grupo entró en el brumoso callejón. Marasi se quedó cerca de la entrada, paseándose con las manos agarradas a la espalda. Casi inmediatamente después de meterse en el callejón los alguaciles se detuvieron. Un grupo de hombres vestidos de oscuro salió en tropel por una puerta, bloqueándoles el acceso al pequeño carruaje.

A Marasi se le salía el corazón por la boca mientras ambos grupos se estudiaban mutuamente. Al menos aquello demostraba que tenía razón en lo del carruaje. Algunos de los recién llegados llevaban armas, pero uno de los hombres de oscuro ladró una palabra y todos las guardaron.

«No quieren apartar la atención de la multitud del discurso —pensó Marasi—. Todavía piensan que lo que está diciendo el gobernador se ajusta a sus planes».

Que aquella pelea se llevase a cabo en silencio beneficiaba a ambos lados. Los dos grupos esperaron en tensión hasta que Reddi blandió su bastón de duelo.

Las dos fuerzas chocaron entre sí.

Sangradora se acercó más a Wax entre las brumas. En lo alto de aquella elevada plataforma, de aquella torre del puente, no parecía existir nada más. Era como si se encontrasen en una minúscula isla de acero que surgía del mar. Alrededor, todo era gris, la oscuridad se extendía por toda la inmensidad del cielo.

—Tal vez debí haber acudido a ti —dijo la voz de Lessie— para que me ayudases. Pero él vigilaba. Vigila siempre. Me alegro de que te hayas quitado el pendiente. Al menos mis palabras han significado algo para ti.

—Para —susurró Wax—. Por favor.

—¿Que pare de qué? —Lessie estaba ya a solo unos centímetros de él —. ¿Que pare de andar? ¿Que pare de hablar? ¿Que deje de quererte? Mi vida habría sido mucho más sencilla si hubiera sido capaz de hacerlo.

Wax le echó la mano abierta y la agarró por el cuello, con el pulgar siguiendo la línea de la mandíbula. Ella buscó sus ojos y él vio pena en los de ella.

—Tal vez la razón por la que no vine a buscarte no tenga nada que ver con Armonía. Sabía que te dolería. Lo siento.

«No», pensó Wax.

—Voy a tener que hacer algo contigo —siguió ella—. Encontrar la forma de mantenerte a salvo sin que te interpongas en mi camino. Es posible que tenga que hacerte daño, Wax. Por tu bien.

«No, esto no es real».

—Sigo sin saber qué hacer con Wayne —dijo—. No fui capaz de matarlo, pobre idiota. Te ha seguido hasta aquí para ayudarte en la ciudad. Eso me enternece, pero sigue perteneciendo a Armonía, así que seguramente estaría mejor muerto que como está ahora.

«¡NO!».

Wax la empujó de espaldas y volvió a sacar a *Vindicación*. Sin embargo, el arma saltó de entre sus dedos, empujada por Sangradora, y se perdió entre la niebla, dando tumbos.

Wax gruñó, cargando con el hombro, intentando tirarla de la torre. Ella lo agarró en el momento en que la golpeaba, desequilibrándolos a los dos.

Mientras caían juntos, ella levantó su pistola de aluminio y le pegó un tiro en la pierna.

El grito de Wax resonó mientras caían entre las brumas desde la torre. Un empujón desesperado contra el puente que tenía debajo redujo su velocidad, pero le falló la pierna al aterrizar y gritó, desplomándose sobre una rodilla.

«El arma. Busca el arma».

Había caído por allí. Herrumbres. ¿Seguiría funcionando después de semejante caída? No había oído el golpe. ¿Se habría hundido en las aguas del río?

El pesado aterrizaje de Sangradora cayó cerca. Se giró hacia él, iluminada por las estridentes luces eléctricas que bordeaban la carretera del puente. No circulaba ningún carruaje ni motocarro y, a su espalda, una luz mayor se cernía sobre la ciudad. Una luz roja y violenta que parecía quemar las brumas.

Al mirar hacia la ciudad vio oscuridad y paz. Pero Elendel ardía por dentro.

Marasi se mantenía en los márgenes del campo de batalla.

Era un campo de batalla minúsculo, cierto, pero la ferocidad del conflicto la impresionaba. Se creía capaz, por primera vez, de imaginar lo que habría sido vivir durante la Guerra de Ceniza, tanto tiempo atrás.

Aunque, sin duda, entonces las guerras habían sido más planificadas, más deliberadas. No como aquel batiburrillo de figuras que se golpeaban entre sí, rompiéndose huesos, maldiciendo, arrollando a los caídos. Aquellos hombres, que eran sus compañeros, luchaban con todas sus fuerzas para abrirse paso a través de los matones del Grupo. Los habían obligado a pasar toda la noche observando sin hacer nada, sintiéndose impotentes al ver la ciudad venirse abajo ante sus ojos, al ver que la situación empeoraba por momentos.

Al menos aquella batalla podían lucharla y la luchaban con ahínco. Abrían cabezas, derribaban contrincantes, resoplaban en aquel callejón

sucio y oscuro, esforzándose en llegar al carruaje. Por suerte, las tropas del Grupo no parecían contar con lanzamonedas ni brazos de peltre.

A sus hombres seguían superándolos en número y, pese a su determinación, no hacían grandes avances. Fuera del callejón, la multitud comenzaba a inquietarse. El discurso del kandra había llegado a las palabras que Marasi había escrito para ella, palabras que prometían reformas sociales, una nueva legislación que reduciría la jornada laboral y mejoraría las condiciones de las fábricas. Desafortunadamente, lo que Marasi había logrado llegar a oír en el eco de la voz de MeLaan tenía un tinte desesperado. Sonaba falso, artificial.

No era culpa de MeLaan. Ya había dicho que no tenía tiempo suficiente para preparar una imitación convincente y ni siquiera era su especialidad, para empezar. Herrumbres. El gentío comenzó a gritar, maldiciendo las mentiras del gobernador. La voz de MeLaan vaciló. ¿Aquello lo estaba causando el encendedor, agitando a la turba para provocar un tumulto? ¿O la gente estaba tan indignada que se sobreponía a la alomancia?

Fuera como fuese, Marasi no podía menos que desesperarse al ver a sus hombres pelear y caer, al pueblo a punto de amotinarse. Caminó por un lateral del callejón, con la esperanza de revertir la situación si lograba llegar hasta el carruaje. Por desgracia, el callejón era tan estrecho que los combatientes lo llenaban por completo. La mitad de sus hombres ya había caído. Los que seguían peleando parecían espectros que se movían y se ondulaban entre las brumas. Sombras intentando consumir otras sombras.

Nadie parecía prestarle demasiada atención en ninguno de los dos bandos. Le pasaba con frecuencia. Durante la mayor parte de su vida, su padre había deseado que desapareciese. A los miembros de la alta sociedad se les daba de maravilla fingir que no existía. Incluso Waxillium parecía olvidarse de su presencia en ocasiones.

Pues bien, sería invisible. Inspiró hondo y se metió en el medio de la pelea. Al pasar cerca de dos hombres que forcejeaban se lanzó hacia ellos como si tratase de ayudar, y luego se arrojó hacia un lado como si la hubieran golpeado. La interpretación había sido buena, en su opinión.

Oyó a Reddi maldecirla desde algún punto del callejón, pero no acudió nadie a su rescate. Todos siguieron intentando matarse mutuamente con

gran ahínco, así que Marasi se escabulló reptando por el suelo, arrastrándose entre las sombras hasta acercarse al carruaje.

Había dos guardias vigilándolo. Diablos. Necesitaba librarse de ellos, pero ¿cómo?

Volvió la vista hacia la pelea. Se había desplazado hacia la boca del callejón, pues los alguaciles se veían obligados a retroceder por la presión de los números. Seguramente se habían alejado lo suficiente para que Marasi pudiera intentar algo desesperado del todo.

Utilizó su alomancia.

Durante un breve instante lanzó una burbuja de velocidad que la rodeó solo a ella y a los dos guardas. Apagó sus metales enseguida. En el exterior no habían transcurrido más que segundos.

Aun así, resultaba desconcertante. Las brumas parecían pasar a su alrededor con súbita velocidad y los combatientes se movían dando bandazos. Los dos guardias dieron un respingo, sorprendidos, mirando a su alrededor. Marasi les ofreció su mejor imitación de un cadáver.

Luego volvió a encender su alomancia.

—¡Ruina! —exclamó uno de los guardias—. ¿Has visto eso?

—Traen a un nacido del metal con ellos —replicó el otro. Ambos sonaban muy nerviosos.

Marasi les dio otra descarga de tiempo distorsionado. Los dos guardias se enzarzaron en un debate frenético y entre susurros, para acabar llamando a la puerta del carruaje y hablando a través de la ventana. Marasi esperó, sudando, con los nervios a flor de piel. A sus hombres no les quedaba mucho tiempo…

Los dos guardias echaron a correr por el callejón, dejando desprotegido el carruaje para llevar órdenes a los combatientes de que estuvieran prevenidos de la presencia de un nacido del metal. Marasi se puso en pie y se escabulló por detrás del carruaje, que no tenía conductor, abrió la puerta, se coló dentro y se sentó.

Sentada en el asiento había una mujer regordeta, ataviada con un lujoso vestido con tres capas de seda. Junto a ella estaba sentado un hombre que apoyaba una mano en la muñeca de ella, con los ojos cerrados y un traje

muy elegante y moderno. El arma corta con la que les apuntaba Marasi, sin embargo, era de lo más tradicional. Y muy funcional también.

La mujer pestañeó, perdiendo la concentración, para mirar a Marasi con cara de horror. Le dio un codazo al hombre, que abrió los ojos, sobresaltado. Una aplacadora y un encendedor, aventuró Marasi.

—Tengo la teoría —les dijo— de que una dama no debería verse obligada jamás a recurrir a algo tan bárbaro como la violencia para conseguir sus objetivos. ¿No están de acuerdo?

Ambos asintieron al instante.

—Así es. Una auténtica dama solo utiliza la amenaza de la violencia. Es mucho más civilizado —continuó, mientras amartillaba la pistola— que esos cabezas de peltre del callejón paren al instante de vapulear a mis amigos. Luego hablaremos de qué hacer con ese gentío…

—¡Basta, Wax! —gritó Sangradora—. ¡Deja de obedecerle!

Allí estaba. *¡Vindicación!* Descubrió la pistola cerca de Sangradora, asomando de un sumidero del borde de la carretera.

Wax saltó a por ella, se dolió al rodar sobre su brazo herido, y se lanzó hacia delante de un empujón. Sangradora lo apuntó con su arma, pero no disparó. Tal vez, en el fondo, una parte de aquella criatura había adoptado los sentimientos del cuerpo que ocupaba. Tal vez ya no lograba diferenciar entre su mente y su cara.

Wax recuperó a *Vindicación* de un manotazo.

—Por favor —susurró Sangradora—. Escucha.

—Te equivocas sobre mí. —Wax hizo girar el tambor y palpó el gatillo con la esperanza de que la pistola todavía funcionase. Miró a Sangradora y apuntó.

Al mirarla a los ojos, vio a Lessie. El estómago se le encogió de nuevo.

—¿En qué me equivoco?

Herrumbres, estaba llorando.

—No soy las manos de Armonía —susurró Wax—. Soy su espada.

Disparó.

Sangradora no esquivó el tiro. ¿Por qué iba a hacerlo? Las armas apenas la incomodaban. Aquel disparo le dio en medio de la frente. Aunque el impacto le sacudió la cabeza, no cayó ni se movió apenas.

Se lo quedó mirando con una gotita de sangre resbalando junto al puente de la nariz hasta los labios. Y entonces abrió unos ojos como platos.

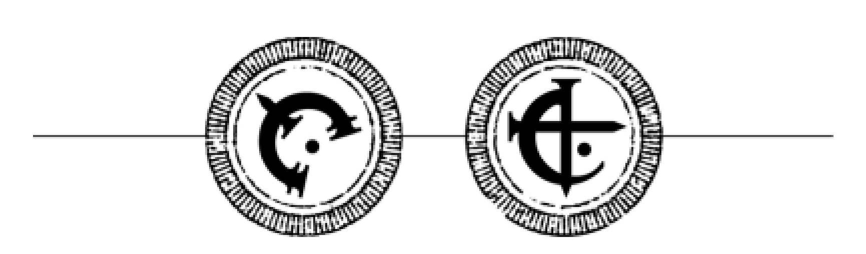
El arma se le cayó de los dedos temblorosos.

«Somos más débiles que otras criaturas hemalúrgicas», había dicho MeLaan. Wax se levantó con esfuerzo, apoyándose en la pared del muro. «Solo hacen falta dos punzones para controlarnos».

—¡No! —aulló Sangradora, cayendo de rodillas—. ¡NO!

Un punzón le otorgaba sabiduría. El segundo, implantado en su cráneo en forma de bala forjada a partir del pendiente de Wax, le permitía a Armonía volver a controlarla.

26



Marasi se llevó con ella a rastras a la aplacadora, sujetándola del cuello del vestido con una mano, la pistola en la otra. Las acompañaba un vapuleado Reddi, que observaba la muchedumbre enardecida con desagrado. Habían dejado a los demás cautivos con el resto de los alguaciles y Marasi le rogaba a Armonía que aquello no fuera tentar al destino.

—Detenlos —le siseó a la mujer cuando llegaron al borde del gentío, que había empezado a arrojar cosas al estrado. La pobre MeLaan continuaba con su discurso con aplomo, aunque cada vez más irritada porque se negaban a escucharla.

—¡Lo intento! —se quejó la aplacadora—. Sería más fácil si no me estuvieras asfixiando.

—¡Aplácalos ya! —gritó Reddi, levantando el bastón de duelo.

—No puedo controlar mentes, hombrecillo ignorante. Y por mucho que me pegue no conseguirá nada. ¿Cuándo puedo hablar con mi letrado? No he violado ninguna ley. Simplemente estaba observando los acontecimientos con interés.

Marasi ignoró la respuesta furiosa de Reddi y se centró en la multitud. MeLaan estaba ante ellos, iluminada con luces eléctricas desde atrás, pero por las hogueras por delante. La ira del pueblo, un fuego antiguo, frente a la fría esterilidad del nuevo mundo.

—Deberíais darme las gracias —gritaba MeLaan— por haber venido a hablar con vosotros en persona.

«Mal dicho», pensó Marasi. Su irritación la estaba llevando a desviarse del guion.

—¡Yo os escucho —vociferaba por encima del tumulto—, pero vosotros también tenéis que escuchar, rufianes!

«Es igual que él». ¿Demasiado, quizá? MeLaan estaba interpretando un papel. Era el gobernador, el papel que le había dado Marasi. Parecía como si el kandra estuviera permitiendo que su forma le dictase las reacciones. Herrumbres… no es que lo estuviera haciendo mal, lo estaba haciendo muy bien. Estaba haciendo un buen Innate. Y, por desgracia, a Innate siempre le había costado conectar con las masas.

—Muy bien —MeLaan agitó una mano—, ¡quemad la ciudad! A ver qué tal os va mañana por la mañana cuando no tengáis un hogar donde vivir.

Marasi cerró los ojos y gruñó. ¡Qué cansada estaba, herrumbres! ¿Qué hora era ya?

La gente empezaba a ponerse violenta. Había llegado el momento de coger a MeLaan y a Wayne y salir de allí. Habían perdido la apuesta. Era demasiado arriesgada desde el principio, tal vez imposible. Aquella turba pedía sangre. Y…

La masa coreaba a gritos nuevos insultos. Marasi puso cara de preocupación y asombro. Se encontraba en el borde sur de la multitud, junto a una de las hogueras, suficientemente cerca de la cabecera para atisbar al comisario general Aradel, que se había subido al estrado junto a MeLaan. Lo más seguro era que se dispusiese a poner a salvo al «gobernador».

En lugar de eso, Aradel sacó la pistola y apuntó con ella a quien creía que era Innate.

Marasi quedó boquiabierta un instante y luego se volvió hacia la aplacadora:

—¡Aplácalos ya! —dijo—. Pon toda tu habilidad. Si lo haces te concederé inmunidad total para lo que has hecho esta noche.

La mujer miró a Marasi, mostrando una picardía que contradecía sus lloriqueos pasados. Parecía estar sopesando la oferta.

—Lo prometo —dijo Marasi— por la lanza del Superviviente.

La mujer asintió y una ola recorrió la multitud, una súbita quietud. No los acalló por completo, pero cuando habló Aradel su voz se hizo oír.

—Replar Innate —dijo Aradel—, en nombre del pueblo de esta ciudad y por la autoridad de mi cargo de lord alto comisario, queda detenido por corrupción mayor, explotación de los recursos de la ciudad para fines personales y perjurio al tomar los votos como portavoz del gobierno.

Al fin la muchedumbre se tranquilizó por completo.

—Qué idiotez… —comenzó a decir MeLaan.

—Mis hombres, media vuelta —dijo Aradel, mirando a sus alguaciles —. ¡Media vuelta!

La débil línea de soldados se dio la vuelta de mala gana para mirarlo, dándole la espalda al gentío.

—¿Qué hace? —preguntó Reddi.

—Ser un genio —respondió Marasi.

Aradel miró hacia la multitud, todavía apuntando al gobernador con el arma.

—Esta noche, el mismo gobernador ha declarado la ley marcial en la ciudad, lo que nos pone a los alguaciles a cargo, con él a la cabeza. Por desgracia, ocurre que el gobernador es un bellaco mentiroso.

De algunas gargantas nacieron tímidos gritos de apoyo.

—Él ya no tiene el control —añadió Aradel—. Por lo que yo entiendo, el control es vuestro. Así que, si lo permitís, esta noche los alguaciles están de vuestro bando.

»Todos vosotros, sin embargo, habéis venido hoy para iniciar una revuelta. ¡Escuchadme, acallad esos gritos! No puedo apoyar el motín ni el saqueo. Si empezáis a quemar la ciudad lucharé contra vosotros hasta mi último aliento. ¿Me oís? ¡No somos una turba!

—¿Y qué somos, entonces? —La pregunta se elevó en medio de otras tantas.

—Somos el pueblo de Elendel y estamos cansados de que nos guíe un puñado de ratas —gritó Aradel—. Tengo pruebas de que al menos siete líderes de las casas nobles son corruptos. Y mi intención es verlos detenidos. Esta misma noche. —Aradel dudó y luego habló más alto, la voz

transportada y amplificada por los conos colocados frente al estrado—. No me vendría mal la ayuda de un ejército, si vosotros estáis dispuestos.

Con el rugido de aprobación de la multitud de fondo, Aradel empujó a MeLaan a las manos de un par de cabos que esperaban junto a ellos. Se los veía estupefactos. A decir verdad, el propio Aradel parecía un poco abrumado por lo que acababa de hacer.

—¡Purísima Conservación! —maldijo Reddi por lo bajo, observando a la muchedumbre enardecida—. Se van a convertir en una turba de saqueadores.

—No —replicó Marasi—, qué va.

—¿Cómo está tan segura?

—Porque es más fácil canalizar un río que detenerlo, Reddi —respondió.

Había posibilidades de que saliese bien. No tenía demasiadas esperanzas de mantener entre rejas a los lores y damas que Aradel pretendía arrestar, pero al gobernador… Con aquellas cartas y MeLaan interpretando el papel… Sí, podía salir muy bien.

Wax cruzó el puente cojeando. La vida le había enseñado a no subestimar jamás a un enemigo con el que creía haber acabado. Con una mano en la pierna herida, mantuvo el arma apuntando a aquella figura convulsa hasta que hubo apartado su pistola de una patada. A continuación, se arrodilló con la rodilla buena y le dio la vuelta, para comprobar que no ocultase otra arma.

Descubrió que por la cara le corrían lágrimas que se mezclaban con el goteo de sangre de la herida de bala.

—Vuelvo a tenerlo en la cabeza, Wax —susurró, temblando—. ¡Ay, Ruina, está en mi cabeza otra vez! Me está hablando. No pienso volver con él.

—Chiss —dijo Wax, sacando una segunda arma de su costado y lanzándola lejos—. No pasa nada.

—¡Sí! —gritó ella, agarrándolo del brazo—. ¡Claro que pasa! ¡No volveré a ser suya! ¡Seré yo misma hasta el final!

Los temblores de Sangradora aumentaron, su cuerpo se convulsionaba, aunque no le soltaba el brazo. Wax frunció el ceño al ver que ella adelantaba la cabeza, buscando su mirada, llorando estremecida. Destrozada.

—¿Qué haces? —le preguntó.

—Morir. ¡Así lo decidimos! No volveremos a caer. Descubrimos una salida. —Ya no era capaz de mirarlo a los ojos y cayó hacia atrás, presa de los espasmos. Los ojos se le dilataron rápidamente, la piel temblaba contra el hueso.

Wax la contemplaba horrorizado. La agarró del brazo. No tenía pulso. Sí que estaba muriendo. Matándose.

¿Podría detenerla?

¿Qué más le daba a él? Había asesinado a muchos. Era el final que merecía. En realidad, la comprendía. Mejor elegir ese camino que sufrir bajo el control de Armonía. Titubeando, pero pensando que poco más podría hacer por aquella pobre criatura, la tomó en brazos y la estrechó. Al menos que muriera en un abrazo. Le repugnaba el gesto, después de todo lo que ella había hecho, pero había que hacerlo, maldita sea.

Sangradora volvió la cara hacia él y su expresión se suavizó, pese a las convulsiones, y sonrió con los labios ensangrentados.

—No gana una… para sorpresas contigo, eres como… un asno bailarín, míster Pañoleta.

A Wax se le heló la sangre.

—¿De dónde has sacado eso? ¿Cómo conoces esas palabras?

—Creo que te he querido desde aquel mismo día. Vigilante a sueldo. ¡Qué ridículo! Pero tan… sincero. No intentaste protegerme, pero se te veía tan deseoso de impresionarme… Un lord con una misión.

—¿Quién te ha hablado de aquel día, Sangradora? —Wax quería saber —. ¿Quién…?

—Pregúntaselo a Armonía. —Los temblores eran cada vez más violentos—. ¡Pregúntaselo, Wax! Pregúntale por qué envió a una kandra a cuidarte durante todos esos años. ¡Pregúntale si sabía que me enamoraría de ti!

—No…

—Nos manejaba incluso entonces —susurró ella—. Yo me negué. No quería manipularte para que regresaras a Elendel. Te encantaba aquello. No sería yo quien te trajera de vuelta para convertirte en su garra.

—¿Lessie? —¡Armonía! ¡Era ella!

Era ella.

—Pregúntaselo… Wax —dijo—. Pregúntale… por qué… ya que lo sabe todo… ha permitido que me mates…

Quedó inmóvil.

—¿Lessie? ¡Lessie!

Ya no estaba allí. Wax se quedó mirando al cuerpo que yacía en su regazo. Había conservado la forma. Su forma. Se aferró a ella y dejó escapar un aullido grave desde lo más profundo de su ser, un grito descarnado que resonó en la noche.

Las brumas parecían retirarse.

Allí seguía, arrodillado, abrazado al cadáver, una hora después, cuando una figura salió de entre las brumas a grandes zancadas, aproximándose a cuatro patas. TenSoon, el kandra, Guardián de la Guerrero Ascendente, se acercó con paso reverente, la cabeza de perro lobero baja en señal de respeto.

Wax tenía la vista perdida en las brumas cambiantes, abrazaba el cadáver, esperando contra toda lógica que su calor conservase el de ella.

—Cuéntamelo. —La voz de Wax estaba rota y áspera por los gritos—. Cuéntamelo, kandra.

—Te fue enviada tiempo atrás —dijo TenSoon, sentado sobre los cuartos traseros—. La mujer que conociste como Lessie fue siempre uno de los nuestros.

«No…».

—Armonía estaba preocupado por ti, allí en los Áridos, vigilante —explicó—. Quería que tuvieses un guardaespaldas. Paalm ya había mostrado antes una propensión a romper prohibiciones que el resto consideramos sagradas. Esperaba que os hicierais bien mutuamente.

—¡Y no me lo contasteis! —escupió Wax con los puños apretados. Odio. Nunca se había creído capaz de sentir un odio tan intenso como el que sentía en aquel momento.

—Me lo prohibieron —replicó TenSoon—. MeLaan no lo sabía y a mí se me informó solo hace unos días. Armonía pensaba que se produciría un desastre si te contábamos a quién perseguías.

—¿No es esto un desastre, kandra?

TenSoon apartó la vista. Se quedaron sentados en aquel puente vacío, bajo las luces eléctricas que creaban troneras entre las brumas. En el regazo de Wax, una mujer muerta.

—La he matado —susurró, apretando los párpados con todas sus fuerzas—. La he vuelto a matar.

EPÍLOGO



Wax estaba sentado solo en una sala llena de gente. Lo habían intentado todo para hacerlo sentirse a gusto. En el hogar ardía un cálido fuego, en la mesa, junto a él, había un farol porque Steris sabía que prefería la llama a la electricidad. Los pasquines seguían enrollados donde los habían dejado, sin tocar, junto a una taza de té que se había quedado fría hacía mucho.

Hablaban y celebraban, animados por lord Harms, que se reía y alborotaba al respecto de su pequeña participación en todo aquello. Se había evitado el desastre. Había un nuevo gobernador, el primero en la historia que no llevaba sangre noble. Incluso el propio lord Nacido de la Bruma, tanto tiempo atrás, tenía una parte noble. El Último Emperador tenía la sangre pura, y el Superviviente era medio noble. Gente magnífica, todos ellos, a la que honrar, estaban todos de acuerdo.

Sin embargo, Claude Aradel no pertenecía en absoluto a aquel linaje. No tenía en el cuerpo una gota de sangre noble. Los invitados de la fiesta se felicitaban entre sí por su progresismo, al hablar favorablemente de alguien de sangre común.

Wax jugaba con su barba incipiente, la vista perdida en el fuego. Hablaba cuando era necesario, pero lo dejaban bastante tranquilo. Steris me contó que estaba vacío. Agotado por las cosas terribles que había visto. Ella alejaba a los invitados de él cuando podía, diciéndoles, cuando surgía la

pregunta inevitable, que habían decidido retrasar la boda para que Wax pudiese tomarse unas breves vacaciones para recuperarse.

A mitad de la reunión, Wayne apareció renqueando con sus muletas. No podía curarse sin almacenar más salud… y no podía hacerlo mientras se estuviese recuperando de la herida, así que no tendría mucho sentido. De momento se veía obligado a soportar la fragilidad del cuerpo como cualquier persona normal.

«Somos todos tan frágiles, si lo piensas —reflexionaba Wax—. Una cosilla que se tuerza y nos venimos abajo».

—Oye, colega —dijo Wayne, acomodándose en el escabel que había a los pies de Wax—. ¿Te cuento por qué soy un herrumbroso genio?

—Dispara —susurró.

Wayne se inclinó hacia él, abriendo las manos ante sí, en un gesto teatral.

—Voy a emborrachar a todo el mundo.

Los invitados seguían charlando. La mayoría eran alguaciles. Había también algunos aliados políticos de Wax. Había decidido no hacer negocios más que con las personas más respetables de la ciudad, así que la limpieza de nobles de Aradel no había afectado a su casa, lo cual se había considerado una victoria política enorme.

—Mira, tengo un plan. —Wayne se golpeó la sien con un dedo—. La gente de esta ciudad no está bien. Los que trabajan en las fábricas se creen que disponer de más tiempo para sí va a solucionarles los problemas, pero ahora van a tener que hacer algo con ese tiempo. Yo tengo una idea que lo solucionará todo.

—¡Armonía, Wayne! No estarás pensando en envenenar a toda la ciudad, ¿verdad?

—¡Nah! Al menos no los cuerpos. —Wayne sonrió—. Espera y verás. Funcionará. Va a ser alucinante.

Se levantó y tropezó hasta casi caer. Se miró la pierna, sorprendido, como si se le hubiera olvidado la herida. Cogió la muleta y se levantó con un gesto de desconcierto.

Una vez en pie, dudó y volvió a inclinarse hacia Wax.

—Voy a pasar, compañero. Mi padre me dijo una vez: «Hijo, no seas llorica». Así que, si las cosas se ponen feas, te estampas la cara contra la pared hasta que te sangren los labios y así te sientes mejor. A mí me funciona. Al menos eso creo. La verdad es que no me acuerdo bien, con la de golpes en la cabeza que me he llevado.

Sonrió. Wax no apartó la vista del fuego. La sonrisa de Wayne se esfumó.

—Ella habría querido que la detuvieras, ¿sabes? —dijo con voz suave —. Si hubiera podido hablar contigo, si hubiera sido capaz de pensar con claridad, te habría pedido que la matases. Igual que lo habría querido yo e igual que lo habrías querido tú si se te hubiera ido el cobre. Hiciste lo que tenías que hacer, compañero. Y lo hiciste bien.

Apretó el puño y asintió, y luego se marchó cojeando para acercarse a una mujer bajita de pelo largo y dorado. ¿Una muchacha adolescente? Wax no la reconoció.

—Te conozco, ¿verdad? Eres la hija de Remmingtel Tarcsel, el tipo que inventó la bombilla incandescente, ¿no?

La chica abrió la boca.

—¿Lo conoces? —Agarró a Wayne de los brazos—. ¿Conoces a mi padre?

—¡Por supuesto! —exclamó Wayne—. Y he de decir que le robaron. Era un genio. Dicen por ahí que tú eres igual de lista. El cacharro que te sacaste de la manga para hacer discursos no está nada mal.

Se quedó mirándolo y luego se apoyó en él.

—Eso no es nada. La están metiendo en las casas, ¿no lo ves? Está por todas partes.

—¿El qué? —preguntó él.

—La electricidad —respondió la chica—, y yo voy a ser la primera en utilizarla.

—¿Ah, sí? ¿Y te hace falta dinero?

—¿Que si…? —Se llevó a Wayne hacia otra zona de la fiesta, radiante, hablando tan rápido que Wax no entendía las palabras.

Tampoco se molestó en intentarlo. Solo quería mirar al fuego.

Los invitados eran lo suficientemente educados para no insinuar que su indiferencia estaba estropeando la fiesta. Clotilde pasó por allí para cambiar su taza de té frío por una caliente. Por lo que a él le importaba, aquel cómodo sillón podría haber sido un banco duro. No lo sentía, ni tampoco el calor del fuego ni la alegría de la victoria.

¿Cómo escuchar el zumbido de una abeja en medio de una tormenta?

Poco a poco, los huéspedes fueron encontrando excusas para marcharse, saciadas sus ansias de celebración. Algunos se despidieron de él, otros no. Más o menos a la mitad de la prolongada agonía de la fiesta, Marasi se acomodó en su escabel. Llevaba el uniforme de alguacil. Resultaba extraño en una fiesta, aunque, bien pensado, los hombres del cuerpo lo hacían continuamente.

Marasi le dio un sorbo a su taza de té y luego dejó otra cosa en la mesita donde antes reposaba la taza. Los ojos de Wax le echaron un vistazo furtivo. Un punzón pequeño, largo como un dedo, hecho de un metal plateado con manchas rojo oscuro, como de óxido.

—Es uno de los punzones que utilizaba, Waxillium. —La voz de Marasi era suave—. MeLaan me pidió que te lo enseñara.

Wax cerró los ojos. ¿Cómo se les había ocurrido que querría ver semejante cosa?

—Waxillium, no logramos identificar el metal. No se ha visto nunca antes. Desde luego no es ninguno de los punzones que llevaba al inicio. Eso significa que se quitó los dos y se clavó este otro en su lugar. ¿De dónde los sacó? ¿Quién se los dio?

—Me da igual —susurró Wax, abriendo los ojos.

Marasi quedó en silencio.

—Wax…

—Me la envió él, Marasi. Envió una kandra a seducirme.

—No —replicó Marasi, firme—, te envió un guardaespaldas para protegerte en los Áridos. He hablado con TenSoon. Lo de la seducción fue idea de ella. Y tuya, al parecer.

—Armonía lo sabía. —Su voz era ronca—. Preveía lo que iba a pasar.

—Tal vez no.

—¿Qué clase de dios es, entonces? ¿Qué dios es un dios como él, Marasi? ¡Dime!

Marasi se agitó, luego suspiró y recogió el extraño punzón. Antes de levantarse dejó otra cosa en la mesita. Un pendiente pequeño, poco menos que una barrita con un extremo doblado.

—Te envían esto.

Wax no lo miró. Dejó el pendiente donde estaba mientras Marasi se despedía y se marchaba de la fiesta. Llegaron otros con vacías palabras de ánimo, de esas que se escriben en las tarjetas.

Él asentía, pero sin escuchar.

Marasi hizo una parada en las oficinas de la comisaría de camino a casa tras la fiesta en la mansión Ladrian, con la intención de recoger su copia del libro de hemalurgia del lord Nacido de la Bruma, que había dejado guardado en su escritorio. Las oficinas estaban a oscuras y en silencio… en contraste directo con el caos que se había producido unas noches antes. Aunque había algunos alguaciles de patrulla, a la mayoría se les había dado unos días de permiso. Solo estaban de servicio los que tenían guardia en la prisión.

Por eso se sorprendió al ver luces en la parte de atrás de la sala principal. Se acercó hasta allí y se apoyó en el quicio de la puerta, observando a Aradel, que había sacado una pila de papeles y la estaba revisando a la luz de las velas.

—Me cuesta creer —comentó— que el gobernador no tenga nada mejor que hacer en su primer día en el cargo que informes sobre la depreciación de los equipos. Tampoco es que me importe. ¿Cuánto tiempo llevaba ignorándolos?

A Aradel se le agrió la expresión.

—En realidad, no soy el gobernador.

—El título de «gobernador en funciones» lleva la palabra «gobernador», señor.

—El mes que viene elegirán a otra persona para el cargo en la sesión correspondiente.

—Sinceramente, señor, lo dudo.

Agarró una página de la pila de un manotazo, la firmó y la selló, y luego se quedó pasmado mirándola. Al fin se pasó una mano por el pelo.

—¡Ay, Conservación! ¿Qué es lo que he hecho? ¿Y por qué diablos no me detuvo ninguno de ustedes?

Marasi sonrió.

—Tampoco es que nos diera muchas oportunidades.

—Huiré. Rechazaré el nombramiento… —Levantó la vista para mirarla y suspiró—. No puedo ser feliz en este cargo, Colms.

—Parece que los que son felices en él ya han tenido su oportunidad, señor. Estoy deseosa de ver adónde nos lleva esto. Acaba de cambiar el mundo.

—Pues no era mi intención.

—Eso da lo mismo. —Marasi volvió la vista hacia un lado porque alguien se movía entre las sombras de la sala, acercándose. ¿Otro alguacil que pretendía recuperar trabajo atrasado?—. ¡Oh, no!

El gobernador Innate entró por la puerta, con un cinturón en las manos.

—¿Me puede decir alguno de los dos cómo se ata esto? —dijo el exgobernador con la voz de MeLaan.

—Los cinturones no se atan, kandra —respondió Aradel—, se abrochan.

—No, no —explicó MeLaan, tensándolo—, me refiero a atar un nudo corredizo. Siempre se habla de la gente que se cuelga en una celda, pero que me aspen si entiendo cómo. Estuve colgada sus buenos diez minutos y estoy bastante segura de que aquello no habría matado ni al más frágil de los mortales. Algo he debido de hacer mal.

Se los quedó mirando y luego puso cara de extrañeza ante sus expresiones abatidas.

—¿Qué?

—¿Ahorcarte? —soltó Marasi cuando al fin recuperó la voz—. ¡Eres nuestro testigo clave!

—¿De veras os pensabais —preguntó MeLaan con voz seca— que Armonía me iba a permitir sentarme en el estrado de testigos a dar falso

testimonio contra personas que ni siquiera conozco? Sería burlarme de la justicia, niños.

—No —replicó Marasi—, tenemos las cartas, sabemos la verdad.

—¿Ah, sí? —preguntó el kandra mientras tensaba el cinturón de nuevo —. ¿Sabéis fuera de toda duda que Paalm no falsificó las cartas o que no lo hizo el propio Innate antes de que ella se apoderase de él? ¿Sabéis si esos lores y damas llevaron a cabo sus planes o si se echaron atrás? ¿Cómo sabéis que no estaban solo sopesando opciones?

—Tenemos pruebas de sobra, sagrada inmortal —terció Aradel—. La teniente Colms ha realizado un estudio. Estamos bastante seguros de que todo está correcto.

—Entonces convenzan al juez y al jurado. —MeLaan se encogió de hombros—. Nosotros no hacemos las cosas así. La gente tiene que poder confiar en la ley. Yo seré muchas cosas, pero no pienso sentar el precedente de que una kandra pueda mentir para que se condene a alguien, por mucho que estén «bastante seguros» de tener las pruebas.

Marasi se cruzó de brazos, rechinando los dientes. Aradel se la quedó mirando, con una pregunta en los ojos.

—Sin ella —dijo Marasi—, eludirán la justicia. No podremos encarcelarlos. Volverán a campar a sus anchas por la ciudad. —La muchacha exhaló un suspiro—. Aunque… rayos. Probablemente tenga razón, señor. Habría caído en ello si lo hubiera pensado lo suficiente. No podemos falsificar las pruebas, da igual lo justa que sea nuestra causa.

Aradel asintió con la cabeza.

—De todas formas, Colms, tampoco íbamos a tenerlos en prisión mucho tiempo. Son demasiado poderosos, incluso ahora. Encontrarían la manera de escurrir el bulto y desviar los cargos hacia sus subordinados. —Se retrepó en su silla—. La figura del gobernador caerá en sus redes de nuevo, a menos que alguien haga algo al respecto. Maldita sea… Realmente no me queda otra salida, ¿verdad?

—Lo siento, señor —dijo Marasi.

—En fin —repuso Aradel, resignado, inclinándose hacia delante con renovada determinación—, por lo menos antes debería ser capaz de

despejar todo el papeleo que hay en mi mesa. ¿Algún candidato a ocupar el puesto de comisario general?

—Reddi.

—La odia.

—Eso no significa que sea mal guripa, señor —dijo Marasi—. Siempre y cuando alguien lo vigile de cerca, por usar sus propias palabras. De eso podría encargarme yo. Creo que aceptará el desafío.

Aradel asintió con la cabeza. Levantó una mano en dirección a MeLaan, que le arrojó el cinturón, y formó un lazo con él.

—Esta parte alrededor del cuello, sagrada inmortal. La piel debe quedar magullada para que resulte convincente, con forma de V. ¿Sabe cómo hacer que parezca que alguien ha muerto estrangulado?

—Sí —respondió MeLaan—. Por desgracia.

—Iré a bajarla dentro de quince minutos. Tendrá que engañar al forense.

—No hay problema. Puedo respirar mediante un sistema traqueal, sin utilizar los pulmones. Disponga que incineren el cuerpo, deme una ventana, me escabulliré y dejaré atrás los huesos, para que los puedan quemar. Coser y cantar.

—Estupendo —dijo Aradel, al que parecía haberle sentado mal la comida.

MeLaan se despidió de él y encaminó sus pasos de regreso a las celdas. Marasi se reunió con ella tras cuadrarse para Aradel, sin que este la viera.

—¿Cómo has salido? —preguntó la muchacha cuando hubo alcanzado al kandra.

—Metí el dedo en la cerradura y fundí un poco de piel mientras empujaba. Es asombroso lo que puedes hacer cuando no te constriñen las formas corporales convencionales.

Caminaron juntas hasta la entrada de la sección del edificio donde se encontraban las celdas. Marasi no tenía la menor intención de preguntarle a MeLaan cómo había burlado a los guardias. Con suerte, ninguno de los dos habría resultado herido.

—Armonía lo sabe, ¿verdad? —dijo cuando el kandra se detuvo en la puerta—. ¿Si estas personas son culpables o no?

—En efecto.

—En tal caso, podrías preguntarle directamente si es justo encarcelarlas. Si responde que sí, seguiremos adelante con ello. Aceptaría la palabra de Dios sobre este asunto para tranquilizar mi conciencia.

—Iría en contra de nuestras normas. Y, seguramente, Armonía ni siquiera se pronunciaría.

—¿Por qué no? —insistió Marasi—. Sabes lo que ha sufrido Waxillium con esto, ¿verdad?

—Lo superará.

—No debería tener que superar nada.

—¿Y qué quieres que haga Armonía, mujer? ¿Que nos dé todas las respuestas? ¿Que nos maneje a su antojo, como juró Paalm que hacía? ¿Que nos convierta a todos en fichas de tablero para divertirse?

Marasi dio un paso atrás. Nunca había oído a MeLaan emplear ese tono.

—¿O preferirías que hiciese todo lo contrario? —le espetó el kandra—. ¿Que nos abandonara por completo? ¿Que no interviniera en absoluto?

—No, me…

—¿Te imaginas cómo debe de ser? ¿Saber que cualquier acción que emprendas ayudará a unos, pero perjudicará a otros? Sálvale la vida a un hombre ahora, y más adelante propagará una enfermedad que acabará con la de un niño. Armonía hace lo que puede… todo cuanto está en Su mano. Sí, le ha hecho daño a Wax. Un daño espantoso. Pero sabe que ese daño ha caído sobre alguien que podrá soportarlo.

Marasi se ruborizó. Luego, enfadada consigo misma, rebuscó en su bolso y sacó el extraño punzón.

—¿Y esto?

—No es un metal que conozcamos.

—Eso dijo TenSoon. Pero Armonía…

—No es un metal que conozca Armonía —la interrumpió MeLaan.

Marasi sintió un escalofrío.

—Entonces… ¿no es Suyo? ¿No proviene de Su forma, como cuentan las antiguas historias sobre el atium y el lerasium?

—No —dijo el kandra—. Habrá salido de otra parte. Sangradora utilizaba estas púas extrañas para robar atributos, en vez de aquellas con las que estamos familiarizados. Quizá por eso podía usar la alomancia y la

feruquimia, cuando otros kandra no pueden. Fuera como fuese, ¿no te has preguntado por qué Armonía no podía verla? ¿Por qué no podía verla ni anticiparse a sus movimientos? ¿Qué podría detener a un dios, Marasi Colms? ¿Alguna idea?

—Otro dios —susurró Marasi.

—Enhorabuena. —MeLaan abrió la puerta—. Has encontrado la prueba de algo que nos aterra. Piensa en eso un momento, antes de ir por ahí acusando a Armonía… o a los kandra… de nada. Y ahora, con tu permiso, voy a intentar ahorcarme como es debido.

Entró en la sección de las celdas y cerró la puerta a su espalda.

«Otro dios», pensó Marasi, de pie en la oscuridad. Ni Armonía, ni Ruina, ni Conservación.

Contempló la pequeña púa que tenía en las manos y le pareció oír un nombre, el mismo que había pronunciado Miles *Cienvidas* antes de morir, hacía un año. El nombre de un dios muy antiguo. Marasi lo había investigado sin ponerle demasiado empeño, distraída por su interacción con Ojos de Hierro.

Ahora, sin embargo, decidió profundizar en los archivos y encontrar las respuestas que necesitaba.

¿Quién, o qué, era Trell?

El silencio debía de haberse instalado en la habitación mucho antes de que Wax se diese cuenta de que se había quedado solo. El fuego languidecía. Debería hacer algo al respecto.

No hizo nada.

Steris se acercó a la chimenea, echó un tronco y removió los rescoldos. No estaba solo, por tanto. La muchacha dejó el atizador apoyado en la pared y lo miró. Wax esperó a que dijese algo.

No dijo nada.

En vez de eso, Steris arrastró el taburete hasta colocarlo junto a su silla. Se acomodó, cruzó las piernas con delicadeza y juntó las manos sobre el regazo.

Así permanecieron unos instantes, sin decir palabra, aunque ella, al cabo, puso una mano encima de la suya. A Wax el fuego le había parecido helado, glacial el aire, pero esa mano era cálida.

Se giró hacia ella por fin, de costado, apoyó la cabeza en su hombro, y lloró.

Ars Arcanum

1. Guía Rápida sobre los Metales.
2. Lista de Metales.
3. Sobre las Tres Artes Metálicas.
4. Combinaciones.

Guía Rapida sobre los Metales

	METAL	PODER ALOMÁNTICO	PODER FERUQUÍMICO
	Hierro	Tira de metales cercanos	Acumula fuerza física
	Acero	Empuja metales cercanos	Acumula velocidad física
	Estaño	Amplía los sentidos	Acumula sentidos
	Peltre	Amplía las habilidades físicas	Acumula fuerza física
	Zinc	Enciende emociones	Acumula velocidad mental
	Latón	Aplaca emociones	Acumula calor
	Cobre	Oculta pulsos alománticos	Acumula recuerdos
	Bronce	Permite oír pulsos alománticos	Acumula desvelo
	Cadmio	Frena el tiempo	Acumula aliento
	Bendaleo	Acelera el tiempo	Acumula energía
	Oro	Revela el pasado propio	Acumula salud
	Electrum	Revela el futuro propio	Acumula determinación
	Cromo	Elimina las reservas alománticas del contrario	Acumula fortuna
	Nicrosil	Permite quema alomántica del contrario	Acumula investidura
	Aluminio	Elimina las reservas alománticas internas	Acumula identidad
	Duralumín	Permite quemar el metal próximo	Acumula conexión

Lista de Metales

ACERO: Los brumosos lanzamonedas que queman acero pueden empujar fuentes cercanas de metal. Los empujones deben ser impelidos directamente desde el centro de gravedad del lanzamonedas. Los ferrins mensajeros de acero pueden almacenar velocidad física en una mente de metal de acero, reduciéndola mientras almacenan activamente, y pueden decantarla más tarde para aumentar su velocidad.

ALUMINIO: Un nacido de la bruma que quema aluminio metaboliza instantáneamente todos sus metales sin producir ningún otro efecto, anulando todas sus reservas alománticas. Los brumosos que pueden quemar aluminio se llaman «mosquitos de aluminio» por la poca efectividad de esta habilidad. Los ferrins auténticos pueden almacenar su sentido espiritual de la identidad en una mente de metal de aluminio. Es un arte del que rara vez se habla fuera de las comunidades de Terris, e incluso entre ellos no se entiende bien. El aluminio y unas cuantas de sus aleaciones son alománticamente inertes: no pueden ser empujados ni tirados y se pueden usar para proteger a un individuo de la alomancia emocional.

BENDALEO: Los brumosos deslizadores queman bendaleo para comprimir el tiempo en una burbuja, haciendo que pase más rápidamente dentro de la burbuja. Esto hace que los hechos fuera de la burbuja se muevan a ritmo glacial desde el punto de vista del deslizador. Los ferrins subsumer incluyentes pueden almacenar nutrición y calorías en una mente de metal de bendaleo; pueden comer grandes cantidades de comida sin sentirse llenos ni ganar peso, y luego pueden pasarse sin comer mientras decantan la mente de metal. Una mente de metal de bendaleo diferente puede utilizarse igualmente para regular la toma de líquidos.

BRONCE: Los brumosos buscadores queman bronce para «oír» los pulsos emitidos por otros alománticos que queman metales. Diferentes metales producen pulsos diferentes. Los ferrins centinelas pueden almacenar desvelo en una mente de metal de bronce, adormilándose mientras almacenan activamente. Pueden decantar más tarde la mente de metal para reducir el sueño o ampliar su consciencia.

CADMIO: Los brumosos pulsadores queman cadmio para estirar el tiempo en una burbuja a su alrededor, haciendo que pase más despacio dentro de la burbuja. Esto causa que lo que sucede fuera de la burbuja se mueva a velocidad cegadora desde el punto de vista del pulsador. Los ferrins susurrantes pueden almacenar aliento dentro de una mente de metal de cadmio; durante el almacenamiento activo deben hiperventilar para que sus cuerpos obtengan suficiente aire. El aliento puede ser recuperado más tarde, eliminando o reduciendo la necesidad de respirar usando los pulmones mientras se decanta la mente de metal. También pueden oxigenar enormemente su sangre.

CINC: Los brumosos encendedores queman cinc para inflamar (encender) las emociones de los individuos cercanos. Puede dirigirse a un solo individuo o a una zona general, y el encendedor puede concentrarse en emociones concretas. Los ferrins chispeantes pueden almacenar velocidad mental en una mente de metal de cinc, nublando su capacidad para pensar y razonar mientras almacenan activamente, y pueden decantarla más tarde para pensar y razonar con más rapidez.

COBRE: Los brumosos de nube de cobre (también conocidos como ahumadores) queman cobre para crear una nube invisible a su alrededor, que oculta a los alománticos cercanos para que no sean detectados por un buscador y que protege a los individuos cercanos de los efectos de la alomancia emocional. Los ferrins archiveros pueden almacenar recuerdos en una mente de metal de cobre: el recuerdo desaparece de su cabeza mientras se almacena, y puede ser recuperado perfectamente en un momento posterior.

CROMO: Los brumosos sanguijuelas que queman cromo mientras tocan a otro alomántico anulan las reservas de metal de ese alomántico. Los ferrins tejedores pueden almacenar fortuna en una mente de metal de cadmio, volviéndose desafortunados durante el almacenamiento activo, y pueden decantarla más tarde para aumentar su suerte.

DURALUMÍN: Un nacido de la bruma que quema duralumín abrasa instantáneamente todos los otros metales que arden al mismo tiempo, liberando un enorme estallido de poder de esos metales. Los brumosos que pueden quemar duralumín se llaman «mosquitos de duralumín» debido a la poca efectividad de esta habilidad en sí misma. Los ferrins conectores pueden almacenar conexión espiritual en una mente de metal de duralumín, reduciendo la consciencia de otro ente y su amistad con ellos durante el almacenamiento activo, y pueden decantarla más tarde para formar rápidamente relaciones de confianza con otros.

ELECTRUM: Los brumosos oráculos queman electrum para tener una visión de los posibles rumbos que puede tomar el futuro. Habitualmente está limitada a unos pocos segundos. Los ferrins pináculo pueden almacenar determinación en una mente de metal de electrum, entrando en un estado depresivo durante el almacenamiento activo, y pueden decantarla más tarde para entrar en fase maníaca.

ESTAÑO: Los brumosos ojos de estaño que queman estaño aumentan la sensibilidad de sus cinco sentidos. Todos se incrementan al mismo tiempo. Los ferrins susurravientos pueden almacenar la sensibilidad de uno de los cinco sentidos en una mente de metal de estaño; hay que usar una mente de metal diferente para cada sentido. Mientras se almacena, la sensibilidad de ese sentido se reduce, y cuando la mente de metal se decanta ese sentido se amplía.

HIERRO: Los brumosos atraedores que queman hierro pueden tirar de fuentes cercanas de metal. Los tirones deben ser dirigidos hacia el centro de gravedad del atraedor. Los ferrins deslizadores pueden almacenar peso físico en una mente de metal de hierro, reduciendo su peso efectivo

mientras almacenan activamente, y pueden decantarlo más tarde para aumentar su peso efectivo.

LATÓN: Los brumosos aplacadores queman latón para aplacar las emociones de los individuos cercanos. Puede hacerse con un individuo concreto o con un área general, y el aplacador puede concentrarse en emociones concretas. Los ferrins de alma de fuego pueden acumular calor en una mente de metal de latón, enfriándose mientras almacenan activamente. Pueden decantar más tarde la mente de metal para calentarse.

NICROSIL: Los brumosos nicroestallantes que queman nicrosil mientras tocan a otro alomántico quemarán instantáneamente cualquier metal que queme ese alomántico, liberando un enorme (y a veces inesperado) estallido del poder de esos metales. Los ferrins portaalmas pueden almacenar investidura en una mente de metal de nicrosil. Es un poder del que muy pocos saben algo; de hecho, tengo la seguridad de que la gente de Terris no sabe realmente lo que hace cuando usa estos poderes.

ORO: Los brumosos augures queman oro para tener una visión del yo pasado o de cómo habrían resultado las cosas de haber tomado opciones distintas en el pasado. Los ferrins hacedores de sangre pueden almacenar salud en una mente de metal de oro, reduciendo su salud mientras almacenan activamente, y pueden decantarla en un momento posterior para sanar rápidamente o curarse más allá de las capacidades habituales del cuerpo.

PELTRE: Los brumosos brazos de peltre (también conocidos como violentos) queman peltre para aumentar su fuerza, velocidad y resistencia físicas, aumentando también la capacidad de su cuerpo para sanar. Los ferrins brutos pueden almacenar fuerza física en una mente de metal de peltre, reduciendo su fuerza mientras almacenan activamente, y pueden decantarla más tarde para aumentar su fuerza.

Sobre las Tres Artes Metálicas

En Scadrial hay tres manifestaciones principales de Investidura. Localmente, son conocidas como «Artes Metálicas», aunque también reciben otros nombres.

La alomancia es la más común de las tres. Es de fin-positivo, según mi terminología, lo que significa que quien la practica extrae su poder de una fuente externa. El cuerpo entonces lo filtra en diversas formas. (La extracción de poder no es elegida por quien lo practica, sino que está imbuida en su redspíritu). La clave para extraer este poder viene en forma de diversos tipos de metales, donde se requiere diversas composiciones específicas. Aunque el metal se consume en el proceso, el poder en sí no procede del mismo. El metal es un catalizador, podríamos decir, que inicia una Investidura y la mantiene en marcha.

En realidad, no es muy distinta de las Investiduras basadas en la forma que se encuentran en Sel, donde la forma específica es la clave; aquí, sin embargo, las interacciones son más limitadas. Con todo, no puede negarse el poder crudo de la alomancia. Es instintivo e intuitivo para quien la practica, en oposición a la gran cantidad de estudio y exactitud que se requiere en las Investiduras basadas en la forma de Sel.

La alomancia es brutal, cruda y poderosa. Hay dieciséis metales básicos que funcionan, aunque otros dos (llamados los Metales Divinos localmente) pueden usarse en aleación para crear un grupo de dieciséis completamente distinto cada uno. Sin embargo, como estos Metales Divinos ya no se encuentran fácilmente, los otros metales no se usan.

La feruquimia es todavía ampliamente conocida y utilizada en este punto en Scadrial. De hecho, se podría decir que está más presente hoy que en muchas eras pasadas, cuando estaba confinada en la lejana Terris o los guardadores la ocultaban a la vista.

La feruquimia es un arte de fin-neutral, lo que significa que no se gana ni se pierde poder. Este arte también necesita metal como foco, pero en vez de ser consumido, el metal actúa como medio por el que las habilidades de quien la practica se intercambian en el tiempo. Invierte ese metal un día, retira el poder otro. Es un arte bien redondeado, con algunos elementos en lo físico, algunos en lo cognitivo, e incluso algunos en lo espiritual. Los últimos poderes están siendo experimentados por la comunidad de Terris, y no se mencionan a los extranjeros.

Debería advertirse que la mezcla de los feruquimistas con la población general ha diluido el poder en algunos aspectos. Ahora es corriente que la gente nazca con acceso a solo una de las dieciséis habilidades feruquimistas. Se especula que, si pudieran hacerse mentes de metal con las aleaciones de los Metales Divinos, se podrían descubrir otras habilidades.

La hemalurgia es ampliamente conocida en el mundo moderno de Scadrial. Sus secretos fueron guardados por quienes sobrevivieron al renacimiento de su mundo, y los únicos practicantes conocidos ahora son los kandra, quienes (en su mayor parte) sirven a Armonía.

La hemalurgia es un arte de fin-negativo. Se pierde algo de poder al practicarla. Aunque a lo largo de la historia muchos la han entendido como un arte «maligno», ninguna de las Investiduras lo es. En el fondo, la hemalurgia trata de quitar habilidades (o atributos) a una persona y concedérselas a otra. Principalmente se ocupa de cosas del reino espiritual, y me resulta del mayor interés. Si una de estas tres artes es de máximo interés para el Cosmere, es esta. Creo que hay grandes posibilidades para su uso.

Combinaciones

Cabe la posibilidad, en Scadrial, de nacer con la habilidad de acceder tanto a la alomancia como a la feruquimia. Esto es algo que suscita un interés especial en mí de un tiempo a esta parte, puesto que la mezcla de distintos tipos de Investidura surte peculiares efectos. Solo hay que fijarse en lo ocurrido en Roshar para ver de qué manera pueden manifestarse: dos poderes, combinados, a menudo producen una reacción casi química. En lugar de obtener exactamente lo que se ha introducido, se extrae algo nuevo.

En Scadrial, quien posee un poder alomántico y otro feruquímico recibe el nombre de «nacidoble». Aquí los efectos son más sutiles que cuando se mezclan potencias en Roshar, pero estoy convencido de que cada combinación única genera a su vez algo exclusivo. No solamente dos poderes, por así decirlo, sino dos poderes… y un efecto. Habría que analizar esto en profundidad.



BRANDON SANDERSON (Lincoln, Nebraska, 19 de diciembre de 1975) Escritor estadounidense de fantasía y ciencia ficción. Es uno de los mayores exponentes de la literatura fantástica del siglo XXI, con más de veintitrés millones de lectores en todo el mundo.

Desde que debutara en 2005 con su novela *Elantris*, ha deslumbrado a lectores en treinta lenguas con el Cosmere, el fascinante universo de magia que comparten la mayoría de sus obras. Es autor de la brillante saga «Nacidos de la bruma», formada por *El Imperio Final* (2006), *El Pozo de la Ascensión* (2007), *El Héroe de las Eras* (2008), *Aleación de ley* (2011), *Sombras de identidad* (2015), *Brazales de duelo* (2016) y *El metal perdido* (2022). Tras *El aliento de los dioses* (2009), una obra de fantasía épica en un único volumen en la línea de *Elantris*, inició con *El camino de los reyes* (2010) una magna y descomunal decalogía, «El archivo de las tormentas», que continuó con *Palabras radiantes* (2014), *Juramentada* (2017) y *El ritmo de la guerra* (2020). Con un plan de publicación de más de veinte

futuras obras (que contempla la interconexión de todas ellas), el Cosmere se convertirá en el universo más extenso jamás escrito en la fantasía épica.

Más allá del Cosmere, es también autor de las sagas «Alcatraz», «Reckoners», «Legión» y «Escuadrón», así como de *El rithmatista* (2013). Además, en diciembre de 2007 fue elegido por Harriet McDougal como el continuador de *Un recuerdo de luz*, el volumen final de la famosa saga «La rueda del tiempo» que el fallecido Robert Jordan no pudo terminar. Finalmente, con el beneplácito de la viuda de Jordan, lo convirtió en una trilogía: *La tormenta* (2009), *Torres de medianoche* (2010) y *Un recuerdo de luz* (2013).

Sanderson vive en Utah con su esposa e hijos y enseña escritura creativa en la Universidad Brigham Young. Está trabajando en el quinto libro de «El archivo de las tormentas», previsto para 2024. También está trabajando en el proyecto de publicación de cuatro libros secretos, financiado por medio del Kickstarter más exitoso de la historia.

Índice